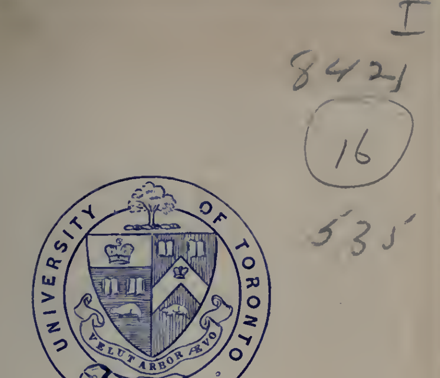





UNIVERSITY OF TORONTO
VELUT ARBOR ÆVO

[Comedies]

Vol. 3

EL ARBOL
DE LA ESPERANZA.

DRAMA ORIGINAL EN TRES ACTOS.

POR

D. Teodomiro Ramirez de Arellano
y Gutierrez.



CÓRDOBA:—1856.

Imprenta y lib. de D. Rafael Arroyo,
calle de Ambrosio de Morales núm. 8,

A su querido sobrino D. [illegible]
Hurtado y Meyer
El Autor

PERSONAS.

MARIA, ALDEANA.
JUAN DE AVILA.
D. PEDRO.
TOMAS.
FERNANDO.
GIL.
UN NOTARIO, HOMBRES ARMADOS.

La accion es en una Aldea cerca de Sevilla, á mediados del siglo XVI.

JUNTA DE CENSURA DE LOS TEATROS DEL REINO.

Madrid 11 de Febrero de 1851.
Aprobada y devuélvase.
Francisco de Hormaeche.

ACTO PRIMERO.

Interior de un Castillo ruinoso en una Aldea cerca de Sevilla.--
Puertas laterales;--al frente un oratorio.

ESCENA PRIMERA.

JUAN DE ÁVILA.–MARIA.–GIL.

GIL. Apóstol, muy buenas tardes.
Y Tomás?
JUAN. Aun no ha venido.
GIL. Dónde estará ¡voto al diablo!
Perdon, no sé lo que digo.
MARIA. ¿Le ha pasado alguna cosa?
JUAN. Dime Gil, ¿qué ha sucedido?
GIL. Hace tres dias lo menos
que Nuño....
MARIA. Qué?
JUAN. Algun peligro
sin duda corre.
GIL. No tal;
mas no parece, y de fijo
Tomás á buscarlo fué.
JUAN. Y no sabes donde ha ido?
GIL. Lo sospecho.
JUAN. Dílo pues.
GIL. Si no lo contais....
JUAN. Lo afirmo.
GIL. Pasados son quince años

que zurcando el mar bravío
el suelo natal perdiendo,
partió á las Indias solícito
D. Pedro, en busca del oro
que encierra su seno rico.
Dejó á Nuño confiada
como á su mas tierno amigo,
la dulce, inocente prenda
de infelices amorios.
Su edad infantil, sus gracias,
fueron á Nuño atractivos
para amar á aquella niña
aun mas que á su propio hijo.
Mas ay! cuán poco en la tierra
el bien discurre tranquilo!
¡Cuál los mares de la dicha
altera infortunio impío!
Las naves que á estas riveras
surgen por el fruto opimo
de rubias doradas mieses,
de siempre verdes olivos,
del Africa ponzoñosa
traen el contagio mortífero,
que despuebla las ciudades,
roba amor, siembra gemidos.
Del hermano huye el hermano:
al apestado es delito
socorrer, y duro encierro
es pena del compasivo.
Manos inícuas arrancan
á Nuño de entre sus hijos,
mil veces mas que la muerte
incomparable suplicio.

Cuando las lluvias de Otoño,
que manda el cielo benigno,
purificaron los aires
dando al corazon alivio;
en cruda ansiedad deshecho,
entre incesantes suspiros,
busca el infelice Nuño
su depósito querido.
Quién le dice que Isabel
salva en el comun peligro
debió á una bendita anciana
puro, maternal cariño,
y á luengas tierras llevóla
por salvarla de un abismo.
Quién, que una artera gitana
viendo sus dulces hechizos
la robó: quién que en las aguas
se hundió del Bético rio.
Triste Nuño, desperado
recorrió pueblos distintos,
cruzó valles, trepó montes,
todo en vano, el cielo quiso
le perdiese para siempre.
Seis meses ha que á estos sitios,
en riquezas abundosos
desde el hemisferio Indico
tornó D. Pedro; reclama
á su Isabel, á su hechizo,
al ángel de sus ensueños,
al iman de su alvedrío.
Duda, ruega, insta, vacila,
arguye, amenaza altivo,
los imposibles promete,

piedad implora sumiso,
y viendo que es todo inútil,
grave D. Pedro le dijo
á Nuño: «si no me vuelves
en seis meses al bien mio,
¡ay de tí! yo te lo juro;
¡ay de tí! pérfido amigo.»
Seis meses son ya pasados,
el plazo ya se ha cumplido,
Nuño tal vez abandona
estos lugares sombríos,
huyendo á ocultar su pena
á Italia ó al Norte frio.

JUAN. Búscalo tú, mi buen Gil,
acaso aun no haya partido.
Consolemos á D. Pedro,
calmemos su afan activo.
Une, Gil, une amoroso
tus esfuerzos á los mios.

ESCENA II.

JUAN.–MARIA, *haciendo ramos de flores.*

MARIA. Mirad que cesta de flores.

JUAN. Entre ellas verte me agrada.

MARIA. Y á mí: sus bellos matices
y sus perfumes encantan.
Así distraigo las horas
que sin ver á mi bien pasan.

JUAN. Oye bien, pura María,
de Fernando hablar pensaba.
Hé visto que en su pasion

no sabe tener mudanza
y que te adora, bien mio,
con la pureza del alma.
Es tiempo de señalar
el dia que deseabas
para tu boda.

MARIA. Señor....

JUAN. No serás mas aldeana.
Fernando es rico, valiente,
y no querrá que tus gracias
dejen de causar envidia
á todas las cortesanas.
Á la córte marcharás;
pero entretanto que pasa
el momento de tu boda,
el mayor silencio guarda.

MARIA. Así lo haré padre mio.

JUAN. Si á descubrirse llegara,
se hubiera perdido todo
tal vez hasta la esperanza,
porque... D. Pedro no quiere
que te cases.

MARIA. ¿Por qué causa?

JUAN. La ignoro, bella María,
y que la ignores me agrada.
Quizá porque eres muy jóven;
mas Fernando que te ama
mandará en tus pensamientos,
en tu dicha y en tus gracias.
Y en tanto que lejos gozas,
una existencia encantada,
en mí el dolor de no verte,
suavizará la esperanza.

pascaré por esos prados
en que las flores buscabas,
do fuistes á cariciar
tus ovejillas amadas
y todas con sus balidos
lloráran tu ausencia amarga.
Tambien miraré las flores,
al salir por las mañanas,
cubiertas con el rocio
que las hace mas gallardas,
y creeré que por tu ausencia
están derramando lágrimas:
nubes apenas vendrán
á regar nuestra comarca,
pues todas las que miramos
como el armiño de blancas,
son un toldo con que el cielo
del sol defiende tus gracias.
Yo el consuelo encontraré,
pues que Dios así lo manda,
predicando el evangelio
y á Dios entregando el alma.

MARIA. Ah! Señor, cuan bueno sois!

JUAN. En esa boda anhelada
para padrino elegí
á ese soldado que pasa
muchas noches con nosotros
honrando nuestra morada.

MARIA. Cómo! Tomás?

JUAN. Sí, María.

MARIA. Y si al servicio se halla
de D. Pedro, callará?

JUAN. El honrado nunca habla,

como cuando yo, le advierten
que de ocultarlo se trata.

MARIA. No en vano os dicen Apóstol.

JUAN. La razon para ello falta:
por cumplir con Dios, María,
ninguno merece paga.

MARIA. Mirad, Tomás se dirige
hácia este sitio.

JUAN. Qué causa
á estas horas lo traerá?
La desventura retrata
en su tostado semblante.

MARIA. ¡Que pasará, Virgen Santa.

ESCENA III.

DICHOS.—TOMÁS.

TOMÁS. Dadme á besar vuestra mano *(Al Ap.)*

JUAN. Despiden tus labios fuego.

TOMAS. Si fuego el labio despide
es porque se abrasa el pecho.

JUAN. Dime por Dios lo que tienes.

TOMAS. A lo mismo, Apóstol, vengo
ansiando verter la sangre
del que causa mi tormento.
¡Ay! decis que el labio abrasa
y es corage lo que tengo:
corage y pena Señor,
y en vos he de hallar consuelo.

JUAN. Acaba Tomás.

TOMAS. Apóstol....
pido que solos estemos.

Perdonad bella María.

MARIA. Buen Tomás, os compadezco.

TOMAS. Pueda servir de disculpa
el ardor en que me quemo.

MARIA. Dios os guarde buen amigo.

TOMAS. Y á vos, María, los cielos.

ESCENA IV.

JUAN—TOMAS.

JUAN. Solos estamos Tomás,
decir puedes tus dolores.

TOMAS. Mas bien la muerte queria
que recibir este golpe.
Con una antorcha cruzaba,
en las sombras de la noche,
por esas lúgubres bóvedas,
de este castillo prisiones,
cerrando los calabozos
y dando alivio á los pobres,
cuando en la pared de frente
una sombra dibujóse.
Si no me engañó mi vista
era D. Pedro aquel hombre.
Allá dirijo mis pasos
como el huracan veloces;
mas nada mis ojos vieron
porque cegaron entonces,
apagandose la antorcha
con el viento que allí corre.
Llevé una mano al puñal,
y otra tentando guióme

hasta que al impulso de ella
giró una puerta en sus goznes.
Dentro ví luz, respiré:
una lámpara de bronce
el calabozo alumbraba,
y mis destempladas voces
la bóveda repetia
presagiando mis dolores.
Con los ojos la registro
ansioso de ver en donde
me hallaba; pero mis ojos
aquel sitio no conocen,
cuando tropiezo cayendo
sobre el cadáver de un hombre.
La antorcha enciendo y con ella
busco y miro y quedo inmovil.

JUAN. ¿Conocistes el cadáver?

TOMAS. Ay de mí! Dejad que llore!...
Preguntais si lo conozco?...
Que la vida me abandone
si no lo vengo.

JUAN. Tomás,
no puedo saber su nombre?

TOMAS. Aseguradme, Señor,
que nadie mi acento oye.

JUAN. Ninguno.

TOMAS. Pues escuchad.
Ese á quien hoy rinde el golpe
de la muerte.... era mi padre.

JUAN. Tomás ¿qué dices?

TOMAS. Matóle
á palos como á una fiera
que muerde á sus domadores,

su mismo dueño, ultrajando
á un anciano, á un padre noble.

JUAN. D. Pedro?

TOMAS. D. Pedro, sí:
la oscuridad de la noche
y mi antorcha, de este crímen
fueron mudos delatores.

JUAN. Te has engañado Tomás,
sin duda son ilusiones.
D. Pedro no es asesino,
mal á D. Pedro conoces.

TOMAS. Que no es D. Pedro! decidme
quien lo ha asesinado entonces?

JUAN. ¿Quieres que yo lo adivine?

TOMAS. Sois un Santo, y Dios dispone
que los Santos sepan mucho.

JUAN. Los Santos, mas no los hombres,
y yo lo segundo soy.

TOMAS. Pues bien, que ninguno estorve
mi venganza, ó por mi vida....

JUAN. Es justo que lo perdones.

TOMAS. Que lo vengue, desde el cielo
gritando está un padre á voces,
y buen hijo no se llama
quien á su padre desoye.

JUAN. Desde el cielo es imposible
te diga que así te portes.
Quizas un delirio sea
quien tu cerebro trastorne,
no siendo tu padre el muerto.
Ha tres dias que en el monte
á Nuño cazando hallé
al ir á mis devociones.

TOMAS. Al anochecer volvió
á el hogar de sus mayores,
y á la mañana siguiente
ya no estaba.

JUAN. ¿Y encontróse
alguna señal?

TOMAS. Ninguna.
Lo que he visto en las prisiones.
No hay duda fué asesinado
por D. Pedro.

JUAN. Tú supones
que tal hiciera?

TOMAS. Y á vos,
que os parece.

JUAN. Que es mas noble,
que no sabe asesinar,
que al asesino perdones.

TOMAS. Me aconsejais no lo vengue,
eso, Apóstol, es ser noble?

JUAN. Si, perdónalo si quieres
que Dios tambien te perdone.

TOMAS. Por vengarse quedaria.

JUAN. Calla, acompañame.

TOMAS. Dónde?

JUAN. A dar sepultura al padre
de un ciego infelice jóven.

TOMAS. Y mi venganza?

JUAN. Despues.
De las ánimas al toque
es el darle sepultura;
yo saldré sin que lo noten.

TOMÁS. Bien está: Dios me dé fuerza

para sufrir esta noche.

JUAN. Cumplirás como un buen hijo
y como el cielo dispone.
A Dios, no faltes.

TOMAS. Lo juro
por el Dios que nos socorre.

Váse el Apóstol despues de besarle la man Tomás, quien al salir es detenido por D. Pedr

ESCENA V.

TOMAS-D. PEDRO.

D. PEDRO. Me alegro de verte aquí.
TOMAS. Y yo de veros á vos.
D. PEDRO. Nos alegramos los dos.....
Cuanto nos queremos!
TOMAS. Si.
D. PEDRO. Sabes donde está María?
TOMAS. Haciendo ramos de flores
anda en esos corredores.
D. PEDRO. Verla un momento quería.
TOMAS. Ante os suplico, Señor,
ya que tanto me quereis,
un instante me escucheis
paro otorgarme un favor.
D. PEDRO. Decirlo puedes Tomás.
TOMAS. Tal es D. Pedro mi estrella
que mal solo aguardo de ella.
D. PEDRO. Mal solo!... Te esplicarás?
TOMAS. Llevo diez y siete años
de servicios siempre fiel....

en el castillo, y en él
solo encuentro desengaños.
He nacido en vuestro estado,
de vuestro pan he comido,
á vuestro lado he vivido
y he sido con vos soldado.
Sabeis que siempre os serví
distinguiéndose mi celo,
y que por daros consuelo
hasta mi sangre vertí.
Debeis estar satisfecho
de mi celo y mi lealtad
para que tengais piedad
de las penas de mi pecho.

D. Pedro. Concedido te será.

Tomas. Pues ceso en vuestro servicio.

D. Pedro. Me das de traidor indicio;
mas no importa, dicho está.
Para tí será la mengua.

Tomas. Ya no soy vuestro sirviente,
(Poniéndose el sombrero.)
ahora al que insultarme intente
le sabré arrancar la lengua.
Decid, dónde está mi padre?

D. Pedro. Me lo preguntas á mí?

Tomas. A vos lo pregunto, sí,
y aunque á D. Pedro no cuadre
me tiene que responder,
ó con el puñal lo paso.

D. Pedro. (Oh! de corage me abraso,
todo lo llegó á saber.)
Te ha dicho el Apóstol algo?
(Con intencion.)

TOMAS. A mí, nada.

D. PEDRO. No seas necio,
que de entendido me precio
y sé Tomás lo que valgo.
Muerto lo has hallado?

TOMAS. Sí,
tal vez por vos.

D. PEDRO. No, te engañas,
no creas esas patrañas
inventadas contra mí.
Soy Señor de horca y cuchillo
y bien pudiera, Tomás,
porque insultándome estás,
matarte en este castillo.
Pero.... téngote aficion,
sé lo mucho que me quieres,
y además de lo que eres
respeto la religion.
Mas no falta por ventura
quien cual nefítico viento
envenene con su aliento
del honor la lumbre pura,
ni quien sembrando malicia,
aparecer quiera un Santo,
á costa del que ama tanto
la verdad y la justicia.
Quien roto, deshecho el dique
con que aprisiona su saña,
de sus furores la hazaña
al mas inocente aplique.
Mas le valiera callar....
con mi palabra atestiguo:
si su crimen averiguo

yo lo sabré castigar.

TOMAS. Es tan solo una disculpa....
Vos quien le ha muerto habeis sido.

D. PEDRO. Disculparme no he querido,
porque no tengo la culpa.

TOMAS. Basta.

D. PEDRO. Oye: si á tu tejado
no quieres tire el vecino,
no le tires tú: imagino
que bastante me he esplicado.
Lo debiera repetir
á uno que tienes por Santo;
pero no me atrevo á tanto.

TOMAS. ¿Qué es lo que me osais decir?

D. PEDRO. Yo, nada, nada.

TOMAS. Quizás
el Apóstol lo mató?.

D. PEDRO. ¡Matarlo el Apóstol! no,
de esa infamia no es capáz.
Abusaron de mi nombre
los que á tu padre mataron,
y luego en mí se vengaron!..:
¡triste condicion del hombre!
No dar la cara!... de miedo
no la han dado, y vive Dios!
que hemos de saber los dos
quien ha sido: en esto quedo.
Veré quien es el culpable,
y sin que nadie lo impida
te haré dueño de la vida
de ese viejo miserable.
Yo te lo diré mañana:
te convienes?

TOMAS. Me convengo,
pues confianza en vos tengo.
D. PEDRO. Llama ahora á esa aldeana.
TOMAS. (Apóstol, jamás creyera
que te portáras así)
D. PEDRO. A esa bella jóven, dí
que aquí D. Pedro la espera.
El tiempo se va pasando.
TOMAS. A vuscarla voy corriendo.
(Tomás, lo vas descubriendo.)
D. PEDRO. (Tomás, te vas engañando.)

ESCENA VI.

D. PEDRO, *luego* MARIA *con* TOMAS, *el que se retira á una seña de aquel.*

D. PEDRO. Necio, fíate de mí!
que el mismo cielo te diga,
tus querellas escuchando,
quien á tu padré asesina.
MARIA. Que tarde viene el Señor.
D. PEDRO. Qué, te asombra mi venida?
MARIA. No, Señor, mas bien me agrada;
mas tarde me parecia.
D. PEDRO. Que ahora está saliendo el sol
te jurara por mi vida.
MARIA. ¿Cómo así, cuando es de noche?
D. PEDRO. Es el sol de tus megillas.
MARIA. Por demás sois lisonjero.
D. PEDRO. No es lisonja: oye, María:
ha tiempo, bella aldeana,
que del Bétis en la orilla

te vi la primera vez
mas que la aurora divina,
entre los juncos y flores
que sus aguas fertilizan,
y tus primores copiando
las corrientes cristalinas.
Húerfana dijistes eras,
que el Apóstol te servia
como un cariñoso padre:
viéndote bella y sencilla
á compasion me movistes,
y te dije si querias
vivir en este castillo:
entonces enternecida
gracias distes á D. Pedro,
y consuelo al alma mia.
Con el Apóstol vinistes
á morar en esta villa,
en la que como rey mando,
dueño de haciendas y vidas.
Cuanto por tí me desvelo
hoy pagarme deberias.

MARIA. Acaso no estoy, Señor,
mas que nadie agradecida?

D. PEDRO. No me esplico, ó no me entiendes.

MARIA. No os entiendo.

D. PEDRO. Yo queria
que me entendieses.

MARIA. ¿Y cómo?
Si una aldeana sencilla
á los Señores no sabe
comprender, si no se esplican.

D. PEDRO. Harto me esplico.

MARIA. ¡Oh! que sí!
D. PEDRO. Permíteme que prosiga.
MARIA. ¿Y para qué? A Dios quedad.
D. PEDRO. No te irás.
MARIA. Señor....
D. PEDRO. María....
MARIA. El buen Apóstol me espera.
D. PEDRO. Pues, que esperándote siga.
MARIA. No es posible.
D. PEDRO. El alma toda....
MARIA. Por el Apóstol daría.
D. PEDRO. Hablo por mí.
MARIA. Por mí hablo.
D. PEDRO. De amor D. Pedro suspira.
MARIA. Ahora ya todo lo ignoro.
D. PEDRO. (Es demasiado ladina.)
No me esplico ó no me entiendes.
MARIA. Demás lo entiendo y se esplica.
D. PEDRO. Pues bien, D. Pedro te adora,
eres mi bien, mi alegría.
Si á mi ardorosa pasion,
hoy deponiendo tus iras,
correspondes cariñosa,
te haré en tal estremo rica
que á tus pies brille rendido
cuanto el sol dora en las Indias.
De este castillo Señora,
en todas partes servida,
siempre amada, tu existencia
llena será de delicias.
Piénsalo bien, y responde
á lo que mi voz te brinda:
que de otro modo olvidada

comprarás, infelíz niña,
con el sudor de tu frente
una existencia mezquina.
Aconseja á tus desdenes
te muestren menos esquiva,
que aquí las penas te aguardan,
y allí te aguarda la dicha.

MARIA. No es la dicha verdadera
existir envilecida:
eso D. Pedro, es mas bien
que nobleza, villanía.
Querer renuncie el honor
y que el deshonor admita....
nunca imaginé escuchar
esas palabras indignas
no solo del que las dice
sino del que llega á oirlas.

D. PEDRO. Reflexiónalo un momento,
has por mostrarte propicia,
que ganas conmigo mucho
y sin mí pierdes ser rica.

MARIA. Y he de verme deshonrada
cuando aquí vivo tranquila?

D. PEDRO. La tranquilidad del campo;
¡qué ridícula manía!

MARIA. ¡Ridículo! ¿no es hermoso
cuando ya el sol ilumina,
salir por esas praderas
y la honesta canastilla
llenar de frutas y flores
á cual mas bella, mas linda?
Ver riëndose los valles,
llenas de oro las espigas,

las flores vertiendo aromas,
y temblando las olivas
al impulso con que el aire
mis rubios cabellos riza;
sobre la frondosa adelfa
las parleras avecillas
me parece que saludan
á la nueva luz del dia.
El pastor vá su ganado
por la empinada colina
llevando, libre de penas,
y viendo las ovejillas
paser la menuda grama
entre las rosas y lilas.
Luego bajar á el arroyo,
tomar flores de la orilla,
arrojarlas y mirar
que el agua les precipita
unas tras otras corriendo
hasta perderse de vista.
Y cuando torno á la casa,
que el Apóstol de Sevilla
con sus virtudes ilustra,
con su paciencia divina:
él, que viéndome en el mundo,
pobre, triste, desvalida,
de mi niñéz ha cuidado
prodigándome caricias,
le ofrezco de amor en prenda
las frutas de mi cestilla.
Esta, Señor, como he dicho
fué siempre mi honesta vida,
la que no cambio por nada

mientras en el mundo exista.

D. PEDRO. Todo está muy bien; mas creo
que de una cosa te olvidas.

MARIA. De qué, Señor?

D. PEDRO. Que los hombres....
la juventud egoista,
ya no quiere esas virtudes;
para ellos el oro priva,
y yo.... te puedo dar oro.

MARIA. Y los que en el campo habitan?
qué, no pueden ser amados?

D. PEDRO. Quién á una pobre amaría?

MARIA. Quien de nobles sentimientos
hace alarde.

D. PEDRO. Eso es mentira:
á no ser un miserable
quién á tí descendería?

MARIA. Y si os dijera que tengo
uno que por mí delira,
de presencia mas gallarda
que vos, y de esclarecida
sangre; de todos amado
mas que vos, y juraría
que si mi amor no le diese
quizás perdiera la vida.
Ese, D. Pedro, me adora,
en mí su consuelo mira
y si supiese me ofenden
á mi ofensor mataría.

D. PEDRO. Linda pintura.

MARIA. Os asombra?

D. PEDRO. Siento que soñando vivas.
Noble....

MARIA. Como vos, D. Pedro.

D. PEDRO. Y lo quieres?
MARÍA. A eso aspira.
D. PEDRO. Y él á tí?
MARIA. Me lo ha jurado.
D. PEDRO. Y es valiente?
MARIA. Que lo diga
fiero Aleman que le viera
del Albis junto á la orilla
ser allí gloria de España
y de valientes envidia.
D. PEDRO. Y todas las noches viene
á verte desde Sevilla....
Será Fernando....
MARIA. Fernando.
D. PEDRO. Pues su pasion lo asesina.
MARIA. Qué decís?
D. PEDRO. Que morirá
sin que nadie me lo impida.
MARIA. Sed D. Pedro mas humano.
D. PEDRO. Cual tú fuiste compasiva.
MARIA. Piedad, piedad de mis penas.
D. PEDRO. Quien le mata eres tú misma.
MARIA. Sed compasivo.
D. PEDRO. De hielo.
MARIA. Hombre infame.
D. PEDRO. Serás mia. (*Al salir.*)

ESCENA VII.

MARÍA, *luego* FERNANDO.

MARIA. Señor, Señor. ¡Ay de mí!
yo sin pensar lo he perdido.
(A Fernando que entra.)
Huye Fernando querido
que la desgracia está aquí.

FERN. Quien á tus divinos ojos
hace lágrimas verter?
dí quien te hace padecer,
dí quien causa tus enojos.

MARIA. Oye mis pesares. Necio
D. Pedro, altivo, traidor,
demanda á mi pecho amor
cuando le inspira desprecio.
Me ultrajó; nada te asombre.
Clamó: quién te amará, dí?
quién ha de bajarse á tí?

FERN. Y qué?

MARIA. Pronuncié tu nombre.

FERN. Sépalo D. Pedro, el mundo,
y mis venturas envidie,
aunque mi constancia lidie
con su rencor furibundo.

MARIA. A tu lado nada temo;
pero peligras, Fernando,
si quedas aquí aumentando
la pasion en que me quemo.
Huye, sí, de esta morada
dó peligra tu existencia,
no te arranquen con violencia.
de los brazos de tu amada.

FERN. Todo triador es cobarde.

MARIA. Es demasiado atrevido
y vengarse me ha ofrecido
en tí, porque en celos arde.

FERN. Su arrogancia desafío,
llegue su ultraje á vengar,
que hasta tí no ha de llegar
sin romper el pecho mio.

MARIA. Romperán entrambos, sí;

pues que la una á la otra unida,
si á tí te quitan la vida
me dejan sin vida á mí.

FERN. Tú morir, angel de amor,
cuando empiezas á gozar?
Si muero puedes hallar

MARIA. en Avila un salvador.
El y tú sois los dos seres
á quienes amo en el mundo
con este amor tan profundo:
mi padre es él, mi amante eres.

FERN. Encantadora María,
suena tu dulce pálabra
en mi corazon, y labra
por siempre la dicha mia.
A tu lado no hay dolores,
todo es placer, todo calma,
porque en tí venera el alma
la diosa de los amores.
Hasta la vida perdiera
con placer siendo por tí,
y al mirarte junto á mí
bendiciéndote muriera.

MARIA. Si María es tu ventura,
qué serás tú para ella?

FERN. Ser amado de la bella
anhela mi pasion pura.

MARIA. Te idolatra con delirio;
pero olvidas que el traidor
quiere burlar nuestro amor?

FERN. Ese es tambien mi martirio.

MARIA. Pues huye de aquí, Fernando.

FERN. A estar á tu lado aspiro.

MARIA. Huye por Dios.

FERN. ¿Mas qué miro?
Avila se va acercando.
MARIA. Me quieres con él dejar?
FERN. A su cariño te entrego.
JUAN. Siempre juntos cuando llego. (*Llega.*)
FERN. Nos venis á consolar?

ESCENA VIII.

Dichos, JUAN DE AVILA.

JUAN. ¿A quién quereis que consuele?
Di quien padeciendo vive.
MARIA. A vuestro lado ninguno.
FERN. Sois el consuelo del triste.
JUAN Si algun pesar os aqueja,
sin ningun reparo dime.
FERN. Del secreto de mi amor
D. Pedro zañudo, tigre,
es dueño, jurando hacer
vuestros hijos infelices:
tiemblo solo por María,
lo que es yo me creo libre.
JUAN. Y ella tambien, descuidad,
por ella Juan se desvive
y sabrá perder la vida
antes que su honor mancille.
MARIA. Ofrecióme sus tesoros,
sus palacios y jardines,
díjome que era mas bella
que las perlas y rubíes;
mas viendo nada alcanzaba,
y que en mi honor era firme,
juró vengarse en Fernando

cuyo nombre, necia, dije.

JUAN. Vos Fernando podeis iros
tranquilo, mientras respire
Juan de Avila, que sabe
como el daño se corrige....
y mucho preveo aquí.

FERN. En vos confio, servidle
de escudo contra el tirano.

MARIA. En Sevilla estarás libre;
no te olvidaré, Fernando.

FERN. Quedad con Dios.

JUAN. El te guíe.

ESCENA IX.

JUAN,—MARIA.

JUAN. La noche su oscuro manto
por el espacio estendió,
y ya el momento llegó
de esperar la aurora: en tanto

(Al salir María por la izquierda le señala Juan el Oratorio y vuelve á él.)

no te recojas ahí,
que ahí tu daño se esconde.

MARIA. Entonces decid en dónde
pasaré la noche.

JUAN. Allí.

ESCENA X.

JUAN DE AVILA.

Noche estrellada y serena
que entre sombras y misterios
no en todo mortal derramas

dulce, balsámico sueño;
recibe en tus alas frias
del Dios que mora en los cielos,
para un infelíz la calma,
para otro arrepentimiento.
Mostrad, lucientes estrellas,
el bien que ocultais eterno,
y de un hijo desgraciado
henchid el herido pecho.
¿Quién en ti tales infamias
pudiera creer, D. Pedro,
que haces las veces de rey
en este sencillo pueblo?
Milano cruel, devoras
con vil tiránico fuero
las palomas inocentes
libres y esentas un tiempo.
Despierta, polvo engreido,
arrepiéntete protervo....
salvad, ó Dios, á María:
á tu amparo la encomiendo.

ESCENA XI.

Dicho,-Tomas.

Tomas: Sois puntual á la cita.
Juan. ¿Quién te ha visto?
Tomas. Verme? nadie.
Juan. Pues algo nuevo me anuncias
en tu amarillo semblante.
Tomas. Muy amarillo ha de estar
si ha de igualar al corage.
Juan. Te vas, Tomas, convenciendo
de que D. Pedro no sabe

de los pobres inocentes
derramar la pura sangre?

TOMAS. Estoy convencido Apóstol,
D. Pedro no es tan infame,
él no ha sido el asesino,
él tambien quiere vengarle.

JUAN. Pues si quien ha sido ignoras,
aquí tu venganza acabe.

TOMAS. No tal, Apóstol. (*Pausa.*) Decidme:
qué daño os hizo mi padre?

JUAN. A mí.

TOMAS. A vos.

JUAN. Tú deliras.

TOMAS. Decis que estoy delirante,
por no hallar otra disculpa
que de mi furor os salve,
y además de ser tan vil
quereis que razon me falte.
A vos, sí, que en vuestro rostro
miro el crímen retratarse.
Y Sevilla así engañada
verá en vos un Santo, un ángel;
necia! tan solo quereis
á otros el nombre robarle;
mas ya que el vulgo os lo dice
á él respeto, no al culpable:
asesinaros no quiero,
nos batiremos.

JUAN. Es tarde.

TOMÁS. Miedo me teneis, Apóstol.

JUAN. Lástima sí, miedo á nadie.

TOMAS. Habeis sido vos.

JUAN. (*Con dignidad.*) Tomás!

mirame bien el semblante:
es de asesino? responde.

TOMAS. Ay! mi cabeza se arde.
Yo que en vos pensado había,
para alivio de mis males,
depositar un secreto
que ya en mi pecho no cabe,
en pago de mi cariño,
de mi celo y mis afanes,
el corazon me habeis muerto
asesinando á mi padre.
Padre mio, si te es dado
desde ese cielo mirarme,
contempla cuanto padezco
entre dolores y ultrages,
tú que miras mi quebranto
dime si hay dolor mas grande.

JUAN. Infeliz! cuánto padeces!
quién pudiera consolarte!

TOMAS. Consuelo de vos? la muerte.

JUAN. Escucha Tomás: es tarde
y aun hay que dar sepultura
á un mutilado cadáver.
Además registra bien
de tu casa en todas partes,
por si encontramos las pruebas
de su inocencia. ¿Tu madre
tuvo mas hijos que tú?

TOMAS. Una niña.

JUAN. De ella sabes?

TOMAS. No me pregunteis, Apóstol,
pues nada tengo que hablarle.
Si os mato, sabré al momento

enterraros con mi padre:
si vuestra espada me vence,
con él, Avila, enterradme.

Juan. Espera, Tomas, espera,
aunque se aumenten tus males,
que la esperanza es un árbol
cuyo fruto mucho vale.
Espera, Tomás, espera,
dando tregua á tus pesares,
y si al traidor no descubres
puedes, Tomás....

Tomas. Qué?

Juan. Culparme.

ESCENA XII.

D. Pedro,-Gil, *y embozados que entran por la ventana.*

D. Pedro. Roba, Gil, esa muger,
y sin que nadie te vea,
antes que la aurora sea
en palacio la he de ver.
Si alguno te hiciere mal
por salvar á esa aldeana,
no me respondas mañana,
«corrí, llevando puñal.»
Cumpliendo lo que mandé
tomarás mucho dinero:
anda, que en palacio espero.

Gil. Allí con ella estaré.

(*Gil y los embozados entran en el cuarto de María, D. Pedro se dirige al oratorio.*)

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO SEGUNDO.

La decoracion anterior.

ESCENA PRIMERA.

JUAN,—MARIA, *salen del oratorio.*

MARIA. ¡Qué fatiga! padre mio,
¡qué noche tan horrorosa!

JUAN. El haber tú penetrado
en esas temibles bóvedas,
de grandes penas te libra,
de dolores y congojas.

(*Registra el aposento y viendo violentada la puerta del cuarto de María, dice:*)

Sí, no hay dudar: esta puerta
forzada está, y la otra,
¡gracias, oh Dios, que libraste
del milano la paloma!

MARIA. Padre, que pensais hacer
de ese cadáver?

JUAN. Te asombra?
Estará en el oratorio
hasta que la noche lóbrega
estienda su oscuro manto
de la piedad protectora.
Darémosle sepultura
á favor de opaca antorcha,
mientras un hijo infeliz

baña en lágrimas la fosa.
¡Oh inescrutables arcanos
del Ser! Nace el hombre y llora,
amarga arrastra la vida,
con miseria se desploma.
Tú, con nosotros vendrás,
peligras, estando sola.

MARIA. Por qué? Señor.

JUAN. Esta noche,
ese vil que á Dios enoja,
ha penetrado en tu estancia
á brindarte la deshonra.

MARIA. Ah! buen Apóstol, libradme
de ese tigre que me acosa.
No me separo de vos,
cruzaré esas tristes sombras
á vuestro lado, aunque tiemblo
de ver á Tomás: zozobra
su juicio tan quebrantado
por el dolor que devora.
Junto á mí tiembla, suspira,
y si mis labios le nombran
en el momento aparece
leve sonrisa en su boca.
Ya le atormentan mis penas
aun mas que sus penas propias.
Si le oyérais cual dijo:
«Si los hombres te abandonan,
siempre Tomás á tu lado
guarda será de tu honra,
que mereces, pobre niña,
ser en el mundo dichosa;
mas ¡ay! que si no lloraras

y tu llanto, gota á gota,
no fecundizara el cesped,
¿qué de esa florida alfombra
hija de las dulces perlas
que tus ojos atesoran?»
Espira su vos al punto,
sus sentidos se trastornan,
el dolor su rostro cubre
y sus labios descoloran.

JUAN. ¡Infelíz! ¡cuánto padece!
cuántos dolores le ahogan,
sin poderlo consolar
ni el sonreir de una hermosa;
mas ya el sol por el Oriente,
rayos despidiendo asoma,
y la campana se escucha
que á la oracion nos convoca.
A Dios queda, en tu aposento
no recibas mas personas
que á Tomás y tu Fernando,
únicos que verte hoy logran.
A Dios.

MARIA. No tardeis, Apóstol.

JUAN. Dios, María, nos socorra.

ESCENA II.

MARIA,—TOMAS.

MARIA. Partid con Dios, buen Apóstol,
siempre sed el guarda mio;
en pago os espera el cielo,
donde unirme á vos aspiro.

TOMAS. (*A la puerta del oratorio.*)

Tú que en el cielo te hallas,
dile á ese Dios infinito,
que padeciendo inocente
está en el mundo tu hijo.

MARIA. Ah! buen Tomás!

TOMÁS. ¡Pobre niña!

MARIA. ¿Os encontrais mas tranquilo?

TOMAS. Sí, María, en esta noche
habeis sin querer sufrido,
sin tener culpa en los males
á que abandonado existo:
yo....me opuse á que viniérais;
mas el Apóstol lo quiso.

MARIA. Sí, Tomás, en esta noche
es verdad que he padecido;
mas razon tuvo el Apóstol,
no estar aquí fué preciso.

TOMAS. El dolor las almas une,
busca amistad en él mismo,
y hasta consigue, María,
se abracen los enemigos.

MARIA. Por eso en vos ha dos años....

TOMAS. Qué?

MARIA. Mi tierna amistad cifro.

TOMAS. Cuánto me honrais! Sabe el cielo
que en vos un ángel admiro,
y junto á vos mi infortunio
tiene menos poderío.

MARIA. Oh! cuanto, cuanto daria
por ofreceros alivios!

TOMAS. Tan solo en vos los espero
que sois peregrino hechizo,
de las bellas la mas bella,

dulce iman del ciego niño.
En leche y sangre bañado
el bello semblante os miro,
y que las trenzas flotantes
al oro roban su brillo.
Cual la africana palmera
es su talle esbelto y lindo,
y esas manos son tan blancas
cual los nevados armiños.
Las miradas de esos ojos
son del corazon martirio,
y si no mirais, la calma
huye del pecho abatido.
Las horas á vuestro lado
veloces son en su giro,
porque sois, querub celeste
que á honrar nuestros valles vino.
Cuando al campo va María,
esos rivazos floridos
llenan de aroma los aires
inspirando amores finos,
y los verdes limoneros
alfombran de azahar el piso.
Entonces parece oir
á las aves bendeciros,
cuando en alas de los vientos
lanzan alegres sus trinos,
en tanto que vuestras manos
hacen de rosas y lirios
las guirnaldas que la aurora
ciñe en mágico atavio.
Y si no quereis cortar
una flor de cada sitio,

unos se quedan riendo,
y otros se quedan sentidos.
Porque vos sois la pastora
á quien los frescos jacintos,
como á diosa de los campos,
todo su amor han rendido,
robando á Céres el reino
que darle Júpiter quiso.

MARIA. Es de más interesante
para mis toscos oidos
esa pintura que hicisteis
de mis pobres atractivos,
y jurára que por otra
de amor os hallais rendido.

TOMAS. Por otra decís (Ay! Cielos!)
Para sufrir solo vivo.

MARIA. ¿Llevo razon?

TOMAS. No, María.

MARIA. ¿Que no decís?

TOMAS. Que no digo.

MARIA. Entonces, como entenderos.

TOMAS. Me entendereis si me esplico.

MARIA. Amais?

TOMAS. No lo sé.

MARIA. Pues no?

TOMAS. Si las penas en que gimo
son de amor....

MARIA. El qué, Tomás?

TOMAS. Entonces de amor suspiro.
En el mundo todos aman:
ama la flor al rocío,
ama la abeja á la flor,
aman las aves al nido.

A la noche oscura y fria
adora del valle el lirio,
porque los rayos del sol
dejan su caliz marchito.
Las mieses que el bieldo arroja
ama el labrador sencillo,
la tierra, el sol y la lluvia,
y los peces á los rios.
Cuanto existe amando está,
vedlo bien, amó el Dios mismo,
y hasta las fieras, María,
ante el amor se han rendido.
Si naturaleza toda
en él embriagada he visto,
¿cómo ha de quedarse aislado
insensible el pecho mio?

MARIA. Y la bella que adorais,
la que causa ese delirio,
me direis, Tomás?

TOMAS. Mi padre
que desde el cielo me ha oido,
lo supo, y mi pensamiento
el desgraciado bendijo.

MARIA. Y su nombre?

TOMAS. Es imposible,
aunque el amar no es delito.

MARIA. Ella lo sabe?

TOMAS. Tampoco.

MARIA. Se lo direis?

TOMAS. No lo digo.

MARIA. Entonces como lograr
vuestro afan?

TOMAS. Solo respiro

para sufrir.

MARIA. Confiad....

TOMAS. María, piedad os pido.

MARIA. Haceis mal en ocultarle
ese fuego tan activo
á quien tal vez aprisionen
de amor silenciosos grillos,
y espere vuestras palabras
como la flor al rocio.

TOMÁS. ¡María!

MARÍA. No soy curiosa.

TOMAS. Tengo el corazon de un niño,
incapaz de hallar en él
ningun secreto escondido.
Lo que en mi pecho se encierra
no es amor, es fuego vivo,
ha tiempo que en él me abraso,
ha tiempo que con él lidio.
Ya no se debe callar....
mas.... no, no, yo nada he dicho.
Quedad, Señora, con Dios.
(Va á salir.)
(llevo el corazon partido.)

MARIA. Quedaos, Tomás.

TOMAS. Oh María!
Y si vuestro enojo irrito?

MARIA. Por qué?

TOMAS. Soi muy desgraciado.

MARIA. Yo á los desgraciados sirvo.

TOMAS. Pero no quitais las penas.

MARIA. Tambien las penas mitigo.

TOMAS. Pues entonces....

MARIA. Sí, decid.

TOMAS. Nada, nada. (Que martirio.)
MARIA. Es hermosa?
TOMAS. Como un cielo.
MARIA. Tierna?
TOMAS. Mis males olvido
cuando sus labios....
MARIA. No es digna
tal vez de vuestro cariño?
TÓMAS. Oh! sí, su nombre como ella
es puro, santo, bendito.
Todos la llaman María,
y ante mis ojos la miro.
MARIA. Tomás!
TOMAS. Maria!
MARIA. ¡Ay de mi!
TOMAS. La verdad mi labio dijo.
MARIA. ¡Qué curiosidad tan necia!
¡Que es lo que hice, Dios mio!
TOMAS. Hablad.
MARIA. Tomás, es ya tarde.
TOMAS. Tarde?
MARIA. Imposible.
TOMÁS. Deliro!
MARIA. Jamás imaginar pude
que en mí vuestra aficion...
TOMAS. Digno
premio mis sueños corona!
MARIA. Amo á Fernando, y hoy mismo
enlazar santa coyunda
debe, Tomás, mi alvedrío.
El Apóstol, de mis bodas
os eligió de padrino.
TOMAS. Para acabar de matarme,

bien el Apóstol lo hizo!
Mas oid, con un favor
pagaré vuestro desvio.

MARIA. ¿Cuál?

TOMAS. Adorais á Fernando?

MARIA. Tomas, por él solo vivo.

TOMAS. Pues que no penetre aquí,
su existencia está en peligro.

MARIA. Por Dios, decid, qué sabeis?

TOMAS. Por D. Pedro es perseguido.

MARIA. Por D. Pedro! Dios piadoso!
Él fué de Nuño asesino!

TOMAS. Cómo?

MARIA. Lo dicen.

TOMAS. Lo dicen!
Quizá D. Pedro no ha sido,
pues con mil dudas, Señora,
luchando estoy de continuo.

MARIA. Ay! si hablara ese cadáver!

TOMAS. Y yo necio me he atrevido
de mi padre desgraciado
la calma á turbar impio
por livianos pensamientos
olvidando su martirio!
No desates tus venganzas
contra mí, Cielo divino.
Dios justo, piedad, piedad,
que todos somos tus hijos.
Y tú, idolatrado padre,
perdona si te he ofendido!
Partid, salvad á Fernando.

MARIA. Salvémosle.

TOMAS. En el castillo

que se esconda, y entre todos....
MARIA. Lo salvaremos?
TOMAS. Confio.
MARIA. Á Dios, Tomas.
TOMAS. Él os guarde.
(Otro es mas feliz y existo!)

ESCENA III.

TOMAS,–JUAN DE AVILA.

TOMAS. Ay de mi! todo acabó:
solo me queda amargura;
solo para mas dolores
estoy luchando en mil dudas.
Sin mi padre, sin María,
sin tener quien en mi angustia
me consuele un solo instante.
Dios desatiende mis súplicas.....
Me has olvidado Dios mio?
JUAN. Miserable qué pronuncias!
Dices que Dios te ha olvidado,....
cuándo al hombre olvida? nunca.
TOMAS. Apóstol!
JUAN. Por fin hallastes
de ese crímen prueba alguna?
TOMAS. Aun no lo sé.
JUAN. Ni sospechas?
TOMAS. En esa bóveda oscura,
puse la mano en el seno
de mi padre y encontré una.
JUAN. Cómo?
TOMAS. Mirad esta bolsa;
ancha cinta le circunda:

no me he atrevido á romperla
porque el romperla me asusta.

JUAN. Dámela.

TOMAS. No, vuestras manos
no la tocarán.

JUAN. Me insultas
no teniendo confianza
en quien tu bien solo busca.

TOMAS. Ávila.

JUAN. El tiempo es precioso.

TOMAS. No, no.

JUAN. Tomás!

TOMAS. Y mis dudas?
mis temores, mis recelos.

JUAN. Infeliz! en que las fundas?

TOMAS. La bolsa tomad, abridla.

JUAN. Dios, la inocencia me escuda.
Ávila, verás no tiene
del asesinato culpa.

(*Rompe la bolsa, sacando un pergamino.*)

TOMAS. Un pergamino!

JUAN. Leamos.

TOMÁS. Que se encierra en él?

JUAN. Escucha. (*Lee.*)
«En medio de la espantosa peste de Sevilla, perdí á la inocente Isabel hija de D. Pedro por la naturaleza, y mia por el cariño. Una rica Señora, dicen que la recogió, y á su muerte una de sus doncellas llamada Inés Perez, quien la hubo de llevar á Sevilla. Nunca se ha podido saber el nombre de la Señora; jamás el paradero de

la doncella: si vive Isabel, debe guardar media medalla de bronce que une á la que vá asida á este pergamino. Tomás, si encuentras á mi hija adoptiva no te vengues, entrégala generoso á quien ha jurado.... arrebatarme.... (Dios mio!)

TOMAS. ¿Por qué el Apóstol fluctua?

JUAN. Porque no debes saber
nada mas.

TOMÁS. Quizá descubra
por el resto al asesino.
Dadme pues:....

JUAN. Pienso que nunca.
(Dios mio en tan pocas horas
cómo los males se agrupan!)
Perdona, Tomás, que Dios
hará venganza mas justa.

TOMAS. Vengan las pruebas.

JUAN. Las rompo.

TOMAS. Si las rompeis, con la punta
de mi acero el corazon.....

JUAN. Tomás!....

TOMAS. Mi vista se nubla!
Estoy loco, y solo pienso
en mi grande desventura,
en la muerte de mi padre
y en mi venganza. Denuncia
al asesino ese escrito
y me lo robais..... mis dudas
vuelven, Apóstol, me ciegan:
Tomás con el crimen lucha:
huid, huid, no respondo

de un arranque de mi furia,

JUAN. Siento pasos, cállate.
Don-Pedro aquí..... disimula,
no quiero me encuentre, vete.
A Dios, que á la tarde acudas.

ESCENA IV.

TOMAS, *lüego* D. PEDRO.

TOMAS. Apóstol, vengan las pruebas......
Le he de abrir la sepultura.

D. PEDRO. Nadie hay? (*Entrando.*)

TOMAS. Nadie se vé.

D. PEDRO. En la cercana tribuna
espera hasta que te llamen.

TOMAS. (Que de ansiedad, que de angustia.)
Está bien. (Dentro de poco
le mato si las oculta.)

ESCENA V.

D. PEDRO.

Sin duda se han escondido
á mi corage temiendo:
sin duda me estaban viendo,
y al entrar yo aquí se han ido.
El vil Fernando me quita
el amor de esa aldeana:
mi pasion burla inhumana ..
pasion infame, maldita.
Este sencillo aposento (*A la puerta.*)
sin esa aldeana está,

por esta puerta se vá *(A la otra.)*
al inierior; es mi intento
que el Apóstol no me vea,
y debe estar por aquí;
mas dó se ocultan de mí
quizá el oratario sea.

(Abre el Oratorio, vé el cadáver y vuelve asombrado.)

Dios! los muertos se levantan
contra D. Pedro tambien!
Nuño, tu furia conten,
que tus miradas me espantan!
No es sueño! La realidad
á mis ojos lo presenta!
vienes á pedirme cuenta
por no tenerte piedad?
Mírame bien cara á cara,
nunca á D. Pedro ofendieras,
que si otra vida tuvieras,
otra vida te arrancara.
Oye, sombra aborrecida,
los dos nos hemos pagado,
tú á mi hija me has robado,
yo te he robado la vida;
mas si no te la quitó
el acero que pagué,
Nuño vil, esperamé
que á quitártela voy yo.
Nunca el miedo conocí,
miraré tu pecho abierto;
mas ¡ay de tí! que estás muerto,
así gozo en verte, así.

ESCENA VI.

D. PEDRO.—JUAN.

JUAN. ¿Y no temeis que el infierno
tambien goce en vuestros males?
¿Podrá respirar tranquilo
el corazon de un culpable?
Para arrebatar la vida
del hombre el poder no vale.

D. PEDRO. (*Cerrando la puerta y poniéndose delante.*)
Qué hablais? Yo no he dicho nada:
nada, Juan, nada escuchásteis;
vuestros ojos nada vieron....
¡Que así la vista os engañe!
Avila, estais engañado....
no es verdad? verdad? miradme.

JUAN. ¿Y se engaña Dios? Entonces
por que ocultais el semblante?
No teneis derecho alguno
para decirme que calle,
ni quizás para que Dios
perdone vuestras maldades.

D. PEDRO. Mas no veis puras mis manos?
Yo matar? Oh Dios! á nadie.
Me teneis por asesino.

JUAN. Y si no.... á que sincerarse?

D. PEDRO. Es posible que á mi honor
tiros asesten cobardes,
la cábala y la malicia
anhelosas de empañarle.

JUAN. Son nieblas que rompe el sol

de la inocencia triunfante.

D. PEDRO. Habeis por demás hablado:
basta ya, quiero que baste.

JUAN. Voz de justicia es la voz
de toda verdad: imágen
de la lumbre inestinguible
que en los almos cielos arde,
no puede el hombre apagarla
así como no le es dable
el disipar los reflejos
de las estrellas brillantes.
Decid á vuestros esclavos
que viles hierros arrastren,
que sirio ardiente los queme,
que el hielo su frente escarche.
Decid á vuestros vasallos,
que á sus hijos arrebaten
el pan, trocándolo en oro
que vuestra impureza sacie.
Decid á vuestros esbirros
que os mata la sed de sangre;
mas no diga vuestra lengua
al hombre de Dios que calle.

D. PEDRO. Ved que mi enojo....

JUAN. No temo
vuestro enojo: solo sabe
hacerme temblar, la mano
de aquel que por sus bondades,
llamaros arrepentido
puede á sus brazos amantes.
Aun es tiempo: ved D. Pedro,
ved el medio de aplacarle,
vos que al Rey le habeis quitado

un vasallo el mas constante,
á la sociedad un hijo,
á un hijo su tierno padre.

D. Pedro. No gusto, no, de sermones.

Juan. Sin gusto habeis de escucharme.
Delante ese altar bendito,
D. Pedro, tendido yace
el de un venerable anciano
ensangrentado cadáver.
No hombre á hombre, como bueno,
mató á Nuño tu corage,
fuistes cual lobo al rebaño,
como á la paloma el sacre.
Nuño indefenso, agostado
por negras adversidades,
viejo... no hay dudar.... es triunfo,
heróica hazaña el matarle.
Fué un tiempo en que su fortuna
y la vuestra eran iguales:
entonces grandes amigos,
vuestros secretos mas grandes
eran suyos, ponderando
de su lealtad los quilates.
El fruto de unos amores,
bien se pudo confiarle:
«Nuño, al fin eres casado,
te entrego una niña, un ángel:
con ella parte y tus hijos
el fruto de tus afanes.»
¡Qué bien Isabel lo logra!
¡Qué bien le paga su padre!
Ese es de amistad el premio....
Quien tal hizo que tal pague.

D. PEDRO. Ávila!

JUAN. Pensais acaso
silencio imponerme? Es tarde.
No os encontrais en las Indias,
ni allí en bárbaras crueldades,
sois de los mundos escarnio,
de la humanidad ultrage.
No aquí en el hombre se ceban
hombres cual rabiosos canes;
nunca impunes aniquila
la obra de Dios admirable,
como un niño, vil juguete
entre sus manos deshace.

D. PEDRO. Así, como á vil juguete
voy la existencia á arrancarte.
Huye.

JUAN. Jamás.

D. FEDRO. No lo haré?

JUAN. No lo harás si á Dios no place.
Sí.

D. PEDRO. Aparta.

JUAN. Heridme, D. Pedro,
no veis que puede ser fácil.
(*Separando la espada.*)
¿Quién os volverá á Isabel
cuando la vida me falte?

D. PEDRO. Á Isabel? vive?

JUAN. Isabel.

D. PEDRO. Tu silencio no me agravie.
Hablad por piedad.

JUAN. Tan solo
hasta ahora el cielo lo sabe.

D. PEDRO. El cielo? Y lo ha revelado

à la piedad mas constante,
á la virtud, á el Apostol...
al Santo... hablad, hablad padre,

Juan. Con vil cimiento de barro,
torre de orgullo levántate,
no te engrían tus almenas
que aun puede arreciar el aire.

D. Pedro. Torre de orgullo decidme,
cuanto querais motejadme;
pero volvedme á mi hija.
ay! que al fin, que al fin la abrase!
Mi hija! decid, es dichosa?
es infelíz?

Juan. Las bondades
del cielo no han declarado
aun...

D. Pedro. Mis rebaños que pacen
los olorosos tomillos
del Betis en la ancha márgen,
y los granos de mis troges,
y mi oro, y mis diamantes,
pide y te daré por ella;
ya mi esperanza renace.
Si me vuelves á Isabel,
mi crueldad por tierra cae,
mi orgulloso natural
verás trocarse en afable.
Yo copiaré la dulzura
de sus labios de corales.
Isabel! por ella eterna
será mi fama envidiable,
y pasarán mis tesoros
á través de las edades,

mil y mil nietos ilustres,
mi nombre esculpiendo en jazpe
sobre la anchurosa puerta
de este castillo gigante.
Velará Isabel mi sueño,
y con su aliento suave,
de mis fieros enemigos
burlará los crudos planes.
Tomad, tomad mis tesoros,
de esos anchurosos valles
gosad las doradas mieses,
los escarchados panales
que en anchos, rústicos troncos
encierran mis colmenares,
de mis esclavos servios....
pero á Isabel entregadme.

JUAN. Dios solo volverla puede.
D. PEDRO. Por vuestra mano.
JUAN. ¿Quien sabe?
D. PEDRO. Aclarad esos misterios.
JUAN. Acaso puedo?
D. PEDRO. No tardes.
JUAN. Son misterios todavía.
D. PEDRO. Dudosos?
JUAN. Impenetrables,
si.
D. PEDRO. i Tus palabras, tu rostro,
u me engañas... no me engañes.
JUAN. Tengo muy vivos indicios.
D. PEDRO. Y quien te los dió?
JUAN. El cadáver
de Nuño: sobre su pecho...
¡necio! por que no buscaste?

Es verdad.... ciego de saña
tan solo anhelabas sangre.

D. PEDRO. Qué buscar?

JUAN. Un pergamino.

D. PEDRO. No sabrás leerlo, dame,
en cada letra vé un mundo
de pensamientos un padre.
El pergamino.

JUAN. No puedo.

D. PEDRO. Mi cólera no desates.

JUAN. Piensa en templar la de Dios,
que son siglos los instantes.

D. PEDRO. Ese escrito.

JUAN. Aun no.

D. PEDRO. ¿Qué intentas?
Pronto: cuales son tus planes?
Descubre quizá....

JUAN. De Nuño
los asesinos.

D. PEDRO. ¡Infame!

JUAN. El perdon como el escrito
á un hijo toca otorgarle.

D. PEDRO. Dámelo á mí, ó vive Dios
que has de probar mi corage.

JUAN. Soberbio, cálmate.

D. PEDRO. Mio
ha de ser á todo trance.

(Váse Juan, cerrando la puerta al entrar D. Pedro.)

ESCENA VII.

D. Pedro, *luego* Tomas.

D. Pedro. Me has dado en la cara ¡y vives!
Estoy ciego de furor:
abre la puerta ó á golpes
la hecharé á tierra si nó.
Apóstol, Apóstol, abre,
que lo manda tu Señor.

Tomas. D. Pedro, decid que os pasa,
contra quien ese rencor?

D. Pedro. No es rencor lo que ya tengo,
es nada mas que afliccion.
Ves eso, Tomás.
(*Abriendo el oratorio.*)

Tomas. Mi padre!

D. Pedro. Pues ya sé quien lo mató.

Tomas. Quién, D. Pedro?

D. Pedro. Callaté
que no sepan mi dolor.
El Apóstol hoy me insulta,
el porqué no sabes?

Tomas. No.

D. Pedro. Por sospechar que te he dicho
de ese crímen el autor.
¡Y el nombre lleva de Apóstol!...
¡Qué necios los hombres son!

Tomás. Hablad.

D. Pedro. Escucha, Tomás:
hay que castigar á dos.
Recuerdas bien que el Apóstol

estuvo en la Inquisicion
hará dos años?... Murmuran
ser tu padre el delator.
Fernando, jóven infame,
asesinarlo juró,
y entre los dos una noche
lo entraron en la prision,
dónde llorando inocente
tres lentos dias pasó.
Nuño, hambriento y miserable,
inspirando compasion,
bajo el peso de la infamia
prontamente sucumbió.

TOMAS. Y yo, necio, le he entregado
las pruebas de su traicion.

D. PEDRO. Cómó?

TOMAS. En ese cadáver frio
que mi celo registro,
encontré una bolsa.

D. PEDRO. Y bien?

TOMAS. Penas revelaba.

D. PEDRO. Y no
la guardaste?

TOMAS. Se la dí
á el Apóstol.

D. PEDRO. A el traidor!
Y ¿cómo se la quitamos?

TOMAS. Con la vida.

D. PEDRO. No hay razon.
Escucha.

TOMAS. Decid, D. Pedro.

D. PEDRO. Tomás, atiende á mi voz.
Ese viejo, sin piedad

á tu padre asesinó,
y luego puso el cadáver
ante la imágen de Dios.
Ahora bien, Tomás querido,
comprendes ya mi intencion.

TOMAS. Matarlos?

D. PEDRO. Tú no me entiendes:
esta casa la di yo
para habitarla á María,
ella es la dueña, el traidor
el cadáver puso allí.
Misterios del cielo son!
Prenderémos á María.

TOMAS. Al contrario, á su tutor.

D. PEDRO. Escúchame: dejaremos
así que se ponga el sol
á el Apóstol con Fernando
penetrar en la prision.

TOMÁS. Para qué?

D. PEDRO. De esta manera
sin que nuestro Emperador
nos pida cuenta, podemos
vengarnos.

TOMAS. Cómo!

D. PEDRO. Los dos
(Se pone á escribir D. Pedro.)
se dice que la robaban...
y mi gente los mató.

TOMAS. Y si descubren?

D. PEDRO. No pueden.

TOMAS. Pero será una traicion.

D. PEDRO. Amor con amor se paga,
con traiciones al traidor.

Lleva este pliego al notario
(*Le dá un pliego.*)
que luego lo espero.

TÓMAS. Voy.

D. PEDRO. Ninguno saldrá de aquí.

TOMAS. Venganza, Tomás.

D. PEDRO. Adiôs.
Ahora viejo miserable
el que á D. Pedro insultó,
verás que ya le ha pasado
la calentura al leon.
Y tú, necio, que pretendes
al que tu padre mató
asesinar con tu acero,
mé servirás de escalon
para mi intento, y despues
uno sobra de los dos.

ESCENA VIII.

D. PEDRO, GIL.

D. PEDRO. Gil.

GIL. Señor.

D. PEDRO. Te necesito
para una arriesgada empresa.

GIL. Si en Gil consiste, contad
con hallarla al punto hecha.

D. PEDRO. Dígalo en verdad Maria
cual la robastes.

GIL. Aquella
el Apóstol malogró.

D. PEDRO. Pues que no te burle en esta.
Conoces al que salía

há poco por esa puerta?

GIL. Mi compañero Tomás.

D. PEDRO. Pues le sobra la existencia.

GIL. Cómo!

D. PEDRO. No lo has entendido?

GIL. Vuestra intencion se revela.

D. PEDRO. Eres mio?

GIL. Hasta la muerte.

D. PEDRO. Me servirás?

GIL. Con presteza.

D. PEDRO. Pues esta noche á las dos
en tus garras, cruda fiera,
Don Pedro te arrojará
de sus furores la presa.

GIL. Es una sola?

D. PEDRO. No sé.

GIL. Por mí mas que ciento sean.

D. PEDRO. Te he de hacer nadar en oro.

GIL. Es la mayor recompensa
vuestro afecto.

D. PEDRO. (El hijo y padre
bajo su puñal perezcan.)
Adios servidor leal.

GIL. Hasta la noche.

D. PEDRO. Que vengas.
(Una vez lanzado al crímen
por otro mayor no queda.)

ESCENA IX.

MARIA, JUAN DE AVILA.

JUAN. Ven Maria.

MARIA. Y mi Fernando?

JUAN. No debe oir mis palabras,
ni del Señor de este pueblo
arrostrar la torpe saña.
Respondeme con presteza:
antes que á mí te fiara
el destino ¿quién cuidó
hija mia de tu infancia?

MARIA. Una muger.

JUAN. En Sevilla?

MARIA. En la Cruz del Campo.

JUAN. Acaba.
Recuerdas su nombre? Inés...

MARIA. Inés Perez la llamaban;
doncella de una Señora
ilustre, á quien entre tantas
víctimas, segó la peste.
Me arrebató de su casa
de mi infortunio dolida,
de mi inocencia prendada:
y cuando los tristes hados
vida y pesares le arrancan,
desplomarse sobre mí
contemplo nuevas desgracias:
mas como el piadoso cielo
nunca al mortal desampara,
un padre me ofrece en vos
de dichas colmando el alma.

JUAN. ¿Y quién de una débil niña
se niega á enjugar las lágrimas?
Yo te ví crecer hermosa
cual la palmera gallarda,
pura fuente de virtudes,
orgullo de la comarca.

Y cuando bondad divina
con santo cendal te enlaza
á quien es merecedor
de tus peregrinas gracias,
Dios, de piedad mar inmenso,
amargas dudas desata,
funestos males disipa,
tristes misterios aclara.
No hay que vacilar, Maria,
¿Conoces esta medalla?

MARIA. Es mia.

JUAN. ¿Tuya?

MARIA. Dios mio!

JUAN. Sí, sí, no me ocultes nada.

MARIA. Y, cómo lo he de ocultar?
A mi debe presentarla
mi propio padre. Sois vos?
Por eso tanto os amaba.
No respeto á la virtud,
á las vuestras prendas santas;
pues el fuego en que incesante
todo mi pecho se abrasa,
es un pensamiento oculto...
que adivina, si...

JUAN. Te engañas.
No soy tu padre.

MARIA. ¡Ay de mí!
Ligero el labio os ultraja.
Perdon! Decidme si digna
soy de saber á quien...

JUAN. Basta.
Te horrorizará su nombre.

MARIA. Lo escucharé resignada.

¿Tal vez por mi desventura
de Fernando seré hermana?
No imaginativo esteis...
¿cómo mi padre se llama?

JUAN. Todos le nombran...

FERN. (*Entrando.*) Maria.

MARIA. Acabad.

JUAN. Fernando, calla.

ESCENA X.

Dichos, FERNANDO.

FERN. ¿Así mi bien me abandonas?
¿Ya mi presencia te cansa?

JUAN. ¿Es posible que se canse
si en tí cifra su esperanza?

MARIA. Fernando...

JUAN. Oid, hijos mios.
No cesando las desgracias
de perseguiros aquí,
he resuelto...

FERN. ¿Qué?

JUAN. Arriesgada
es ciertamente la empresa,
casaros por la mañana.

MARIA. (¿Y mi padre?) (*A Juan.*)

JUAN. (Lo sabrás.)

MARIA. (¿Cuando?)

JUAN. (Cuando estés casada.)
Nada respondeis, Fernando?
os negaréis?

FERN. Tanto ansiaba
ese instante suspirado

que duda, anhelosa el alma.
Sí, Maria, por tí solo
en las sangrientas batallas
oro y nombre he conquistado
con los filos de mi espada;
así de amor en los brazos
hoy mi dicha se levanta.

MARIA. Tambien para mí el Apóstol,
ventura del cielo manda.

JUAN. Pues ahora sin que nadie
se aperciba, en tu alazana
lleva Fernando á María
á Sevilla, mientras pasa
la tarde, y á la oracion
en la cartuja me aguardas,
donde dejaré á mis hijos
unidos al pie del ara.
Andad, el cielo os ayude.

FERN. Iremos del viento en alas
por esos frondosos valles
que la llorarán mañana.

MARIA. ¡Cuánto siento abandonar
tan deliciosa morada!
Adios campos de venturas:
pastoras de estas montañas
quedad con Dios, y á Maria
no olvideis que siempre os ama.

FERN. Vamos.

JUAN. Partid.

MARIA. ¡Padre mio!
(*Abrazando á Juan.*)

ESCENA XI.

Dichos, D. PEDRO, TOMAS, *con un Notario y hombres armados.*

D. PEDRO. Esperad solo un momento.
FERN. / MARIA. / JUAN. ¡Cielos!
D. PEDRO. En este aposento
hallar las pruebas confio
de un crímen de esa aldeana
que han denunciado.
FERN. No es cierto.
JUAN. ¿Que irá á hacer?
D. PEDRO. Mirad.
FERN. Un muerto
(*Abre la puerta del oratorio y se ve el cadáver.*)
D. PEDRO. Dad fé vos. (*Al Notario.*)
JUAN. (Alma villana.)
MARIA. Ese muerto...!
D. PEDRO. A mi castillo.
(*Por Maria.*)
MARIA. Con razon os aborrezco!
JUAN. D. Pedro, ved que os ofrezco
decirlo todo. Me humillo
á vos y me despreciais...
D. PEDRO. Tomás, cumple como debes,
al castillo que la lleves.
Veremos como os portais.

ESCENA XII.

Los mismos, menos D. PEDRO.

TOMAS. Cumplid como os he mandado.

MARIA. Tomás!

FERN. Infame! venganza.

JUAN. Murió por fin mi esperanza....
Tomás que te han engañado.

TOMAS. Vamos.

MARIA. ¡Apóstol!

JUAN. ¡Piedad!

FERN. Sangre quiero, miserable.

TOMAS. Vos sola sois la culpable.
Al castillo.

JUAN. ¡Dios!

TOMAS. Marchad.

FERN. No la dejo, antes morir. (*Váse.*)

ESCENA XIII.

JUAN, TOMAS.

JUAN. Te engañaron.

TOMAS. Quién ha sido?

JUAN. Ese á quien ciego has servido.

TOMAS. Vos mas bien debeis decir.
Váisme ese escrito á entregar
ú os lo arranco á puñaladas;
mas qué rumor? Las espadas
se ven de lejos brillar. (*A la ventana.*)

JUAN. Es Fernando que defiende
la inocencia de Maria.

TOMAS. Malvado! La jente mia
mirad yá como le prende.
Seguirán la misma suerte.

JUAN. Cuál, Tomás?

TOMAS. En las prisiones...

JUAN. Habla.

TOMAS. No hablo.
JUAN. Esos sayones
le darán quizá la muerte.
TOMAS. Sí, sí.
JUAN. Recuerdas, Tomás,
á la dulce compañera
de tu infancia, á la hechicera
Isabel? pues la herirás
con tu puñal: es María.
TOMAS. Cómo!
JUAN. Es ella.
TOMAS. ¿Es Isabel?
Y yo necio la perdí!
JUAN. La salvas?
TOMAS. Apóstol, sí:
no me atormenteis cruel.
JUAN. Pues si la salvas, te ofrezco
humillar á el asesino.
TOMAS. No sois vos?
JUAN. No.
TOMAS. ¡Dios divino!
tal vez tu piedad merezco.
JUAN. Esta noche sabrás quien
á tu padre asesinó.
TOMAS. Juradlo.
JUAN. Lo ofrezco yo.
TOMAS. Salvarlos juro tambien.
JUAN. Me has prodigado consuelos,
y en mí la calma se arraiga.
TOMAS. Al que falte, que le caiga
la maldicion de los cielos.

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

ACTO TERCERO.

Galeria subterránea en las prisiones del Castillo. Una puerta à la derecha, otra secreta.

ESCENA PRIMERA.

D. Pedro, Gil.

D. Pedro. Cumplirás?
Gil. Como ofreci.
D. Pedro. Tu puesto es aquel.
(*Señalando á la puerta secreta.*)
Gil. Y espero...
D. Pedro. A que por él pase un hombre.
Gil Entonces?
D. Pedro. Sabes mi intento:
herirás sin ver siquiera
á quien le clavas tu acero.

ESCENA II.

D. Pedro, *luego* Tomas.

D. Pedro. Anda y acaba la obra
que ha principiado Don Pedro.
Tomás
Tomas. Señor.
D. Pedro. A María

hablar un instante quiero:
sácala de su prision.
Me has entendido?

TOMAS. Obedezco.

ESCENA III.

D. PEDRO, MARIA, TOMAS *se retira.*

D. PEDRO. Recobra, niña la calma,
auyenta vanos temores,
que enternecido mi pecho
á salvarte se dispone.

MARIA. Vos piadoso?

D. PEDRO. Yo rendido.

MARIA. Vil verdugo!

D. PEDRO. Amante noble.
No vivo cuando tú lloras,
quizá tu dicha es mi norte.
Mas ay! no sabes, Maria,
qué tormentos! cuan atroces
padece el alma, á quien matan
tus desdeñosos rigores.
Ver de un ángel de hermosura
las célicas perfecciones,
estremecerse á su acento,
abrasarse en sus dos soles;
y de este rico tesoro
envidia y pasmo del orbe,
dejar que un rival odiado
señor y dueño se nombre!
Antes mil veces me hiera
de un puñal el fiero golpe.
¡Perder, perder tanta gloria!.

¡que yo suspire! que él goce!
¿Cómo quieres que esta idea
todo mi ser no trastorne?
Dime que á tu casto seno
sencillo, inocente, dócil,
jamás el vendado niño
lanzó sus crudos arpones:
dime que de amor esenta
nadie logró tus favores,
clara perla de los mares,
flor oculta de los bosques.
Dime que al fin mi constancia
tal vez tus desdenes dome.
No guardes ese silencio,
á mi pasion ¡ay! responde.

MARIA. Dejadme por Dios, dejadme,
que sin vos estas prisiones
no eran tan tristes y duras.

D. PEDRO. Tu corazon es de bronce.

MARIA. De las sierpes la ponzoña,
Don Pedro, el vuestro corrompe.

D. PEDRO. Es, que me ciegan los celos:
es, que de un abismo al borde
tu hermosura y tu dureza
me arrastran con fuerza doble.

MARIA. Y décis que ansiais mi dicha?

D. PEDRO. Tu dicha, sí. En crudo choque
aquí sin cesar batallan
mil encontradas pasiones.
Mi ilustre cuna relucha
con la tuya humilde y pobre:
como á hidalgo, cual á un padre
me duelen ¡ay! tus dolores,

y á un terrible sacrificio
me siento pronto y conforme,
cuando quien yo soy recuerdo,
y recuerdo que soy hombre.

MARIA. Pues si quien sois recordais,
y recordais que sois noble,
de una cadena de amor
no rompais los eslabones.
De dos almas que unió el cielo
nadie la ventura estorbe:
dejad, dejad á la garza
que libre los aires goce,
y que la infelíz María
huya á lejanas regiones,
mientras que D. Pedro encuentra
entre el fausto de la córte
quien olvide sus deberes,
quien por oro se deshonre.

D. PEDRO. Y estos valles que otro tiempo
fueron tus dichas mayores....
serán así abandonados?
no quiero los abandones.
Tuyo será mi palacio,
mi amor, mi vida, mi nombre;
y en las oras encantadas
en que su manto descogen
la soledad y el misterio
hijos de la oscura noche,
con tu señor subirás
á mis elevadas torres...
Desde allí viendo mis valles,
y en ellos viendo mil hoces,
y las quintas que nevadas

parecen entre los bosques.
Todo tuyo, todo, todo:
y si bajas donde rompen
entre guijas sus cristales
los arroyos bullidores,
y encontramos sobre el cesped
el ancho tronco de un roble,
entonces en él te sientas
conmigo, ante esos pastores
que cantarán tu hermosura,
mi dicha, en rústicos sones.
En tanto que yo contemplo
entre las aguas veloces
retratarse tu semblante,
y esto hará mi encanto doble.
Tú mirarás en mi rostro
el placer y los temores:
placer, por verte dos veces,
temor.... porque el agua corre.

MARIA. Todo, D. Pedro, es en vano.
Me cansan vuestros favores.
Orgullo os ciega. ¿Amar puedo
á quien me aprisiona torpe
y de mi bien me separa
matando mis ilusiones?
No, D. Pedro, mi pureza
vuestro furor no desoje.

D. PEDRO. ¡Ni súplicas ni amenazas
que esa firmeza derroquen!

MARIA. No.

D. PEDRO. La dicha te ofrecí;
luego tus males no llores.

MARIA. Eso es amor?

D. PEDRO. Es locura.
Es ser tú bella.
MARIA. ¿Vos noble?
D. PEDRO. Es abrasarse en un fuego
que celosa el alma pone.
MARIA. Que vuestro valor lo apague.
D. PEDRO. Cuando María me adore.
MARIA. Es imposible.
D. PEDRO. Hundiré
esa arrogancia que opones.
MARIA. Pensais acaso...
D. PEDRO. En Fernando
saciar todos mis furores.
Ya no hay quien mi brazo tenga,
ya mi paciencia colmóse.
Bárbara venganza aguarda
que sobre tí se desplome:
sobre Fernando, mil muertes,
tormentos desgarradores.
Una palabra, una sola,
no estos instantes malogres.
Aun es tiempo, una palabra.
MARIA. No penseis su vida compre.
Deshonrada! mas bien muerta....
La deshonra mata al hombre.
D. PEDRO. Serás mia aunque los cielos
todo su poder oponen.
MARIA. D. Pedro, ved lo que haceis.
D. PEDRO. Tiembla, sí.
MARIA. ¿Quién me socorre?
D. PEDRO. (*Viendo venir á Tomás.*)
(Calla.) De Nuño la vida
quién arrebató, responde.

ESCENA IV.

Dichos, TOMAS.

D. PEDRO. Te niegas?
TOMAS. D. Pedro.
D. PEDRO. Basta.
(Burlaron mis intenciones.)
Enciérrala. (Ya verás (*A Maria.*)
cuanto alcanzan mis furores.)
MARIA. (Fué vuestra pasion mentira.
(*A Tomás.*)
¡Que así el buen Tomás se porte!)
TOMAS. (María, padezco tanto
que quisiera ser de bronce.)

ESCENA V.

TOMAS,-D. PEDRO.

D. PEDRO. Fernando está preso?
TOMAS. Sí.
D. PEDRO. Avila vendrá á salvarlos:
mi pensamiento no ignoras.
TOMAS. ¿Y qué hacemos?
D. PEDRO. Lo encerramos,
y allí....
TOMAS. ¿Que decis?
D. PEDRO. No entiendes?
Tu puñal....
TOMAS. La muerte acaso!...
D. PEDRO. Tengo gente preparada.

sal de esa mansion inmunda.

FERN. Gozarse en mis fieros males
tal vez tu pecho procura?

TOMAS. No te gozas en los mios?
¿Mi semblante que te anuncia?

FERN. Un fiero verdugo.

TOMAS. Un hombre
que con mil dolores lucha.

FERN. Tú con mil dolores?

TOMAS. Sí.

FERN. De ellos no tengo la culpa.
Tú, infelíz, cuando arrebatas
una angelical criatura
á un anciano venerable....
á un esposo.... ¿y vivo? ¡Oh furia!

TOMAS. Soy feliz, sí, que en venganza
se goza el alma y la busca.
Yo era un sencillo pastor
que á merced de la fortuna
guardaba agenos rebaños....
nunca los guardara, nunca.
Debí á los piadosos cielos
una oveja, no mas que una,
que á los armiños vencia
en su estremada blancura.
No sus nevados vellones
mancha ó sombra leve ofusca,
ni los aullidos del lobo
su dulce reposo turban.
Yo encantado la seguia
donde cristales y espumas
rompen las fuentes sonoras
el prado bañando en lluvia.

Yo le guardaba su sueño
cuando el sol arde en la altura,
formándole fresca sombra
con ramos de sauce y juncias.
Mas ¡ay! cuan poco la dicha
para el triste mortal dura!
¡Cómo el destino inconstante
toda mi esperanza burla!
Mas consigue quien asecha.
Oh! cómo el malvado triunfa!
Al fin mi ovejilla ví
del lobo presa en las uñas.

Fern. Importuno estais, Tomás.

Tomas. No te impacientes, escucha.
Tambien detras de una estrella,
como viva lumbre pura,
he caminado anhelante
devorando fieras dudas:
y cuando término dulce
mi fiel corazon columbra,
mis ojos con negra noche
ciega, oh Dios! nube importuna.
Una muger adoré
de peregrina hermosura,
en hechizos, la primera,
en virtud, modesta, única.
Estrella de amor brillante,
dicha al corazon anuncia,
sus tempestades serena,
y sus pesares endulza;
mas, ay, que un hombre me roba
mi esperanza, mi ventura,
llena de zozobra el pecho

sal de esa mansion inmunda.

FERN. Gozarse en mis fieros males
tal vez tu pecho procura?

TOMAS. No te gozas en los mios?
¿Mi semblante que te anuncia?

FERN. Un fiero verdugo.

TOMAS. Un hombre
que con mil dolores lucha.

FERN. Tú con mil dolores?

TOMAS. Sí.

FERN. De ellos no tengo la culpa.
Tú, infelíz, cuando arrebatas
una angelical criatura
á un anciano venerable....
á un esposo.... ¿y vivo? ¡Oh furia!

TOMAS. Soy feliz, sí, que en venganza
se goza el alma y la busca.
Yo era un sencillo pastor
que á merced de la fortuna
guardaba agenos rebaños....
nunca los guardara, nunca.
Debí á los piadosos cielos
una oveja, no mas que una,
que á los armiños vencía
en su estremada blancura.
No sus nevados vellones
mancha ó sombra leve ofusca,
ni los aullidos del lobo
su dulce reposo turban.
Yo encantado la seguia
donde cristales y espumas
rompen las fuentes sonoras
el prado bañando en lluvia.

Yo le guardaba su sueño
cuando el sol arde en la altura,
formándole fresca sombra
con ramos de sauce y juncias.
Mas ¡ay! cuan poco la dicha
para el triste mortal dura!
¡Cómo el destino inconstante
toda mi esperanza burla!
Mas consigue quien asecha.
Oh! cómo el malvado triunfa!
Al fin mi ovejilla vi
del lobo presa en las uñas.

FERN. Importuno estais, Tomás.

TOMAS. No te impacientes, escucha.
Tambien detras de una estrella,
como viva lumbre pura,
he caminado anhelante
devorando fieras dudas:
y cuando término dulce
mi fiel corazon columbra,
mis ojos con negra noche
ciega, oh Dios! nube importuna.
Una muger adoré
de peregrina hermosura,
en hechizos, la primera,
en virtud, modesta, única.
Estrella de amor brillante,
dicha al corazon anuncia,
sus tempestades serena,
y sus pesares endulza;
mas, ay, que un hombre me roba
mi esperanza, mi ventura,
llena de zozobra el pecho

y de ponzoñosa angustia.
Tú, me dejas sin María
como sin el sol la luna,
como el cárabo sin noche,
como los valles sin lluvia,
como las flores sin brisa,
y el cisne sin las espumas.
Aquí no acaban, Fernando.
mis crueles desventuras,
aun te debo mas tormentos....
son mi querella mas justa.
Tuve un padre, y era anciano,
y su cabellera augusta
en santos blancos cabellos
ultrajó tu mano impura.
No cual bueno, frente á frente,
en igual hidalga lucha,
pasó de mi padre el pecho
de tu acero vil la punta.
A traicion, cuando en cadenas
tambien le sumiste....
¿Juzga así conquistar Fernando
esa gloria en la cual funda
famoso, inmortal renombre
que ante el tiempo no sucumba?
Si son estas sus hazañas,
si así su valor deslustra,
solo espere el buen Fernando
que eterna infamia le cubra.
¿Qué pudo ofenderte Nuño?
¿Qué ceguedad fué la tuya?
¿Qué victoria conseguiste?
El cielo, vil, te confunda!

Arrebátame la oveja
en que cifré mi ventura,
la estrella de mi esperanza
con airada mano enturbia;
pero asesinar á un viejo,
á un padre, ¡bárbara injuria!
Fernando, el que á hierro mata
á hierro es fuerza concluya.

FERN. Hablastes ya?

TOMAS. Hable.

FERN. ,Y ya puedo...

TOMAS. He aquí dos espadas, una
toma al punto, y el que venza
abra del otro la tumba.

FERN. Oyeme, Tomás, con calma.

TOMAS. ¿Calma pides á mi furia?

FERN. Calma, si.

TOMAS. Solo un cobarde
tal dijera.

FERN. ¿Qué pronuncias?
pero como tú, no quiero
ser presa de una locura.
Tomás, Tomás estás loco.

TOMAS. Conmigo tu espada cruza
ó ¡vive Dios! que te mato.

FERN. Hiere, Tomás, ¿qué te turba?
Hiere, desnudo está el pecho:
mi conciencia no me acusa.
¿Lo ves? ¿lo ves? si lo dije!
Tomás, herirme reusas
y afirmas que en un anciano
cebé mi espada robusta!
No le conocí jamás:
Fernando aquí te lo jura,
y no pienses que el temor

me dicta tales disculpas,
tú eres el hombre primero
que en mi labio las escucha.
No me lo agradezcas, no;
sí al horror de tal calumnia,
sí á la lástima que en mí
causa tu pena profunda.

TOMAS. ¡Cómo en mi sufrir te gozas!
¡Cómo de mi mal te burlas!

FERN. Ni yo te robé á Maria,
ni soñé que prenda tuya
fuese, que de tu pasíon
no tuve sospecha nunca.
Yo fuí sus solos amores:
en santa, nupcial coyunda,
iba el Apóstol á unirnos
esta noche en la Cartuja;
cuando tú, rabioso lobo,
infausta nube zañuda,
fiero corazon de bronce,
robas toda mi ventura:
dos tiernas almas divides,
su dicha, bárbaro truncas.

TOMAS. Fernando?

FERN. Sí, de tu dueño
fuerza era saciar la impura
sed de placeres indignos,
rendir á las plantas suyas
la flor mas casta y hermosa
que el aura de Abril saluda.

TOMAS. Ama Don Pedro?...

FERN. A María.

TOMAS. Como noble?

FERN. Como astuta
vil emponzoñada sierpe

que entre las flores se oculta.

TOMAS. Para esposa?

FERN. Para dama,
menos tal vez.

TOMAS. Tú le insultas;
mas dices bien, estoy loco.
Ay! cual mi mente se ofusca!
¿Por qué dentro de mi pecho
naturaleza está muda,
y una pasion criminal
cual carga horrible le abruma?
¿Por qué no miró una hermana
en ese que me deslumbra,
angel de luz en la tierra,
tesoro de gracias juntas?
Si; es mi hermana...

FERN. Y dejarás
que en esa prision oscura
torpe D. Pedro profane...

TOMAS. ¡Oh! qué es lo que dices? nunca.
(*Descorre el cerrojo del calabozo de Maria.*)
Sal, sal hermosa Maria...
esas lágrimas enjuga.
(Que todo lo ignore aun,
oh cielo! prestame ayuda.)

ESCENA VIII.

TOMAS,-FERNANDO,-MARIA, *saliendo del calabozo.*

FERN. Maria!

MARIA. Fernando mio!
Tú en mis brazos! oh ventura!

FERN. Yo en tus brazos, mas amante
y mas contento que nunca.

MARIA. A quien tal dicha debemos.

FERN. A Tomás que hoy nos ayuda.
MARIA. Tomás...
TOMAS. Dejadme, Maria.
Aquí en mi mente se agrupan
mil ideas encontradas
que unas con las otras luchan.
Este espacio no es bastante
á mis penas, á mi angustia.
Quedad con Dios, no seguidme,
dejad que al dolor sucumba. (Vase.)

ESCENA IX.

MARIA.—FERNANDO.

MARIA. Fernando, mi bien, mi vida,
es mas hermosa la muerte,
que verme sola, abatida,
en tristes penas sumida,
casi á tu lado y sin verte.
Ya... no es tan grande el quebranto
de tu constante Maria:
á tu lado goza tanto,
que vierte abundante llanto,
pero es llanto de alegria.
FERN. Echa á mi cuello tus brazos,
que junto á tí desafio
las iras del hado impio,
porque tan hermosos lazos
dan valor al pecho mio.
Estando pensando en tí,
al través de aquesas naves,
tu acento escuchar creí...
y era el canto de las aves
que el viento trajo hasta mí.
El dulce reclamo era
que junto al nido de helecho

dirige á su compañera,
avecilla á quien espera
el cazador en asecho.
Mas ¡ay! que venganza toma
hoy de tí, fiero tirano,
¡como artero se desploma
sobre la blanca paloma
con sus garras el milano!

MARIA. No ha mucho gozó el placer
de llenarme de inquietud.

FERN. Y arroja aquí á padecer,
á quien pudiera romper
tu ominosa esclavitud.
Asi no asesina artero,
quien de honor la llama siente:
si eres noble y caballero
esgrime el cobarde acero,
Don Pedro, aquí frente á frente.

MARIA. Ay! Fernando, es ya segura
la muerte para los dos,
solo el mal Don Pedro augura,
deja tu ardor y procura
hallar el consuelo en Dios.
Allí sobre el sol luciente
no llega humano delirio.
En el cielo trasparente,
Dios ceñirá á nuestra frente
la corona del martirio.

FERN. Tal vez á la inquisicion
Don Pedro nos lleve, infame!
Allí no habrá compasion,
y aunque mi bien la reclame
será mas su indignacion.
Entonces arrepentida
á Don Pedro has de querer

por el miedo seducida,
y á la mitad de tu vida
verás en la hoguera arder.

MARIA. El cielo será testigo
de mi grande resistencia...
Fernando, vives conmigo,
y si pierdes la existencia
perderla quiero contigo.
No pienses que tu María
pueda respirar sin verte,
contigo morir ansía,
porque á tu lado, alma mia,
es menos dura la muerte.
A tu lado sonreiré
cuando en las llamas esté,
víctimas siendo los dos,
y al darte el último á Dios
mi valor te inspiraré.

FERN. Cuál mi ardiente pecho inflamas,
nada, mi encanto, ya temo;
sé que constante me amas,
y no igualarán las llamas
al ardor en que me quemo.

MARIA. Venga el tirano al instante,
ponga á nuestras vidas precio,
y de encontrar no se espante
en mi pecho de diamante
para sus iras desprecio.
(*Se arrodillan.*)

FERN. Tú, mi Dios, calma el dolor
que causa tal desconsuelo,
compadécenos, Señor,
y bendice desde el cielo...

MARIA. Nuestro llanto.

FERN. Nuestro amor.

MARIA. Bien sabes lo que es sufrir:
muéstrate padre amoroso,
y pues dejan de existir
presta á dos almas reposo.
FERN. Que esto es penar.
MARIA. Es morir.
FERN. Y mira, gran Dios, que un hombre
te ultraja de varios modos,
mofa haciendo de tu nòmbre:
haz que tu poder lé asombre.
MARIA. Señor, piedad.
JUAN. (*Entrando.*) Para todos.

ESCENA X.

Dichos, JUAN. *Durante esta escena atravesará* TOMAS *el teatro, como entregado á sus reflecsiones.*

JUAN. Y Dios la tendrá, hijos mios,
que con su poder inmenso
enaltece á los humildes
y derroca á los soberbios.
MARIA. Blanca paloma ¿traeis
verde oliva de consuelo?
Su ceguedad reconoce
arrepentido Don Pedro?
Esta mansion horrorosa
por fin abandonaremos?
Respiraré entre las flores,
veré el azul de los cielos!
Hablad, hablad.
JUAN. Hijos mios!
MARIA. No hay esperanza?
JUAN. La tengo
en la voluntad divina.
FERN. Quien penetra sus misterios!
JUAN. Mas decid: ¿cómo es que juntos

en esta mansion os veo?
Dos corazones que amor
abrasa en llamas de fuego,
solos aventuran mucho
en este lugar secreto.
Que no es posible jamás
de un enamorado pecho
ecsigir la dura fuerza
que opone la roca al viento.
Quiero que eviteis mil males
como cristianos y cuerdos:
que vuestro honor no mancillen
malicias del vulgo necio,
ya que el destino os arrastra
á este arriesgado silencio,
ú os reserva que los campos
cruceis por la noche, huyendo
ocultos entre las zarzas
de los torcales desiertos.

Los dos. ¿Qué quereis?

Juan. Que el cielo os una
en lazo bendito, eterno.

Fern. Vuestra voluntad acato.

Maria. Cual fiel hija os obedezco.

Juan. Yo en nombre de Dios recibo
vuestros fieles juramentos:
testigos sean estos muros,
los votos grábense en ellos.
Este es tu esposo, Maria:
he aquí, tu esposa te entrego.
Ya os defiende un fuerte escudo
contra asechanzas y riesgos,
en la borrascosa lucha
con que os prueba el Ser inmenso.

Maria. En lo que decis, descubro

con sobresalto un misterio.
Mi corazon despedazan
horribles presentimientos.
¿Es ya llegada la hora
en que ese tirano fiero
sacie en Fernando sus iras?
Esos cristianos consuelos...
Ay! hablad... Fernando mio!...

FERN. Dónde el valor? dí, serenos
desplomarse la venganza
no viamos de Don Pedro?
Llega, tirano, la víctima
ya aguarda el golpe sangriento.
Atad al leon, cobarde,
su justa furia temiendo:
así los nobles se vengan,
los ilustres caballeros.

MARIA. Quién te arrancará de aquí,
de aquí, de mi amante seno?
yo tendré, Fernando mio,
en este instante supremo,
el coraje de las fieras
que defienden sus hijuelos.

JUAN. Calmaos yá, que nunca escuche
(*Pasa Tomás y se para, como á escuchar lo que dicen.*)
esos impuros acentos
en los lábios que regala
el suave aroma Saveo,
donde recibe el raudal
de virtud que engendra el pecho.

FERN. Ay! que mucho le fatigan
imponderables tormentos.

MARIA. Ingratitudes horribles.

FERN. Durísimos desafueros.

Don Pedro

JUAN. El Dios de la altura
pena al malo, premia al bueno.

MARIA. Tomás...

JUAN. Tomas, que volcanes
allá en su mente encendieron
los demonios invencibles
del infortunio y los celos.
Hoy tras soñada venganza
corre desolado y ciego,
tal vez mañana, quien sabe?
apague ese activo incendio,
mostrándole sus errores
piadoso arrepentimiento.
Cálmente, Fernando ya,
esos brillantes luceros: (*Por Maria.*)
refresquen tu sien las rosas
que orlan sus rubios cabellos.

FERN. Desojadas, de una tumba
serán mañana trofeos.

JUAN. ¿Por qué nó de vida y triunfo
talisman que os brinda el cielo?
nupcial, precioso regalo,
de santa union dulce premio.

FERN. A qué vanas esperanzas
del alma mentidos sueños?
Soy caminante perdido
en los lívicos desiertos,
que las palmeras columbra
y las fuentes á lo lejos,
cuando montañas de arena
sobre él desploman los vientos.

JUAN. Siempre tened, hijos mios,
de Dios el corazon lleno.
Él que inflamó las centellas
y dió vida al universo,
no abatirá el necio orgullo

de un miserable pigmeo,
como el polvo de los campos
barre el huracan violento?
Ya cual cera derretirse
vuestras cadenas contemplo,
desmoronarse estos muros,
brillar los dorados cielos
de estrellas engalanados
bálsamo de paz vertiendo.
En júbilo el corazon,
hijos, dilatarse siento,
que no prevalece el malo
cuando Dios protege el bueno.

ESCENA XI.

Dichos, Tomas.

Tomas. Y lo protege sin duda
cuando mis pesares calma,
cuando acalla mis suspiros,
cuando mis celos apaga.

Maria. Tomás!

Tomas. Todo lo he escuchado,
muerta Apóstol mi esperanza.

Juan. He aquí por el cielo unidas
en lazo eterno dos almas.

Tomas. Y he aquí de infortunio y celos
los demonios que me ábrasan,
humillados y vencidos
al golpe de la constancia.
Venerable sacerdote
dos corazones enlaza,
testigo es entre lás sombras,
de esta ceremonia santa,
villano, infelíz, sencillo,
presa de bárbaras ansias.
Algo ha de hacer por borrar

males de que otro fué causa.

FERN. ¡Oh Tomás!

MARIA. Siempre tú el mismo.

JUAN. Generoso te esperaba.

TOMAS. Hoy vuestras dichas empiezan,
mis ilusiones acaban.
No hay que perder, son preciosos
estos momentos que pasan.
Huir es fuerza.

JUAN. Y cómo, estando
estas prisiones cerradas?
Yo mismo al entrar lo he visto,
donde quiera hombres de armas.

MARIA. Morir! ay! tiene Don Pedro
de los tigres las entrañas.

TOMAS. Escuchad, en el estremo
de esa oscura, subterránea
bóveda, acabo de hallar
derruida la muralla
por los fieros temporales
y el impulso de las aguas:
cae sobre el rio y en él
una barquilla os aguarda,
por ángeles á los fresnos
de la rivera amarrada.
Batid las alegres ondas
de vuestro amor en las alas.

FERN. Ven á mis brazos.

MARIA. Los cielos,
que de mis males se apiadan
pródigos, Tomás, otorguen
digno premio á tanta hazaña.

TOMAS. Desde la cuna, Maria,
me persigue la desgracia.

JUAN. No hay que dudar, hijos mios,
seguid pronto á quien os salva.

MARIA. Qué ¿no venís?
TOMAS. (*Bajo á Juan.*) Mil peligros
aquí tambien os aguardan.
Contra vos, quizá se asesta
de un asesino la daga.
Yo mismo... perdon, dudando,
ciego, confuso...
JUAN. Levanta.
Dios perdonó y salvó al hombre.
Ya tu venda se desata.
MARIA. FERN. } Venid, venid, vuestros hijos...
JUAN. Os seguiré cuando salvas
desde la orilla contemple
las prendas que el pecho ama.
MARIA. Que Maria os abandone!
JUAN. Si, tu padre te lo manda.
FERN. Señor...
JUAN. Adios, mi Fernando.
MARIA. Por piedad.
TOMAS. Apóstol.
JUAN. Basta;
quedan aquí desgraciados,
y aun debo enjugar sus lágrimas.

ESCENA XII.

JUAN, D. PEDRO, *luego* TOMAS.

JUAN. Oh Señor! de tu justicia
llegó la hora suspirada.
Se alejan... oigo aun sus pasos...
Llegan al término, paran:
van á partir... aquí trae
perdidos ecos el aura.
Huyeron ya: nada escucho...
No hay duda, los acompaña
Tomás generoso y noble.

Mas qué rumor se levanta?
En las bóvenas resuena...
¡Oh Dios! la inocencia ampara.

D. PEDRO. (*Por el fondo sin reparar en Avila.*)
Zozobra infunde en mi pecho
tan enojosa tardanza.
Cuantos á un Señor rodean
son enemigos que él paga.
Al fin respiraré libre
de hipócritas asechanzas,
de sospechas de un villano,
de humillaciones bastardas!
Lanzado una vez al crímen
el corazon no se sacia.
¿Qué importa, como florezcan
todas mis venturas? ¡Avila!
(*Reparando en Juan.*)
¡Y vive! ¡y vive! ¿Qué haceis,
decid, solo en esta estancia?

JUAN. A no querer Dios, el viento
las secas hojas no arrastra,
ni son perlas el rocío
en la concha nacarada.

D. PEDRO. (Me aterran estas paredes:
traiciones recela el alma.)
¿A Tomás visteis?

JUAN. Le vi.

D. PEDRO. Y qué es de él? Tomás... ¡Oh rabia!
Callais y bajais los ojos!
Ya comprendo vuestra infamia.
(*Mirando en los calabozos.*)
No está en su prision Maria.
Fernando no está aquí, habla.
Teme mi furor: dí todo.
Dónde estan? Dónde se hallan?
Habla, ó llamo á mis verdugos.

JUAN. Oye y tiembla: yo aguardaba
á que el arrepentimiento
llegase á borrar la mancha
de sangre que brotar miro
en esas manos tiranas.

D. PEDRO. Bien, dí, dí pronto.

JUAN. Y entonces,
digno vos de dicha tanta,
arrojar en vuestros brazos
dos almas enamoradas.
A Fernando y á Maria
esposos ya.

D. PEDRO. Esposos! Calla!
Mas ¡ah! yo seré vengado.
Cruda será mi venganza.
Que en vano, en vano imaginen
librarse de estas murallas,
de mortíferos puñales
por donde quiera cercadas.

JUAN. Qué decís?

D. PEDRO. Ya lo adivino
todo: en una puerta falsa
del fin de esa galería
cifran tal vez su esperanza:
encontrarán fiera muerte
que les tengo preparada.

JUAN. No, santo Dios! Parricida,
el bárbaro acero clavas
en tu hija, en tu Isabel,
es María, ¡suerte infausta!

D. PEDRO. Maria... Isabel... Deliras:
mintió tu lengua insensata.
¿Es mi hija? Yo estoy loco.
Volemos luego á salvarla.

(*Váse por la puerta donde está Gil. Queda por un momento sola la escena. Avila retro-*

cede. D. Pedro sale herido y se sienta sobre un banco de piedra.)

D. PEDRO. Ay... justo cielo... yo espiro!
Si, perdon... A mi hija salv.
Contra vos pagué el acero
que ahora en mi pecho se clava.

JUAN. Oyele tú, tú que fijas
sobre los soles tu planta.
Piedad y perdon.

D. PEDRO. ¡Dios mio!

JUAN. Tomás!

TOMAS. (*Entrando.*) Las tranquilas aguas
del Betis, alegres surcan
lejos ya de esta comarca.
Qué miro!

D. PEDRO. Salvos! Bendita
ó Dios! tu justicia santa. (*Espira.*)

JUAN. (*Volviendo á Tomás la bolsa con el pergamino*.)
De tu padre el asesino;
su hija Isabel, no tu hermana.
Es fuerza que muera á hierro
el hombre que á hierro mata.
(*Adelantándose con Tomás hácia el espectador.*)
Y tú, Tomás, nunca olvides
que aunque en la tierra se arraiga,
lleva sus ramas al cielo
EL ARBOL DE LA ESPERANZA.

FIN DEL DRAMA.

EL

ARTE DE CONSPIRAR.

[Scribe, Eugène]

EL ARTE DE CONSPIRAR.

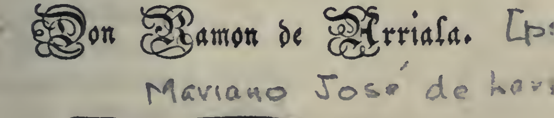
COMEDIA EN CINCO ACTOS

Y

EN PROSA,

TRADUCIDA DEL FRANCES

POR



Madrid.

Imprenta de D. M. Calero, Calle del Ave-Maria núm. 2.

1835.

Personas.

MARIA JULIA, *Reina viuda, suegra de Cristiano 7.º rey de Dinamarca.*

EL CONDE BELTRAN DE RANTZAU, *miembro del Consejo de Estruansé, primer ministro.*

FALKLEND, *ministro de la guerra, miembro del Consejo de Estruansé.*

FEDERICO DE GELER, *sobrino del ministro de marina.*

CAROLINA, *hija de Falklend.*

KOLLER, *coronel.*

BERTON BURKENSTAF, *mercader en sedas.*

MARTA, *su muger.*

EDUARDO, *su hijo.*

JUAN, *mancebo de su tienda.*

JORGE, *criado de Falklend.*

UGIER.

UN SEÑOR DE LA CORTE. *Bergen.*

EL PRESIDENTE DEL TRIBUNAL SUPREMO DE JUSTICIA.

PUEBLO.

La Escena se supone pasar en Copenhague en enero de 1772.

EL ARTE DE CONSPIRAR.

ACTO PRIMERO.

Salon del Palacio del Rey *Cristiano.*—A la izquierda la habitacion del Rey. — A la derecha la de *Estruansé.*

ESCENA PRIMERA.

KOLLER, sentado á la derecha; al mismo lado *Grandes del Reino, Militares, Empleados de Palacio, Pretendientes,* con memoriales, esperando la audiencia de ESTRUANSE.

Koller. (*mirando á la izquierda*) ¡ Qué soledad en las habitaciones del Rey ! —(*mirando á la derecha*) ¡ Qué multitud á la puerta del favorito !.... Si yo fuera poeta satírico, mi empleo era el mas apropósito ... Capitan de guardias, en una corte donde un médico es primer ministro, la muger del médico reina y el rey nada ! Ya se vé, un rey débil y enfermo! ¿ Quién ha de mandar ? ¡ Paciencia ! ... Para eso está aquí la gaceta, que vé en eso nuestra mayor felicidad.. *(leyendo para sí)* ¡ Ola ! .. Otro decreto.... " Copenhague 14 de Enero de 1772. Nos Cristiano 7.º por la gracia de

Dios, Rey de Dinamarca y de Noruega, por la presente hemos venido en confiar á S. E. el Conde de Estruansé, primer Ministro y Presidente del Consejo, el sello del Estado; y mandamos que todos los actos emanados de él, se guarden, cumplan y obedezcan en todo el reino, sin mas requisito, que su sola firma, y aunque Nos no pongamos la nuestra".... Ahora comprendo la causa del gentío que acude esta mañana á cumplimentar al favorito.. ¡eh! ya es rey de Dinamarca.... este decreto es una abdicacion del otro.... (*viendo llegar á Bergen*) Ah! ¡vos aquí, querido Bergen?

Berg. Sí, coronel. ¿Veis que gentío en la antecamara?

Koll. Aguardan que se levante el amo.

Berg. Desde que amanece le llueven las visitas.

Koll. Eso es muy justo. Ha hecho tantas él cuando era médico, que es razon que se las paguen ahora que es ministro. ¿Habeis leido la gaceta de hoy?

Berg. No me hableis de eso.... Todo el mundo está escandalizado. ¡Qué descaro! ¡Qué infamia!

Un Ugier. (*Sale de la habitacion derecha*). S. E. el Conde Estruansé está visible.

Berg. ¡Perdonad! (*Se mete entre la multitud y entra en la habitacion de derecha*).

Koll. Tambien este va á pretender! He aqui los hombres que logran los empléos.... y nosotros por mas que pretendemos, nada!... Pues bien; antes morir que deberle la menor gracia.. tengo demasia-

do orgullo para eso! .. Cuatro veces me ha negado ya.. á mí.. el coronel Koller, el grado de general, que tengo tan merecido, aunque no deba yo decirlo.... pues hace diez años que lo pretendo.... Pero le ha de pesar.... él sabrá quien soy yo.... ¿No quiere comprar mis servicios? .. Se los venderé á otros. (*Mirando al foro*). La Reina-madre, María Julia; viuda, á su edad.... demasiado pronto por cierto.... Es terrible! razon tiene para aborrecerlos mas que yo.

ESCENA II.

LA REINA, KOLLER.

Reina. Ah! sois vos Koller! (*mirando al rededor con inquietud*).

Koll. Nada temais, Señora; estamos solos: todos acaban de entrar á besar los pies de Estruansé y de la hermosa Condesa.... Habeis hablado al Rey?

Reina. Ayer, como teniamos convenido, le hallé solo en un cuarto retirado, triste, pensativo.. se le caian las lágrimas, y estaba haciendo fiestas á su enorme perro, su fiel compañero, el único de sus dependientes que no le ha abandonado.— Hijo mio! le dije, no me conoces? — Sí, me contestó; sois mi madrastra.. no, no, añadió cariñosamente, mi amiga, mi verdadera amiga, porque me teneis lástima, me venis á ver!.... y alargándome la mano, me decia afligido—veis que malo estoy! Yo muero, Señora, y no hay remedio para mí.

Koll, ¿ No es cierto pues que esté privado del juicio, como quieren hacernos creer ?

Reina. No, sino viejo antes de tiempo, aniquilado enteramente por escesos de toda especie : se han embotado sus facultades, y se ha debilitado su cabeza hasta el punto de no poder soportar el menor trabajo, la mas ligera ocupacion : hasta el hablar le cuesta un esfuerzo.. pero al oir lo que se le dice, se animan sus ojos, y brillan con una espresion particular. Ayer su semblante manifestaba muy al vivo cuanto sufria y me dijo con una sonrisa amarga : ya lo veis ; todos me abandonan.. ¡ Y la Condesa ? Y Estruansé ?.. Estruansé.... lo quiero tanto ! ¿ dónde está ? que venga á curarme.

Koll. Entonces era ocasion de manifestarle.. de abrirle los ojos..

Reina. Ya lo hice ; pero era preciso mucho tino.... Sabeis lo que puede en el corazon de un enfermo pusilánime, abatido, débil, un médico que le promete la salud..la vida..es su oráculo.. su amo.. su dios! —Empecé pues por recordarle cuando ese hombre oscuro logró introducirse en palacio, á pretesto de la enfermedad del príncipe, y casi le hice ver que él lo mató errando torpemente la cura ; le puse ante los ojos como despues su carácter intrigante logró grangearle su intimidad y adulando sus pasiones llevarlo él mismo de esceso en escceso al estado de postracion en que se halla..con la idea sin duda de hacerse cada dia mas preciso, de dominarle mas y mas, y llegar á

satisfacer los planes desmedidos de ambicion que la casualidad le ofrecia. .. Le hice ver que lejos de emplear su ciencia en curarlo, su interés era mantenerle largos años en aquel estado doloroso de sufrimiento y de debilidad que tanto le atormenta, y con promesas y esperanzas mentidas, con consejos falsos y pérfidos, asustarlo, aislarlo y arrancar de sus manos el poder. Se le presenté elevándose sucesivamente al rango de ayo del príncipe, de consejero, de conde ..... aspirando y logrando con escándalo del reino y con toda la osadía de un favorito hasta la mano de una muger unida á la familia Real por los vínculos de la sangre, montando su casa con la etiqueta y servidumbre palaciega, y hasta el punto de contar él, primer ministro, entre las damas de honor de esa su insolente esposa la hija de otro ministro: le patentizé la conducta descabellada de su parienta traficando con su posicion, con su hermosura, con los empleos.....se le pinté en fin haciendo gala de su ilimitado poder, y burlándose casi en público de la aprehension.. de la nulidad, de la demencia de un rey á quien todo lo debe, y á quien manda como á un esclavo, ó mas bien como á un automata .. Al oir esto, un rayo de indignacion brilló en aquel rostro desfigurado; sus facciones pálidas y ajadas se encendieron de repente, y con un tono que me sorprendió empezó á esclamar á gritos. —Estruansé! infame!.. Estruansé! que venga aquí! quiero hablarle!

Koll. Cielos !

Reina. De alli á poco vino Estruansé con aquel aire de superioridad.. de seguridad.. dirigiéndome al paso una sonrisa de triunfo y de desden. El rey estaba irritado ... aquella era la ocasion ... pero en vano ! Yo los dejé solos, é ignoro que armas pudo emplear en su defensa : lo que sé es que este incidente ha contribuido á aumentar el ascendiente del favorito ; que la Condesa estaba anoche mas altanera que nunca, y que han llegado al apice del poder : ese decreto que ha arrancado al infeliz monarca, y que publica hoy la Gaceta oficial, reviste al primer ministro, á nuestro mortal enemigo de toda la potestad real.....

Koll. Y el primer uso que harán de ella será contra vos, Señora ; no dudaré que llegue su venganza hasta el punto de....

Reina. Si ; y es preciso evitarlo.... es preciso que hoy mismo.. Quién viene ?

Koll. (*mirando al foro*). Favoritos del favorito !.... el sobrino del ministro de marina, Federico Geler.. y Falklend, el ministro de la guerra.... ese hombre que para adular á Estruansé no ha dudado en consentir la humillacion de hacer á su hija dama de honor de la Condesa.... Ella viene con él.

Reina. Sí : Carolina : silencio delante de ella.

ESCENA III.

GELER, CAROLINA, FALKLEND, LA REINA, KOLLER.

Geler. (*dando la mano á Carolina*). Sí; hoy acompaño á la Condesa Estruansé en la magnífica cabalgada que ha dispuesto.. Si vierais, Carolina, que bien se tiene á caballo.... con un aire! .... oh! aquello no es una muger!

Reina (*á Koller*). No; es un sargento de caballería.

Car. (*á Falk.*). La Reina-madre!.... (*Los tres la saludan*). Señora, iba á ver á V. M.

Reina (*con sorpresa*). A mí?

Car. Tenia encargo de hacer á V. M. una súplica.

Reina. Esta es la mejor ocasion.

Falk. Hija mia; te dejo; voy al cuarto del Conde de Estruansé, nuestro primer ministro.

Gel. Yo os acompaño: tengo que cumplimentarle por mí y por mi tio, el ministro de Marina, que está hoy algo indispuesto.

Falk. De veras?

Gel. Sí; ayer tarde acompañó á la condesa Estruansé en el paseo que dió en la falúa real.... y el mar le ha hecho daño....

Reina. A un ministro de marina!

Gel. Oh! no será nada!

Falk. (*viendo á Koll.*) Ah! buenos dias, coronel Koller....ya sabeis que no me olvido de vuestra pretension.

Reina. (*aparte á Koll.*) ¿Vos pretendeis de ellos...?

Koll. (*Id.*) Por alejar toda sospecha.

Falk. Por ahora, amigo, no hay cabida: la condesa Estruansé nos ha recomendado á un joven oficial de dragones....

Gel. Hermosa figura! en el último baile se llevó la atencion bailando la húngara.

Falk. Pero ya verémos; entraréis á la primera promocion de generales, si continuais sirviéndonos con el mismo celo.

Reina. Y si aprendeis á bailar!

Falk. (*sonriéndose*) S. M. está hoy de un humor graciosísimo!....veo que participa de la satisfaccion que nos causa á todos el nuevo favor concedido á Estruansé....Tengo el honor de ofrecer á V. M. mis respetos. (*Entrase por la derecha con Geler.*)

ESCENA IV.

CAROLINA, LA REINA, KOLLER.

Reina. Hablad, pues, señorita; veniais....

Car. Señora, la condesa Estruansé me ha rogado....

Reina. La condesa Estruansé!.... (*á Koll.*) qué embajada será esta?

Car. Que diese parte á V. M. de que mañana da un baile en su palacio y le suplicase al mismo tiempo en su nombre que se dignase honrarlo con su presencia....

Reina. Yo? .. (*á Koll.*) Qué insolencia! — Con que un baile....

Car. Sí, señora: un baile magnífico !....
Reina. Para celebrar sin duda su nuevo triunfo !....
Y tiene la bondad de convidarme....á mi!
Car. Señora....qué le diré?....
Reina, Que no.
Car. Señora !....V. M. se niega.... !
Reina. Y quereis que os dé las razones, no es verdad?.... Aun no he olvidado el decoro que se me debe como Reina y como muger, y nunca autorizaré con mi presencia el escándalo de esos saraos, el olvido del pudor, el desprecio de las costumbres públicas! Donde presiden Estruansé y su muger.... donde reinan la traicion y la deshonra!.... no hay sitio para mi....ni para vos tampoco, señorita!.... Y ya creo que lo hubiérais echado de ver, si vuestro padre, atento solo á su ambicion, al permitiros alternar en semejante sociedad, no os mandase sin duda cerrar los ojos sobre lo que allí pasa!....
Car. Ignoro, Señora, lo que puede motivar la severidad y el rigor que V. M. manifiesta....y no entraré en una discusion agena de mi edad y mi conducta.... Sumisa á mis deberes, yo obedezco á mi padre y nada mas....á nadie tengo motivo de acusar porque nada he visto.... Si á mí me acusaren dejaré á mi conducta el cuidado de mi defensa!.. A los piés de V. M. (*saludando*).
Reina. Os vais?.. tanta prisa corre la contestacion?..
Car. No señora....otros quehaceres....
Reina. Ah! sí, se me habia olvidado ,... ya sé que

vuestro padre tambien da hoy un convite. . . . no se ve otra cosa! una gran comida, segun creo, á que deben asistir todos los ministros?

Car. Sí Señora.

Koll. Convite diplomático!

Reina. Tiene otro motivo ademas: vuestro contrato de boda. . . .

Car. Cielos!

Reina. Con Federico Geler, el que acabamos de ver. . el sobrino del ministro de marina. . . . Qué, ¿no lo sabiais? Es esta la primera noticia?. . . .

Car. Sí, Señora,

Reina. Siento habérosla dado, porque parece que nó os ha agradado. . . .

Car. Señora, mi obligacion y mi deseo serán siempre obedecer á mi padre. (*Saluda y vase*)

ESCENA V.

LA REINA, KOLLER.

Reina. Ya lo habeis oido, Koller . . . . esta tarde en el palacio del conde de Falklend . . ese convite donde se hallarán reunidos Estruansé y sus cólegas. . . . Eso es lo que iba á contaros cuando vinieron á interrumpirnos . . . .

Koll. Y bien, Señora, qué hacemos con eso?

Reina. (*en voz baja*) Cómo, qué hacemos! . . No veis como el cielo nos entrega así á todos nuestros enemigos de una vez? Es preciso apoderarnos de ellos.

Koll. Qué decis?

Reina. El regimiento que vos mandais está de guardia en Palacio esta semana.... podeis disponer de el.... y sobra para una empresa que solo pide prontitud y osadía.

Koll. Y creeis ?.....

Reina. Por lo que he visto ayer, el Rey á causa de su debilidad no tomará ningun partido, pero aprobará seguramente todos los que se tomen. Una vez destituido Estruansé, no faltarán pruebas contra él.... pero lo primero es echarlo abajo.... es cosa fácil .. si he de creer en esta lista que me habeis dado y que os devuelvo. ¿Es el único medio de acabar con ese usurpador.... y tomar yo la regencia en nombre de Cristiano 7.°

Koll. Teneis razon, un golpe atrevido: es lo mas pronto.... esto vale mas que todas esas intrigas diplomáticas, de que no entiendo palabra. Esta tarde os entrego los ministros, muertos ó vivos.... nada de perdon.... el primero Estruansé.... Geler, Falklend y el Conde Beltran de Rantzau!....

Reina. No, no; á ese no hay que tocarle.

Koll. A ese mas que á ninguno; le aborrezco personalmente: sus chanzonetas continuas contra los oficiales palaciegos, soldados de antecámara, como él los llama....

Reina. Y que os importa eso ?....

Koll. Es que lo dice por mí, bien le entiendo..... y me vengaré.....

Reina. Bueno; pero no ahora.—Necesitamos de él..

lo necesitamos mucho para que ponga de nuestra parte al pueblo y á la Corte. Su nombre, sus riquezas, sus talentos personales pueden dar consistencia á nuestro partido.... que no la tiene; por que todos esos nombres, que me habeis enseñado valen poco.... son de ninguna influencia; y no basta derribar á Estruansé, es preciso que uno ocupe su lugar.... y sobre todo que sepa mantenerse en él.

Koll. Convengo .... pero ir á buscar aliados entre vuestros enemigos!....

Reina. Rantzau no lo es: tengo pruebas de ello: ha podido perderme mil veces y no tan solo no lo ha hecho, sino que en mil ocasiones me ha advertido indirectamente los riesgos á que iba á esponerme mi imprudencia: por último, estoy segura de que Estruansé, su cólega, le teme y quisiera deshacerse de él; que él por su parte aborrece á Estruansé y veria con placer su caida.... ya veis.... de esto á ayudarnos, no hay mas que un paso....

Koll. Es verdad .... pero yo no puedo sufrir á ese Beltran de Rantzau.... es un viejecillo maligno, que aunque en verdad no es enemigo de nadie, tampoco es amigo mas que de sí propio. Si conspira, es solo en provecho suyo.... todo para él!.... en fin, un conspirador egoista, con el cual nada se puede ganar....

Reina. Estais equivocado .... (*mirando hacia la izquierda*) Mirad! ¿lo veis en aquella galería, con-

versando con el gran Chambelan? .... Sin duda irá al consejo.... dejadnos; antes de atraerlo á nuestro partido, ni descubrirle nada de nuestros proyectos, quiero saber como piensa.

Koll. Trabajo os mando, Señora !— De todos modos; voy por el pronto á hacer que algunos de los nuestros se repartan por la ciudad y vayan preparando la opinion pública. Herman y Gustavo son conspiradores subalternos .... á esos no hay sino pagarlos.... Hasta la tarde; contad conmigo y con el sable de mis soldados.... en materia de conspiraciones, esto es lo que hay mas positivo. (*Váse por el foro, señalando á Rantzau que sale por la izquierda*)

ESCENA VI.

RANTZAU, LA REINA.

Reina (*á Rant. que la saluda*) ¿Vos tambien, Señor Conde, venis á palacio á felicitar á vuestro muy alto y muy poderoso cólega....

Rant. ¿Y quién os dice, Señora, que no vengo para hacer la corte á V. M.?

Reina. Eso seria muy generoso.... muy digno de vos, por otra parte, en el momento en que estoy mas en desgracia... en que voy á ser desterrada tal vez...

Rant. Creeis que se atreverian....?

Reina Eso os podria yo preguntar, á vos Beltran de

Rantzau, ministro, y de influencia.... á vos miembro del Consejo.

Rant. Yo! ignoro cuanto en él pasa.... nunca voy. Sin deseos, sin ambicion, no aspirando á otra cosa que á separarme de los negocios ¿ qué podria yo hacer en él? Todo lo mas tomar á veces la defensa de algunos amigos imprudentes.... lo cual podria muy bien sucederme hoy mismo.

Reina. Vos que afectabais no saber nada.... ¿ Sabeis pues....?

Rant. Lo que pasó ayer en la Cámara del rey.... si por cierto.... convenid conmigo qué fué raro empeño el de querer probarle absolutamente que su favorito.... ¡ Oh! V. M. no podia tener razon.

Reina. Es decir que me reconvenis por mi fidelidad á Cristiano, á un rey desgraciado!.... Suponeis que no se puede tener razon cuando se intenta quitar la máscara á los traidores!

Rant. Cuando no se consigue, sí, Señora.

Reina. Y si yo lo consiguiese, podria contar con vuestro auxilio, con vuestro apoyo?

Rant. (*sonriéndose*) Mi apoyo! eso me decis á mí, que en semejante caso, tendria por el contrario, que reclamar el vuestro?

Reina. (*con energía*) Y lo tendriais.. os lo juro.. ¿ Me hareis vos igual juramento, no digo antes, pero despues del peligro?

Rant. ¿ Es decir que le hay?

Reina. ¿ Puedo fiarme dé vos ?

Rant. No sé .... pero me parece que soy ya depositario de algunos secretos que hubieran podido perder á vuestra Magestad, y que jamás....

Reina. *(con viveza)* Lo sé. *(á media voz)*. Esta tarde teneis en casa del ministro de la guerra, el conde de Falklend, una gran comida, á la cual asistirán todos vuestros cólegas....?

Rant. Sí, señora; y mañana un gran baile, al cual asistirán tambien. Así tratamos nosotros los negocios. Yo no sé si el gobierno marcha, lo que sé es que baila mucho.

Reina. *(con misterio)*. Pues bien; si quereis creerme, estaos en vuestra casa.

Rant. *(mirándola con penetracion)*. Ya! desconfiais de la comida .... no valdrá nada.

Reina. Precisamente.. no os digo mas.

Rant. *(sonriéndose)* Confianzas á medias ¡ Cuidado! yo puedo divulgar los secretos que adivino.... pero nunca los que me confian.

Reina. Teneis razon: prefiero decíroslo todo. Buen número de soldados á mis órdenes bloquearán el palacio de Falklend, se apoderarán de las salidas..

Rant. *(con aire incrédulo)* ¿ Ellos por sí solos, y sin gefe ?

Reina. Koller los manda; Koller que no reconoce mas órdenes que las mias, se precipitará con ellos por las calles de Copenhague, gritando: los traidores han concluido! viva el rey! ¡ viva María Julia !

En seguida nos dirigimos á Palacio, en donde, si nos ayudais, el rey y los grandes del reino se declaran por nosotros, me proclaman regenta, y desde mañana soy yo, ó mas bien, vos y Koller quien dicta leyes á Dinamarca.... Ese es mi plan y esos mis designios; ya los conoceis ¿ quereis entrar en ellos?

Rant. (*friamente*) No, señora,; hasta quiero ignorarlos enteramente y juro á V, M. que los proyectos que acaba de confiarme morirán conmigo, cualquiera que sea su éxito.

Reina. Os negais á ayudarme, vos que habeis tomado siempre mi defensa, vos en quien yo confiaba....

Rant. Para conspirar!.... V. M. se equivocaba.

Reina. ¿Y porqué?

Rant. Señora.... si he de hablar francamente....

Reina. Lo veo.... me vais á engañar.

Rant. (*friamente*) No ¿con que objeto? Hace mucho tiempo que me he desengañado de conspiraciones, y os diré porqué. He observado que los que se esponen, rara vez sacan provecho de ellas; trabajan siempre para otros, que vienen despues con sus manos lavadas á recoger sin peligro el fruto que aquellos han sembrado á fuerza de riesgos. Semejante albur solo pueden correrle los muchachos, los locos, los ambiciosos que no ven claras las cosas. Pero yo raciocino; tengo sesenta años, algun poder, riquezas.... ¿iria yo á comprometer todo eso, aventurar mi posicion, mi crédito.. y para qué?..

Reina. Para llegar al primer puesto ¡ para ver á vuestros pies á un cólega, á un rival, que trata él mismo de derribaros.... Sí.... sé, á no poderlo dudar, que Estruansé y sus amigos quieren separaros del ministerio.

Rant. Eso dice todo el mundo y yo no puedo creerlo. Estruansé es mi protegido, mi hechura, yo le he puesto donde está.... (*sonriéndose*) verdad es que algunas veces lo ha olvidado; convengo en ello ¡ pero en su posicion es tan dificil tener memoria!. Por lo demas, fuerza es confesarlo ¡ es un hombre de talento, un hombre superior que tiene altas miras por la prosperidad del reino y medios de llevarlas á cabo ¡ es un hombre en fin, con quien puede uno dividir el poder sin mengua.... Pero un Koller, un soldado oscuro, cuya sedentaria espada no ha salido nunca de la vaina ¡ un agente intrigante, que ha vendido hasta la presente á cuantos le han comprado....

Reina. Quereis mal á Koller !

Rant. Yo !.... yo no quiero mal á nadie.. pero muchas veces digo para mí : que un cortesano, que un diplomático sea diestro, intrigante y aun algo mas.. ¡ Vaya ! es su oficio; pero que un militar que como base del suyo, debe profesar lealtad y franqueza, trueque la espada por el puñal !.. Un militar intrigante.... un traidor con uniforme.... ese es el ente mas vil : y acaso hoy mismo os pese de haberos fiado de él.

Reina. ¿ Qué importan los medios, si se consigue el objeto ?

Rant. Es que no le conseguiréis ! Nadie verá en ese negocio sino los proyectos de una venganza ó de una ambicion personal. ¿ Y qué le importa al pueblo qne os vengueis de la Condesa, vuestra rival, y que de resultas de esa cuestion de familia, logre el caballero Koller un buen empleo ? ¿ Qué significa una intriga de corte, en la cual el pueblo no toma parte ? Para que un movimiento de esa especie sea duradero y estable, es preciso que esté preparado ó hecho por él ¡ y para eso es necesario que esten en juego sus intereses.... ó que se lo hagan creer al menos. Entonces se levantará, entonces no hay mas que dejarle : el irá mas lejos de lo que se quiera. Pero cuando uno no tiene de su parte la opinion pública, es decir : la nacion.... puédense suscitar motines, complóts, rebeliones ¡ pero no llevar á cabo revoluciones !.... Esto es lo que os sucederá.

Reina. Enhorabuena; aunque fuera cierto eso, aunque mi triunfo no hubiese de durar mas que un dia, me habria vengado á lo menos de todos mis enemigos.

Rant. *(sonriéndose)* Ved ahí otra nueva razon que os impedirá triunfar. Os domina la pasion, el rencor.. Cuando se conspira, no se debe tener odio, porque ciega y quita la serenidad. No se debe aborrecer á nadie, porque el que hoy es enemigo puede ser amigo mañana.... por otra parte, si os

dignais dar crédito á los consejos que me dicta mi mucha esperiencia, el arte consiste en no entregarse á nadie, en no tener mas cómplice que uno mismo; yo, que os hablo en estos términos, yo que aborrezco las conspiraciones y que por consiguiente no conspiraré.... si diese alguna vez en la tentacion, aunque fuese por V. M. y en su favor.. os juro que vos misma no sabriais nada y ni aun lo sospechariais.

Reina. ¿Qué quereis decir?

Rant. Gente viene.

ESCENA VII.

Dichos, Eduardo, *dejándose ver en la puerta del fondo en conversacion con los ugieres de la cámara.*

Reina. Ah! es el hijo de mi mercader de sedas, Eduardo Burkenstaf... Llegad.... acercaos.... ¿que me quereis? Hablad sin temor. (*Bajo á* Rantzau). Es preciso irse haciendo popular.

Eduar. Señora, he venido á palacio con mi padre, que traia unas muestras á la condesa Estruansé, y tambien segun tengo entendido á V. M.; y mientras le dan audiencia.... venia .. será acaso demasiado atrevimiento en mí.... á pedir á V. M. una gracia....

Reina. ¿Qué gracia?

Eduar. Ah! apenas me atrevo.... es tan terrible esto de pedir .... sobre todo cuando no tiene uno derecho alguno en que fundarlo!

Rant. Este es el primer pretendiente á quien oigo

hablar en estos términos; cnanto mas os miro, joven, mas me convenzo de que no es esta la primera vez que nos vemos.

Reina. En los almacenes de su padre.. almacen del Sol de Oro.... Berton Burkenstaf... el negociante mas rico de Copenhague.

Rant. No.... no ha sido allí.... sino en los salones de mi terrible compañero, el conde Falklend, ministro de la Guerra....

Eduar. Sí, Señor.... he sido dos años su secretario privado; mi padre lo habia querido; deseando proporcionarme una carrera brillante, habia logrado este favor por empeño de la Señorita Falklend, que solia venir á nuestros almacenes; en vez de dejarme en su profesion, que acaso me hubiera estado mejor.

R*ant.* (*interrumpiéndole*) No por cierto, mas de una vez he oido á Falklend, naturalmente severo y descontentadizo, hacer elogios de su secretario.

Eduar. (*inclinándose*) Bondad suya! (*con frialdad*). Hace quince dias que me ha quitado ese destino, y me ha despedido de su casa.

R*eina.* Y por qué?

Eduar. Lo ignoro. Era dueño de despedirme; ha usado de su derecho y no me quejo. Vale tan poco en el mundo el hijo de un comerciante que no se le deben satisfacciones de los desaires que se le hacen. Solo quisiera....

R*eina.* Otro destino....nada mas justo.

Rant. (*sonriéndose*). Cierto, y puesto que el Conde ha cometido la torpeza de privarse de vuestros servicios.... Los diplomáticos nos apresuramos á aprovecharnos de los descuidos de nuestros compañeros: yo os ofrezco en mi casa lo mismo que teniais en la suya.

Eduar. (*con viveza*). Ah! Señor: eso seria para mí ganar cien veces mas de lo que he perdido; pero soy tan degraciado que no puedo aceptar.

Rant. Por qué?

Eduard. Perdonad; no puedo decirlo... pero quisiera ser oficial.... quisiera.... y no puedo pedirlo directamente al Sr. ministro de la Guerra. (*A la reina*) Venia pues á suplicar á V. M. que se dignase interesarse por mí; una charretera en cualquier arma, en cualquier regimiento. Os juro que la persona á quien yo deba este favor no tendrá nunca por qué arrepentirse de habérmele dispensado, y que mi vida estará á su disposicion.

Reina. (*con viveza*) Decis verdad? Ah! si solo dependiese de mí, desde este momento quedariais nombrado; pero en la actualidad tengo poco favor..

Eduard. Es posible? entonces mi único recurso es la muerte!

Rant. (*acercándose á él*) Eso seria muy sensible, sobre todo para vuestros amigos, y como yo desde hoy entro en ese número....

Eduar. Qué oigo?

Rant. Probaré á título de tal, á lograr de mi colega..

Eduar. (*con calor*). Ah! Señor, os deberé mas que la vida! (*con alegría*) Podré hacer uso de mi espada, como caballero! .... Ya no seré el hijo de un comerciante, y si me insultan, tendré el derecho de matar ó de morir.

Rant. (*reconviniéndole*) Caballerito....

Eduard. (*con viveza*). O mas bien, vos seréis dueño de mi existencia; no soy ingrato.

Rant. Os creo, amigo mio, os creo. (*Señalándole la mesa*). Escribid vuestro memorial; yo le haré decretar por Falklend, á quien debo ver en el Consejo. (*A la reina, mientras que Eduardo escribe*). He aqui un corazon entusiasta y generoso; una cabeza capaz de todo!

Reina. Es decir que creeis en ese?

R*ant.* Señora, yo creo en todos.... hasta los veinte años....pero despues, ya es otra cosa.

R*eina.* Y por qué;

R*ant.* Porque entonces son hombres!

R*eina.* Es decir que creeis que se puede contar con él, y que para sublevar al pueblo, por ejemplo, es el hombre que necesitamos....

R*ant*. No.... hay algo mas que ambicion en esa cabeza, y yo en vuestro lugar....pero V. M. hará lo que guste. Advierta V. M. que yo no la aconsejo, que yo no aconsejo nada.

(*Eduardo que ha acabado su memorial le presenta al Conde. Al mismo tiempo se oye á Berton gritar afuera.*) Esto no se concibe!....es inaudito!

Eduar. Cielos ! la voz de mi padre !

Rant. No podia venir mas á tiempo.

Eduar. Ah ! no Señor, no : os suplico que no sepa nada.

(*Entretanto la reina ha atravesado el teatro hacia la izquierda y Rantzau le arrrima un sillon.*)

ESCENA VIII.

RANTZAU, LA REINA sentada, BERTON, EDUARDO,

Berton. (*irritado*) Si no estuviese en palacio y no supiese el respeto que se debe....

Eduar. (*saliéndole al encuentro y enseñándole la reina*) Padre !

Bert. Ah ! La reina !....

Reina. ¿ Qué teneis, Señor Berton Burkenstaf ?

Bert. Perdonad, Señora; estoy confundido, desesperado.... sé que la etiqueta prohibe un arrebato como el mio en un palacio real, y sobre todo delante de V. M.; pero despues del ultraje que se acaba de hacer en mi persona á todo el comercio de Copenhague que represento.

Reina. Cómo es eso ?

Bert. Hacerme esperar dos horas y un cuarto con mis muestras en una antecámara.... á mí Berton de Burkenstaf, síndico del comercio, para enviarme á decir despues con un ugier : " Vuelva Usted otro dia, amigo mio ; la Señora Condesa no puede ver esas muestras, porque está indispuesta."

Rant. Es posible ?

Bert. Y si hubiera sido cierto, vaya ! hubiera gritado el primero: Viva la Condesa !.. (*á media voz*) pero es bueno saber !.....creo que puedo esplicarme sin temor delante de V. M.

Reina. Seguramente.

Bert. Pues no bien me habian dado el recado, cuando desde la ventana de la ante cámara, donde yo estaba y que da sobre el parque, veo á la Señora Condesa paseándose alegremente agarrada del brazo de un oficial de dragones....

Reina. De veras?

Bert. Y riéndose con él á carcajadas.. de mí, sin duda.

Rant. (*seriamente*). Oh ! no, no ; eso no es creible.

Bert. Sí tal, Señor Conde ; estoy seguro ; y á fé que en lugar de burlarse de un síndico, de un vecino respetable que paga esactamente al estado su patente y su contribucion, la Señora Condesa podria ocuparse en los negocios de su casa y de su marido, que no estan muy bien parados.

Eduar. Padre.. por Dios !....

Bert. No soy mas que un comerciante, es verdad ; pero todo lo que se fabrica en casa me pertenece; en primer lugar mi hijo, que está presente ; porque mi muger Ulrica Marta, hija de Gelastern, el burgomaestre, es una muger honrada que ha andado siempre derecha, por ló cual me paseo por todas partes con la cabeza erguida ; y hay algunas personas muy encopetadas en Copenhague que no pueden decir otro tanto.

Rant. (*Con dignidad*). Señor Burkenstaf....

Bert. No nombro á nadie .... Dios proteja al Rey! Pero por lo que hace al Sr. favorito y á la Señora Condesa, es harina de otro costal.

Eduar. Pensais lo que decis? Si os oyesen.

Bert. Me oirian. Y qué! no tengo miedo á nadie! tengo ochocientos artesanos á mi disposicion.... Sí pardiez, pues qué? ¿soy yo como mis compañeros que traen sus géneros de Paris ó de Lion? Yo fabrico los mios aquí, en Copenhagne, donde mis talleres ocupan todo un arrabal, y si tratasen de jugarme una mala partida, si se atreviesen á tocarme al pelo de la ropa.... ¡Justicia divina! .... habria una revolucion en la ciudad!

Rant. (*con viveza*) ¿De veras? (*Aparte*) Bueno es saberlo. (*Mientras qae Eduardo procura calmar á su padre, llevándolo á un lado de la escena*; Rantzau *que está de pie á la izquierda, junto al sillon de la reina, le dice á media voz, señalando á Berton*). Ahí teneis el hombre que necesitais para gefe.

Reina. ¿Que decis? un fatuo, un necio...!

Rant. Tanto mejor! un cero bien colocado tiene un gran valor; es un hallazgo ese hombre para ponerle en primer término; si yo hubiese de tomar cartas en el juego, si yo esplotase á ese negociante, me produciria un ciento por ciento de beneficio.

Reina. (*á media voz*) Lo sentis, como lo decis? (*Levantándose y dirigiéndose á Berton*) Señor Berton Burkenstaf....

Bert. (*inclinándose*) Señora!

Reina. Me es muy sensible que os hayan faltado; yo honro el comercio, quiero protegerle, y si puedo haceros algun servicio á vos personalmente....

Bert. Señora; cuanta bondad! puesto que V. M. se digna animarme, una gracia solicito hace mucho tiempo, el título de mercader de sedas de la corona.

Eduar. (*tirando de su casaca*) Pero ese título lo tiene ya el Sr. Revantlow, vuestro compañero.

Bert. Que no trabaja, que se quiere retirar del comercio, que no tiene surtido ninguno.... y aunque fuese esto una morisqueta que yo le jugase, ya has oido que S. M. quiere proteger el comercio; me atrevo á decir que yo tengo derecho en ese sentido á la proteccion de S. M.; porque al fin, de hecho yo soy el proveedor de la corte. Hace mucho tiempo que vendo á V. M.; vendia á la Señora Condesa.. cuando no estaba indispuesta; he vendido esta mañana á S. E. el Sr. Conde de Falklend ministro de la Guerra, para el próximo casamiento de su hija..

Eduar. (*con viveza*). De su hija.... se casa....!!

Rant. (*mirándole*). Efectivamente; con el sobrino del conde Geler, nuestro cólega.

Eduar. Se casa!

Bert. Que te importa?

Eduar. Nada.... me alegro por vos.

Bert. Sí por cierto; haré negocio....

Rant. Ya veo á Falklend; pasa al consejo.

Reina. Ah! no quiero verle. Adios, Conde; adios

Señor Burkenstaf; no tardaréis en tener órdenes mias.

Bert. Seré nombrado.... me la llevaré.... Corro á decírselo á mi muger? vienes, Ednardo?

Rant. No; todavia no!.... tengo que hablarle. (*A Eduardo, mientras que Berton se va por el foro*). Esperadme, allí, (*le señala la izquierda*). En aquella galería; sabreis al momento la respuesta del Conde.

Eduar. (*inclinándose*). Señor!!

ESCENA IX.

RANTZAU, FALKLEND, entrando por la derecha.

Falk. (*pensativo*). Estruansé se equivoca! Su posicion es demasiado elevada para tener nada que temer; puede atreverse á todo. (*Viendo á Rantzau*) Ah! Sois vos, querido Cólega? eso es lo que se llama exactitud.

Rant. Contra mi costumbre.... porque asisto raras veces al consejo.

Falk. Todos nos quejamos de eso.

Rant. Qué quereis? á mi edad....

Falk. Es la edad de la ambicion, y se me figura que no teneis bastante.

Rant. Son tantos los que tienen de mas la que á mí me falta!.... De que se trata hoy?

Falk. De un asunto bastante delicado. Se nota estos dias un abandono, un desenfreno....

Rant. En palacio?

Falk. No; en la ciudad. Se habla con toda libertad, y se habla mal segun parece del primer ministro y de su esposa. Yo estoy por medidas fuertes y enérgicas. Estruansé tiene miedo; teme disturbios, sublevaciones que no pueden existir; y entretanto los descontentos toman alas, y se aumenta la osadía; por todas partes circulan coplas, canciones, libelos, caricaturas....

Rant. Paréceme sin embargo que todo ataque de esa especie hecho al gobierno es un delito, y en semejantes casos la ley os autoriza.... y os da facultades....

Falk. De que es preciso usar. Teneis razon.

Rant. Sí; con un ejemplar, uno solo, todo el mundo callará. Ahí teneis sin ir mas lejos un descontento, un hablador, hombre de cabeza y de chispa, y tanto mas peligroso cuanto que es el oráculo de su barrio.

Falk. Quién?

Rant. Me le han nombrado; pero, siempre estoy reñido con los nombres propios.... Un mercader de sedas.... almacen del Sol de Oro.

Falk. Berton Burkenstaf?

Rant. Precisamente; el mismo! Ahora, si es cierto ó no, eso es lo que yo no sé; no soy yo quien le ha oido....

Falk. No importa; las noticias que os han dado son demasiado ciertas, y yo no sé Porque mi hija se surte siempre en su casa.

R*ant.* (*con viveza*). En la inteligencia de que es preciso no hacerle daño alguno.... uno ó dos dias de carcel....

Falk. Pongámosle ocho.

R*ant.* (*friamente*). Vayan ocho. Como gusteis.

Falk. Excelente idea.

R*ant.* Vuestra toda; no quiero quitaros esa gloria á los ojos del Consejo.

Falk. Gracias: eso pondrá término á las hablillas. Tengo un favor que pediros....

R*ant.* Decid....

Falk. El sobrino del Conde de Geler, nuestro cólega, va á casarse con mi hija, y le propongo hoy para una bonita plaza que le dará entrada en el Consejo. Espero que por vuestra parte no habrá obstáculo alguno á este nombramiento.

R*ant.* Cómo pudiera haberlo?

Falk. Pudiera decirse que es demasiado joven....

R*ant.* En el dia eso es un mérito.... la juventud es la que reina; y la condesa, por ejemplo, que no deja de tener alguna influencia en los negocios no puede echarle en cara un defecto, de que tendrá ella que reconvenirse á sí misma por espacio de muchos años todavia.

Falk. Esa sola galantería la decidiría, si fuese precisa su cooperacion; bien dicen que el Conde Bertrand de Rantzau es el hombre de estado mas amable, mas conciliador, mas desinteresado.

Rant. (*sacando un papel*). Tengo que pediros una bagatela; una subtenencia que necesito....

Falk. Concedida en el acto.

Rant. (*enseñándole el papel*). Enteraos antes....

Falk. (*pasando á la izquierda*) Sea para quien sea. En recomendándolo vos. (*leyendo*) ¿ Qué es esto?.. Eduardo Burkenstaf.... Es imposible....

Rant. (*friamente tomando un polvo*) ¿ Creeis que es imposible ? y porque ?

Falk. (*cortado*) Es hijo de ese sedicioso, de ese hablador.

Rant. El padre en horabuena; pero el hijo no habla; no dice palabra; por el contrario seria una política excelente colocar un favor al lado de un castigo.

Falk. No digo que no; pero tambien dar una charretera á un muchacho de veinte años....

Rant. Como deciamos no hace mucho, la juventud es la que reina en el dia.

Falk. Es verdad; pero ese muchacho cabalmente que ha estado en los almacenes de su padre y despues en mi secretaría, no ha servido nunca en la milicia....

Rant. Ni mas, ni menos que vuestro yerno en la administracion. Sin embargo, si creeis que ese puede ser un obstáculo, no insistiré; respeto vuestra opinion, querido cólega; la seguiré en todo y por todo.... (*con intencion*) y lo que vos hagais, eso haré.

Falk. (*aparte*) Maldito! (*alto y procurando ocultar su rabia*). Vos haceis de mí, lo que quereis: lo examinaré, veré.

Rant. Cuando gusteis; hoy; esta mañana; antes del consejo podeis librar los despachos.

Falk. No hay tiempo.... son las dos....

Rant. (*sacando su reloj*) menos cuarto.

Falk. Atrasais....

Rant. No por cierto; y la prueba es que siempre he sabido llegar á tiempo.

Falk. (*sonriéndose*) Ya lo veo. (*con amabilidad*) Nos veremos luego.... supongo.... en casa.... á comer?..

Rant. No lo sé todavía; mucho me temo que mi dolor de estómago no me lo permita.... pero de todas suertes seré puntual en el consejo, y allí me vereis.

Falk. Cuento con ello. (*Váse*).

ESCENA X.

EDUARDO, RANTZAU.

Eduar. Y bien, Señor conde?.... me abraso de impaciencia.

Rant. (*friamente*) Estais nombrado, sois sub-teniente.

Eduar. Será cierto?

Rant. A la salida del consejo iré á casa de vuestro padre á escoger algunos géneros, y yo mismo os llevaré vuestros despachos.

Eduar. Señor! Qué de bondades!

R*ant*. Os doy ademas un aviso, á vos, solo á vos, bajo la fé del secreto. Vuestro padre es indiscreto, imprudente.... habla demasiado alto.... esto pudiera acarrearle disgustos....

Eduar. Cielos ! está amenazada su libertad ?

R*ant*. No sé nada, pero no seria imposible. En todo caso, ya estais avisado.... vos y vuestros amigos, no lo perdais de vista.... y sobre todo silencio.

Eduar. Ah ! primero me dejaria matar que soltar una sola espresion que pudiese comprometeros. (*Tomando la manò de* Rantzau) Adios, Señor. adios (*sale*)

R*ant*. Excelente muchacho !.. ¡ Cuánta generosidad hay encerrada ahí, cuántas ilusiones, cuánta felicidad ! (*con tristeza*) Ah ! ¿ porqué no habia uno de poder estar siempre en los veinte años ?.. (*sonriéndose*) aunque, por otra parte.... mejor está así !.... seria uno muy fácil de engañar !.. Vamos al Consejo ! (*Váse*).

ACTO SEGUNDO.

Tienda de Berton Burkenstaf. — En el fondo puertas vidrieras que dan á la calle y delante de las cuales se ven piezas de telas de muestra.—A la izquierda una hermosa escalera que conduce á sus almacenes. Debajo de la escalera la puerta de un sótano. Al mismo lado un mostrador pequeño; y detras libros de caja y de muestras. A la derecha géneros, y una puerta que da á lo interior de la casa.

ESCENA PRIMERA.

BERTON, MARTA.

(*Berton está delante de su mostrador y su muger en pie á su lado, con varias cartas en la mano*).

Marta. He aquí pedidos para Lubek y para Altona.. quince piezas de raso y otras tantas de tafetan.

Bert. (*con impaciencia*). Bien, muger, bien.

Mar. Y cartas de nuestros corresponsales, á las cuales es preciso responder.

Bert. Ya ves qué ahora estoy ocupado.

Mar. Tambien es preciso escribir á ese rico tapicero de Hamburgo.

Bert. (*irritado*). A un tapicero....!

Mar. Toma! uno de nuestros mejores parroquianos.

Bert. Escribir á un tapicero!.... precisamente cuando estoy ocupado en escribir á una reina.

Mar. Tú!

Bert. A la Reina madre! una peticion que le dirijo en nombre del comercio, porque es de saber que la Reina madre no me puede negar cosa alguna. Si hubieras visto, muger, como me ha recibido esta mañana, y á que altura me hallo con ella....

Mar. Y qué bienes nos vienen con esa gracia?

Bert. Que bienes? eh? Se conoce que no eres mas que una simple muger y una muger simple; una tendera que no entiende el cristus de los negocios.. Qué bienes? Oiga! Crédito, favor, consideracion.... seré un hombre de influencia en mi barrio, en la ciudad, en el estado.... algo, enfin, algo.

Mar. Y todo para qué? Para ser proveedor con Real Privilegio de la Corona! No puedes vivir sin dictados, sin títulos! no has tenido nunca otros sueños ni otros deseos.

Bert. Déjame en paz.... Cabalmente!.. se trata de ser proveedor de la Corona.. (*á media voz*) Se trata, Señora Burkenstaf, de ser prevoste del comercio, y quién sabe, hasta burgomaestre de la ciudad de Copenhague.. Sí Señor, lo he dicho, que para eso y para mas hay favor.... Eh! con la popularidad de que gozo y con la proteccion de la Corte.... Ui!

ESCENA II.

JUAN, BERTON, MARTA.

Juan (*con géneros debajo del brazo*). Aquí estoy, Señor.. Vengo de casa de la Baronesa de Molke.

Bert. (*bruscamente*) Y bien? qué me importa? qué quieres?

Juan. No quiere el terciopelo negro; le quiere verde, Y me ha dicho que se alegraria de que pudieseis llevarle vos mismo las muestras.

Bert. Malrayo! Veran Ustedes, como tengo que abandonar mis negocios.. Verdad es que la Baronesa de Molke eş muger de corte.. Irás allá, muger; estas son incumbencias tuyas.

Juan. Ademas traigo aquí....

Bert. Otra vez! no acabará nunca.

Juan (*Enseñándole un saco*). El dinero de las veinte y cinco varas de tafetan....

Bert. (*Cogiendo el saco*). Voto va! Cuidado que da vergüenza tener uno que ocuparse en esos pormenores. (*Devolviéndole el saco*). Lleva esto arriba á mi cajero, y que me dejen todos en paz. (*Se pone de nuevo á escribir*). Sí, Señora.... á V. M. es á quien....

Juan. (*pasando á la derecha y sopesando el saco*). Da vergüenza, eh? no tanto; muchas vergüenzas como esta quisiera yo pasar.

Mart. (*deteniéndole*). Oiga V. Señor Juan. Me parece que ha echado V. bastante tiempo para dos tristes comisiones que tenia que desempeñar.

Juan. (*aparte*). Ah maldita!.... esta está en todo; no es como el amo. (*Alto*) Os diré, señora; es que me he detenido un rato por las calles, para oir que se decia en algunos corrillos.

Mart. Y á propósito de qué..?

Juan. Pardiez, no sé.... á propósito de un decreto del rey....

Mart. Y qué decreto?

Bert. *(con aire importante desde el mostrador).* No sabeis eso, vosotros; el decreto que se ha publicado esta mañana, y que confia toda la autoridad real á Estruansé.

Juan. Tanto vale; maldito si lo entiendo; lo que sé, es que se hablaba con calor, que la cosa se iba animando.... y Dios sabe si tendrémos ruido.

Bert. *(con aire importante).* Seguramente; el caso es grave.

Juan. con *(alegría).* De veras, eh!

Mart. *á Juan)* Y eso qué te importa á tí?

Juan. Vaya! me da gusto; porque cuando hay ruidos, se cierran las tiendas, no se hace nada: dia de asueto: y para los mancebos de las tiendas es un domingo mas en la semana; y luego da gozo correr las calles gritando lo que gritan los demas!

Mart. Gritando! qué?

Juan. Qué sé yo! pero se grita!

Mart. Basta. Sube y quédate arriba: hoy no saldrás del almacen.

Juan. *(yéndose)* Vota va! en esta casa no puede uno sacar partido de nada.

Mart. *(volviéndose y viendo á Berton que entretanto ha tomado su sombrero)* Oiga! ¿y tú, que estabas tan ocupado, adónde vas?

Bert. Voy á ver que es eso.

Mart. Tú tambien?

Bert. Está bueno! Pues no tiene miedo ya! las mugeres son el diablo! Muger, no tengas cuidado; no voy mas que á ver lo que pasa, á meterme entre los corrillos de los descontentos, y á soltar cuatro espresiones de peso en favor de la reina madre.

Mart. De la reina madre? Y qué diablos de falta te hace á tí su proteccion? Cuando uno tiene dinero en sus arcas, no necesita uno de la proteccion de nadie; se rie uno de los grandes señores; es uno libre, independiente; es uno el rey en su casa; estate en la tuya.. tu obligacion está en tu almacen.

Bert. Es decir que no sirvo sino para medir terciopelo! es decir que tú tienes en poco el comercio?

Mart. Yo tener en poco el comercio? yo, hija y muger de fabricante, yo! que creo que es la profesion mas útil al estado, y la causa de su riqueza y de su prosperidad! yo en fin que no conozco nada mas apreciable que un comerciante que es comerciante.... Pero si el mismo se avergüenza de su profesion, si abandona su mostrador por andar corriendo antesalas, eso ya es otra cosa..... y cuando dices necedades como palaciego, maldito si puedo apreciarte como comerciante!

Bert. Magnífico, Señora Burkenstaf! Brava arenga! Desde que la señora Condesa Estruansé gobierna á su marido, cada muger del reino se cree con derecho

á gobernar el suyo.... Y vos que tanto despreciais la Corte, pudierais dejar de imitar sus usos.

Mart. Vaya! vaya! olvida á la Corte, como ella te tiene olvidado á tí, y acuérdate mas de lo que te rodea. Estás ya cansado de ser feliz? ¿No tienes un comercio que prospera, amigos que te estiman, una muger que te reconviene, pero que te ama, un hijo que todo el mundo nos envidiaría, que es nuestro orgullo, nuestra gloria, nuestro porvenir?

Bert. Ah! Si tomas ahora ese capítulo por tu cuenta....

Mart. Sí señor.... esa es mi ambicion; mi asunto de estado.... no me importa lo que pasa en casa del vecino. ¿Qué se me da á mí de que el rey tenga un favorito, ó de que no le tenga; que mande este ó aquel otro ambicioso? Lo que me importa saber es si mi casa está arreglada, si mi marido está bueno, si mi hijo es feliz; yo no pienso mas que en vosotros y en vuestro bienestar; ese es mi deber. Cumpla cada uno con el suyo.... y como dice el refran: *zapatero á tus zapatos....* eso es!....

Bert. (*impaciente*) Y Quién te dice lo contrario?

Mart. Tú, que á cada momento me haces temblar por nuestra tranquilidad, siempre metido en discusiones políticas con todas los que á la tienda concurren, hablando de todo lo que se hace y de lo que se deja por hacer; tú, á quien tus ideas de ambicion han hecho descuidar el trato de nuestros mejores amigos.... de Michelson, por ejemplo, que te ha con-

vidado tantas veces inútilmente á ir á pasar unos dias con él al campo.

Bert. Y qué quieres? Michelson! Michelson! un mercader de paños que no es nadie en el estado... porque, al fin, vamos á ver ¿qué es?

Mart. Es nuestro amigo; pero ya se ve! tú necesitas grandeza, brillo, oropel. Por esa loca ambicion no quisiste que se quedase nuestro hijo con nosotros, donde hubiera estado perfectamente, sino que te empeñaste en que habia de entrar en la secretaría de un gran Señor, de donde no ha sacado mas que disgustos, que tiene todavia la delicadeza de ocultarnos.

Bert. Cómo! es posible? mi hijo! mi hijo úuico es desgraciado!

Mart. Y no lo has echado de ver?— ni siquiera lo has sospechado?

Bert. Esos son asuntos domésticos.... yo no me meto en eso! para qué estás tú aquí? Yo estoy siempre abrumado de negocios!.... Y qué quiere? qué necesita? Dinero? Pregúntale cuanto.... ó mas bien.... toma.... ahí tienes la llave de la caja: dásela.

Mart. Silencio, aquí está!

ESCENA III.

MARTA, EDUARDO, BERTON.

Eduar. Ah! estais aquí? padre mio.... temia que hubieseis salido. Hay alguna agitacion en la ciudad.

Bent. Eso dicen; pero todavia no sé de que se trata: porque tu madre no me ha dejado salir. Cuéntame cuéntame.

Eduar. No es nada, absolutamente nada; pero hay ocasiones y momentos, en que es bueno manejarse con prudencia, aun sin motivos fundados. Sois el negociante mas rico del barrio; teneis alguna influencia; y no os mordeis la lengua para hablar del favorito y de su muger. Esta mañana en palacio, sin ir mas lejos....

Mart. Es posible?

Eduar. Puede llegar á sus oidos....

Bert. Y qué me importa? A nadie tengo miedo; no soy un hombre oscuro, y desconocido, y no se atreverán á proceder contra Berton Burkenstaf del Sol de Oro. Aunque quisieran, no podrian.

Eduar. (*á media voz*) Acaso os equivoqueis, padre mio: y si se atrevieran.

Bert. (*Espantado*). Eh! qué dices?.. no es posible.

Mart. Ya me lo figuraba yo: ahora mismo se lo estaba diciendo. Dios mio! Dios mio! que será de nosotros?

Eduar. Tranquilizaos, madre mia; no os asusteis.

Bert. (*Temblando*) Ya se vé; nos vienen con esos terrores.... ese miedo os hace perder la cabeza, os perturba.... no sabe uno lo que se hace.... y presisamente en una coyuntura en que necesita uno toda su serenidad.... Vamos á ver.. ¿y quién te ha dicho....? Por dónde lo sabes!

Eduar. Lo sé de buena tinta: por una persona que

está desgraciadamente muy bien informada, y cuyo nombre no puede deciros; pero podeis creerme.

Bert. Te creo hijo mio; y guiándonos por los datos positivos qne acabas de darme, qué debo hacer ?

Eduar. La orden no está firmada todavia, pero puede estarlo de un momento á otro y lo mas sencillo, lo mas prudente, es abandonar quedito vuestra casa, y manteneros escondido por espacio de algunos dias. .

Mart. Y dónde ?

Eduar. Fuera de la ciudad, en casa de algun amigo.

Bert. (*con viveza*) En casa de Michelson, el mercader de paños. . . . allí, no me irán á buscar. . . . es un escelente hombre, que no se mete con nadie. . . . que solo se ocupa en su comercio. . . .

Mart. Ola ! ya veis que alguna vez es bueno ocuparse uno en su comercio !

Eduar. Madre mia. . . . !

Mart. Tienes razon; pensemos solo en ponerlo en salvo,

Eduar. Hasta ahora no hay peligro, pero no importa ! os acompañaré, padre mio.

Bert. No, mejor será que te quedes; porque al fin, cuando vengan y no me encuentren, si hubiese alborotos y tumulto, tú impondrias algun respeto á esas gentes, cuidarias de nuestros almacenes, y tranquilizarias á tu madre á quien veo ya llena de miedo.

Mart. Sí, hijo mio, quedate.

Eduar. Como gusteis. (*viendo á Juan que baja la escalera*) así como así, Juan puede acompañar á mi

padre hasta la casa de campo de Michelson. Juan, vas á salir.

Juan. De veras? qué bueno! la señora lo permite?

M*art.* Sí; saldrás con tu amo.

Juan. Sí, señora.

Eduar. Y no te separarás de él.

Juan. No, señor.

Bert. Sobre todo prudencia; pocas habladurías, poca curiosidad.

Juan. Sí, señor; hay algo, pues?

Bert. (*á media voz á Juan)* La corte y el ministerio estan echaudo chispas contra mí, quieren prenderme, encerrarme.... y quién sabe....

Juan. Oiga! Eso quisiera yo ver! Buen ruido se armaria en todo el barrio; ya me veriais á mí, amo; veriais que zalagarda! me oirian los sordos.

Bert. Silencio, Juan; eres demasiado vivo.

M*art.* Eres un busca ruidos.

Eduar. Felizmente tus buenos deseos serán inútiles; porque no habrá nada.

Juan. (*abre tristemente*) No habrá nada.... Tanto peor.... yo que esperaba ya ruido y vidrios rotos!

Bert. (*que entretanto ha abrazado á su muger y á su hijo.* A dios....á dios....

(*Váse con Juan por el foro;* M*arta y Eduardo le acompañan hasta la puerta y quedan mirándolos hasta perderlos de vista.)*

ESCENA IV.

MARTA, EDUARDO.

Mart. Me das palabra de que le volverémos á ver dentro de unos dias?

Eduar. Quién lo duda? Hay una persona que se digna interesarse por nosotros, y que empleará todo su favor en hacer que cesen las pesquisas, y en devolvernos á mi padre. Lo creo al menos así.

Mart. Qué feliz seré entonces! cuando nos hallemos todos reunidos, cuando nada pueda separarnos ya! Pero y tú....qué tienes? ¿De qué procede ese aire tan triste y esas miradas....?

Eduar. (*cortado*) Temo que no se realicen vuestros deseos; por lo que toca á mí....acaso me vea pronto precisado á separarme de vos por mucho tiempo..

Mart. Qué dices!

Eduar. (*con mas resolucion*) Yo hubiera querido no deciros una palabra....pero estas circunstancias.. y por otra parte marchar sin daros un abrazo.... oh! imposible; no me hubiera determinado jamas.

Mart. Marchar? Y yo lo escucho? Y por qué?

Eduar. Quiero ser militar; he pedido una charretera.

Mart. Tú ¡Dios mio! ¿Qué te he hecho yo para que huyas de esta suerte de mí, para que abandones el hogar paterno? Te hemos hecho por ventura desgraciado? Te hemos dado algun disgusto? Perdónanosle, hijo mio; habrá sido sin querer.... y yo repararé todas nuestras faltas....

Eduar. Vuestras faltas! vos, Señora, la mejor y la mas

cariñosa de las madres.... No, solo acuso á mi suerte.... pero no puedo permanecer en Copenhague.

Mart. Pero por qué? Hay algun sitio en el mundo donde seas mas amado que aquí? Qué te falta. Quieres brillar en el mundo? Quieres eclipsar á los mas ricos señores? Podemos, podemos.. (*dándole la llave*). Toma, dispon de nuestras riquezas, tu padre lo consiente; yo te lo suplico y yo te lo agradeceré, porque para tí y solo para tí trabajamos y atesoramos; esta casa, esos almacenes, todo es tuyo.... absolutamente tuyo!

Eduar. Basta, Señora, basta: no los quiero; no los necesito; no soy digno de vuestros beneficios. Si os dijese que estoy á punto de despreciar esos mismos bienes, fruto de vuestro trabajo; y que esa misma profesion que ejerceis con tanto honor y probidad, y que en otro tiempo me envanecía, es hoy la causa de mi tormento y de mi desesperacion, es lo que se opone á mi felicidad, á mi venganza, á todas las pasiones violentas en fin que abriga en este momento mi corazon....!

Mart. Qué dices!

Eduar. Sí, os lo diré todo; este secreto es una carga demasiado pesada. Por otra parte ¿á quién pudiera uno confiar sus penas mejor que á una madre? Fijando vuestra felicidad en un hijo, que os ha dado tantos disgustos, le habiais criado con demasiado esmero acaso.....

Mart. Como un señor, como un príncipe! y si hubiera

habido otra educacion mejor, mas cara, esa hubieras recibido.....

Eduar. No habeis querido que permaneciese en ese mostrador, que era mi puesto....

Mart. No yo, sino tu padre; él te hizo secretario privado del conde de Falklend.

Eduar. Por mi desgracia: admitido en su casa con intimidad, pasando los dias enteros al lado de Carolina su hija única, se me ofrecian mil ocasiones de verla, de oirla, de contemplar sus hermosas facciones, que son el mas pequeño de sus encantos.... Ah! Si hubierais podido apreciarla en su justo valor como yo todos los dias, si la hubierais visto tan seductora á la vez por su talento y por su gracia, tan sencilla y tan modesta que ella sola parecia ignorar su mérito; un alma tan noble, un carácter tan generoso!.. Ah! si la hubierais conocido, madre mia, hubierais hecho lo que yo; la hubierais adorado.

Mart. Cielos!

Eduar. Sí, dos años hace que este amor es mi tormento y mi felicidad, mi existencia. Y no creais que desconociendo mis deberes y los derechos de la hospitalidad, le he descubierto mi corazon, ni me ha pasado nunca por la imaginacion declararle un amor que hubiera yo querido ocultarme á mí mismo.... No.... hubiera sido entonces indigno de amarla... Pero ese secreto, que ella sin duda no sospecha y que ignorará mientras viva, otros ojos mas perspicaces deben haberle adivinado; su padre debe haber

comprendido mi turbacion, porque al verla, todo lo olvidaba, ¡cuán feliz era! Ah! y esta felicidad se ha concluido para siempre.... Ya sabeis como el Conde me ha despedido sin manifestarme los motivos de mi desdicha, como me ha arrojado de su casa, y que desde ese dia no ha vuelto á haber para mí ni tranquilidad, ni gozo, ni alegría.

Mart. Es verdad.

Eduar. Pero lo que no sabeis es que todas las tardes, todas las mañanas yo vagaba al rededor de los jardines para ver mas de cerca á Carolina ó mas bien las ventanas de su habitacion; uno de estos dias, no sé qué especie de delirio se habia apoderado de mí.... mi razon me abandonó, y sin saber lo que me hacia, penetré en el jardin.

Mart. Que imprudencia!

Eduar. Cierto, madre mia, porque yo no debia verla... y á no ser por eso, la última gota de mi sangre.... pero tranquilizaos; eran las once de la noche; nadie me habia visto, nadie, sino un fatuo, que seguido de dos criados, cruzaba por una calle para volverse á su casa.! era el baron Federico de Geler, sobrino del ministro de marina, que todas las noches, segun parece, venia á hacer valer su.... Sí, madre mia, es su prometido, el que se iba á casar con ella.. Yo no lo sabia entonces, pero lo adivinaba ya por la antipatía que hacia él esperimentaba.. así que cuando el me gritó con tono insolente y altanero ¿adonde vais? quién sois? la insolencia de mi respuesta

igualó la de la pregunta, y entonces...... este recuerdo no se borrará jamas de mi memoria.... mandó á uno de sus criados que me echase de allí y uno de ellos efectivamente levantó la mano; sí madre mia, y me ultrajó: no dos veces, no; porque á la primera estaba ya tendido á mis pies, pero me habia últrajado; y cuando corri á su amo, cuando le pedí una satisfacion. "Bien, me dijo, quien sois?" Díjele mi nombre.—Burkenstaf, esclamó con desprecio: yo no me bato con el hijo de un tendero. Si fueseis noble ú oficial, no digo que no?

Mart. (*espantada*) Dios mio!

Eduar. Noble no puedo serlo, es imposible! Pero oficial....

Mart. (*con viveza*). No lo serás; no conseguirás ese grado, á que no tienes derecho alguno; no, no le tienes.... El puesto que debes ocupar está en esta casa, al lado de tu madre, que lo pierde todo en un solo dia; ya estás como tu padre, prontos los dos á abandonarme, á esponer vuestra vida.... y por qué? porque no sabeis ser felices, porque vivis de ambicion, porque os comparais con los que son mas que vosotros. Yo no pido nada á los poderosos, ni á los señores, ni á sus hijas.... no quiero mas que mi marido, y mi hijo.... pero los quiero absolutamente, porque son mios.... (*abrazándole*) porque me pertenecen.... porque son toda mi felicidad, y nadie me la quitará.

ESCENA V.

MARTA, JUAN, EDUARDO,

Juan. (*Con alegría, mirando á la calle*) Eso es! soberbio!.... así, así..!

Eduar. Como? de vuelta ya?.... está ya mi padre en casa de Michelson?

Juan. (*alegremente*) Mejor que eso.

Mart. (*impaciente*) Está salvo por fin?

Juan. (*Con aire de triunfo*) Lo han preso.

Mart. Cielos!

Juan. Toma! no os asusteis! va bien, la cosa va perfectamente.

Eduar. Te esplicarás por fin. (*con ira*).

Juan. Cruzábamos la calle de Stralsund, cuando hetenos cara á cara con dos soldados de Guardias que nos observan.... nos siguen y encarándose luego con vuestro padre: "Señor Burkenstaf, le dice uno de ellos, con mucha cortesía; en nombre de su escelencia el Sr. Conde de Estruansé, os intimo que vengais con nosotros; desea hablaros...."

Eduar. Y qué?

Juan. Viendo sus buenos modos, vuestro padre les responde; estoy pronto, señores á seguiros; y todo esto habia pasado con tanta tranquilidad que nadie en la calle lo habia echado de ver; pero yo.... para el tonto que creyera....! plántome en el arroyo y póngome á gritar como un desesperado.... "Socorro, socorro! amigos.... que prenden á mi amo.... Berton Burkenstaf....á ellos; á ellos!

Eduar. Imprudente !

Juan. Ca ! No Señor ; habia yo visto un grupo de trabajadores y artesanos, que iban á su trabajo.... me oyen y acuden á mi voz; al verlos correr, las mugeres y los muchachos corren tambien, y los que van por la calle hacen otro tanto ; unos por interés, otros por curiosidad.... En un momento se arma un tumulto.... Se obstruye la calle.. los coches se detienen.. los tenderos salen á sus puertas, y los vecinos se asoman á las ventanas.... Entretanto ya habian rodeado los artesanos á los soldados, y libre ya vuestro padre, se lo llevaban en triunfo seguidos por supuesto de la multitud que se aumentaba por instantes ; pero al pasar por la calle de Altona, donde estan nuestros talleres.. allí habiais de haber visto .. qué algazara ! .. habia corrido ya la voz de que habian querido asesinar á nuestro amo, y que habia habido una pelea encarnizada con la tropa ; la fábrica entera se levantó, y el barrio con ella, y todos corren en tropel al palacio gritando, que da gozo, Viva Burkenstaf ! que nos le vuelvan !

Eduar. Qué locura !

M*ar.* Y qué desgracia !

Eduar. De un negocio insignificante por sí, han hecho un asunto de estado, que va á comprometer á mi padre, y á justificar las medidas que se tomaban contra él.

Juan. Ba !— no tengais cuidado : no hay nada ya que temer : los demas barrios se han alborotado tambien

Ya se estan rompiendo por todas partes los faroles, y los vidrios de las casas grandes.... Va bien; eso es lo mas divertido del mundo. No se hace daño á nadie; pero en encontrando gente de palacio les tiran piedras y lodo á ellos y á sus coches! eso es excelente, porque limpia las calles.. á propósito.. ois ?..ois los gritos ?.. Veis aquel coche que han detenido en frente de nuestro almacen y que tratan de derribar....?

Eduar. Qué veo? las armas del Conde de Falklend! Si fuese....! (*Se precipita en la calle*).

ESCENA VI.

JUAN, MARTA.

Mar. (*tratando de detener á Eduardo*). Hijo mio! Eduardo! Se va á esponer..!

Juan Dejadle Señora.... esponerse él! eh?.. el hijo de nuestro amo? no corre ningun riesgo ... á nada se espone, sino es á que lo lleven en triunfo.. (*mirando al foro*). ¿Le veis desde aquí como habla con aquellos que rodean el coche .. á todos los conozco.... ah! se apartan.... se alejan.

Mart. Felizmente.... Pero y mi marido? quiero saber que es dél.. corro á buscarle.

Juan (*queriendo detenerla*), Qué vais á hacer?

Mar. (*empujándole y precipitándose en la calle*). Déjame, te digo.... quiero.. quiero buscarle.

Juan. Imposible detenerla. (*Llamando á Eduardo*): Señor Eduardo.... Señor Eduardo..! (*mirando*).

Oiga! qué diablos está haciendo ahora?.... Ayuda á bajar del coche á una Señorita, muy linda por cierto.. y muy elegante. Vaya! Pardiez! á qué está desmayada! Toma, no lo dige? (*viniendo hacia la escena*). Pobrecilla! Pues no ha tenido miedo!

Eduar. (*Entrando con Carolina en sus brazos, desmayada; la sienta en un sillon*). Agua, madre mia.. agua.

Juan. Acaba de salir para saber de nuestro amo.

Eduar. Ya vuelve.. Qué haces ahí, tú? véte.

Juan. Miren qué pedrada! no deseo yo otro cosa. Voy á unirme con la turba y á gritar como los demas. (*Váse*).

ESCENA, VII.

CAROLINA, EDUARDO.

Car. (*Volviendo*). Esos gritos.... esas amenazas ... esa muchedumbre furiosa, que me rodeaba.... Qué daño les he hecho yo?.... dónde estoy?

Eduar. (*Con timidez*). Estais segura; no temais nada

Car. (*Conmovida*). Esa voz.... (*volviéndose*) Eduardo! sois vos?

Eduar. Si, soy yo, que os vuelvo á ver, y el mas feliz de los hombres.... porque he podido defenderos, protegeros y daros asilo.

Car. En dónde?

Eduar. En mi casa; en casa de mi madre; perdonad, si os recibo en este sitio indigno de vos; estos almacenes, este mostrador tan distintos de los bri-

llantes salones de vuestro padre .... pero nosotros no somos nadie; no somos mas que unos comerciantes....

Car. Ese seria ya por sí solo un título á la consideracion de todo el mundo; pero para conmigo y con mi padre teneis otros, Eduardo, y el favor que acabais de hacerme.....

Eduar. Favor? Ah! no pronuncieis esa palabra....

Car. (*siempre sentada*) Y por qué?

Eduar. Porque va á imponerme silencio de nuevo, porque me encadena otra vez con lazos que quiero por fin romper. Sí; mientras fui bien recibido por vuestro padre, mientras que me acogió bajo su techo hospitalario, hubiera creido faltar á la probidad, al honor, á todos mis deberes descubriendo un secreto de cuyo peso me alivian hoy sus ultrajes; nada le debo ya.... estamos pagados; y antes de morir quiero hablar, quiero, aunque hayais de abrumarme con vuestro desprecio y vuestra indignacion, que sepais por fin cuanto he padecido, y cuanto dolor, cuanta desesperacion abriga mi pecho.....

Car. (*levantándose*) Eduardo! por Dios!

Eduar. Sí, lo sabréis!

Carol. Ah! desgraciado! Creeis por ventura que lo ignoro?

Eduar. (*con entusiasmo*) Carolina.....!

Car. (*asustada*) Silencio! silencio! ¿creeis vos mi corazon tan poco generoso que no haya comprendido la generosidad del vuestro, que no haya sabido agra-

decer vuestros sacrificios, y sobre todo vuestro silencio? (*Movimiento de alegría de Eduardo*). Sea hoy la última vez que os atrevais á romperle; desde mañana estoy destinada á otro; mi padre lo exige, y sumisa siempre á mis deberes....

Eduar. Vuestros deberes.....

Car. Sí; sé lo que debo á mi familia, á mi cuna, á esas distinciones que acaso no hubiera yo deseado, pero que el cielo me ha impuesto, y de que sabré hacerme digna. (*acercándose á Eduardo*) Y vos, Eduardo, (*con timidez*) no me atrevo á decir, amigo mio, no os abandoneis á la desesperacion en que os veo; conoced que la deshonra y el honor no penden del rango que uno ocupa, sino del modo con que se desempeñan los deberes, y haréis lo que yo.. y podréis soportar el vuestro con valor y resignacion. A Dios para siempre; mañana seré muger del baron de Geler.

Eduar. No, no; mientras yo viva, yo os juro aqui.... Cielos! alguien viene....

ESCENA VIII.

CAROLINA, EDUARDO, RANTZAU, MARTA.

Mart. (*á Rantzau*) Si buscais á mi hijo, aqui le teneis. (*Aparte*). Imposible averiguar nada. Es una confusion.

Car. (*viéndolos*) Cielos!

Mart. y Rant. (*saludando.*) La señorita de Falklend..!

Eduar. (*con viveza*) A quien hemos tenido la dicha

de ofrecer un asilo, porque su coche habia sido detenido.

Rant. Y bien? No parece sino que os quereis disculpar de una accion que os honra.

Eduar. (*turbado*) Yo, Señor Conde?

Mart. (*aparte*) Conde! ..... Vaya! esto es hecho, nuestra tienda es el punto de reunion de todos los señores....

Rant. (*que ha echado una mirada penetrante á Carolína y Eduardo que bajan los ojos*) bien .... muy bien.... Una joven hermosa libertada por un caballero galante.. novelas he leido que empezaban así.

Eduar. (*tratando de mudar de conversacion*) Pero vos, señor Conde, paréceme que no andais muy prudente en salir á pie por las calles.

Rant. Por qué? Precisamente ahora las gentes de á pie son potencias; ellas son las que salpican á los que van en alto: por otra parte, no tengo mas que una palabra; os habia prometido traeros vuestros despachos de paso que venia á hacer algunas compras.... (*sacándolos del bolsillo y dándoselos*) Aqui teneis.

Eduar. Qué fortuna! Soy oficial!

Mart. Esto es hecho .... infeliz de mi! Con razon desconfiaba yo de este hombre!

Rant. (*volviéndose hacia ella.*) Señora, os felicito por el favor y la popularidad de que gozais en este momento.

Mart. Qué me quereis decir con eso?

Rant. Pues qué ¿ignorais lo que pasa?

Mart. Vengo de nuestros talleres, donde no ha quedado un alma.

Rant. Todos estan en la plaza: vuestro marido se ha hecho el ídolo del pueblo. Por todas partes se ven banderas y letreros, en que resaltan estas palabras: Viva Burkenstaf, nuestro gefe! Burkenstaf para siempre!.... Su nombre es un grito de reunion!

Mart. Desdichado!

Rant. Las oleadas tumultuosas de sus parciales rodean el palacio y gritan de corazon "Muera Estruansé! (*sonriéndose*). Hasta los hay, que gritan: ¡Mueran los miembros de la Regencia!"

Eduar. Santo Dios! Y no temeis....

Rant. Ba! Nada; me paseo incognito, como simple aficionado; por otra parte al menor peligro, me ampararia con vuestro nombre.

Eduar. (*Con viveza*) Y no en valde; yo os lo juro.

Rant. (*Cogiéndole una mano*) Cuento con ello.

Mart. (*yendo hacia el foro*) Dios mio! no ois ese ruido?

Rant. (*aparte tomando la derecha*) Magnifico! esto marcha. Si sigue así, no tendrá uno necesidad de meterse en nada.

ESCENA IX.

CAROLINA, EDUARDO, JUAN, MARTA, RANTZAU.

Juan. (*sin aliento*) Victoria! Victoria!.... Es nuestro!

Mart. *Eduar.* y Rant.. Habla: qué? acaba....

Juan. No puedo mas.... cuidado si he gritado.... Estábamos en la plaza mayor, delante del palacio, debajo de los balcones.... tres ó cuatro mil erámos lo menos; gritando: " Burkenstaf, Burkenstaf; que se revoque la orden que le condena, Burkenstaf.... Entonces Estruansé, se dejá ver en el balcon, y á su lado la Condesa, vestida de gran gala.... Vaya si estaba bien. Terciopelo azul... buena figura.... hermosa voz! Fue á hablar y todo el mundo calló. " Amigos mios, dice, nos han engañado; revoco toda especie de arresto y os prometo en nombre del rey y en nombre mio, que Burkenstaf es libre y no tiene porque temer. "

Mart. Respiro!

Car. Qué fortuna!

Eduar. Todo se ha salvado!

Rant. (*aparte*) Todo se ha perdido!

Juan. Entonces, fué ella. Viva el primer ministro! gritamos todos! Viva la Condesa! viva Burkenstaf! Y cuando yo dige á los que estaban á mi lado: y á todo eso, yo soy el que soy Juan, el mismo Juan, el Juan mancebo de su almacen: viva Juan! gritaron tambien, y me rompieron todo el vestido, cogiéndome en volandas, para enseñarme á la muchedumbre. Tira por aquí, tira por allí.... añicos! y esto no es nada todavía; ahora se estan organizando, y van á venir con sus gefes á la cabeza para cumplimentar á nuestro amo y llevársele por ahí en triunfo á las casas capitulares.

Mart. (*aparte*) En triunfo : va á perder la cabeza !

Rant. (*aparte*) Qué lastima !. . un motin que empezaba tan bien !. . . . en quien puede uno confiar ahora ?

ESCENA X.

CAROLINA, EDUARDO, *en el fondo*, BURKENSTAF, *y varios notables que le rodean.* MARTA, JUAN, RANTZAU.

Burk. (*recogiendo varios memoriales*) Bien, amigos mios, bien ; presentaré vuestras reclamaciones al ministro y al gobierno; preciso será que hagan justicia. . . . ademas. . . . yo estaré en todo. . . . hablaré, hablaré. En cuanto al triunfo que el pueblo me prepara y que mi modestia me aconseja rehusar. . . .

Mart. (*aparte*) Eso es otra cosa !

Burk. Le acepto, por el bien público, y en atencion al buen efecto. Aquí esperaré la comitiva, que puede venir por mí cuando guste. Por lo que hace á vosotros, queridos cólegas y notables de nuestro gremio, espero que de vuelta del triunfo, vendréis á cenar á mi casa ; os convido á todos.

Todos. (*gritando al salir*) ¡ Viva Burkenstaf ! ¡viva nuestro gefe !

Burk. Nuestro gefe !. . ya lo ois ! qué honra !. . (*á Eduardo*). Qué gloria! hijo mio, para nuestra casa! (*á Mart*). Y bien, muger, que te decia yo ? Soy una potencia. . . . un poder del estado. . Nada hay igual á mi popularidad ; y ya ves el partido que puedo sacar de ella.

Mart. Sí; sacarás una enfermedad; descansa, sosiega.... estas sofocado!

Burk. (*limpiándose la frente*) Qué? no. La gloria no cansa nunca.... Que hermoso dia! Hombre! Todo el mundo se inclina delante de mí, todos se dirijen á mi, todos me hacen la corte. (*Viendo á Carolina y* Rantzau *qne estan junto al mostrador á la izquierda y que Eduardo le ocultaba*) Qué veo? La señorita de Falklen y el conde de Rantzau en mi casa! (*A* R*ant. con énfasis y proteccion*) Que hay Sr. Conde? En que puedo serviros? Que venis á pedirme?

R*ant.* (*Friamente*) Quince varas de terciopelo.

Burk. (*cortado*) Ah!.... era eso.... perdonad.... pero, si es cosa del comercio, no puedo .. si fuese otra cosa.... (*llamando*) Marta!.... bien conoceis que en el momento de un triunfo.... Marta! sube al almacen y sirve al Sr. Conde.

R*ant.* (*dando un papel á* M*arta*) He aquí mi nota.

Burk. (*gritando á su muger que sube ya la escalera*) Y despues, pensarás en la cena; una cena digna de nuestra nueva posicion; ¡ buen vino! estamos?... (*señalando á la puerta que está debajo de la escalera*) El vino del sótano....

Mart. (*subiendo la escalera*) ¿Acaso tengo yo tiempo para hacerlo todo?

Burk. Vaya! no te incomodes (*á Rant.*) tendré que ir yo mismo en persona.... (*Marta acaba de subir la escalera y desaparece*) Mil perdones, Señor

conde ; ya lo veis, tengo tantas cosas sobre mí, tantos cuidados.. (*á Carolina con tono protector*), Señorita, he sabido por Juan, mi mancebo de.... (*reteniéndose*) mi dependiente... la falta de respeto cometida con vos y con vuestro coche; podeis estar segura de que yo ignoraba... ya se vé! yo no puedo estar en todas partes.... (*con tono de importancia*) de otra suerte, hubiera interpuesto mi autoridad; os doy palabra de manifestar públicamente cuánto ha sido mi desagrado, y quiero.... empezar....

R*ant.* Por hacer llevar esta señorita á casa de su padre.

Bert. Eso es precisamente lo que yo iba á decir.... me haceis pensar en ello.... Juan, á ver.... que devuelvan su coche á esta señorita.... Y diréis que lo mando yo Berton de Burkenstaf.... y para escoltar á esta señorita....

Eduar. (*con viveza*) Yo me encargo de eso, padre mio.

Bert. En hora buena!.... (*á Eduar.*) Si os sucediese algo.... si os quisiesen detener.... dirás: " Soy Eduardo Burkenstaf, hijo del Señor....

Juan. Berton de Burkenstaf.... ya se sabe.

R*ant.* (*saludando á Car.*) Señorita.... adios, amigo mio.

(*Eduardo ofrece la mano á Carol. y sale con ella seguido de Juan.*)

ESCENA XI.

RANTZAU, BERTON; (*Rantzau se ha sentado junto al mostrador y Berton al otro lado*)

Bert. Os hacen esperar.... me es muy sensible....

Rant. A mí no.... con eso estoy mas tiempo en vuestra compañia; siempre gusta uno de ver de cerca á los personages célebres....

Bert. Célebre!.... sois muy amable. Ello, es cosa inconcebible.... esta mañana nadie se acordaba de semejante cosa, ni yo tampoco.... yo mismo....! todo ha venido en un instante.

Rant. Esas cosas vienen siempre con esa prisa.... (*aparte*) y con la misma se van. (*Alto*) solo siento que esto se haya acabado tan pronto.

Bert. Oh! pero esto no está acabado.... Ya lo habeis oido.... van á venir por mí para llevarme por ahi en triunfo. Perdonad; voy á vestirme; si yo los hiciese esperar, se impacientarian con razon... creerian que el gobierno me habia hecho desaparecer.

Rant. (*sonriéndose*) Cierto, y la jarana volveria á empezar.

Bert. Ni mas ni menos.... ya se ve! me quieren tanto!.... asi es que esta noche, esa cena que doy á los notables será, me parece, de un efecto seguro; porque en nu banquete se bebe.... y....

Rant. Se animan todos.

Bert. Se echan brindis á Burkenstaf, al gefe del pueblo, como me llaman.... ya entendeis.... Adios, señor Conde.

Rant. (*sonriéndose y llamándole*) Un instante... para beber á vuestra salud es menester vino y eso que le deciais á vuestra muger hace poco....

Bert. (*dándose una palmada en la frente*) Es verdad; se me olvidada. (*Pasa detrás de Rantzau y detrás del mostrador y señala la puerta que está debajo de la escalera*). Ahí tengo un sótano soberbio, donde conservo mis vinos del Rin, y de Francia.... Mi muger y yo somos los únicos que tenemos la llave.

Rant. (*á Berton que abre la puerta*) Precaucion muy prudente. Al principio crei que teniais ahí vuestro tesoro.

Bert. No; y eso que estaria seguro (*golpeando la puerta*) seis pulgadas de grueso y forrada en hierro. (*Yendo á entrar*) con vuestro permiso, señor conde..

Rant. Vos le teneis.... yo subo al almacen.

(*Berton baja al sótano ; Rantzau se acerca á la puerta, la cierra y vuelve á la escena tranquilamente, diciendo*) : Un hombre como este es un tesoro, y los tesoros.... (*enseñando la llave*) deben estar siempre bajo llave.

(*Sube la escalera que conduce al almacen y desaparece*).

ESCENA XII.

JUAN.

Juan (*dejándose ver en el fondo, á la puerta, mientras que el Conde sube la escalera*) Aquí estan, aqui

estan.... es cosa vistosa.... una comitiva asombrosa.... los gefes de los gremios con sus estandartes y músicas y.... (*Se oye una marcha triunfal y se descubre la cabeza de la comitiva que se coloca en el fondo del teatro, en la calle, fuera de la tienda*). Dónde diablos está nuestro amo? arriba sin duda. (*Corriendo hacia la escalera*) Señor Berton, Señor! que vienen ya á buscaros.... me ois?

M*art.* (*apareciendo en la escalera con dos mancebos de tienda*) Qué tienes tú que gritas?

Juan. Grito porque busco á nuestro amo.

M*art.* Abajo está.

Juan. Está arriba.

M*art.* Te digo que no.

El Pueblo (*fuera*) Viva Burkenstaf!.... viva nuestro gefe!

Juan. Voto va! y no está aquí.... y van á gritar sin él.... (*á los dos mancebos de tienda que han bajado*) A ver vosotros si registrais toda la casa.... (*van entrando algunos del pueblo; Marta baja.*)

El Pueblo (*de fuera*) Viva Burkenstaf!.. Que salga! que salga!

Juan. (*en altas voces á la puerta de la tienda*) Ahora.... ahora.... han ido á buscarle.... os le van á enseñar. (*recorriendo el teatro*) Esto me hará perder la cabeza.... la sangre me hierve en las venas....

Varios mozos. (*entrando por la derecha*) Yo no le he encontrado.

Otros. (*bajando de los almacenes*) Ni yo tampoco; no está en casa.

El Pueblo fuera con sordo murmullo. Burkenstaf!.. Burkenstaf!....

Juan. Voto va! ya se impacientan; ya murmuran.... Dónde diablos puede estar?

Mart. Dios mio! ¿le habrán preso de nuevo?

Juan. Qué? despues de la palabra que nos han dado? (*Dándose una palmada en la frente*) Ah! Dejadme.... aquellos soldados que yo he visto rondando la casa.... (*corriendo hácia el foro*) Y la música tocando siempre! Silencio! silencio! callad!.... me ocurre una idea.... es horroroso.... es una infamia!

Mart. Qué diablos tiene?

Juan (*dirigiéndose á un grupo*) Sí, amigos mios, sí se han apoderado de nuestro amo.... han asegurado su persona, y mientras que nos estaban echando buenas palabras....lo estaban prendiendo por otra parte....está preso otra vez! .... Favor! los amigos; favor!

El Pueblo (*precipitándose en la tienda y rompiendo los vidrios del fondo*) Aqui estamos! .... Viva Burkenstaf!.... nuestro gefe.. nuestro amigo!....

Mart. Vuestro amigo.... y le destrozais la casa!

Juan. Y qué? sí señora; eso es entusiasmo, y vidrios rotos.... Al palacio! al palacio!

Todos. Al palacio! al palacio!

Rant. (*dejándose ver en lo alto de la escalera y mi-*

rando cuanto pasa) Ah! ah! esto ya es otra cosa.. esto empieza á animarse otra vez.

Todos. (agitando en el aire sombreros, pañuelos y sus banderas) Muera Estruansé! Viva Burkenstaf! Que nos le vuelvan! que nos le vuelvan! Burkenstaf para siempre!

(Todo el pueblo sale en el mayor desorden con Juan. Marta cae desesperada sobre el sillon que está junto al mostrador, y Rantzau baja lentamente la escalera, restregándose las manos de gozo. Cae el telon.)

ACTO TERCERO.

Habitacion del Palacio del Conde de Falklend.—A la izquierda un balcon sobre la calle.—Puerta en el foro; dos laterales.—A la izquierda en primer término, una mesa, libros, recado de escribir.

ESCENA PRIMERA.

CAROLINA, EL BARON DE GELER.

Car. Pero, Señor baron, qué significa eso? qué hay de nuevo?

Gel. Nada Señorita.

Car. El Conde Estruansé acaba de encerrarse en el gabinete de mi padre: han enviado á buscar al conde de Rantzau. ¿A qué asunto esa reunion

extraordinaria? esta mañana ha habido ya consejo y luego esos señores se habian de reunir para comer.

Gel. No sé.... pero no ocurre nada importante; nada serio.... Oh! me hubiesen avisado! mi nuevo destino de secretario del Consejo me obliga á asistir á todas las deliberaciones....

Car. Ah! Por fin os nombraron.

Gel. Esta mañana. Vuestro padre me propuso y el Conde confirmó la eleccion. De la corte vengo ahora de ver á la Condesa ... por allí estaban un poco consternados por la algazara de esa gente.... se temia todavia que esos acontecimientos trastornasen el baile de mañana; pero á Dios gracias; no hay nada que temer; y aun me han ocurrido sobre el particular cuatro chanzas bastante felices que lograron la aprobacion de la Condesa y que las rió con la mayor amabilidad.

Car. Ah! Las rió!

Gel. Mucho: al mismo tiempo me felicitó por mi nombramiento y por mi boda.... sobre esto último me dijo.... cosas.... (*sonriéndose con aire fatuo*) que podrian lisonjear algun tanto mi vanidad.... si yo la tuviese. (*Aparte*). Y quién sabe....? (*Alto*) pero yo no hago alto en eso.... Ya estoy metido en los negocios de estado, trabajos serios, á que he tenido siempre una aficion loca.... sí, señora; porque me veais generalmente frívolo y superficial, no creais que no puedo yo tan bien como otro cual-

quiera.... Oh! el arte en esas cosas consiste en hacerlas, jugando, como quien no hace nada.... llegue yo un dia al poder y ya verán !!!

Car. Vos al poder!

Gel. Seguramente: á vos puedo deciroslo en confianza; acaso no tarde en verificarse. Es preciso que la Dinamarca se rejuvenezca.... esta es la opinion de Estruansé, de la condesa, de vuestro padre.... y si pudierámos eliminar ese conde de Rantzau, que no sirve ya para nada y que conservan aun ahí porque su antigua reputacion de hombre habil impone todavia respeto á las cortes estrangeras.... en ese caso se me ha dado ya la palabra formal de entrar en su plaza.... ya conoceis pues que el Conde de Falklend y yo.... el suegro y el yerno á la cabeza de los negocios.... ya hariamos andar esto de otro modo.... Esta mañana por egemplo, yo los veia á todos asustados.... me daba risa; si me hubieran dejado á mí, yo os respondo de que en un abrir y cerrar de ojos.

Car. (*escuchando*). Silencio!

Gel. Qué es?

Car. Me habia parecido oir gritos confusos á lo lejos.

Gel. Os equivocais.

Car. Es posible.

Gel. Alguna disputa.... alguna riña en la calle; les quereis privar de ese placer? eso seria una tiranía; de cosas mas importantes tenemos que hablar.... de nuestra boda, del baile de mañana y de las vis-

tas, que probablemente no estarán acabadas.....
porque es lo que yo veo de malo en esos motines y conmociones populares, que los artesanos le hacen á uno esperar, y que nada está pronto.

Car. Ah ! ¿ no veis mas que eso malo.. .? yo sin embargo que me he encontrado esta mañana en medio del tumulto, veia algo mas..

G*el*. Es posible ?

Car. Sí señor, y á no haber sido por el valor y la generosidad de Eduardo Burkenstaf que me ha protegido y escoltado hasta casa....

G*el*. Eduardo.... y quién le manda meterse.... desde cuando se ha abrogado el derecho de protegeros..? pretencion por cierto mas ridícula que la de su padre....

Jorge. Una carta para el Sr. Baron.

G*el*. De parte de quién ?

Jorge. No sé, señor.... la ha traido un joven, que se dice militar, y que espera abajo la respuesta.

Car. Algun parte acerca de lo que pasa.

Gel. Probablemente.... (*Leyendo*) " Tengo una charratera; el Sr. Baron por consiguiente no puede " negarme ya una satisfaccion que necesito inme- " diatamente. Aunque soy el insultado le cedo la " eleccion de las armas y le espero á la puerta con " pistolas y espadas. *Eduardo Burkenstaf—Sub-* " *teniente del* 6. ° *de infantería*."

(*aparte*) Que insolencia !

Car. Y bien ?.. Que hay ?

Gel. Nada ! (*al criado*) andad con Dios: decidle que mas tarde.... que veré.... (*aparte*) le darémos una leccion.

Car. Quereis ocultarmelo.... hay alguna novedad.. algun peligro.... ah ! lo adivino por vuestra turbacion.

Gel. Yo ! turbado ?..

Car. Pues enseñadme esa esquela y os creeré.

Gel. Señora, es imposible !

Car. (*volviéndose y viendo á Koller*) El coronel Koller ! este no será tan reservado y de él sabré....

ESCENA II.

CAROLINA, GELER, KOLLER.

Car. Hablad, coronel, qué hay ?

Koll. Que la insurreccion, que creiamos ya apaciguada, vuelve á empezar con mas fuerza que nunca.

Car. (*á Gel.*) Lo veis ?.. ¿ Pues cómo....

Koll. Acusan á la corte, que habia prometido la libertad de Burkenstaf de haberle hecho desaparecer, para no verse obligada á cumplir sus promesas.

Gel. No seria mal golpe !

Car. Que decis ? (*corre á la ventana, que abre; y mira á la calle asi como Geler*).

Koll. (*aparte y solo*) Entretanto, nos hemos aprovechado de esta coyuntura para sublevar al pueblo. Herman y Gustavo, mis dos emisarios se han encargado de eso y espero que la reina madre estará satisfecha. Ya estamos casi seguros del éxito sin

necesidad de que haya tenido que hacer nada ese maldito conde de Rantzau.

Car. Mirad, mirad allá abajo: se aumenta el tropel; ya rodean el palacio; ya han cerrado las puertas.. Ah! me da miedo! (*vuelve á cerrar la ventana*).

Gel. Eso es inaudito.... Y vos coronel, os estais ahi?

Koll. Vengo á tomar las ordenes del consejo que me ha hecho llamar y espero.

Gel. Es que deberian darse prisa.... La condesa se va á asustar.... nadie se acuerda de nada....debieran tomarse medidas....

Car. Y cuales?

Gel. (*turbado*) Medidas....debe haber medidas.... es imposible que no haya medidas....

Car. Pero, qué medidas? qué hariais vos?

Gel. (*fuera de sí*) Yo!.... seguramente.... pero me cogeis desprevenido.... Yo no sé....

Car, Pero no acabais de decir?..

Gel. Oh! sí.. si yo fuera ministro.. pero no lo soy.. no lo soy todavia.. no es cuenta mia y no se concibe como las gentes que estan al frente de los negocios.. las gentes que deberian gobernar.... porque al fin.. que diablo!.. uno no puede tomar cartas.. Este es mi parecer.. y no hay otro.. es el único.. si yo fuese primer ministro, yo les enseñaria....

ESCENA III.

CAROLINA, GELER, RANTZAU, *por el foro*; KOLLER.

Gel. (*corriendo hacia él*) Ah! Señor Conde, venid á tranquilizar á esta señorita, que está muerta de miedo.... por mas que le digo que esto no es nada está conmovida, turbada....

Rant. (*friamente y observándole*) Y por cierto que participais en gran manera de sus penas.... ya se ve!.... como buen amante.... Ah! estais aquí? Coronel, ...

Koll. Vengo á tomar las ordenes de la Regencia.

Gel. (*con viveza*) ¿Qué se ha decidido en el Consejo en dos horas de deliberacion? qué ha pasado?

Rant. (*con frialdad*) Han pasado dos horas; se ha hablado mucho; se ha discutido: Estruansé queria entrar en transacciones con el pueblo....

Gel. (*con viveza y aprobando*) Cierto! ¿porqué no le han contentado?

Rant. El conde de Falklend que se ha decidido por la energía, queria echar mano de otros argumentos.. queria poner en juego la artillería....

Gel. (*id.*) En último resultado, ese es el modo de concluir de una vez: no hay otro.

Rant. Yo, he adoptado una opiniuon que en un principio todos desecharon y que por fin ha sido aprobada

Kol. Car. y Gel. Cuál?

Rant. (*friamente*). No hacer nada: y eso es lo que hacen.

Gel. Pues no van del todo descaminados, porque bien mirado.... al cabo.... cuando el pueblo haya gritado á su sabor.

Rant. Se cansará.

Gel. Eso iba yo á decir.

Kol. Hará lo que hizo esta mañana.

Rant. (*sentándose*). Sí, por cierto....

Gel. (*tranquilizándose*) Eso es.... romperá unos cuantos vidrios, y se acabó.

Kol. Eso es lo que han hecho ya en todas las casas de los ministros.... (*á Gel.*) y en la vuestra, baron.

Gel. Oiga! está bueno!

Rant. En cuanto á la mia, no tengo cuidado: los desafio á que hagan otro tanto.

Gel. Por qué?

Rant. Porque despues del último alboroto, no he compuesto un solo vidrio de los que me rompieron. Yo dije para mi sayo: así queda, y servirá para la primera....

Car. (*escuchando*). Parece que se calma el ruido.

Gel. Ya lo sabia yo! No hay que asustarse por esos clamores.... Y qué dice mi tio el ministro de marina?

Rant. (*friamente*). No le hemos visto. (*Irónicamente*) Su indisposicion, que era muy leve, ha tomado un carácter marcado de gravedad, desde que empezaron esos alborotos. Es una fatalidad muy singular: en empezando el motin, ya está en cama. Cómo está tan delicado!

Gel. (*con intencion*), Y vos, gozais de buena salud?

Rant. (*sonriéndose*). Eso es tal vez lo que os incomoda. Hay gentes á quienes pone de mal humor mi salud, y que quisieran verme en los últimos.

Gel. Quién?

Rant. (*sentado y con aire socarron*). Eh! por ejemplo, los que piensan heredarme.

Gel. No falta quien os pudiera heredar en vida.

Rant. (*mirándole con calma*). Señor baron, vos que en calidad de consejero, conoceis nuestras leyes, ¿habeis leido el artículo 302 del código Danés?

Gel. No, Señor.

Rant. Me lo figuraba. Dice que no basta que quede declarada una herencia; es menester ademas ser apto para heredar.

Gel. Y con quien habla ese axioma?

Rant. Con los que carecen de aptitud.

Gel. Caballero; lo decis con un tono.... tan remontado....

Rant. (*levantándose y en el mismo tono*) Perdonad... Vais mañana al baile de la condesa?

Gel (*irritado*). Señor Conde....

Rant. Bailaréis con ella?.... Dirigis las comparsas!

Gel. Yo sabré lo que quiere decir esa rechifla!

Rant. Me acusabais de remontarme demasiado.... me he bajado un poco.. me he puesto á vuestro nivel.

Gel. Esto ya es demasiado!

Car. (*junto á la ventana*). Callad por Dios! creo que vuelve á empezar el alboroto.

Gel. (*espantado*). Otra vez ? No se acabará esto nunca ? Esto es insoportable !

Car. Dios mio ! Todo está perdido !.. Ah ! mi padre!

ESCENA IV.

KOLLER, *en un estremo del teatro á la izquierda*; GELER, CAROLINA, FALKLEND; RANTZAU, *en el otro estremo á la derecha.*

Falk. Tranquilizaos ! Esos gritos que se oyen á lo lejos nada tienen ya de alarmantes.

Gel. Ya lo dije yo !.... eso no podia durar !

Car. Se ha concluido ya todo ?

Falk. No enteramente ; pero va mejor.

Rant. *y Koll.* (*aparte cada uno y con desagrado*) Malo !....

Falk. Por mas que se le decia á la muchedumbre que nadie habia atentado à la libertad de Burkenstaf, y que él mismo acaso, por prudencia ó por modestia, habria querido evadirse del triunfo que se le preparaba....

Rant. Oh ! en momentos como estos no era verosimil.

Falk. No digo que no; así, que hubiera costado probablemente mucho trabajo convencer á sus parciales, si no hubiera llegado casualmente un regimiento de infantería, con el cual no contábamos, y que de paso para su nueva guarnicion atravesaba Copenhague tambor batiente y á banderas desplegadas. Su presencia inesperada ha cambiado la dispocicion de los ánimos ; hemos empezado á entendernos, y me-

diante las repetidas promesas que se han hecho de emplear todos los esfuerzos posibles para descubrir el paradero de Berton Burkenstaf, cada cual se ha retirado á su casa, escepto algunos individuos que parecian mas empeñados que los demas en escitar y prolongar el desorden.

Koll. (*aparte*). Los nuestros!

Falk. Pero nos hemos apoderado de ellos.

Koll. (*aparte*). Cielos!

Falk. Y como ahora ya estamos en el caso de dar un corte decisivo....

Gel. Eso es lo que yo estoy diciendo toda la mañana.

Falk. Como no es cosa de que semejantes escenas se reproduzcan á cada momento, estamos decididos á tomar medidas sérias....

Rant. Y quiénes son los arrestados?

Falk. Gente oscura y desconocida.

Koll. Se saben sus nombres?

Falk. Herman y Gustavo.

Koll (*aparte*) Habrá torpes!

Falk. Facil es conocer que esos miserables no obraban por inspiracion propia; habian recibido instrucciones y dinero....; y lo que nos importa saber ahora es la calidad de las personas que los ponen en juego.

Rant. (*mirando á Koller*). Pero los nombrarán?

Falk. Quién lo duda?.... su perdon si cantan, y fusilados si callan. (*A Rant*). Vengo precisamente á buscaros para proceder á su interrogatorio, y que

descubramos por este medio el nucleo de un complot.

Koll. (*llegándose á Falk*). Del cual creo tener cogidos ya algunos cabos..

Falk. Vos Koller?

Koll. Si (*aparte*) No hay otro medio de salvarme.

Rant. ¿Y por qué no nos habeis comunicado antes vuestras luces en la materia?

Koll. Hasta hoy no tenia ningun dato seguro... pero me he apresurado á venir. Esperaba á que se concluyese el consejo para hablar al conde Estruansé, pero puesto que V. E. estan aqui....

Falk. Bien.... estamos dispuestos á oiros.

Car. Me retiro; señor.

Falk. Sí, por un instante.

Car. Señores.... (*Saluda y sale por la izquierda: Geler le da la mano, y hace ademan de salir por el foro*).

ESCENA V.

KOLLER, GELER, FALKLEND, RANTZAU.

Falk. (*á Gel.*) Quedaos, querido; como secretario que sois del Consejo, teneis derecho de asistir á esta conferencia.

Rant. (*con gravedad*) En la cual, vuestras luces y vuestra esperiencia pueden sernos de grande útilidad.... (*aparte y mirando á Koller*). Nuestro hombre está apurado; no le perdamos de vista y

procuremos que salga del paso, sin comprometer á la reina madre ni á otros amigos; que acaso puedan ser útiles todavia.

(*Mientras ha dicho esto, Geler y Falklend han tomado sillas y se han sentado á la derecha de la escena*).

Falk. Hablad, coronel.... comunicadnos esos datos que poseeis y que despues pondremos en conocimiento del consejo.

Koll. (*buscando palabras*). Hacia tiempo ya, señores, que yo sospechaba contra los miembros de la regencia la existencia de un complot, que varios indicios me hacian presumir, pero del cual no podia conseguir prueba ninguna positiva y determinante. Para conseguirlo, he procurado grangearme la confianza de algunos de sus gefes; me he quejado, he manifestado descontento, hasta he dejado traslucir que no estaba muy ageno de conspirar; mas, les he propuesto medios, los he animado....

Gel. Eso se llama sutileza....

Rant. (*Friamente*) Sí, se puede llamar así.... si se quiere.

Koll. á Falk. Mi industria consiguió el objeto que deseaba, porque esta mañana misma han venido á proponerme que entre en un complot que debe verificarse esta noche.... en la comida que dais á los ministros, vuestros cólegas.

Gel. Ola!

Koll. Los conjurados deben introducirse en el palacio,

con diversos disfraces, y penetrando en el comedor, apoderarse de cuanto encuentrea.

Falk. Es posible ?

Gel. Hasta de los que no son ministros.... que horror! (*á Rant.*) Y no os estremeceis ?

Rant. (*Friamente*) Todavia no. (*A Koll.*) Estais seguro, coronel, de lo que contais ?

Koll. Estoy seguro.... es decir.... estoy seguro de que me lo han propuesto.... y me apresuraba á preveniros.

Rant. (*ayudándole*) Bien.... pero no conoceis á los que os han hecho esas proposiciones.

Koll. Sí, por cierto.... Herman y Gustavo, los mismos que acaban de prender.... y que no dejarán de disculparse, y de acusarme.... pero.... felizmente.... tengo pruebas aqui; esta lista.... escrita.... y dictada por ellos.

Falk. (*arrebatándosela*) La lista de los conjurados .. (*la recorre*).

Rant. (*con compasion*) (*aparte*) He ahí. .. honrados conspiradores sin duda.... pobres gentes? Fiaos luego de canallas como este.... que al primer riesgo os venden para salvarse....

Falk. (*entregándole la lista*) Mirad.... qué decis ?

Rant. Digo que en todo eso no veo nada todavia de positivo.... Cualquiera puede hacer una lista de conjurados; eso no prueba que haya conspiracion Es preciso ademas un objeto ; un gefe.

Falk. Pero no veis que ese gefe.. es la reina-madre, es María Julia.

Rant. No hay nada que lo demuestre ; á no ser que el coronel.... (*con intencion*) tenga pruebas.... positivas.... personales....

Koll. No señor.

Rant. (*aparte*) No es poca fortuna ; esta es la primera vez que este imbecil me ha entendido !

Gel. Oh ! entonces el trance es muy delicado.

Rant. Sin duda ! (*Enseñando la lista*). Aquí hay personas distinguidas, gentes de alta categoría.... se les ha de condenar ciegamente, solo porque se les ha antojado á los señores Herman y Gustavo hacer una confianza al coronel Koller.... Confianza por otra parte muy bien colocada.... En fin el señor baron que está versado en las leyes, os dirá como yo que (*marcadamente*) donde no hay principio de egecucion, no hay reo.

Gel. Cierto !

Falk. (*se levanta y Rant. tambien*) Bueno.... pues dejemosles executar su complot.... que no se trasluzca nada, coronel, de la comunicacion que acabais de hacernos, no se altere nada en el orden de la comida; que se verifique por el contrario ; ténganse soldados ocultos en el palacio, cuyas puertas permanecerán abiertas....

Rant. (*aparte*) Gracias á Dios !.... que trabajo cuesta inspirarles ideas.

Falk. Y en cuanto se presente un conjurado, que se le deje entrar, y es nuestro. Su presencia sola en mi casa á semejantes horas y las armas que traiga serán pruebas irrecusables.

Rant. Enhorabuena!

Geler. Comprendo.... pero y si no viniesen?

Rant. Seria señal de que habian engañado al Coronel; no habria tal conjuracion ni tales conjurados.

Falk. Eso lo verémos. (*se dirige á la mesa de la izquierda, y escribe mientras Koller se separa y se mantiene en medio en el fondo*)

Rant. (*aparte*) Y no la habrá; prevengamos á la reina madre, para que se esten todos en su casa. Otra conspiracion abortada! (*mirando á Koll.*) él los vende y yo los salvo! (*alto*) Señores, os saludo.. me vuelvo á ver á Estruansé.

Falk. (*á Gel.*) Esta orden para el gobernador.... (*á Rant.*) Volveis, supongo?

Rant. Por supuesto; en el caso presente no puedo comer ya sino en vuestra casa; es lance de honor; voy únicamente á dar cuenta á su escelencia de la bella conducta del coronel Koller; porque al cabo, si no cogemos á esas gentes, no será culpa suya.. él ha hecho cuanto estaba de su parte, y se le debe un premio....

Falk. Y lo obtendrá.

Rant. (*con intencion*) ó no hay justicia en la tierra.. yo me encargo de eso.

Koll. (*inclinándose*) Señor Conde.... estoy agradecidísimo....

Rant. (*con desprecio*) Sí, tal vez debiérais estármelo.. pero os dispenso.... (*vase*)

Koll. (*aparte*) Maldito! nunca sabe uno si este hombre es amigo ó enemigo....(*Saludando*) Señores..

Gel. Os sigo, Coronel. (*Á Falk.*) Con que, esta orden al gobernador....y corro á contar á la Condesa lo que hemos decidido y lo que hemos hecho.

(*Vase con Koll. por el foro.*)

ESCENA VI.

FALKLEND *solo, riéndose con satisfaccion.*

Todas estas gentes son débiles, indecisas....y si uno no tuviera carácter y energía por todos ellos, si uno no los manejase.... ese conde de Rantzau sobre todo, que no ve delincuentes en ninguna parte, que no se atreve á condenar á nadie....vacilando siempre, sin resolucion,...ello sí, es un buen hombre, que nos cederá su puesto de buena gana en cuanto le necesitemos para mi yerno.... Oh! y esto no está lejos ya.

ESCENA VII.

CAROLINA, *saliendo por la izquierda,* FALKLEND.

Car. Bajais al salon, padre mio?

Falk. Sí, al momento.

Car. Bien; porque no tardarán en venir los convida-

dos, y me cuesta tanto trabajo hacer los honores de la casa, cuando me dejais sola.... hoy sobre todo, que no me siento buena.

Falk. Pues qué?

Car. La agitacion del dia, sin duda....

Falk. Si no es otra cosa, tranquilízate; te dispenso de bajar al salon, y aun de asistir á la comida.

Car. De veras?

Falk. Sí; vale mas; porque pudiera ocurrir algo... y las mugeres siempre se asustan y se desmayan...

Car. Qué quereis decir?

Falk. Nada; no hay necesidad de que sepas....

Car. No; hablad, hablad sin temor.... ah! ya entiendo.... esa comida tenia por objeto la celebracion de los esponsales que se diferirán.... que acaso no se verifiquen ya.... si es eso lo que temeis decirme....

Falk. (*con frialdad*). No por cierto; la boda se realizará.

Car. Dios mio!

Falk. (*con calma y mirándola*). No hay variacion ninguna, y á propósito, hija mia, dos palabras....

Car. (*bajando los ojos*). Ya escucho.

Falk. Los asuntos del estado no absorben de tal manera mis idéas que no pueda observar lo que pasa en mi casa; hace algun tiempo que he creido notar que un joven oscuro, un nadie, á quien mi bondad habia dado entrada en mi casa, se atreve á poner

los ojos.... (*Movimiento de Car.*). Lo sabiais, Carolina?

Car. Sí señor.

Falk. Le he despedido; y sean las que fueren sus habilidades, y su mérito personal, que os he oido ponderar demasiado..... Os declaro aquí formalmente, y ya sabeis si mis determinaciones son enérgicas, que aunque pendiese de ello mi vida, no consentiria jamas....

Car. Tranquilizaos, padre mio; sé muy bien que la idea sola de una boda desigual os haría desgraciado, y.... os lo prometo.... no seréis vos el desgraciado!!!

Falk. (*coge la mano de su hija y despues de un pausa*). Ese valor es el que yo necesito.... te dejo.... te disculparé en la mesa; diré que estás mala, y aun me temo que no mentiré; quedate en tu cuarto, y suceda esta noche lo que suceda, oigas lo que oigas, guardate de salir de él.. Adios (*Vase*).

ESCENA VIII.

CARORINA, *sola, rompiendo á llorar.*

¡Ah!.. se ha marchado.. por fin puedo llorar!.. pobre Eduardo.... tantos sacrificios, tanto amor! ¿este será su premio?....olvidarle! ¿y por quién? Dios mio! que injusta es la suerte! ¿por qué no le ha dado el nacimiento de que era digno! entonces hubiera yo podido amar libremente las virtud

que brillan en él ¡entonces todos hubieran aprobado mi eleccion.... y ahora es un delito pensar en él! pero este dia es mio todavia.... todavia no soy de nadie, soy libre.... y ya que no he de volverle á ver....

ESCENA IX.

CAROLINA, EDUARDO, *envuelto en una capa, entrando por la derecha precipitadamente.*

Eduar. Han perdido mi huella.

Car. Cielos!

Eduar. (*volviéndose*) Ah! Carolina!

Car. Qué os trae? de qué procede esta osadia? con qué derecho, caballero, os atreveis á penetrar hasta aquí?

Eduar. Perdon! Mil veces perdon!.... ahora mismo, en el momento, en que cubierto con esta capa, me introducia en el palacio, varios hombres que no parecen de la casa, se han arrojado sobre mí; me he podido soltar de sus manos, y conociendo mejor que ellos las entradas, he llegado á esta escalera, donde he dejado de oir sus pasos,

Car, Pero ¿con qué objeto os introducis de esta manera en la casa de mi padre? á qué ese misterio?.. esas armas? hablad; esplicaos.. lo exijo, lo mando!

Eduar. Mañana me marcho; el regimiento á que he sido destinado sale de Dinamarca.... He dirijido al Baron de Geler una esquela, que exigia una con-

testacion pronta, y como tardaba, he venido á buscarla en persona.

Car. Dios mio!.. un desafío!.. estoy segura.... delirais, Eduardo! os vais á perder!

Eduar. ¿Qué importa si consigo impedir vuestra boda? No tengo otro medio.

Car. Eduardo!.. si tengo sobre vos alguna influencia, no despireis mis ruegos; renunciaréis á ese proyecto; no insultaréis al baron, ni provocareis un escándalo, terrible para vos.. y para mí, caballero!.. sí; yo pongo en vuestras manos mi reputacion; tengo confianza en vuestro pundonor.... ¿Me equivocaré al creer....

Eduar. Ah! qué me pedis? exigis que os lo sacrifique todo.... hasta mi venganza.... y habréis de ser de otro, del mismo á quien quereis que perdone....

Car. No; os lo juro!

Eduar. Qué decis?

Car. Que si cedeis á mis súplicas, rehusaré esa boda; permaneceré libre; quiero serlo.... sí, os lo juro aquí.... no seré vuestra ni de Geler.

Eduar. Carolina!

Car. Ahora conoceis cuanto pasa en mi corazon; ya no nos volverémos á ver; vivirémos para siempre separados; pero al menos sabreis que no sois vos el único que padece y que ya que no puedo ser vuestra, no seré de nadie.

Eduar. (*con alegría*) Ah ! apenas puedo creerlo todavia.

Car. Ahora partid.... demasiado tiempo habeis estado ya aquí : no espongais los únicos bienes que me quedan, mi honor, mi reputacion ; no tengo otros y si hubiese de perderlos ó de verlos comprometidos.... antes quisiera morir !

Eduar. Y yo, primero perder cien vidas que esponeros á la mas leve sospecha ; nada temais, me alejo, (*abre la puerta por donde ha entrado*) Cielos ! hay soldados al pie de esta escalera.

Car. Soldados !

Eduar. (*señalando la puerta del foro*) Por aquí á lo menos....

Car. (*deteniéndole*) No.. no ois ruido ? (*escuchando*) Suben.. es la voz de mi padre.. varias personas le acompañan.. vienen todos.. Ah! si os encuentran aquí solo conmigo, soy perdida !

Eduar. Perdida ! oh ! no ! yo os respondo con mi vida. (*señalando á la puerta de la izquierda*) allí. (*se precipita dentro*).

Car. Cielos ! mi cuarto !

(*La puerta se cierra, Carolina oye subir por la puerta del foro, se abalanza á la mesa de la izquierda, coge un libro y se sienta*)

ESCENA X.

CAROLINA, GELER, FALKLEND, KOLLER, *algo en el fondo, con algunos soldados,* RANTZAU, *varios señores y damas, soldados que permanecen en el fondo por la parte de afuera.*

Falk. Esta es la única parte de la casa, que no se ha registrado.

Car. Dios mio ! qué hay ?

Gel. Un complot fraguado contra nosotros.

Falk. Y que yo hubiera querido ocultarte ; un hombre se ha introducido en la casa.

Gel. Las guardias emboscadas en el primer patio, dicen haber visto deslizarse tres.

Rant. Otros dicen siete !.... de suerte que pudiera muy bien no haber ninguno.

Falk. Por lo menos habia uno y estaba armado ; dígalo la pistola que ha dejado caer en el segundo patio al huir ; por otra parte si ha buscado asilo en este lado de la casa como yo creo, no ha podido penetrar en él sino por esa escalera, y es raro que no le hayas visto.

Car. (*con agitacion*). No, ciertamente : nada.

Falk. O á lo menos que no hayas oido.

Car. (*con la mayor turbacion*). Hace un momento, efectivamente, estaba yo leyendo y .. se me figuró que habia oido á alguien cruzar por esta pieza ; como quien va hacia el salon, y allí será sin duda, donde....

Gel. Imposible, nosotros venimos de allí, y si no hubiese soldados al pie de esa escalera, creeria yo que está todavia....

Falk. A ver, Koller. (*Haciendo seña á dos soldados que abren la puerta de la derecha y desaparecen con Koller.*)

Rant. (*aparte*) Algun torpe, alguno que no habrá recibido la contra-orden y que habrá acudido solo á la cita.

Koll. (*entrando*) Nadie!

Rant. (*aparte*) Tanto mejor!

Koll. No entiendo por qué rara casualidad han cambiado de plan.

Rant. (*aparte sonriéndose*) La casualidad! todos los necios creen en ella!

Falk. *á el, y á algunos soldados, señalando el cuarto de la izquierda*) No queda mas que este cuarto.

Car. El mio? Señor.

Falk. No importa, no importa: entrad.

(*Gel. y Koll. y algunos soldados se presentan en la puerta del cuarto, que se abre de repente, y aparece Eduardo.*

ESCENA XI.

CAROLINA, EDUARDO, GELER, KOLLER, FALKLEND Y RANTZAU.

Todos. (*viendo á Eduardo*) Cielos!

Car. Yo muero!

Eduar. Aquí estoy; yo soy el que buscais.

Falk. (*irritado*). Eduardo Burkenstaf en el cuarto de mi hija!

Gel. Tambien conjurado!

Eduar. (*mirando á Carol. que está próxima á desmayarse*) Sí, tambien conjurado! (*con energía avanzando hacia el medio de la escena*) Sí, conspiraba!

Todos. Es posible!

Koll. Y yo no lo sabía....

Rant. Tambien él....

Koll (*aparte*) Debe saberlo todo; si habla me compromete.

(*Entretanto Falk. ha hecho seña á Geler que se siente á la mesa de la izquierda y escriba. Se vuelve hacia Eduardo.*)

Falk. Dónde estan vuestros cómplices? quiénes son?

Eduar. No los tengo.

Koll. (*bajo á Eduar.*) Bravo! (*Se aleja rápidamente.*)

(*Eduardo le mira con asombro y se acerca á Rantzau*)

Rant. (*aparte, haciendo un gesto de aprobacion á Eduardo.*) No es un vil este.

Falk. (*á Gel.*) Habeis escrito? (*volviéndose á Eduardo.*) Sin cómplices? eh?.... es imposible; los alborotos de que vuestro padre ha sido hoy causa, ó pretesto, las armas que traeis, prueban un proyecto de que ya teniamos conocimiento; queriais atentar á la libertad de los ministros, á su vida tal vez, y semejante proyecto, vos solo no podiais llevarle á cabo.

Eduar. Nada tengo que responder, y de mí no sabreis nunca otra cosa, sino que conspiraba contra vos!

queria quebrantar el yugo vergonzoso que oprime al Rey y á Dinamarca; sí, existen entre vosotros gentes indignas del poder, y cobardes, á quienes he desafiado en valde.

Gel. Sobre eso, daré esplicaciones al consejo.

Falk. Silencio, Geler! puesto que el Sr. Burkenstaf confiesa que estaba metido en una conspiracion....

Eduar. (*con energía*). Sí!

Car. (*á Falk.*) Os engaña; es falso.

Eduar. Señorita, perdonad; debo decir lo que digo; tengo á mucha honra el poderlo confesar en alta voz, (*con intencion y mirandola*) y dar así al partido á quien sirvo esta última prueba de adhesion.

Koll. (*bajo á* Rant.) Es hombre perdido y su partido tambien.

Rant. (*aparte y solo á la derecha del espectador*) Todavia no; esta es ocasion de soltar á Burkenstaf; ahora que se trata de su hijo fuerza será que se presente de nuevo; y esta vez verémos....

(*Se vuelve hacia Falk. y Gel. que se han acercado á el*).

Falk, (*dando á* Rant. *el papel que le ha entregado* Geler *y dirigiéndose á Eduardo*) ¿ Es esta vuestra última declaracion?

Eduar. Sí, he conspirado; sí, estoy pronto á firmarlo con mi sangre: no sabréis una palabra mas.

(Gel., *Falk. y Rant. parecen deliberar. Entretanto Car. dice á Eduar. en voz baja*).

Car. Os perdeis! os cuesta la vida.

Eduar. (*id.*) Qué importa ? no quedaréis comprometida; os lo habia jurado.

Falk. (*dejando de hablar con sus cólegas y dirigiéndose á Koller y á los soldados que estan detras de él lés dice señalando á Eduardo*). Prendedle.

Eduar. Vamos.

Rant. (*aparte*) Pobre mozo! (*Tomando un polvo*) Esto va bien!

(*Los soldados se llevan á Eduardo por el foro: cae el telon*).

ACTO CUARTO.

Habitacion de la reina madre en el palacio de Cristiamborg. Dos puertas laterales. Puerta secreta á la izquierda. A la derecha un velador cubierto con un rico tapete.

ESCENA PRIMERA.

LA REINA, *sola á la derecha sentada junto al velador.*

Nadie! nadie todavia! mi inquietud se aumenta por momentos; no entiendo este billete anónimo (*leyendo*) " A pesar de la contra-orden que habeis " dado, uno de los conjurados fue preso ayer noche " en el palacio de Falklend. Es el joven Eduardo " Burkenstaf. Haced por ver á su padre y ponedle " en movimiento! no hay tiempo que perder." Eduardo Burkenstaf preso como conspirador! Con

que era de los nuestros ! ¿ Entonces por qué Koller no me ha prevenido ? No le he visto desde ayer; no sé que es de él. Con tal que no esté tambien comprometido; es el único amigo con quien puedo contar; acabo de ver al rey; le he hablado; tenia confianza en él; pero su cabeza está mas débil que nunca; es todo lo mas si me ha conocido y me ha comprendido.... y si ese joven, intimidado por las amenazas, nombra á los gefes de la conspiracion, si me vende.... mas no; es pundonoroso; tiene valor. Pero y su padre.... su padre que no viene y que es mi única esperanza. Le he enviado á decir que me traiga las telas que le he encargado; y ha debido comprenderme; en el dia nuestra suerte y nuestros intereses son los mismos ! de nuestra armonía depende el exito.

Un Ugier de la cámara (*entrando*) El señor Berton Burkenstaf quiere presentar unas telas á V. M.

Reina. (*con viveza*) Que entre; que entre.

ESCENA II.

LA REINA, BERTON, MARTA (*con telas debajo del brazo*) EL UGIER, *que permanece en el fondo.*

Bert. Ya ves, muger; no nos han hecho hacer antesala un solo instante.

Reina. Venid; os esperaba.

Bert. V. M. es demasiado amable ! Me habeis hecho llamar á mí; pero yo me he tomado la libertad de

tracr á mi muger para que vea el palacio y sobre todo el favor con que me honra V. M.

Reina. Poco importa si es de fiar. (*Al Ugier*). dejadnos. (*Vase*).

Mart. Aqui tiene V M....

Reina. No se trata de eso? Sabeis lo que pasa?

Bert. No Señora; no he salido de mi casa. Por una casualidad que no hemos podido comprender estaba encerrado.

Mart. Y lo estaria todavia, á no ser por un aviso secreto que he recibido.

Reina. (*con viveza*). No importa.... Os he llamado, Burkenstaf, porque necesito vuestros consejos y vuestro ausilio.

Bert. Es posible! (*A Marta*). Ya lo oyes.

Reina. Esta es la ocasion de emplear vuestro influjo, de presentaros por fin.

Bert. V. M. cree....

Mart. Yo creo que es la ocasion de estarse quieto.... perdone V. M..... pero demasiado ha dado ya que decir.

Bert. Callarás? (*La Reina le hace señas que se modere y vá á mirar por el foro si los escuchan. Entretanto Berton prosigue á media voz, dirigiéndose á su muger).* Eso es perjudicar mis ascensos, cortarme la suerte!

Mart. (*á media voz á su marido*) Linda suerte! rotos nuestros muebles, nuestros géneros saqueados, seis horas de carcel en un sótano!!

Bert. (*Fuera de sí*) Marta! Pido mil perdones á

hubiera guardado muy bien de traerla. (*alto*) ¿ Qué exigis de mi ?

Reina. Que unais vuestros esfuerzos á los mios para salvar nuestro pais oprimido, y devolverle la libertad.

Bert. Señora, todo el mundo me conoce; no hay cosa que yo no haga por la patria y por la libertad.

Mart. Y por ser nombrado burgo-maestre ; porque esto es lo que deseas ahora.

Bert. Lo que deseo es que calles ó sino....

Reina. Silencio.

Bert. (*á media voz*) Hablad, Señora ; hablad.

Reina. Koller, uno de los nuestros os habia instruido ya de nuestros proyectos de ayer.

Bert. No Señora.

Reina. Es posible ? eso me asombra....

Bert. (*con impaciencia*) Y á mi.... por que al fin, si el Sr. Koller es uno de los nuestros, me parece que yo era el primero con quien se debia contar.

Reina. Sobre todo despues de la prision de vuestro hijo.

Mart. (*dando un grito*). Preso, decis, mi hijo preso !

Bert. Se han atrevido á prender á mi hijo !

Reina. Qué ? no lo sabeis ?.... está acusado de conspiracion Su vida está en peligro ; por eso os hé llamado.

Mart. (*corriendo hacia ella*) Ah ! eso es distinto ; si yo hubiera sabido. .... perdonadme, Señora.... perdonadme.... (*llorando*) mi hijo.... hijo mio !

(*á Berton con calor*) la Reina dice bien ; es preciso salvarle.

Bert. Sí ; es preciso sublevar el barrio ; alborotar toda la ciudad.

Mart. Y te estas ahí ? no estas ya en medio de nuestros amigos, de nuestros vecinos, de nuestros dependientes para provocarlos como ayer á la rebelion

Reina. Eso es todo lo que os pido.

Bert. Entiendo ; entiendo ; pero es preciso deliberar....

Mart. Es preciso tomar las armas y correr á palacio.. que me vuelvan mi hijo (*siguiendo á su marido que retrocede algunos pasos hacia la derecha*) no eres hombre si sufres este ultrage, si tú y los habitantes de esta ciudad tolerais que arrebaten un hijo á su madre, que le sepulten sin razon en un calabozo, que derriben su cabeza ; es interes de todos.... es la causa del pais y de su libertad.

Bert. Ola ! la libertad.... tú tambien....

Mart. (*Fuera de sí*) Sí, la libertad de mi hijo ; poco me importa lo demas: yo no veo mas que esa ; pero esa la lograrémos.

Reina. En vuestras manos la teneis ; yo os ayudaré con todo mi poder y todos los adictos á mi causa ; pero moveos... moveos por vuestra parte para derribar á Estruansé.

Mart. Sí señora y para salvar á mi hijo : contad con nuestra adhesion.

Reina. Tenedme al corriente de cuanto hagais y de los

progresos de la sedicion (*señalando la puerta de la izquierda*) Por esa escalera secreta que dá á los jardines podeis estar en comunicacion conmigo y recibir mis órdenes.... alguien viene; partid.

Bert. Bien está; bien.... pero si ademas me dijeseis lo que es preciso....

Mar. (*arrastrándole*) Es preciso seguirme.. mi hijo nos espera.... ven.... ven pronto (*á la reina*) pierda cuidado V. M.; yo os respondo de él y de la rebelion. (*sale llevándose á su marido por la puerta de la izquierda; al mismo tiempo aparece en el foro el Ugier*).

Reina. Qué hay? qué quereis?

Ugi. Dos ministros vienen en nombre del Consejo á hacer á V. M. una comunicacion importante.

Reina. (*aparte*) Cielos! que será? (*alto*) que entren (*se sienta*).

ESCENA III.

EL CONDE DE RANZAU, FALKLEND, LA REINA.

Falk. Señora; de ayer acá la tranquilidad de Copenhague se ha visto seriamente comprometida: varias veces se han manifestado grupos y se han proferido gritos sediciosos en distintos puntos; y ayer por último se ha tratado de llevar á cabo en mi misma casa un complot cuyos gefes se ignoran, pero acerca de los cuales tenemos sospechas....

Reina. Creo en efecto, Señor Conde, que os sea mas facil tener sospechas que pruebas.

Rant. (*con intencion y mirando á la reina*). Verdad es que Eduardo Burkenstaf se obstina en callar.. pero.... . . .

Falk. Obstinacion ó generosidad que le costará la vida. Entre tanto para ahogar en su orígen esas sediciones, cuyos corifeos no quedarán impunes mucho tiempo, venimos en nombre del gobierno á intimaros la orden de no salir de este palacio.

R*eina.* A mi? y con qué derecho?

Falk. Con un derecho que no teniamos ayer y que hoy nos abrogamos. Una conspiracion descubierta le dá fuerza á un gobierno. Estruansé, que vacilaba todavia, se ha decidido por fin á adoptar las medidas enérgicas propuestas por mí: el que dá pronto, dá dos veces. Y por consiguiente no se juzgarán ya los delitos de estado por los tribunales ordinarios, sino por el Consejo de Regencia, único Tribunal competente: allí se está decidiendo ahora la suerte de Eduardo Burkenstaf, entre tanto que hacemos comparecer reos de mas alta categoria.

eina. Señor Conde.

ESCENA IV.

RANTZAU, GELER, FALKLEND, LA REINA. (G*eler entra por el fondo con varios papeles en la mano, saluda á la Reina y se dirige á Falklend sin ver á* Rantzau *que está detras de él.*

Gel. Aquí está el decreto del consejo que acabo de

espedir en calidad de secretario, y al cual solo faltan dos firmas.

Falk. Bien.

Gel. (*con aturdimiento y enseñando otros papeles*) Aquí está tambien, segun me habeis encargado, el proyecto de decreto para la exhoneracion de.....

Falk. (*En voz baja señalando á Rantzau*) Silencio!

Gel. (*aparte*). Es verdad; no le habia visto (*mirando á Rantzau cuya fisionomía ha permanecido impasible*). No lo ha oido; ni se le pasa por la imaginacion.

Falk. (R*ecorriendo los papeles*). La sentencia de Eduardo Burkenstaf (*leyendo*). Condenado!

R*eina.* Condenado!

Falk. Sí Señora, é igual suerte espera en lo sucesivo á cualquiera que se atreva á imitarle.

Gel. He encontrado tambien una diputacion de magistrados y consejeros del tribunal supremo; quejosos de que el Consejo de regencia entienda en la causa de Eduardo Burkenstaf, en perjuicio, segun dicen, de sus atribuciones, venian á representar al Rey, y cuentan para este paso con V. M.

Falk. Ya lo veis, Señora; todos los descontentos hacen causa comun con vos.

R*eina.* Y gracias á vuestro cuidado mi corte se aumenta diariamente.

Falk. (*á la* R*eina*). No quiero negar á V. M. el placer de esta entrevista. (*Á Geler*). Decid que entren; les darémos audiencia en vuestra presencia.

ESCENA V.

RANTZAU, EL PRESIDENTE, CUATRO CONSEGEROS, GELLER, FALKLEND, CERCA DE LA REINA.

Falk. Señores, sé el motivo que os trae; nos hemos visto precisados á alterar el curso natural de la justicia, bien á nuestro pesar, para evitar, por medio de un castigo rápido, escenas semejantes á las pasadas.

Pres. (*con voz firme*). Perdonad, Señor; cuando el estado está en peligro, cuando el orden público está amenazado, se debe pedir á la justicia y á las leyes un apoyo contra la rebelion, y no apoyarse en la rebelion para derribar la justicia.

Falk. (*con altanería*). Cualquiera que sea vuestra opinion en el particular, debo recordaros, Señores, que estamos en un pais donde nadie puede usar semejante lenguage con el gobierno; os aconsejo que empleeis vuestro ascendiente sobre el pueblo en exhortarle á la sumision; de otra suerte que no culpe á nadie de las desgracias que pudieren sobrevenir. Esta noche han entrado tropas en la capital; la guardia del palacio está confiada al coronel Koller, quien tiene orden de repeler la fuerza con la fuerza; y para probar á todos que nada puede intimidarnos Eduardo Burkenstaf, hijo de ese comerciante rebelde á quien habiamos perdonado, Eduardo Burkenstaf, convencido por su propia confesion de conspirador contra el consejo de regencia, acaba de ser condenado á muerte, y su sentencia es lo que firmo. (*A

Rantzau). Conde de Rantzau solo falta vuestra firma.

Rant. (*friamente*). No la daré.

Todos. Cómo?

Falk. Por qué?

Rant. Porque la sentencia me parece injusta, así como la determinacion de quitarle al tribunal supremo las atribuciones que de derecho le corresponden.

Falk. Señor Conde!

R*ant*. Esa es al menos mi opinion; desapruebo todas esas medidas.... estan en contradicion con mi conciencia, y no firmaré.

Falk. Pero eso debierais haberlo dicho en el Consejo.

R*ant*. En todas partes se debe protestar contra la injusticia.

G*el*. En esos casos, señor Conde, da uno su dimision.

R*ant*. Ayer me era imposible; estabais en peligro; hoy sois poderosos, nada se os opone; puedo retirarme sin bajeza, y en cuanto á esa dimision que el caballero Geler parece desear con tanta impaciencia..

Falk. Daré cuenta á la regencia, que la admitirá.

G*el*. La aceptarémos.

Falk. Señores, me parece que me habréis entendido.. podeis retiraros..

El Presidente (*á* R*ant*.) No esperábamos menos de vos, señor Conde; os damos las gracias en nombre de la Patria.

(*Váse con los consejeros*.)

Falk. Voy á dar cuenta á Estruansé de una conducta tan inesperada.

Rant. Pero tan de vuestro gusto.

Falk. (*saliendo*) Venís conmigo, Geler?

Gel. Ahora mismo. (*Acercándose á* Rant. *con aire bufon.*) Quisiera antes....

Rant. Darme las gracias?.... No hay de qué.... ya sois ministro.

Gel. De todos modos lo hubiera sido. (*enseñándole los papeles que conserva en la mano.*) Habia tomado mis medidas.... (*restregándose las manos*) No os dije que os derribaría?

Rant. (*sonriéndose*) Cierto. Sr. Baron, no quiero entreteneros; daos prisa, ministro de un dia!

Gel. (*sonriéndose*) Ministro de un dia?

Rant. Quién sabe?.... puede ser que dure menos todavia. Por lo mismo sentiría mucho robaros un solo instante de poder. Los minutos son preciosos.

Gel. Sea! (*aparte*) Magnífico! ya estan todos aterrados y confundidos. (*Saluda á la reina y vase*).

ESCENA VI.

LA REINA, *asombrada*, RANTZAU.

Rant. (*aparte*) Ah! Ah! mis amados cólegas estaban decididos á destituirme; los he ganado por la mano y ahora verémos.

Reina. No vuelvo en mí de mi asombro. Vos, Rantzau, dar vuestra dimision!

Rant. Por qué no? Hay momentos en que un hombre de honor debe dar la cara.

Reina. Pero os perdeis.

Rant. No Señora; es gran cosa una dimision oportuna (*aparte*) es un anzuelo. (*alto*) Por otra parte, si he de confesaros mi debilidad, yo, hombre de estado, que me creía al abrigo de toda sensacion, me siento inclinado á ese pobre Eduardo; me ha indignado la conducta que con él han observado.... y sobre todo sus procederes para con V. M. han acabado de decidirme.

Reina. Atreverse á arrestarme en palacio !

Rant. Si no fuese mas que eso....

Reina. Cómo? tienen otros proyectos? los sabeis?

Rant. Sí Señora; y ahora que ya no soy miembro del Consejo, mi amistad puede revelároslos. Eduardo no es el único preso. Otros dos agentes subalternos.. Herman y Gustavo....

Reina. Dios mio!.... han descubierto.... ese pobre Koller estará comprometido !

Rant. No señora, ese pobre Koller es el primero que os ha abandonado, que os ha vendido.

Reinà. No es pssible !

Rant. La prueba.... es que tiene ahora mas favor que nunca.... que le han confiado la guardia de palacio: y cuando yo os decia ayer: no os fieis de él que os venderá....

Reina. De quién podrá uno fiarse, Dios mio?

Rant. De nadie!.... algun dia adquiriréis esa triste esperiencia. Con pretesto de la causa que ahora fingirán formaros para cubrir las apariencias, estan resueltos á encerraros en un castillo para toda vuestra

vida. Esta noche misma deben llevaros, y el encargado de ejecutar esa orden.... qué digo? el que lo ha solicitado.... es Koller.

Reina. Que horror!

Rant. Debe venir aquí al anochecer.

Reina. Koller!....semejante ingratitud.... y sabeis que tengo medios de perderle, que tengo cartas suyas....

Rant. (*sonriéndose*) Sí, eh! ahora comprendo por qué tenia tanto interes en encargarse de vuestro arresto; queria sorprender vuestros papeles y no remitir al Consejo, sino los que le pareciesen convenientes.

Reina. (*que ha abierto un mueble y cogido unas cartas que presenta á* Rantzau) Tomad.... tomad.... si sucumbo, tenga al menos el consuelo de derribar su cabeza.

Rant (*cogiendo con viveza las cartas y metiéndolas en la faltriquera*) ¿Y qué hariais, Señora, con la cabeza de Koller? Aquí no se trata de vengarse, sino de triunfar.

Reina. Triunfar? y cómo? Todos mis amigos me abandonan, escepto uno solo, una mano desconocida, tal vez la vuestra, que me ha aconsejado que me entienda con Berton Burkenstaf.

Rant. Yo! Señora?

Reina (*con viveza*). En fin, creeis que logre sublevar al pueblo?

Rant. El solo, no Señora.

Reina. Pues ayer bien lo consiguió,

Rant. Por eso mismo no lo podrá hacer hoy; la autoridad está prevenida; está en guardia; ha tomado sus medidas; por otra parte ese Berton es incapaz de obrar por sí solo; es un instrumento; una máquina, una palanca; dirigida por un brazo habil y poderoso, puede haceros grandes servicios, pero siempre que el mismo ignore para quien y como... si raciocina, si se mete á comprender, ya no sirve para nada.

Reina. Qué puedo hacer entonces ?.... Rodeada de enemigos y de lazos, sin auxilios, sin apoyo, amenazada mi libertad y acaso mi vida, es fuerza resignarme con mi suerte y saber morir.... La Condesa triunfa.... y mi causa es una causa perdida....!

Rant. (friamente). Os equivocais; nunca ha estado mas ganada.

Reina. Qué decis ?

Rant. Ayer nada se podia hacer, porque no teniais de vuestra parte mas que un puñado de intrigantes y conspirabais sin objeto y á la buena ventura. Hoy teneis en vuestro favor la opinion pública, los magistrados, todo el pais, á quien se insulta, se ultraja y se pretende tiranizar, quitándole sus derechos. Vos la defendeis y él defiende los vuestros. Nuestro rey Cristiano se vé despojado de su autoridad, vos y Eduardo Burkenstaf estais condenados contra toda ley; el pueblo se pronuncia siempre por los oprimidos: vos lo sois en este momento .... á Dios gra-

cias; es una ventaja, de que es preciso aprovecharse.

R*eina*. Pero de qué manera? el pueblo no puede ayudarme.

Rant. No hagais cuentas con él; pero vivid segura en todo evento de tenerle por aliado.

R*eina*. Y si mañana Estruansé me ha de prender ¿cómo impedírselo?

R*ant*. *(sonriéndose)* Prendiéndole á él esta noche.

R*eina*. *(asombrada)* Os atreveriais....

R*ant*. (*Friamente*) no se trata aqui de mí.... sino de V. M.

R*eina*. Que quereis decir?

R*ant*. En primer lugar.... estais bien persuadida, como lo estoy yo de que en las circunstancias presentes no os queda mas esperanza, ni otra alternativa que la regencia ó una prision perpetua?

Reina. Lo creo firmemente,

R*ant*. Con semejante certeza todo se puede intentar; lo que en otro caso seria temeridad, viene á ser en este prudencia. (*con calma y señalando la puerta de la izquierda*) ¿Esa puerta no dá al cuarto del rey?

R*eina*. Sí, acabo de verle.... está solo, abandonado de todos.... en el estado casi de la infancia.

R*ant*. Entonces y puesto que podeis todavia entenderos con él, fácil os seria obtener....

R*eina*. Quién lo duda?.. pero para qué? de qué servirá la orden de un rey sin poder?

Rant. (*á media voz pero con energía*) Consigámosla, y despues se verá.

Reina. Y vos despues os moveréis....?

Rant. Yo no.

Reina. ¿Quién, pues?

Rant. (*deteniéndose*) Llaman.

Reina. (*á media voz*) Quién?

Bert. (*de fuera*) Yo, Berton de Burkenstaf.

Rant. (*á media voz*) Perfectameute.... ese es el hombre que necesitais para ejecutar vuestras órdenes, él y Koller.

Reina. Koller?

Rant. No es necesario que me vea; hacedle esperar aquí un momento y venid á buscarme.

Reina. A dónde?

Rant. (*á media voz*) Allí!

Reina. A la antecámara del rey! (*Rantzau sale*).

ESCENA VII.

BERTON, LA REINA

Bert. (*entrando misteriosamente*) Soy yo, Señora, que no tengo nada todavia que participar á V. M. y que vengo por lo mismo á consultar.....

Reina. (*con viveza*) Bien! Bien! el cielo os envia.. Esperad aqui y no salgais.... esperad las órdenes que voy á daros y que deberéis egecutar inmediatamente.

Bert. (*inclinándose*) Sí, señora....

(*La reina se entra por la izquierda*)

ESCENA VIII.

BERTON, *solo.*

No vendrá mal esto.... sabré al menos lo que debo hacer.... porque todo pesa sobre mí y no sé á que atenerme.... Nuestro amo ¿dónde hemos de ir?.. nuestro amo ¿qué hemos de decir? nuestro amo ¿qué hemos de hacer?.... ¡Qué diablos sé yo! les respondo siempre.... esperad.... no se pierde nada en esperar.... pueden ocurrir ideas.... al paso que si uno se precipita....

ESCENA IX.

JUAN, BERTON, MARTA.

Bert. (*á Juan y Marta que entran por la puerta de la izquierda*) Qué hay?

Juan. (*tristemente*) Esto va mal.... todo está tranquilo!

Mart. Las calles estan desiertas, las tiendas cerradas, por mas que los artesanos que hemos puesto en movimiento han gritado *viva* Burkenstaf! nadie ha respondido!....

Bert. Nadie.... esto es inconcevible!.... vea V.! unas gentes que me adoraban ayer. : que me llevaban en triunfo.... y hoy permanecen en sus casas.

Juan. Y como diablos han de salir? Hay soldados y patrullas en todas las calles.

Bert. De veras?

Juan. Las puertas de nuestros talleres estan custodiadas por piquetes de caballería.

Bert. Dios mio!

Mart. Y los primeros artesanos que han tratado de levantar cabeza han sido presos al momento.

Bert. (*espantado*) Eso es otra cosa. Oidme.... yo no sabia nada de eso. Yo le diré á la reina madre: Señora, lo siento mucho; pero nadie está obligado á hacer imposibles y me parece que lo mejor que podemos hacer es volvernos á nuestras casas.

Mar. Ni aun eso podemos ya; nuestra casa está allanada; varios piquetes se han acuartelado en ella: todo lo han saqueado y si en este momento te presentases, hay orden de prenderte y acaso....

Bert. Pero eso es espantoso.... es una arbitrariedad.... Una.... y donde nos escondemos ahora?

Mart. Escondernos? Cuando mi hijo está en peligro, cuando dicen que acaban de condenarle?

Bert. Es posible?

Mart. Tú lo has querido; tu nos ha metido en esto; á ti te toca ver como nos sacas; es preciso moverse, hacer algo....

Bert, Eso quisiera yo.... pero cómo?

Juan. Los trabajadores del puerto, los marineros noruegos estan libres; esos no temen á nadie y en dándoles oro....

Mart. Dices bien...oro, oro..todo el que tenemos.. tenemos oro todavia; lo hemos podido salvar. Cuanto tenemos.

Bert. Pero advierte....

Mar. Dudas todavia?

Bert. No; no dudo precisamente; no digo que no; pero.... no digo tampoco que sí.

Juan. Entonces que decis, nuestro amo?

Bert. Digo que es preciso esperar.

Mart. Esperar!.... ¿y quien os impide tomar un partido?

Juan. Sois el gefe del pueblo.

Bert. (*encolerizado*) Pues ya se vé! voto vá! Soy el gefe del pueblo y nadie me dice una palabra.. no se me comunica una orden.. esto es inconcebible!

ESCENA. X.

Dichos, el UGIER.

El Ugier. (*dando á Bert. un pliego*). Al señor Berton Burkenstaf, de parte de la Reina,

Bert. De la reina! Ah! Qué fortuna! (*al Ugier que se vá*) gracias, amigo.... he aqui lo que esperaba para poner esto en movimiento.

Mart. y Juan. Qué es?

Bert. Silencio! no os lo decia; pero estaba así concertado con la reina; teniamos acá nuestro plan.

Mart. Eso es otra cosa.

Bert. Veamos.... en primer lugar.... (*leyendo aparte*) "Mi querido Berton—¡Bravo!—Os confio como á gefe del pueblo, esta orden del rey.."—Del rey? es posible?—"Vos mismo os encargaréis

de que quede entregada"—Por supuesto! Vaya!—"Hecho lo cual y sin entrar en ningun detalle ni aclaracion, os retiraréis, saldreis de palacio y os mantendreis oculto."—Se hará todo exactamente.—Y mañana al amanecer, si veis ondear el pabellon real sobre las torres de Cristiamborg, recorred la ciudad acompañado de los amigos de que podais disponer, gritando: ¡Viva el Rey!"—Ya está todo dicho.—"Romped en el acto este billete." (*rompiéndole*) Yá está hecho.

Mart. y Juan Y bien? qué hay?

Bert. Silencio, muger, silencio! los secretos de estado no os importan; basteos saber por ahora que sé lo que tengo que hacer.... A ver.. veamos.. (*cogiendo el pliego cerrado*) "A Berton Burkenstaf para entregar al general Koller."

Mart. Koller!

Bert. Quién diablos es este?.. Ah! ya sé.. uno de los nuestros de quien nos hablaba la reina esta mañana.... no te acuerdas?

Mar. Es verdad.

Bert. Pronto lo recibirá. Por lo que á nosotros toca, debemos salir de aquí con el mayor secreto y mantenernos escondidos toda la noche....

Mar. Qué dices?

Bert. Silencio, he dicho; es nuestro plan (*á Juan*) Tú, esta noche, reunirás á los marineros noruegos de que nos hablabas; les darás oro, mucho oro; luego me lo pagarán.... en honores y dignidades,...

al amanecer vendréis todos á reuniros conmigo, y entonces....

Mart. ¿ Se salvará de esa manera á nuestro hijo ?

Bert. ¡ Brava pregunta !.... Sí, muger, sí; de esa manera se salvará.... y yo seré consejero, tendré un gran destino.... gordo, gordo.... y Juan tambien.... otro mas pequeño.

Juan. Cuál ? á ver....

Bert. Por el pronto yo te prometo algo.. Pero estamos perdiendo un tiempo precioso, y tengo tantas cosas en la cabeza ! Cuando uno tiene que hacerlo todo.... no sabe uno por donde empezar.... Ah ! lo primero es esta carta para el Sr. Koller.. Venid conmigo ; seguidme.

ESCENA XI.

JUAN, MARTA, BERTON, KOLLER.

Koll. (*viendo á Berton*) Qué veo ? qué haceis aquí? quién sois ?

Bert. Que os importa ? estoy en la cámara de la reina, y estoy en ella de orden suya. ¿ Y vos quién sois para interrogarme ?

Koll. El coronel Koller.

Bert. ¡ Koller !.. Qué fortuna ! Y yo, soy Berton Burkenstaf, gefe del pueblo.

Koll ¿ Y os atreveis á poner los pies en este palacio, despues de dada la orden de vuestra prision ?

Mart. ¡ Cielos !

Bert. Muger, no tengas cuidado (*á Koll. á media voz*)

Sé que con vos estoy seguro; somos de la misma camada.., nos entendemos... sois de los nuestros.

Koll. (*con desprecio*) ¡Yo!

Bert. (*á media voz*) He aqui la prueba: un pliego que tengo encargo de entregaros de parte del rey.

Koll. Del rey!.... es posible?.... que significa esto? (*recorre la carta*) Cielos! esta orden..!

Bert. (*á su muger*) Qué tal? Le ha hecho efecto?

Koll. Cristiano!.. es de su puño.. indudablemente.. su firma.... ¿Podreis esplicarme, caballero, por que casualidad....

Bert. (*gravemente*) No entraré en ningun detalle ni aclaracion; es la orden del rey; ya sabeis lo que teneis que hacer.... y yo tambien.... me voy.

Mart. (*deteniéndole*) Berton, pero.... qué dice ese papel?

Bert. No te importa; no puedes saberlo. (*á su muger y á Juan*). Vamos.

Juan. Tendré un destino.... oh! y bueno!.... de lo contrario.... os sigo, nuestro amo.

(*Vanse por la izquierda, escalera secreta*).

ESCENA XII.

RANTZAU, *entra por la izquierda*, KOLLER, *en pie pensativo con la carta en la mano*.

Koll. Dios mio! El conde Rantzau!

Rant. Parece que el Señor coronel está muy meditabundo.

Koll. (*llegando á él*) Vuestra presencia, Señor conde,

me colma ahora mas que nunca de placer, y podeis asegurar al consejo de regencia....

Rant. No soy del consejo ya; he dado mi dimision.

Koll. (*asombrado y aparte*) Su dimision!.. es decir que el otro partido va de capa caida! (*alto*) Tanto me sorprende eso como la orden que acabo de recibir.

Rant. Una orden?.... y de quién?

Koll. (*á media voz*) Del rey.

Rant. No es posible.

Koll. Precisamente en el momento, en que cumpliendo con la orden del consejo, venia á prender á la reina madre, el rey que tanto tiempo ha no se metia en asuntos de gobierno, ni en negocios de estado, el rey que habia depositado al parecer toda su autoridad en el primer ministro, me manda, á mí, Koller, su fiel vasallo, que prenda esta noche misma á Estruansé y á su muger.

Rant. (*friamente examinando el papel*) Es la firma de nuestro único y legítimo soberano, Cristiano 7.° rey de Dinamarca,

Koll. Y qué os parece?

Rant. ¿Eso iba yo á preguntaros: porque al fin la orden no se dirige á mí, sino á vos.

Koll. (*inquieto*) Cierto; pero en la alternativa de haber de obedecer al rey ó al consejo de regencia, ¿qué hariais vos en mi lugar?

Rant. Que haria yo?.... En primer lugar no pediria consejos á nadie.

Koll. Obrariais ; pero en qué sentido ?

Rant. (*friamente*) Eso es cuenta vuestra. Como vuestro interés es el que os guia constantemente, meditadlo, calculadlo todo y ved cual de los dos partidos os ofrece mas ventajas....

Koll. Señor Conde.

Rant. Créo que es eso lo que me preguntais, y yo empezaria por aconsejaros que leyeseis con detencion el sobre de esa carta ; dice, si no me engaño : " al general Koller."

Koll. (*aparte*) Al general ! ese título que tantas veces me han negado. (*alto*) Yo, general !

Rant. (*con dignidad*) Nada mas justo ; un rey premia á los que le sirven, asi como castiga á los que le desobedecen,

Koll. (*lentamente y mirándole*). Para premiar y castigar, es preciso tener poder ¿ lo tiene ?

Rant. (*en el mismo tono*). Quién os ha entregado esa orden ?

Koll. Bertou Burkenstaf, que se llama gefe del pueblo.

Rant. Eso podria probar que existe en el pueblo un partido dispuesto á pronunciarse y con el cual podriais contar.

Koll. (*vivamente*) Vuecencia puede asegurármelo ?

Rant. (*friamente*). Nada tengo que deciros ; vos no sois amigo mio. Yo no lo soy vuestro ; no tengo necesidad de trabajar para vuestro engrandecimiento.

Koll. Entiendo.... (*despues de una pausa y acercándose á Rantzau*). Como fiel vasallo, quisiera obedecer las ordenes del Rey.... en primer lugar es mi deber; pero ¿y los medios de egecucion....

Rant. (*Lentamente*). Facilísimos....la guardia del Palacio os está confiada; disponeis vos solo de los soldados....

Koll. (*Vacilando*). Sí; pero ¿y si sale mal....

Rant. Y bien? qué puede suceder?

Koll. Nada; que mañana Estruansé me haga ahorcar ó fusilar.

Rant. (*Volviéndose, con firmeza*). ¡Eso es lo que os detiene?

Koll. (*Id*). Eso.

Rant. (*Id*). No teneis ningun otro reparo?

Koll. Ninguno.

Rant. En ese caso, tranquilizaos; de todos modos eso no puede dejar de sucederos.

Koll. Que quereis decir?

Rant. Que si mañana Estruansé es poderoso todavia, os hará prender y condenar en veinte y cuatro horas.

Koll. Con qué pretesto? Por que delito?

Rant. (*Enseñándole cartas que vuelve á guardar inmediatamente*). ¿No bastan estas cartas escritas por vos á la Reina madre, estas cartas que encierran la primera idea del complot que debe estallar hoy, y en las cuales verá Estruansé que ayer mismo en el acto de servirle le vendiais?

Koll. Señor Conde, quereis perderme!

Rant. No por cierto; de vos pende que estas pruebas de vuestra traicion se conviertan en pruebas de fidelidad.

Koll. De qué manera?

Rant. Obedeciendo á vuestro soberano.

Koll. (*Furioso*). Pero, en fin, estais por el Rey? Obrais en su nombre?

Rant. (*Con altanería*). No tengo que daros cuenta de mis acciones; no me hallo en vuestro poder y vos estais en el mio; cuando os oí ayer denunciar al consejo á unos desgraciados de quien erais complice, nada dije, no os arranqué la máscara: os protegí al contrario con mi silencio; me convenia así entonces; en el dia ya no me conviene; y puesto que me habeis pedido consejos, os quiero dar uno. (*Con tono imperante y á media voz*). Egecutad las ordenes de vuestro rey; prended esta misma noche, en medio del baile qne se dispone, á Estruansé y á la Condesa; ó sino....

Koll (*En la mayor agitacion*). Enhorabuena: decidme únicamente que esta causa es la vuestra en lo sucesivo, que sois uno de los gefes y acepto.

Rant. Eso es cuenta vuestra. Esta noche el castigo de Estruansé, ó el vuestro mañana. Mañana sereis general.... ó fusilado.... escoged. (*Da un paso para salir*).

Koll. (*Deteniéndole*). Señor Conde!....

Rant. Qué resolveis, Coronel?

Koll. Obedeceré.

Rant. Bien ! (*Con intencion*). Adios General !

(*Vase por la izquierda y* Koller *por el foro*)

ACTO QUINTO.

Salon del Palacio de Falklend. A cada lado una gran puerta ; en el fondo otras y dos vidrieras de otros tantos balcones. A la izquierda en primer término una mesa y recado de escribir. Sobre la mesa dos bugías encendidas.

ESCENA PRIMERA.

CAROLINA, *envuelta en una capa y debajo un traje de baile,* FALKLEND.

Falk. (*dando el brazo á su hija*) Cómo estais ya ?

Car. Gracias, Señor, estoy mejor.

Falk. Tu extraordinaria palidez me habia asustado ; crei que te caias en medio del baile, delante de todo el mundo.

Car. Ya sabeis que yo hubiera preferido estarme aquí; pero vos á pesar de mis ruegos habeis querido que fuese.

Falk. Cierto ¿ qué no se hubiera dicho de tu ausencia ?.... No era bastante que se hubiese enterado ayer todo el mundo de tu turbacion cuando encontraron en casa á ese joven ?.... No era cosa, me parece, de que creyesen las gentes que tus penas te impedian asistir á la fiesta.

Car. Padre mio !

Falk. Que estaba por cierto magnífica. Qué lujo! Qué suntuosidad! Qué multidud! No necesito mas pruebas de la seguridad, de la firmeza de nuestro poder: por fin hemos fijado la suerte; nunca ha estado la Condesa mas seductora; se veia brillar en sus ojos el orgullo del triunfo!.... A propósito, has reparado, en el baron de Geler?

Car. No, Señor.

Falk. Cómo no? ha abierto el baile con la condesa y parecia todavia mas satisfecho de esta predileccion que de su nueva dignidad de ministro; porque, le han nombrado....Succede inmediatamente al Conde de Rantzau, que á fuer de habil, nos deja y se va cuando viene la fortuna.

Car. No son muchos capaces de hacer otro tanto.

Falk. Sí.. siempre le ha gustado singularizarse! así es que no le hemos tomado por eso ningun rencor. Que se retire, que haga sitio á otros; ha concluido; y la corte que teme su talento.... se ha considerado muy afortunada en darle un sucesor...

Car. A quién no teme.

Falk. Precisamente! á un caballero amable y galante como mi yerno!

Car. Vuestro yerno!

Falk. (*con severidad y mirando á Carolina*) Sin duda?

Car. (*con timidez*). Mañana, os hablaré Señor acerca del baron.

Falk. ¿Y por qué no ahora mismo?

Car. Es tarde; la noche está muy adelantada .... y ademas no estoy enteramente restablecida de la conmocion que he esperimentado.

Falk. Pero, cuál ha sido la causa de esa conmocion?

Car. Ah! eso, sí, puedo deciroslo. Nunca me he hallado tan sola ni tan aislada como en esa fiesta, y al notar la alegría que brillaba en todos los semblantes, no podia creer que á algunos pasos de allí, seres desgraciados gemian acaso entre cadenas .. Perdonadme, padre mio; esta idea era superior á mis fuerzas, y me perseguia por todas partes. Cuando el marques de Osten se acercó á Estruansé, que estaba á mi lado, y le habló al oido, no entendí bien lo que dijo: pero Estruansé parecia estar impaciente, y por fin se levantó diciendo: "Es tiempo perdido, Señor marqués: no puede haber piedad para los delitos de alta traicion; no lo olvideis." El marqués entonces se inclinó, respondiéndole: "No lo olvidaré, Excmo. Sr., y acaso no tardaré en tener ocasion de recordároslo."

Falk. Qué insolencia!

Car. Este incidente habia reunido algunas personas á nuestro alrededor, y oí confusamente estas palabras. "El ministro tiene razon: es preciso hacer un ejemplar." Sí, decian otros, pero condenarle á muerte.... " Condenarle! al oir esta palabra, un frio mortal se difundió por mis venas; se me puso un velo delante de los ojos; y sentí que mis fuerzas me abandonaban.

Falk. Felizmente, estaba yo cerca de tí.

Car. Sí; era un terror absurdo y quimérico, lo conozco, pero ¿ qué quereis ? Encerrada hoy todo el dia en mi cuarto, á nadie habia visto, ni pregnntado.... Hay un nombre que no me atrevo á pronunciar en vuestra presencia, pero.... ¿ no es verdad que él no tiene porque temer ?

Falk. Seguramente .... que no .... tranquilízate.

Car. Eso he dicho yo .... es imposible .... por otra parte, le prendieron ayer; no pueden haberle condenado hoy ; y los pasos que habrán dado los suyos, vuestra influencia misma, padre mio ....

Falk. Por supuesto : como tú has dicho muy bien, mañana, qnerida mia, hablarémos de eso. Me retiro, te dejo.

Car, ¿Volveis al baile ?

Falk. No: he dejado en él á Geler que hará nuestras veces perfectamente y que bailará probablemente toda la noche ....No puede tardar mucho en amenecer; ya no me acuesto; voy á mi depacho á trabajar ¡ Ola ! (*Jorge aparece en el fondo y otro criado que toma una bugía.*)

Vamos, hija mia, valor, ánimo .... buenas noches, buenas noches (*sale seguido del criado.*)

ESCENA II.

CAROLINA, JORGE.

Car. Respiro! me habia asustado sin razon; se trataria de otro sin duda. Ah! Se me figura que todos

deben estar como yo, y no pensar mas que en él..

Jorg. Señorita....

Car. Qué hay, Jorge?

Jorg. Hace gran rato que está ahí esperando una muger que dá lástima por cierto. Dice que aunque le cueste esperar toda la noche, está resuelta á no salir de la casa sin haber hablado á la señorita privadamente.

Car. A mí?

Jor. Me ha suplicado que os pase el recado....

Car. Qué entre!.. aunque estoy muy cansada, la recibiré,

Jor. (*que ha ido á buscar á Marta*) Aqui tiene V. buena Señora.. aqui está la señorita: despachaos, que es tarde. (*Vase.*)

ESCENA III.

MARTA, CAROLINA.

Mart. Mil perdones, señorita, por atreverme á estas horas....

Car. Señora Burkenstaf..! (*Corriendo á ella y cogiéndole las manos*) Ah! Cuánto me alegro de haberos recibido.... qué dichosa soy cuando os veo. (*aparte con alegría y ternura.*) Es su madre! (alto) Venis á hablarme de Eduardo.

Mart. Ah! Señorita; en medio de mi desesperacion, puedo hablar por ventura de otra cosa.. que de mi hijo.. de mi pobre hijo..? vengo de verle.

Car. (*Con viveza*) le habeis visto?

Mart. (*Llorando*) vengo de abrazarle, señorita.... por la última vez ! .

Car. Qué decis ?

Mart. Le han notificado esta tarde su sentencia.

Car. Qué sentencia ? qué quiere decir eso ?

Mart. (*con alegría*) Lo ignorabais señora ?.. ah ! tanto mejor ! de otra suerte no hubierais estado en ese baile ? no es verdad ?.... Por elevada que sea vuestra clase, por grande que fuera el compromiso, no habriais podido divertiros cuando el que tanto os ha querido está condenado á muerte ....

Car. (*dando un grito*) Ah ! (*con delirio)* ¡ Con que decian la verdad !.... hablaban de él .... y mi padre me ha engañado, (*á Mart.*) Le han condenado !

Mart. Sí, señorita.... Estruansé lo ha firmado, la condesa lo ha consentido. Podeis concebirlo, señora? y es madre sin embargo!.. tiene un hijo !

Car. Serenaos; señora .... yo tengo alguna esperanza todavia.

Mart. Yo pongo en vos todas las mias.... Mi marido tiene proyectos que no quiere esplicarme.... no debiera deciros.... pero vos no me venderéis.... entretanto no se atreve á presentarse.... está escondido..... sus amigos no darán la cara, ó la darán muy tarde.... y yo en medio de mi dolor ¿ qué puedo intentar ? Qué puedo hacer ? Si todo se redujese á morir.... nada os pediria, ya estaria mi hijo en libertad. He corrido á su calabozo, he dado

tanto oro que los he reducido á que me vendiesen el placer de abrazarle ; le he estrechado contra mi corazon.. le he hablado de mi desesperacion, de mis temores..... Pero ¡ah! él no me ha hablado sino de vos !

Car. Eduardo !

Mart. Sí, señora, el ingrato, al consolarme, pensaba en vos " Espero, me decia, que ignorará mi suerte, que no sabrá nada.... porque felizmente será al amanecer.... al rayar el dia...."

Car. El qué?

Mart. (*con delirio*) No os lo he dicho señora? ó no lo habeis adivinado por mi desesperacion ?.... Dentro de poco, de aqui á algunos instantes es cuando van á matar á mi hijo....

Car. A matarle

Mart. Sí; á matarle, sí, ahí, en esa plaza; debajo de vuestros balcones, le van á conducir.... Entonces en el delirio que se apoderó de mi alma, me desasí de sus brazos, y desoyendo sus ruegos, he corrido aquí, para deciros : " Le van á matar.... amparadle.... pero vos no estabais aqui, y he esperado. Ah! que horrible suplicio! Considerad si habré sufrido contando los minutos de esta noche que deseaba y temia abreviar!.... pero ya estais aqui; ya os veo, vamos juntas á arrojarnos á los pies de vuestro padre, á los pies de la condesa.... ella lo puede todo.... pedirémos el perdon de mi hijo.

Car. Os lo prometo.

Mart. Vos les direis que no es culpable; no lo es, y os lo juro; nunca ha pensado en complot ni en rebeliones; nunca ha pensado en conspirar; él no pensaba en nada, si no en amaros!

Car. Lo sé, lo sé, y su amor es lo que le ha perdido: por mí, por salvarme moriria....Oh! no; no puede ser.... tranquilizaos; yo os respondo de su vida.

Mart. Es posible!

Car. Sí, señora, sí; una persona quedará perdida, pero no será el.

Mart, Que quereis decir?

Car. Nada!.... nada!.... Volveos á vuestra casa; partid; dentro de algunos instantes obtendrá su perdon; se salvará!.... descuidad en mi celo.

Mart. (*vacilando*) Pero.... sin embargo.

Car. En mi palabra.... en mis juramentos.

Mar. Pero....

Car. (*Fuera de sí*) Pues bien.... en mi ternura.... en mi amor!.... Me creis ahora?

Mart. (*asombrada*) Cielos!.... sí, señorita, sí.... ya no tengo miedo. (*Dando un grito y señalando á la vidriera*), Ah!

Car. Qué teneis?

Mart. Se me figuró que amanecia!.... No; á dios gracias es noche todavia. Dios os proteja y os pague algun dia lo dichosa que me haceis.. adios.. adios!.... (*Vase*).

ESCENA IV.

CAROLINA, *sola y agitada.*

Diré la verdad; diré que no es culpable; publicaré á gritos que se ha acusado á sí mismo para no comprometerme y para salvar mi reputacion. Y yo.. (*deteniéndose*), Oh! yo.... perdida! deshonrada para siempre.... Y qué? de que me sirve pensar en eso?.... es forzoso; no puedo permitir su muerte. El por amor me daba su vida.... y yo por amor.... le daré mas todavia (*sentándose*). Sí, sí; escribamos; pero á quién confiarme? á mi padre.... Oh! no: á Estruansé? menos: delante de mí ha dicho que no perdonaria jamas.... pero á la Condesa.... es muger, me comprenderá.... por otra parte.. yo no queria creerlo.. pero, si, como dicen, es amada, si ama!.... Dios mio! haz que sea cierto, tendrá lástima de mí y no me culpará; (*escribiendo rapidamente*) démonos prisa; esta declaracion solemne no dejará duda alguna acerca de su inocencia.. Carolina de Falklend.... (*dejando caer la pluma*) Ah! mi oprobio, mi deshonra, es lo que firmo.... (*plegando la carta*) no pensemos en eso.... no nos acordemos de nada.... los momentos son preciosos.... y á estas horas.... ¿ de qué medio me valdré....? Ah! por su camarera.. enviándole á Jorge, que es de toda confianza.... Sí, es el único medio de hacer que llegue pronto esta carta á su destino.

ESCENA V.

CAROLINA, FALKLEND.

Falk. (*que ha oido las últimas palabras, se pone delante de ella y le coge la carta*) Una carta! para quién?

Car. (*Con espanto*) Mi padre!

Falk. "A la señora condesa Estruansé." Vaya, no os turbeis de esa manera; puesto que teneis tanto interes en que esta carta llegue á manos de la condesa.... yo se la entregaré.... pero, paréceme que tengo derecho para saber lo que mi hija escribe, y me permitireis.... (*queriendo abrir la carta*).

Car. (*en tono deprecatorio*) Señor....

Falk. (*abriendo*) Me lo permitis.... (*leyendo*) Cielos! Eduardo Burkenstaf estaba aquí por vos, oculto en vuestro cuarto, y en presencia de todo el mundo ha sido descubierto....

Car. Sí, sí; esa es la verdad! Abrumadme con vuestro enojo! no soy culpable, ni indigna de vos; no; os lo juro; bastante es ya que mi imprudencia haya podido comprometernos; ni trato de justificarme, ni de evitar reconvenciones, que tengo tan merecidas; pero he sabido, y vos me lo ocultabais, que está condenado á muerte, que víctima de su generosidad, va á perecer por salvár mi honor; entonces he creido que comprarle á ese precio, era perderle para siempre.... he querido ahorrarme á mi remordimientos.. á vos un crímen.. he escrito

Falk. Firmar una confesion de esta especie! y por medio de este testimonio que va á hacerse, que debe ser público, atestiguar á los ojos de la Condesa, del primer ministro, de la corte entera, que la Condesa de Falklend, ciega por un comerciante, ha comprometido por él su clase, su cuna, su padre, que demasiado espuesto ya á los tiros de la calumnia y de la sátira, se va á ver abrumado ahora, y va á sucumbir bajo sus golpes! No; este escrito, padron de nuestra infamia y de nuestra ruina, no verá la luz pública.

Car. Que osais decir, Señor? No os opondreis á esa sentencia?

Falk. No soy yo el único que la ha firmado.

Car. Pero sí sois el único sabedor de su inocencia; si os negais á enviar esa esquela á la Condesa, corro á echarme á sus pies.... pertenezco á su casa.... Sí, Señor, sí, por vuestro honor, por vuestra tranquilidad; yo le gritaré: perdon, Señora!.... salvad á Eduardo y salvad sobre todo á mi padre!

Falk. (*deteniéndola*) No! no iréis!.... no saldreis de aquí.

Car. (*asustada*) Espero que no trataréis de detenerme por fuerza!

Falk. Quiero, á pesar vuestro, impedir vuestra perdicion y no os separaréis de mí....

Cierra la puerta del foro. Carolina le sigue para detenerle, pero dirige una mirada á la vidriera y da un grito.

Car. Ah! la aurora, la aurora! he aqui la hora de su suplicio; si os deteneis, no hay esperanza de salvarle; solo nos quedarán nuestros remordimientos.... padre mio! por Dios! os lo ruego, á vuestros pies.... mi carta! mi carta!

Falk. Dejadme.... levantaos.

Car. No; no me levantaré: he prometido su vida á su madre y cuando venga á pedirme á su hijo, á quien vos habreis muerto y á quien yo amo.... (*ademan de cólera de Falk. Car. se levanta rápidamente*) No; bien; no le amo ya; le olvidaré.. faltaré á todos mis juramentos..... seré la esposa de Geler.... os obedeceré... (*dando un grito*) ah! ese redoble, ese ruido de armas, (*corre á la ventana*) Soldados! un preso! él es.. le llevan al suplicio ¡ Mi carta! mi carta! presto; enviadla! acaso es tiempo todavia.

Falk. Compadezco tu locura; he aquí mi respuesta. (*rompe la carta*).

Car. Ah! esto ya es demasiado! vuestra crueldad rompe todos los vínculos que me unian á vos. Sí; le amo; sí, y nunca amaré á otro.... Si perece, yo no le sobreviviré.... le seguiré.... su madre al menos quedará vengada, y vos como ella os quedareis sin hija.

Falk. Carolina! (*se oye ruido fuera*).

Car (*con energía*) Oidme empero.... oidme con atencion; si ese pueblo que se indigna y que murmura se sublevase aun para salvarle; si el cielo..

la fortuna.... quién sabe? la casualidad tal vez, menos cruel que vos, le sustrajese á vuestra venganza, os declaro aquí que no habrá poder en el mundo, ni aun el vuestro, que me impida ser suya: lo juro.

(Se oye un redoble mas fuerte y gritos en la calle: Carolina da un grito y cae sobre un sillon ocultando su cara con las manos. En aquel momento llaman á la puerta del foro. Falk. va á abrir).

ESCENA VI.

CAROLINA, RANTZAU, FALKLEND.

Falk. (*asombrado*) ¡ El conde Rantzau en mi casa, á estas horas !

Car. (*corriendo hacia él toda llorosa*) Ah! Señor Conde, hablad.... es cierto?.... el desdichado Eduardo....

Falk, Silencio, Carolina.

Car. (*fuera de sí*) ¿ Qué consideraciones he de tener ya ahora? Sí, Señor Conde, yo le amaba, yo soy la causa de su muerte, y yo me castigaré.

R*ant.* (*sonriéndose*) Perdonad; no sois tan delincuente como creeis; Eduardo existe todavia.

Falk. y Car. ¡ Cielos !

Car. Y ese ruido que hemos oido....

R*ant.* Le causaban los soldados que le han salvado.

Falk. (*queriendo salir*) No puede ser; y mi presencia.....

R*ant.* Pudiera aumentar acaso el peligro; así es que

yo, que no soy nada, que nada aventuro, acudia á vuestro lado, querido y antiguo cólega.

Falk. ¿ Por qué razon ?

Rant. Para ofreceros á vos y á vuestra hija un asilo en mi casa.

Falk. Vos ! (*estupefacto*).

Car. Es posible ?

Rant. Eso os asombra ! ¿ No hubierais vos hecho otro tanto por mí ?

Falk. Os doy gracias por vuestra generosidad, pero antes de todo quisiera saber.... Ah ! el baron de Geler ! Y bien ? amigo mio, qué hay ? hablad presto.

ESCENA VII.

CAROLINA, RANTZAU, GELER, FALKLEND.

Gel. Qué diablos sé yo ? es un desorden, una confusion. Por mas que pregunto, como vos : qué hay? Cómo se ha compuesto esto?.. todos me preguntan, y nadie me responde.

Falk. Pero vos estabais allí.... en palacio....

Gel. Ya se vé que estaba ; he abierto el baile con la Condesa, y poco tiempo despues de haberse retirado S. E.; estaba yo bailando el nuevo minué de la corte con la de Thornston, cuando entre los grupos que nos miraban empiezo á notar una distraccion que no era natural ; no nos miraban ya, hablábanse unos á otros en voz baja, circulaba por los salones un murmullo sordo y prolongado ; dábanse prisa to-

dos á recoger sus pieles, y sus capas y á tomar sus coches.... Qué es eso? Qué hay? Se lo pregunto á mi pareja, que está de todo tan inocente como yo, y por fin sé por un lacayo pálido y consternado que la condesa acaba de ser presa en su cuarto de orden del rey.

Falk, De orden del rey!.. pues y Estruansé?

Gel. Preso tambien, de vuelta del baile.

Falk. (*con impaciencia*). Y Koller, santo Dios! Koller á quien estaba confiada la guardia del palacio?

Gel. Eso es lo mas sorprendente y lo que me hace dudar de todo. Añaden que esas dos prisiones han sido egecutadas, por quién direis? por Koller mismo, portador de una orden del rey.

Falk. El.... Koller.... vendernos? Es imposible.

Gel. (*á* R*ant*.) Eso es lo que yo he dicho; no es posible; pero entretanto se dice, se repite; la guardia del palacio grita: *Viva el rey!* el pueblo sublevado por Berton Burkenstaf y sus amigos, grita mas fuerte todavia; las demas tropas que habian hecho resistencia en un principio, hacen á la hora esta causa comun con ellos; por fin yo no he podido entrar en mi casa, delante de la cual he visto un grupo amotinado; y me vengo aquí, no sin riesgo, y conforme me ha pillado, en trage de baile.

R*ant*. En la actualidad menos peligroso es ese trage que el de ministro.

Gel. De ayer acá no han tenido tiempo de hacerme el mio.

Rant. Podeis ahorraros ese dinero. Qué os decia yo ayer? Todavia no hace veinte y cuatro horas, y ya no sois ministro.

Gel. Señor Conde!

Rant. Lo habeis sido para bailar una contradanza, y despues de un trabajo de esta especie necesitaréis algun descanso; os lo ofrezco en mi casa. (*Con viveza*) así como á todos los demas, pues es el único asilo donde podais estar actualmente seguros; y no hay tiempo que perder. Ois los gritos de esos furiosos? venid, Señorita, venid .... seguidme todos y vamos.

En este momento se abren violentamente las dos vidrieras del fondo. Juan y varios marineros y hombres del pueblo aparecen en el balcon armados de carabinas.

ESCENA VIII.

JUAN, RANTZAU, CAROLINA, FALKLEND, GELER.

Juan. (*apuntando*) Alto ahí, Excmos señores; ¿adónde bueno?

Car. (*dando un grito y rodeando á su padre con sus brazos*). Ah! Señor, soy siempre vuestra hija! lo soy al menos para morir con vos.

Juan. Encomendad vuestra alma á Dios!

ESCENA IX.

JUAN, RANTZAU, EDUARDO, (*con el brazo izquierdo suspendido, arrojándose por la puerta del foro, y poniéndose delante de* CAROLINA, FALKLEND, Y GELER.

Eduar. (*á Juan y sus compañeros qae acaban de saltar en la habitacion*). Deteneos.... no haya muertes.... no haya sangre.... caigan del poder: eso basta. (*Señalando á Car. Falk. y Gel.*) A costa de mi vida los defenderé; yo los protejo! (*Viendo á Rantzau y corriendo á el*) Ah! mi libertador! mi Dios tutelar!

Falk. (*admirado*) El.... el conde de Rantzau!

Juan. (*y sus compañeros inclinándose*) El conde de Rantzau! eso es otra cosa; es el amigo del pueblo; es de los nuestros.

Gel. Es posible!

Rant. (*á Falk. Gel. y Car.*) Sí, señor; amigo de todo el mundo....! preguntádselo sino al general Koller, y á su digno aliado, el Señor Berton de Burkenstaf.

Todos (*gritando*) Viva Berton Burkenstaf!

ESCENA X.

JUAN *y sus compañeros*, EDUARDO, MARTA, *entrando la primera y abalanzándose á su hijo, á quien abraza*; BERTON, *rodeado del pueblo*; RANTZAU, CAROLINA, FALKLEND, GELER, *detras de ellos* KOLLER; *y en el fondo* pueblo, soldados, magistrados, gentes de la corte.

Mart. (*abrazando á Eduardo*) Mi hijo!.... herido! está herido!

Eduar. No, madre mia, no es nada. (*Le abraza varias veces mientras que el pueblo grita*) Viva Berton Burkenstaf!

Bert. Sí, amigos mios, sí; por fin hemos triunfado; gracias á mí, que en servicio del rey todo lo he conducido y dirigido; me glorío de ello.

Todos. Viva!

Bert. (*á su muger*) Lo oyes, muger? Ha vuelto el favor.

Mart. Qué me importa á mi?.... ya no pido nada; ya tengo á mi hijo.

Bert. Silencio, señores, silencio!.... Tengo aquí las órdenes del rey, órdenes que acabo de recibir en este instante; nuestro augusto soberano tenia puesta en mí toda su confianza.

Juan. (*á sus compañeros*) Tiene razon el rey! (*señalando á su amo que saca de la faltriquera la orden*) Parece que no; pero qué cabeza! Ya sabía él lo que se hacia cuando tiraba el oro á manos llenas.... (*con alegría*) Porque de veinte mil florines, no le queda nada, ni un rixdaler.

Bert. (*abriendo el pliego y haciéndole seña para que calle*) Juan!....

Juan. Bien, nuestro amo. (*A sus compañeros*.) Y si la cosa hubiera salido al reves todos hubiéramos olido á cordel, él, su hijo, su familia y los mancebos de su tienda.

Bert. Juan; silencio !

Juan. Bien, nuestro amo. (*gritando*) Viva Burkenstaf!

Bert. (*con satisfaccion*) Bien está, amigos mios, bien; pero escuchad. (*Leyendo*)

" Nos Cristiano 7.° rey de Dinamarca, á nuestros " fieles vasallos y habitantes de Copenhague, salud. " Despues de haber castigado la traicion, réstanos " recompensar la fidelidad en la persona del Conde " Beltran de Rantzau, á quien, bajo la regencia de " nuestra madre la reina Maria Julia, nombramos " nuestro primer ministro."

Rant. (*con aire modesto*) Yo ! que pretendo retirarme de los negocios....

Bert. (*con severidad*) Imposible, señor conde ! el rey lo manda; es preciso obedecer...... Dejadme acabar, os ruego (*leyendo*). " En la persona del " conde Beltran de Rantzau.... á quien nombra- " mos nuestro primer ministro; (*con enfasis*) y en la " de Berton Burkenstaf, comerciante de Copenhague " á quien nombramos en nuestra casa real, (*bajando " la voz*) primer mercader de sedas y proveedor de " la corona. "

Todos. Viva el Rey!

Juan. Magnífico ! Pondrémos las armas reales sobre nuestra tienda.

Bert. (*haciendo un gesto*) Linda recompensa !.... y al precio que esto me cuesta!....

Juan. Y yo, aquel destinillo que me habiais prometido.

Bert. Dejame en paz!

Juan. (*á sus compañeros*) Qué ingratitud ?.... yo que lo he hecho todo.... de esta suerte me pagan !

Rant. Puesto que el rey lo exige, fuerza es obedecer, Señores y tomar uno sobre sus hombros una carga, que harán mas ligera como lo espero, (*á los magistrados*) vuestros consejos, y el aprecio de mis conciudadanos. (*á Eduardo*) Por lo que hace á vos, caballero, que en esta ocasion, habeis corrido los mayores peligros.... se os debe tambien alguna recompensa....

Eduar. (*con franqueza*) Ninguna, señor ; ahora puedo deciroslo, á vos, á vos solo.... (*á media voz*) jamás he conspirado.

Rant. (*imponiéndole silencio*) Bien, bien ; esas cosas no se dicen nunca, sobre todo despues.

Eduar. El único premio.... (*señalando á Carolina*).

Car. Eduardo !

Rant. Arreglarémos eso : mi antiguo cólega acaso vencerá ahora su repugnancia.

Bert. (*aparte tristemente*) Proveedor de la corona !

Mart. Ya debes estar contento....? no era eso lo que deseabas !

Bert. Qué diablos ! yo lo era de hecho : sino que antes proveia á dos cortes, la de la reina madre y la de la condesa; y derribando á una, pierdo la mitad de mi parroquia.

Mart. Y has aventurado tu fortuna, tus bienes, tu vida, la de tu hijo, que está herido.... y acaso peligrosamente.... y todo para qué ?

Bert. (*señalando á Rant. y Koll.*) Para otros, que se llevan la prebenda.

Mart. Y luego haga V. conspiraciones !

Bert. (*alargándole la mano*) Se acabó.... en lo sucesivo las veré pasar, y lléveme el diablo si me vuelvo á meter en otra !

Todo el pueblo (rodeando á Rantzau é inclinándose delante de él). Viva el conde de Rantzau ! ! !

3

EL ARTÍCULO Y LOS AUTOS,

COMEDIA ORIGINAL

DE COSTUMBRES EN DOS ACTOS Y EN VERSO

POR

D. LÚCAS A. DE UGARTE,

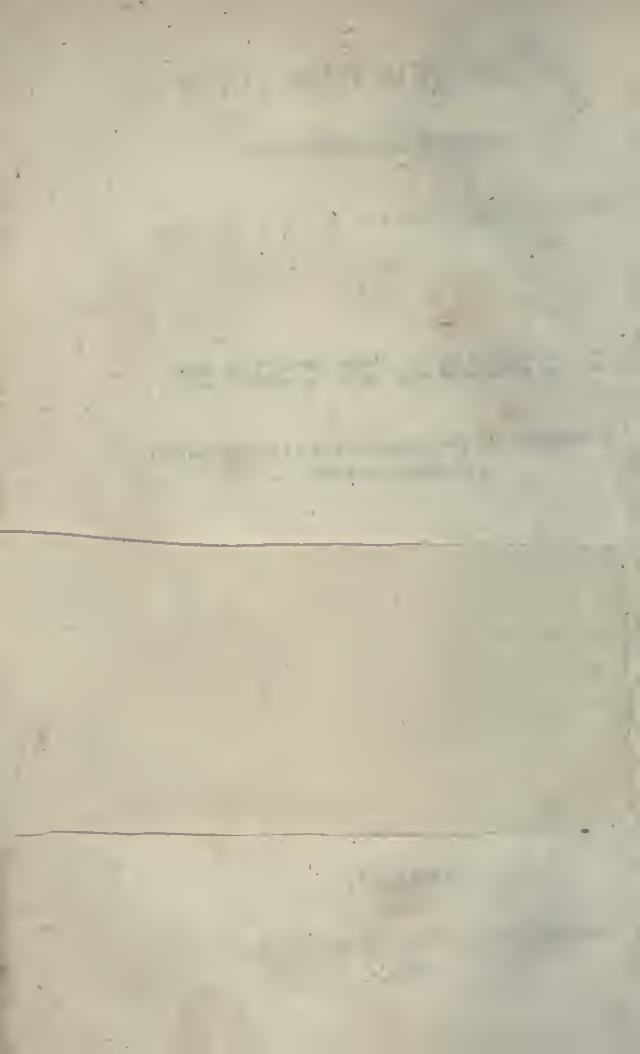
Representada por primera vez la noche del 30 de junio de 1839.

Lúcas Arcadio de Ugarte.

HABANA.

Imprenta del Gobierno y Capitanía general.

1839.



A mi señor Padre

Mi primer ensayo dramático

Lúcas Arcadio de Ugarte.

PERSONAGES.	ACTORES.
Mariquita	—*Doña Marìa Cañete.*
Leonor	—*Doña Josefa Dubrevill.*
Luisa	—*Doña Matilde López.*
D. Pedro	—*D. Juan de Mata.*
D. Cirilo	—*D. Antonio Hermosilla.*
Felipe	—*D. Francisco Javier Armenta.*
Salustiano	—*D. Guillermo Douval.*

La escena es en la Habana en casa de D. Pedro.

El teatro representa una sala decentemente adornada con tres puertas: una á la calle, otra al comedor de la casa, y otra à los cuartos de la misma.

ACTO PRIMERO.

ESCENA I.

Aparece sentado en un sillon.

D. PEDRO.

El matrimonio en verdad
Es un malísimo estado,
Mas peor es estar viudo
Porque todos los cuidados
Y menudencias de casa
Caen sobre el desamparado.
No hay que fiarse de tias,
Primas ni comadres, tanto
Se les dà à ellas, que la casa
Ande bien, como al boticario
De que se muera el enfermo
Como padezca muy largo.
Mi hermana Leonor no piensa
Sino en ser muchacha, cuando
Ha entrado ya en los cuarenta,
Si á su favor no me engaño.
Asi es preciso que yo
Todo lo tome à mi cargo.
¡Sea por Dios! Empezaré
Despidiendo á Salustiano.
Que el juicio de Mariquita
Tiene un poco trastornado;
Porque nada hará mi hija
Con entregarle su mano
A un hombre que por desgracia
Es un solemne arrancado;
A mas de que el pobrecillo
Es simplemente nombrado
Don Salustiano de Vargas,
Y yo por dicha me llamo
Don Pedro Perez de Plata

Medellin Rivas y Zàrco.
Me conviene mas por yerno
Don Cirilo, acaudalado
Sugeto, y de noble cuna,
Que sin duda, enamorado
Tambien está de la niña.
Meditemos algun rato.

Felipe viene por la puerta de los cuartos: se acerca al espejo, donde se peina. D. Pedro y él no se ven hasta que lo indica el diálogo.

ESCENA II.

DON PEDRO Y FELIPE.

FELIPE.

Aqui con mas claridad
El pelo podrè arreglarme.
¡Si papà quisiera darme
Diez duros por caridad!
¡Ah! Entónces, sí, que cuca
Tuviera yo la cabeza
¡Que romántica belleza
Con una buena peluca!

D. PEDRO

Sin duda la suerte haré
De mi Quillita querida,
Que la ocasion me convida
Y no la despreciarè.
No me dá tanto cuidado
Felipillo, porque es hombre;
Le basta solo ese nombre....—
El es... ¿si me habrá escuchado?

FELIPE.

Nunca consigo.... no sè....
Que bien compuestos me queden
Los bucles, y no se enreden....
Y luego murmuran que....

D. PEDRO.

Para peinarse una hora,
Para vestirse otras dos;
No puede ser, como hay Dios,
La vida mas seductora.

FELIPE.

Se acabó: ya estoy tranquilo:
Al verme tan bien compuesto
Nada dirá el indigesto
Requintado don Cirilo—
¡Oh papá! ¿Usted por aquí?

D. PEDRO.

Como las damas en misa
Están, y muy poca prisa
En llegar tienen, á mí
Me pareció, que debia
Estar la sala cuidando.

FELIPE.

Pero Juana....

D. PEDRO.

Cocinando
Estará, pues hoy es dia
Que nos acompañará
Don Cirilo, y la comida
Estar debe bien cocida:
Como él es un grande....

FELIPE.

Ya....

D. PEDRO.

Y nos honra....

FELIPE.

Es muy justo.

D. PEDRO.

Por supuesto. Yo quisiera
Que en este dia, fuera
Mi mesa del mejor gusto;
Pero ya ves.... no puedo
Hacer mas.

FELIPE.

Estará impaciente, por lo que ni oye á su padre.

(Largo va esto.)

D. PEDRO.

De otro modo....

FELIPE.

(¡Que indigesto!)

D. PEDRO.

Fuera otra cosa. No cedo
A nadie en gastar, cuando
Hay pesetas, y á un amigo
Quiero servir.

FELIPE.

(Si digo....)

D. PEDRO.

A mas de que estoy pensando....

FELIPE.

(Si escaparme yo pudiera....)

D. PEDRO.

Que Mariquilla tu hermana.....

FELIPE.

(Se me pasa la mañana....)

D. PEDRO.

Por marido lo eligiera:
Ahora tu opinion darás.
¿No es buen proyecto? responde.

FELIPE.

¿Qué cosa, por quien, adonde?

D. PEDRO.

¡Estoy fresco! ¡que ahí estás
Aun! Con que tú, pillastron
¿Cuando te hablo no atiendes?
¿Burlarte de mi pretendes?
¡Por vida de San Simon!
No lo hubiera yo creido.
¿Hablando te estaba acaso
Algun negro? ¡Mucho caso
Haces de tu padre!

FELIPE.

Ha sido
Una distraccion.

D. PEDRO.

¿Y bien,
Eso es poco?

FELIPE.

Mas papá....

D. PEDRO.

Se acabó: todo está yá
Concluido: que así estén
Todos los hijos hoy dia
Con sus padres, no es estraño,
Ni es este el único daño
De época tan impìa.
Ya se vé.... la ilustracion....
Si tal cosa yo le hubiera

Hecho à mi padre, fuera
Mi castigo un bofeton.

Se va por la puerta del comedor.

ESCENA III.

FELIPE.

¿A un hijo le importa ver
Si huéspedes hay ó no?
¡Que locura! ¿acaso yó,
El gasto tengo que hacer?
A mas de que es mediodia
Y si empieza á hablar papá....

Llegan en este momento de la calle vestidas de negro Mariquita y Leonor: Felipe les dirige la palabra.

¿Se acabó la misa ya?
(¡Que galana està mi tia.)

ESCENA IV.

MARIQUITA, LEONOR, FELIPE.

MARIQUITA.

Sí, venimos de la iglesia.

FELIPE.

Y yo me voy à pasear.

MARIQUITA.

Espérate, no te vayas,
Que te tenemos que hablar.

FELIPE.

¿Que se ofrece, señoritas?

MARIQUITA.

Leonor, tu se lo dirás
Que tienes mas influencia
Con él.

FELIPE.

(Me parece.... ya....
Esto me huele, no hay duda,
A cosa de acompañar)

LEONOR.

Si tu accedes, Felipillo,
Un gran favor nos harás.
Esta noche, la retreta
Queríamos disfrutar.

FELIPE.

(¡Vaya, vaya! ¡No lo dije!)

LEONOR.

¿Tu desairarnos podràs?

FELIPE.

No puedo; me es imposible.

LEONOR.

No te hagas, no, de rogar.

FELIPE.

A la ópera esta noche
Me es imposible faltar,
Que la hermosa tiple Albini
En la Norma cantará.

LEONOR.

Deja la ópera á un lado
¿Tù nos llevas, no es verdad?

FELIPE.

Pues bien, aunque yo no fuera
No las habia de llevar:
Gústele à ustedes, ó no,
Clarito les voy à hablar.

De mi bondad anterior
Bien persuadidas están,
Que por mi, nunca han dejado
De correrla y de pasear;
Pero para en adelante,
He formado ya otro plan.
Si alguna vez se os antoja
Ir por ahí á visitar,
Al teatro, ó al paseo,
O algun baile presenciar
Hacerlo pueden solitas,
O si quieren con papá,
Porque à hacer ese papel
Felipe no volverà.
Es para mi muy molesto
Y ridículo en verdad;
Muy molesto, porque.... vamos...
Porque encuentro una frialdad....
Con ustedes nunca tengo
Motivos de jaranear;
Y rìdículo, porque saben
Los novios aprovechar
El tiempo, y à mi vista
Empiezan á cortejar.
Si uno les pone mal jesto
Dicen corriendo ,,Ahi està
,,Ese tonto, mentecato
,,Tan lleno de orgullo, tan
,,Vano que piensa con sus hermanas
,,Un imperio conquistar.''
Si uno se rie, y demuestra
Que cuidado no le dá:
,,Que contento, dicen, tiene,
,,Lleva gusto, no hay dudar;
,,El tiempo de mis amores
,,Muy mucho me servirá.''
Estoy resuelto; muchachas,
No las he de acompañar,
A no ser para un asunto
De muchísima entidad
Y adios, que es ya muy tarde.

LEONOR.

¿Ya acabaste de charlar?
Está bien: Luisita viene
A pasar el dia acá:
Aquí esperàndola estamos,
En el momento vendrá:
Tù no te cansas ha tiempo
De pedirme y suplicar,
Que tu amor para con ella
Trate de recomendar,
Y desde ahora yo sé
Como me he de comportar,
De tì le darè noticias
Que poco te gustarán.

FELIPE.

(Esto vá malo, Felipe,
Es necesario variar,)
En fin, yo estoy pronto á ir
Si por mi se han de quedar
Sin la retreta.

LEONOR.

No tengo
Ya ganas de caminar:
No voy de ninguna suerte.

FELIPE.

No te hagas, no, de rogar,
Te lo pido y lo suplico
Por la corte celestial.

LEOÑOR.

Si te digo que no quiero.

FELIPE. (*A Mariquita.*)

Tu tambien se lo diràs.
Dile Quillita que sí.

MARIQUITA. (*A Felipe.*)

Pues gusto te voy á dar
(*A Leonor.*)
Dice Felipe que sì.

FELIPE.

¿Tu te tratas de burlar
De mi desgracia tambien?

MARIQUITA.

No, hermano mio, no tal,
Aunque tu te merecìas
Todo eso y mucho mas;
Pero miéntras una jóven
No se acaba de casar,
En este mundo, la triste,
No espera bien, sino mal.
Vamos, Leonor, tengo empeño
En ir. ¿me desairaràs?

LEONOR.

Iremos, Quillita, iremos.

FELIPE.

¡Bravo! Y en muestras de paz
Y de completa armonía
A las dos voy à abrazar.
Lo hace.
¡Es verdad, queridas mias,
Que incómodas ya no están?

LEONOR.

No.

MARIQUITA.

No.

FELIPE.

Hasta la vuelta.

Se quiere ir.

MARIQUITA.

¡Dí, no piensas contestar?

FELIPE.

¿Contestar, á que, que dices?

MARIQUITA.

A esa crítica infernal.

LEONOR.

Sí, Felipe, han criticado
Tu trovada al Temporal.

FELIPE.

¿Será posible? ¡Unos versos
De tanta rotundidad,
Que llenaban dos columnas,
Y de otra mas la mitad!

MARIQUITA.

Y de todo, lo peor es,
Que es el que escribe mordaz.

FELIPE.

¡Y en que parte está la crìtica!
Vamos, dime, ¿donde está?

MARIQUITA.

En el Diario de la Habana,
¿Se te pudo así pasar?
Corre á leerlo, quizá estè
En el cuarto de papá.

FELIPE.

Si él en su mano lo tiene
Mucho tengo que esperar;
Pues en llegando á tomarlo,
No lo deja hasta acabar,
Con imprenta de Gobierno
Por su Real Magestad;
Pero voy à ver muchachas
Si se lo puedo atrapar.

Se va por la puerta del comedor.

ESCENA V.

MARIQUITA, LEONOR.

MARIQUITA.

¡El pobre de Felipillo
Siempre metido en disputas
Polèmicas, embolismos!
¿No viste, dime, en la iglesia
A nuestro amigo Cirilo?

LEONOR.

No: à mas de que tu sabes
Que nunca voy à esos sitios
A otra cosa que á rezar.
¿Tu te habias distraido?

MARIQUITA.

Sí.... yo no.... es decir.... que....
Habiendo sentido ruido
A un lado, observé y lo vì.
Mas la distancia y bullicio
No impidieron que elegante
Me hiciera un saludo fino.
(Si tiene amores con ella
Me convenceré ahora mismo.)

LEONOR.

Del esterior no te fies,
Eso es pensar como niño:

Aprecia á tu Salustiano
Que agrega á un génio bellísimo
Otras muchas cualidades
Y te adora con delirio.

MARIQUITA.

Pero es....

LEONOR.

¿Que cosa?

MARIQUITA.

Un clásico:
No pertenece á este siglo.

LEONOR.

¿Cuando has mirado tu eso?

MARIQUITA.

Por otra parte, me aflijo
Y lloro al ver que papá
Se opone con tal ahinco....

LEONOR.

(Voy á ver, si él por acaso
Algo de amores le ha dicho.)
A mì no me engañas tú,
Ya no le tienes cariño,
Que con sus lindas palabras
Te ha embaucado don Cirilo.

MARIQUITA.

Pues bien, yo le adoro, sì,
La verdad es lo que digo.

LEONOR.

(Lo único que me faltaba
Todo, todo lo he perdido.)

¡Y á un hombre galanteador
Tan fácilmente has creido?
Porque tal vez como á todas
Boberías te habrá dicho.

MARIQUITA.

No tal, Leonor, no lo creas,
Que ha dias me ha prometido
Por palabras muy solemnes
Que se casarà conmigo.

LEONOR.

(¡Y yo que en prueba de amor
Le he regalado un anillo)
¿Y que harás de Salustiano?

MARIQUITA.

Al momento le despido.

LEONOR.

¡Y así tan fresca lo dices!
Eso será un homicidio,
Lo mas atroz que en el mundo
Se pudo nunca haber visto.
¡Pobrecito Salustiano
Que mal pagan tu cariño!

MARIQUITA.

¿Eres de èl apoderada?
¿Quien le hizo tu protegido?

LEONOR.

Soy como cualquiera otra
Amante del afligido,

Con autoridad.

Y por lo mismo te mando
Que olvides á don Cirilo.
¿Entiendes? ¿lo harás así?

Todo lo que sigue ha de ser muy rápido.

MARIQUITA.

Si mandas, ya yo he perdido.
Con humildad burlona.
Obedecerè à mi tia.

LEONOR.

¿Estás muchacha en tu juicio?
¿Te atreves así á insultarme?

MARIQUITA.

Si hermana eres de mi....

LEONOR.

Chito.

MARIQUITA.

De mi padre....

LEONOR.

¡Mariquita!

MARIQUITA.

Por un justo raciocinio....

LEONOR,

Silencio.

MARIQUITA.

Eres mi tia.

LEONOR.

¡Que ese nombre mis oidos
Destroza siempre no sabes!

MARIQUITA.

Sin tomar ese airecito
Así.... de madre ó abuela,
Jamas te hubiera yo dicho
Tia; mas ya ves, que yo....

LEONOR.

Calla, cállate por Cristo
Nunca pronuncies, jamas....

Llega Luisita de la calle en trage de mañana.

ESCENA VI.

DICHAS Y LUISITA.

LUISITA.

¡Todavia esos vestidos
Tienen ustedes encima!

MARIQUITA.

Nos habiamos distraido.
Ahora voy à desnudarme.

LUISITA.

Te ayudaré. ¿Y Felipillo?

MARIQUITA.

En el cuarto de papá.
(Bien me lo habia presumido
Y siendo ella mi rival,
Muy pronto su amor desquicio
Valiéndome alguna treta.)

¿No vienes tu?

LEONOR.

Un ratito
Tardaré: voy para allá.

Se van Mariquita y Luisa por la puerta de los cuartos.

ESCENA VII.

LEONOR.

¡Que signo tan malhadado!

¡Mala, mala vá la danza!
Nada creo que he logrado,
Pues es muy enamorado
El tal Cirilo de Almanza.
¡He echado muy mal la cuenta!
Quillita con quince años,
Y la belleza que aumenta
Vencerá con sus engaños
A mi que tengo cuarenta.
Yo que tonta desprecié,
A mas de un amartelado
Que me rindiera su fé
¿Para que me quedaré?
¡Que signo tan malhadado!
Pero no, esa presumida
Será por su mal vencida,
Y de Cirilo al amor
Seré yo la preferida,
O no me llamo Leonor.

Se vá por la puerta de los cuartos: por la del comedor aparecen D. Pedro y Felipe y de la calle llegan D. Cirilo y Salustiano.

ESCENA VIII.

D. PEDRO, D. CIRILO, FELIPE, SALUSTIANO.

FELIPE.

Es terrible, es horrorosa
Esa crítica del diablo.
¡Que toda mi musa es prosa!
¡Que me merezco un establo!

SALUSTIANO.

Beso á ustedes la mano.

A D. Pedro y Felipe.

D. CIRILO.

¿Qué bulla es esta señores?

D. PEDRO.

Tonterias de escritores.
Y ¿como vá Salustiano?

SALUSTIANO.

Aquí pasando ¿que es esto?

D. CIRILO.

Ya me encuentro yo enterado.

FELIPE.

¿Cómo?

D. CIRILO.

Me he desayunado
Con el libelo indigesto.

FELIPE.

¡Ah! Es lo mas indecente.

D. PEDRO.

No grites tanto: mas bajo.

FELIPE.

¡A mi llamarme guanajo!

SALUSTIANO.

¿De veras?

D. CIRILO.

¡Oh!

FELIPE.

Ciertamente.

SALUSTIANO.

Demàndalo ante el teniente,

FELIPE.

¡Al articulo?

SALUSTIANO.

A su autor.

D. CIRILO.

No, no es eso lo mejor.

FELIPE.

¿Pues que será don Cirilo?

D. CIRILO.

Quedarse así.... bien tranquilo,
Léjos de todo rencor.

FELIPE.

Pues yo no tengo frescura
Para sufrir que me insulten,
Haré que al autor lo multen
O estropearé su figura.

D. CIRILO.

Sería eso una locura,
Y usted ignora el autor.

FELIPE.

Lo buscarà mi furor.

D. PEDRO.

Yo, don Cirilo, convengo
Con usted, mas tambien tengo
Por un necio á ese escritor.

SALUSTIANO.

Ya yo veo que escribir
Tragedias trae sin cuento,
Abandono el pensamiento
De salírmela á lucir.

D. PEDRO. (*A Salustiano.*)

¡Ibas tambien á escribir?
¡Jesus! ¡que afan, que furor,
Ha entrado por ser autor
Manejando verso y prosa!
Es peste mas contagiosa
Que el cólera destructor.

D. CIR'LO.

Y mas digna de temer.

FELIPE.

¿Con que usted solo me ha dicho
Que despreciando á ese vicho
Me quede sin responder?
No puede, no puede ser.

D. CIRILO.

Tal cosa no he pronunciado.
¡Tontería! Contestado
Ha de ser en el momento.

D. PEDRO.

Con mucho comedimiento.

D. CIRILO.

Ese es un plan muy errado.
Si ha dicho el criticador
Que es usted un grande bestia,
Fuera de toda modestia
Alàbese con furor.
Que ningun compositor
Se le ha parado delante,
Diga usted al insultante,
Que él es el bestia, animal,
Fementido, desleal,
Burro, poetastro, pedante.

D. PEDRO.

¡Hombre!

D. CIRILO.

¡Y todavía es poco!

D. PEDRO.

Mas diga usted, las razones....

D. CIRILO.

Tengo en tales ocasiones
A quien las usa por loco.

D. PEDRO.

Los motivos yo no toco....

D. CIRILO.

Que ninguno hace otra cosa.

D. PEDRO.

Es cierto; mas bochornosa
Es esa conducta; fieles
Lo acreditan los papeles
De esa chusma fastidiosa.
Hay mucha necesidad
De que se juzgue y critique,
Y aunque algun tonto se pique
Es fuerza decir verdad;
Mas no con mordacidad;
Eso indica la pobreza
De la crítica cabeza
De aquel cuya torpe pluma
Logra se le mire en suma
Por falto en delicadeza.
Ninguno critica bien,
Todo se vuelve dicterios,
Palabrotas, improperios
Y nada por fin.

D. CIRILO.

Amen.

Considerémos tambien
Que hay escritos fastidiosos,
Fatales, empalagosos....

FELIPE.

Digo, esceptuando mis versos.

D. CIRILO.

¡Oh! Los de usted son tersos,
Sonoros, estrepitosos.
¿Quien lo ha podido dudar?
(Voy á lo que me interesa)
Diga usted, don Pedro, esa....

Hablan aparte D. Cirilo y D. Pedro.

FELIPE.

(Si fuera yo á averiguar....)

A Salustiano.

¡Me quieres acompañar?

SALUSTIANO.

Donde es el viage?

FELIPE.

Cerquita.

SALUSTIANO.

(¿Y no veré á Mariquita?)
Dispensa que estoy cansado.

FELIPE.

¡Que! Ven conmigo.

SALUSTIANO.

Plantado
Lo dejarè. *(vanse)*

D. CIRILO.

Leonorcita....

D. PEDRO.

Lo que le digo á usted: nada,
Nada le ha quedado á ella,
Ni un solo medio de aquella
Donacion tan cacareada.

Observa que se ha ido Felipe.

ESCENA IX.

D. PEDRO, D. CIRILO.

D. CIRILO.

(Seguir con Leonor no puedo.)

D. PEDRO.

(Este chico.... tengo miedo....)
Mil pesos solo heredó
Que en dulces se los comió.

D. CIRILO.

(Con la sobrina me quedo.)

D. PEDRO.

Aunque aquí para entre nos,
Ella un tanto es divertida,
Ha quedado reducida
A lo que tengo, y á Dios
Gracias, juntos los dos
Hemos vivido hasta aquí,
Con mis dos hijos.... asi....
Desde el momento que yo
Vine del Batabanó
Al morir mi Juana alli.

D. CIRILO.

Yo pienso por ese lado
Hacerme de un cafetal.

D. PEDRO.

¡Hola!

D. CIRILO.

Sì, *El Imperial*
Este año me ha dado
Poca plata.

D. PEDRO.

¿Abandonado
Lo tendrá usted acaso?

D, CIRILO.

Aunque hago yo poco caso
De mi finca, cuídala bien
Mi mayoral, Juan Debén,
Por lo que él hace, yo paso;
Pero *el Imperial*, mi amigo,
En malas tierras està,
Por esa razon no dà
Mucho cafè; si consigo
Por Batabanó el que digo,
Don Pedro, me voy á poner
Las botas.

D. PEDRO.

No puede ser;
¡Si el terreno es pantanoso!

D. CIRILO.

¡Que! Si es lo mas hermoso
De la isla á mi entender.

D. PEDRO.

Usted està equivocado.
Conozco el terreno á palmos.

D. CIRILO.

(¡Por David y por sus salmos!
Me encuentro bien enredado.)
Solo he oido.... no he estado....

D. PEDRO.

Para ingenios si que es bueno;
Por eso mismo està lleno
De ellos todo el partido.

D. CIRILO.

Por ese lado he salido
De apuros (Estoy sereno)
Este año que ha pasado
Hice cincuenta mil panes
Y pico.

D. PEDRO.

¡Voto á sanes!

D. CIRILO.

No es nada.

D. PEDRO.

¿No? ¡buen bocado!
¡Caramba!

D. CIRILO.

Muy desgraciado
Sería yo, sino fuera
Asì la zafra que hiciera
En mi ingenio del *Deseo*.

D. PEDRO.

¿Con que hay otro segun veo?

D. CIRILO.

Sí, *la Esperanza.*

D. PEDRO.

¡Friolera!
¿Y todos, léjos, allá....

D. CIRILO.

En la Vuelta-Arriba, sí,
Mis fincas están allí.

D. PEDRO.

Quisiera ver los ingenios.

D. CIRILO.

¡Ba!
Usted se divertirá
Mas serà en el cafetal.

D. PEDRO.

¿En cual, en el *Imperial*?

D. CIRILO.

Si, don Pedro. ¡Que hermosura!
¡Que soberbia arquitectura!
¡Es un jardin celestial!

D. PEDRO.

¡Oh!

D. CIRILO.

El batey es asombroso,
Con veinte lindos tendales
Adornado de colosales
Estátuas bellas.

D. PEDRO.

¡Que hermoso!

D. CIRILO.

Y mucho mas primoroso
El molino es, lo trageron
De Rusia: solo vinieron
Dos por recomendacion.

D. PEDRO.

¿Serà de nueva invencion?

D. CIRILO.

En eso solo estuvieron
Dos años.

D. PEDRO.

¡Y en Rusia!

D. CIRILO.

Vista
Su máquina con cuidado,
Todos se han asombrado,
No ha habido quien se resista.

D. PEDRO.

¡Oh, que molino!

D. CIRILO.

En la lista
De cosas raras, no habrá
Una mas rara: allí està,
En pública espectacion:
Todos los años, reunion
De curiosos hay allá.
Créalo usted.

D. PEDRO.

¡Yo estoy lelo!

D. CIRILO.

Mas admira muchas veces,
Una calle de cipreces
Que disputan con el cielo.
¡De mármol tienen el suelo!

D. PEDRO.

¡Cómo?

D. CIRILO.

Es decir.... los barracones.
¡Que magníficos salones!

D. PEDRO.

Vamos á mi cuarto, vamos.

D. CIRILO.

¡Obeliscos¡....

D. PEDRO.

Allí estamos
Con comodidad....

D. CIRILO.

¡Torreones!....

(Se vá D. Pedro solo por la puerta del comedor, porque D. Cirilo al oir la voz de Mariquita que canta, se detiene.)

ESCENA X.

MARIQUITA, (dentro) D. CIRILO.

D. CIRILO.

(Es la voz de Mariquita)
Don Pedro para allá voy,
Me quedo por un momento.
No perderè la ocasion
De decirle alguna cosa,
Que no quiero ya á Leonor.

(La actriz que ejecute el papel de Mariquita, cantará cualquier cancioncilla que estè en boga. Dentro.)

D. CIRILO.

Se acerca muy distraida

Y la voy à sorprender;
Pues será lo mas seguro
Que no me espere ella ver.

(Mariquita acaba de cantar ya en la escena. Sale en traje de mañana por la puerta de los cuartos.—Distraida se sienta cantando.)

ESCENA XI.

MARIQUITA, D. CIRILO.

D. CIRILO.

El son suavìsimo
De voz angélica
Me electrizó:
Se torna plácido
El rostro lùgubre
Del que te oyó.

MARIQUITA.

Solo política
Lisonja ùnica
Escucho yo;
Que un débil mèrito
Nunca en mis cánticos
Nadie encontró.

D. CIRILO.

Será por último,
Imágen célica,
Será ilusion;
Porque mi espíritu
Se encuentra estático
Con tu cancion.

MARIQUITA.

¡Ah! Calla, ¡pérfido!
Y no mas pláticas,
No mas por Dios,
Que fuí muy crédula

Al oir tus súplicas
Y tu ficcion.

Llorando.

D. CIRILO.

¡Oh Dios cruelísimo!
No viertas lágrimas,
Soy tu amador:
Tú eres la víctima
Quizà de un bàrbaro
Que te engañó.

MARIQUITA.

Tu esposa gélida
Crudo romántico
Conozco yó:
Quedéme estática
Sabiendo mísera
Que era Leonor.

D. CIRILO.

El dulce ídolo,
Para mi tálamo
¡Oh que furor!
¿Sería una clásica,
Muger pretérita
Que ya acabó?
Un talle mórvido
Que blando céfiro
Dulce meció,
Agita férvido
Mi pecho elástico
Que pide amor;
Por tí, lindísima,
Oyó mis pláticas
Esa Leonor;
Mas ella estúpida
A aun mas estólida
Por su pasion,
Allá en su ànimo
Creyó ciertísimo

La amaba yó.
¡Que despropósito!

MARIQUITA.

De aquesa mísera
Que me injurió
Tengo à fé lástima,
Mas una lícita,
Reparacion,
Por estas lágrimas
Y afan cruelìsimo
Exijo yo.

D. CIRILO.

¿Tù quieres, dímelo,
Que marche ràpido
A tu señor,
Y muy solícito
Tu mano fúlgida
Le pida yo?

Pausa.

Silencio plácido
Responde tímido
A mi pasion;
Marcho bellìsima
A hacer mi lícita
Proposicion.

Se vá por el comedor.

ESCENA XII.

MARIQUITA.

Jamas hubiera creido,
Que arrastrara una pasion
A tal grado un corazon
Como á mí me ha sucedido:
Yo que siempre me he reido,
De todo aquel que galante
Se me rindió por amante,
Que á mi placer he jugado
Con el amor, me he encontrado
Por Almanza delirante.

¡Que purísimo es su amor!
Todo su afecto he logrado.
Lo tengo ya asegurado
De las garras de Leonor,
De esa muger ¡oh furor!
Qué se quiere así oponer
A mi ventura, y vencer
En la palestra amorosa
A aquella de quien ¡no es cosa!
La madre pudiera ser.
Al pobre de Salustiano
No sé como despedir,
Que no puedo dividir
Entre dos hombres mi mano:
Ni un solo recurso humano
Encuentro para ello ahora,
Y es preciso, sin demora,
En el momento, al instante,
Que tome, pues, el portante,
Que mi pecho al otro adora.
Mas que me canso, si él mismo,
De poderlo despachar
El medio me và à prestar
Con su necio clasicismo;
Me valdrá el romanticismo
Para cumplir la intencion
Que anhela mi corazon,
Que idolatra á don Cirilo.

Viendo entrar á Salustiano.

Ha llegado y bien tranquilo:
No viene en mala ocasion.

ESCENA XIII.

MARIQUITA, SALUSTIANO.

SALUSTIANO.

(Sola la encuentro ¡Que dicha!)
Prenda amada ¿te hallas buena?

MARIQUITA.

Para servirte, bien mio,

Nada siento que me duela,
Ni me aflige ningun mal,
Solo quiero que me quieras;
He dicho mal, que me adores,
Y que á mí tan solo veas;
Pero tú, pérfido, ingrato,
Nada haces, ni te empeñas,
En darle gusto á la triste
Que sin tu amor se muriera.

SALUSTIANO.

¿Cómo nada? ¡Vírgen Santa!
¿Hacer por tí mas pudiera?
Correr de aquí para allá,
Andarme de seca en meca,
Siendo la risa y la mofa
De gente discreta y necia
¿No es nada? Y en la esquina
En noche turbia ó serena
Parado estar para hablarte
Hecho un poste de madera
¿Te parece prenda mia
Que no es nada? Sino fuera
Por el fuego en que me abraso,
Por tocar tu mano bella,
Yo te aseguro, te juro
Por el cielo, por la tierra....

MARIQUITA.

No jures, no, Salustiano,
Tu lo harias por cualquiera.
¿Te parece que me engañas?
Yo quiero mayores pruebas.

SALUSTIANO.

Pide, pide ¿qué te tardas?
Vamos; manda lo que quieras:
Me arrojeré de la torre
De San Francisco.

MARIQUITA.

¡Quimera!
Amigo, no soy tan boba.
Nada valen las promesas:
Todos nos dicen lo mismo,
Y nada cumplen. No atiendan
Mas, mugeres, de los hombres
Los cariños y ternezas
Que todos son inconstantes
En este siglo de fieras.
¿Do se encuentran los Macías?
¿Do las Marcillas se encuentran?
Nada, nada, ya no existen
Por nuestra fatal estrella;
Los diablos se los llevaron
Dejándonos solo à secas
A los Pepes, Panchos, Juanes,
Para nuestra burla y mengua.
¿No sabes que esa frialdad
Cruelmente me desespera
Y que yo quiero un volcan
Que el fuego del mio entienda?

SALUSTIANO.

Pero dí, mi alma, mi vida,
¿Es culpa que no comprenda?...
¿Que quieres de mí? acaba.

MARIQUITA.

Lo que tu amada desea
Es que muy pronto abandones
De los clásicos la secta,
Y te agregues al partido
De la romàntica escuela.

SALUSTIANO.

Pero sí....

MARIQUITA.

Que á Moratin

Nunca en tu mano lo tengas,
Y si á Byron, Victor Hugo
Balzac, Dumas..., sus novelas
Y dramas....—

SALUSTIANO.

No, no te apures,
Porque toda esa caterva
De gentes son para mí
Desconocidas.

MARIQUITA.

¿De veras?

SALUSTIANO.

Sí.

MARIQUITA.

Que no seas literato
Es preciso que consienta.
¡Como ha de ser! fuerza es
Quedarme con lo que resta.
Vístete bien à la moda
Con chaleco de rosetas,
Zapato de dril rayado,
Sombrero grande de aletas,
Pendiendo de sus dos lados
Unas copiosas melenas,
Y una casaca adornada
Con botones de galleta.
Con tal ropa, y con un aire
Así, como de tristeza,
Y que siempre de tus labios
Salgan rayos y tormentas,
El querub y serafines,
Castillos, torres y grietas,
Execracion, maldicion,
Las tumbas y calaveras,
No hay duda que me amaràs
Como lo manda la escuela
Romàntica.

SALUSTIANO.

Pues creerse
Que yo piense, aunque muriera,
Mudar vestido y hablar
Como tú mi bien deseas,
Es pensar en lo escusado
Que muy buena es mi cabeza
Y tengo á mas en el mundo
Una posicion bien seria.

MARIQUITA.

Cual es?

SALUSTIANO.

(Con ènfasis.)

Soy papelista.

(Aparentará Mariquita que ha recibido una gran impresion con la noticia.)

MARIQUITA.

¡Ah! ¡que fatiga, que pena!
Me muero ¡Triste de mí!

SALUSTIANO.

¿Que es esto? muchacha, tiemblas?

MARIQUITA.

¡Dios mio!.... ¡Un papelista....
En estos tiempos ¡que mengua!

SALUSTIANO.

Y que ¿tú no lo sabias?
¿Cómo es eso?

MARIQUITA.

¡Quien tal piensa!

SALUSTIANO.

Hace siete ú ocho años
Que tengo una linda mesa
En el oficio....

MARIQUITA.

¡Victor Hugo!
¡Lanza sobre él tu anatema!
Ya para tí no hay perdon,
Es muy clásica tu estrella:
Sí, si, ya de los románticos
Nunca entrarás en la escuela.
Metido ¡ay triste! en papeles,
Viviendo siempre entre cuentas,
Protocolos y decretos,
Todo rancio, y por receta,
Don Fulano digo que
Cuando un escrito comienza,
Y al final, á usted suplico....

SALUSTIANO.

¡El dinero!....

MARIQUITA.

¡Que miseria!

SALUSTIANO.

Distingo ¿No sentirías
Que sin comer me muriera?

MARIQUITA.

¿Quien come hoy?

SALUSTIANO.

Pues entònces....

MARIQUITA.

Adios, sí, hasta que muera.

SALUSTIANO.

¡Quillita!

MARIQUITA.

¡Ay de mi triste!

SALUSTIANO.

Mira....

MARIQUITA.

¡Quien lo creyera!
(*Mirando al comedor.*)
Me voy, que viene papá. (*vase*)

SALUSTIANO.

Esto mas, ni que lo huela.

ESCENA XIV.

D. PEDRO, SALUSTIANO.

D. PEDRO.

Tengo que hablarte un instante.

SALUSTIANO.

Muy bien—(¿Que querrá decir?)

D. PEDRO.

Acaso te admiraràs
De lo que me vas á oir.
Mariquita....

SALUSTIANO.

(¡Malo vá esto!)

D. PEDRO.

En la clase femenil
Es el triste resultado
De mi consorcio infeliz.

SALUSTIANO.

Pero don Pedro....

D. PEDRO.

Silencio,
Y déjame concluir.
Yo la quiero, y no es estraño,
Como á las niñas de mis
Ojos: que la requebrabas
Hace algun tiempo advertì,
Sin figurarme jamas
Que se pasara de ahí;
Pero apénas, por desgracia,
He conocido que fuí
Engañado, te aseguro—
Tènlo entendido—que sí
Desde ahora no dejas
Los pasos de ella seguir,
Y una palabra amorosa
Quilla de tí vuelve á oir,
Al momento, de mi casa
Te haré, severo, salir,
Pues los deberes de esposo
No tienes con que cumplir,
Y ya tengo asegurado
Quien la podrà hacer feliz.

SALUSTIANO.

Don Pedro Perez....

D. PEDRO.

De Plata.
Ya lo sabes.

SALUSTIANO.

Pero sí....

D. PEDRO.

A otra cosa.

SALUSTIANO.

Es crueldad....

D. PEDRO.

No hay mas nada que decir.
Don Cirilo espera.—Adios.

SALUSTIANO.

Oigame usted.

D. PEDRO.

No hay que oir.

(Se va D. Pedro por el comedor.)

ESCENA XV.

SALUSTIANO.

¡Hombre! ¡Pues estamos frescos!
¡Maldito viejo! !oh furor!
Y sino me engaño, dijo,
Que la muchacha dió.
¿Quien será ese afortunado
Que ha destruido mi amor?
¿Pero tambien esa ingrata
No ha rato me despidió?
Porque soy clásico, y ¿dejo
De tener un corazon?
¡Y de ser bien parecido?
¡Y de ser hombre de pro?
Pero no, no fué esa causa;
Mas ¿que será? Otro amador...
Ahora mismo con el viejo
Todo á averiguarlo voy.

(Se va para el comedor y cae el telon.)

ACTO SEGUNDO.

ESCENA I.

(Viene del comedor.)

SALUSTIANO.

No he podido una palabra
Con don Pedro hablar á solas,
Que está con el don Cirilo
Tratando no sé que cosas
Tan distraido.... y ese hombre
Me gusta poco.... La sorna
Con que me trata.... No sé....
Y cuando à alguna persona
Le echo yo el ojo, acierto;
Porque nunca se equivoca,
Un hombre que está obligado
Por su situacion forzosa

A andar entre mala gente;
A mas de que tengo otra
Razon para creer, sin duda,
Que es un pillo; mas, ¿me importa
Algo ese hombre? la pena
Que á mi corazon agovia
Es ver mi amor ya frustrado,
Tal que parece una broma,
Porque motivo ninguno....

(Mira por los cuartos.)

Mas viene allí una persona. ..
Es la tia: dos despedidas
Llevo yá: ¡Vírgen de Atocha!
Si ahora viene la tercera
Busco al momento una soga.
(Llega Leonor de los cuartos.)

ESCENA II.

LEONOR, SALUSTIANO.

LEONOR.

Te buscaba, Sálustiano.

SALUSTIANO.

(No viene al fin con furor.)

LEONOR.

Yo quiero....

SALUSTIANO.

Escúchame ántes
De comenzar tu sermon.

LEONOR.

¡Que sermon! Ya lo sé todo
Y te ofrezco proteccion.

SALUSTIANO.

Por último encuentro uno
Que me tenga compasion.

LEONOR.

Porque veo que cometen
Contigo una cosa atroz.

SALUSTIANO.

Sí, terrible; pero dime:
Don Pedro tiene razon....

LEONOR.

No es don Pedro tu enemigo.

SALUSTIANO.

¿Mariquita es?

LEONOR.

No señor.

SALUSTIANO.

Pues entónces....

LEONOR.

Hay un duende
Que es el gefe del complot.

SALUSTIANO.

¿Y ese quién es?

LEONOR.

Don Cirilò.

SALUSTIANO.

No me lo digas, Leonor.

LEONOR.

Pues es cierto, amigo mio.

SALUSTIANO.

¿Y él qué?....

LEONOR.

Es tu opositor.

SALUSTIANO.

¿Cómo se entiende eso? Vamos
Deja las chanzas por Dios.

LEONOR.

¡Què chanzas, es la verdad!

SALUSTIANO.

Luego él fué á quien eligió
Don Pedro ¡que picardía!
Amigo se me vendiò
Y asi me engaña.

LEONOR.

¡Bravísimo!
(No hay duda, vence mi amor.)

SALUSTIANO.

¿Y podremos impedirlo?

LEONOR.

Por tí yo tengo intencion
De hacer lo que pueda y sepa;
Me he tomado por tu amor
Bastante interes.

SALUSTIANO.

Mil gracias;
Tienes muy buen corazon.

LEONOR.

Tu felicidad deseo.

SALUSTIANO.

Gracias, lo creo, Leonor.
Reflexionando.
Si una sospecha que tengo
Se confirmara, por Dios
Que no se casa con ella.

LEONOR.

¡Que cosa?

SALUSTIANO.

Nada.... pasó

LEONOR.

Dí, ¿que sospecha....

SALUSTIANO.

Bobada.

LEONOR.

¡Acaso tiene otro amor?

SALUSTIANO.

Eso no basta: un arcano....
Te diré; una presuncion....

(Llegan D. Pedro y D. Cirilo del comedor. los cuatro actores se colocan asì; D. Pedro y Leonor á un lado sentados; D. Cirilo y Salustiano á otro parados.)

ESCENA III.

DICHOS, D. PEDRO, D. CIRILO.

D. CIRILO.

A D. Pedro.

La guardaraya de mangos
Es tan coposa á mi ver....

SALUSTIANO.

(Ahí está.)
Mirando á D. Cirilo.

LEONOR.

Pero di ahora....

D. CIRILO.

¿Usted por aquí tambien?
(*A Salustiano.*)

SALUSTIANO.

(¡Bribon! Mas vale callar.)

D. PEDRO.

Hermana, es preciso ver.
A Leonor.
Come se arreglan las cosas,
Que ya te comuniqué
Mi última y postrimera

Resolucion, la que á fé
De Pedro Perez se hará,
Que yo lo mando.

LEONOR.

Está bien,
Yo estoy conforme con todo
Lo que quieras resolver,
Mas mis reflexiones....

D. PEDRO.

¡Tate!

D. CIRILO.

Amigo mio, oiga usted;

A Salustiano.

Para ser articulista
Consejos mil le darè:
Todas las cosas requieren
Principios, á mi entender,
Por lo que es tambien preciso
Que á escribir comience usted
Sobre teatro.

SALUSTIANO.

(Lo que diga
Con paciencia escucharé
Que pierde el que se incomoda
Con hombres de este jaez.)

D. CIRILO.

¡Que? ¡No se aprueba mi idea?

SALUSTIANO.

De teatro....

D. CIRILO.

Oígame usted

SALUSTIANO.

Pero no es fàcil....

D. CIRILO.

¡Oh! sí!
Escuche y le esplicarè:
La leccioncita es bien corta;
Va usted al teatro....

SALUSTIANO.

Muy bien,

D. CIRILO.

Repare lo que mas pueda
Y á su casa se va usted;
La pluma enristra con ànimo
Frente á tintero y papel;
Escribe usted.... lo que quiera:
El actor *tal* lo hizo bien,
Pero el galan se enfrió
Y los comparsas tambien
La dama no se vistió
Como pide su papel,
El drama representaban
Cual si fuera un entremes;
Las decoraciones.... malas,
No fueron del siglo aquel.

SALUSTIANO.

¡Con que á costa de los cómicos
Es necesario aprender
Segun usted ha indicado?

D. CIRILO.

Cierto, y del autor tambien
Porque acaba usted su obra
Primera, diciendo que
La pieza era buena, pero
El asunto alguna vez
Decayó con frialdad;
No estuvo tratado bien.

D. PEDRO.

Y serémos muy felices

A Leonor.

Casada Quillita, ves
Que se asegura su suerte.

LEONOR.

(Me ahogo.... ¡Que rabia! y ¿qué
Sucederá por fin esto?
No lo sufro, y yo ¿que harè?)

D. PEDRO.

De pobre como se halla
A ser pudiente, clara es
La diferencia; es Cirilo
Muy rico: lo sabes bien,
Y estimando à tu sobrina
Nada tienes que oponer.

LEONOR.

(¡Ay triste de mi, infeliz
¿Para que me quedarè?
Los años pasan volando
Tan rápidos ¡tiempo cruel!)

SALUSTIANO.

Para juzgar de esas cosas

(A Cirilo.)

Confieso que nada sé

D. CIRILO.

Y con instruccion, la gracia
¿Donde la tuviera usted?
Ninguna ciencia requiere;
Sea la crítica cruel
O suave, ò como usted quiera
De todas maneras es
Muy buena, que los actores
No se pueden defender,

Y á mas, todo se reduce
A si uno lo hizo bien,
O mal, es fácil decirlo,
Todo lo sufre el papel;
La prensa es la que trabaja
Y amigo, entónces se vè
Usted tenido por todos
Como un escritor

SALUSTIANO.

¿Y que?

D. CIRILO.

¡Hombre! Qué usted no piensa
Ya en ser escritor? ¿Por qué?

SALUSTIANO.

Es verdad... mas...

D. CIRILO.

¡Oh! ¡La gloria!
Que gusto es el estender
Grabado en letras de molde
Lo que produce la sien.
Esto de verse emprensado....

SALUSTIANO.

(¡Asi lo viera yo á él)

D. CIRILO.

Es para morir de gusto.
Vamos, anímese usted.
Me sucedió, Salustiano,
Cuando por primera vez
Escribí, que era ignorado,
Y asì que se supo, que
Era el escritor don Juan....

(Se detiene al oir la voz de Luisita que desde los cuartos dice lo que se leerá en los primeros versos: se dirige al momento á ella, dejando solo á Solustiano.)

LUISITA.

¡Que calor!

(*Sale.*)

D. CIRILO.

Estoy à los piès
De la preciosa Luisita

SALUSTIANO.

(El mismo cayó en la red)

D. CIRILO.

¡Que peinado tan gracioso!

(*A Luisa.*)

SALUSTIANO.

(Juan.... mis sospechas afirmé

(*Reflexionando y aparte.*)

Señores hasta la vuelta.
(No hay duda; me vengaré)

(*Se va para la calle.*)

ESCENA IV.

LEONOR, LUISITA, D. PEDRO, D. CIRILO.

(*Sigue siempre Leonor hablando con D. Pedro, y Luisa y D. Cirilo se quedan* à *un lado.*)

D. CIRILO.

Está usted, bella Luisita,
Seductora esta mañana.

LUISITA.

Y usted muy galan conmigo,
Cosa, en verdad, bien estraña.

D. CIRILO.

¿Como es eso, si hace un siglo,
Que esa carita me encanta!

LUISITA.

¡Es posible don Cirilo?
Con otra á burlarse vaya.

D. CIRILO.

¿Burlarme yo, señorita?
Eso seria una infamia.

LUISITA.

¿Que? ¿Cree usted que no conozco
A su bella idolatrada?

D. CIRILO.

Ilusion de usted sin duda;
Las apariencias engañan.

LUISITA.

No señor, que es Mariquita
Su futura, prenda cara.

D. CIRILO.

Nada mas que presunciones,
A usted sola yo adoraba
Desde un dia que la ví
En la alameda de Paula.

LUISITA.

¿De veras?

D. CIRILO.

Cuando empecé
A visitar esta casa,
Supe que Felipe à usted,
Como amante galanteaba,
Y por consideracion
No le he dicho una palabra;
Mas hay ratos como este,
En que exaltándose el alma,
No se puede contener
Por el amor impulsada.

LUISITA.

Quiere irse pero la detiene D. Cirilo.
Tengo que hablar à Leonor.

D. PEDRO.

¿No dices una palabra?
(A Leonor.)
Habla por amor de Dios.

LEONOR.

Si tengo muy pocas ganas

D. CIRILO.

(A Luisa.)
A usted dirigí unos versos
Que salieron en el Diario.

LUISITA.

¡Vaya!
¿A mi? Seria á Quillita.

D. CIRLIO.

La poesía era dedicada
A una *Ele* y ella es *Eme.*
En la semana pasada
Se imprimió; véala usted....
El dia diez: cuenta clara.

LUISITA.

(¿Serà verdad?)—Nunca creo
En versos: es una bobada,

D. CIRILO.

De los fieles amadores
Esa es la desgracia innata.

LEONOR.

(Mirando á Luisa y D. Cirilo.)
(Me gusta poco, por cierto

Tal conversacion)—Acaba,
Concluye, Pedro de hablar;
Me tienes ya muy cansada.
Ya te he dicho que lo apruebo,
Que conozco las ventajas
De ese matrimonio.

D. PEDRO.

Bien:
Asi me gusta.

LEONOR.

Pues basta.

Se reunen todos.

D. PEDRO.

Don Cirilo, vaya usted
Al negocio aquel...., que pasa
La hora; y que esté es preciso
De vuelta á comer; sin falta.

D. CIRILO.

Sin falta.

LEONOR.

¿Y adonde bueno?

D. CIRILO.

El conde de Santa Clara
Para un negocio de urgencia
Me espera en esta mañana.

LEONOR.

No sea cosa que le obligue
A quedarse á comer.

D. PEDRO.

Nada.

D. CIRILO.

Confiad: me escusaré
Que primero es usted; ¡vaya!
Que todos los condes, duques
Y marqueses y....

D. PEDRO.

Mil gracias.

D. CIRILO.

Aparte á Luisita.
Silencio, Luisita—Adios.

LEONOR.

¡Ingrato Cirilo!
Aparte á Cirilo.

D. CIRILO.

¡Vaya!
Confia en mi fiel cariño.
Aparte á Leonor.
Usted es siempre apreciada.
(*Alto á la misma.*)
Adios.
(*Vase.*]

ESCENA V.

LEONOR, LUISITA, D. PEDRO.

D. PEDRO.

Adios—¡Que nos quiere!
A toda la familia; hasta
A tí, Leonor, te aprecia.

LEONOR.

¡Y es en verdad cosa rara!

D. PEDRO.

No es poco. Con esa cara
Tan seria ya ves....

LEONOR.

Muy necia
Fuera, si algun valor yo
Le diera á tus espresiones
¿Tienen algo mis acciones
Que causen espanto?

D. PEDRO.

Nó;
No tanto, que yo no hablé
Sino de tu cara solo
En la que el hombre mas bolo
Un fiero carácter vé.
Siempre estás de mal humor:
La razon no la comprendo.

LEONOR.

Es muy falso, aunque viviendo
Contigo, no era....

LUISITA.

Leonor....

LEONOR.

Estraño; pues con tus manias
Eres bien inaguantable,
Tanto que no es probable
Te pases solo dos dias
Sin armar una quimera,
Por la tarde, de mañana,
Con tus hijos, con tu hermana,
Con Juana la cocinera....

D. PEDRO.

¡Y quien tiene mas razon

Para poderse enfadar?
¡Quien puede aqui regañar
Y mandar en conclusion?
Di.

LEONOR.

¡Que pregunta! Los dos
Sin duda.

D. PEDRO.

¡Ahi està el cuento!
Eso es lo que no consiento
Ni permito ¡Vive Dios!

LEONOR.

¿Por qué no consientes? dì.

D. PEDRO.

¿Quien paga el mes de la casa?

LEONOR.

Tú.

D. PEDRO.

Y los diez pesos á Blasa
Por la ropa ¿no soy yo?

LEONOR.

Sí

D. PEDRO.

¿Quien paga al boticario,
Al lechero, al aguador,
Al sastre, al revendedor,
A los serenos y al Diario?

LEONOR.

Ya se ve... tú,

D. PEDRO.

Pues no hablemos
Ya mas del particular;
Me toca á mi regañar,
Y á tí callarte.

LEONOR.

Veremos.
¡En todo yo no te ayudo?

D. PEDRO.

¿A mí, Leonor? ¿Estás loca?

LEONOR.

Que bien indicas tu poca
Gratitud. Dios no pudo
Haberme dado un hermano
Peor.

D PEDRO.

Pero, hermana ¿en qué
Te ofendo? Yo no lo sé:
Es mucha verdad que gano
En que vivas á mi lado,
Que una muger necesita
Por compañera Quillita
Pidiéndolo así su estado,
A nadie pude escoger
Para el caso, como á tí.

LEONOR.

¿Y en nada te sirvo? Di.

D. PEDRO.

¡Gran cosa!

LEONOR.

¡Pues no ha de ser!

D. PEDRO.

¿Mas te cuesta algun trabajo
Desempeñar tu mision?
Tu duermes como un liron,
Gastas dinero á destajo,
Comes bien, y te paseas,
Te vistes perfectamente
Para lucir á la gente
Y tienes cuanto deseas.
Sabes los medios poner
Para nunca incomodarte,
Y evitas con maña y arte
Lo que debieras hacer;
O dime, sino, aragana,
¡A quien le debe tocar
El ir ahora á observar
En que situacion, Juana
Tiene los guisados ya?

LEONOR.

¿Que á la cocina yo vaya?

D. PEDRO.

Si señor, que de una saya
Es mas propio.

LEONOR.

No será:
Nunca, no, te lo aseguro.
¡Yo en la cocina! ¡que horror!

LUISITA.

Cálmate un poco Leonor.

D. PEDRO.

Déjela usted—yo te juro....

LEONOR.

Càllate Pedro. Aunque quiera
Jamas te perdonaré
Tal injuria.

LUISITA.

Pero que....

LEONOR.

Y que linda cosa fuera
Ver una dama del dia
En tal punto ¡me desespero!

D. PEDRO.

Es obligacion....

LEONOR.

¡Me muero!

ESCENA VI.

DICHOS, MARIQUITA.

La última sale precipitadamente de los cuartos.

MARIQUITA.

¿Papà?

D. PEDRO.

¿Que hay?

MARIQUITA.

Yo quería....

D. PEDRO.

Acaba pronto.

MARIQUITA.

Cuatro reales
Para una urgencia forzosa.

D. PEDRO.

¡No me faltaba otra cosa!
Los tiempos están fatales.

MARIQUITA.

Pero papá....

D. PEDRO.

Hasta que reciba
Del Horcon los alquileres
No puedo. ¡Para que quieres
Dinero?

MARIQUITA.

La *Siempreviva*....
Hoy reparten un cuaderno....

D. PEDRO.

¿No se habia concluido?

MARIQUITA.

No señor: se ha repartido....

D. PEDRO.

¡Todavía!.... ¡Dios eterno!

MARIQUITA.

Papà....

D. PEDRO.

¿No acaba de morir?
¿Cuando será *Siempremuerta*?
Mas pretende, es cosa cierta,
La maldita concluir
Primero con mi bolsillo.
Desengáñate María,
Es una gran tonterìa,
Lo mismo que aquel librillo....
Aquel....

MARIQUITA.

¿*El Album*?

D. PEDRO.

Así es,
Y el *Presente*, y la *Cartera*,...

LUISITA.

Son muy bonitos.

D. PEDRO.

¡Quimera!

LEONOR.

Sí, por no gastar.

D. PEDRO.

Ya ves
Que no es chica la razon:
Cuatro reales por aquí,
Cuatro reales por allí....

LEONOR.

Los pide la ilustracion.

D. PEDRO.

Ya son todos redactores
En siglo tan indigesto,
Y por ver ustedes puesto,
Entre muchos suscriptores,
La señorita Fulana,
Son muy capaces de hacer
Cualquiera cosa, que ser
De la noche á la mañana
Literatas, no es poco: así
Son ustedes respetadas
Por todas esas bandadas
De escritores.

MARIQUITA.

Pero sì....

D. PEDRO.

Se acabó: toma el dinero,
Aunque á la verdad no es justo,
Pero en darte yo gusto
Atiendo siempre primero:

(*Dale cuatro reales.*)

MARIQUITA.

Gracias.

D. PEDRO.

Y hazme el favor
De borrarte presurosa
De toda esa prodigiosa
Plaga de libros: y, Leonor,
Vete pronto acostumbrando
A cuidar de los quehaceres
De casa, que las mugeres
Deben hacerlo....

LEONOR.

Rabiando
Estoy.

D. PEDRO.

Adios, hasta luego.

(*Vase.*)

ESCENA VII.

LEONOR, LUISA, MARIQUITA.

LEONOR.

¡Que rabia!

LUISITA.

No te enfades
Leonorcita, y hablarèmos
De comedias y de bailes.

MARIQUITA.

Esta noche hay uno bueno
Aqui á la vuelta, en la calle....

LUISITA.

No iré yo à él, Mariquita,
Es en casa de las Báses.

LEONOR.

Tienes razon: son muy tontas;
Con ellas nos pasò un lance....

LUISITA.

¿Cual?

LEONOR.

Largo es de contar.
(No he podido preguntarle
Lo que le dijo Cirilo.)

MARIQUITA.

¡Como iríamos à un baile?

LEONOR.

No es preciso salir: aquì
En casa puede bailarse

MARIQUITA.

¡Como?

LEONOR.

Se busca un violin,
Y con hablarle á tu padre....

LUISITA.

¡Que buena ocurrencia! Pero
¡El querrá?

MARIQUITA.

Si, con rogarle
Un poco, està todo hecho:
Convidamos á las Suarez....

LEONOR.

A Gertrúdis....

LUISITA.

A Pepilla....

MARIQUITA.

A Periquillo.... á Juan.....

LEONOR.

Pase

Aunque no me agrada por....

ESCENA VIII.
DICHAS Y FELIPE.

(*Viene Felipe de la calle.*)

FELIPE.

¡En nadie puede fiarse!

LUISITA.

¡Eh! Ya llegò Felipillo—
—Mira, tenemos un baile.

FELIPE.

¡Que tunante! ¿Y don Cirilo?

LEONOR.

Se ha marchado en este instante.

FELIPE.

¿Y donde se hallará ahora?

LEONOR.

A Santa Clara fué á hablarle.

FELIPE.

Bien claro le hablarè yo.

LEONOR.

¿Como?

FELIPE.

No hay que apurarse.

LEONOR.

¿Que ha sucedido?

LUISITA.

Felipe
Son tuyos todos los valses.

FELIPE.

Calla, Luisita, por Dios:
Déjate ahora de bailes.

LUISITA.

¿Que modo de hablar es ese?
(Don Cirilo es mas galante.)

LEONOR.

¿Que tienes con don Cirilo?

FELIPE.

Que es un pillo, un tunante.

LEONOR.

Tu seràs el pillo ¿entiendes?

MARIQUITA.

¿A un hombre de su alta clase,
De tan bellas circunstancias
Insultas?

FELIPE.

Debo insultarle.

MARIQUITA.

No señor, no debe ser.

FELIPE.

Es un pìcaro, un infame.

MARIQUITA.

No señor.

LEONOR.

Que no,

FELIPE.

Que sí.

LEONOR.

Es caballero.

FELIPE.

Un bergante.

LUISITA.

Mientes.

FELIPE.

¡Que! ¿tambien tú?

LUISITA.

Sí, sí.

FELIPE.

¡Vaya que es lance!
¿De veras?

LUISITA.

Por supuesto.

LEONOR.

Pero dí sin sofocarte,
¿Ese hombre que te hizo?

FELIPE.

Que es un bribon, un tunante:
Se portó muy mal conmigo.

MARIQUITA.

Mentira.

(*Todos á un tiempo hasta concluir la escena.*)

LEONOR.

Es muy galante

LUISITA.

Embuste.

FELIPE.

Cállense ustedes.

MARIQUITA.

No señor, aunque lo mande
Cualquiera.

FELIPE.

Sí.... escúchame....

LEONOR.

No señor.

LUISITA.

No.

FELIPE.

Por la sangre
De Cristo.

TODAS.

No.

FELIPE.

¡Que me ahogan!

ESCENA IX.

DICHOS Y D. PEDRO.

D. PEDRO.

Silencio.

FELIPE.

¡Ah! Ya respiro.

D. PEDRO.

¿Que significa esta bulla?

FELIPE.

Yo....

D. PEDRO.

¡Que quiere decir esto?

FELIPE.

Estas muchachas me insultan
Por que dije que Cirilo
Es un pícaro....

D. PEDRO.

¡Impostura!
Es un caballero.

LEONOR.

Cierto.

FELIPE.

Me ha engañado.

D. PEDRO.

¡Que locura!

LEONOR.

¡Un hombre tan fino, pícaro!

D. PEDRO.

¡Y con molino de Rusia!

LUISITA.

¡Tan elegante, tan guapo!

FELIPE.

El sabrá donde....

D. PEDRO.

Busca,
Si te agrada, un tonto
En quien descargar tu furia
Y aprécialo mas ahora
Que tu hermana es su futura.

FELIPE.

Es imposible que yo
Ese matrimonio sufra.

D. PEDRO.

¡Atrevidillo! ¿En mi casa
Quieres mandar por ventura?

FELIPE.

No papá; en nada me mezclo
Que à mi persona no incumba,
Mas quien engaña una vez
Engañará tambien muchas.
Si usted supiera lo....

D. PEDRO.

Vamos,
Habla por Dios, que me asustas.

LEONOR.

¿Que es lo que ha habido?

FELIPE.

Allá voy. Aquella critica brusca
Que saliò contra mis versos,
Tan picante, tan injusta,
Por don Cirilo fué escrita.

D. PEDRO.

¿Por don Cirilo?

FELIPE.

Sin duda.

D. PEDRO.

¡Te has vuelto loco muchacho?

LEONOR.

¡Ay! ¡Que ocurrencia tan chusca!

MARIQUITA.

¡Ja! ¡Ja! ¡Ja!

LEONOR.

¡Que gracioso!
¡Ja! ¡Ja!

FELIPE.

Esa risa me insulta.

D. PEDRO.

Vale mas reirse, Felipe,
Que hacer caso á tu locura.
El ataque por los versos
Te ha vuelto loco sin duda.

FELIPE.

¡La letra de don Cirilo
Conoce usted por ventura?

D. PEDRO.

Como à mis manos.

FELIPE.

Muy bien.

¿Y la firma?

MARIQUITA.

¡Que es muy curra!

(Saca un papel de la faltriquera que entrega á D. Pedro, quien busca en el frac sus espejuelos y no los encuentra.)

FELIPE.

Pues, mire usted, papà.

D. PEDRO.

Los espejuelos.... Con las plumas
Están en la mesa: tráelos.

(Vase Felipe por el comedor, y vuelve al momento.)

ESCENA X.

DICHOS mènos FELIPE.

D. PEDRO.

¡Que impaciente! ¿por ventura
Creerà que puedo ver bien
Sin ellos? En época tan oscura
En que jòvenes no ven
Por elegancia y finura,
Fuera estraño que los viejos
Tuvieran vista segura.

(Llega Felipe con los espejuelos que entrega á su padre quien se los pone para leer lo siguiente.)

ESCENA XI.

DICHOS Y FELIPE.

D. PEDRO.

,,Comunicado''—¡Su letra!
,,Malos versos.... idea inmunda....
,,Poetastro, guanajo....''

FELIPE.

¡Infame!

D. PEDRO.

Es el mismo ,,La estructura
,,De los versos''—Abajo dice:
,,Nadie se enoje—Garduña''
,,Responde Cirilo Almanza''
Y el pase de la censura.
¡Por Dios santo que estoy lelo!
¿Son los vidrios por ventura?

(Limpia los vidrios y vuelve á mirar el artìculo.)

FELIPE.

Y bien ¿ahora la verdad
Usted conocer reusa?

D. PEDRO.

¡Cierto! ¡muy cierto! ¿Y se estilan
Estas cosas? ¡Santa Ursula!
—No hay que dudar; es su forma.

Entrega á las señoritas el artìculo.

Miren ustedes.

LEONOR.

Sí, suyas
Son letra y firma.

D. PEDRO.

¿No habrá
Trampa oculta aquí, criatura?

FELIPE.

¡Que trampa, ni que embolismo!

D. PEDRO.

De creerse es cosa dura,
Mas al fin veremos si él
Algo dice.

(Llega Salustiano de la calle sofocado, y con tres piezas de autos debajo del brazo.)

LEONOR.

Ya ha vuelto
Salustiano y....

ESCENA X.

DICHOS Y SALUSTIANO.

D. PEDRO.

Con papeles
Dia de fiesta ¿que es esto?

LEONOR.

(¡Alguna esperanza queda!)

SALUSTIANO.

Soy yo muy capaz, don Pedro.
De cargar por usted el mundo.

D. PEDRO.

¡Vive Dios que no te entiendo!

SALUSTIANO.

Examine esto que traigo
Solo para su recreo.

(Le entrega á D. Pedro las piezas de autos.)

LEONOR.

Salustiano....

SALUSTIANO.

Ahora verás.

FELIPE.

No adivino....

D. PEDRO.

¿Y que es esto?

SALUSTIANO.

Examine usted.

D. PEDRO.

No miro
Nada mas que unos procesos.

SALUSTIANO.

Lea usted, lea las carpetas,
Se lo suplico don Pedro.
Lea usted aprisa.

D. PEDRO.

Veamos.

(D. Pedro va examinando los procesos, y leyendo las carpetas segun espresa el diálogo.)

Ya que te empeñas, comienzo
Por este: ,,Son diligencias
,,Que José María Fierro
,,Sigue contra D. Juan
,,Cirilo Almanza.'' ¿Mi yerno
Es este?

SALUSTIANO.

Si señor, el mismo.

D. PEDRO.

,,Por mil y quinientos pesos."
Bien: ahora me diràs
Que quiere decir todo esto,
Porque á mi no se me alcanza...

SALUSTIANO.

Siga, siga usted leyendo.

D. PEDRO.

,,Este otro contra el mismo
,,Sobre estafa." ¡Santos cielos!
,,El siguiente es tambien contra
,,El tal por escalamiento..."
¡Vírgen santa! Si es un hombre
De riquezas tan repleto,
¿Cómo pueden encausarlo?
¡Tan rico!

SALUSTIANO.

Ahí está el cuento,
Que todo ha sido mentira.

D. PEDRO.

Esplícate, ¿cómo es eso?

LEONOR.

Dí, ¿cómo lo averiguaste?

SALUSTIANO.

Oigan ustedes. Ha tiempo
Yo sabia, que en la mesa
De un don Luis mi compañero,
Esos procesos corrian, contra
Un Juan Cirilo Almanza: veo

A poco despues, que empieza
A visitar à don Pedro,
Uno con el mismo nombre
Y apellido; mas su aspecto,
Riquezas, y sobre todo
El Juan que echaba de ménos,
Que me olvidara de todas
Esas noticias me hicieron;
Mas luego que con infamia
Me engañó, al pensamiento
Me vino que podia ser
El mismo; algo indiscretò
Tambien, no hace un par de horas,
Cuando me narraba un cuento,
Se le escapò sin querer
Que se llamaba Juan; esto
Confirmó mas mis sospechas;
Corro á D. Luis, el cual presto
Al oir las señas, me dijo
Que era el mismo de los pleitos,
Que no ibá á la escribanía
Porque era inútil, teniendo
Dado poder, por lo que allí
No lo habia yo vistò; ruego
A mi amigo, aunque es
Hoy fiesta, que al momento
Fuéramos á ver los autos;
Y con efecto, los veo;
Me figuro que si á usted
Se lo digo, por un cuento
Lo tendria; los tomo y digo
A mi D. Luis, „pronto vuelvo"
El se quiere resistir,
Pero no lo logra, y vengo
Por esas calles de Dios
Con esta carga corriendo.

FELIPE.

¿Què ta!, papá, es un pillo
O no?

D. PEDRO.

¡Pues estamos frescos!

MARIQUITA.

¡Quién lo habia de decir!

LUISITA.

¿Y cómo se compondrá esto?

LEONOR.

¡Qué signo tan malhadado!

SALUSTIANO. (*A Mariq.*)

¿Valen ó no los procesos?

MARIQUITA.

Veo que no son tan clásicos.

SALUSTIANO. (*A Leonor.*)

¿Puedo vengarme ò no puedo?

LEONOR.

¡Ay, ay de mì! Salustiano,
Con tu venganza me has muerto.

SALUSTIANO.

¿Cómo? ¿por qué así?

LEONOR.

Porque
Mis grandes y altos proyectos
Se han desquiciado.

D. PEDRO.

¿Cómo?

LEONOR.

El bribon, de casamiento
Me habia dado palabra.

D. PEDRO.

¿Tambien eso?

LUISITA.

No ha un momento
Hace tambien, que me dijo,
Que yo era su embeleso.

FELIPE.

¡Qué pillo!

LUISITA.

Y que en el Diario
Me puso unos tiernos versos
Dedicados á una *Ele*.

LEONOR.

Esos eran para mí.

LUISITA.

Incierto.

LEONOR.

Si yo me llamo Leonor.

LUISITA.

Y yo Luisa.

D. PEDRO.

Me divierto
Con las dos.

LEONOR.

Yo soy *Ele*.

LUISITA.

Y yo tambien.

D. PEDRO.

¡Ea! silencio.

Disputar por don Cirilo
Es vergonzoso por cierto.
¡Què pìcaro!

FELIPE.

¿Qué infame!

LEONOR.

¡Ay Salustiano!

MARIQUITA.

Yo le detesto.

LEONOR.

¡Qué hombres! Todos son falsos,
Inícuos.

FELIPE.

¿Y qué haremos?

[*Felipe dá el artículo à su padre quien lo pone junto á los procesos en la mesa.*]

D. PEDRO.

Venga el artìculo: lo pongo
Aquí, junto á los procesos,
Y que llegue ahora.

SALUSTIANO.

(*Mirando à la calle.*) Yà
Està aquí cerca.

D. PEDRO.

Silencio.

ESCENA XIII.

DICHOS Y D. CIRILO.

D. CIRILO.

¡Oh! Para servir à ustedes.
(No me gusta esta reunion.)

El Conde de Santa Clara
Libre por fin me dejò.
¡Que terrible! No se encuentra
Un hombre tan hablador
En todo el foro habanero;
Tan seguro como hay Dios:
Pero yo, señor don Pedro,
Le mostré sin dilacion,
Que usted me esperaba fino
En su casa, y aunque instó,
No logrò que yo dejase
De venir: serán las dos.
(Mira el reloj.)
Cabal: ¡vaya! ¿no he cumplido
Mi palabra?

D. PEDRO.

Si señor.

D. CIRILO.

¡Vaya una frialdad!

FELIPE.

¡Tunante!

(D. Pedro lo detiene.)

D. PEDRO.

Déjame con él.—Pues yo
Agradezco esa fineza
Señor don Cirilo, y no
Esperaba ménos; pero
Antes de entrar en conversacion,
Bueno será que usted vea
Aquellos papeles.

D. CIRILO.

¿Yo?

D. PEDRO.

Los trajeron ahora mismo
Para usted.

D. CIRILO.

Seria un hombron....
Patilludo....

D. PEDRO.

Sí, el mismo.

D. CIRILO.

Así... feo... y de cara atroz.

D. PEDRO.

Las mismas señas son esas.

D. CIRILO.

Mire usted; es don Simon,
Mi mayordomo... son cuentas....

D. PEDRO.

Tal vez.

SALUSTIANO.

(¡Que sinvergüenzon!)

D. PEDRO.

Pero mírelos, y...

LUISITA.

[¿Cómo
Se quedarà el pobreton?]

[*D. Cirilo va á la mesa donde examina los papeles.*]

MARIQUITA.

(¡Infame!)

D. CIRILO.

(¡Malo va esto!)

FELIPE.

¡Indigno es de compasion!

D. PEDRO.

Voy á ver porque parte
Se apea.

D. CIRILO.

Estos son
Unos autos que se siguen
Por cobro, contra un don
Juan Cirilo de Almanza
A quien no conozco yo.

D. PEDRO.

Nosotros si, mas vea usted
Aquel papel.

(Señalando al artìculo que habrá quedado en la mesa: D. Cirilo lo toma.)

D. CIRILO.

Si señor.

FELIPE.

(Veremos.)

MARIQUITA.

(¡Cuál se ha quedado !)

D. CIRILO.

(Adios matrimonio, adios.)

D. PEDRO.

¿Qué dice usted, qué responde
A esos documentos?

D. CIRILO.

Yo...

D. PEDRO.

Estamos ya convencidos
Que es usted un trapalon.

D. CIRILO.

Pero señor...

D. PEDRO.

No hay disculpa.
¿Y el molino asombrador?
¿Y los torreones?..

D. CIRILO.

Es cierto...

D. PEDRO.

¡Y los obeliscos?

D. CIRILO.

Señor....

SALUSTIANO.

(En tono de mofa se le acerca.)
Don Juanillo....

D. CIRILO.

Cuando usted
Quiera recibir una leccion
Para ser articulista,
Ocurra á mi habitacion.

SALUSTIANO.

Todavia perro...

D. PEDRO.

Paciencia.

LEONOR.

¿Cómo infame se portó
Usted conmigo?

D. CIRILO.

(Con aire burlon.)
Mariquita
Mas en verdad me agradó,
Que siempre busco señora,
En las niñas, el amor.

LEONOR.

(*Se avalanza á él con la mayor ira, y D. Pedro la detiene como hace con todos.*)

¿Cómo es eso? ¡Qué lenguaje!..

D. PEDRO.

Detente, hermana, por Dios.

LUISITA.

[*A D. Cirilo.*]

¿Y por qué teniendo amores
Con otra usted me engañó?

D. CIRILO.

¿Y yo que le dije á usted?

LUISITA.

Que me tenia un gran amor.

D. CIRILO.

¡Ba! Lo que le digo á todas.

LUISITA.

¡Ah! ¡Qué infame!

FELIPE.

Me llegò

(*Se acerca á él.*)

Mi turno, señor don Cirilo.

D. CIRILO.

(Sin duda es esto el peor.)

FELIPE.

¿Cómo siendo usted mi amigo
Mis versos despedazó?

D. CIRILO.

[Eso entre los escritores
Es cosa comun.

FELIPE.

Mas no
Con insultos y dicterios;
Pero esta vez no contò
Usted con los resultados
De mi rabia y mi furor.

D. CIRILO.

Pero si usted es un poeta
De mèrito.

FELIPE.

Calle el traidor.

D. CIRILO.

¿Pero yo que le hice á usted?

FELIPE.

¿Soy mal versificador?

D. CIRILO.

Hombre... yo...

FELIPE.

Usted aprenderà
A tratar hombres de pró
Aunque sea á silletazos.

(Toma una silla para darle á D. Cirilo, pero lo detienen: aquel busca su sombrero y se vá corriendo.)

D. PEDRO.

¡Muchacho!

D. CIRILO.

¡Por san Simon!

FELIPE.

¡Pillo, tunante!

D. CIRILO.

¡Mi sombrero!

SALUSTIANO.

¡Cuidado!

D. CIRILO.

¡Fuego de Dios!
Echo à correr y no paro
Hasta el Cerro ó el Horcon.

Vase

ESCENA ULTIMA.

TODOS mènos D. CIRILO.

D. PEDRO.

Tranquilízate, Felipe.

FELIPE.

Detènganlo que se vá.

SALUSTIANO.

Si ya ha doblado la esquina.

FELIPE.

¡Y el pillo se escapará!

D. PEDRO.

Lo mejor és eso hijo;
Mantengámonos en paz,
Que es lo mejor por ahora,
Despues de que embaucar
Nos dejamos por un pillo,
Miserable.

SALUSTIANO.

Sí, es verdad.

D. PEDRO.

(A Mariq. y Salust.)

Si ustedes quieren casarse
Pueden hacerlo, ¿que tal?
Así acaban las comedias,
Vamos, respondan, ¿que hay?

MARIQUITA.

Si usted quiere... yo no sé...

SALUSTIANO.

Ya todo olvidado està.
Seré tu esposo ¿lo quieres?

MARIQUITA.

Sí.

SALUSTIANO.

No he dejado de sudar
Para conseguir tu mano.

FELIPE.

Todo sea felicidad.
(A Salust.)
Amigo, venga un abrazo.
(Se lo dá.)

SALUSTIANO.

(De nuevo cuño, no es real
Este cuñado.)

LUISITA.

(Algun dia,
Tal dicha me tocarà.)
¿Tu me quieres?
(A Felipe.)

FELIPE.

Como siempre.

LEONOR.

¡Qué suerte tan infernal!
Todos felices, ¿y yo?

D. PEDRO.

No seas boba: casarás
Sentando mas la cabeza:
Alguien se presentará,
Que todavia eres jóven,

Una niña: ¿no es verdad?

(Todos se acercan consolando á Leonor.)

SALUSTIANO.

Sí, sin duda.

FELIPE.

Por supuesto.

LEONOR.

¡Oh, si!

D. PEDRO.

A comer.

MARIQUITA.

Mas, papá,
Bueno es ántes un aplauso.

D. PEDRO.

¡Oh, sí! No vendrá mal.

FELIPE.

Y los críticos despues
Que empiezan á criticar.

D. PEDRO.

Si la crítica es atenta
El autor la apreciará.

FIN.

COMEDIAS ESCOGIDAS

DE

DON PEDRO CALDERON

DE LA BARCA.

TOMO SEGUNDO.

El astrologo fingido

CON LICENCIA.

Madrid, Imprenta de ORTEGA Y COMPAÑIA.

1828.

EL ASTROLOGO FINGIDO.

PERSONAS.

Don Juan.
Don Antonio.
Don Diego.
Don Carlos.
Leonardo, viejo.
Moron.
Doña Maria.
Doña Violante.
Beatriz, criada.
Quiteria, criada.
Otañez, escudero.

La escena es en Madrid.

ACTO PRIMERO.

ESCENA PRIMERA.

SALA EN CASA DE LEONARDO.

Doña Maria y Beatriz.

Doña Maria.

¿Dime, y pasó tan galan?

Beatriz.

A todo cuanto miraba,
á un mismo tiempo causaba
amor, y envidia don Juan.
Llevaba un vestido airoso,
sin guarnicion, ni bordado;
y con lo bien sazonado,
no hizo falta lo costoso.
Muchas plumas, que llevadas
del viento, me parécia
que volar don Juan queria;
botas, y espuelas calzadas.
Con esto, y con su buen talle,
sin quitar de tu ventana
la vista, aquesta mañana
dos veces pasó la calle.

Doña Maria.

Por la pintura que has hecho,
Beatriz, toma este diamante.

Beatriz.

Justo será que me espante
de ver agrado en tu pecho,
tratando cosas de amor,

sino son albricias ya
de ver que don Juan se va.

Doña María.

Diferente es el rigor
que siento.

Beatriz.

Pues tu hermosura,
porque amor se satisfaga
tan bien las pinturas paga,
escuchame otra pintura.
Al tiempo que ya dejaba
la calle don Juan, entró
en ella don Diego; y yo,
como en la ventana estaba,
le ví en un caballo tal,
que informado de él el viento,
dejaba ser elemento,
por ser tan bello animal.
Con las manos confirmaba
el freno tanta armonía,
que el son con la boca hacia,
á cuyo compas danzaba.
¡Si le vieras, que brioso
sacó el brazo! ¡qué galan
pasó!

Doña María

Hablemos de don Juan,
y deja aquese enfadoso.
¿Si se habrá partido ya,
Beatriz? ¿Sabes donde fué?
¿si vendrá presto?

Beatriz.

No sé:
¿mas qué cuidado te da
que se vaya, si ha dos años,

señora, que te ha servido,
y que solo ha merecido
desprecios, y desengaños?
Váyase, y á sus desvelos
podrá hacerlos resistencia,
que es muerte de amor la ausencia,
adonde faltan los zelos.

Doña Maria.

Pésame que los enojos,
que hasta ahora he resistido,
no los hayas conocido
en el llanto de mis ojos.
¡Ay Beatriz, amiga mia!
no sé como hablar, no sé
como decirte que amé
á don Juan, desde aquel dia
que conocí su aficion,
aunque constante vencí
mi pena, porque temí
la opinion de mi opinion;
que un hombre con solo hablar,
es mas, (¡qué facil deshonra!)
bastante á quitar la honra,
que muchos no pueden dar.
¡Mas qué desigual fortuna,
que una lengua ponga menguas
en mil honras, y mil lenguas
no puedan dar sola una!
Yo temerosa de ver
público mi deshonor,
puse silencio en mi amor,
mas fue silencio en muger;
pues hoy la ausencia provoca
á que salgan mis enojos
en lágrimas á los ojos,

y en suspiros á la boca.

Beatriz.

Si en ausencia te declaras,
lo mismo te sucediera
con don Diego, si él se fuera.

Doña María

Mal en mi daño reparas,
pues cuanto la pretension
de don Juan mi pecho enciende,
tanto don Diego la ofende.

Beatriz.

En tu amor y en tu eleccion
dos novedades me ofreces:
querer al de menos fama,
hacienda, y nobleza, dama
de comedias me pareces;
que toda mi vida ví
en ellas aborrecido
al rico, y favorecido
al pobre, donde advertí
su notable impropiedad
pues si las comedias son
una viva imitacion,
que retrata la verdad
de lo mismo que sucede;
á un pobre verle estimar,
¿cómo se puede imitar,
si ya suceder no puede? *Sale Otañez.*

Otáñez.

Don Juan de Medrano pide
licencia para besarte
las manos.

Beatriz.

Y viene á hablarte
antes de irse.

Doña María.

¿Quién lo impide? (1)

ESCENA II.

Doña María, Beatriz y don Juan.

Don Juan.

Con licencia me atreví
á entrar donde ardiendo estan
dos soles.

Doña María.

¿Señor don Juan,
espuelas, y plumas?

Don Juan.

Sí,
que no me bastó llevar
espuelas para correr;
y así, hube menester
las plumas para volar:
que quien ausentarse intenta
del sol, bien es que presumas,
que ha de valerse de plumas.

Doña María.

¿Qué mandais?

Don Juan.

Escucha atenta.
Sí á quien se ausenta, ó se muere,
licencia se le permite
de hablar, por ausente, y muerto,
licencia don Juan te pide:
muerto, porque vive ausente
de ti; ausente, porque vive
muerto en tu gracia, que juntas

(1) *Vase Otañez.*

en mi vida, y muerte asisten.
En fin, por última vez
que he de hablarte, y has de oirme;
mis libertades perdona,
y mis disculpas admite.
Qué te quise habrá dos años,
(sí me muero, no te admires,
pues fué mi culpa el quererte,
que confiese que te quise)
tantos ha que á tus dos soles
alas de cera previne;
mas si á tu nieve se hielan,
si á tus rayos se derriten,
¿que mucho que tanto fuego
abrasado me derribe
á las ondas de mi llanto
que un mar de lagrimas finge?
Dos papeles te escribí,
bien sabes tú cuan humildes,
porque, á no serlo, no fueran
hijos de un amor tan firme.
Engañada los tomaste;
pero tú, que iguales mides
ingratitud, y belleza,
callando me respondiste.
Un dia que á tu jardin
pude atrevido seguirte,
y entrar en él, porque el campo
atrevimientos permite,
entre sus flores te ví
con tal belleza, que hiciste
competencia á su hermosura,
y ventaja á sus matices.
Corrida naturaleza
de sus pinceles sutiles,

perdió la esperanza, viendo
que imitarse era imposible,
y dijo · pues ya no puedo
excederme, no me estimen,
que ya no tengo que hacer,
despues que ese asombro hice.
Un jazmin tu mano hermosa
robaba, y él apacible
rindió sus flores al suelo,
porque tus plantas las pisen:
y dijo, viendo que ufanos
blancura, y olor compiten,
quita á mis hojas las flores,
y tus manos no me quites;
pues es lo mismo tener
tus manos, que mis jazmines.
Aquí me acuerdo, que yo
llegué turbado á decirte
que estimases mis deseos;
no sé bien que mas te dige
de un firme amor, pero sé
lo que tú me respondiste,
que fue, que nunca te viera.
¡Brava respuesta! ¡Terrible
sentencia! ¡Ingrato precepto!
¡Cruel rigor! ¡Hado infelice!
Y viendo al fin, que es en vano
que un desdichado porfie
contra su estrella; que es bien
que te obedezca, y me prive
de verte; pues tu lo quieres;
porque en mis desdichas mires
el estremo de obediencia
á que llega un amor firme;
mañana á Flandes me parto

á servir al gran Felipe,
que el cielo mil años guarde,
donde mi valor imite
de mis nobles ascendientes
tantas victorias insignes.
Bien sé que imposible es
vivir sin tí, mas previne
un imposible de amor
vencer con otro imposible.
Quédate con Dios, y al cielo
le ruego, que apenas pise
de Flandes la tierra; cuando
la primer bala, qué tire
el enemigo, me acierte;
si quien desdichado vive
puede morir, y hay alguna
muerte para el infelice.
Mas yo te doy mi palabra,
que si el cielo me permite
dicha, y por ella merezco
algun lugar, que acredite
la sangre que me acompaña,
que ha de ser para servirte.
Y si en tanto, nuevo dueño
te merece mas felice,
ruego al cielo, que le goces
por tantos siglos, que imites
la edad del sol, sin que tengas
solo un instante de eclipse.
Tú le quieras, y él te adore,
para que en los dos envidie
en tus gustos lo que quiero,
y en los suyos lo que quise.
Y cuando mas facilmente
de aquesta verdad te olvides,

habrá quien mas te merezca,
pero no quien mas te estime.
Con esto, señora, á Dios,
que mi libertad no pide,
por saber que ya la tiene,
licencia para partirse.

Doña Maria.

Don Juan, espera, detente,
mientras procuro romper
las prisiones á un secreto,
que tantos años guardé;
pero es tanta la vergüenza
que tengo, que al parecer
un lazo la lengua oprime,
y la garganta un cordel.
Muda la voz, torpe el lábio,
temo, y dudo; ¿mas por qué
temo y dudo, si al fin somos
él secreto, y yo muger?
¡Ay de mí! que no sé como
empiece á hablarte; no sé
como decir que te quise,
don Juan, que te quise bien,
desde el dia que engañada
tomé el primero papel.
¿Mas qué vitoria me diera
lo que amé, sufrí, y callé,
si yo en mis propios deseos
no tuviera que vencer?
Mas hoy que amor en mi pecho
mina de pólvora es,
que mientras mas oprimida,
rebienta con mas poder;
por la boca, y por los ojos
sale, porque ya no estés

de mi ingratitud quejoso,
ni dudóso de mi fe.
No fue el alma tan ingrata
como la apariencia fue,
que en tu amor he parecido,
pero no he sido cruel.
De mi silencio la causa
ha sido, don Juan, temer,
(perdóname este temor,
si es que te ofendí con él)
que tengo honor, que soy noble,
y que ya la opinion es
tan dificil de ganar,
cuanto facil de perder;
y no hay desdicha mayor,
que rendir una muger
el alto honor que la ilustra
á la lengua descortés;
no de aquel que ha merecido
su gracia, sino de aquel
amigo poco leal,
y criado nada fiel.
En fin, este recelar,
este dudar, y temer,
hizo en mi cobarde amor
aquel pasado desden.
Mas ya que rompió el silencio,
como palabra me dés,
como noble, que ni amigo,
ni criado ha de saber
aqueste amor; para hablarnos
ocasiones buscaré,
si es que la partida tuya
puedés, don Juan, suspender.
Será única secretaría

de este amor Beatriz, de quien
fio lo que de mí misma,
porque su silencio sé:
y sino, viéndote ir,
ya por consuelo tendré
haberte dicho mi amor,
porque te vayas con él.
Y no me agradezcas, no,
don Juán, el quererte bien,
porque solo el declararme
me tienes que agradecer.

Don Juan.

Déjame que agradecido
el alma ponga á tus pies,
que responda con callar,
porque empiece á obedecer.
Y plegue á Dios que con este
acero, que al lado ves,
y en cuya cruz pongo ahora
la mano, muerte me dé
á traicion el mas amigo,
si quebrantáre la ley
del secreto, y ofendiére
de tu amor la firme fe.
Las espuelas, y las plumas
dejo, que fueron, diré
las espuelas para ir,
las plumas para volver.
Mas con todo, por cerrar
la boca al vulgo cruel,
que de todo piensa mal,
y de nada juzga bien;
en la casa de un amigo
con gran secreto estaré
unos dias; luego pleytos

ó enfermedad fingiré,
por dar color á la vuelta.
si mi dicha puede hacer;
que hoy se acuerden en Madrid
de quien se ha partido ayer.

Doña Maria.

Pues con aquesa palabra
á hablarme esta noche ven,
y sin pararte en la calle,
entrá en el portal, que en él
Beatriz estará advertida,
don Juan, de lo que has de hacer:
no reparen los vecinos
de verte en la calle, que
es un mal intencionado
de toda la vida juez,
todo lo saben; ¿qué mucho;
si hay vecino que por ver
lo que pasa en una noche,
no se acuesta en todo un mes?
En la reja estará un lienzo;
esta la seña ha de ser,
si hay ocasion; pero advierte
que vengas solo.

Don Juan.

Seré
el ave que rompe el viento,
con una piedra en un pie,
y otra en el pico, advirtiendo
que soy vigilante, y fiel. *Vase.*

Doña Maria.

¿De este concertado amor,
dí, Beatriz, qué te parece?

Beatriz.

Que justamente merece

tanta fineza, y favor
don Juan, que es noble, y discreto,
como galan.

Doña Maria.

Tú has de ser,
Beatriz, la que has de tener
la llave de este secreto:
mi vida, y alma te fio,
bien sé que segura quedo.

Beatriz.

Desecha, señora, el miedo,
que ofendes el honor mio.

ESCENA III.

Doña Maria, Beatriz, don Diego y Moron.

Moron.

¿A qué llegas? ¿qué procura
tu amor? ¿qué intentas?

Don Diego.

Intento
saber, si al atrevimiento
se le sigue la ventura.
Perdóneme tu hermosura,
si atrevido, y descortés
pongo en tu casa los pies;
que yo en esta contingencia
no quise pedir licencia,
porque tú no me la des.

Doña Maria.

El haberos escuchado,
señor don Diego, no ha sido
por solo haberos oido,
sino por haber pensado
que responderos, y he estado
dudosa, mirando esta

osadía tan molesta;
porque como no temia
tal libertad, no tenia
prevenida la respuesta.
Decisme que en mis rigores
mayor gusto, y gloria hallais;
y porque no le tengais,
estoy por daros favores.
Si los desprecios mayores
hoy son los mas lisonjeros,
dejaré de aborreceros;
pues solo por no agradaros,
no os dejaré, por dejaros,
y os querré, por no quereros.

ESCENA IV.

Dichos, menos doña Maria.

Moron.

¿Esto sufres? ¡Vive Cristo,
señor, que no la sufriera,
si la Diosa Venus fuera!

Don Diego.

¡Qué mal mi pena resisto!
¿Has visto, Moron, has visto
la ciega resolucion
de una altiva condicion?

Beatriz.

Harto hago yo de mi parte,
mas es imposible amarte.

Don Diego.

¿No sabré yo la ocasion?

Beatriz.

El haber así nacido
soberbia, y desvanecida,

Don Diego.

Aunque me cueste la vida,
pondré mi amor en olvido:
tú, Beatriz, que al fin has sido
á quien he debido mas,
toma esta cadena.

Beatriz.

¿Das
las prisiones? ¡En qué aprieto
se va poniendo el secreto,
como vé que libre estás!

Moron.

Una república habia
que al médico no pagaba,
señor, hasta que sanaba
el enfermo; y si moria,
tiempo, y cuidado perdia:
y esta ley, tan bien fundada,
á nuestro intento aplicada,
digo, que de amor que muere,
el alcahuete no espere
tener derechos en nada.
¿La cadena la das?

Don Diego.

Sí.

Beatriz.

Quitándote las prisiones,
en el alma me las pones;
y fia, señor, de mí.

Don Diego.

Ya no es tiempo, porque aquí
se despide mi mudanza
de una loca confianza;
á Dios, malogrado empleo,
necio amor, loco deseo,

que hoy morís con la esperanza.

ESCENA V.

Beatriz y Moron.

¿Yo qué tengo de decir?
¿despediréme tambien?

Beatriz.

Si ya no me quieres bien,
bien te puedes despedir.

Moron.

Yo tras mi amo he de ir,
cuando él amáre amaré,
que un criado siempre fué,
en la tabla de amor,
contrapeso dèl señor.
A Dios.

Beatriz.

Bien pagas la fe,
que me debes.

Moron.

Si quisieras,
Beatriz, que asistiera á verte,
tú hubieras hecho de suerte
que este imposible vencieras,
entonces tú me tuvieras
aquí de noche, y de dia.

Beatriz.

No quiso la suerte mia,
porque á mi desdicha escede.

Moron.

Yo sé que una moza puede
á veces mas que una tia;
yo se que ni una razon
digiste.

Beatriz.

Yo sé que sí:
y aun tú lo vieras si aquí
te digera la ocasion
que estorba su pretension;
pero, por ser fuerza, callo.

Moron.

Pues yo no he de procurallo,
que tú por decirlo mueres,
tan liberal, que aun no quieres
que me cueste el preguntallo.
¿Mas dí, qué causa la obliga?

Beatriz.

Mi señor es el que viene:
basta decir que la tiene,
sin que la causa te diga.

Moron.

¿Luego en vano es que prosiga
aqueste intento?

Beatriz.

Jamas
de mi boca lo sabrás.

Moron.

Pues de tí lo he de saber.
¿No sirves, y eres muger?

Beatriz.

Sí.

Moron.

Pues tú me lo dirás.

ESCENA VI.

DECORACION DE CALLE.

Don Juan, y don Carlos en trage de noche.

Don Juan.

Importa en fin para un honroso efecto
el quedarme en Madrid, con tal secreto,
que si á vos no os hallára,
por no fiarme de otro, no quedára.
La voz ha de correr que ya he partido,
y en vuestra casa quedaré escondido.

Don Carlos.

¿Son zelos de Violante?

Don Juan.

No, Carlos, mas altivo, y arrogante
sube mi pensamiento;
de Violante, ni amor, ni zelos siento:
basta decir, cuando de vos me fio,
don Carlos, que le importa al honor mio
esta resolucion.

Don Carlos.

Yo os agradezco
la confianza, y desde aqui os ofrezco
con pecho noble, y alma agradecida
mi casa, hacienda, espada, pecho, y vida,
sin saber que os obliga;
que un amigo no quiero que me díga,
sino lo que él quisiere.

Don Juan.

Ahora falta, porque no me espere,
que entreis en casa de Violante bella,
y le digais que yo me fui sin vella;
porque viendo la prisa del partirme,

alma no tuve para despedirme;
que yo la escribiré; su casa es esta,
entrad, que por ir solo, he de dejaros.

Don Carlos.

Dadme licencia para acompañaros.

Don Juan.

Impórtame el ir solo.

Don Carlos.

Pues no quiero
porfiaros,

Don Juan.

A Dios.

ESCENA VII.

Don Carlos.

Jamas espero
entender tan notables confusiones:
todo es discursos, é imaginaciones;
si bien no es menos la memoria mia,
ocupando el amor de una porfia
rigurosa, y cruel ¿Bella Violante,
cuando seré tu declarado amante?
Cuando pensé que ya don Juan me daba
ocasion con su ausencia, y que esperaba
á declararme, mi fortuna escasa
le tiene ausente dentro de mi casa;
mas ella me dirá, si á hablarla llego,
lo que tengo de hacer, que amor es ciego.

ESCENA VIII.

Sala en casa de Violante.

Don Carlos, doña Violante y Quiteria.

Don Carlos.

Menos que con un recado
de don Juan, no me atreviera
á haber llegado hasta aquí
antes de pedir licencia.

Doña Violante.

Vos la teneis para entrar,
señor don Carlos, sin ella
en esta casa: ¿mas dónde
queda don Juan?

Don Carlos.

¿Dónde queda
preguntais? ¿á dónde va?

Doña Violante.

¡Ay de mí! ¿luego ya es cierta
su partida?

Don Carlos.

Aquesta tarde
me mandó que yo viniera
á despedirle de vos;
que fue tan grande la priesa
de partirse, que no tuvo
lugar, aunque no es aquesta
la mayor disculpa suya;
pues no veros en su ausencia,
fué por no ver advertido
la gloria de quien se ausenta,
y al despedirse de vos
cerrar los ojos es fuerza,

que no os viera, si os dejara,
ó no os dejara, si os viera.

Doña Violante.

¿Es posible que tuviese
tan mala correspondencia
don Juan, que aun palabras solas
no quiso que le debiera?
Si esto hiciera una muger
con un hombre, ¿qué dijera,
sino que era fácil, vana,
mudable, inconstante, y necia?
¿Pues qué hemos de ser nosotras,
si ellos mismos nos enseñan?
Siempre la ocasion es suya,
y siempre la culpa es nuestra.
Perdónadme que hable así.

Don Carlos.

Son tan justas vuestras quejas,
que ellas propias os disculpan,
cuando pensais que os condenan.
¿Qué haya hombre tan descortes,
ó tan necio, que se atreva
á hacer agravio á este amor,
y desprecio à esta belleza?
Vive Dios, que si don Juan
no fuera mi amigo, fuera
donde está, solo á decirle,
Violante, de la manera
que os habia de estimar:
mas creed, que en esta ausencia
quedo yo para serviros,
que en mí la amistad es deuda;
y mirad que me mandais.

Doña Violante.

Que os dejeis ver, porque tenga

con quien hablar de don Juan.

Don Carlos.

Yo agradezco la licencia,
y por serviros, la acepto.
¿Poderoso amor, qué intentas? *ap.*
Don Juan ausente es mi amigo,
Violante presente es bella:
no sé que han de hacer de mi
la amistad, y la belleza.

ESCENA IX.

Doña Violante y Quiteria.

Doña Violante.

¿Quiteria, qué dices de esto?

Quiteria.

Que me huelgo de que veas
de tu amor el desengaño,
y del suyo la esperiencia.
No tomaste mis consejos,
que á fé que ahora tuvieras
mas oro, y menos amor,
mas joyas, y menos quejas.
¿Qué vá que estás tan perdida,
que te vas de tierra en tierra
como muger desdichada?

Doña Violante.

Aquí has de ver mi firmeza,
que ha de hacer que yo le espere
libre, y suya, hasta que vuelva;
porque halle el ejemplo en mi
la lealtad, y la nobleza.

ESCENA X.

DECORACION DE CALLE.

Don Juan y Beatriz á la puerta.

Beatriz.

Sal presto, que ya amanece,
y no hay nadie que te vea.

Don Juan.

¡Qué tan veloz, Beatriz, sea
el tiempo! no me parece
que ha un hora que anocheció;
y presumo que envidioso
de mi gloria el sol hermoso,
mas temprano descubrió,
entre nubes de oro, y grana,
los rellejos, á quien dora
sus lágrimas el aurora.

Beatriz.

¿Requiebros á la mañana?
Vete presto.

Don Juan.

¡Ay suerte mia!
¿quién creerá en tanta ventura,
que es la noche mas oscura
para mí el mas claro dia? *Vase.*

Beatriz.

Ved lo que en el mundo pasa,
y que es honor; por no hablalle
con escándalo en la calle,
le entramos dentro de casa.
Cuando miro estas honradas,
pienso que en sus fantasias
vuelven las caballerias

de las historias pasadas.
Dama, que tus vanidades
te hicieron impertinente,
ama al uso de la gente,
deja singularidades.

ESCENA XI.

Beatriz, don Diego y Moron.

Moron.

Aquesto Beatriz me dijo.

Don Diego.

¿Qué hayas de darme ocasion
con tus razones, Moron?
Varios efectos colijo.
¿No lo pudieras saber?

Moron.

Si su amo no viniera,
pienso que me lo dijera,
que Beatriz es muy muger,
y nada me negará;
porque es ley en las mugeres,
contarás cuanto supieres.

Don Diego.

A la puerta suya está.

Moron.

¿Tan de mañana? por Dios
que á decirlo ha madrugado.

Don Diego.

Llégate allá sin cuidado;
y pues no nos vió á los dos,
yo te esperaré en la esquina
de esta calle.

Moron.

Allí te esconde,

mientras voy.

ESCENA. XII.

Beatriz y Moron.

Beatriz.

¿Galan, á donde
tan de mañana camina?

Moron.

A buscar el arrebol,
que en esos ojos perdí;
pues por solo hallarte á tí,
me levanto con el sol.
¿Qué hay de nuevo?

Beatriz.

Todo es viejo
cuanto pasa por acá.

Moron.

¿Y tu señora está ya
tomando mejor consejo?
¿ó estase honrada y terrible?

Beatriz.

¿Tú vienesme á perseguir?
¿cómo tengo de decir
que el quererles es imposible?

Moron.

Callando tú, en conclusion;
vengo, Beatriz, á pensar
que yo no soy de fiar,
ó ella no tiene ocasion;
porque si ocasion tuviera;
¿qué ocasion pudiera ser
imposible de saber?

Beatriz.

Yo, Moron, te lo dijera,

si me juráras aquí
tenerme siempre secreto.

Moron.

Y yo, Beatriz, lo prometo,
á fé de gallego; dí.

Beatriz.

Pues has de saber ahora,
que mi ama quiere bien.

Moron.

¿ Quedo, Beatriz, dime, á quién ?

Beatriz.

Y mejor diré, que adora
á un caballero, á un don Juan
de Medrano, gentilhombre
de cierto señor, un hombre
tan pobre como galan.
Aqueste ahora ha fingido
que á Flandes va á ser soldado;
y es mentira, que ha quedado
en una casa escondido
de un don Carlos de Toledo;
que todo me lo contó
esta noche, porque yo
ser su secretaria puedo.
Esto, al fin de noche pasa;
y si en la ventana está
un lienzo blanco, que es va
nuestra seña, se entra en casa:
bajo yo, y por una puerta,
que piensa que está clavada
el viejo, le doy entrada,
á tales horas abierta
Llega al jardin, donde tiene
una reja el aposento
de mi señora, y contento

toda la noche entretiene
con mil finezas; despues
vuelve á salir muy quedito;
y solo de este delito
somos cómplices los tres:
de modo, que si tú das
noticia de esto á cualquiera,
y se sabe luego...

Moron.

Espera,
que no quiero saber mas.
De algun músico civil
tu relacion me parece,
que le dan mil porque empiece,
y porque acabe cien mil.
¿Mas este es el santo honor,
que tan caro nos vendia?
¿cuantas con honor de dia,
y de noche con amor,
habrá con puerta cerrada,
pañuelo, Beatriz, zaguan,
jardin, ventana, y don Juan?
La Chirinos fuera honrada;
mas la honrada, vive Dios,
que ha caido.

Beatriz.

Quiero entrar,
no tenga que sospechar.
Esto para entre los dos.

Moron.

Fuerte cosa es un secreto;
mucho es no haber rebentado
el tiempo que le ha callado,
mi vida está en grande aprieto
si no lo digo: advertid,

esto que se ha dicho ahora,
matenme, si de aqui á un hora
no se contare en Madrid.

ESCENA XIII.

Moron y don Diego.

Don Diego.

A que se fuese esperaba,
á tus acciones atento,
por solo hacer á los ojos
adivinos del suceso.
¿ Qué tienes ? ¿ qué ha sucedido ?
¿ qué te dijo ? ¿ qué hay de nuevo ?

Moron.

Beatriz, yo pruebo á callar;
mas vive Dios que no puedo.
Señor, gran mal hay.

Don Diego.

¿ Pues cómo ?
¿ qué ha sucedido ? ¿ qué es esto ?

Moron.

No te lo puedo decir,
y por decirlo rebiento;
que aunque el secreto sea santo,
yo no guardo á san Secreto.
Aquí para entre los dos;
aquel pobre caballero,
don Juan de Medrano, aquel
que apenas te daba zelos,
aquel que dijo que á Flandes
iba, y se quedó encubierto
en la corte, y en la casa
de don Carlos de Toledo,
es llamado, y escondido:

no puedo decir, que un lienzo,
puesto en la reja de noche;
es señal, que está diciendo,
que entre en el portal, adonde
le espera Beatriz; y luego,
por una pequeña puerta
de un patio, que sale á un huerto,
entra hasta una reja baja,
que allí cae, del aposento
de doña María de Ayala;
que parlan hasta el lucero,
debe de hacer mas de un año.

Don Diego.

No digas mas, calla. ¡Cielos!
¿alguno creerá que son
tales las penas que siento,
que la menor viene á ser
en mi desdicha los zelos?
No siento que á don Juan quiera,
y le admita; solo siento
que hiciese soberbiamente
de mí tan loco desprecio.
Si cuerdamente culpára
mi atrevido pensamiento,
y con cortés bizarria
castigára mis deseos,
yo callára, yo sufriéra;
pero con tantos estremos
de honrosas estimaciones,
de arrogantes devaneos,
de soberbias altiveces,
ni sufrir, ni callar puedo.

Moron.

Don Antonio es este.

Don Diego.

Mira
si sale á Misa, que quiero
irla siguiendo á la Iglesia.

Moron.

¿Pues qué piensas hacer?

Don Diego.

Pienso,
sin darme por entendido,
volver á mi amor primero,
y llegar á hablarla ahora
con mayor atrevimiento;
que á muger de quien se sabe
alguna flaqueza, es cierto
que llega á hablar el galan
sin aquel cortés respeto
que antes tuvo; porque piensa,
teniendo su honor en menos,
que el favor que al otro hizo,
se le debe de derecho.

Moron.

Aqui volveré á buscarte.

ESCENA XIV.

Don Diego y don Antonio.

Don Antonio.

Besoos las manos, don Diego.

Don Diego.

Yo las vuestras.

Don Antonio.

¿Qué teneis,
que estais tan triste, y suspenso?

Don Diego.

No sé que tengo.

Don Antonio.

Mal hice
en preguntároslo, viendo
esta calle, y estas rejas.
¿Hay algo, amigo, de nuevo?

Don Diego.

Muchas cosas.

Don Antonio.

¿Pues qué son?

Don Diego.

Dejadme, porque no puedo
decirlas.

Don Antonio.

¿Pues á mí?

Don Diego.

A vos
las dijera; si el secreto
no viniera encomendado.

Don Antonio.

Muy seguro está en mi pecho;
y el no decirmelo ya
será ofensa; y vive el cielo,
de no hablaros en mi vida.

Don Diego.

Pues, don Antonio, es aquesto,
aqui para entre los dos.

Don Antonio.

Decid, que yo lo prometo.

Don Diego.

Que aquel don Juan de Medrano
no fue á Flandes, como dieron
muestras plumas, y colores,
pues se ha quedado encubierto
en casa de vuestro amigo
don Carlos; la causa de esto,

ha sido, porque ha dos años
que con muy grande silencio
entra embozado en la casa
de doña María. No puedo
pasar de aquí.

Don Antonio.

Yo sabré
si aqueso es verdad muy presto;
que don Carlos viene allí,
y él me lo dirá.

Don Diego.

Yo espero
á esta parte retirado. *Retirase.*

ESCENA XV.

Dichos y don Carlos.

Don Antonio.

Don Carlos, buscándoos vengo
para un negocio importante.

Don Carlos.

¿Qué mandais?

Don Antonio.

¿Sabeis si es cierto,
y esto para entre los dos,
porque me importa el saberlo,
si está don Juan de Medrano
en vuestra casa encubierto,
y que habrá mas de tres años
que con muy grande secreto
entra á hablar todas las noches
en el nocturno silencio
á doña María de Ayala?

Don Carlos.

Miren por á donde llego *ap.*

á saber quién estorbó
su partida. Aunque no tengo
licencia para decirlo,
con vos no se entiende eso;
y aquí para entre los dos,
cuanto habeis pensado es cierto,
que no se fué, que quedó
en mi casa, y que encubierto
entra en su casa; esto habrá
mas de tres años y medio.

Don Antonio.

Idos con Dios.

Don Carlos.

El os guarde. *vase.*

ESCENA XVI.

Don Antonio, don Diego, y Moron.

Don Antonio.

Verdad ha sido, don Diego,
cuanto pensais; ya él sabia
todo su amor.

Moron.

Esto es hecho;
ya va á Misa.

Don Diego.

Idos con Dios,
que hablarla en la calle quiero,
por solo ver en que pára
su favor, y mi desprecio.

Moron.

¿En eso te determinas?

Don Diego.

Sí, ven conmigo.

Moron.

Yo pienso

que ha de nacer de este amor,

señor, un notable cuento.

ACTO SEGUNDO.

ESCENA PRIMERA.

DECORACION DE CALLE.

Don Diego, Moron, y Otañez; y detras doña Maria y Beatriz, con mantos.

Don Diego.

Ya que no por vuestro amante,
mereceré por criado
aqueste lugar.

Doña Maria.

¡Qué enfado!
no he de pasar adelante,
sino volveis.

Don Diego.

Quando hiere
la llama el viento, se hace
una ave que de ella nace,
un Fenix que en ella muere;
y sin que su riesgo tema,
mariposa iluminada,
de aquel fuego enamorada,
cercos hace, hasta que quema
las alas del tornasol;
así anda mi amor ciego,
como sombra de este fuego,
haciendo cercos al sol;
que hasta abrasarme porfia
esta pena, este rigor.

Doña Maria.

Mirad que es necio el amor,

que toca en descortesía.
¿Cuando de aquesta amorosa
locura, que estoy mirando,
dejareis el tema?

Don Diego.

Cuando
dejeis vos de ser hermosa.

Doña Maria.

Bien pudiera en tal locura
quitaros con escarmiento,
mi honor el atrevimiento,
que os ha dado mi hermosura.

Moron.

Este honor me ha de matar;
¡mas qué cosa tan cansada
es una muger honrada!

Doña Maria.

De aquí no habeis de pasar;
pues cuando el sol mismo fuera
el que mirarme intentára,
solo mi vista eclipsára
su luz, y no se atreviéra
á mirarme sin desden.

Moron.

El sol no, pero la luna *ap.*
sí, entre las doce, y la una.

Doña Maria.

Cuanto mas un hombre, á quien
de ningun modo estimára,
aunque mas altivo fuera,
no para que me siguiera,
pero para que tocara
solo un chapin de mis pies.

Don Diego.

Mucho mi paciencia temo, *ap.*

oyendo un tan loco estremo.

Doña Maria.

No me hagais ser descortés,
que pasará de desprecio
el castigo. Beatriz, vamos.

Don Diego.

Ya no importa que seamos
vos descortes, y yo necio:
escuchad, si no quereis.

Doña Maria.

Ya pasa de necedad,
y llega á ser libertad.

Don Diego

Es fuerza que me escucheis.
que siendo pleito de amor,
es fuerza darme un oido
á mí, pues habeis oido
despacio al competidor;
que si en la justicia mia
bien informada no estais,
será bien que nos oigais,
á él de noche, á mi de dia.
No quiero yo que á ase fin
haya lienzo por señal,
Beatriz que baje al portal,
reja que caiga al jardin,
puerta, al parecer, cerrada,
galan que está ausente y viene.

Moron.

¡Qué linda memoria tiene! *ap.*
no se le ha olvidado nada.

Don Diego

Pero quiero, pues se humana
el honor que encareceis
tanto, que me desprecieis

mas honrada, y menos vana.
¡No me ofenden, no, por Dios,
los desprecios de honor llenos;
mas no le echára yo menos,
á no encarecerle vos.
No es honra la vanidad;
que no está en encarecerla
la virtud, sino en tenerla:
y en lo que he dicho, culpad
vuestra lengua, la mia no,
si lo dicho se os acuerda,
pues si vos fuerades cuerda,
no fuera tan necio yo:
de vuestro desprecio fue
la culpa, no de mis zelos.

Doña Marìa.

¡Qué es esto que escucho, cielos! *ap.*

Moron.

¿Señor, qué has hecho?

Don Diego.

No sé.

Doña Marìa.

¡Ay de mí! ¿qué es lo que he oido? *ap.*
¿ya que tengo que esperar,
si esto he llegado á escuchar?
Tú, Beatriz, tú me has vendido.

Beatriz.

¿Yo, señora? no hice tal.
¡Qué bien aquesto temia! *ap.*

Doña Marìa.

Mal haya, amen, quien se fia
de criadas.

Escudero.

¡Pesia tal! *ap.*
esto va como ha de ir.

Moron.

¿Qué la has dicho?

Don Diego.

Despreciado,
zeloso, y desesperado,
ya no la pude sufrir.

Moron.

La pobre Beatriz lo paga.

Doña Marìa.

¿Si solo tú lo has sabido,
quién decirselo ha podido?

Moron.

No sé, por Dios, como haga
para disculparla aquí.

Don Diego.

Sácame, por Dios, Moron,
de tan grande confusion
con alguna industria.

Moron.

¿A mi
me falta hoy una mentira,
no sobrándome otra cosa
todo el año?

Beatriz.

Rigurosa
estás.

Doña Maria.

Por ti, infame.

Beatriz.

Mira...

Moron.

Vive Dios, que por ahora, *op.*
que no hay otra, ha de servir.
Yo lo tengo de decir,
aunque me mates. Señora,

no tiene Beatriz la culpa
de esta zelosa pendencia,
porque en Dios, y en mi conciencia
su ignorancia la disculpa.
Sabe, pues, que mi señor,
este que presente ves,
un grande astrólogo es;
puedo decir, el mejor
que se conoce en España.

Don Diego.

El dirá mil disparates. *ap.*
¡Ah Moron!

Moron.

Aunque me mates.
De esta ciencia tan estraña
tuvo en Italia maestro
el tiempo que en ella estuvo,
que en estas cosas no hubo
otro mas sutil, y diestro.
Tenia un familiar amigo,
que todo se lo contaba;
porque con el diablo hablaba,
como pudiera contigo.

Don Diego.

Mirá, Moron, lo que dices.

Moron.

Siempre la verdad te enfada;
mas no ha de quedar culpada
la Beatriz de las Beatrices.
Aqueste en fin le enseñó
los planetas, y los signos.

Don Diego.

El dirá mil desatinos.

Moron.

Y á mí á noche me mostró

un hombre, y me dijo: ahora
va á hablar con doña María
este, que mi astrología
lo mas oculto no ignora:
y yo en un espejo vi
un jardin, á donde estaba,
y allí una muger hablaba
con él, aunque no la oí
lo que dijo; esto es verdad.

Don Diego.

Pues ya que estoy descubierto,
para que sepais lo cierto
de questa ciencia escuchad.
En la corte de Filipo,
villa insigne de Madrid,
gran metrópoli de España,
de nobles padres nací,
á quien dió naturaleza
tan liberal, y feliz
la hacienda, como la sangre,
indignas de hallarse en mí:
Crecí inclinado á las armas,
y letras, sin preferir
nunca el valor al ingenio,
que uno altivo, otro sutil;
con la espada, y con la pluma
compitieron entre sí,
midiendose siempre iguales
al vencer, y al escribir.
Apenas, pues, sobre el lábio
tuve el primero perfil,
cuando en el armada, vuelta
al Mediterraneo dí.
Si hice algo, lo que hice
puede la fama decir,

porque en la mas noble lengua
la propia alabanza es vil.
Llegué á Nápoles, adonde
por ventura conocí
á Porta, de quien la fama
me díjo alabanzas mil.
Este, á quien no reservó
dudoso suceso el fin,
porque su ciencia tenia
presente lo por venir;
á quien planetas, y signos
en sus astrolabios ví
tan obedientes, que nunca
le pudieron encubrir
el mas inconstante efecto;
¿qué mucho, si desde allí
tasaba de cuantas luces
consta el celestial zafir?
De aquesto tomó ocasion
el vulgo para decir
que tenia familiar
secreto; mas no es así,
que el vulgo ninguna accion
admira, sin añadir;
que la verdad mas desnuda
viste de ageno matiz.
Aquí le conocí, ¡nunca
le conociera! y aquì
ó fue fuerza de mi estrella,
ó de mi suerte infeliz,
ó fue mi desdicha solo,
tan inclinado me vì
á su ciencia, como él
á mi inclinacion; y asì,
fuimos los dos tan amigos,

que no acertaba á vivir
uno sin otro. Duró
dos años, que estuve allì,
aquesta amistad; y en estos,
con estudiar, y asistir,
llegué, no sé si á saber,
estoy por decir que sì,
la astrologìa tan bien,
que pudiera competir
con él mismo, á quien mil veces
envidia, y espanto dì.
En este tiempo envidiosos,
que quisieron deslucir
su opinion, le denunciaron,
diciendo de él, y de mi
esto de los familiares;
y aunque salimos en fin
libres de aquella prision,
no lo pudimos salir
de la sospecha comun;
pues por quitar desde allí
el escándalo, mandaron
no pudiésemos decir
nada que nos preguntasen.
Yo que entonces advertí
el poco fruto, y la mucha
sospecha que conseguir
pude, por no verme en otra
ocasion, siempre encubrí
lo que sabía: por esto
nunca has oido decir
que era Astrólogo, hasta ahora,
que despreciado de tí,
como pudo el mas humilde
hombre, el mas bajo, el mas vil;

de tus desprecios la causa,
y de mi desdicha el fin,
por no preguntarla á otro,
la quise saber de mí.
Y anoche con ese loco,
que se atrevió á descubrir
tan gran secreto (¡mal haya
quien se fia de hombre ruin!)
hallé el paño, hallé la reja,
hallé la puerta, el jardin,
hallé:...... pero ya no puedo,
no puedo pasar de aquí.
¿Si llego á hablarte zeloso,
como pude resistir
tus desprecios, y mis zelos?
Perdona, si me atreví
á tu honor, á tu respeto,
que mal se pueden sufrir
desdenes de enamorado:
y pues que fio de tí
este secreto, aunque seas
muger, sabe desmentir
la opiníon que las acusa
de fáciles; pues aqui,
por verme ya descubierto,
y disculpada á Beatriz,
ha sido fuerza contarte
como lo supe, y lo vi.

Moron.

Esta es la verdad.

Beatriz.

¿Señora,
jamas oiste decir,
que era Astrólogo don Diego,
otras veces? pues yo sí.

Doña Maria.
¡Ay de mi! ¿qué puedo hacer?
Beatriz.
Quéjate ahora de mi,
y di que yo te he vendido.
Otañez.
No he visto, por san Crispin,
hombre mas sábio en mi vida.
Don Diego.
¿Qué te parece? *ap. á Moron.*
Moron.
Que así
lo has fingido, que yo mismo
casi, casi lo creí.
Doña Maria.
Señor don Diego, no quiero
tener de vos que temer,
si al respeto considero
que á una principal muger
debe un noble caballero;
y quien tan bien conoció
la fuerza de las estrellas,
bien verá en sus luces bellas,
que no puedo torcer yo
lo que dispusieron ellas.
Solo un consuelo me dais,
que es ser tan noble, y discreto;
pues con esto asegurais
mi honor, y vuestro secreto:
y mirad qué me mandais.
Don Diego.
¿Quien no puede suplicar,
como ha de poder mandar?
El cielo os guarde.

Doña María.

Y á vos

dé vida.

Moron.

Cuerpo de Dios,
aqueste es modo de hablar.

Beatriz.

Si él no te digera aquí
la verdad tan claramente......

Doña María.

Nunca de tí lo creí.

Beatriz.

Estaba al fin inocente;
volvió la verdad por mí.

ESCENA II.

Dichos y Leonardo.

Leonardo.

Hablando en la calle está
con un hombre; ¿quién será,
que en la calle la detiene?

Doña María.

Mi padre, don Diego, viene.

Don Diego.

¿Iréme?

Doña María.

No importa ya,
pues nos ha visto.

Leonardo.

Yo llego
dudoso: ¿Qué haces aquí?

Doña María.

Nunca la verdad te niego.
Para que te rias de mí,

hablaba al señor don Diego,
que un recado me traia
de mi prima, porque estando
en su casa el otro dia,
de varias cosas tratando,
me dijo, que conocia
un grande Astrólogo, á quien
preguntó su nacimiento;
y aunque creerlos no es bien,
quise de mi casamiento
ver el efecto tambien;
que el señor don Diego es
el Astrólogo mejor
que se conoce.

Don Diego.

Tus pies
beso por tanto favor,
que no es justo que me des
tal nombre.

Leonardo.

Muchos ha habido,
que en estudio tan dudoso
aqueste nombre han tenido;
mas es tan dificultoso,
que pocos le han merecido;
ninguno al fin ha llegado
á estudios tan peligrosos:
vos tenedme por criado,
que á los hombres ingeniosos
les soy muy aficionado.
Tambien yo en mi mocedad,
si he de deciros verdad,
alguna cosa estudié,
y con deseos pequé
en esta curiosidad.

Don Ginés de Rocamora
me enseñó en tiempos atras.

Moron.

Por Dios que el viejo no ignora ; (1)
y no nos faltaba mas,
que te examinase ahora.

Don Diego.

Si el me pregunta, atropella *á Moron.*
mi intencion, porque no sé
nombre de signo, ni estrella,
y mil locuras diré.

Leonardo.

Esta es mi casa, y en ella
os suplico me veais.

Don Diego.

Mirad vos que me mandais,
que yo os he de obedecer.

Leonardo.

Suplicoos que os dejeis ver,
que quiero que me digais
algo de la suerte mia,
y que tratemos los dos
un poco de astrología.

Don Diego.

Yo vendré á veros ; á Dios.

Leonardo

El os guarde : ven Maria.

ESCENA III.

Don Diego y Moron.

Don Diego.

¿ Fuéronse ? dame tus brazos,

---

(1) *A don Diego.*

que tú en aquesta ocasion
me has rescatado, Moron,
de aquel Argel.

Moron.

Los abrazos
estimo; pero quisiera,
agradeciendo el favor,
que me endonáras, señor,
algo, que abrazo no fuera.

Don Diego.

Toma esta sortija, tal,
que hace de la luz desden,
porque fingiste tan bien.

Moron.

No lo ayudaste tú mal;
que de suerte lo pintaste
todo, que sino estuviera
advertido, lo creyera:
¿adónde á Porta te hallaste;
y con tanta brevedad,
que aun imaginarlo admira?

Don Diego.

Moron, la buena mentira
está en parecer verdad.

Moron.

Y luego haber encontrado
á quien tan presto la crea.

Don Diego.

No hay cosa como que sea
tambien el viejo engañado;
por Astrólogo me tiene.

Moron.

Si, mas si el viejo supiera
algo, buena burla fuera.
Aquí don Antonio viene.

ESCENA IV.

Dichos y don Antonio.

Don Diego.

Antes que me pregunteis
que ha habido, os he de contar
(que sé que os habeis de holgar)
el suceso que sabreis.
Hablando á doña María,
soberbia me respondió
como siempre; pero yo
con la celosa porfia,
que hizo en mí tan bajo efeto,
no pudiéndolo sufrir,
me determiné á decir
de su amor todo el secreto;
y porque ella no supiese
quien me lo ha contado á mí,
le dige á Moron, que allí
una mentira fingiese:
él dijo, que yo sabia,
siendo en esto sin segundo,
cuanto pasaba en el mundo;
y que por la astrología
pude llegar á saber
el secreto que la admira.
Mala, ó buena la mentira,
ella la llegó á creer,
porque yo le dí color
notable á su fingimiento.

Don Antonio.

Por Dios, estremado cuento.

Don Diego.

Pues me falta lo mejor:

Llegó luego el padre, á quien,
por disculparse, contó
como era astrólogo yo:

Don Antonio.

¿Creyólo el viejo?

Don Diego.

Tambien.

El queda mas engañado,
pues me dijo que le viera
muy despacio, porque era
á hombres de ingenio inclinado.
Lo que falta, ahora es,
que en toda conversacion
se dilate esta opinion;
porque si acaso despues
de alguna persona sabe
que he merecido alcanzar
este nombre, será echar
á la mentira otra llave.
Publicadlo vos, y así,
sin temer el desengaño,
tendrá mas fuerza el engaño.

Don Antonio.

Eso dejádmelo á mi,
y á Moron, que vive Dios,
que para hacerlo creer
al mundo, no es menester
mas que contarlo los dos.

Moron.

Sí, que en barrios divididos,
como los demandaderos,
seremos dos pregoneros;
y yo iré dando alaridos,
como un médico, que iba
diciendo por el lugar:

¿Hay enfermos que curar?
Así, pues, con voz altiva
diré: ¿No hay algo perdido?
que para hacer parecer
cuanto se puede perder,
un astrólogo ha venido.

Don Diego.

Sí; ¿mas luego qué he de hacer,
si todos estos se juntan,
y mil cosas me preguntan?

Moron.

Lo que todos, responder
una vez sí, y otras no,
sea de gusto, ó de pena,
Dios se la depare buena.
¿Pues qué astrólogo acertó
en cosa alguna?

Don Diego

Advertid
que os espero.

Don Antonio.

Yo seré
vuestra fama.

Moron.

Y yo daré
cuenta hoy á medio Madrid.

ESCENA V.

Don Carlos con un pliego de cartas.

Don Carlos.

¿Habrá en el mundo nacido
quien quiera como yo quiero?
que soy galan, y tercero,
ni amado, ni aborrecido,

entre don Juan, y Violante.
Si varios discursos sigo,
por ser amante, y amigo,
ni soy amigo, ni amante.
Estas cartas, que él escribe
desde casa, he de fingir
que acabo de recibir
de Zaragoza; si él vive
en su pecho, yo veré
si al leerlas, en despojos
el alma sale á los ojos,
y mas cuerdo callaré
mi amor: pero si al tomar
las cartas, se tarda en vellas,
miraré su olvido en ellas,
y me podré declarar.
Ayude amor mi osadía,
ya que tan confuso estoy.

ESCENA VI.

Don Carlos y don Antonio.

Don Antonio.

¿No es don Carlos? si; aquí doy *ap.*
principio á la industria mia.
¡Jesus! ¡Jesus! no creyera
que un hombre pudiera haber,
que tal llegara á saber.

Don Carlos.

¿Tente, don Antonio; espera,
¿qué tienes?

Don Antonio.

No sé, por Dios,
vengo absorto, y admirado
de ver...

Don Carlos.

¿Dí, qué te ha pasado?

Don Antonio.

¿Estamos solos los dos?

Don Carlos.

Sí.

Don Antonio.

Pues habeis de saber,
que en don Diego, aquel amigo
que habreis visto andar conmigo,
acabo ahora de ver
el prodigio mar estraño,
que se puede (no hay que hablar)
en el mundo imaginar.

Don Carlos.

Ya deseo el desengaño.

Don Antonio.

Este hombre que aquí ves
tan humilde, tan modesto,
tan reportado, y compuesto,
el hombre mas docto es
que tiene la astrología.
En este punto lo vi,
aunque él tiene para mi
gran ramo de hechicería:
conmigo se declaró
esta tarde, y me ha contado
cosas, que á mi me han pasado
conmigo, y que Dios, y yo
las sabemos solamente.
No sé como pudo ser,
que él lo llegase á saber:
en dos rasgos de repente
hizo la figura allí,
teniéndome á mí delante,

como en menos de un instante.

Don Carlos.

¿Don Diego de Luna?

Don Antonio.

Sí.

Don Carlos.

En mi vida le he hablado,
sino es una vez, ó dos,
y en estas solas, por Dios,
no sé bien que aire me ha dado,
que aunque no de astrología,
que esto era mucho saber,
en él he echado de ver,
que era hombre que sabia:
¿pero qué es tan eminente?

Don Antonio.

Un dia te he de llevar,
que díce me ha de enseñar
una muger que está ausente:
y esto es lo menos que él hace,
porque si verdad te trato,
he visto hablar un retrato;
que de aquesto, Carlos, nace
tanta confusion.

Don Carlos.

¡Qué escucho!
¿aqueso es cierto?

Don Antonio.

Y tan cierto,
que fuera lo mismo un muerto.

Don Carlos.

Holgaréme en verle mucho.

Don Antonio.

Tú le hablarás, y verás
que es verdad lo que te digo.

Don Carlos.

Don Antonio, hazme su amigo.

Don Antonio.

Sí, y en él conocerás
un muy cortes caballero;
pero callar te conviene,
por el peligro que tiene
aquesto de lo hechicero.

Don Carlos

De todo quedo advertido,
porque en mas tu amistad precio.

Don Antonio.

Pues á Dios. Este es el necio *ap.*
primero que me ha creido. *Vase.*

Don Carlos.

¡Qué cosas Madrid encierra!
¡qué los mismos que tratamos
aquí, no los conozcamos!
¡cuánto la ignorancia yerra!
Quien se le ve tan compuesto
con su capa, y con su espada,
dirá que no sabe nada;
y es un rayo despues de esto.

ESCENA VII.

SALA EN CASA DE DOÑA VIOLANTE.

Doña Violante, Quiteria y don Carlos.

Quiteria.

Digo que don Carlos es,
señora, el que en casa entró.

Don Carlos.

Dame tus manos, si yo
merezco tanto interes

por parte de esta que ahora,
en un pliego que he tenido,
para ti la he recibido.

Doña Violante.

¿Es de don Juan?

Don Carlos.

Si señora.

Doña Violante.

¿De donde escribe don Juan?

Don Carlos.

De Zaragoza.

Doña Violante.

¡Ay de mi!
¿qué ya está tan lejos?

Don Carlos.

Si,
tus dos soles lo verán
mejor. No se holgó al tomar *ap.*
la carta, ni con deseo
rompió la nema; ya creo
que me puedo declarar.

Doña Violante.

Lee. *No me despedi, bien mio,*
de tus ojos, porque al vellos,
el alma, que vive en ellos,
no usase de mi alvedrio;
que viendo que era tan fuerte
ocasion, por resistirme,
no quise verte al partirme,
por enseñarme á no verte:
ni yo quisiera acordarme
de ti.

Don Carlos.

Lágrimas ofrece *ap.*
al papel, ya me parece

que me voy sin declararme.

Doña Violante.

Lee. *Que te llore ausente es bien,*
y presente no te goce;
porque nunca se conoce
hasta que se pierde, el bien.
No leo mas, porque pasar
no puedo de aqui. *Rompe el papel.*

Don Carlos.

Leyendo, *ap.*
rasgó el papel; ya voy viendo
que me puedo declarar.
Si acabado de leer
tantas perlas derramais,
dichosamente mostrais
que hay lágrimas de placer.
¿Qué causa turbó la gloria
que en tan abrasado empleo
partida en dos soles veo?

Doña Violante.

Una pasada memoria
pudo, Carlos, obligarme.

Don Carlos.

La memoria la entristece; *ap.*
segunda vez me parece
que me voy sin declararme.
Yo como el necio habré sido,
que pensando lisonjear,
suele decir un pesar;
y yo un pesar he traido,
cuando pensé que traía
una lisonja. ¿Tan vivo
está tu amor?

Doña Violante.

No recibo,

Carlos, mayor alegria,
que cuando su ausencia siento:
por ver á don Juan, no hubiera
cosa que yo no emprendiera.

Don Carlos.

No es dificultoso intento.

Doña Violante.

¿Cómo?

Don Carlos.

Algun hombre pudiera
enseñarte á don Juan hoy,
de la suerte que yo estoy.

Doña Violante.

¡Oh cuanto lo agradeciéra!

Don Carlos.

Mal camino mis desvelos *ap.*
han tomado de olvidar,
que no la tengo de dar
gusto que me pague en zelos:
desde el principio lo erré.

Doña Violante.

¿Es verdad lo que me dice,
Carlos, tu voz?

Don Carlos.

¡Qué mal hice! *ap.*
pero yo lo enmendaré:
válgame la ciencia aquí
del otro, que me contó
don Antonio. Sí, pues yo
hoy á un hombre conocí,
que en tu casa te hará ver,
aunque don Juan esté ausente,
al mismo don Juan presente.

Doña Violante.

¿Eso cómo puede ser?

Don Carlos.

Porque es de ciencia un abismo;
yo sé que le enseñará
de la suerte que allá está.

Doña Violante.

¿Al mismo don Juan?

Don Carlos.

Al mismo
no es posible que lo sea,
que el que de esta suerte ves,
cuerpo fantástico es,
que se retrata en idea;
mas verásle de la suerte
que está si le quieres ver.

Doña Violante.

Del modo que pueda ser, *ap.*
don Juan, me holgaré de verte.
¿Y quién ese hombre es?

Don Carlos.

Ya con la verdad espero *ap.*
engañarla. Un caballero,
que no hace por interés
aquesto, sino por gusto.
Lindamente lo he enmendado. *ap.*
Vive en la calle del Prado;
mas es pensamiento injusto
el verle así, porque asombra,
aunque tan facil parece,
pensar que despues te ofrece
una fantasma, una sombra.

Doña Violante.

Anímo tendré, si llego
á examinar en su ausencia
tan peligrosa esperiencia.
¿Cómo se llama?

Don Carlos.
Don Diego
de Luna.
Doña Violante.
¿Eso puede ser?
Don Carlos.
Con Dios os podeis quedar,
que yo os quiero dar lugar
para que acabeis de leer.

ESCENA VIII.

Doña Violante y Quitería.

Doña Violante.
Dame sin tardanza alguna
el manto.
Quitería.
¿Pues qué has de hacer
con él?
Doña Violante.
Yo tengo de ver
hoy á don Diego de Luna.
Quitería.
¿Sin conocerle?
Doña Violante.
¿Qué importa?
que si caballero es,
por fuerza será cortés:
de pensamientos acorta.
Quitería.
Tus desengaños verán
que todo es mentiras luego.
Doña Violante.
Bueno es eso, si don Diego
quiere, yo veré á don Juan.

ESCENA IX.

Sala en casa de don Diego.

Don Antonio y don Diego.

Don Antonio.

Astrólogo escelente
sois, divulgado ya de gente en gente:
en Madrid no he hallado
hombre alguno, á quien no le haya contado
mil cosas, sea justo, ó no sea justo;
por Dios, don Diego, que el mentir es gusto.
Al punto que de vos me aparté, luego
fui á la casa del juego,
dígelo á dos mirones,
que es lo mismo llamaros á pregones.
Salí de allí, y entréme en los corrales
de las Comedias, donde
la mas oculta cosa no se esconde:
pasé adelante, á aquellas cuatro esquinas
de la calle del Lobo, y la del Prado,
á quien por nombre ha dado
una discreta dama, mentidero
de varones ilustres: lo primero
fuí á hablar de vos, y había
allí quien por Astrólogo os tenía;
y como sino fuera
yo quien mejor que todos lo supiera,
(¿á quién esto no admira?)
por verdad me contaron mi mentira:
mas lo mejor de todo no fue esto,
sino que entré en los trucos, donde estaba
un hombre que contaba
cosas, que os habia visto

hacer: no sé, por Dios, como resisto
la risa; no pudiendo
sufrirlo, empecé á hablar, contradiciendo,
de tantos disparates enfadado:
levantóse enojado,
diciéndome: Si usted no le conoce;
yo sí muy bien, y sé lo que aquí digo
de buen original, porque es mi amigo.
Tanto una novedad Madrid esfuerza;
que mi mentira la creí por fuerza.

Don Diego.

Bien lo habeis ponderado.

ESCENA X.

Dichos y Moron.

Moron.

Una señora
de angosto talle, y de cadera ancha,
con mas cañas, que carro de la Mancha;
á quien el manto solo deja fuera
un ojo, que le sirve de lumbrera,
dice que hablarte quiere.

Don Diego.

¿Muger? ¿quién puede ser?

Don Antonio.

Sea quien fuere,
dí que entre.

Moron.

Ya está dentro de la sala.

Don Diego.

Por Dios, que la fachada no es muy mala.

ESCENA XI.

Dichos, doña Violante y Quitería.

Doña Violante.
¿Quién es de ustedes el señor don Diego?
Don Diego.
Yo soy, señora, que á ofrecerme llego
á esos pies, si merecen obligaros
mis deseos.
Doña Violante.
Solo quisiera hablaros.
Don Antonio.
Pues yo despejaré. Desde aquí quiero
saber que encanto es este. *Retirase.*

ESCENA. XII.

Don Diego, doña Violante y Quitería.

Don Diego.
Lo primero
sentaros ha de ser, y descubriros.
Doña Violante.
Por cansada me siento, y por serviros
me descubro.
Don Diego.
No es bien que cielo tanto
tenga oculto la noche de ese manto:
aunque en luces tan bellas,
ante el sol se eclipsaron las estrellas,
no sé cual de las mias levantarme
pudo á tanto favor.
Doña Violante.
Con escucharme,
sabreis mi pensamiento.

Don Diego.

Ya os escucho, decid.

Doña Violante.

Estadme atento:

Amorosos estremos
no será bien que causen
vanas admiraciones
á hombre que tanto sabe;
mayormente, quien pudo
con ingenio tan grande
merecer que la fama
en dulce voz le alabe.
Así, pues, confiada
que puedo declararme,
como muger, á un noble,
y á un cuerdo, como amante;
me atreveré á deciros
la causa de mis males,
que en lágrimas, y quejas
rompiendo el pecho salen.
Yo quise bien, yo quiero
diré mejor, que tarde
olvida quien bien quiere,
ni es posible que pasen
por el amor los días,
los años, las edades;
que como amor es glorias,
sus glorias son instantes.
Yo quiero á un caballero,
no os alabo sus partes,
que no importa deciros
mas de que supe amarle.
Al fin de muchos dias
me dejó, y se fué á Flandes;
que son de un firme amor

los desengaños tales.
Aquesta carta suya
he tenido esta tarde,
mensagero, y testigo
de su ausencia bastante,
á defender la vida,
que quisieron quitarme
pasados gustos, siendo
ya presentes pesares.
Nació de esto un deseo
de verle; no os espante,
pues sois cuerdo, y discreto,
los estremos que hace
una muger que quiere;
que en las antigüedades
me previenen disculpas
hechos mas admirables.
Supe que sois tan sábio,
que con ingenio, y arte,
esta dificultad
es para vos muy fácil.
Así, pues, si os obligan
los estremos que esparcen
lágrimas por la tierra,
suspiros por el aire;
por triste, por rendida,
por muger, por amante,
merezca ver, señor,
á don Juan esta tarde.

Don Diego.

¡Quién en el mundo ha visto *ap.*
suceso semejante!
No sé que hacer Señora,
no es razon que os engañe
quien serviros desea:

y aqueso no es tan facil
como á vos os parece,
ni astrólogos lo hacen;
porque representar
á la vista la imágen
de un hombre que está ausente,
es mágia, y castigarle
podrán á quien lo hiciere,
si alguno hay que lo alcance,
porque esa es una ciencia
que ya no sabe nadie.

Doña Violante.

No llegára yo á hablaros,
señor, sin informarme
de que sabeis hacer
cosas mas admirables.
Si temeis el secreto,
muy bien sabré guardarle,
aunque muger.

Don Diego.

Señora,
por Dios, que el escusarme,
no es sino no saberle.

Doña Violante.

Otras dificultades
mayores habreis hecho,
que yo he estado esta tarde
con hombre, que os ha visto
hacer prodigios grandes.

Don Diego.

¡Qué bravamente aprieta! *ap.*
así habré de librarme,
porque aquí yo no pierda
la opinion, y ella calle.
Pues, señora, la causa

de no determinarme,
ha sido por estar
esa persona en Flandes;
y si hay mar de por medio,
no es posible alcanzarle
los conjuros, porque ellos
no penetran los mares:
si por acá estuviera,
aun pudiera enseñarle;
pero en Flandes no puedo:
con esto perdonadme.

Doña Violante.

Si advertís las razones
que tengo dichas antes,
fueron que á Flandes iba,
mas no que estaba en Flandes;
él está en Zaragoza:
no hay como disculparse
ahora.

Don Diego.

Vive Dios, *ap.*
que es apretado lance.

Doña Violante.

Si saber para esto
el nombre es importante,
es don Juan de Medrano.

Don Diego.

Aun por aquí enmendarse *ap.*
mi confusion pudiera.
No paseis adelante,
que muy bien lo sé todo.
Así he de asegurarme. *ap.*
Si es el que yo imagino,
no ha dos meses cabales
que está ausente.

Doña Violante.

Es verdad.

Don Diego.

Como jureis guardarme
el secreto, me atrevo
esta noche á llevarle
á vuestra casa.

Doña Violante.

Y yo
os juro de guardarle,
siendo mi obligacion
de mi silencio llave.

Don Diego.

¿Moron? *Sale Moron.*

Moron.

¿Señor, qué es esto?

Don Diego.

Un lindo cuento. Traime
tinta y papel. ¿Tendrás
ánimo para hablarle? (1)

Doña Violante.

Animo tengo.

Moron.

Aqui
está el recado.

Don Diego.

Dame
esa cartera, y vete. *Vase Moron.*
Ahora es importante
que escribais.

Doña Violante.

Notad vos. *Escribe.*

---

(1) *Váse Moron y vuelve á salir.*

Don Diego.

Don Juan, ya sé...

Doña Violante.

Adelante.

Don Diego.

Adonde estais, venid
aquesta noche á hablarme,
ó iré donde estais vos
á descubrir maldades.

Doña Violante.

Ya está puesto.

Don Diego.

Firmad
vuestro nombre.

Doña Violante.

Violante. *Firma.*

Don Diego.

Con esto podeis iros,
y esta noche esperadle,
que yo sé que irá á veros.

Doña Violante.

Don Diego, el cielo os guarde.
¡Qué hoy don Juan he de verte! *ap.*
¡Hay dicha semejante!

ESCENA XIII.

Don Diego, Don Antonio y Moron.

Don Diego.

¿Habeisla escuchado?

Don Antonio.

Sí.

Don Diego.

¿Y habeis visto otro suceso
mas gracioso?

Don Antonio.

Yo os confieso
que ya perdido me ví
de risa, cuando os cogió
en lo del mar.

Don Diego.

¡Qué segura
vino de mi!

Moron.

La ventura
toda estuvo en que nombró
á Don Juan; ¿y que has de hacer?

Don Diego.

Por la reja de la calle
este papel has de echalles.
porque si el le llega á ver,
viendo público el secreto,
por fuerza á su casa irá
aquesta noche, y tendrá
nuestra burla lindo efecto.

Moron.

¿Piensas que comedia es,
que en ella de cualquier modo,
que se piense, sale todo?
¿Si le lee y no va despues?

Don Diego.

Mil disculpas habrá; en tanto
mudarnos los dos podemos,
para que á la vista estemos
de lo que para el encanto. *Vanse.*

ESCENA XIV.

SALA EN CASA DE DON CARLOS.

Don Carlos y don Juan.

Don Carlos.

Díle la carta, mostró
al tomarla un sentimiento
de tristeza, y de contento;
de donde conozco yo
que os quiere bien, y pagais
mal una fe tan segura
en tan perfecta hermosura.

Don Juan.

Vos, don Carlos, no mirais
que las perfecciones bellas
en la hermosura mayor
no dan lugar al amor,
si le niegan las estrellas:
en vano Violante espera
premio á fineza tan rara.

Don Carlos.

Segun eso, no os pesara
que un amigo la quisiera.

Don Juan.

No sé que hiciera en rigor,
ni si me diera desvelos;
que suelen soplar los zelos
las cenizas de un amor.

Don Carlos.

¿No os causa melancolia
la soledad que pasais?

Don Juan.

La soledad que mirais
es mi mejor compañia.

Don Carlos.
¿Qué al fin nadie ha de saber
la causa que preso os tiene?
Don Juan.
El callarla me conviene;
creed, si pudiera ser,
rompiendo tan gran secreto,
saberlo en el mundo dos,
el uno fuérades vos:
mas, como amigo, os prometo
que no lo puedo contar.
Don Carlos.
La confianza es graciosa, *ap.*
cuando no anda otra cosa
tan pública en el lugar.
Por daros la compañia
que estimais, quiero dejaros
solo. *Vase.*

ESCENA XV.

Don Juan.

¿Con qué he de pagaros
tanto amor? Vén, noche fria,
estiende el velo que dió
en triste funesto empeño
negros sepulcros al sueño;
muera el sol, y viva yo. (1)
¿Mas que es esto? ¿no es papel
el que está en el suelo? Sí.
¿Quién pudo traerle aquí?
Veré lo que dice en él.
Lee. *Don Juan, ya sé dónde estais,*

(1) *Echanle un papel.*

venid esta noche á verme.
¿Vela el pensamiento, ó duerme?
¿Ojos, qué es lo que mirais?
Violante la firma dice:
sin duda Carlos contó
que estaba en su casa yo:
¡hay suerte mas infelice!
¡Qué Carlos me ha descubierto!
Sí, bien claro me ha mostrado
que está muy enamorado
de Violante; esto es lo cierto,
y aun él me trajo el papel.
¿Qué pena á mi pena iguala?
porque dentro de esta sala
nadie ha entrado sino es él.
¿Qué puedo hacer? si no voy
á vella, mas atrevida,
de mi silencio ofendida,
publicará donde estoy:
pues si ya se ha de saber
que estoy encubierto aquí,
mejor lo sabrá de mí;
que de modo sabré hacer,
que quede mas engañada
con lo que la he de contar,
que es muy facil de engañar
la muger enamorada.

ESCENA XVI.

SALA EN CASA DE VIOLANTE.

Doña Violante, y Quiteria con luz en una bujia.

Quiteria.

¿Es posible que has creido,

que haya de venir á casa
en esta noche don Juan,
y no creas que te engaña
tu deseo? ¿Cómo puede
venir quien de leguas tantas
hoy te ha escrito?

Doña Violante.

Necia estás:
¿quieres tú con tu ignorancia
poner límite á las ciencias,
que tanto poder alcanzan?
Como no haya mar en medio,
eso es cosa averiguada,
que vendrá, mas no don Juan,
sino sombra que retrata
al mismo, de la manera
que allá estuviere.

Quiteria.

¿Y qué sacas
de verle así?

Doña Violante.

Solo verle;
y no me preguntes nada,
si no sabes que es amor:
que ya sé que hay muchas damas
que se entretienen en ver
en que los ausentes pasan.

Quiteria.

¿Y cuando fuera posible
el verle, no te causára
miedo pensar que era sombra?

Doña Violante.

Ningun temor me acobarda;
ánimo tengo.

Quiteria.

Yo nó.

Doña Violante.

Mira que á la puerta llaman;
toma esa luz, y abre presto.

Quiteria.

La color tienes turbada:
¿has creido que es don Juan?

Doña Violante.

No lo creo; pero acaba.

Quiteria.

Yo voy á abrir. *Vase.*

Doña Violante.

¡Qué no intenta
zelosa, y desesperada
una muger! ¡qué de cosas
sabe prevenir quien ama!
no hay al amor imposibles;
todo lo vence, y lo allana,
como es Dios.

Sale Quiteria.

¡Jesus mil veces!
Señora, verdad es clara
el encanto (muerta vengo);
don Juan era el que llamaba
á nuestra puerta.

Doña Violante.

¿Qué dices?

Quiteria.

Que está dentro de la sala.

Doña Violante.

Hásta ahora mas valiente,
y mas animosa estaba;
mas ya en saber que es don Juan
estoy medrosa, y turbada.

ESCENA XVII.

Dichas, y don Juan.

Don Juan.

Violante, dame los brazos.

Doña Violante.

Espera, don Juan, aguarda;
detente, don Juan, espera.

Don Juan.

¿Despues de ausencia tan larga
de esta suerte me recibes?
¿Y de esta suerte me pagas
venir á verte no mas?

Quiteria.

Bien claro nos desengaña;
que viene no mas de á verte.

Don Juan.

¿Qué dices?

Doña Violante.

¡Estoy turbada!
el cuerpo me cubre un yelo;
y el corazon se desmaya.
Don Juan, ya veo que vienes
á verme de donde estabas,
vuelvéte presto, que á mí
haberte visto me basta.

Don Juan.

Si por mi fingida ausencia
estás, Violante, enojada;
escúchame las disculpas.

Doña Violante.

Yo pienso que tienes hartas;
véte, y déjame.

Don Juan.

Si estoy

sn Madrid por ciertas causas....

Doña Violante.

Ya sé las causas que son.

Don Juan.

Si en este papel me llamas....

Quiteria.

¿Quién se le llevó tan presto?
aquí algun demonio anda.

Doña Violante.

Yo te llamé por pensar
poderte hablar; mas es tanta
mi turbacion, que no puedo:
bien verás que no fue falsa
mi voluntad; pues qué hizo
diligencias tan estrañas.

Don Juan.

Ya sé que tus diligencias
han sabido cuánto pasa;
por eso vengo yo á verte.

Quiteria.

¡Qué bien dices! que la causa
del haber venido, fue
tu diligencia.

Doña Violante.

Fantasma,
vuélvete, y déjanos ya.

Don Juan.

¡Qué bien finges que me engañas!
Dáme los brazos.

Doña Violante.

¿Los brazos? *Retirándose.*
¡Ay de mí!

Don Juan.

Detente, aguarda.

Doña Violante.

Cerrada en este aposento
estaré, hasta que te vayas. (1)

Don Juan.

Cerró la puerta, no quiso
satisfaccion, porque airada
de ver que estaba en Madrid,
ninguna respuesta aguarda.
¿Quiteria?

Quiteria.

Señor, detente.

Don Juan.

¿Dime, qué ha sido la causa.....

Quiteria.

¡Mas qué he de pagarlo yo!

Don Juan.

De su enojo?

Quiteria.

No sé nada;
vuélvete, y déjanos ya,
sombra, ilusion, ó fantasma. (2)

Don Juan.

¡Hay suceso mas notable!
¡hay confusion mas estraña!
¿quién vió tantas turbaciones,
penas, y desdichas tantas?
Carlos la culpa ha tenido,
Carlos ha sido la causa.
¿A quién he de responder,
si aun mismo tiempo me llama
con mil quejas un amigo,
con mil zelos una dama?

---

(1) *Entrase, y cierra la puerta.*
(2) *Entrase huyendo.*

ACTO TERCERO.

ESCENA PRIMERA.

SALA EN CASA DE LEONARDO.

Doña Maria, don Juan, y Beatriz.

Don Juan.

¿Pues no me darás los brazos,
siquiera por bien venido?

Doña Maria.

Sí, don Juan, puesto que han sido
del alma, y la vida lazos.

Don Juan.

Dichosa la ausencia fue,
si por fin de su rigor,
merezco tanto favor.

Doña Marta.

Mas mereces tú.

Don Juan.

No sé
como me atreva á pedir,
usando de esta licencia,
otro, que supla esta ausencia.

Do a Marìa.

¿Cómo, don Juan? con decir
lo que te agrada.

Don Juan.

Señora,
dame esa cinta pendiente,
de tu cuello, porque afrente

al Iris que el cielo dora. (1)

Doña Maria.

La joya darte imagino.

Don Juan.

La cinta pido no mas.

Doña Maria.

Tómala así, que vendrás
empeñado del camino;
pues de tu vuelta fingida
el dia llegó feliz,
que yo esperaba.

Don Juan.

¿Beatriz,
no me das la bien venida?

Beatriz.

¡Es hora, señor, de verte!

Don Juan.

Bien, Beatriz, has preguntado;
¿no me has visto, y me has hablado
todas las noches?

Doña Maria.

Advierte
bien lo que has de fingir,
y de lo que nos conviene;
porque ya mi padre viene.

ESCENA II.

Dichos y Leonardo.

Don Juan.

Yo sé lo que he de decir.
Dame mil veces tus pies.

---

(1) *Dále una joya.*

Leonardo.

Los brazos será mejor.
No le conozco. *ap.*

Don Juan.

Señor,
esto quiero que me des,
por la obligacion que tengo
á esta casa; y porque mas
no estés dudoso, sabrás
que de Zaragoza vengo,
donde muchos dias fuí
huesped, señor, de tu hermano,
de cuya liberal mano
mil mercedes recibí.
Unas cartas que traia
para abono de esto yo,
entre otras cosas, me hurtó
un criado que tenia.
Y ya, señor, que la culpa,
de aquella falta no tengo,
si á dar las cartas no vengo,
vengo á darte la disculpa.

Leonardo.

Siento en estremo no vellas,
y no por lo que os abona,
que basta vuestra persona
para mas crédito en ellas.

Don Juan.

Lo que don Pedro os decia,
es, que me ayudeis, señor,
aquí con vuestro favor
en una pretension mia,
causa de pleitos muy grandes;
que hoy á la corte me han vuelto,
cuando ya estaba resuelto

de pasar sirviendo en Flandes.

Leonardo.

Esta es mi casa, y en ella
no os falta la de mi hermano.

Don Juan.

El estilo cortesano
estimo. Vos, dama bella,
mirad si algo me mandais.

Leonardo.

Responde.

Doña María.

Turbarme temo. *ap.*
Yo me holgaré con estremo
de que con salud vengais;
en esta casa mirad,
que os servirán sin alguna
falta, que sé que en ninguna
hallareis mas voluntad.

Leonardo.

¡Qué triste que habla María! *ap.*

Beatriz.

¡Y qué bien don Juan fingió! *ap.*

Leonardo.

He de ir con vos.

Don Juan.

Eso no.
Bien salió la industria mia. *ap.*

ESCENA III.

Dichos menos don Juan.

Leonardo.

¿Qué tienes, que así has estado
divertida en mil enojos?

Doña María.

¿Si hoy delante de los ojos

una joya me ha faltado,
he de tener alegría?
y aun pienso que fué el perdella,
por tener el gusto en ella.

Leonardo.

¿Tales estremos, María?
¿Qué joya era?

Doña María.

Era el Cupido
de diamantes

Leonardo.

¿Qué èso pasa?
busquese en toda la casa;
y si se hubiere perdido,
mas joyas tienes, en quien
valor, y arte se acrisola,
porque no estaba esta sola.

Doña María.

Esta sola quise bien.

Leonardo

Tanto tu pecho sintió
qué te pudiese faltar,
que no me hàs dado lugar
para que lo sienta yo;
y á tanto tu llanto obliga,
que por darte gusto, luego
he de buscar á don Diego,
que de la joya me diga.

Beatriz.

¿Vés lo que has querido hacer
con los estremos qué has hecho?
Si él va á don Diego, sospecho
que todo se ha de saber.

Doña María.

¡Háy mas pena! ¡hay mas crueldad

de estrella siempre enemiga!
¡qué solo en mi agravio diga
un astrólogo verdad!

Sale Leonardo.

Aquesto se me olvidó.

Beatriz.

Tu padre vuelve, señora.

Leonardo.

¿Dime, Maria, á qué hora
esta joya te faltó?

Doña Maria.

Entre once, y doce.

Leonardo.

Así goce
tu edad, y te llegue á ver
casada, que he de saber
quien la tiene. Entre once y doce.

ESCENA IV.

Moron, que detiene á Beatriz.

Moron.

A saber vengo, Beatriz,
pues te importa, cuanto pasa
á don Juan en esta casa,
que es dar mas vivo matiz
á tu engaño, y mi disculpa,
con que lo sepa don Diego;
mas esto acredita luego
que tú no tuviste culpa.

Beatriz.

Has de saber que ha venido
hoy de camino, y por dar
á entrar en casa lugar,
unas cartas ha fingido;

una joya, que le dió
doña María á don Juan,
hoy á preguntarle van
á don Diego quien la hurtó:
avísale porque diga,
al preguntarselo, quien.

Moron.

Digo qué dices muy bien;
á esto el ser muger te obliga.

ESCENA V.

SALA EN CASA DE DON DIEGO.

Don Diego y don Antonio.

Don Diego.

Huyendo vengo de mí,
que no sé en que confusion
me habeis puesto, don Antonio.

Don Antonio.

En la que dijisteis vos.
¿Vos mismo no me dijisteis,
que estendiese aquella voz?

Don Diego.

Sí, mas no que publicaraís
que era mago encantador,
sino astrólogo no mas.

Don Antonio.

La fama crece veloz;
¿mas sepamos, de qué os pesa?

Don Diego.

De que no hay hombre, á quien dió
duda cualquiera suceso,
que por ruego, ó por favor,
no me venga á preguntar

el fin de su pretension.

Don Antonio.

¿Y aqueso os enfada tanto?

Don Diego.

Como sin certeza doy
la respuesta, temo luego
que en sucediendo un error,
han de quejarse de mi.

Don Antonio.

¿Pues qué astrólogo acertó
cosa que dijo? Pensad
que el mejor del mundo sois,
que vos os saldreis con ello.
¿Pudo haber cuento mejor
que aquel de doña Violante?
Mirad como sucedió,
y vereis como os holgais.

Don Diego.

No puedo alegrarme yo,
cuando á un punto me atormentan
desdenes, zelos, y amor.

ESCENA VI.

Dichos, doña Violante y Quiteria con mantos.

Quiteria.

Señor don Diego, una dama
hablaros quiere.

Don Antonio.

Por Dios,
que si viene á consultaros,
que llega á buena ocasion.
Id, astrólogo, que os llama.

Don Diego.

Dejad las burlas.

Doña Violante.

Yo soy
la que os busca, y la que viene
solo á quejarse de vos.

Don Diego.

¿Vos teneis queja de mi?

Doña Violante.

Si don Juan no se ausentó,
si estaba en Madrid don Juan;
¿decidme, por qué razon
vos no me desengañasteis?

Don Diego.

¿Pues pude saberlo yo?
Si dije que á vuestra casa
iría como en vision,
y después os llevo él mismo,
señal es que fue mayor,
y mas poderosa fuerza
la del encanto.

Doña Violante.

Razon
es esa á que yo no hallo
respuesta; y puesto que estoy
desengañada, os suplico
deis remedio á mi dolor.
Don Juan está enamorado
de una dama, que ocasion
fué de quedarse en Madrid;
un su amigo me contó
esto, y dice que en secreto
casados estan los dos.

Don Diego.

¿Esta muger qué pretende? *ap.*

Doña Violante.

Pues vuestro estudio alcanzó

tal fuerza, que se aborrezcan
puede hacer.

Don Diego.

¡ Pluguiera á Dios ! *ap.*

Doña Violante.

Haced que mas no se quieran;
que se olviden, y el rigor
de los zelos los abrase;
mueran, pues muriendo estoy.

Don Diego.

Bueno es poner en mi mano *ap.*
la cura de mi dolor,
y pedirme á mi el remedio
del mal que padezco yo;
porque me deje, me importa
engañarla, que si doy
otra respuesta, en su vida
ha de dejarme. Mintió,
Violante, tu amor; tus zelos
mintieron, que la ocasion
de estar don Juan en Madrid
fuiste tú, y él se quedó,
por zelos que de tí túvo.
Si un amigo te contó
otro amor, mintió el amigo,
concierto fue de los dos:
véte, y vive satisfecha
que te adora.

Doña Violante.

Yo lo voy
con tu respuesta. ¡ Felice
quien tanta ventura vió!

ESCENA VII.

Don Antonio y don Diego.

Don Antonio

¿Y qué la habeis respondido
á su pregunta molesta?

Don Diego.

Con equívoca respuesta
oráculo suyo he sido.
Digela, que la queria
don Juan; y la despreciaba,
por solo ver si le amaba,
y aquella esperiencia hacia:
con esto si la desprecia,
ha de pensar que la quiere;
y si algun favor la hiciere,
mas engañada, y mas necia,
ha de pensar que es amor,
y con esto no vendrá
á darme la muerte.

Don Antonio.

Ya
tenemos otro mayor.
Cuando á Carlos sutilmente
conté vuestra astrologia,
le digo que le traeria
á ver una dama ausente
á vuestra casa; y de suerte
desea, don Diego, veros,
que el muere por conoceros,
y yo padezco la muerte.

Don Diego.

Mirad si uno solo así
os cansa, lo que serán
tantos juntos.

ESCENA VIII.

Dichos y don Carlos.

Don Carlos.

Aquí están *ap.*
los dos, venturoso fui.
Señor don Diego, yo soy
un muy grande aficionado
vuestro, y quien mas ha estimado
serviros.

Don Diego.

Muy cierto estoy
que tengo esa obligacion.

Don Carlos.

Aunque pudiera valerme
de amigos, quiero atreverme,
fiado solo en razon.
Un dia á la dama ví
de un amigo; yo hice mal
de rendirme, aunque leal
mi misma pasion vencí.
Los ojos fueron despojos
del alma sin gusto mio,
porque es un cierto alvedrío
de por sí este de los ojos.
No fue amistad verdadera
la suya; y yo, por tener
venganza, quisiera hacer
que le olvide, y que me quiera.
Aquesto vengo á pediros,
y esto habeis de hacer aquí;
tendreis un esclavo en mí
eterno.

Don Diego

Yo he de serviros,

y haré de suerte, que os quiera
esa dama; proseguid
vuestros amores, servid,
que aunque altiva, ingrata, y fiera
esté los primeros dias,
á muy pocos os prometo;
que yendo haciendo su efecto;
le tengan con las porfias.

Don Carlos.

Yo esperaré, hasta vencer
este imposible de amor.

ESCENA IX.

Don Diego y don Antonio.

Don Diego.

¡Hay ignorancia mayor!
¿qué esto se llegue á creer;
sin mirar que es fingimiento?

Don Antonio.

¿Pues en fin, qué respondiste
á don Carlos?

Don Diego.

¿No lo oiste?
pues hice el mismo argumento
con Carlos; que con Violante.
Dígele, que su porfia
siguiese; que yo le haria
despues venturoso amante.

Don Antonio.

¿Y cómo saldreis de aquí?

Don Diego.

Porfiando alcanzará
el favor, y me dará
todas las gracias á mí;

pero bendito sea Dios,
que libre un rato me veo
de necios; aun no lo creo.

ESCENA X.

Dichos y Leonardo.

Leonardo.

Aunque estén juntos los dos;
hablarle aqui solicito.
Buscándoos vengo.

Don Diego.

¡Qué presto
se cansó!

Don Antonio.

Mas que por esto
se dijo, no muy bendito.

Don Diego.

¿Señor, pues qué me mandais?
¿hay en qué pueda serviros?

Leonardo.

Yo he de hacer eso, y dejando
los cumplimientos prolijos,
sabreis, don Diego, que hoy
una joya se ha perdido
en mi casa, que por gusto
mas, que por valor, lo estimo:
quisiera que me dijerais
donde esta; y así os suplico,
que me estudieis con cuidado
esta figura.

Don Diego.

¡Hase visto *ap.*
confusion como la mia!
Si alguna mentira finjo,

será imposible que deje
de averiguarse; perdido
estoy, que el lance es forzoso:
pero sin causa me aflijo,
pues con nadie importa menos
la opinion, que he pretendido,
que con Leonardo; esta vez
toda la verdad le digo,
y que no sé ciencia alguna,
que él quedará agradecido
al desengaño: mas quiero
perder del crédito mio,
que engañar á un viejo noble;
en esto me determino.
Señor Leonardo, escuchad;
yo tuve algunos principios
de astrología, es verdad,
de donde tomé motivo
para tener opinion
acreditada de amigos:
todos dicen que lo sé,
pero ninguno lo ha visto,
y es verdad, pues no sé tanto
como alguna vez he dicho,
porque entonces no importó
con poca causa fingirlo;
mas hoy, que ya llega á veras,
porque no penseis que estimo
mas la opinion, que el trataros
verdad; la verdad os digo.
Yo no sé de astrología,
tanto, que pueda deciros
de esa joya.

Leonardo.

Cuando yo

jamas hubiera tenido
noticia de que vos sois
hombre docto, haberos visto
hablar con tanta humildad,
basta para haber creido
que sabeis mucho.

Don Diego.

Por Dios,
que no sé nada.

Leonardo.

Eso mismo
que decís; es lo que mas
os acredita conmigo:
así han de ser los que saben,
muy modestos y encogidos;
vuelva por ellos su ciencia,
no su soberbia.

Don Antonio.

Por Cristo; *ap.*
que le dá cordel el viejo.

Don Diego.

Si yo hubiera merecido
ese nombre, yo os digera
la verdad.

Leonardo.

Otra vez digo;
que si fuerais ignorante,
os alabariais; y estimo
esa humildad por mas ciencia;
que el hombre que de sí dijo
que mas sabe, es el que ignora,
pues llega á haberlo creido.
Y volviendo á nuestro caso;
era la joya un Cupido
de diamantes.

Don Diego.

Vive Dios, *ap.*
que quiere quitarme el juicio.
¿Cómo tengo de decir,
que en mi vida no he sabido
si son los planetas siete,
ni si son doce los signos,
si el zodiaco guarnecen,
si anda el sol por su epicielo,
por la eclíptica, ó por dónde?

Leonardo.

Don Diego, aunque habeis querido
de propósito ignorar,
verdad en todo habeis dicho,
que tambien yo alcanzo un poco.
Olvidóseme deciros,
que faltó entre once, y doce
la joya.

Don Diego.

¡En qué laberinto
me pusisteis don Antonio!

ESCENA XI.

Dichos y Moron, que habla con don Diego aparte.

Moron.

Importante es el aviso;
yo llego. Señor, escucha;
todo cuanto ha sucedido
despues que no voy allá,
es, que esta mañana vino
don Juan á su casa, y ella
por favor le dió un Cupido
de diamantes: con su padre
fingió habérsele perdido;
y él tambien fingió venir

á buscarle de camino,
con unas cartas.

Don Diego.

¡Moron,
á qué buen tiempo has venido!
Perdonadme que un criado
la respuesta me ha traido
de un recado que me importa.

Leonardo.

Disculpado estais conmigo;
¿pero que me respondeis
de esotro?

Don Diego.

Yo he pretendido
disimular hoy con vos
mi estudio, por no deciros
cosas que os han de pesar;
mas puesto que habeis querido
saberlo, yo esta mañana
toda la figura he visto,
? que su prima me avisó
de como le habia perdido.
Un hombre, que en vuestra casa
hoy vestido de camino
ha entrado, tiene la joya;
y pues tantó habeis querido
saberlo, no me culpeis,
si os pesare de lo dicho.

Leonardo.

¡Lo que la necesidad *ap.*
hace! aquel hombre que vino
de Zaragoza, ese hurtó
la joya; ¡mas que mal hizo
naturaleza en poner
en aquel talle este vicio!

He de buscarle, y cobrarla,
aunque con otro designio
para pedirla, sin que él
eche de ver que he sabido
su flaqueza ;.para esto
Habrá trescientos caminos.
¿Veis, don Diego, como yo
nunca me engaño? Si digo
una vez, este hombre sabe,
es cierto: ahora os suplico,
que vais á verme esta noche,
que habeis de cenar conmigo. *Vase.*

Don Diego.

Yo iré á serviros, señor.
¿Don Antonio, habeis oido
cuento como este en la vida?

Don Antonio.

A tiempo llegó el avíso,
que si no, el viejo apretaba
notablemente.

ESCENA XII.

Don Diego, don Antonio, Moron y Otañez.

Otañez.

Que vino
por esta parte don Digo,
allí mi señor me dijo.

Don Diego.

De bravo aprieto salí;
¿pero si el viejo ha tenido
pensamiento de pedirle
la joya?

Moron.

El enredo es lindo,

si él le prende por ladron;
ó por yerno, que es lo mismo;
pues de la hacienda, y la vida
entrambos son enemigos.

Otañez.

El es, yo llego. Señor
don Diego, por quien se dijo
lo de, ó que lindo don Diego,
pues sois el don Diego lindo,
á suplicaros me atrevo
un poco, por haber sído
criado de una señora,
que vos amais, y yo sirvo.

Don Diego.

Ya os conozco; ¿qué quereis,
buen Otañez?

Otañez.

Yo he vivido
mucho tiempo muy reglado,
con cuya cuenta he podido,
para pasar mi vejez,
juntar algun dinerillo;
quisiera irme á la montaña,
y por temer los peligros
que á un hombre, y mas con dinero,
suceden en los caminos,
y por ahorrarme la costa;
humildemente os suplico,
que me envieis á mi tierra
por encanto; pues yo he oído
que llegaré, si queréis,
en un instante muy chico.

Don Diego.

Esto solo me faltaba. *ap.*

Moron.

Este encanto, ó este hechizo,
á mi me toca, señor;
y así por merced te pido
me le remitas á mí.

Don Diego.

Id al punto á preveniros,
que esta noche habeís de ír:
Moron estará advertido
de lo que ha de hacer.

Otañez.

Señor,
de este Moron no me fio.

Don Diego.

¿Pues atreverase á hacer
mas de lo que yo le digo?

ESCENA XIII.

Moron y Otañez.

Moron.

Mucho me pesa por vos
hacer nada; mas ya he visto
que he de obedecer por fuerza
á mi amo.

Otañez.

Pues yo digo,
que no lo habeis de perder.

Moron.

Ea, pues, seamos amigos;
y lo que ahora habeis de hacer,
es, poneros de camino,
botas, y espuelas; si acaso
teneis algun papahigo,
llevadle, que es menester

çaminar con grande abrigo,
porque en las sierras de Aspa
hace temerario frio:
aunque vos en esta vida
mas veces habeis temido
aspa, y fuego, que aspa, y nieve.

Otañez.

Mentís, que no soy judío.

Moron.

En fin, si aquesto ha de ser,
del modo que os significo,
habeis de estar á la puerta
de vuestro jardin, en hilo
de las doce.

Otañez.

Pues yo voy
á prevenirme.

Moron.

Por Cristo, *ap.*
que esta vez, viejo avariento,
en la trampa habeis caido.

ESCENA XIV.

SALA EN CASA DE DON JUAN.

Don Juan y despues Leonardo.

Don Juan.

Llegó el felice dia
del fin dichoso de la pena mia,
pues ya seguro puedo
ver á mi bien, sin que me causen miedo
los zelos de Leonardo,
cuya amistad hacer eterna aguardo.

Sale Leonardo.

El es, tiemblo de hablalle:
¡qué un mozo de esta cara, y de este talle
hiciese tal! A no tener María
su gusto aquí, por vida suya, y mia,
que no se la pidiera, y he tenido
de mirarle rubor; por entendido
no me he de dar de que él la hurtó. Yo vengo
don Juan, buscandoos.

Don Juan.

Desde aquí me tengo
por dichoso, si ha sido
para mandarme, porque agradecido
al favor, he deseado
serviros.

Leonardo.

¡Qué cortés! ¡qué bien hablado! *ap.*
¡gran lástima es, por cierto,
que veneno tan vil esté encubierto
en tan hermoso vaso!
Yo he venido, don Juan, vamos al caso,
buscandoos (¡ciego estoy!) porque he sabido
que una joya teneis, que hoy se ha perdido
en mi casa. ¡Turbado, *ap.*
qué presto su delito ha confesado!

Don Juan.

¡Cielos, qué es lo que he oido! *ap.*

Leonardo.

No digo yo que vos habeis tenido
culpa, sino es aquella
mano de quien la hubisteis.

Don Juan.

¡Triste estrella
es la mia!

Leonardo.

No dudo,
don Juan, que quien la dió, darla no pudo:
vos estais disculpado,
pues al fin la tomasteis engañado.
Así un error tan grave *ap.*
le pretendo dorar.

Don Juan.

Todo lo sabe, *ap.*
zeloso viene; mas por Dios, María,
que aquí toda la culpa ha de ser mia.
Señor.....

Leonardo.

Yo no pretendo,
don Juan, satisfacion.

Don Juan.

Dártela entiendo,
para que de tu engaño
llegues con mi verdad al desengaño:
la joya yo la tengo,
que esta disculpa, que ahora te prevengo,
no es para mí; yo he sido
solamente, señor, quien ha tenido
culpa, que te ha engañado
quien te dijo que nadie me la ha dado.

Leonardo.

Tanto su error le ciega, *ap.*
que se le encubro yo, y él no lo niega.

Don Juan.

Yo solo.

Leonardo.

Don Juan, mira
que yo lo sé muy bien.

Don Juan.

¡A quién no admira *ap.*

que él venga á disculparme!
luego el mejor camino es declararme.
Señor, pues has sabido
quien la joya me dió, mas advertido
sabrás, que ha muchos dias
que con piedad oyó las quejas mias:
yo, como habrás oido,
aunque pobre, señor, soy bien nacido.

Leonardo.

Disculpas son forzosas,
mozo fui, no me espanto de esas cosas.

Don Juan.

Pues que mi bien dispones,
por quitarnos de tales ocasiones,
honra la humildad mia
con tu hija, señor, doña Maria;
y cesará con esto
la ocasion, que en tal lance nos ha puesto.
Tú mismo,.....

Leonardo.

Poco á poco,
don Juan. Este hombre es loco, *ap.*
por que él ladron no sea,
quiere que yo le case (¿ hay quien tal crea?)
con mi hija. ¡Y qué presto
dijo, que la ocasion cesa con esto!
Véte cuando quisieres,
que el casarte con mi hija no lo esperes,
don Juan, yo te prometo.

Don Juan.

¿A tu hija, señor?

Leonardo.

Basta el secreto. *Vase.*

Don Juan.

¿Pues cómo me ha dejado

Leonardo así, despues de haberme dado
ocasion que pidiese?
¿Dísela yo, para que así se fuese?
¿Cómo, si ya sabia
quien la joya me dió, y quien la tenia,
no remedia sus daños?
De un engaño nacieron mil engaños.

ESCENA XV.

Don Juan, doña Violante y Quiteria.

Doña Violante.

Señor don Juan, no creia,
que aunque pudo en tal violencia
faltar la correspondencia,
pudiese la cortesía:
tambien la voluntad mia
se acabó; mas no por eso
os olvido, pues confieso
que os quise.

Don Juan:

Esto me faltó *ap.*
ahora, para que yo
de una vez perdiese el seso.
Mandáisme que en vuestra casa
no entrase, yo he obedecido,
por estar mas encendido
otro fuego que me abrasa:
corrió el tiempo, el gusto pasa;
¿si vos misma me mandais
que no os vea, qué os quejais,
si os obedezco?

Doña Violante.

¡Qué bien
sabeis fingir un desden!

Don Juan.

Mirad si algo me mandais.

Doña Violante.

Solo que no me mostreis
estar aquí con disgusto ;
pues yo sé que teneis gusto
de verme cuando me veis :
pues me amais, pues me quereis ;
ya es la entereza sobrada.

Don Juan.

Estais, por Dios, engañada ;
que despues que otro sol ví ;
sois, Violante, para mí
la cosa mas olvidada.

ESCENA XVI.

Doña Violante y Quiteria.

Doña Violante.

¿ Hase visto, ni se ha oido
en un hombre enamorado
desprecio tan mal fundado,
ni desden tan bien fingido ?

Quiteria.

Antes presumo que ha sido
verdad, cuando á mirar llego,
que en un engaño tan ciego
te quieres asegurar.

Doña Violante.

¿Pues esto puede faltar,
si me lo dijo don Diego ?

Qqiteria.

Lo que yo he visto, es que aquí
hizo tan notable esceso.

Doña Violante.

¿ Pues vésle? con todo eso.

se va muriendo por mí.

Quiteria.

¿A eso te persuades?

Doña Violante.

Si.

Con aquel desden prolijo
mas me alegro, que me aflijo.

Quiteria.

Mira que el tiempo se muda.

Doña Violante.

¿Esto puede tener duda,
si don Diego me lo dijo?

ESCENA XVII.

Dichas y don Carlos.

Don Carlos.

Si tu luz hermosa sigo,
escucha, hermosa Violante,
oye un declarado amante,
que ha sido encubierto amigo:
aunque hoy mis penas digo,
testigos fueron los cielos
de que lloré mis desvelos.

Doña Violante.

Don Juan, con venganza estraña,
engañase quien engaña,
tenga zelos quien da zelos.
A Carlos he de fingir *ap.*
que quiero, para probar
si zelos se saben dar,
como se saben pedir.

Don Carlos.

Si no me atreví á decir
mi aficion, fue, por temer.

Doña Violante.
Bien la supe conocer,
si pagarla no he sabido,
porque no le es permitido
declararse una muger;
Carlos, vergüenza, y respeto
tuvieron la lengua muda.

Don Carlos.
Ya del hechizo, sin duda, *ap.*
se va mostrando el efecto.

Doña Violante.
La vida, y alma os prometo,
Carlos, cuando á tanto fuego
turbada á abrasarme llego. *Vase.*

Don Carlos.
Al fin, la supo obligar;
¿mas esto pudo faltar,
si me lo dijo don Diego?

ESCENA XVIII.

DECORACION DE JARDIN.

Otañez muy galan con botas y espuelas, y despues Moron.

Otañez.
A Dios, Madrid; de esta vez
no pienso volver á verte,
que va á buscar buena muerte
quien tuvo mala vejez.
¡Mas como tarda Moron!

Moron.
Ya estoy aquí; ¿venís ya
prevenido?

Otañez.

Todo está,
amigo, puesto en razon.

Moron.

¡Qué cavalgadura os tengo!

Otañez.

No entendí que hasta este dia
mozos de diablos habia,
como de mulas.

Moron.

Prevengo,
que aunque mucho ruido oigais
de voces muy lastimosas,
de ahullidos, y de otras cosas,
ni os turbeis, ni lo temais,
que no es nada: ahora tapaos
con ese gaban muy bien,
y yo los ojos tambien
os vendaré; arrebozaos
con mucho brio, eso sí:
la mula está aquí, saltad.

Otañez.

Cho, demonio. (1)

Moron.

Ahora tomad
esa rienda, y porque así
vais mas seguro, yo quiero
ataros contra la silla.

Otañez.

Tened de un pobre mancilla,
no ateis tan fuerte.

Moron.

Escudero,

(1) *Ponese á caballo en un banco.*

que por esos aires vas.....

Otañez.

Ya siento que voy volando,
que la voz se va quedando.

Moron.

Camina con Barrabas. (1)

ESCENA XIX.

Dcihos, don Juan y doña María.

Doña María.

¿Qué mi padre te pidió
la joya?

Don Juan.

A enojo tan fuerte
mil disculpas le previne,
todas á efecto de hacerme
culpado, porque quedases
en su concepto inocente.

Otañez

Que paso, sin duda; ahora
por algun lugar parece,
porque en el viento he escuchado
hablar á diversas gentes.

ESCENA XX.

Dichos y Beatriz asustada.

Beatriz.

¡Ay señora! mi señor
con el convidado viene!
¿que hemos de hacer?

---

(1) *Retirase junto al paño.*

Doña Maria.

¿No podrás
llevarle tú á mi retrete?

Beatriz.

No, que ya está en el jardin.

Doña Maria.

Pues fuerza será esconderte
detras de aquellos jazmines. (1)

ESCENA XXI.

Dichos, don Diego, don Antonio, Leonardo y Moron.

Don Diego.

Agradable vista ofrece
este jardin; bien le adorna
con su hermosura esta fuente,
y esta fresca galería.

Olañez.

Ya es otro lugar aqueste,
pues de las que oí, no ha mucho,
son las voces diferentes.

Don Diego.

Mucho me alegro de veros
con salud, señora.

Doña Maria.

Siempre
para serviros.

ESCENA XXII.

Dichos, doña Violante y don Carlos.

Don Carlos.

Aguarda.

---

(1) *Escondese don Juan.*

Doña Violante.

Yo he de entrar.

Leonardo.

¿Qué ruido es ese?

Don Antonio.

¿Qué es lo que intentas, Violante?

Doña Violante.

No te espantes de que entre
así, Leonardo, en tu casa;
porque si licencia tiene
en los hombres el engaño,
y el desprecio en las mugeres,
yo vengo siguiendo á un hombre,
que es el que á tu hija quiere,
y está dentro de tu casa
escondido; de esta suerte
quiero avisarte, intentando
que tú por los dos te vengues.

Otañez.

Las voces son lastimosas,
que prevenidas me tiene
Moron; no hay de que espantarme.

Leonardo.

Un hombre en mi casa?

Don Diego.

Tente,
señor.

Leonardo.

No me ha de quedar
un átomo que no queme.

Otañez.

Estas son las confusiones;
ninguna mi pecho teme.

Doña Violante.

Un hombre está atado aquí,

Leonardo.

¿Atado? ¿qué encanto es este?
¿hombre aquí? ¿quién pueda ser?

Don Carlos.

Ya están rotos los cordeles.

Otañez.

Ya he llegado. ¡O patria mia!
deja que tu tierra bese.

Leonardo.

¿Qué es esto, Otañez?

Otañez.

¡Jesus!
¿pues tú tambien, señor, vienes
á las montañas? ¿á qué?
¡Oigan, y que honrada gente!
Todos estamos acá.

Moron.

Figurilla de bufete,
en Madrid estais.

Otañez.

Por Dios,
que es verdad. ¡Jesus mil veces!

Leonardo.

Detras de aquellos jazmines
hay alguien: ¿decid, qué gente?

Don Juan.

Si es, señor, para vengarte,
rendido á tus pies me tienes.
Yo soy quien pudo escondido
estar aquí.

Leonardo

¿Pues qué quieres?
¿no te bastó la de hoy,
que hurtarme otra joya quieres?

Don Juan.

No soy ladron, que tu hija,
que mi humildad favorece,
me dió la joya; y yo quise,
por disculparla, ofenderme:
pobre soy; pero mi sangre,
por mayor lustre, merece
en tu enojo mas piedad.

Leonardo.

Honor, otro caso es este, *ap.*
y para templar el daño,
consejo manda el prudente.
Dále la mano á María;
porque quiero de esta suerte,
que de mi honor las sospechas
todas satisfechas queden.

Don Juan.

¡Dichoso soy!

Doña María

Tú, don Diego,
¿cómo, aunque fingidamente,
descubriendo mis secretos,
quisiste estorbar mil veces
mi casamiento? En efecto
no pudiste; luego miente
tu ciencia.

Doña Violante.

¿Ves cómo á mí
me dijiste, que estuviese
segura, que me queria
don Juan, y al llegar á verle,
le hallo casado con otra?
Mal haya, amen, quien os crée,
astrólogos mentirosos.

Don Carlos.

¿Ves, don Diego, como hacerme
de Violante firme amante
prometiste, y locamente
viene á buscar á don Juan,
zelosa de sus desdenes,
sin acordarse de mi?
¿luego no hay cosa en que aciertes?

Otañez.

¿Ves como á mi me dijiste
que iria muy brevemente
á la montaña, y me estoy
en Madrid?

Beatriz.

Señores, cesen
los baldones, que harto ha hecho
hasta ahora en defenderse,
no siendo Astrólogo.

Leonardo

¿No?

Beatriz.

Ya mi señora no pierde,
supuesto que está casada,
en cuanto llega á saberse.
Yo le dije tus amores
á Moron.

Moron.

Y brevemente
yo se los dije á don Diego.

Don Antonio.

Y él á mi.

Don Carlos

Yo estoy presente,
á quien vos se lo dijisteis,
porque yo estaba inocente,

y se lo dije á Violante.

Moron.

Muy líndo secreto es este.

Don Antonio.

¡Qué frio os habeis quedado!

Don Diego.

¿Alguno obligarme puede
á mas que á no adivinar?
pues yo juro eternamente
de dejar mi astrología.
Esta boda se eelebre,
para que con su contento
supla las faltas, que tiene
un Astrólogo fingido,
si tantas perdon merecen.

El Astrólogo fingido.

No hay asunto por trivial y estéril que parezca que no sea interesante en la pluma de un escritor como Calderon. La declaracion de un secreto amoroso, fiado á la discrecion de una criada, ha producido una de las comedias mas agradables y graciosas, y que mas acreditan el talento cómico y el ingenio inagotable de su autor. Beatriz descubre á Moron los amores de su ama doña Maria con don Juan de Medrano, y Moron se lo cuenta á don Diego, amante desdeñado de doña Maria. La encuentra en la calle y picado de sus desaires, la revela el secreto que solo sabia Beatriz.

Es fuerza que me escucheis,
que siendo pleito de amor,
es fuerza darme un oido
á mí, pues habeis oido
despacio al competidor;
que si en la justicia mia
bien informada no estais,
será bien que nos oigais
á él de noche, á mí de dia.
No quiero yo que á ese fin
haya lienzo por señal,
Beatriz que bajé al portal,
reja que caiga al jardin,
puerta, al parecer, cerrada,
galan que está ausente y viene &c.

Doña Maria sospecha inmediatamente de Beatriz, y la reprende con severidad; y Moron para disculparla finge que su amo es Astrólogo.

Señora,
no tiene Beatriz la culpa
de esta celosa pendencia,
porqué en Dios y en mi conciencia;
su ignorancia la disculpa.
Sabe, pues, que mi señor,
este que presente ves,
un grande astrólogo es;
puedo decir el mejor
que se conoce en España.

Don Diego confirma lo que dice su criado, y refiere con tales circunstancias sus estudios en esta ciencia que no solo se lo hace creer á doña Maria, sino tambien á su padre, que llega al tiempo que estan hablando. La revelacion, pues, de Beatriz es el fundamento de la intriga, y en donde principia la accion de la comedia. Para dar mas apariencias de verdad al embuste de Moron, lo cuenta don Diego confidencialmente á su amigo don Antonio, este á don Carlos con el mismo sigilo, y en breve tiempo se esparce por Madrid la fama del astrólogo y el secreto de los amores de doña Maria y don Juan. El aumento que adquiere progresivamente esta noticia, pasando de boca en boca, es muy verosimil y muy cómico. Beatriz no dice á Moron el tiempo que llevan los amores de su ama: pero Moron le refiere á don Diego que *debe de haber mas de un año:* don Diego añade uno mas, don Antonio otro, y don Carlos no deja por su parte que quede sin aumento. Todas estas escenas son graciosas. No lo es menos la relacion de don Antonio contando á don Diego la rapidez con que se ha difundido la fama de su ciencia astrólogica.

Los lances á que da lugar esta ficcion y el com-

promiso en que se vé don Diego para contestar á los que solicitan su favor son muy interesantes: pero el mayor mérito de Calderon consiste en la combinacion de la fábula, que proporciona el astrólogo sin violencia ninguna los medios para salir de sus apuros. Véanse las escenas en que se presenta Violante, la aparicion de don Juan á quien cree en Zaragoza. &c. Esta disposicion luce mas en la escena en que Leonardo le ruega que le diga el paradero de la albaja que ha perdido su hija. Don Diego ya no tiene otro recurso que confesar su ignorancia; pero Leonardo lo atribuye á modestia y se confirma mas en el concepto que ha formado de la sabiduria del astrólogo. Esta escena es muy graciosa y la llegada de Moron muy oportuna Tambien es muy cómica la escena XIV del último acto en que el mismo Leonardo reconviene á don Juan, y este juzga que ha sabido sus amores con doña Maria.

Señor, pues has sabido
quien la joya me dió, mas advertido
sabrás, que ha muchos dias
que con piedad oyó las quejas mias:
yo, como habrás oido,
aunque pobre, Señor, soy bien nacido.

Leonardo.

Disculpas son forzosas;
mozo fuí, no me espanto de esas cosas.

Don Juan.

Pues que mi bien dispones,
por quitarnos de tales ocasiones,
honra la humildad mia,
con tu hija, Señor, doña Maria,
y cesará con esto
la ocasion que en tal lance nos ha puesto.

Tu mismo.....

Leonardo.

Poco á poco,
don Juan. Este hombre es loco: *ap.*
porque él ladron no sea
quiere que yo le case..
con mi hija.

Finalmente, toda la comedia está combinada y conducida con mucho ingenio y arte; el desenlace es natural; y muy cómico el chasco que dá Moron al escudero Otañez, que con los ojos vendados y montado en el banco, es otro don Quijote de Clavileño.

El estilo y la versificacion tienen menos artificio en esta comedia que en otras de Calderon; es correspondiente á la accion y á los personages que la desenvuelven.

EL AUTÓMATA

DE

JUANELO,

pieza en un acto en prosa y verso,

imitada del frances.

POR

D. A. T. y la Q.

Barcelona.

IMPRENTA DE D. J. M. DE GRAU.
Calle de Basea n.º 10
1845.

PERSONAS.

Juana.
Juanelo.
D. Bernardo de Guzman.
Bartolomé.
Un criado.

La escena es en Toledo.

ACTO ÚNICO

Un Salon — en el fondo la entrada al obrador de Juanelo — puertas laterales — á la izquierda una ventana — una escusa — varaja sobre una mesa — Es de noche.

ESCENA. I.

Cantan fuera al son de una guitarra.

« Escucha niña hechicera
la confesion del que te ama
cual mariposa á la llama,
como el rocio á la flor.
Mi declaracion sincera
no debe causarte agrabio,
pronuncie tierno tu labio
una palabra de amor. »

Juana, que ha estado escuchando.

Oh! que voz tan melodiosa!
todas las noches la siento
y sin conocer la causa
de alegria me enageno!
Tal es su magia, tal fuerza
tiene en mi ese dulce acento

que el corazon al oirle
pugna por saltar del pecho !...
Cuan digno de ser amado
es un amante tan tierno !
y cuan dichosa la que es
de sus canciones objeto !
Si fuera yo por ventura !
hasta he llegado á creerlo , —
mas fuí necia en concebir
semejante pensamiento.

Hechan por la ventana una carta que cae á sus pies.

Es una carta....? No hay duda !
veamos (*la toma*) mi nombre ! cielo !
cual sera su contenido ?
Quiero saberlo , sí.·. Tiemblo...
pero por que tal escrupulo ?
ningun peligro hay en ello. (*la abre y lee*)

« Señora : Desde el dia en que tube la dicha de veros con mi hermana en el Convento de Santa Fé , empecé á amaros con frenesí. Despues dejasteis el claustro y yo no he pasado una noche sin venir al pie de vuestra ventana esperando el favor de una mirada.

(*Interrumpiendose*)

Mírar yo á un jóven ! no tal ;
mil veces en el Convento
me dijo la superiora
que es un pecado el hacerlo. (*continua*)

« Hoy me hallo en el colmo de la desesperacion : he savido que tratan de casaros , con un hombre á quien no amais , ni corresponde á vuestra edad.

y educacion. Si quereis evitarlo, desde este instante, os ofrezco mi apoyo; hablaré á vuestro tio, y secundándome vos será nuestra la victoria.

Debeis tener fè en el sincero amor que os profesa—Bernàrdo de Guzman.—

Bernardo de Guzman! sí,
el que alababa en estremo
mi tierna amiga Damiana;
el oficial de los tercios.
Es verdad que yendo á verla
me vió à mi tambien; recuerdo
su dulzura y gallardía,
de sus facciones no puedo
acordarme por que nunca
ose mirarlas de lleno;
mas su hermana me decia
que era un poquito trigueño,
sonrisa, dulce, amorosa,
ojos rasgados y negros.... !
Amarme, hay Dios! tan buen mozo!
estoy loca de contento...!
Oh! debo corresponderle
y preferirle al mostrenco,
á quien mi tío ha ofrecido
mi mano.... Buen casamiento
haria con un jayan
que pudiera ser mi abuelo!!
oigo pasos.... alguien viene..,!
mi tio! (*Esconde la carta*) Disimulemos.

ESCENA II.

JUANA, JUANELO *que sale del obrador cuya puerta cierra y guarda la llave*

Juan. Estas hai hija mia ? Buenas noches. No ves en mi rostro señales de la mas profunda alegria.

Juana. Si, tio, verdaderamente. Salis esta noche mas contento que otras, del trabajo.

Juan. No adivinas la causa ?

Juana. Yo no.

Juan. Està ya concluido !

Juana. Cual ?

Juan. *El non plus últra* de mís obras, en la que he empleado seis años! que mecanismo! que invencion ! Oh! mi Autómata tocador de flauta, vá á sobrepujar á todas las obras de su especie transmitiendo mi nombre á la posteridad *!*

Juana. Estoy impaciente por verle!

Juan. No lo dudo*!* pero nadie lo logrará antes que el Rey mi augusto protector; se lo he ofrecido asi. Hace seis meses que mi Autómata es el asunto de todas las conversaciones de la Corte y de Toledo. ¡Que sorpresa vá á causar*!* van á decir que tengo pacto con el Diablo*!*

Juana. Pacto con el Diablo! hay que miedo!

Juan. Todos anhelan poder hablar con algunos datos sobre su mecanismo, todos quisieran entrar en mi obrador para ecsaminar el Autómata. El

Arzobispo, el Inquisidor general, los Canonigos de la Catedral, y una porcion de artesanos han intentado ya sorprender mi secreto. Los officiales de la Guarnicion han hecho una apuesta sobre quien le vera el primero, y para conseguirlo emplean todos los medios imaginables; pero á mi no me la pegan; me rio de sus tentativas. Muy diestro necesita ser el que engañe á un artífice tan sàtrapa como yo.

Juana. Y estas seguro de Bartolomé el Tornero?

Juan. Oh! si, Bartolomé es un pobre mentecato, sencillo á mas no poder, y el Autómata le inspira un temor que me garantiza su fidelidad. Hablemos ya de otra cosa, pues nos interesa á ambos; de tu casamiento. Te veo tan triste, tan indiferente siempre que se trata de este asunto que cualquiera diria que te interesas poco en tu felicidad. Mañana llegará á Toledo tu futúro Esposo y acto continuo se firmarà el contrato matrimonial.

Juana. Ah! tan pronto!...

Juan. Sí, querida Juanita; se trata de tu porvenir y del mio. A nosotros los artistas que dibagamos perpetuamente en los espacios imaginarios nos agrada mucho llegar alguna vez á lo positivo, al descanso del cuerpo y del espíritu, entonces necesitamos un sosten, una mano protectora que provea nuestras necesidades. El esposo que te propongo al mismo tiempo que hará tu felicidad, será el apoyo de mi vejez. Bien merezco que me perdones esta parte de egoismo pues no ignoras cuanto he hecho por ti. El hombre à cuyo desti-

no se va á asociar el tuyo, es rico, noble, sin tacha...

Juana. Perdonad tio.... yo tengo muchas faltas, y quisiera que mi esposo tubiera tambien alguna, por egemplo... la de ser jóven.

Juan con severidad. Juana!

Juana. No os incomodeis tio..!

Juan. (*con agrado.*) No, no me incomodo yo contigo. Ya sabes con cuanta benignidad te he tratado siempre, cuanto ho querido à la pobre huerfana que en su niñez me fué encomendada. Vaya, veamos hija mia. estas ropas y alahajas que te regala tu novio.

Juana. Mas tarde las veremos!..

Juan. Esa frialdad me atormenta! (*Abriendo la escusa varaja.*) Mira, mira que cosas tan bonitas! Anillos, pendientes, pañuelos, un vestido de terciopelo, y un ramilletito de flores blancas emblema de tu inocencia; póntela en la sien á ver si estas bien con èl.

Juana. prendiéndosele. Es precioso... que tal?

Juan. Perfectamente! En Toledo no hay una muchacha mas digna que tú de llevarle!

Juana. Tio, me haceis mucho favor!

Juan. Ninguno, querida Juanita.

ESCENA: III.

Los mismos y un CRIADO.

Criado á Juana. Un capitan desea hablaros.

Juana. (Cielos ! será èl ?) *ap.*
Juan. Alguno de los de la apuesta... no hay duda, alguno de los que cortejan mi Autómata.
Juana. Puede ser que no. Dejadle entrar. Tal vez tendrá que consultar con vos algun negocio importante para ambos.
Juan. Facil ès ; retirate, voy á recibirle.
Juana. Debeis tratarle con consideracion, sin dejar traslucir vuestras sospechas.
Juan. Bien, bien retirate ya (*vase Juana por la izquierda*) *(al criado)* Hazle entrar. Veamos con que pretesto biene este.

ESCENA IV.

JUANELO Y D. BERNARDO.

Bern. Perdonad si vengo á interrumpir vuestro trabajo.
Juan. (Preambulo de costumbre !) Caballero, me honrais con esceso visitando esta casa, esta pobre choza de artista. *(al criado)* Sillas. *ambos se sientan, vase el criado.)*
Bern. No tengo el honor de conoceros personalmente ni tampoco vos me conocereis á mi.
Juan. Cierto.
Bern. Yo pertenezco á una de las familias mas distinguidas de Toledo, soy D. Bernardo de Guzman Capitan de Tercios Españoles, y vengo hablando francamente á.....
Jnan. *(Interrumpiendole.)* Perdonad Capitan. No

ós molesteis en decirme el objeto de vuestra venida, se muy bien lo que os trae á mi casa.

Bern. (*con alegria.*) Es posible! lo sabeis ya? No os debe admirar mi resolucion, mi atrevimiento cuando teneis en casa una alhaja tan digna de ser codiciada.

Juan. (No hay duda lo que dige. ¡Quien le dejara columbrar mi Autómata!) Ya se que tengo esa alhaja, Capitan; pero que quereis decir con eso?

Bern. Que no me culpeis de atrevido por la libertad que me he tomado.

Juan. Yo no ós culpo.

Bern. Por ahora no deseo mas que verla.

Juan. (*Con ironia.*) Convengo en que aspirais á eso; sin que lo dijerais lo sabia yo.

Bern. Y os juro por mi honor que son puras mis intenciones, y que es cierto cuanto acabo de decir.

Juan. (*Con ironia*) Oh! no lo dudo!

Bern. Tal vez será demasiada vanidad, pero permitidme que os diga que mi posicion es superior á la de la persona á quien la destinais.

Juan. (Superior á la del Rey !! Si será este algun loco escapado de la jaula?) Capitan yo no destino á nadie la alhaja que decis.

Bern. (*con alegria*) Sera cierto! entonces mis diligencias no seran vanas!

Juan. Que no seran vanas? Ja, ja, ja; me rio de vuestro descabellado proyecto!

Bern. El ofrecimiento de mis inmensas riquezas no es suficiente..?

Juan. No esta de venta!

Bern. Al entregarla mi fortuna la entregaré mi corazon.

Juan. Vuestro corazon!

Bern. Y mi mano; no anelo mas que ser su esposo.

Juan. (*admirado*) (Su esposo! el esposo de mi Autómata bien es que muchos se casan con Autómatas) Capitan no ós comprendo. Decidme: de quien hablais?

Bern. (*levantandose*) De vuestra amable y hermosa sobrina!

Juan. (*Idem*) De mi Sobrina! Ja, ja. ja! sea en hora buena! Escelente pretesto para hacercar_se al Autómata!) Lo que os puedo asegurar es que teneis mucho ingenio para estratagemas.

Bern. Como! que estratagemas ni que!..

Juan. (*riendo*) Vamos, francamente: ¿ habeis venido aquí tan solo por mi Sobrina?

Bern. Os lo Juro!

Juan. Y deseais obtener su mano?

Bern. Es cuanto necesito para ser dichoso.

Juan. Pues voy á daros una noticia interesante.

Bern. (*Con interes*) Y cual es?

Juan. (*riendo*) Pedir á mi sobrina por esposa, todo un Señor Capitan, un Guzman rico, noble y.... vaya vaya que la idea es peregrina!

Bern. No entiendo vuestro lenguage, vuestras dudas....

Juan. Demasiado me entendeis.

Bern. Dudais de la sinceridad de mis palabras.

Juan. Ay, amigo Capitan.

para no ser engañado
no hay como ser desconfiado.

Bern. No está indicando mi afan
el amor que la profeso ?

Juan. Conozco bien que no es eso
lo que indica, Capitan!

Bern. Plugiese á Dios no la amára
con delirio tan insano
y la burla de un Tirano
cruel, no me atormentára.

Juan. Mirad que os equivocais,
yo no me burlo de vos.

Bern. Síno, decidme por Dios,
por que ese lenguage usais ?

Juan. Por que.., se casa mañana.

Bern. Como! mañana? No, no!
ó no he de ser quien soy yó
ó esa boda.....

Juan. Inutil, vana
sera par diez, vuestra empresa
si á ella oponeros quereis!

Bern. Mi poder conocereis:
la estorbo ó muero...

Juan. No esa
la accion que le corresponde
egecutar á un Guzman,
y mas siendo un Capitan,
del quien la honradez responde.

Bern, Os juro que romperé
ese fatal himeneo
y al logro de mi deseo,
aunque os pese llegaré.

Juan. (*Con ironia*) Con que estais loco de amor
por Juanita mi sobrina ?
mirad que es dura , es de encina ,
es insensible Señor.

Bern . No quiero hablar mas con vos
ni sufrir vuestra insolencia !.

Juan. Ni yo vuestra impertinencia ;
idos , Capitan , con Dios!

ESCENA. V.

JUANELO , Y JUANA.

Juan. (*abriendo la puerta de la derecha.*)
Juana ! Juana !

Juana entrando) Que mandais Tio ?

Juan riendo) Ah ! pobre muchacho ! que pretesto! lo que yo me habia figurado : ninguno á empleado un medio tan ingenioso como este. Suponte que ha venido á pedirte por esposa.

Juana (Es él!) Y vos , Tio , creeis...?

Juan. Lo que yo creo que bajo el pretesto de hacerte la corte ; se hubiera instalado en casa y en este caso no se le podria ya negar nada , seria necesario complacer al nuevo sobrino. El plan estaba bien concertado. El Capitan no volvera á entrar mas aquí. Ya te he dicho que á un *artífice* como yo , no le seducen artificios.

Juana. (*Suspirando*) Ah ! á Dios mis ilusiones !

Barto (*fuera*) Infames ! asesinos ! voto á San Cucufate , os habeis de acordar de Bartolomè el

oficial de Juanelo...!

Juan. Es Bartolomé ! Que es lo que dice?

ESCENA VI.

Los mismos BARTOLOMÉ *asustado , y con un lio en la mano*

Bart. Tunantes !.. me han maltratado horriblemente, me han muerto !... fuego de Dios !... Las piernas me tiemblan como las hojas en el arbol !

Juana. Pero que es eso ?

Juan. Que te ha sucedido. hombre ! esplicate !

Bart. Mirad. mirad , mi calzon nuevo de paño de Ajofria , desgarrado !

Juana. En efecto ! pobre mozo !

Juan. Como ha sucedido eso ? sepamos ! que tienes ?

Bart. Que tengo ? El cuerpo molido á palos por vuestra causa !

Juan. Por mi causa !

Bart. Si Señor : siempre pagan justos por pecadores.

Juan. Por San Pedro , acaba ! esplicate !

Bart. Si que me esplicaré... Pasaba yo tranquilamente sin meterme con nadie por frente de la Catedral , cuando unas mugeres del arrabal de Santiago que andaban por allí , empiezan á insultarme con los epitetos mas negros que se pueden emplear para escarnecer á un cristiano. A todos cuantos pasaban les decian que yo era el oficial

tornero de Juanelo, de uno que tiene... no me atrevo á decirlo. Se reunieron mas de veinte operarios de la fábrica de seda de Sancerbantes, y pum! pum! pla! pla! Comenzaron á atizarme puntapies, y á darme palos como si fuera un borrico de Illescas.

Juana. Y por que os odian tanto los operarios de la fábrica de sedas?

Juan (sonriendo) Muy bien lo sé.

Bart. A mí tambien me lo han dicho al compas de los garrotazos! Por que los perjudicais en estremo con vuestras invenciones. Figuraos Juanita, que vuestro tio ha inventado una máquina en forma de borrico con la que, en la elaboracion de las sedas, se consiguen cosas que todos los operarios no han logrado hacer. Han empezado los criticos y zumbones á decir que los operarios de Sancerbantes no saben tanto como un jumento, y he aquì por que estos estan que bufan: y la causa de que yo sienta ahora tan impertinente escozor en las espaldas.

Juan. Vaya consuelate, eso pronto te se quitara no te aflijas.

Bart. Que no me aflija cuando me han roto las costillas!

Juan. Yo te harè otras.

Bart. No, muchas gracias, maestro; tengo aun las que Dios me dió. Lo mas malo es que han jurado venir aquí, y destrozar todas vuestras máquinas.

Juana. Ay Dios mio!

Juan. No tengais miedo. No se atreveran á venir.

Bart. No vendran, no, por que temen.... dicen que... que teneis pacto con el Diablo! y yo si os he de hablar con franqueza tengo mis escrúpulos en permanecer á vuestro lado pues vivir con un Socio de Satanas. Ave maria purisma!

Juan. *(Dandole dinero)* Toma para labar esos escrudulos.

Bart. *(Tomandole)* Gracias, maestro, pero mi conciencia está muy alarmada. Seis años hace que entré á vuestro servicio en clase de tornero y durante este tiempo Dios sabe las cosas que he visto, Máquinas que no comprendo, Autómatas que tocan la flauta y la guitarra.... y sobre todo lo que mas me confunde es el pagecillo de madera que lleva el Chocolate al Arzobispo á la Catedral y que segun dicen no llega allá sin tirar algun sorbito al desayuno de su Illma. Vivo en medio de prodigios, contribuyendo á hacer milagros sin saber hacerlos.

Juan. Tranquilízate. Ah! hiciste lo que te mandé?

Bart. Sí, Señor, *(Mostrando el lio)* Ahí esta la ropa, para el Autómata.

Juana (riendo) Ropa para el Autómata!!

Juan. Sí hija mia; y hecha por un sastre de primera tigera. Nada se omite, á fin de que resalte cuanto mas su gallardia.

Bart. Yo por mi parte no he descuidado ninguna cosa en su beneficio.

Juan á Bart) Atí te encargo de su Tocador, es decir te hago su ayuda de cámara.

Bart. Uf! que empleo!! como quereis que....

yo.... no sabré.

Juan. Vaya si sabras ! es operacion muy sencilla. No estoy contento hasta verle lujosamente atabiado.

Juana. Tío, no me permitireis verle á mí ?

Juan. Es imposible, no insistas mas en eso. Yo me marcho, tengo que ver indispensablemente á mi amigo Garcia. Esta noche, *(á Bart.)* haras sin falta lo que te he dicho ; tu Juana retirate á tu cuarto.

Bart. Dejadme la llave del obrador.

Juan. Ah ! no me acordaba. Tómala, pero cuidado que no entre nadie. La menor indiscrecion pudiera darme un gran sentimiento.

Bart. Descuidad maestro.... ya sabeis que no padezco descuidos y en cuanto á lo démas oh ! soy incorruptible.

Juan. *(á Juana que se ha aprocsimado á la puerta del obrador)* Hola ! que haces ahí, picaruela ?

Juana. Nada... ya me voy (pero volveré pronto) *(base por la izquierda.)*

Juan. *(Saliendo por la derecha)* Vaya, á Dios, hasta luego.

ESCENA VII.

BARTOLOMÉ solo.

Cáspita, ponerme yo ahora cara á cara con el Autómata ! y de noche ! digo que esto es poner

el valor de un hombre como si digeramos... á prueba de bomba!... Cuando no era otra cosa que una estatua de madera, le tocaba, le manejaba... le sobaba sin temor, pero desde que el maestro ha introducido en él ese mecanismo, para mi incomprensible, siento un temorcillo al acercarme al obrador!... Daria todos mis ahorros por qne me admitieran la dimision de mi nuevo empleo. pobre Bartolomé! desventurado Bartolito! ayuda de cámara, doncel de un Autómata! de un hijo de Satanas! Uf que miedo tengo! y eso que no soy cobarde.... si lo fuera que haria? No seria cosa muy decente!... Pues Señor estando parado, maldita la cosa adelanto... unicamente el miedo.... Oh! el miedo progresa!! Que Diablos! hechemos pelitos al agua, y vayamos á vestir á su señoria. *(Toma la ropa entra en el obrador y sale á poco rato muy asustado)* Jesus! Jesus! Maria y Josè! me parece que se menea!! Vamos yo solo no me atrevo: voy á buscar á mi amigo Cartucho; un antiguo militar de valor inalterable.... como yo. Desde aquí me contará sus campañas mientras yo vista dentro el Autómata, y asi tendrè menos miedo. *(vase por la derecha.)*

ESCENA. VIII.

D. BERNARDO, subiendo por la ventana.

Que altísima es la ventana!

mas al fin logrè subir ,
á Juanelo ví salir ;
(Mirando á dentro.)
Si estará por aqui Juana ?
Traspasemos esta valla
guiado por el amor ;
feliz si soy vencedor
en tan espuesta batalla !
Quizá veré á la que adoro
hermosa como la luna
y propicia la fortuna
me otorgará tal tesoro...
La prudencia vale mucho
y soy imprudente yo...
volvamos atras..,. No , no
que en tales asaltos soy ducho.
Por ventura he de temblar
al acercarme á una hermosa ?
no vive Dios!... es la cosa
mas fea en un militar. *(Salta)*
Siento pasos... si será
la que causa mi desbelo ?
Es ella ! que hermosa Cielo !
Corazon respira ya.
Un hombre con ella viene !
estoy perdido... que haré ?
en este cuarto entraré
que hacerlo así me conviene.
Si sola llegara á quedar
del escondite saldré
y á mi placer la hablaré...
quierame Dios ayudar.

(Entra en el obrador)

Juana dentro) Bartolomé? No responde,
estará en el obrador
ocupado. « Andres, retirate
pues voy á decirle yo,
que en concluyendo allí venga
para que paseis los dos
este sofá, y esta mesa
al cuarto del corredor »

ESCENA IX.

BARTOLOMÉ, Y JUANA.

Bart. Cosa rara! he registrado
hasta el último rincon
de las procsimas tabernas
sin poderle encontrar. Oh!
apostára las orejas
á que ha cogido una atroz
zorra, y la esta desollando
donde el peso le rindió.
Hoy todo se ha conjurado
contra mí; mas voto á brios!
voy á luchar con mil demonios
este miedo y....

(Va hacia el obrador y luego se para indeciso)

Juana asomando por la derecha) Su valor
se acerca á él, y le da con la mano en la espalda,) Bartolomè!

Bart. retrocediendo asustado) Compasion!

Ay !! (*Dísimulando*) já já; pobre muchacha.
os he ásustado?

Juana Sí ; y yo
á tí?

Bart. Quia ! ni por asomo,

Juana. Has mudado de color
y tiemblas !!...

Bart. Es la costumbre
que tengo ; no ès mia , no ,
la culpa.

Juana. Pues de quien es?

Bart. Del mandría del corazon !!

Juana Lo creo !.. Bartolomé ;
ya que mi tio salió ;
y al fin nos hemos quedado
aqui solitos los dos,
hablaremos del Autómata.

Bart. Eso será lo mejor.

Juana. Es cierto , dí , que hace cosas
increibles?

Bart. Si por Dios.

Juana. Y que tiene una figura ,
muy interesante.

Bart. Oh !
es positivo

Juana. Que toca
la flauta?

Bart. ¡ Y con que primor !!
enagena los sentidos....
que dulce modulacion !
En cuanto á presencia , basta
deciros que serví yo

de modelo, y vuestro tio
ademas, le hizo favor.

Juana. (Preciso que se le hiciera
por que á ti no te hizo Dios
mucho que digamos) dime:
que edad tiene?

Bart. Se le dió
al hacerle veintiun años,
ahora tiene veintidos,
por que un año justamente
hace que se concluyó.
escepto las tripas;—estas
han sido acabadas hoy.

Juana. (Esa edad tendrá el que há poco
me há declarado su amor.)

Aunque me han prohibido mirar á los jóvenes ninguna cosa se opone á que vea ese. Un Autómata ya muda de especie. No es verdad, Bartolomé?

Bart. Estais en vuestro juicio Señorita? ver vos al Autómata!

Juana. Qué tan malo és?

Bart. No lo sabeis como yo! Si tubierais una idea de las diabluras que hace no digerais eso! Verdad es que para que se mueba es preciso darle cuerda como á un reloj, con una llabecita que esta atada al pedestal, y se introduce por un agugero del mismo.

Juana. *(Con curiosidad)* Con que con una llabecita.

Bart. En dandola dos ó tres vueltas hecha á andar el Autómata.

Juana. Es una marabilla !

Bart. Un fenómeno singolar. Es un sér... semi viviente, diabólico, su abilidad me pasma y me inspira un pánico terror. Yo sospecho que no és vuestro tio el esclusivo autor de èl, es obra del Demonio. Apenas se le da cuerda cuando empieza á tocar la flauta, pero con que primor.

Juana *(Mirando á la púerta del obrador)* (Está puesta la llave ; si pudiera alejarle de aqui un momento !)

Bart. *(Escuchando á la puerta del obrador)* Hó.... habeis oido.

Juana. No, yo no he oido nada.

Bart. No se que ruido se me figuró !

Juana. Me parece que esta noche tienes trastornada la cabeza...

Bart. Seguramente. Debe consistir en que con la maldita comision de preparar el trage para el Autómata no he comido aun. Tengo mucha necesidad de tomar alguna cosa, verbi gracia, una botella de liquido de Alhaejos

Juana. Tienes razon ; pobre Bartolomè ! no ès estraño tu poco valor teniendo el estomago vacio. Toma la llabe de la despensa ; come y bebe cuanto quieras.

Bart. Gracias, Señorita.

Juana. Allí hay una botella de buen vino desocúpala á mi salud.

Bart. Bien.... lo haré por serviros

Juana. Despachad pronto. Estas cayéndote de necesídàd, no te detengas. *(Le empuja hacia la puerta izquierda.)*

Bart. Pero, y si viene el Maestro?

Juana. No importa: yo respondo de todo.

Bart. Pues entonces allá voy *(Deteniendose)* Está llena la botella!

Juana. Sí.

Bart. Bueno! lo digo por que cuando bebo poco se aumenta la sed. *(vase)*

ESCENA X.

JUANA *sola.*

Gracias á Dios, se fuè ya
y estoy sola, á mi placer
podré al Autómata ver,
tornada la puerta està...
Mi tio nada sabrá
y por cierto me interesa
el que lo ignore. Si cesa
mi impaciencia ilimitada
daré por bien empleada
la esposicion de esta empresa.

(Abre la puerta del obrador y se ve el Autómata sobre el pedestal lujosamente vestido.)

ESCENA XI.

JUANA *y el* AUTÓMATA.

Juana. Que se ductora presencia!

que semblante tan risueño !
es naturaleza, ó és
su imitacion lo que veo ?
Cualquiera juraria
que tiene vital aliento
esa figura.... y me ha dicho
Bartolomé que es nada esto
si con sus habilidades
se compara. Oh ! ya deseo
mas á fondo examinarle;
vamo pues sin perder tiempo.

(Toma la llave del pedestal y da cuerda)

Ha llegado al fin la hora
de descubrir el misterio
que mi corazon ajita.
No se mueve aun *(Al Autómata)* caba-
debeis ser condescendiente (llero,
con migo, lo entendeis? Quiero
que todo cuanto sabeis
lo egecuteis al momento
en mi presencia; veamos.

(El Autómata saca una flauta y la toca)

Que bien la toca ..!.., Oh portento !
Jesus! empieza á moverse!...
Baja del pedestal.... Duermo
ú estoy dispierta ?...echa á andar.!...

(Se dirije á ella mirándola con ternura)

Que mirar tan alhagüeño,
tan amoroso.!... palpita
mi corazon de contento !,...
Solo le falta el hablar,
lástima no sepa hacerlo !

Aut. Encantadora Juanita !....

Juana. Habla tambien ! ¡ Justo Cielo !
Y sabe mi nombre ! vaya
nunca se vió tal portento.

Aut. Jnanita !... Cuan hermosa eres,
angel puro de consuelo !

Juana. Ve tambien ! cosa mas rara !

Aut. Porque ese espanto, ese miedo ?
A tu presencia se anima
la estatua fria cual hielo !
Tu eres la dulce esperanza
que se aposenta en mi pecho,
el ídolo sacrosanto
que en el corazon venero !

Juana. Ay que lenguage tan dulce !
que siga hablando deseo
pues sus palabras me hechizan !

Aut. Bella Juanita, cuan ciego
te idolatro !.... no inhumana
te rias de mis tormentos ;
compadece el cruel martirio
que sufro por ti. No anhelo
otra ventura que ser
de tu corazon el dueño !
(La toma la mano.)

Juana. Dios mio ! que es lo que hace !
De admiracion me estremezco....
Enamorado un Autómata !...*(La besa la*
Besarme la mano !.. pérfido !.. *(mano*
¡ que suaves tiene los labios !

Aut. Oh ! ni siquiera merezco
un vislumbre de esperanza,

una frase de consuelo.
Permíteme que te estreche
entre mis brazos, loco, ébrio
de amor. *(Quiere hacerlo, y ella se reti-*
Juana. Ay! misericordia, *(ra.*
tened de mi, Dios supremo,
abrazarme!
Aut. Por favor
dígnate escucharme al menos...
Juana. Con usura pago ahora
mi curiosidad! que medio
hallaré de detenerle?
Aut. Oye benigna mi ruego;
emana de un corazon
que te ama tierno y sincero.
Acércate á mi, permite
que estrechándote en mi seno
goce en la tierra delicias
iguales que las de el Cielo.
(La abraza; le quita el ramillete, de
la cabeza, y le aprieta contra el cora-
Juana. Ay! Ay! Ay! Bartolomè, *(zon.*
ven á mi ausilio ligero!

ESCENA XII.

Los mismos y BARTOLOMÉ.

Bart. *(Viendo al Aut.)* Válganme todos los santos
del Cielo! Jesus, Jesus! que es lo que veo?
(El Autómata se queda inmovil.)

Juana. Bartolomé, por Dios ven pronto.

Bart. *(Absorto)* Se ha vestido solo!

Juana. Si supieras...!

Bart. Se ha bajado el mismo del pedestal

Juana. Una fatal curiosidad.....quise verle y....

Bart. Le disteis cuerda?

Juana. Si, y ahora no se como detenerle!

Bart. Buena la habeis hecho!

Juana. Pobres de nosotros!

Bart. No os advertí que apenas se le da cuerda, hecha á correr?

Juana. Si, pero.....*(Mirando al Aut.)* se ha detenido.

Bart. Le impone mi presencia.

Juana. Mi tio va á venir y cual será su indignacion al ver.... yo tiemblo!

Bart. Sobre mi descargará el nublado; voy á saltar de casa cuando menos.

Juana. Veamos de volverle al pedestal.

Bart. Si, vamos, ahora que he bebido una botella de vino, y he comido un pan y medio queso, tengo un corazon de leon. Solo necesito que vos esteis á mi lado dándome conversacion, mientras le coloco en su lugar. *(al Aut.)* He! señor diablo, á su sitio, pues lo manda Bartolomé el tornero, que no teme á todos los demonios del infierno.

Juana. Pronto, no perdamos tiempo.

Bart. *(haciendo por levantarle)* Cuerno! cuanto pesa! Ayudadme Juanita. *(Lo hace)*

Juana. Yo no puedo mas!

Bart. Que obstinado está el maldito! Quieres

volver á tu puesto, ó no?

Aut. *(Con voz fuerte)* No!

Bart. *(Dejándole espantado)* Animas benditas del Purgatorio! tambien habla!!

Juana. Vaya! habla que es un primor; como que me ha dicho á mi unos piropos... unas cosas tan dulces, tan......

Bart. A vos? vamos esto es un milagro! y se ha atrevido el gran bellaco? *(El Autómata le dá un fuerte bofeton)* Misericordia!..... me ha roto una quijada! y con el mismo brazo que yo le he hecho! que ingrato! que infame! *(Le dá un puntapié)* Socorro, que me asesinan! vecinos! vecinos! *(Sale del obrador cerrando tras sí la puerta)*

Juana. No grites por Dios, pues es capaz segun las facultades que tiene de escaparsenos por la ventana del obrador y entonces, ay de nosotros!

ESCENA XIII.

Los mismos y Juanelo *entrando apresurado.*

Juan. Que ha sucedido? que voces son esas?

Bart. *(Corriendo hácia él)* Ah! sois vos maestro? Que dicha! socorredme, salvadme de su furor!

Juan. Qué es lo que dices hombre?

Bart. Que me ha maltratado cruelmente!

Juan. Qué estas loco?

Juana. No tio, no está loco. Yo misma lo he visto. Y el caso es que la falta era mia y él la ha pagado.

Juan. Pero..... esplicaos ; yo no se de quien hablais !

Bart. Del Autómata.

Juana. Ah ! es un verdadero diablo.

Juan. (Vamos no hay duda se han vuelto locos) *(á Bart.)* Esplícate digo . ó teme mi furor.

Bart. Lo repito , si señor , vuestro Autómata es un pícaro , un infame ! acaba de maltratarme inhumanamente.

Juana. Y yo por mas esfuerzos que hacia no podia desacirme de él..... es muy atrevido , sí ; pero tiene un aire tan encantador , es tan gallardo !

Juan. Voto á Lucifer , que no entiendo una palabra !

Bart. Tiene buena presencia , pero que alma tan depravada ! que pié tan duro ! que mano tan pesada !

Juana. Tio , por que le habeis hecho tan malo , tan cruel ?.....

Bart. Si , porque hicisteis un hombre que da bofetadas , y atiza puntapies ? Que villano !

Juana. Empeñado en abrazarme..... y al fin lo consiguió !

Juan. *(Abre la puerta del obrador , y aparece un maniquí, ataviado con un peinador blanco) (Encolerizado)* Lo ves ? Estas convencido de que eres un cabarde, un mentecato, un visionario ? Oh furor ! (Sin duda mi sobrina ha visto ya al Autómata , por fiarme yo de ese pollino.)

Juana. Dios mio ! que metamórfosis !

Bart. Vaya , vaya el Autómata es el mismo diablo , y toma la forma que mas le conviene.

(Oyense voces fuera.)

Juan. Que voces son esas ?

Bart. *(Mirando por la ventana.)* Desgraciados de nosotros ! son los operarios de la fábrica de seda, que vienen como el rayo á romper y abrasar cuanto encuentren.

Juan. Oh ! que desdicha ! van á destrozar mis mas preciosas obras, las que tantos desvelos me han costado. *(ruido)*

Bart. Uy ! uy ! que ruido !

Juana. *(Sobresaltada en estremo)* Ah ! ya suben ! son ellos !

Bart. *(Buscando donde esconderse.)* Ay ! donde me meteré ? yo voy á ser la primera víctima de su furor !.... Sálvese quien pueda, que yo aquí me escondo. *(Entrase en el obrador.)* Si me persiguen á la calle por la ventana.

ESCENA XIII.

Los mismos y D. BERNARDO *con la espada desembainada, y seguido de algunos soldados que se quedan á la puerta; viste el mismo uniforme que cuando apareció en la escena por primera vez.*

Bern. *(á los soldados.)* Alto. *(á los demas)*
No temais, señores,
pues ya los amotinanos
llenos de terror huyeron
apenas nos divisaron.

Juan. Es posible !

Bern. Hoy la fortuna
la ocasion me ha deparado
de hacer un servicio al hombre
que debiera odiar.

Bart. Salgamos. *(Lo hace.)*

Juan. *(Dandole la mano)* Mi gratitud será eterna, capitan.

Juana. *(á Bart, reparando en D. Ber.)* Ay Cielo santo ! es el Autómata !

Bart. El mismo !...
y no lo conoce el maestro !
yo si; no se me despintan
par diez, su pié, su mano !

Juana. Jesus : estoy admirada !

Bart. Ay ! á mí me va á dar algo !

Juan. Que murmurais ?

Bart. Que el Autómata
no es Autómata, es el Diablo.

Juan. Bien digo yo que esta noche
los dos, estais delirando.
¿ Qué no conoceis imbéciles,
que el Señor es D. Bernardo
de Guzman, y no el Autómata ?

Bern. Servidor...

Bart. Por muchos años.
(cosa mas rara !)

Juana. (Que dicha !
que buen mozo ! que gallar do !
(Con severidad.) Caballero !

Bernar. Señorita...
perdonadme si he abusado
con tamaña estratagema...

Juana. *(Con sencillez)* Y mi ramillete? Dádmelo!

Juan. (Su ramillete !),

Bern. *(Sacándolo del pecho y dándoselo.)* Tomadle.

Juan. (Que enredo es este?)

Bern. *(A Juanelo.)* Ahora en cambio, de mi servicio, una gracia imploro de vos: la mano de vuestra amada sobrina, que antes me habeis reusado.

Juan. (Ya todo lo he comprendido.)

Bart. *(á Juanelo.)* Dádsela si, que es muy guapo.

Bern. En su posesion se cifra mi ventura.

Juana. (Oh dulce labio ?)

Bernar. *(Con entusiasmo.)* Ella es mi bien, mi esperanza.

Juan. Una prueba quiero daros,
de que no soy como dicen
un, egoísta un ingrato.
Encuentro mi mayor dicha,
un grande placer, premiando
debidamente al que me hace
cualquier servicio. Acercaos *(lo hacen.)*
Habeis tomado la plaza,
Capitan.

Bern. (No sin asalto.)

Juan. Diremos al otro prójimo
que estaba el puesto ocupado
sin saberlo yo, y que busque
por otra parte su trapo.
(A Juana.) Coloca ese ramillete

con el resto del regalo
pues mañana de su dueño
volbera todo á las manos.

Bart. Vaya! con que el tal Autómata
era un Autómata falso ?....
Lo que es la mano, y el piè
mas duros eran que un palo,
vuestro papel, Capitan,
bien le habeis desempeñado.

Beru. Hojalá piensen asi
cuantos me estan escuchando.
(sentiria, que Juanelo
contra su gusto haya obrado:)

Juana. *(mirando con significativa alegria á D. Bernardo.)*
Yo quedo muy satisfecha.

Bart. No es para menos el caso,
(Quetal la niña! bien sabe
donde le aprieta el zapato!)
(A Juan.) Y vos lo estais ?

Juan. Quien lo duda ?

Bern. *(A Bar.)* (Sonsacadle.

Bart. (Bien.) De grado,
ó à la fuerza ?

Juan. No lo he dicho ?
quieres callar gran bellaco!

Bart. No ha sido por compromiso
la confesion? *(Juanelo va á darle un puntapiè.)*
Guarda Pablo
que esas son atribuciones
del capitan.

Juanelo ......Si he otorgado
la mano de mi sobrina
al capitan D. Bernardo
no lo hecho contra mi gusto;
muy gustoso se la he dado.

Bern. Roconocido os estoy

Bart. Ambos quedais ya pagados.

Juanelo. Yo de la gracia otorgada
y èl del servicio prestado

Bart. Ya todos quedan contentos....
De esta funcion yo què saco?

Juaan. Si quiere el publico dártele
puedes sacar un aplauso.

FIN DE LA PIEZA.

FÉ DE ERRATAS,

Páj.	*Linea.*	*Dice.*	*Léase.*
3	11	como el rocio á la flor.	como al rocio la flor.
7	10	Y estás.	Yestais.
8	19	pontela.	pontele.
»	28	á Juana.	á Juanelo.
12	7	Plugiese.	Pluguiese.
»	27	del	de
13	19	Lo que yo creo que	Lo que yo creo es que
14	12	Ajófria.	Ajofrin.
16	5	purisma.	purísima.
»	7	escrudulos.	escrúpulos.
»	18	contribuyendo.	contribuyo
»	24	Auiomata.	Autómata.
19	29	llegara.	llega.
25	11	vamo.	vamos.

[Romani, Felice]

6

GLI AVENTURIERI.

LOS

AVENTUREROS.

DRAMA JOCO-SERIO

PARA MÚSICA,

QUE HA DE CANTARSE EN EL TEATRO PRINCIPAL DE CÁDIZ EN EL AÑO DE 1829.

TRADUCIDO POR

D. J. C.

CON LICENCIA.

En la imprenta de D. Ramon Howe, calle de la Novena frente al teatro.

ARGUMENTO.

Don Páparo, hombre rico, ambicioso y crédulo tenia tratado casar á su hija Virginia con su sobrino D. Jacinto, á quien no conocia por ser hijo de un hermano suyo que vivia en Roma. Hallabanse á la sazon en Nápoles, en donde residia D. Páparo, dos Aventureros, Macario y Falcon egerciendo sus tretas, y estando en el mayor apuro, hostigados por sus acreedores, una feliz casualidad puso en manos de Macario la maleta del jóven Jacinto, que acababa de llegar de Roma para efectuar su casamiento. Con el dinero y las cartas que encontró Macario en la maleta, no solo consiguió acallar á sus acreedores sin pagarlos, sino que concibió el temerario proyecto de casarse con la hija de D. Páparo, ó por lo menos de es-

tafarle. Presentóse con efecto en su casa, tomando el nombre de D. Jacinto, y fué recibido con las mayores demostraciones de afecto. No tardó en presentarse tambien el verdadero sobrino; pero los dos aventureros tuvieron maña para hacer que se le considerase como un impostor, y se le echase de la casa de su Tio. Temiendo en seguida que se descubriese la impostura, urdieron otra trama, manifestando á D. Páparo que con efecto Macario no era su sobrino, sino un príncipe, hijo del Virey del Perú, que prendado de Virginia se habia valido de aquella estratagema para lograr su mano. Cae en la red el crédulo D. Páparo, y trata de obligar á su hija á casarse con Macario. Presentase otra vez D. Jacinto con varios amigos para sostener sus derechos, pero su tio enfatuado con el parentesco de un príncipe del Perú, se niega á cumplirle la palabra dada á su Padre, y temiendo que acudiese á la Justicia, le manda encerrar en su casa. Por astucia de Albina doncella de Virginia huye D. Jacinto, y tratando de inclinar á su prima á que huya con

él, le habla de noche por la reja de su cuarto, dándole al mismo tiempo una serenata, justamente cuando los dos aventureros piensan huir descolgándose por una ventana. Descubrese el intento, llega la Justicia, los dos aventureros son presos, y D. Páparo vuelto en sí, verifica gustoso y arrepentido el concertado casamiento.

ACTORES.

DON PÁPARO.
El Sr. Cayetano Marconi.
VIRGINIA, hija de Don Páparo.
La Sra. Teresa Zapucci.
DON JACINTO, sobrino del mismo.
El Sr. Pedro Perronet.
MACARIO, aventurero.
El Sr. Domingo Vaccani.
FALCON, compañero de Macario.
El Sr. Estévan Ferrero.
ALBINA, doncella de Virginia.
La Sra. Josefina Monati.
UN GEFE DE RONDA.
El Sr. Luis Vaccani.

COROS Y COMPARSAS.

Mercaderes y criados de fonda. Lacayos de D. Páparo. Músicos. Aldeanos y aldeanas.

La accion se supone en Nápoles, y luego en casa de D. Páparo, en las inmediaciones de aquella ciudad.

La música es del Mtro. Cordella. (Santiago.)

ATTO PRIMO.

SCENA PRIMA.

Sala in una locanda che mette alle stanze di Macario.

(É appena giorno.)

Falcone solo.

E Macario indugia ancora!
Maledetti questi amori!
Tutti avrem da qui a mezz' ora
Alle spalle i creditori...
Il barbiare, il calzolaio...
Il sartore, il cappellaio...
E, peggiore di ciascuno,
Il più ruvido e importuno,
Brontolone, minaccioso,
Questo esoso albergator.
Or ch' è d' uopo far fagotto,
Piantar tutti e non far motto,
Lo stordito di Macario,
Come fosse un milionario,
Notte e giorno è sempre in volta

ACTO PRIMERO.

ESCENA PRIMERA.

Sala en una fonda, que comunica con la habitacion de Macario.

(Es apenas de dia.)

Falcon solo.

Como tarda este Macario!
Lleve el Diablo sus amores!
Dentro poco aquí tendremos
Larga turba de acreedores;
El barbero, el peluquero,
Con el sastre el sombrerero,
Y el que mas nos atosiga,
El peor, mas inflexible,
El mas rústico, y temible
Ese huesped gruñidor.
Y cuando hay que tomar pipa,
Y plantar á todo el mundo,
Ese loco de Macario,
Como un rico millonario
Vá con músicas corriendo

Con cantanti e suonator...
Ci mancava questa volta
L' imbarazzo dell' amor.

SCENA II.

Coro di Creditori; Locandiere, Camerieri, Fantesche e detto.

Coro. É permesso? (*Di dentro.*)
Falc. Ahi! ahi! pazienza.
Coro. Si può entrar...? (*Di dentro.*)
Falc. (E son già entrati.)
Coro. Che voi siete di partenza
Avvertiti ed informati,
Siamo qua coi nostri conti,
A riscuotere siam qua.
(*Tutti presentano le loro liste.*)
Falc. Già si sa... (vi venga il canchero)
Pagheremo... è naturale.
Pranzo, alloggio, cena, eccetera,
Cento scudi... non ci è male.
Barba, polvere, pomate,
Sei ducati... ragazzate.
Tre vistiti, e tutto il resto,
Venti doppie... il prezzo è onesto.
Due cappelli di Lione,
Sei luigi... va benone.

Noche y dia en rededor...
Solamente nos faltaban
Los embrollos del amor!

ESCENA II.

Coro de acreedores: el fondista, los camareros, los mozos, y el mismo.

Coro. Se permite? (*Dentro.*)
Falc. En fin paciencia!
Coro. Hay entrada? (*Dentro.*)
Falc. Pues ya entraron.
Coro. Al saber que estais de marcha,
Que es noticia que tenemos,
Nuestras cuentas os traemos,
Y venimos á cobrar.
(*Presentan sus cuentas.*)
Falc. Es razon. (Mal rayo os coja!)
Pagaremos, no hay reparo.
Por comida, casa y cena
Cien escudos... No es muy caro.
Barba, polvos, y pomada,
Seis ducados... Eso es nada.
Tres vestidos con el resto
Doblas veinte... Es precio honesto.
Dos sombreros de Leon
Seis luises... pocos son.

Di stivali quattro para,
Dieci doppie... non ci è tara.
Lavatura, biancheria,
Cento lire... è cortesia.
Cari amici, brava gente,
Queste somme non son niente;
Oltre quel che domandate
Un regalo ci sarà.

Coro. Tanto meglio... ma pagate.

Falc. Sì... doman... si pagherà.

Coro. Che domani? adesso, subito...
É già un mese che aspettiamo...
Non più ciarle, non più remore,
Noi di qua non ci partiamo...
Oh! vedete che scrocconi!
Oh! mirate che bricconi!
Sì signor, ricorreremo,
Vi faremo carcerar.

Falc. Come adesso! come subito!
Siamo al bosco, o dove siamo?
Cospetton! siam galantuomini,
E paghiam quando vogliamo.
Usarai! scorticatori!
Sanguisughe! truffatori!
Questi conti rivedremo:
Ci sapremo regolar.

Cuatro pares botas nuevas
Diez doblones... poco llevas.
Ropa blanca, y el lavado
Libras ciento... Es moderado.
Mis amigos, gente honrada,
Estas sumas no son nada;
Y ademas de lo que importan
Su propina se os dará..

Coro. Sí? mejor! pero pagadnos.

Falc. Oh! mañana sin faltar.

Coro. Que mañana? ahora mismo.
Hace un mes que os aguardamos.
Vaya, vaya, no mas burlas.
No, de aquí no nos marchamos...
Eso es ser estafadores.
Que valientes petardistas!
Sí, Señor; acudiremos,
Y os haremos arrestar.

Falc. Cómo ahora? ahora mismo?
Dónde estamos? En la Sierra?
Voto á...! Somos caballeros,
Y se paga á nuestro antojo.
Insolentes! usureros!
Gente ruin! desolladores!
Sanguijuelas sin conciencia!
Esas cuentas las veremos,
Nos sabremos gobernar.

SCENA III.

Macario avvolto in un mantello, con un servitore che porta una valigia, entra frettoloso.

Mac. Qual rumor! qual parapiglia
Nelle stanze d' un mio pari!
Questa rustica famiglia
Al dover lo ridurrò.
(*Getta un sacco di danari sul tavolino. Tutti si scuotono al rumore.*)
Coro. (Ah! cospetto! son danari.)
Falc. Dove diamin li pescò?
Mac. Calzolari! parrucchieri!
(*Con alterigia.*)
Osti! serve! camerieri!
Che pretendon quei birboni?
(*A Falc.*)
Quale in lor temerità?
Coro. Ilustrissimo, perdoni,
(*Umilmente.*)
Questi conti...
Mac. Conti...! qua
(*Strappandoli ad essi di mano.*)
(Allegri, Falcone. (*Piano a Falc.*)
Quel sacco è tutt' oro;
Io sono un riccone,

ESCENA III.

Macario embozado entra apresuradamente con un criado que trae una maleta.

Mac. Que alboroto, en la posada
De un sugeto de mi clase!
A esa gente mal criada
El buen modo enseñaré.
(*Echa sobre la mesa un talego con dinero; todos quedan admirados.*)
Coro. Carambola! ese es dinero.
Falc. Dónde diablos lo hallaria?
Mac. Zapateros! peluqueros!
(*Con altivez.*)
Sombrereros! lavanderos!
Qué pretende esa canalla?
(*A Falcon.*)
Qué insolente proceder!
Coro. Ah, Señor! perdone usia
(*Con humildad.*)
Esas cuentas...
Mac. Cuentas? vengan.
(*Arrancándoselas de las manos.*)
(Albricias, amigo, (*De quedo á Fal.*)
Es oro el presente;
Yo soy ya pudiente

Un Creso sei tu.)
Falc. (Lo vedo... va bene...
Ma d' onde proviene?)
Mac. (Abbiamo un tesoro,
Non chieder di più.)
Paga tosto quella gente (*forte.*)
E sloggiamo prontamente.
Hanno osato quei somari
Diffidar dei nostri pari:
Locandieri più garbati,
Mercadanti più educati,
Troverò co' miei doppioni
Da per tutta la città.
Coro. Illustrissimo, perdoni,
Pagherà quando vorrà.
Mac. Falc. No, si paghi sul momento,
Non vo' più di queste scene...
Troppo è stato l' ardimento
Con due uomini dabbene...
Imparate da qui avanti
I miei pari a rispettar.
(I danari son qui pronti,
Ma ci è scritto non toccar.)
Coro. Noi chiediam compatimento,
Noi sappiam quel che conviene,
Prenderemo il pagamento
Quando più vi torna bene...
Son padroni da qui avanti

Tu un Creso serás.)
Falc. (Vá bien; ya lo veo;
Mas cómo tanto oro?)
Mac. (Ese es un tesoro,
Y no indagues mas.)
Presto pagame á ese gente,
Y marchemos prontamente:
Esos asnos no han tenido
En nosotros confianza:
Posadero comedido,
Mercaderes con crianza:
Hallaré con mis doblones
Donde quiera en la ciudad.
Coro. Ah, Señor! perdone, usiá,
Cuando quiera pagará.
Mac. Falc. No; pagar quiero al momento;
No me agradan campanadas:
Grande fué el atrevimiento
Con personas tan honradas!
Aprended en adelante
Con las gentes á tratar.
(El dinero aquí tenemos,
Mas con él no hay que contar.)
Coro. Perdonad fué atrevimiento,
Fué una accion precipitada;
Bien podeis el pagamento
Diferir si así os agrada:
Dueños sois en adelante

Di pagare e non pagar.
(Ci sapranno i nuovi conti
Del ritardo compensar.)
(*Il coro parte.*)

SCENA IV.

Macario e Falcone.

Falc. Ah! ah! bella davver!
Mac. Voglion star freschi
Se pensan di buscar un sol quattrino...
Falc. Or vien quà, malandrino,
E raccontami un po' d'onde ti viene
Quel sacco di danaro.
Mac. Ascolta caso sorprendente e raro.
Dopo tanto indugiar mi venne in testa
Di ritirar sta mane la valigia,
Che in sequestro alla Posta avea lasciata,
E giunsi che gran gente era arrivata.
In quella pressa, in quel gridar di tanti
Corrieri e viandanti,
Una valigia simile alla mia
Mi fu data, la presi, e venni via.
Falc. E in quella ritrovasti...?
Mac. Danaro, gioie, e carte
In questo portafoglio

De pagar, ó no pagar.
(En las cuentas ya sabremos
La tardanza desquitar.
(*Se vá el coro.*)

ESCENA IV.

Macario, y Falcon.

Falc. Esto sí, que es gracioso!
Mac. Ya estan frescos!
Como no vean ellos mas dinero!
Falc. Ven acá, trapacero,
Y cuentame, por Dios, donde has pescado
Ese talego hermoso.
Mac. Oye un acaso raro, y asombroso:
Ocurriome despues de tanto tiempo
La idéa de sacar hoy mi maleta,
Que en prenda se quedó en la diligencia.
A mi llegada hallé gran concurrencia,
Y en tanta confusion, entre los gritos
De mozos y viageros me entregaron
Una maleta igual casi á la mia.
Tómela y me marché; nada perdia.
Falc. Y en ellas has encontrado..,
Mac. Joyas, dinero, y cartas
En esta carterita,

Simile anch' esso al mio,
Onde colmo di giubilo son io.
Vedi... vedi...

Falc. Un ritratto...
Cospetto! della giovane Damina
Di cui t' innamorasti...

Mac. E questi fogli,
E tutto ciò che miri
Appartiene allo sposo a lei promesso,
Giunto da Roma adesso
Per concluder le nozze... Or quello sposo
Quel cavalier romano... in me ravvisa.

Falc. Ah! ah! matto sei tu.

Mac. Freno alle risa.
Scorgo da queste lettere
Che il padre di Virginia
Non conosce lo sposo.. É un matrimonio
Da lunge combinato tra fratelli
Per riguardo e decoro
Di famiglia che monta al secol d' oro.

Fal. Capisco... ma...

Mac. Che ma? voglio pel ciuffo
Afferrar la fortuna, e tu mi devi
Secondar nell' intento. Andiamo, andiamo;
Le carte esaminiamo,
E mettiamoci al fatto d' ogni cosa
Per ben rappresentar questa commedia.

Que tambien á la mia se parece;
Y asi contento estoy como una pascua.
Mira...! Mira...!

Falc. Un retrato...
Casualidad! es el de esa damita
De quien prendado estas...

Mac. Y estos papeles,
Y cuanto aquí se encuentra pertenece
A su futuro esposo, que de Roma
Acaba de llegar con el objeto
De efectuar la boda... Ese marido
Ese Señor Romano, aquí le tienes.

Falc. Ah! ah! ah! ah! estas loco?

Mac. Menos risa.
Por estas cartas veo,
Que el padre de Virginia
No conoce al esposo: es matrimonio
Que de léjos trataron los hermanos,
Por respeto y decoro
De familia que alcanza al siglo de oro.

Falc. Comprendo... Mas...?

Mac. No hay mas que tenga, quiero
Agarrar la fortuna por el moño,
Y tu me has de ayudar. Vamos aprisa
Las cartas repasemos,
Al corriente pongamonos de todo,
Para representar esta comedia.

Falc. Sì sì.. purchè non termini in tragedia.
(*Partono.*)

SCENA V.

Galleria in casa di Don Papero, addobbata di grandi quadri rappresentanti gli antenati, uomini e donne, della famiglia.

Virginia e Albina.

Vir. Alfin è giunto il dì.
Che mio cugin vedrò.
Mi piacerà sì o no?
Il cor mi dice sì.
Deh! fa, pietoso amor,
Che non s' inganni il cor.
Tu che ne dici, Albina?
Sentiamo il tuo parere.
Alb. Per me ve lo desidero
Eguale al forastiere,
Che notte e dì per via
A vagheggiar vi stà.
Vir. Sì sì, piacer potria,
Ma più gentil sarà.
Un giovin io bramo
Leggiadro, vezzoso,

Falc. Sí, con tal que no llegue á ser tragedia.
(*Vanse.*)

ESCENA V.

Galeria en casa de D. Páparo, con los retratos en grandes cuadros de los antepasados, varones, y mugeres, de la familia.

Virginia y Albina.

Vir. En este dia al fin
A mi primo veré
Me gustará? No sé;
Pero pienso que sí.
Ah! no permita amor
Me engañe el corazon!
Qué te parece, Albina?
Oir tu voto quiero.
Alb. Os lo deseo solo
Igual al forastero,
Que siempre por la calle
Enamorando os vá.
Vir. No me disgustaria;
Pero mejor será.
A un jóven deseo
Gentil, y gracioso,

Di tratto gentile,
Di cuore amoroso.
Se posso trovarlo,
Son pronta ad amarlo,
E sfido a rapirmelo
Qualunque beltà.
Se poi non è tale
Di lui non mi cale:
Papà l' ha voluto,
Lo prenda papà.

Alb. A sentir vostro padre,
Un marito ei vi dà giovane, ricco,
E possessor d' ogni più rara dote.

Vir. Così ne parla perchè è suo nipote;
Ma di veder mi aspetto
Un tanghero sgraziato, un quadro antico
Come questi ritratti di famiglia
Onde ingombrate ei tien camere e sale.

Alb. Don Papero davvero é originale.
In Napoli ei non trova, in tutto il regno
Un uomo che sia degno
Di accasarsi con lui, fuor che cotesto
Rarissimo figliuol del suo germano,
Com' ei solo sia grande è ognun villano.
(Odesi suonare un campanello.)

Vir Han suonato...?

Alb. Sì, certo:
E in sala non sarà, secondo l' uso,

De un alma sensible,
De un trato amoroso:
Si asi logro hallarle
Constante he de amarle,
Sin que me lo quite
Ninguna beldad.
Si tal no le veo,
Le envio á paseo;
Papá que lo trajo,
Papá lo tendrá.

Alb. Segun lo que asegura vuestro padre,
A dar os vá un marido jóven, rico,
Y de prendas bellísimas dotado.

Vir. Asi lo alaba, porque es su sobrino;
Pero temo encontrarme
Con un escuerzo así por el estilo
De esos retratos viejos de familia,
De que inundada está toda la casa.

Alb. D. Páparo por cierto es hombre raro.
En Nápoles no encuentra, ni en el reyno
Un hombre que merezca
Emparentar con él. Como no sea
El hijo de su hermano
Cualquiera otro para él es un villano.
(*Se oye la campanilla.*)

Vir. Llamaron?

Alb. Sí por cierto, y como siempre
No habrá criado alguno

Un solo servitor.

Vir. Fossero mille,
Papà gl' impiega tutti a pulir quadri,
A trasportar e scaffali e a mutar loco
Alle sue polveroso pergamene.
Cara Albina, va tu...

Alb. Qualcun già viene.

SCENA VI.

Falcone in abito caricato e dette.

Falc. (É dessa... faccia tosta e stil sublime,
E segua quel che può.)

Vir. Chi domandate?

Falc. Signora, perdonate... ho io l' onore
Di favellar alla gentile e bella
Di Don Papero figlia?

Vir. Appunto a quella.

Falc. O delle gentildonne
Nobilissimo specchio, permettete
Ch' io vi baci la mano, e onori in Voi
La futura Giunone
Del mio signor padrone.

Vir. Che? sarebbe
Don Giacinto arrivato?

Falc. In questo punto,

Que abra la puerta.

Vir. Mas que mil hubiese
Papá los tiene á todos ocupados
En limpiar cuadros, en mudar estantes,
Y en revolver sus viejos pergaminos.
Vé tu, Albina...

Alb. Ya abrieron: alguien llega.

ESCENA VI.

Falcon ridículamente vestido, y las mismas.

Fal. (Ella es..Descaro pues, sublime estilo;
Salga lo que saliere.)

Vir. Qué se ofrece?

Falc. Señora, perdonad. Tengo la suerte
De hablar del gran Don Páparo
Con la prole gentil?

Vir. Para serviros.

Falc. O de todas las damas
Modelo respetable, permitidme
Me ponga á vuestros pies, en vos honrando
A la futura Juno
De mi supremo Júpiter.

Vir. Acaso
Don Jacinto llegó?

Falc. Con seis caballos

Tirato a sei, dal Campidoglio é giunto.
Vir. Presto... papà si avverta...
Alb. Vado io, vado io...
Vir. Sì... no... piuttosto...
Non so dove mi sia...
Alb. Ma dunque?
Vir. Aspetta,
Andremo tutt' e due; vieni, t' affretta...
(*Partono.*)

SCENA VII.

Falcone solo.

Cospetto! una gran voglia
Ha costei di marito...! Ah! ah! la casa
É tutta sottosopra...
Chi va su e giù, chi viene.
Macario può salir, tutto va bene.
(*Parte.*)

Llega del capitolio en este instante.
Vir. Presto á papá avisemos.
Alb. Yo voy, yo voy al punto
Vir. Sí... no... escucha...
No sé lo que me digo...
Alb. Qué hago?
Vir. Espera...
Las dos iremos... ven, vamos á prisa...
(*Vanse.*)

ESCENA VII.

Falcon solo.

Ay, caramba! y que gana
Tiene esa de marido! Ah! ah! la casa
Está toda revuelta
Quien corre por aquí; quien vá, quien viene;
Subir puede Macario; ahora conviene.
(*Vase.*)

SCENA VIII.

Don Papero vestito con caricatura, ma con berrettino in testa, con le pantofole a' piedi, e le calze cascanti, tutto frettoloso e affaccendato, è seguito da molti servitori tutti in livrea, da Virginia e da Albina: indi esce Macario splendidamente vestito, e Falcone.

D. P. Ma correte.. è un eroe che ci aspetta..
Figlia, figlia! vien qua, mammalucca.

Serv. Siam qui tutti. (*Uscendo.*)
D. P. Seguitemi in fretta.
(*per uscire.*)
Serv. La parrucca, Signor... (*dietro a lui.*)
D. P. La parrucca!
(*I servi gli pongono la parrucca, ma di traverso.*)
Fate presto, che il canchero vi roda.
Ignoranti...! di dietro la coda.
Serv. E le scarpe...?
D. P. Uh...! le scape ho scordate.
Serv. E le calze?
D. P. Uq! non sono allacciate!
Serv Non s' inquieti.
D. P. Spicciatevi, alocchi.

ESCENA VIII.

D. Páparo en traje ridículo; gorro en la cabeza, chinelas puestas, y caidas las medias, sale presuroso, y agitado, siguiéndole muchos lacayos, Virginia, y Albina. Presentase luego Macario, magnificamente vestido, y tras de él Falcon.

D. P. Vamos presto; el que espera es un héroe
Hija ven, ven acá, majadera
Cria. Aquí estamos. (*Saliendo todos.*)
D. P. Seguidme corriendo.
(*para marcharse.*)
Cria. La peluca, Señor! (*Tras de él.*)
D. P. La peluca.
(*Se la ponen al reves.*)
Despachad, que los diablos os lleven.
Ignorantes! detras la coleta.

Cria. Los zapatos,
D. P. Ah! ya me olvidaba.
Cria. Y las medias?
D. P. Estan desatadas.
Cria. No se inquiete.
D. P. Borricos, aprisa.

Serv. Ma stia fermo.

D. P. Finitela, sciocchi.

Me meschin! se mi coglie in tal guisa,
Quale smacco alla mia gravità!

Servi, Albina e Virginia.

(Si trattenga chi può dalle risa.
La bizzarra figura che fa!)

Mac. Ehi! ci è nessuno...? (*Di dentro.*)

D. P. Oh! diavolo!

Tutti. Ei vien...

D. P. Son disperato.

Mac. Oh zio veneratissimo!

D. P. Nipote prelibato!

(*Si abbracciano; tutti li servitori si affollano intorno ad essi facendo umilissime riverenze.*)

Balordi! voi scostatevi,
Sposini, avvicinatevi.

Vir. Cugino! (oh ciel...! che vedo?)
(*Incontro a Mac.*)

Alb. (É desso... il forastier.)

Mac. (Mi
Falc. (Ti ha conosciuto, io credo,
Ma forti, non temer.)

D. P. Ebben...? perchè sì mutola...?
E tu perchè sì rosso?

Cria. Pero quieto, Señor!
D. P. Acabemos.
Que desgracia si asi me cogiera!
Que borron para mi gravedad!

Criados, Albina, y Virginia.

Hay quién pueda dejar de reirse?
La figura es muy rara en verdad.
Mac. Hay gente? Ola! (*Dentro.*)
D. P. Qué diablo!
Todos. Ya entró.
D. P. Me desespero.
Mac. Tio venerandísimo!
D. P. Sobrino preciosísimo!
(*Se abrazan los dos; todos los criados se agolpan al rededor haciendo reverencias.*)
Pesados, apartaos
Novios, aproximaos.
Vir. Primo! (Ay, cielos! qué veo?)
(*Recibiendo á Macario.*)
Alb. (El forastero! Él es.)
Mac. Me / *Falc.* Te ha conocido creo
Firmes, no hay que temer.
D. P. Y bien? porqué tan muda?
Y tú tan encendido?

Capisco... statim, illico,
Amore vi ha percosso...
Via qua, via qua, carini,
Due sguardi, quattro inchini...
Così! così! benone
Interprete è il papà.
Dei del Tebro io vi ringrazio
Di nipote così fatto!
Di guardarlo non mi sazio...
Ne son preso, ne son matto...
Lo splendor della famiglia...
La fortuna di mia figlia...
L' allegria degli ascendenti...
Il piacer de' discendenti...
Tutto in giubilo mi pone,
Il cervel girar mi fa.
Non darei per due corone
La mia gran paternità.
Coro. All' udir cotal sermone
Tenga il ridere chi sa.
D. P. Ebben, caro Nipote,
Che novelle mi rechi dal Tarpeo
Per parte del tuo nobile papà?
Mac. Questa lettera sua tutto dirà.
D. P. Oh! degno mio fratello!
Dugentomila scudi in diamanti
Per regalo di nozze!
Mac. Accetterete

Entiendo... *Statim*, *illico*,
Os ha el amor herido.
Venid acá muchachos;
Dos guiños, dos saludos;
Así vá bien. Es vuestro
Intérprete el papá.
Grato os soi, Dioses del Tiber,
Por tener un tal sobrino;
No me canso de mirarle;
De placer estoy sin tino.
El lustre es de mi familia,
De mi hija la fortuna.
Honrará á los ascendientes
Gustará á los descendientes;
Voy perdiendo la cabeza
Por tanta felicidad.
No daria por dos reinos
Esta mi paternidad.
Coro. Al oir tantos dislates
Quién la risa contendrá?
D. P. Y bien, sobrino mio,
Que noticias me traes del Tarpeyo,
Y de parte del inclito papá?
Maç. Esta carta, Señor, os lo dirá.
D. P. Oh! generoso hermano!
Doscientos mil ducados en diamantes
Para la boda envia.
Mac. Es un regalo,

Come pegno d' amore il tenue dono.
D. P. Virginia! tocca a te!
(*A Virginia che sta in disparte pensierosa.*)
Vir. (*Inchinandosi.*) Grata vi sono.
D. P. Avanti; poffar bacco! io non ti vidi
Giammai così laconica.
Mac. M' avveggio
Che confessar vi deggio
Una superchieria. La prima volta
Questa non è che alla cugina io parlo.
D. P. Come! come! e fia ver?
Vir. Non so negarlo.
Mac. Di compatir vi prego
Un innocente inganno; innamorato
Del vostro bel ritratto, io desiava
Sconosciuto veder se la pittura
Al ver corrispondea.
Falc, (Bravo Macario!)
D. P. É original l' idea.
Vir. Ma poi che mi vedeste
Perchè sei giorni interi
Incognito restar?
Mac. Innamorarvi,
E di me stesso diventar rivale
Era il disegno mio.
Falc. Ma fu costretto
A palesarsi tosto

Que en prueba de su amor aceptareis.

D. P. Virginia, á tí te toca.

(*A Virginia que está retirada y pensativa.*)

Vir. (*Con una reverencia.*) Lo agradezco.

D. P. Acercate; jámas por vida mia
Te he visto tan lacónica.

Mac. Conozco,
Que es fuerza descubriros
Cierta trama amorosa. No, no es esta
La vez primera que hablo con mi prima.

D. P. Cómo...? Cómo...? Es verdad?

Vir. No sé negarlo.

Mac. Perdonadme, os suplico,
Un inocente engaño. Enamorado
Yo de vuestro retrato deseaba,
Sin darme á conocer, ver si el dibujo
Era el original correspondiente.

Falc. (Bravo Macario!)

D. P. Es raro el pensamiento.

Vir. Mas despues que me visteis,
¿Porqué seis dias os habeis quedado
Sin presentaros?

Mac. Era mi designio
Ganar vuestro cariño, y convertirme
En rival de mi mismo.

Falc. Pero tuvo
Que descubrirse luego, porque hallamos

Perchè un rival davvero abbiam scoperto.
D. P. Che mai sento?
Vir. Un rival!
Mac. Rival...! sì certo.
Ma un uomo a voi non noto,
Un forastier... un imbroglion...
Falc. Di quelli
Che voglion far fortuna, e vanno in cerca
Di qualche ricca dote.
D. P. E l' hai scoperto tu... bravo nipote!
Si presenti il furfante,
L' avrà da far con mè.

SCENA IX.

Albina e detti.

Alb. Signori miei,
Una gran novità!
D. P. Cos' è accaduto?
Alb. Un secondo nipote è qua piovuto.
D. P. Che secondo nipote!
Falc. (Ahi ahi! ci siamo.)
Vir. Qual mistero è mai questo?
Mac. Eh! niente, niente...
(*Con indifferenza.*)
È questi certamente
Quel forestier sì fatto...

Un rival verdadero.
D. P. Qué oigo?
Vir. Un rival!
Mac. Rival seguramente;
Mas un hombre que vos no conoceis,
Un forastero, un embrollon.
Falc. De aquellos,
Que para hacer fortuna van buscando
Con ansia algun buen dote.
D. P. Y tu le descubriste? bien sobrino!
Deja que se presente el gran tunante,
Y yo le arreglaré.

ESCENA IX.

Albina y los mismos.

Alb. Señores mios,
Una gran novedad!
D. P. Qué ha sucedido?
Alb. Un segundo sobrino aquí ha llovido.
D. P. Qué segundo sobrino!
Falc. (Estamos frescos.)
Vir. Mas que misterio es este?
Mac. Nada, nada...
(*Con serenidad.*)
Sin duda debe ser el forastero
De que hemos hecho mérito.

D. P. Ah! ah! capisco!
Vedi un po' lo sfacciato!
Venga, venga; sarà ben corbellato.

SCENA X.

Don Giacinto e detti.

D. Gia. Se ho voluto, amato zio,
Presentarmi all' improvviso,
Al mio fervido desìo
Lo dovete perdonar.
(*Nessuno risponde: tutti lo contemplano con aria di curiosità; egli tace un momento, poi si volge a Virginia.*)
Questa al certo è la mia sposa...
Non m' inganno; è proprio dessa...
Ne ho l' immagine vezzosa
Troppo al vivo in core impressa,
Troppo è bella, perchè tosto
Io non l' abbia a ravvisar.
(*Risata generale.*)
D. P. Sì... capisco...
Mac. É naturale.

(*Don Papero, Macario e Falcone.*

Parla il sangue... il cor si scosse.

D. Pap. Comprendo.
Mirad que descarado!
Yo he de hacer que se vaya escarmentado.

ESCENA X.

D. Jacinto y los mismos.

D. Jac. Si he querido, tio amado,
Presentarme de improviso,
Al ardor que me ha animado
Es preciso perdonar.
(*Nadie responde; todos le miran como pasmados; él mismo calla un momento, y luego se dirige á Virginia.*)
Ah! sin duda esta es mi esposa;
No me engaño, es ella misma;
Esa imágen tan graciosa
En mi pecho llevo impresa;
Y ese rostro tan hermoso
No se puede equivocar.
(*Risa general.*)
D. P. Sí, comprendo.
M*ac.* Es cosa clara.

Don Páparo, Macario y Falcon.

Sí, la sangre se declara.

Vir. (Qual ti sembra ?)

(*piano ad Alb.*)

Alb. (Non c' è male.)

Vir. (Mio cugin davvero ei fosse.)

Don Papero, Macario, *Falcone interpolatamente*, *e sempre con ironia.*

Dal Tarpeo... da Roma... è giunto
Proprio adesso...! in questo punto..!
Bravo, bravo... ben venuto...
Io l' inchino... io la saluto.
Un Signore / Nipote sì compito
Non pensava di trovar.

D. G. Io non so se vedo e ascolto,
Se son desto o addormentato...
Son fra pazzi capitato,
O sto io per impazzar...?
Veramente sono accolto
In maniera singolar!

(*Virg. e Alb.*
Con quel tratto, con quel volto,
Sì gentile e ben creato,
Perchè scegliere uno stato
Da doversi detestar?
Più lo guardo, più l' ascolto,
Più impossibile mi par.

Vir. Y qué tal?

(*De quedo á Albina.*)

Alb. No es despreciable.

Vir. Ojalá fuera mi primo!

D. Páparo, Macario *y* Falcon *respectivamente, y siempre con ironia.*

Del Tarpeyo, pues, de Roma
Ha llegado ahora, ahora?
Bravo, bien, sea en buena hora!
Yo me alegro; bien venido:
Un sugeto / sobrino tan cumplido
No pensaba yo encontrar.

D. Jac. Yo no sé que es lo que veo;
Si deliro, ó estoy dormido.
Entre locos he venido,
O yo empiezo á desvariar.
En verdad me han acogido
De un modo particular.

Vir. y Alb.

¿Porqué un hombre que aquí veo
Tan gentil, bien parecido
Un estado habrá escogido
Para hacerse detestar?
Que su nombre haya fingido
No lo puedo imaginar.

Mac. *D. Pap.* Falc.

Osservate su quel volto
L' imbroglion bello e stampato;
Ma in buon luogo è capitato,
Ma con noi l' avrà da far.
Il briccone al laccio è colto,
Si dibatte per scappar.

D. G. Ma Signori...

D. P. (*Interrompendolo.*) In due parole,
Si ritiri... vada fuori...
A intriganti, a truffatori
Qui ricetto non si dà.

D. G. A un nipote...!

Mac. Meno ciarle.
Il disegno è omai sventato;
Il nipote è già arrivato,
Ed in me lo vede qua.

D. G. Temerario...!

Falc. Presti fede
A chi bene lo consiglia.
Di Don Papero la figlia,
Badi ben, per lei non fa.

D. G. Mia cugina!

Vir. Si vergogni
Di sì nera furberia.
Io stupisco che si dia
Una tal temerità.

D. G. Oh! cospetto! io son Giacinto...

Mac. D. Páp. Falc.

En su cara yo le leo
Lo embrollon muy decidido;
Pero á bien que no ha venido
Entre tontos á parar.
El bribon está cogido,
Y no puede ya escapar.

D. Jac. Mis señores...

D. P. (*Interrumpiéndole.*) En resumen
Marche usted sin mas razones,
En mi casa trapalones
No se suelen abrigar.

D. Jac. A un sobrino...!

Mac. Menos charla!
El ardid se ha malogrado,
El sobrino ya ha llegado
Y lo tiene usted acá.

D. Jac. Insolente!

Falc. Preste oido
A mi aviso y luego elija;
De Don Páparo la hija,
Señor mio, voló yá.

D. Jac. Prima tu...

Vir. No se avergüenza
De haber hecho un tal enredo?
Admirada yo me quedo
Al ver tanta iniquidad.

D. Jac. Voto á tal! Yo soy Jacinto,

Io non mento, non v' inganno...
Le mie carte vi sapranno
Far toccar la verità.
Ehi! Vespino? il portafoglio...
(*Esce un servit.*)
Sai dov' è... ti affretta... va.
(*Il servitore parte.*)
Smascherar saprò quel perfido
Che si usurpa il nome mio.
Chi voi siete, chi son' io
Tosto chiaro apparirà.
(*Ritorna il servitore col portafoglio. D. P. glie lo prende di mano.*)
Osservate voi medesimo,
Sì, osservate...
Tutti. Si vedrà.
D. P. (*Legge.*) "Per te pronta è la prigione
"So non hai maggior prudenza.
D. G. Che mai sento!
D. P. Va benone.
Falc. É la mia corrispondenza.
(*piano a* Mac.)
D. P. "Tira al laccio le persone
(*Segue a leggere.*)
"Con maggior sagacità.

Macario, Falcone e Don Papero.
Va impostore, va briccone,

Y no miento ; á nadie engaño
Luego , luego el desengaño .
Por mis cartas llegará.
Tu , Vespino , mi cartera,
(*Sale un criado.*)
Vé corriendo traela acá.
(*Vase el criado.*)
Al que así mi nombre usurpa ,
Quitaré el embozo presto ;
Yo no dudo que con esto
Quien engaña se verá
(*Vuelve el criado con la cartera , y D. Páparo se la quita de las manos.*)
Sí , vos mismo registradla ,
Registradla.
Todos. Ello dirá.
D. P. (*Lee.*) »Ya te aguarda un calabozo
»Si no tienes mas prudencia.»
D. Jac. Qué oigo , cielos ?
D. P. Qué buen trozo!
Falc. Esa es mi correspondencia.
(*De quedo á* Macario.)
D. P. »A engañar mejor aprende ,
(*Sigue leyendo.*)
»Y con mas sagacidad.

o

Macario , Falcon *y Don* Páparo.
Bribonazo, marcha , vete ,

Camerieri...! servi...! olà?
D. G. Questo tratto! E tanto ardite...?
(*Escono i servitori.*)
D. P. Discacciate quel' indegno.
Vir. Chiunque siate deh! partite,
(*piano a D. G.*)
Paventate il loro sdegno.
D. G. Non son più di me padrone,
La mia testa se ne va.
Coro. Via, sloggiate colle buone,
O il baston vi sforzerà.
D. G. Parto, sì, che il mio furore
All' estremo è già salito.
Ma l' indegno fia punito
Che tratrar così mi fa.
D. P Oh! guardate il bel signore!
Mac. Oh! vedete il bel marito!
Falc. Il tuo colpo andò fallito.
Guai per te se torni quà.
Virg. e Alb.
É un bugiardo, un truffatore,
L' ho veduto, l' ho capito.
Ma sorpreso, ma colpito,
Sente il cor di lui pietà.
(*partono.*)

Eh, criados, pronto acá.

D. Jac. Cómo á mi tal tratamiento?

(*Salen los criados.*)

D. P. Echad fuera á ese embustero.

Vir. Seais quien quiera; os ló suplicò,

(*Dé quedo á D. Jacinto.*)

Evitad su enojo fiero.

D. Jac. Yo no se lo que me pasa,
La cabeza pierdo ya.

Coro. Marchad pues; idos á buenas,
Sino el palo os echará.

D. Jac. Sí; me voy, pues ya no puedo
Poner freno á mi coraje;
Mas quien causa un tal ultraje
Su castigo sufrirá.

D. P. Ved aquí que gran sujeto!

Mac. Vaya, vaya que marido!

Falc. El negocio se ha perdido.
Ay! si vuelve por acá.

Virg, y. Alb.

Que es un pícaro embustero
Convencida me he quedado;
Pero, al ver su triste estado
Mucha lástima me dá.

(*Vanse.*)

SCENA XI.

Albina e *Falcone.*

Alb. (Qui senz' altro ci cova
Un qualche gran raggiro... Se potessi
Far ciarlare costui !)
Falc. (La cameriera
Mi guarda di sott' occhio, e volge in
mente
Come scoprir terreno ;
Ma s' ella è furba, io non lo sòn già meno.)
E così, mia ragazza,
Perchè non ci accostiamo, e conoscenza
Non facciam fra di noi, come conviene?
Alb. Volea dirlo ancor io..(Comincia bene.)
(*Accostandosi con disinvoltura.*)
Falc. Brava...! così mi piace.
Amore fra' padroni,
Amor fra' servitori.
Alb. Troppo presto,
Caro signor...
Falc. Vespino...
E tu pur mi amerai, caro visino.
Alb. Sen.i, non mi dispiaci, e forse forse
Sarò teco d' accordo... ma con patto
Che tu sarai sincero.
Falc. Uno specchio son' io per dire il vero.

ESCENA XI.

Albina y Falcon.

Alb. (Aquí sin duda alguna
Se está urdiendo una trama... Ay; si pudiera
Sonsacar al amigo !)
Falc. (De reojo
Me mira la doncella, cabilando
Quizá como descubra algun terreno;
Mas si ella es diestra, no lo soy yo menos.)
Y bien, niña, que hacemos ?
Porque no os acercais, y conversemos
Un poco entre nosotros con llaneza?
Alb. Digo lo mismo yo. (Muy bien empieza.)
(*Acercándose con desembarazo.*)
Falc. Que linda...! Asi me gusta;
Amor entre ylos amos,
Amor entre criados!
Alb. Mas despacio,
Señor... Señor...
Falc. Vespino.
Me amarás tu tambien, rostro divino?
Alb. Oye; no me disgustas, y pudiera
Contigo conjeniar, con tal que fueses
Siempre veraz conmigo.
Falc. Amiga, en lo veraz soy un espejo.

Alb. Or dunque dimmi un poco,
Il tuo padron chi è?
Falc. Il mio padrone
É il più brav' uom che sia, buono, amoroso,
Cortese, generoso...
Alb. Non è questo...
Falc. Quanto ricco, modesto;
Quanto splendido, umano.
Alb. Ma...
Falc. Splendido.
Alb. Ma...
Falc. Allegro...
Alb. Ma...
Falc. Giocondo;
Un uomo in fin che non ha pari al Mondo.
(*parte frettoloso.*)

SCENA XII.

Albina, indi Virginia, per ultimo Don Giacinto dalla porta di mezzo.

Alb. Un gran furbo è costui; ma non son' io
Se nol faccio cascar, se non lo astringo
A spifferarmi il tutto fra mezz' ora.
Vir. Albina...!
Alb. Mia Signora.

Alb. Dime, pues, en confianza;
Quién es tu amo?
Falc. Mi amo
Es un hombre escelente, afable, bueno,
Generoso, cortés, noble...
Alb. No es eso.
Falc. Tan rico como franco,
Tan franco como humano.
Alb. Mas...
Falc. Sábio.
Alb. Mas...
Falc. Risueño.
Alb. Mas...
Falc. Jocundo;
En fin no tiene igual en todo el mundo.
(*Vase apresuradamente.*)

ESCENA XII.

Albina, luego Virginia, y despues D. Jacinto de la puerta del medio.

Alb. Es muy ladino; mas no soy Albina
Si no le hago caer, si no consigo
Que despotrique presto cuanto sabe.
Vir. Albina!
Alb. Mi Señora!

Vir. Mentre papà e il cugino
Stanno in serio colloquio, io colgo il tempo
Per discorrer con te... guardasti bene
Quel forestier ?
Alb. S' io lo guardai..? cospetto...!
Vir. Nè ti venne alla mente un mio sospetto?
Alb. Certo che sì... Quell' aria,
(*Entra Don Giacinto di soppiatto e si ferma ad ascoltare.*)
Quella franchezza, e quel risentimento
Vi è sembrato un portento ?
Vir. Un intrigante
Egli non è, come ciascun lo fa.
D. G. No... cugina, io vel giuro...
Vir. Oh! Ciel!
Alb. Voi qua ?
D. G. Sì... crudelmente offeso, allontanarmi,
Partirmi io non soffersi; e di soppiatto
Non visto rientrai... Qualunque sia
Il mio destin, ad ogni costo io volli
Vedervi... favellarvi...
Vir. Albina... osserva...
Che nessun ci sorprenda.. Ebben signore,
Da questo ardito passo,
Dal favellar con me, che mai sperate ?
D. G. Tutto, se il mio rival voi non amate.

Vir. Mientras papá, y el primo
Estan en conferencia, á hablar contigo
Vengo un instante... Dime, has observado
Al forastero bien?
Alb. Caramba! mucho.
Vir. Y no has entrado como yo en sospecha?
Alb. Mucho que sí... Aquel aire...
(*Entra D. Jacinto á hurtadillas, y se para á escuchar.*)
Su tono franco, su resentimiento
No son de fingimiento.
Vir. Un intrigante
Me parece que no es como suponen.
D. Jac. No, prima yo lo juro.
Vir. Ay, Dios!
Alb. Qué veo?
D. Jac. De tal modo ultrajado, separarme
No quise, y sin ser visto
Entré de nuevo aquí... Sea cualquiera
La suerte mia, quise á toda costa
Veros y hablaros.

Vir. Ten cuidado, Albina
Que nadie nos sorprenda. Caballero
De hablar conmigo, y de este osado paso
Que ventaja esperais?
D. Jac. Grande será si á mi rival no amais.

Vir. Al genitor sommessa, aver non deggio
Altro voler che il suo... promessa io sono
All'unico figliuol di suo fratello.

D. G. Io son quello, o cugina... ah! sì son quello.
Piena di me contezza
Darò fra poco: punirò l' indegno
Che usurpa il nome mio, purchè vi piaccia
Le nozze differir... Deh! ve ne prego,
Non mi negate questa grazia sola....

Vir. Affrettatevi dunque, il tempo vola.

D. G. Parto... ma dite almeno,
Dite se il vostro cor al mio risponde,
Se mi lice sperar.. l' amor ch' io sento..

Vir. Sì... no... (ciel mi tradisco...!)

D. G. Oh! mio contento!
Deh! chiari mi aprite
I sensi del core,
Un tenero amore
Lasciate parlar.

Vir. L' assunto compite,
La frode svelate...
Allor... se mi amate...
Potete sperar.

D. G. Oh gioja! lo giuro!

Vir. Ebbene... vedremo.

D. C. Io parto sicuro

Vir. Obediente á mi padre, solo puedo
Hacer lo que él me mande. De su hermano
Me ha prometido al único heredero.
D. Jac. Ese soy yo, tu primo verdadero.
Daré dentro de poco
Razon de mi. Castigaré al infame
Que mi nombre usurpó con tal que quieras
La boda diferir: te lo suplico.
Esta gracia tan sola me consuela.

Vir. Apresuraos pues, que el tiempo vuela.
D. Jac. Voyme, mas dime al menos,
Si he de esperar al fin que el amor tuyo
Al amor corresponda que yo siento?
Vir. Sí... No... (Me hago traicion.)
D. Jac. Estoy contento!
Descubreme claro,
Que para mi vives,
Y á amor no le prives
Poderse esplicar.
Vir. Completa el proyecto,
Descubre las tramas
Y entonces... si me amas
Podrás esperar.
D. Jac. Que gozo! Lo juro.
Vir. Pues bien, lo veremos.
D. Jac. Me marcho seguro

Del vostro bel cor...

Vir. Vi credo... ma temo...
Ma palpito ancor.

A 2. Ah! possa il timore
Nel core calmarsi,
In dolce mutarsi
Trasporto d' amor!

SCENA XIII.

Falcone e Albina.

Falcone entra nel momento che Don *Giacinto va via frettoloso.*

Falc. Che vedo...? non m' inganno...
Il nipote...!

Alb. Ma il vero... oh! Signor mio,
(*fermandolo.*)
La vogliam veder bella allor ch' ei torni
Ben bene accompagnato...
(*parte ridendo.*)

Falc. Senti... spiegati... Io son trasecolato!

SCENA XIV.

Macario e Falcone.

Falc. Macario! sei tu solo?

De tu corazon.
Vir. Te creo, con todo
Me agita el temor.
A 2. Permitan los cielos
Que el miedo se calme,
Y que á los recelos
Suceda el amor!

ESCENA XIII.

Falcon y Albina.

Falcon entra en el mismo instante en que sale apresuradamente D. Jacinto.

Falc. Qué veo...? No me engaño...
Es el sobrino!
Alb. El verdadero, y cierto
(*Deteniéndole.*)
Será cosa de risa cuando vuelva
Muy bien acompañado.
(*Se marcha riendose.*)
Falc. Oye, esplicate... Estoy atolondrado.

ESCENA XIV.

Macario y Falcon.

Falc. Macario, estas tu solo?

Mac. Ond' è che sei
Spaventato così?
Falc. Tutto è scoperto,
Oh vicino a scoprirsi... Avrem fra poco
Tutti di don Giacinto
I conoscenti addosso.
Mac. E che per questo?
Falc. Dobbiam far gambe.
Mac. Uh! scimunito! io resto.
Falc. Sei tu pazzo, Macario?
Mac. Odi; Don Papero
È un uom di buona pasta
Più di quel ch' io credea. Più non son io
Figlio di suo fratello.
Falc. E chi sei tu?
Mac. Figliuol del Vicerè son del Perù.
Falc. Capperi!
Mac. Hai tu scordato
Che quel giovane Principe viaggia,
Sconosciuto l' Europa, e che fra poco
A Napoli si aspetta?
Falc. Oh! so ben altro.
So che il tuo ingegno scaltro,
Con lettere mentite e finte cifre
Ti fe' passar per quello in più paesi,
E ti salvò dall' ultima burrasca.
Mac. Queste lettere appunto io tengo in
tasca.

Mac. Y qué sucede?
Porqué tanto terror?
Falc. Todo se sabe,
O se puede saber. Dentro de poco
Tendremos los amigos
De Don Jacinto encima.
Mac. Y bien, que importa?
Falc. Conviene desfilar.
Mac. Necio! Yo nunca.
Falc. Estás loco, Macario?
Mac. Oye. No ignoras
Que Don Páparo es hombre mas bonazo
Que lo que yo pensé. No soy pues hijo
De su hermano en Roma.
Falc. Y bien, quien eres?
Mac. Yo soy el hijo del Virrey de Lima.
Falc. Caspita!
Mac. Has olvidado
Que de incognito viaja este magnate
Por Europa y que ahora
En Nápoles le aguardan?
Falc. Y me acuerdo
Que con tu travesura
Con cartas falsas, y supuestas firmas
Has pasado por él en varias partes,
Y hace poco saliste de un mal paso.
Mac. Las mismas cartas tengo en el bolsillo.

Falc. Bravo, bravo, capiseo;
Prevedo la commedia.
Maç. Or senti bene.
Mio padre il Vicerè vuole per forza
Ch' io sposi del Chilì la principessa,
E mi richiama a Lima immantinente.
Io che perdutamente
Amo Virginia...

Falc. E di cotanto amore,
Che il tuo cuor l' antepone
Ai nodi del Chilì.
Mac. Bravo Falcone!
Falc. T' accheta: arriva gente.
Mac. É Don Papero; presto al tavolino
E come se scrivessi a nome mio,
Sulle proposte nozze
Rispondi al Vicerè;
Poi quando è tempo...
(Gli parla piano.)
Falc. Lascia fare a me.
(Si pone a scrivere.)

SCENA XV.

Don Papero, e detti.

D. P. Nipote mio, perdona

Falc. Bravo! Muy bien comprendo
Ya toda la comedia.
Mac. Escucha atento:
Quiere el Virrey mi padre que por fuerza
De Chile á una princesa dé la mano
Mandándome que á Lima marche al punto:
Yo que entrañablemente
Amo á Virginia...
Falc. Sí, y con tanto estremo
Que su enlace prefieres
Al de Chile. Es verdad?
Mac. Eso es. Bravísimo!
Falc. Calla, se acerca gente.
Mac. Es Don Páparo: presto á la carpeta,
Y como si escribieras en mi nombre
Acerca de la boda
A mi padre el Virrey vas respondiendo.
Luego á su tiempo...
(*Habla de quedo con Falcon.*)
Falc. Deja; ya comprendo.
(*Se pone á escribir.*)

ESCENA XV.

D. Páparo, y los mismos.

D. P. Perdona, sobrinito,

Se ti ho lasciato solo un momentino,
Un splendido festino
Voglio darti stasera e...

Mac. (*Interrompendolo.*) Vi scongiuro,
Pubblicità non fate... amo, o signore,
Incognito restar.

D. P. Che diamin dici?
Incognito! perchè?

Mac. Nulla... domani...
A suo tempo... il saprete.

Falc. (*Alzandosi come se non avesse veduto D. Papero.*) Ho terminato.
Sottoscrivete, Altezza... Oh!

Mac. Sciagurato!
(*Come per farlo tacere.*)

D. P. Altezza! qual linguaggio!
Con chi parla costui!..

Mac. (*A Falcone.*) Conte crudele,
Voi mi avete tradito.
(*Lasciandosi cadere la lettera.*)

D. P. Ei Conte! come?
Che significa ciò...? da questo foglio
Capirò qualche cosa.

Mac. Ah! mio signore,
(*fingendo di opporsi.*)
Rendetemi quel foglio.

D. P. Son tuo suocero e zio, veder lo voglio!

Si te he dejado algun momento solo.
Una fnncion soberbia
Quiero darte esta noche, y...

Mac. (*Interrupiéndole.*) No llameis,
Os lo suplico, la atencion. Yo quiero
Incógnito quedar.

D. P. Qué es lo que dices?
Incógnito...? Y porqué?

Mac. Nada... mañana...
Lo sabreis á su tiempo.

Falc. (*Levantándose como si no hubiese visto á D. Páparo.*) He concluido,
Firme, pues, Vuestra Alteza.. Ay.!

Mac. Descuidado!
(*Como para hacerle callar.*)

D: P. Alteza...! Qué lenguaje!
Con quién estará hablando?

Mac. (*A Falcon.*) Ah conde! Conde!
Me habeis vendido.
(*Dejando caer la carta.*)

D. P. Ese es un conde! Cómo?
Qué quiere decir eso...? Alguna cosa
Me indicará esta carta.

Mac. Os lo suplico,
(*Aparentando oponerse.*)
Ese papel volvedeme, Caballero.

D. P. Soy tu suegro, y tu tio, y verle quiero.

Mac. Aspettate un momentino;
Leggerete, udrete il tutto...
Ah! crudel (*A Falc.*) per te distrutto
Ecco à un tratto il mio sperar.
Falc. Ah! signor il suo destino, (*A D. P*)
La sua vita avete in mano...
Caro Prence (*A Mac.*) è molto umano,
Ci possiam di lui fidar.
D. P. Alle corte, signorino;
Vo' quel foglio ad ogni patto.
Non intendo niente affatto
Questo strano favellar.
Falc. Voi credete aver dinanzi
Il nipote, don Giacinto?
D. P. Certamente.
Mac. Il fui poc' anzi.
Falc. Per amore ei tal si è finto.
D. P. Ah! briccone...!
Falc. Vi calmate.
D. P. Ah! impostore...!
Falc. Ma ascoltate.
É Don Alvaro da Lima,
Il figliuol del Vicerè.
D. P. Ah! perchè non dirlo prima...?
Io mi getto al vostro piè.
Mac. Moderatevi, e sorgete;
Questa lettera leggete,
De' miei veri sentimenti,

Mac. Aguardad un breve instante
Lo vereis, lo vereis todo
Imprudente! (*A Falc.*) de este modo
No me puedo ya ocultar.
Falc. Ah, Señor! está su suerte (*A D. P.*)
Y su vida en vuestra mano,
Señor Príncipe (*A Mac.*) es humano,
Nada hay de él que recelar.
D. P. En resumen, Señor mio,
Esta carta ver pretendo.
Qué lenguaje! no lo entiendo;
Es por cierto singular.
Falc. Vos pensais, que aquí teneis
Al sobrino Don Jacinto?
D. *P.* Ciertamente.
Mac. Yo lo he sido.
Falc. Por amor tal se ha fingido.
D. *P.* Ah, bribon!
Falc. No os altereis.
D. *P.* Impostor!
Falc. No os sofoqueis;
Es Don Albaro de Lima
Prole ilustre del Virrey.
D. *P.* Mas porqué callarlo tanto?
Me teneis á vuestros pies.
Mac. Levantad, amigo mio,
De esta carta la lectura
Os dará prueba segura

Del mio cor vi facccia fè.
Falc. All' augusto genitore
L' amor suo palesa in essa:
Del Chilì la principessa
Per Virginia ricusò.
Mac. Io disprezzo per amore
La Corona a me promessa...
Se Virginia mi è concessa
Più che re mi crederò.
D. P. Io ricevo un tanto onore
Con la fronte al suol dimessa....
Dal piacer quest' alma è oppressa...
S' io son desto ancor non sò.
Mac. Dunque al nodo acconsentite?
D. P. Prence mio, con tutto il cuore.
Falc. Questa sera?
D. P. Sì... ma dite:
Fia contento il genitore?
Falc. Perchè no? di Marte prole
Siete voi com' ei del Sole.
D. P. Ma del rango il gran divario...
Mac. Io vi faccio feudatario
Dei torrenti di Valmora,
Del Vulcan d' Alonzo e Cora;
Il fedel Guadalaxara
Il diploma vi darà.
D. P. Grazie Altezza... oh bontà rara!
Mac. Fal. (Se la beve come và.)

De mi afecto, y buena fé.
Falc. Su cariño hace patente
A su augusto padre en esa;
Pues de Chile á una princesa
Por Virginia dió de pie.
Mac. Por amor yo menosprecio
La corona mas famosa;
Si Virginia es hoy mi esposa
Mas que Rey me estimaré.
D. *P.* La propuesta acepto humilde,
A tal honra agradecido.
Estoy loco, sin sentido,
Si este es sueño no lo sé.
Mac. Os prestais luego al enlace?
D. *P.* Oh, Señor! con alma y vida
Falc. Esta noche?
D. *P.* Bien... mas luego
Quedará contento el padre?
Falc. Porqué no? Si es del Sol hijo
Vos lo sois tambien de Marte.
D. P. Hay con todo largo trecho...
Mac. Feudatario ya estais hecho
De los rios de Valmora,
Del volcan de Alonso, y Cora,
Y mi fiel Guadalajara
El diploma estenderá.
D. P. Gracias mil! Que bondad rara!
Mac. Falc. Se la traga: muy bien vá.

A 3.

Fra Marte e Sole=fra Roma e Lima
Salda alleanza=non vista prima,
Sorprenda, abbagli=sia lustro e specchio
Al Mondo nuovo=al Mondo vecchio,
E sia sorgente=inalterabile
D' impareggiabile=prosperità.
(*partono.*)

SCENA XVI.

Don Papero, che ritorna indietro, indi Albina e Virginia.

D. P. Ehi! servitori! Albina!
Marco! Giulio! Virginia! Olà, qualcuno!
Alb. Quanta fretta! Siam qua.
Vir. Che cosa è stato?
D. P. Caso nuovo, impensato... Ove son essi
Tutti quei Mangiapani?
Alb. A preparar la festa per domani.
D. P. Che domani? Quest' oggi,
Sul momento... cospetto... io stesso, io stesso
Corro il tutto a ordinar... de' Ballerini
È vicino il casotto... una gran festa,
Un pomposo spettacolo, figliuola...

A 3.

El Sol con Marte=Con Roma Lima
Alianza estrechen=Que lustre imprima,
Y que deslumbre=Cual claro espejo
Al mundo nuevo=Al mundo viejo,
Y Fuente sea=De inalterable
De inagotable=Prosperidad.
(*Vanse.*)

ESCENA XVI.

Don Páparo, que vuelve, luego Albina y Virginia.

D. P. Criados! Ea, Albina!
Marco, Julio, Virginia, alguno venga.
Alb. Que prisa! Qué quereis?
Vir. Qué ha sucedido?
D. P. Caso nuevo, impensado. A donde han ido
Esos mil ganapanes?
Alb. A arreglar la funcion para mañana.
D. P. Para mañana? Hoy mismo,
En el momento.. Caspita! yo corro
A disponerlo todo. No estan léjos
Los bailarines... Ha de ser la fiesta
Magnífica, hija mia:

Romani, Peruviani,
Cantanti, suonatori e paesani.
E poi lo sposalizio,
Il notaro, il contratto...
(*per uscire.*)

Vir. Oh! ciel, sì presto?
Su due piedi così?

D. P. Lasciami, sciocca:
Tu non sai qual fortuna oggi ti tocca.
(*parte.*)

SCENA XVII.

Virginia e Albina.

Vir. Fortuna! sarà verò;
Ma la tenga per sè.

Alb. Per le ragazze
La fortuna val poco,
Se non è dall' amore accompagnata.

Vir. Dunque sarò forzata
Di sporarmi a colui...?

Alb. Sposarlo, ohibò!
Sia cugino, o nol sia, dite un bel no.
(*partono.*)

Romanos, Peruanos,
Músicos, cantarines, aldeanos...
Luego la boda, luego el escribano,
El contrato despues...
(*para marcharse.*)

Vir. Cómo tan presto?
Sin mas, ni mas...?

D. P. Dejame, majadera;
No sabes la fortuna que te espera.
(*Vase.*)

ESCENA XVII.

Virginia y Albina.

Vir. Fortuna! podrá serlo;
Mas yo se la regalo.

Alb. Las muchachas
No aprecian la fortuna
Si del amor no viene acompañada.

Vir. Y me veré obligada
A casarme con él?

Alb. De ningun modo;
Primo, ó no primo, un *no* lo arregla todo.
(*Vanse.*)

SCENA XVIII.

Giardino in casa di Don Papero, preparato per una festa: in mezzo un gran bercò di verdura, sotto il quale è un soffà a guisa di trono. A diritta e a sinistra due viali praticabili.

Giardiniere e giardinieri con varii stromenti in mano, Don Papero in mezzo a loro che li distribuisce in varie posizioni.

D. P. Voi schierati in due drappelli,
Coi fagotti e coi tromboni;
Voi, coi sistri e i tamburelli,
In diverse posizioni.
Qua nel mezzo, sotto a questi
Padiglioni e volti agresti,
Di damasco tappezzato,
Fatto a trono il gran soffà.
Coro. É benone immaginato:
Gran comparsa che farà!
D. P. Quando vengono vicini
D' ambo i lati i ballerini,
Nei tromboni voi soffate...
Voi coi sistri scampanate...
Poi con garbo e precisione,

ESCENA XVIII.

Jardin en casa de D. Páparo, dispuesto para una funcion. En el medio un gran cenador enramado con un sofá á manera de trono. A derecha y á izquierda una senda practicable.

Jardineros, y Jardineras con instrumentos de música en las manos, Don Páparo entre ellos, coordinándolos de varios modos.

D. P. Puestos unos en dos filas,
Con fagotes y trompetas;
Venid, pitos, panderetas
En diversas posiciones.
En el medio, bajo de este
Pabellon de techo agreste,
De damasco tapizado,
Hemos puesto el gran sofá.
Coro. Está bien imaginado:
Grande efecto causará.
D. P. Cuando lleguen de ámbos lados
Los danzantes convidados;
Soplad fuerte en las trompetas,
Tocad bien las panderetas;
Y despues con precision

Intuonate la canzone,
In onore degli Eroi
Del Tarpeo e del Perù.
Coro. Sì, Signor, si fidi a noi:
Non potrà bramar di più.
(*Odesi musica di dentro.*)
D. P. Ma son dessi: provatevi un poco.
Fiato..! attenti..picchiate...da bravi...
Coro e D. Pap.
Viva amore che va col suo foco
Più veloce di venti e di navi,
E trapianta in America un ramo
Che il Tarpeo di sue fronde coprì.
D. P. Va benone, di meglio non bramo...
Corro al prence... seguite così.

SCENA XIX.

Qui sono è interrotti da voci che si ascoltano di dentro. Esce frettoloso D. Giacinto seguito da alcuni amici, invano trattenuto da Falcone.

Falc. Alto là. (*di dentro.*)
D. G. Va indietro, o trema. (*di dentro.*)
Mac. Qual romor!
D. P. Che audacia è questa?
Tutti. Don Giacinto!

Entonad una cancion,
En obsequio de los héroes
Del Tarpeyo, y del Perú.
Coro. Sí, Señor, lo haremos todo
Con primor y exactitud.
(*Oyese música dentro.*)
D. P. Ellos son... Vaya haced el ensayo;
Soplad recio; tocad con aliento.
Coro y Páparo.
Viva amor, cuyo fuego cual rayo,
Mas veloz vá que naves y viento,
Y trasplanta á la América un ramo
Que el Tarpeyo con hojas cubrió.
D. P. Bien vá así; pronto al príncipe llamo:
Proseguid, que muy bien empezó....

ESCENA XIX.

Iuterrúmpenlos voces qùe se oyen dentro. Sale apresurado Don Jacinto acompañado de algunos amigos, y de Falcon, que hace esfuerzo para detenerle.

Falc. Alto aquí (*dentro.*)
D. Jac.. Quitate, ó tiembla. (*dentro.*)
Mac. Qué alboroto!
D. P. Qué osadia!
Todos. Don Jacinto!

Vri. (Oh! gioia estrema!)
D. P. Temerario! il passo arresta.
D. G. A scoprir un impostore,
A trar voi, buon zio, d' errore
Mi presento insieme a questi
Conoscenti e amici onesti,
Il mio nome e i miei diritti
Altamente a far valer.
Su parlate...
D. P. Zitti, zitti:
Niun si prenda un tal pensier.
Riconosco da me stesso
Per nipote Don Giacinto:
Per isbaglio, lo confesso,
Questa mane io l' ho respinto;
Come tale or io l' abbraccio;
Ma del pari a lui non taccio
Che sul conto delle nozze
Ho cambiato di parer.
D. G. Che mai dite? E chi è lo sposo?
Mac. Io.
D. G. Furfante!
D. P. Taci, bestia!
Tu non sai qual uom famoso,
Qui si asconde per modestia.
D. G. Io non vedo che un indegno,
Che uno scaltro avventurier.
Mac. Temerario!

Vir. Qué alegria!
D. P. Insolente! no adelantes.
D. Jac. Vengo aquí, Tio, con estos,
Que hombres son todos honestos,
A aterrar á un impostor;
A sacaros de un error;
Y mi nombre, y mis derechos
Con teson á sostener.
Hablad todos.
D. P. Chito! chito!
Nada de eso es menester.
Por sobrino reconozco
Desde luego á Don Jacinto;
El echarle, lo confieso,
De mi casa fué un ecseso,
Como tal quiero abrazarle;
Pero es fuerza declararle
Que respecto de la boda
Ya cambié de parecer.
D. Jac. Cómo? y quién será el esposo?
Mac. Yo.
D. Jac. Intrigante!
D. P. Calla, bestia.
Sabes tu que por modestia
Un grande hombre en él se oculta?
D. Jac. A un solemne trapacista
En él solo llego á ver.
Mac. Insolente!

D. P. Parti subito...
Vir. Ah! papà, non vi adirate.
Voi, cugino, moderatevi;
Il buon zio non irritate.
D. G. Deh! perdono, o caro zio,
(*Inginoc.*)
Mi sia scusa l' amor mio...
Di un fratel, che tanto amate,
Il figliuol non discacciate,
Io morrò se più non posso
Il mio bene posseder.
D. P. Sorgi, sorgi.
Vir. Egli è commosso.
Gli altri. (Come andrà vorrei saper.)
D. P. Io resto perplesso,
Incerto, turbato...
La forza del sangue
Mi spinge da un lato,
Dall' altro mi tiene,
D' un trono il desir.
Se è male, s' è bene,
Non giungo a capir.
D. G. Vir.
Ei sembra perplesso,
Confuso, turbato...
Amore propizio,
Lo rendi placato,
Seconda la speme

D. P. Vete al punto.
Vir. Ah, papá! no os sofoqueis;
Y vos, primo, no irriteis
A un pariente que es tan bueno
D. Jac. Perdonad, amado Tio..
(*Se arrodilla.*)
Me disculpa el amor.. mio;
De un hermano al hijo tierno
No impidais ser vuestro yerno;
Yo me muero si no logro
A Virginia poseer.
D. P. Alza... vamos...
Vir. Se enternece.
Los demas. En que para es bueno ver,
D. P. Me quedo perplejo,
Confuso, turbado;
La sangre me tira
Con fuerza de un lado;
Del otro ese trono
Que quiero adquirir.
Si es bueno, si es malo
No sé decidir,

D. Jac. y Vir.

Parece perplejo
Confuso, y turbado;
Amor, haz que al menos
Se quede aplacado,
Y que mi deseo

Ch' io veggio apparir.
Se perdo il mio bene
Mi sento morir.

Falc. Mac.

Lo sciocco è perplesso,
Confuso, turbato.
Giammai non mi vidi
Cotanto imbrogliato.
Il nembo che viene
Già sento ruggir...
Ma finger conviene...
Ci salvi l' ardir.

Mac. Ebben, Don Papero;
Schietto parlate:
Siete pentito?
Voi titubate?

D. P. Io sono immobile,
Come uno scoglio.
Fin di stasera
Le nozze io voglio...
Signor nipote,
Lo soffra in pace,
Ma questo è il genero
Che piace a me.

D. G. No, finchè io vivo...

Mac. Giovane audace!
Io sono alfine
Stanco di te,

Se llegue á cumplir.
Perder á mi dueño
Seria morir.

Falc. y Mac.

El necio parece
Perplejo y turbado;
Jàmas en embrollo
Mayor mé encontrado;
Ya siento que el trueno
Principia á rugir.
La maña nos salve;
Conviene fingir.

Mac. Y bien, Don Páparo?
Habladme claro.
Arrepentido
Estais acaso?

D. P. Inmoble quedo
Como un peñasco;
En esta noche
Se hará el contrato.
Señor sobrino,
Aguante el chasco,
Que este es el yerno
Que es de mi agrado.

D. Jac. Mientras yo viva...

Mac. Jóven osado,
Ya tus sandeces
Me tienen harto.

S' io mi giovai
Per un istante
Delle tue carte,
Del tuo contante,
Io colsi il destro
Per riuscire
Nel mio disegno,
Nel mio desire;
Ma quanto io presi
Tutto ti rendo,
Ma torti e ingiurie
Non soffrirò.

D. P. Perdono, Altezza,
É un insensato.

D. G. Vile intrigante!

D. P. Ah! disgraziato!

D. G. Trema, malvagio!
Giudici v' hanno
Che i tuoi raggiri
Castigheranno.

D. P. Stolto! a un suo pari!

D. G. Ad un briccone,
E come tale
Lo accuserò.

D. P. Ed io, balordo!
Ed io bufone,
Qui, mal tuo grado,
T' inchioderò.

Si me he servido
Por corto rato
Del oro y cartas
Que se encontraron,
Quise con eso
Llevar al cabo
Este designio
Que he imaginado;
Y asi devuelvo
Todo á tus manos;
Pero improperios
No sufriré.

D. P. Perdone, Alteza
A ese insensato.

D. Jac. Vil intrigante!

D. P. Desvergonzado!

D. Jac. Tiembla; los jueces
Durante el pago
De tanto enredo
Como has fraguado.

D. P. Bárbaro! á un príncipe...!

D. Jac. A un bribonazo...
Que asi en justicia
He de acusarlo.

D. P. Y yo por eso,
Bestia, insensato
En esta casa
Te encerraré.

Mac. Olà tenetelo:
Ch' ei più non sorta.
Falc. Sì, sì, gli scandali
Sopire importa.
D. G. Con questo legno...
D. P. Sia disarmato...
Vir. Non opprimete
Lo sventurato.
Assai punito
É dal fatale,
Barbaro strale
Che lo piagò.
Tutti. No... sia rinchiuso.
D. P. Un gran Casato
Il forsennato
Strugger tentò.
D. P. Finchè cervello
Non abbia fatto,
Guardato a vista
Sarà quel matto...
Deh! compatitelo,
Altezza cara...
Intercedete,
Guadalaxara...
Nuovo principio
Abbia la festa...
Figlia, rallegrati
Per carirà...

Mac. Ola ! plantadle
En ese cuarto.
Falc. Sí , sí , conviene
No dár escándalo.
D. Jac. Un palo basta...
D. P. A desarmarlo.
Vir. No maltrateis
Al desgraciado :
Con su amor tiene
Harto trabajo.

Todos. No : que lo encierren.
D. P. El mentecato
Una gran boda
Quiere estorbar.
D. P. Mientras no vuelva
De su arrebato
Tendré á este loco
Aquí encerrado.
Perdone , Alteza ,
El desacato.
Guadalajara ,
Templad su enfado.
De nuevo empieze
La fiesta : vamos.
Alegrate , hija ,
En caridad.

(Ah ! come un mantice
Gonfia ho la testa,
Percosso il cerebro
Balza qua e là.)

D. G. Di questo affronto,
Di questo tratto
Avrò vendetta
Ad ogni patto...
Ah ! difendetemi,
Cara cugina...
Deh! non compite
La mia rovina...
Bene, contento,
Più non mi resta,
Se il mio tesoro
Altrui si dà.
(Sorte nemica !
Sorte funesta !
L' ira mi opprime,
Cieco mi fa.)

Falc. Finchè cervello
Nou abbia fatto,

Mac. Guardato a vita
Resti quel matto...
Caro Don Papero,
Lungi il timore,
Per voi sacrifico

(Es mi cabeza
Cual fuelle hinchado
Donde mis sesos
Bailando van.)

D. Jac. De un tal últraje,
De este atentado
He de vengarme
Tarde ó temprano.
Librame, prima,
De tan mal trato;
No sufras verme
Tan ultrajado.
Si de tí el cielo
Me priva, ingrato,
Mi vida pronto
Se acabará.
(Suerte enemiga!
Destino infausto!
Ira y despecho
Me ciegan ya.)

Falc. Mientras no vuelva
De su arrebato,

Mac. Quede este loco
Aquí encerrado.
No hay que asustarse,
Páparo caro:
Por vos reprim o
e

L' ira, il furore.
Dopo le danze,
Dopo la festa,
L' atto di nozze
Si stenderà.
(Per ora a vuoto
Va la tempesta:
Ma guai se un' altra
Ne scoppierà.)

Vir Deh! risparmiategli
Questo mal tratto...
Deh! rimandatelo
Sciolto ed intatto...
Caro cugino,
Non resistete,
Tutto dal tempo,
Tutto attendete.
Ah! spero ancora
Che manifesta
Fia tra non molto
La verità.
(Senza il mio assenso,
Vana è la festa,
Nè la mia bocca
mai lo darà.)

Coro. Finchè cervello
Non abbia fatto,
Guardato a vista

Un justo enfado.
En cuanto acabe
Este agasajo
Una escritura
Se estenderá.
(Esta tormenta
Se ha disipado;
Pero si vuelve,
Ay! qué se hará?)

Vir. Ah! no lo deis
Ese mal trato;
Dejadle libre,
Sin molestarlo.
Querido primo,
Ceded un rato;
Bastará el tiempo
Para vengaros.
Pienso que todo
Se pondrá en claro;
Y lo que sea
Parecerá.
(Si yo no accedo
Todo es en vano;
Y el *sí* mi boca
Nunca dirá.)

Coro. Mientras no vuelva
De su arrebato,
Quede este loco

Sarà quel mattoe.
Non fate strepito,
Non fate chiasso,
Vano è il resistere,
Chiuso è ogni passo...
É audata al diavolo
Tutta la festa,
Tutto è disordine,
Contrarietà.
Ah! come un mantic
Gonfia ho la testa,
Percosso il cerebro
Balza qua e là.

FINE DELL' ATTO PRIMO.

Aquí encerrado ;
No meteis ruido ,
No hay que cansaros ,
Vuestros esfuerzos
Son escusados.
Esta gran fiesta
Llévola el diablo :
Mayor desórden
No se verá.
(Es mi cabeza
Cual fuelle hinchado ,
Donde los sesos
Siento bailar.)

FIN DEL PRIMER ACTO.

ATTO SECONDO.

SCENA PRIMA.

Galleria come nell' atto primo.

Servitori da varie parti, tutti affaccendati per servire a tavola in diversi appartamenti, indi Albina dalla parte di mezzo.

CORO.

I parte. Quando ha luogo un matrimonio
Tra famiglie di signori,
Par che in casa entre il demonio
Per dannar i servitori.
II parte. Feste, pranzi, cene e balli,
Ambasciate qua e là;
Si galoppa da cavalli,
Un minuto non si stà.
Tutti. Là banchettano i padroni,
Che ci vonno ognor vicini;
Là schiamazzan que' mangioni
Di cantanti e ballerini;
Qua fa chiasso quel demonio

ACTO SEGUNDO.

ESCENA PRIMERA.

Galeria como en el acto primero.

Criados que llegan de varias partes, todos afanados para servir á la mesa en varias salas. Albina saliendo de la del medio.

CORO.

1ª *parte*.. Cuando se hace un matrimonio
De sugetos elevados,
El mismisimo demonio
Mortifica á los criados.
2ª *parte*. Bailes, cenas, y banquetes,
Embajadas sin cesar;
De aquí, allí como caballos
Se galopa sin parar.
Todos. Allí comen los Señores
Que nos van siempre llamando;
Allá estan alborotando
Esos músicos tragones;
Allí chilla ese demonio

Che dobbiano custodir...
Quando nasce uu matrimonio
É una cosa da morir.
(*Vanno, e ritornano.*)

Alb. Pria di notte è necessario
Favellar con Don Giacinto;
Per uscir dal labirinto
Qualche cosa combinar.
Ma il destino è a noi contrario,
Più ch' io penso al come e al quando,
Più le carte va imbrogliando,
Più ci viene a imbarazzar.
E così? del prigioniero
Al bisogno è provveduto?

Coro. Maledetto il prigioniero!
Ed il giorno in ch' è venuto!
Sembra un gatto preso al laccio,
Par che voglia ognun graffiar.

Alb. Io scommetto che lo faccio
Un agnello diventar.

Coro. Tu...! ah...! ah...!

Alb. Io, sì... provate.
Qua la chiave, ed osservate.

Coro. Sì...? la chiave? eh! malandrina!
Per lasciartelo scappar!
Tu sei volpe sopraffina,
Ma con noi tu l'hai da far.

Alb. Meledetti! gonzi! sciocchi...!

Que tenemos que guardar.
Vaya! habiendo un matrimonio
Es preciso reventar.
(*Van y vuelven sucesivamente.*)
Alb. Antes que llegue la noche
He de hablar con Don Jacinto.
De salir del laberinto
Algun medio he de buscar.
Mas la suerte no es propicia;
Y pensando cómo y cuando
Mas embrollo voy hallando,
Y mayor dificultad.
Decid pues; ¿el prisionero
A estas horas há comido?
Coro. Lleve el diablo al prisionero,
Y el momento en que ha venido,
Pues igual á un gato en jaula
Quiere á todos arañar.
Alb. A ese gato como oveja
A que logro yo amansar.
Coro. Tu? Ah! ah!
Alb. Yo sí; á la prueba;
Lo vereis, dadme la llave.
Coro. Sí, la llave...! ah, picarilla!
Para hacerlo trasmontar.
Aunque diestra, y muy ladina,
No nos puedes engañar.
Alb. Majaderos! gentes ciegas

Coro. Sì, ma a noi tu non l' accochi.
Alb. Se mi metto nell' impegno
Ve la voglio ben ficcar.
Coro. Già si sa... sei tutta ingegno.
Ma con noi tu l' hai da far.
(*Il Coro parte.*)

SCENA II.

Alb. e *Virginia.*

Vir. Albina! ebbene?
Alb. Ebben! diede Don Papero
Ordini sì severi
A questi camerieri,
Che il giovane è tenuto rinserrato
Come un uom che alla forca è condannato.
Vir. Dunque non v' ha rimedio, e a tutta forza
Sarò sagrificata...? e il tuo cervello
Sì fecondo d' astuzie, un espediente,
Or che d' uopo saria, trovar non può!
Alb. È ver, per bacco! e con me stessa io l' ho.
Dato ci fosse almeno
Un giorno di respiro!
Vir. Ma sta sera,
A momenti, il notaro è qui aspettato,

Coro. Sí, pero no nos la pegas.
Alb. Como tome en eso empeño.
Os la tengo de pegar.
Coro. Ya se vé...! mas con tu astucia
No nos llegas á engañar.
(*Vase el Coro.*)

ESCENA II.

Albina y Virginia.

Vir. Y bien Albina?
Alb. Y bien? órdenes tales
Ha Don Páparo dado
A los criados todos,
Que el pobre mozo está tan encerrado,
Como un preso á la horca condenado.
Vir. Y no habrá pues remedio? De por fuerza
Seré sacrificada...? Tu cabeza
Tan fecunda en astucias, no halla alguna
Ahora que seria necesaria?
Alb. No falta, no; pero... Si en tanto apuro
Un dia por lo menos
Tuviesemos de tregua.
Vir. En esta noche,
Por momentos se aguarda al escribano,

E si fanno le nozze immantinente.
Alb. Oh! bisogna far fronte arditamente.

Vir. Come vuoi tu ch' io faccia?
Il genitor minaccia
Di chiudermi per sempre in quattro mura.
Alb. Ricorrete allo sposso a dirittura.
Vir. Ci avea pensato anch' io... Ma con qual fronte
Confessargli ch' io sono
Di un altro innamorata?
Alb. Con quella ond' ei vi vuol sagrificata.
Vir. Ma zitta... vien mio padre...
Alb. E il principe con lui.-Vado a vedere
Se mai col prigioniere
Potessi combinar qualche bel tratto...
Coraggio... e fate alfin quel che va fatto.
(*parte.*)

SCENA III.

Macario, Don Papero e detta, indi Falcone.

Mac. Eccola alfin trovata
La bella fuggitiva...
D. P. Che a tavola piantò la comitiva.
Perdonatele, Altezza;

Y en cuanto llegue se ha de hacer la boda.
Alb. No hay mas remedio que el de resistirse.
Vir. Y como podré hacerlo; si mi padre
Jura que ha de encerrarme
Entre cuatro paredes?
Alb. Yo al esposo hablaria en derechura.
Vir. Tambien me ocurrió á mi; mas con que cara
Me atreveré á decirle
Que estoy prendada de otro?
Alb. Con la misma con que él os sacrifica.
Vir. Calla... Mi padre llega...
Alb. Y el príncipe con él. Voime; veremos
Si puede hablar al preso, y con el mismo
Trazar algun enredo.
Animo! haced lo que hay que hacer sin miedo. (*Vase.*)

ESCENA III.

Macario, D. Páparo, y Virginia, luego Falcon.

Mac. He aquí que ya encontramos
La hermosa fugitiva.
D. P. Que en la mesa plantó á la comitiva.
Perdone, vuestra Alteza;

É giovane, inesperta e in compagnia,
D' augusti personaggi
Non si è trovata mai... Scusati almeno...
La gentile figura che fai tu...!
Vir. Signor...
Mac. Via, via, non la sgridare più.
L' inesperienza sua,
Prova d' ingenuità, più in lei mi alletta
Di un' aria disinvolta ed officiosa.
D. P. Quando così vi piace, è un' altra cosa.
Ora veniamo al concreto,
Nè differiam di più.
Mac. Sì... del Notaro
Si mandi in traccia...
D. P. Io già v' ho prevenuto.
Olà, venga il Notaro... Io niente oblio.
Vir. (Oh cielo!)
D. P. Prence mio,
Siam d' accordo sui patti... ma la scritta
Dev' esser concepita
All' uso del Perù...
Mac. Voi dite bene.
Avvertirne conviene
Il Conte segretario...
Falc. Ecco la scritta
Secondo il concertato, e in forma tale
Da imporne a qual si sia scriba più fino.

Es muchacha inesperta. En compañía
De augustos personages
Nunca se vió. Disculpate á lo menos...
En verdad un papel haces brillante.

Vir. Señor...!

Mac. Porqué reñirla? Ya es bastante.
Su falta de esperiencia,
Prueba de alma sencilla, mas me agrada
Que un aire desenvuelto y estudiado.

D. P. Si eso os agrada así, ya es otra cosa.
Vamos á lo que importa
Sin otra dilacion.

Mac. Sí...! al escribano
Enviese á buscar...

D. P. Eso está andado.
Ola! entre el escribano... nada olvido.

Vir. (Cielos!)

D. P. Príncipe mio, convenidos
En todo estamos ya; mas la escritura
Debe estar estendida
Al uso del Perú.

Mac. Muy bien pensado.
Conviene prevenirselo
Al Conde Secretario...

Falc. Está estendida.
Conforme á lo acordado, y tal que puede
Asombrar á cualquier protonotario.

SCENA IV.

Un Notaro.

Indi servitori che accendono i lumi sul tavolino, por ultimo Albina.

D. P. Presto, Don Sabbiolino,
Il tempo è prezioso = Ehi, lumi, lumi...
E agli imenei della gentil mia figlia
Venga presente tutta la famiglia.
Sedete qua, Notaro,
Distendete le orecchie, e udite bene...
Un matrimonio egual va ponderato...
Alb. Ah! Signor...! gran disgrazia!
Falc. Ahimè!
D. P. Ch' è stato?
Alb. Don Giacinto è fuggito.
Mac. Quando? come?
D. P. Di' su.
Alb. Fece in due pezzi
Le coperte del letto, e dal balcone
Si calò nel giardino,
Lasciando questo foglio a voi diretto.
D. P. Porgi...!
Mac. Udiam. (L' aria è brutta.)
Falc. (Eh! ch' io l' ho detto.)
D. P. „Fuggo vostro malgrado,
„E a denunziar io vado

ESCENA IV.

Un Escribano.

Luego los criados que ponen luces en la mesa, y por último Albina.

D. P. Presto, Don Arenilla,
El tiempo es muy precioso. Luces, lúces,
Y venga toda entera la familia
A asistir al Connubio de mi hija.
Tome su asiento aquí el Señor Notario,
Y abrá bien las orejas, y el sentido.
Un matrimonio tal debe ensalzarse...
Alb. Gran desgracia, Señor!
Falc. Malo!
D. P. Qué ha sido?
Alb. Don Jacinto se ha ido.
Mac. Cuándo? Cómo?
D. P. Dí, presto.
Alb. Hizo dos trozos
La colcha, y del balcon se ha descolgado,
Y al jardin se ha bajado,
Dejando para vos este billete.
D. P. Venga!
Mac. Oigamos. (Mal vá.)
Falc. (Ya lo decia.)
D. P. »Me escapo á pesar vuestro,
»Y voy á denunciar al trapacista

„Il briccon che v' inganna. In ogni modo
„Dagli artifizii suoi,
„Salvar io voglio mia cugina e voi.
Mac. Lasciate pur che vada
L' insensato ove vuol; altro da questo
Mal consigliato passo
Frutto non coglierà ch' onta e dispetto.
D. P. Ottimamente detto.
E perchè Vostra Altezza
Veda qual conto io fo di quel buffone,
Sue due piedi si termini il contratto.
Mac. Io lo voglio.
D. P. Io son pronto.
Vir. Io niente affatto.
Mac. Come?
Falc. Perchè?
D. P. Virginia!
Qual eecesso d' ardir?
Vir. Quel che mi porge
La strana circostanza in cui mi trovo.
L' avversion ch' io provo,
Per un nodo improvviso, e consigliato
Sol dal desìo di migliorar destino
Le accuse del cugino;
I suoi sospetti e i miei, tutto mi sforza,
Tutto mi persuade
A negar la mia mano apertamente.
Falc. (Addio nozze.)

»Que os engaña, pues quiero
»De sus inicuas tramas
»Libraros juntamente con mi prima.
Mac. Dejadle que se vaya
Donde quiera ese necio. De este paso
Tan imprudente, y falso
No cojerá sino deshonra y daño.
D. P. Perfectamente dicho;
Y á fin que vuestra Alteza se convenza
Del caso que hago de ese mentecato
Ha de hacerse la boda en el momento.
Mac. Convengo.
D. P. Pronto estoy.
Vir. Yo no consiento.
Mac. Cómo?
Falc. Porqué?
D. P. Virginia!
Qué atrevimiento es este?
Vir. El que requieren
Las duras circunstancias en que me hallo.
La aversion que me inspira
Un enlace improviso, y motivado
Solo en el ansia de mudar de suerte,
Las quejas de mi primo,
Sus sospechas, las mias, todo, todo
Me aconseja y me anima
A que niegue mi mano abiertamente.
Falc. (Adios boda!)

Mac. (Addio dote.)
D. P. Impertinente!
Vir. Preparata al vostro sdegno,
Ferma io son nel mio proposto;
Son decisa ad ogni costo
Di sposarmi a chi mi par.
D. P. Forsennata! e il tolto impegno..?
Vir. Non ci è stato il mio consenso.
Mac. Fal. L' amor mio/suo, l' onor d' un regno?
Vir. L' abbia un' altra, io non ci penso.
D. P. Ti saprà da' tuoi capricci
Un ritiro risanar.
Mac. Falc. e Coro.
Sapea ben che in brutti impicci
Tutto andava a terminar.
Vir. Deh! se chiudete in seno
(A Macario.)
Cor generoso e umano,
Voi m' ottenete almeno
Pietà dal genitor.
Perchè voler la mano
Senza ottenere il cor?
Mac. E deggio io stesso, o barbara,
Compir la mia sventura?
D. P. Lo sposerai, pettegola,
Don Papero lo giura.
Vir. Giammai, giammai.

Mac. (Adios dote !)

D. P. Oh , que insolente!

Vir. A pesar de vuestro enojo
Me mantengo en mi propuesta ,
Firme estoy , y á toda costa
A mi gusto he de casar.

D. P. Malhadada ! Y mi palabra ?

Vir. Fué empeñada sin mi asenso.

Mac. Fal. Y su / mi amor ? y un reino inmenso ?

Vir. Sea de otra : no me importa

D. P. Un retiro esos caprichos
Llegará presto á curar.

Mac. Falc. y Coro.

Bien temí que en un embrollo
Fuese todo á terminar.

Vir. Si el cielo os ha dotado
(*A Macario.*)
De un alma generosa ,
Templad á un padre airado ,
Logradme su perdon.
Porque quereis la mano
Si falta el corazon ?

Mac. Debré yo mismo , ingrata ,
Forjar mi desventura ?

D P. Te casaras , bribona ,
Don Páparo lo jura.

Vir. Jámas , jámas.

D. P.) Ritirati,
O temi il mio furor.

Mac. Falc. e Coro.

Placatevi, calmatevi.
Si può pentire ancor.

Vir. Poichè a ciò mi riducete,
Ostinati, anch' io mi ostino.
No, sedurmi non petete:
Sì, mi piace mio cugino:
A lui solo io fui promessa,
E mio sposo ei sol sarà.
Non può farmi principessa,
Ma felice mi farà.

D. P. Io rimango sbalordito.

Falc. Mac. Sei / Son davvero un bel marito!

Coro. Ma la godo in verità.

(*Virginia parte.*)

SCENA V.

Macario, Falcone, Don Papero, Notaro e servi.

Mac. Don Papero!
D, P. Mio principe!
Mac. E così?
Sarò venuto io qui

D. P. Apartate,
O teme mi furor.
Mac. Falc. y Coro.
No os sofoqueis: Virginia
Enmendará su error.

Vir. Pues que tanto os obstinais,
Yo tambien me obstino ahora;
Seducirme no lograis:
A mi primo esta alma adora;
Destinado fué mi esposo,
Y él tan solo lo será:
No me hará, lo sé, princesa;
Mas dichosa al fin me hará.

D. P. Quedo atónito; aturdido.

Mac. Falc. Se me le aguó ya el ser marido.

Coro. Mucho gusto eso me dá.
(*Vase Virginia.*)

ESCENA V.

Macario, Falcon, Don Páparo, el Escribano y Criados.

Mac. Don Páparo!
D. P. Mi príncipe!
Mac. ¿Con qué
Aquí llegado habré,

Per soffrir questo oltraggio,
Quest' onta alla mia somma dignità ?
Falc. Ella esige vendetta.
Mac. Ebben l' avrà.
Uscite tutti : al diavolo
Vada scritta, notaro e matrimonio.
(*Il Notaro e i servitori partono.*)
Un luogo, testimonio
Della sprezzata mia regia clemenza.
Io lascerò. (*per uscire.*)
D. P. Ah! fermatelo, Eccellenza
Altezza, voi punite un innocente.
Io di quell' insolente
Non sapea le intenzioni... io vi protesto
Che al suo dover la ridurrò ben presto.
Mac. Conte... per pochi istanti
Io torno alle mie stanze... entro brev' ora
(Per la partenza mia tutto sia pronto....
Tutto tutto... (hai capito?)
(*per uscire con Falcone.*)
D. P. Ah! signor, dove andate?
Mac. A Lima, a Quito.
Vi sciolgo dall' impegno,
La promessa vi rendo, e a stringer vado
Gl' imenei del Chilì.
D. P. Deh! se coi rei
Non volete confonder gl' innocenti,
Il Vulcano e i Torrenti

Para sufrir desaires de esta clase?
Y qué mi dignidad sea ultrajada?
Falc. Clama eso por venganza.
Mac. Y es muy justa.
Salid todos, y vayanse al demonio
Escribano, escritura y matrimonio.
(*Vanse el escribano, y los criados.*)
Dejar quiero un paraje en que se ha visto
Menospreciada mi real clemencia
Tan sin pudor. (*para salir.*)
D. P. Influya voescelencia.
Vuestra Alteza, castiga á un inocente.
Yo de aquella insolente
La intencion ignoraba; mas protesto
Que cumplirá con su deber bien presto.
Mac. Conde... por un instante
Vuelvo á mi habitacion: que todo pronto
Esté para marcharnos;
Todo, todo. (Comprendes?)
(*Para irse con Falcon.*)
D. P. Ah, Señor! Dónde vais?
Mac. A Lima, á Quito.
Libre estais del empeño.
Anulo la promesa, y voy mi boda
De Chile á celebrar.
D. P. Si no quereis
Confundir con el reo al inocente,
El volcan, y el torrente

Non mi togliete almen.

Mac. Promessi al Conte
Io già gli avea; tornan *de jure* a lui.

D. P. No, poffar bacco, a lui m' oppongo e a vui.
Mio signor, mi dica un po',
Così tratasi al Perù?
Ella è un principe sì o no?
Ora vuole, or non vuol più?
Io l' avverto che fra noi,
Discendenti degli eroi,
Si mantengon le parole,
E si fanno mantener.

Mac. Mio signor, mi dica un po',
Al Tarpeo si fa così?
Se la donna dice no,
Deve l' uomo dir di sì?
Io l' avverto parimente
Che del Sole un discendente,
Può pensare quel che vuole,
Quel che pensa può voler.

D. P. Ma lo ho detto, e dico ancora,
Che mia figlia ubbidirà.

Mac. Io le dico che a quest'ora
Può sposar chi più vorrà.

D. P. No, per bacco.

Mac. Sì, cospetto.

D. P. Glielo dico.

Dejadme al menos.

Mac. Prometidos eran
Antes al conde, á quien *de jure* vuelven.

D. P. Eso no, vive Dios! me opongo en forma.
Diga un poco, Señor mio,
Usan eso en el Perú?
Ya querer, ya no querer
En un príncipe es virtud?
Sepa, pues, que los valientes
De altos héroes descendientes
Sus palabras cumplen, y hácen
Cumplir lo que se ofreció.

Mac. Diga un poco, Señor mio,
Allá en Roma se hace así?
La muger diciendo *no*
Debe el hombre decir *sí*?
Yo tambien le hago presente,
Que del Sol un descendiente
Pensar puede lo que quiere,
Y querer lo que pensó.

D. P. Ya lo dije, y lo repito,
Que mi hija cederá.

Mac. Ya lo dije y lo repito,
Con quién quiera casará.

D. P. No por cierto.

Mac. Sí por cierto.

D. P. Se lo digo.

Mac. Gliel' ho detto.
A 2. La vedrem: così sarà.
D. P. (Oh vedete l' ostinato!
S' ei va via son disperato.)
Mac. (Oh! vedete che cocciuto!
S' io non parto son perduto.)
D. P. (Da siffatto labirinto
Ad uscir come si fa?)
Mac. (Se ritorna Don Giacinto
Io son concio come va.)
D. P. Resterà, gliel' assicuro.
Mac. Me ne vado, glielo giuro.
A 2. La vedrem: così sarà.
D. P. Alla fin se impormi pensa
Perchè titoli dispensa,
Sappia omai, sia persuasa,
Che dei Paperi la Casa
Ha cotante pergamene
Da coprir tutto il Perù.
Mac. Sarà vero.
D. P. Senta bene...
Mac. Io non vo' sentir di più.
D. P. Mio tritavolo fu Duca
D' Altosasso e Nerabuca,
Mio bisnonno fu Marchese
D' Erbasecca e Siepiaccesse,
La mia nonna fu Contessa
Di Belmonte e Selvaspessa;

Mac. Se lo dije.
A 2. Lo veremos ; bien está.
D. P. Vaya, vaya! que obstinado!
(Si se vá estoy desauciado.)
Mac. Mayor terco no ha nacido!
(Si me quedo estoy perdido.)
D. P. (De tan raro laberinto
De que modo se saldrá ?)
Mac. (Si aquí vuelve Don Jacinto
Nadie sabe lo que habrá.
D. P. No se vá, se lo aseguro.
Mac. Sí, me iré, yo se lo juro.
A 2. Lo veremos : bien está.
D. P. Si usted piensa intimidarme,
Porque títulos reparte,
Sepa pues que en esta parte,
De los Páparos la casa
Tiene tantos pergaminos,
Que cubrir puede el Perú.
Mac. Será cierto.
D. P. Pues escuche.
Mac. No señor, no escucho mas.
D. P. Duque mi tatarabuelo
Fué del hoyo, y canto-alzado;
Fué Marques mi bisabuelo
De herba-seca y del vallado;
Y mi abuela fué Condesa
De Bel-monte y Silva-espesa.

Ebbe un zio possedimenti
Lunghi e larghi ai quattro venti,
E mio padre fu Barone
Della prima qualità.

Mac. Basta basta... (oh ! che ciarlone !)
Sará ver. . ma che mi fa?

A 2.

D. P. Per onor della famiglia,
Per decoro de' parenti,
Sarà sposo di mia figlia
O verremo all' unghie, ai denti:
Se non servono le buone
Alle brutte cederà.
(Di fortezza, di prigione
Casa mia gli servirà.)

Mac. Vada á spasso la famiglia,
Porti Il diavolo i parenti,
Io non voglio la sua figlia,
Quanto vuole si lamenti:
Io non curo un chiaccherone,
E paura non mi fa.
(Si combini con Falcone
Di fuggir, d' uscir di qua.)

(*Partone.*)

Con hacienda tuve un tio
Dilatada á cuatro vientos,
Fué baron el padre mio
De primera cualidad.

Mac. Basta, basta. (Que molino!)
A mi nada se me dá.

A 2.

D. P. Por respeto á mi familia,
Por honor de los parientes,
Casar debe con mi hija,
O enseñar sabré los dientes;
Y si á buenas no se aviene
Otro medio se hallará.
(Encerrado, aprisionado,
De mi casa no saldrá.)

Mac. Lleve el diablo la familia,
Y con ella á los parientes;
Nada quiero con su hija
Mas que enseñe usted los dientes;
Su charlar no me contiene,
Ni asustarme logrará.
(Yo y Falcon veremos como
Tomar pipa se podrá.)

(*Vanse.*)

SCENA VI.

Strada remota presso la casa di Don Papero, la quale si vede da un lato. Essa è di tre appartamenti, compreso il pian terreno. Tutte le finestre son chiuse: al secondo appartamento avvi un verone che sporge in fuori: le finestre del pian terreno son chiuse da inferriate. É notte oscurissima.

Don Giacinto solo avvolto in un mantello.

D. G. Il Giudice è lontano, e a lui ricorso
Aver non posso fino al suo ritorno...
Intanto io giro intorno,
Disperato, arrabbiato, e a qual partito
Appigliarmi non sò... Se, com' io spero,
Avrà la fida Albina
Svelato alla cugina il mio disegno,
Il concertato segno
Ella attender qui deve... odo romore...
Fosser gli amici almen...! coraggio, o core.

ESCENA VI.

Calle escusada cerca de la casa de D. Páparo, la cual se descubre por un lado. Tiene tres pisos incluso el bajo. Todas las ventanas estan cerradas. En el segundo piso hay un gran balcon en el medio. Las ventanas del piso bajo estan con rejas. La noche es muy obscura.

Don Jacinto solo, embozado.

D. Jac. El juez no está en el pueblo, y me es preciso
Aguardar á que vuelva para hablarle.
Entrtanto doy vueltas
Medio desesperado sin que sepa
Que partido tomar. Como haya Albina
Instruido á mi prima
Del proyecto que tengo,
La señal convenida
Aquí debe aguardar... Gente yo siento:
Mis amigos serán... Ya cobro aliento.

SCENA VII.

Macario e Falcone dalla finestra del terzo piano: aprono con somma precauzione.

Mac. Vedi tu niente?
Falc. É scuro
Più che in gola del lupo.
Mac. Tanto meglio!
Piú sicuri sarem del fatto nostro.
Cheti, cheti, scendiam.
(*mettono una scala di corda.*)
Falc. La via ti mostro.
(*Scende sul verone.*)
Mac. Sei giunto?
Falc. Sì, coraggio.
(*Scende anche Macario.*
Bada al collo... va ben...
Mac. Fin qui ci siamo.
Falc. Per l' uscio entrammo, e pel balcon ne usciamo.
Mac. Non è la prima volta,
Nè l' ultima sarà... Taci... mi sembra
Che qualcun si avvicini...
(*Tendono l' orec.*)

ESCENA VII.

Macario, y Falcon abren una ventana del tercer piso con mucho silencio.

Mac. Ves algo, tú?
Falc. Está obscuro
Como boca de lobo.
Mac. Eso es muy bueno,
Para salir mejor de nuestra empresa.
Bajemos muy de quedo.
(*ponen una escalera de cuerda.*)
Falc. Iré delante.
(*Baja al balcon grande.*)
Mac. Estas yá?
Falc. Sí, no temas...
(*Baja tambien* Macario.)
Cuidado con el cuello...!
Mac. Aquí ya estamos.
Falc. Puerta ha sido el balcon para nosotros.
Mac. Ya no es la vez primera.
Ni la última será... Calla... parece
Que alguien aquí se acerca.
(*Se ponen á escuchar.*)

SCENA VIII.

Don Giacinto con suonatori, e detti.

Falc. Uh! quanta gente!
Stretti noi siam d' assedio.
Mac. Ci conviene aspettar, non ci è rimedio. (*Si appiattano nel vrrone.*)
D. G. Amici, racquistiamo
Il tempo invau perduto.
(*Si collocano sotto le finestre.*)
Mac. Odi...? colui
Don Giacinto mi par.
Falc. Sì sì, cospetto!
D. G. Non può destar sospetto
Musica serenata in un paese
Ove tale è la moda.
Falc. Bene...
Mac. Il diavolo affè ci pon la coda.

I suonatori cominciano il ritornello. D. Giacinto canta.

Sonno amico, spiega l' ali
In soccorso dell' amor,
Addormenta i miei rivali,
Vegli solo il mio tesor.

ESCENA VIII.

D. Jacinto con músicos, y los mismos.

Falc. Uh! cuanta gente!
Estamos bloqueados.
Mac. Preciso es que esperemos: no hay remedio. (*Se agachan en el balcon.*)
D. Jac. Recuperese, amigos
El tiempo mal perdido.
(*Se colocan debajo de las ventanas.*)
Mac. No oyes...? Esé
Parece Don Jacinto.
Falc. No te engañas.
D. Jac. Sé que una serenata
Nunca podrá estrañarse
En un pais en donde estan de moda.
Falc. Bien!
Mac. Esta vez nos la ha enredado el diablo.

Los músicos empiezan el retornelo, y D. Jacinto canta.

Sueño amigo, con tus alas
A auxiliar ven al amor;
Duerman todos, vele solo
La que el alma me robó.

Pausa.

Mac. Maledetto il cascamorto!
Chi sa quando la finisce.
Mi credea vicino al porto,
E son presso a naufragar.
D. G. Niun ancora comparisce,
Ci conviene seguitar.

Segue la canzone.

D. G. Oda il suon de' mesti accenti,
Che al mio labbro inspira amor.
E un sospir confidi ai venti
Che risponda al mio dolor.
Mac. Falc. E non son ancor contenti!
E a seccar ci stanno ancor!
Porta, o diavolo, i stromenti,
Ed accoppa i suonator.

SCENA IX.

Virginia che apre l' inferriata del pian terreno, indi Don Papero dalla finestra del terzo appartamento.

Vir. Psi, psi, psi...
D. G. Virginia è questa.

Pausa.

Mac. Ah! mal haya ese pesado!
Cuándo Dios querrá que acabe?
En el puerto me creia,
Y ya voy á naufragar.
D. Jac. Nadie viene todavia;
Es preciso continuar.

Sigue la cancion.

D. Jac. Oiga el son de los acentos.
Que á mi lengua dicta amor,
Y un suspiro dé á los vientos,
Que responda á mi dolor.
Mac. *Falc.* No estarán aun contentos?
Tocarán hasta el albor?
Qué malditos instrumentos!
Lleve el diablo al inventor!

ESCENA IX.

Virginia abre una ventana del piso bajo; luego Don Páparo en una ventana del tercer piso.

Vir. Psí... psí... psí...
D. Jac. Virginia es esta.

(Si avvicina.)

Vir. Don Giacinto...! siete voi?

D. G. Sì, son io...

Falc. (Veh...! la modesta!)

Vir. Tremo tutta.

Mac. (E ancora noi.)

D. G. Stringo ancor sì cara mano!
La mia gioia egual non ha.

Vir. Mio cugin, parlate piano,
Si potria svegliar papà.

(Don Giacinto parla a Virginia sotto voce.)

D. P. Il balcone spalancato!
Una scala qui sospesa!
Ah!

Fal. (Macario!)

Mac. Cosa è stato?

Falc. Una voce ho d' alto intesa.

D. P. Non m' inganno... due persone
Appiattate sul verone...
Gente abbasso che bisbiglia
Al balcone di mia figlia...
Qui si trama... si cougiura...
Stiamo un poco ad osservar.
Fra lo sdegno e la paura,
Io non so che cosa far.

Mac. Falc. Camerata! che facciamo?
A due fochi in mezzo siamo...
Colà su più non si scappa...

(*Se acerca.*)

Vir. Don Jacinto! ola! sois vos?

D. Jac. Sí, yo soy.

Falç. Ved la modesta!

Vir. Tiemblo toda.

Mac. Y aun nosotros.

D. Jac. Pues tu mano estrechar puedo
Mi placer no tiene igual.

Vir. Primo mio, hablad de quedo,
Despertar puede papá.

(*D. Jacinto habla de quedo con Virginia.*)

D, P. La ventana toda abierta!
Y colgando una escalera!
Ah!...

Falc. (Macario!)

Mac. (Qué sucede?)

Falc. (Una voz he oido arriba.)

D. P. No me engaño... En el balcon
Hay dos hombres agachados.
En la reja de mi hija
Oygo gente que habla bajo.
Una trama aquí hay segura;
Ver que es esto es menester...
Entre cólera y paura
Yo no sé lo que he de hacer.

Mac. *Fal.* Çamarada, y bien, que hacemos?
Entre dos fuegos nos vemos.
Por arriba no escapamos;

Cosrà giù più mal s' incappa....
Siam perduti a dirittura,
Non ci è scampo a quel chè par.
Ma la notte è molto oscura,
E favor ci può prestar.

D. G. Se sincero è il vostro amore,
Se abborrite l' impostore,
Per provarmelo non resta,
Via più certa fuor che questa...
L' alma mia di voi sicura
Cesserà di palpitar.
Ah! che il labbro amor mi giura,
Ma quel cor nol sa provar.

Vir. Se fedel vi serbo il core,
N' ebbe prova il genitore.
A seguirvi io sarei presta,
Ma di figlia amor m' arresta;
Ma l' onor d' un' alma pura
Non mi è dato cimentar.
Fa maggior la mia sventura
Questo vostro dubitar.

(*Silenzio: D. Papero si leva dal balcone.*)

Vir. Or vi prego a ritirarvi:
Arrivar qualcun potria.

D. G. Partirò per contentarvi...
Ma un istante udite in pria.

Voci dalla casa.

Lumi, lumi!

Por abajo peor vamos.
Este mal no tiene cura,
Un desastre hay que temer:
Mas la noche siendo obscura
Nos podrá favorecer.

D. Jac. Si tu amor es verdadero,
Si te irrita el embustero,
De probarlo no te resta
Otra prueba mejor que esta.
Será entonces mi ventura
La mayor que puede haber.
Aunque amor tu lengua jura
La desmiente el proceder.

Vir. Que yo á todos os prefiero
Lo probó mi hablar sincero.
Yo gustosa os seguiria,
Mas á mi honra faltaria;
Y el honor de un alma pura
Yo no debo obscurecer.
Aumentais mi desventura,
Pues no me quereis creer.

(*Silencio. D. Páparo se quita de la ventana.*)

Vir. Idos, primo, os lo suplico,
Quizá puede llegar gente.

D. Jac. Te obedezco, mas escucha
Un momento solamente.

Voces dentro.

Luces! luces!

Vir. Ah!

(*Si ritira.*)

D. G. (*Ai compagni.*) Siam perduti.

Mac. Fal. Ora il diavolo ci aiuti.

SCENA X.

D. Papero con servitori armati di schioppo, e con lumi; indi Virginia.

D. P. Alto là.

(*prendendo di mira i suonatori*)

D. G. Mio caro Zio!

D. P. Tu briccone!

Vir. Padre mio..,

D. P. Foco addosso a quei ladroni
Che viaggian sui veroni.

(*Il coro rivolge lo schioppo verso il balcone.*)

Falc. Ahi!

Mac. Fermate.

D, P. Prence! Altezza!
Armi abbasso!

Mac. Falc. (Ardir, franchezza!)

D. P. Come mai lì sopra siete?

Mac. Falc. Sentirete.... stupirete.
Ma, per bacco, pria di tutto
Il veron ci fate aprir.

D. P. (*Dando una chiave ad un servo.*)

Vir. Ay!

(*Se retira.*)

D. Jac. (*A los compañeros.*) Marchemos.

ESCENA X.

D. Páparo, y criados con armas de fuego, y luces; luego Virginia.

D. P. Alto aquí!

(*Encarándose con los músicos.*)

D. Jac. Querido Tio!

D. P. Tu, canalla?

Vir. Padre mio!

D. P. Haced fuego á esos bribones
Que pasean los balcones.

(*Los criados apuntan al balcon.*)

Falc. Ay!

Mac. Parad.

D. P. Príncipe! Alteza!
Armas fuera.

Mac. Falc. Ardid! Firmeza!

D. P. Mas cómo es que allí os hallais?

Mac. Falc. El porque sabreis, y el modo;
Mas haced ántes de todo
Que nos abran el balcon.

D. P. (*Dando una llave á un criado.*)

Prendi; va. Tu farabutto
(*A D. Giacinto.*)
Sta lì fermo, e non partir.

Tutti.

Sbalordita, canfusa la testa
Da sì strano impensato accidente,
Quel che poscia a vedere le resta
Teme ancora peggior del presente;
Come mare agitato dal vento
Bolle, ondeggia, star ferma non sa.
Ah! giammai non mi vidi in cimento
Pari a questo che fine non ha.

Coro.

Ci mancava per nostro tormento,
Fin di note aggirarsi qua e là.

SCENA XI.

Don Papero, Don Giacinto, Virginia, Macario, Falcone e Servitori.

D. P. Preparati, bribone,
A rendermi ragione
Della tua tracotanza.

Toma, vete, y tu entretanto
(*A D. Jacinto.*)
No te muevas, picaron.

TODOS.

Mi cabeza se pierde, estoy lelo
Por tan raro impensado accidente:
Lo futuro me causa recelo
Mas que lo que sucede al presente.
Como el mar agitándolo el viento
Mi cabeza se viene, y se vá.
No es el lance de poco momento,
En igual no me he visto jámas.

CORO.

Nos faltaba tan solo el tormento
De ir vagando de aquí para allá.

ESCENA XI.

Don Páparo, Don Jacinto, Virginia, Macario, Falcon y criados.

D. P. Preparate, malvado
A darme razon luego
De tu conducta osada.

D. G. E a voi sincero
Pieno conto darò del mio disegno,
Pur ch' io veda calmarsi il vostro sdegno.
D. P. E tu, civetta, e tu
Indegna del Perù,
Del principato indegna,
Che facevi di notte alle inferriate?
Vir. Facea... dirò...
D. P. Che cosa...? orsú... parlate.
Mac. Io parlerò per loro,
Ed il ver parlerò... Volea l' indegno
La mia sposa rapir... io me ne accorsi,
E alla finestra corsi... ira, furore,
Amore, gelosia
Mi spinsero a calar su quel verone
Per sorprender gli audaci...
D. G. E a tanto arrivi ancor?
D. P. (*A D. Giacinto.*) Perfido! taci.

SCENA XII.

Un Bargello con birri, e detti.

Bar. Alto là... che scompiglio,
Che chiasso è questo?
Falc. (Oh! diavolo!)
Mac. (Il bargello!)

D. Jac. Francamente
De mis designios os pondré al corriente,
Con tal que os aplaqueis.
D. P. Y tu, coqueta, y tu,
Indigna del Perù,
Del principado indigna
Qué es lo que estabas á la reja haciendo?
Vir. Diré... estaba...
D. P. Qué cosa? habla corriendo.
Mac. Responderé por ellos
Y la verdad diré. Queria el pícaro
Mi esposa arrebatarme, entré en sospecha
Y á la ventana me asomé. Despecho;
Cólera, amor, y zelos
A bajar al balcon me estimularon
A fin de sorprender á esa canalla.
D. Jac. De tu desfachatez...
D. P. (*A D. Jac.*) Pérfido, calla.

ESCENA XII.

Un gefe de ronda con aguaciles, y los mismos.

El gefe. Alto aquí...! Que alboroto
(Es este?
Falc. (Que diablura!)
Mac. (La justicia!)

Bar. Circondate costor.
(*Dopo aver esaminato Mac. e Falc.*)
D. P. Piano, bel bello.
Bar. Buone lane, voltatevi; che vale
Il far gl' indifferenti? alfin vi ho colti,
E siete bravi assai se mi fuggite.
D. P. Come? a un principe? a un conte?
Bar. Eh! che mai dite?
Costor son due ribaldi di Cosenza,
Due birbi avventurieri,
Ch' io cerco fin d' ieri...
D. P. Due ribaldi!
Due birbi di Cosenza!
Povero me!
Mac. Don Papero, prudenza.
Non dobbiam disperarci
Per questo contrattempo; alla giustizia
Cediam per ora; ma scoperto il vero
Sarà fra poco, e il nostro onore illeso
Chiaro splendendo a paragon del Sole,
Ritorneremo a voi con lieta fronte.

D. P. Ah! impostor...!
Falc. Prence, andiam.
Mac. Seguimi, o Conte.
(*partono col Bargello e coi birri.*)

El gefe. A esta gente cercádme.
(*Despues de haber conocido á Mac. y á Falc.*)
D. P. Poco á poco.
El gefe. Buenas alajas! No, de nada sirve
El que disimuleis: os he atrapado,
Y apuesto á que esta vez no me escapais.
D. P. Cómo? A un príncipe? A un conde?
El gefe. Disparates!
Estos son dos bribones de Cosenza,
Son dos aventureros
Que busco desde ayer.
D. P. Ay! dos bribones?
Dos tunos de Cosenza!
Pobre de mi!
Mac. Don Páparo, prudencia.
No hay que desesperarse
Por este contratiempo. A la justicia
Fuerza es ceder; pero dentro de poco
Se sabrá la verdad, y vindicado
Nuestro honor, volvéremos con mas brillo
Que el sol cuando no hay nube que lo esconde.
D. P. Bribon!
Falc. Príncipe, vamos.
Mac. Vamos, Conde.
(*Vanse con la ronda.*)

SCENA ULTIMA.

Don Papero, Don Giacinto, Virginia, Albina e' servi.

D. G. Or che la sorte amica
Scoprì l' inganno, del dolor sofferto
Spero, o buon zio, mercè.
D. P. Vien qua, nipote,
Appressati, figliuola, e perdonate
La mia pazzia.
Alb. Quello che è stato è stato.
D. P. Qua la mano.
Vir. Oh contento!
D. G. Oh ¡ me beato!
Cara, la nostra speme
Ha coronato amore;
Bene per me maggiore
Che d' esser tuo non v' ha.
Coro. Lieti gioite insieme
Del ben che amor vi dà.
Vir. Ah! se mercè sì cara
Hanno i martìr d' amore,
Più lamentarsi il core
De' suoi sospir non sa.
Coro. Sempre così ripara
Amore il mal che fa.
D. P. Ecco sicuro, o cari,

ESCENA ÚLTIMA.

Don Páparo, Don Jacinto, Virginia, Albina y criados.

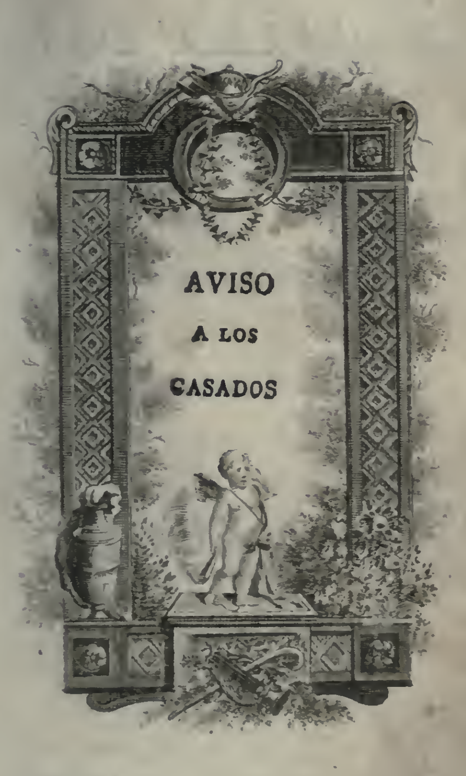
D. Jac. Pues que la fausta suerte, amado tio,
La trama ha descubierto, espero el pago
De mis disgustos.
D. P. Ven aca, sobrino,
Acercate, hija mia, y mi locura
Olvidad.
D Jac. No hay que hablar de lo pasado.
D. P. La mano.
Vir. Soy feliz!
D. Jac. Y yo dichoso.
Mi bien, nuestra esperanza
Amor ha coronado;
Ser tuyo y de tí amado
No hay un placer mayor.
Coro. Gozad de la ventura
Que os preparó el amor.
Vir. Si asi el amor compensa
Los males qae ha causado,
Nadie quejarse osado
Podrá de su rigor.
Coro. Asi repara siempre
Sus males el amor.
D. P. El lustre de los Páparos

De' paperi l' onore;
Ha rimediato amore
La mia bestialità.
Coro. Nozze fra pari e pari,
Di meglio non si dà.
Alb. Ridete cogli sposi
Del vostro cieco errore:
Spero che l' impostore
Guarito appien vi avrà.
Coro. Esempio agli ambiziosi
E a' creduli sarà.

FINE.

Ya se halla cimentado,
Con esto está enmendado
Mi temerario error.
Coro. Casarse asi entre iguales
Es siempre lo mejor.
Alb. Riamonos unidos
Del lance que ha pasado,
Ya os puede haber curado
Del todo el impostor.
Coro. Sirva de ejemplo al crédulo,
Y vano ostentador.

FIN.


AVISO
A LOS
CASADOS

[Enciso Castrillon, Felix] 7

EL AVISO

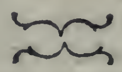
Á LOS CASADOS.

COMEDIA

EN

QUATRO ACTOS.

AÑO M.DCCC.VI.



VALENCIA:

EN LA IMPRENTA DE ESTÉVAN,

PLAZA DE SAN AGUSTIN.

Con las Licencias necesarias.

PERSONAS.

El Coronel Clemont.

La Condesa de Apratierra.

Doña Eugenia.

Don Aurelio.

Don Placencio.

El Marqués Tibaldo.

El Conde Hipólito.

Don Alfonso.

Dorina.

Vespín.

Flora.

Rosmunda.

Mayordomo.

Lacayo 1.

Lacayo 2.

Un Criado.

EL AVISO Á LOS CASADOS.

ACTO PRIMERO,

El teatro representa el patio de palacio de la Condesa de Apratierra.

El Conde Hipólito y Vespín.

Vesp. Gracias á Dios, que al cabo de dos años volvemos á ver la suspirada patria, y pisamos nada menos que los umbrales del palacio de la Condesa de Apratierra. Digo, despues de tan largo tiempo, cómo andarán las cosas!... Pero, querido amo, ¿no seré digno de que me descubra Vmd. quál es el intento que lleva para haber emprendido un viage tan largo y costoso?

Hip. Ah, Vespín!

Vesp. Ah, Vespín! Nada de eso sirve: lo que necesito saber es, qué ha ocurrido para volver Vmd. á una tierra en donde se le acibaran los mayores placeres, y

donde todo es sobresaltos y desasosiegos?

Hip. Ah, Vespín mio!.. Yo vacilo: mi corazon palpita, y necesita asistencia y consejos.

Vesp. Todo eso ya lo sé: pero ¿quándo vuestra cabeza ha podido arreglarse á ellos?

Hip. Por piedad no me aflixas mas: compadézcate mi situacion, pues me constituye víctima de un amor infelíz.

Vesp. Cómo habia de fallar lo que yo maliciaba! ¿víctima de un amor infelíz? No diga Vmd. eso; y sí, víctima de una Dama caprichosa. Pobre de Vmd. si pretende insistir en tal pretension, y llega á arraygarse; quiero decir: si se efectúa el lazo conyugal; que entónces... Ay!... entónces ya no hay remedio.

Hip. Y bien: qué significa eso?

Vesp. Qué? ¿no lo ha comprendido Vmd? Muy poco viva tiene Vmd. la imaginacion. Las mugeres son con extremo apreciables, y mucho mas bellas antes del matrimonio: Sus ojos despiden todas las gracias, todas las complacencias y felicidades; parecen ángeles puros: mas efectuado el consorcio, se transforman en

demonios, llenándonos de disgustos, discordias y desesperaciones.

Hip. Esa desesperacion y disgustos, son los que me oprimen incesantemente. La Condesa . . . .

Vesp. Ya estoy al cabo . . . Adelante, Señor. La Condesa, la misma que Vmd. dos años hace abandonó por sabia ó loca resolucion de sus caprichos . . . :

Hip. Te entiendo, Vespín: pero ni esos, ni la ausencia, han bastado á poder olvidarla: no, ella es el único objeto que el corazon idolatra; y así vengo determinado á que tengan fin mis amorosos proyectos.

Vesp. Y qué pretende Vmd?

Hip. Verla para adorarla, para que sea mi única delicia. Solo su vista puede calmar mis quebrantos.

Vesp. Y con qué espíritu? Qué palabras sufragarán los sollozos que la infelíz derramó á su pronta partida, reiterándolas sin duda á las vagas voces que han acreditado la muerte de Vmd? ¿Con qué remunerar los sobresaltos? Porque al fin, sé, que aunque muger caprichosa, no deja de ser sensible. Es preciso reflexionarlo con solidez; es necesario detenerse en

el descubrimiento, rastreando antes el camino, la vereda mas recta, para merecer su gracia, ya que Vmd. se ha empeñado en echarlo á perder con la nueva reconciliacion que solicita. Señor....

Hip. Qué quieres? ya no hay remedio: apareceré culpable entre los hombres: lo conozco; pero el amor...

Vesp. Ah! El amor es sola una preocupacion que nos ofusca, dimanada del vuestro. Si todos adoptaran la facilidad de su desenlace, no nos acriminaria tanto la apreciable naturaleza. Vmd. no debe descubrirse.

Hip. Bien: obedeceré quanto me expresas: rastrearé los mejores medios que puedan dirigirse á merecer la gracia del dulce dueño qne adoro. Mas advierte, Vespín: ¿no notas brillar todo el palacio de una no acostumbrada pompa? gentes de distincion que concurren? servidumbre con ricas libreas? á la puerta coches de gala? Qué motivo producirá tanto aparato?

Vesp. La cosa es clara.

Hip. Dila.

Vesp. Hoy me parece cumple un año que

Vmd. le hizo partícipe la noticia de su muerte.

Hip. Sí: pero qué conseqüencia sacas con eso?

Vesp. Que celebrará la memoria anual de época tan señalada.

Hip. Querido Vespín, dexa las chanzas; demasiado me agravian mis pesares, no necesito que los acrecientes.

Vesp. Conque Vmd. toma á chanza quanto yo he dicho!.. Pues Señor, está muy bien: concluyeron. Vmd. mande, que como buen criado estoy dispuesto á sus órdenes.

Hip. El caso urge; quiero adelantarme: mis deseos no me permiten padecer demora en ver, preguntar, y satisfacerme.

Vesp. Poco á poco, Señor; no separarse de la idea propuesta, si Vmd. desea salir bien. ¿No se ha hecho lo mas? hágase lo menos. Si Vmd. se expone y le reconocen, perdimos todo el fruto, y se malogran las ventajas del descubrimiento.

Hip. ¿Pues qué haremos?

Vesp. Dexarlo por mi cuenta. Vmd. será muy mal explorador: yo tengo la sangre fria; la imaginacion es sumamente perspicaz,

coadyuba al éxîto de mi intento el ser buen criado. Pues ¿quién ha de haber que nos aventaje en averiguar los mas recónditos secretos, si redoblamos los esfuerzos? Despues, que á Vmd. es fácil conocerlo: el noble carácter que en Vmd. exîste, no lo oculta el disfraz, pues á primera vista se penetra.

Hip. Ya; pero si antes no llega el reconocimiento . . . puede . . .

Vesp. Echarse á perder. Amo mio, cachaza. Vmd. sabe que yo conozco á la Condesa, y ella á mí no: no ignora Vmd. que estoy muy bien enterado de todo; pues quando se principiaron los amoríos, le solia acompañar con su lacayo, por cuyos servicios fui preferido en la resuelta partida. No es cierto?

Hip. Sí.

Vesp. Luego me parece podré entrar seguro por el palacio, y expiar quanto pase, y llegar á averiguar quanto sea apurable sin perjuicio de los proyectos que Vmd. tenga en la mente.

Hip. Me convences, amado Vespín; de tí me . . . .

Vesp. Oh! calle Vmd. oygo ruido. En efec-

to, baxan Damas, Caballeros .... Lacayos: oh! voto á brios, la Condesa...

Hip. La Condesa?

Vesp. La mismísima.

Hip. Cielo, ella es! Cómo brillan sus preciosos adornos! Ah! á mí, mas hermosa comparece á mi vista. Nació para subyugarme.

Vesp. La debilidad de Vmd. le ha puesto en tal estado.

Hip. Qué haremos?

Vesp. Váyase Vmd. y espéreme en esos contornos; yo aqui me quedo á exâminar quanto ocurra.

Hip. O Dios! Qué ardor me está abrasando el pecho! qué tormento tan fiero es el vivir amante....... *Vase.*

Vesp. Se acercan: ocúltome para observar, y proporcionar el consuelo á mi afligido amo .... *Vase al paño.*

La Condesa, Don Placencio, Doña Eugenia, Don Aurelio, el Marqués Tibaldo, el Coronel, Dorina, Mayordomos y Lacayos, &c.

Cond. Con la prisa se me han olvidado mil

cosas; id: qué haceis? no vais? Qué sirvientes tan descuidados! No saben, no preven, no entienden: mi caxa, los reloxes, los frasquitos de olor.... Corred vos, Don Placencio: la pesadez de estos criados me desespera.

Plac. Al momento..... *Vase.*

Condes. Mis guantes, el abanico, Dorina.

Dor. Yo pensaba....

Condes. El abanico, los guantes.

Dor. No se altere V.S. vuelo á servirla. Los deseos del matrimonio la hacen mas insufrible y rabiosa....... *Vase.*

Condes. Y mi perrito dónde está? Bestia, me dexas salir sin él? eh! Déxate de humillaciones afectuosas, y aprende á servir mejor. Corre por mi lucerito, y tráemelo presto. *Vase el Criado.*

Marq. Sin duda el lucerito es persona necesaria para el desposorio. Qué cabeza!

Condes. Quién de vosotros trae el quitasol? Nadie? Jesus! me desespero.

Lac. 2. Imaginé que por estar cerca....

Condes. No ves el sol, bestia? no lo ves?

Lac. 2. Entiendo........ *Vase.*

Eug. Ves como se manda? De qué forma se hacen servir las Damas?

Aur. Pero lo demasiado .... Tú lo conoces.

Eug. Lo que conozco es, que hace muy bien. Tú abusas de mi bondad, y ten advertido, que un dia á otro pienso hacer lo mismo.

Aur. No faltaba otra cosa: por poco que añada á lo que hace, desde luego pienso coger mi equipage y marcharme de casa.

Vesp. Voto al diablo; ni una palabra entiendo.

Sale Plácido.

Aquí está la caxa, los reloxes, y los frasquitos.

Sale Dorina.

Los guantes, y el abanico.

Sale Lacayo primero.

Aquí está el lucerito.

Lacayo segundo.

Aquí está el quitasol.

Eug. Cómo lisonjea el verse obedecida!

Aur. Mil veces mas apreciable es saber obedecer.

Eug. Hablais con migo: pretenderiais acaso que yo fuese vuestra criada?

Aur. Quién piensa semejante sandez? Nada de eso; solo ama absolutamente. Es una víbora ..: pero si soy un pusiláni-

me; me es preciso aguantar sus impertinencias.

Condes. Qué os parece, vestido y peynado?

Plac. El vestido es de buen gusto, y el peynado sumamente elegante; pero vuestra cara todo lo vence y supera; el delicado cutis roba el esplendor á las estrellas; y los ojos despiden luminosos rayos.

Marq. Qué adulador! estos son los que arruinan á las mugeres! *ap.*

Cond. No es por alabanza; pero desde que la luz del conocimiento se imprimió en mí, siempre me he preciado en comparecer mejor que las demás Damas. El ser segunda en gracias, hermosura y adornos, me seria del mayor tormento. No apetezco que las modas se cansen de mí, yo siempre de ellas me fastidio: (por exemplo) mi equipage era primoroso, la moda se propaga, la tengo, poniendo en resolucion los trages de las demás: he cambiado los colores, refinado el gusto, el brio, y la industria. El luxo me incita á executarlo, y al mismo tiempo la emulacion y la rabia de las demás mugeres; pero me

rio al ver que las supero, y las desprecio: este es triunfo igual al que consigo con los hombres. Los he humillado, he sacudido el servil yugo cón que quieren oprimirnos, y que tanto envilece á nuestro sexô. Por fin, me precio de mandar, y no obedecer. Con genio tan dócil todo se me rinde; á la menor voz, á una pequeña mirada, se me entiende, y me presenta quantas complacencias son imaginables. Pues ¿de qué valdrian la hermosura y gracias, ignorando el artificio de hacer frente al hombre, con la mira de ver humillado y confundido á nuestros pies su altanero orgullo?

Cor. Con palabras, no dificulto lo logres en tu mente. A los hechos te aguardo. *ap.*

Eug. Habeis comprendido?

Aur. Esta se aprovecha de sus razones, pronunciadas para mi tormento. *ap.*

Condes. A propósito habeis executado mis órdenes, convidando á los parientes y amigos... Ah! se me olvidaba. Id á mi sobrina, y hacedla el debido convite. Luego pasad á casa del Comendador mi Cuñado, despues á los estados mayo-

res de los Regimientos, á quienes hareis conocer la obligacion que tienen de honrar mi mesa y boda. Esperad: oh! qué excelente idea me ha ocurrido! quiero que disfrutemos de tan plausible dia en la florida estancia del campo. Variar los recados, y decidles, que los aguardo en mi quinta de Apratierra. El que no tenga coche, sea servido con los mios, y con los de la posta á mis expensas. Sobre todo, la comida expléndida y fina, que en todo se note la profusion, y no la economía: esa antigua virtud, dexémosla á los avarientos y mezquinos. Mi carácter y gusto no pueden someterse á tal baxeza; la explendidez es ciertamente lo que debe brillar.

Marq. Muy bien: y el Coronel no habla! ó pobre infeliz sacrificado!

Eug. Esto es saber disfrutar del mundo.

Aur. Y arruinarse.

May. Señora, lo que V. S. acaba de disponer es imposible se efectúe.

Condes. Por qué?

May. Cómo quiere V. S. se prevenga en tan corto tiempo una nueva comida en

el campo? Los mas exquisitos y finos comestibles se han empleado para la que aquí está dispuesta. Advierta V. S. que los convidados en tan poco tiempo nò podrian gozar de una muy frugal, ó precisamente padecerian la molestia de no comer hasta la noche.

Condes. Eres un atrevido: tú no sabes servir: vete luego de mi casa.

May. Señora . . .

Condes. Nadie ha tenido jamás la osadía de replicarme . . . . Que te vayas digo, antes que te haga arrepentir de tu temeridad.

May. Paciencia. Mas quisiera ser Mayordomo de una casa de locos, que sufrir las impertinencias de esta muger . . . *Vas.*

Condes. Tú suplirás: (insolente! á mí replicarme!) quedando á tu cuidado el hacerme ver que no hay imposibles, quando mando cosa que deseo. ¿Pero mi esposo el Coronel dónde se halla?

Cor. Por fin, aunque tarde, se ha acordado.

Condes. Llegad: me parece que esta mañana no me habeis hecho el debido cumplimiento.

Cor. Perdonad: si os acordais, cumplí habrá cosa de una hora en el gabinete, poniéndome á vuestros pies.

Condes. Sin duda seria así: pero distraida con tantas ocupaciones, ha sido fácil no lo advirtiera.

Aur. Bueno, si el primer dia no repara en el marido, qué hará despues?

Eug. Sois un mentecato; ¿pensais que todo el mundo debe ocuparse (como vos lo haceis) en las ridiculeces?

Aur. Expresion insensata! Reparar en el marido teneis por ridiculez? Vos con quién os interesais?

Eug. Con el que mejor me parece.

Aur. Comprendo.

Condes. Me parece sois algo serio!

Cor. No teneis razon.

Condes. Sereis celoso?

Cor. No señora.

Condes. Es que os saldria mal la cuenta, pues yo me glorío de ser el azote de ellos.

Aur. Jamás dixo una verdad como esta.

Eug. Qué tonto! Dice muy bien, y yo desde luego en adelante pretendo ser el vuestro.

Aur. Ah! vale mas que calle.

Sale un Lacayo.

Condes. Está todo prevenido? vamos pues: Don Placencio, dadme el brazo.

Sale Don Alfonso.

Alf. Bello encuentro!... Hija, cómo es esto? te ibas sin tratar de esperarme? No me parece justo.

Condes. Si he de decir la verdad, no me acordaba ahora de vos.

Aur. Si no se acuerda del marido, mucho menos se acordará de su padre.

Alf. Pero qué veo! en el mismo instante de unirse á un objeto, al qual debe manifestar el mas tierno cariño, veo la sirve un infeliz Ganimedes, siendo el esposo el último y mas descuidado! Hija, dos palabras, con el perdon de tan notable compañía.

Condes. Diga Vmd.

Alf. Qué es lo que haces? cómo piensas, hija mia, del santo nudo, que por tercera vez vas á formar? Qué concepto has hecho? Segun el principio, preveo un éxito igualmente infeliz que en los anteriores esponsales; has nacido para hacer odioso y aborrecible el nudo del

matrimonio, y distinguirás entre todos por las infelicidades que oprimen el corazon de un marido: qué significa preferir un vil adulador al esposo, que en este instante vas á jurarle amor y fidelidad? Vuelve en ti misma: desecha tantos extraños caprichos: piensa en tus deberes: aviva en el corazon el honor, la prudencia, y el deseo de la verdadera felicidad. Los medios que adoptas son muy costosos, y algun dia, créeme, pueden faltarte, y entonces serás la fábula y el escarnio de todos. Tu padre es el que te advierte sigas la justa y útil escuela. No desprecies sus consejos, ni permitas que tu loca extravagancia te constituya algun dia en la mayor infelicidad.

Condes. Perdone Vmd.: todo lo que me ha dicho, se me podia expresar con dos palabras, y se ahorraba Vmd. el trabaxo de repetirme unas lecciones que apenas podian convenir quando se casó mi abuela. Vmd. me habla de las estériles virtudes de los tiempos pasados: cada año varían modos y pareceres: ¿qué aprovecha hacer la guerra

segun costumbre? es mas que una inútil obstinacion? Señores, mi padre está sentido de que Don Placencio me obsequie: y quisiera que mi amado Coronel, no apartándose de su adorada mitad, compareciese ridículo, mostrándose celoso. ¿Qué os parece? quiere que de una compañía que he cultivado con parsimonia, y mantiene la igualdad y el cariño, formase desde luego una incomodidad, una molestia .... no, no; eso no es saber economizar los placeres del matrimonio. El marido es útil en secreto, el sirviente en público; cada uno sus conveniencias; y sobre todo la libertad. Vmd. padre, es bueno; pero en estos asuntos, perdone Vmd. que le diga está muy poco enterado: bien que el celo que demuestra, le disculpa: Don Placencio, haced vuestra obligacion: Coronel, seguidnos.

Alf. Infeliz! Ves, cumple tu destino: yo no veré tus bodas, no presenciaré los preludios de tus infelicidades ... *Vase.*

Condes. Luego se enfada; pero al instante se tranquiliza: se le pasará, vamos, vamos .... *Vanse los dos.*

Sale Vespín.

Vesp. Despues de estar tan largo tiempo agazapado, no he podido comprender ni una sola palabra; pero á bien que siguiendo sus pasos, lo sabré todo... *Vase.*

Marq. Señor Coronel, me parece habeis quedado admirado y pensativo.

Cor. Yó? no.

Marq. Me teneis por hombre de bien?

Cor. Sí.

Marq. Es preciso romper el silencio que me molesta: yo lo debo á la obligacion, á la amistad, y á la honestidad.

Cor. Decid.

Marq. Vos sois un extrangero, cuya residencia en esta Ciudad es tan corta, que no os dexa conocer el enlace que hoy debeis efectuar: apenas llegais, quando sin atender á las ocupaciones que os han conducido, rendís el corazon á la hermosura y brillo encantador de la Condesa, considerando sin duda, que el lazo conyugal será para vos de una eterna felicidad. Conoceis bien á esa Dama?

Cor. Por lo que he visto y oido, paréceme....

Marq. Nada: ¿qué juicio habeis de hacer en tan corto tiempo, que le acompañe á la certeza? no sabeis mas? nadie os ha informado mejor?

Cor. Nadie.

Marq. Nada importa: el tiempo es oportuno para remediar los males. Escuchad razones que os pueden librar de precipitaros en un abismo. El carácter de la Condesa no le habeis comprendido; el que ha demostrado hasta el presente es una mitad; la otra que cautamente guarda, es la mas horrible y espantosa. El hombre que se une á ella, perderá para siempre el reposo; es ingrata, ambiciosa, cruel, y no concede treguas á los afanes, á los martirios, y á la desesperacion en que se precipita. Su capricho, es su númen; no la persuaden ruegos, ni amenazas: solo la muerte, ó un total abandono, pueden poner fin á las desgracias que hace opriman á su infeliz compañero. Es viuda de dos, y segun la preparacion, no satisfecha, anhela serlo de un tercero. El primero fue víctima de un lamentable frenesí. El segundo, huyendo á otros climas, buscó

alivio, donde acabó al cruel remordimiento que incesantemente le asustaba. Estais embelesado, y yo os compadezco. Si quereis atraeros los mayores infortunios; si teneis un corazon de bronce para resistir; y en fin, si la tranquilidad y la vida, nada os importa, corred, corred, á jurar á los pies del altar sufrir la tiranía, y formar vuestra eterna infelicidad.

Cor. Esa Dama tiene otros defectos?

Marq. Os parecen pocos?

Cor. Por la veleidad y ligereza de su corazon, decidme, ¿ha merecido alguna vez la pública imputacion?

Marq. No, Señor Coronel, en esa parte no la creo ni débil, ni vil.

Cor. Señor Marqués. El saber que no ha llegado á envilecerse, y que solo se le culpa de extravagante, necia y coqueta, me dexa satisfecho: os agradezco el aviso: dispensadme, pues es preciso no me detenga en ir á cumplir mis deberes . . . . . . *Vase.*

Marq. Si es insensible á lo que mi voz le ha insinuado, y es tanta su preocupacion, que no queda convencido á

mis razones, llevado de la violencia de su desvarío, debo decir ó que está ciego de amores, ó es insensato... *Vase.*

Sale Hipólito.

La incertidumbre y la impaciencia, son dos tormentos que agovian mas que el mismo mal. Ah! Como se aumenta mi amor hallándome tan cercano al bien que adoro; estos recuerdos me alivian la agitada imaginacion. Vespín no vuelve, y si no me engaño, se aproxîma á este sitio un criado de mi dulce dueño, pues las señas de la librea lo indican: preguntárele á fin de que me diga... Amigo.

Sale Lacayo primero.

Lac. 1. Vmd. perdone, pues no puedo detenerme.

Hip. Por favor, os suplico, tengais la molestia de escucharme dos palabras.

Lac. 1. Hable Vmd.: no me parece nueva esta fisonomía... Yo no sé dónde... Creo haberle visto otra vez.

Hip. Una curiosidad, y no otro fin, me mueve á preguntaros de qué procede el extraordinario que hay en el palacio de la Condesa de Apratierra; acaso algu-

na novedad . . . .

Lac. 1. Señor mio, Vmd. perdone; sirvo á la Condesa, como su pan, y me interesa conservarlo.

Hip. No por eso . . . .

Lac. 1. Soy un criado fiel, y de ningun modo mi fidelidad me permite hable en los intereses de mis amos. Dios os guarde . . . . *Vase.*

Hip. La estrella me persigue: quando busco al hombre qual es, lo encuentro por mi desgracia qual habia de ser.

Sale Lacayo segundo.

Amigo, merézcaos el favor de que me digais, si hay novedad en el palacio.

Lac. 2. Y grande.

Hip. Quál es, si gustais de decírmela?

Lac. 2. Bodas.

Hip. De quién?

Lac. 2. De una muger con un hombre.

Hip. Quién son?

Lac. 2. Macho y hembra.

Hip. Atrevido . . .

Lac. 2. Servidor de Vmd. . . . *Vase.*

Hip. O Dios! me es imposible resistir mas tiempo. Este Vespín no vuelve.... Su indolencia será instrumento de que

resuelva precipitadamente. Corresponde de esta manera al empeño que . . . .

Sale Vespín.

Gracias á Dios. ¿Qué noticias me traes? Qué has podido indagar, Vespín mio?

Vesp. O qué novedad! qué golpe tan tremendo é inesperado!

Hip. Habla, no me tengas con zozobra.

Vesp. Si Vmd. promete sosegarse, reprimirse, y gobernarse con prudencia, lo diré todo: si no, aunque me maten, no hablo una palabra.

Hip. Todo te lo prometo.

Vesp. Júrelo Vmd.

Hip. Por mi honor.

Vesp. Es suficiente: oyga Vmd. La Condesa de Apratierra, no es para Vmd.

Hip. Cómo? de qué manera?

Vesp. Cachaza, Señor. No dista cien pasos el sitio en que acaba, baxo solemne juramento, de comprometer mano y palabra al Coronel Conde de Clermot, sugeto muy noble y rico.

Hip. Qué dices! oh! pérfida! corramos, Vespín: traspase un puñal el corazon de esos rebeldes.

Vesp. Digo, es esta la palabra de honor que hace poco Vmd. me ha dado? No; jamás permitiré cometa tal disparate.

Hip. Estoy ofendido, la pierdo, y seré capaz del sufrimiento?

Vesp. Quién tiene la culpa de todo?

Hip. Su perfidia.

Vesp. Su locura de Vmd. . . . Vmd. ha muerto, y los muertos no tienen ningun derecho sobre los vivos.

Hip. Conozco mis yerros: pero un ciego, un desesperado ¿qué pretendias que hiciera? Los esperaré, me verán, me daré á conocer, clamaré el derecho que me pertenece, y contrastaré el universo.

Vesp. Y con qué fuerzas? Con qué razones? El matrimonio todo lo destruye.

Hip. Ese matrimonio es nulo: yo tengo su palabra y su fé por escrito.

Vesp. Y qué dice el escrito?

Hip. Que me mira como esposo, que jura ser una: aquí la tengo. Hace dos años que contrajo esta escritura, y no puede cometer impunemente la traicion.

Vesp. Sin embargo la ha cometido . . . . pero si es verdad . . . . Yo no entiendo estas cosas . . . Vmd. las sabrá mejor . . . .

pudiera estimarse un divorcio.... intentar un pleyto, y.... que me sé yo.... dos años prófugo... anunciarse Vmd. por muerto: yo......

Hip. No puedo mirarlo con indiferencia, ni menos disimular el tormento que me despedaza.

Vesp. Y qué? quiere Vmd. hacer una causa criminal y perderlo todo? En semejantes casos es precisa la prudencia: Vmd. no debe detenerse en este sitio, si no pretende ser la fábula de toda la Ciudad. Quién sabe, si siguiendo mi dictámen, tal vez no seria difícil volver á la paz que desea.

Hip. De qué forma?

Vesp. Si Vmd. como dice, tiene derecho, el camino de frustrar quanto ellos han tratado, es este. Presente Vmd. àl Juez el escrito obligatorio: consigue sin remedio una suspension y separacion de los novios. Por el pronto me parece no se necesita mas: el tiempo y las leyes luego vindicarán y ajustarán su parecer á favor del justo derecho; que siendo éste de Vmd. quedarán conseguidas sus intenciones. En tanto, yo me quedo aquí

para informarme, descubrir, y participarle á Vmd. lo que indague.

Hip. Y tú crees sea suficiente para mi alivio ese? . . . .

Vesp. Qué veo! . . . Se acercan: la presencia de Vmd. es peligrosa. Por Dios, váyase Vmd. no se detenga; y fie en la actividad de Vespín.

Hip. Tú quieres . . . .

Vesp. Mandar á Vmd. en este momento, y obedecerle toda mi vida.

Hip. No sé qué determine: si yo . . . . por Dios, Vespín, me entrego á tu alvedrío . . . . . *Vase.*

Vesp. O qué pena es la de vivir con locos! El caso es grave; pero á bien que lo tiene bien merecido. ¿No se propuso la idea de morirse por burla, y enviarlo á decir á la Señorita? Pues que aguante ahora, que será muy regular le hagan morir de veras. Yo tambien me ausento, que llegan los novios, y volverá á mejor ocasion. Ah pobres hombres! No olvideis el exemplo que se os presenta, si no quereis que el sexô femenino os domine . . . . *Vase.*

Salen la Condesa, Don Placencio, el Coronel, Don Aurelio, el Marqués, los dos Lacayos, Doña Eugenia, Dorina, y Criadas del Coronel.

Condes. Una vez que está formado el mas bello nudo, solo pensemos en festejarle y esparcir la alegría.

Marq. Mejor dirás la compasion. *ap.*

Plac. No puede darse una unión mas completa: por una parte el valòr, por la otra la hermosura. Aquel obscurece las glorias de Marte, y éste las de Venus.

Marq. Qué vil adulador! alaba en público, y murmura en secreto. *ap.*

Condes. Pero qué hace el Coronel? duerme, ó se enagena en la felicidad del himeneo?

Cor. No tardarás en saber si estoy dormido ó despierto. *ap.*

Condes. Coronel, manifestad el brio, ensanchad el espíritu.

Cor. Quando lo tenga comprimido. *ap.*

Condes. Vos y el Señor Marqués, saldreis en berlina, é ireis delante haciéndonos la vanguardia. Seguirá mi coche; en él

me acompañarán Don Placencio, Doña Eugenia y Don Aurelio. Los restantes convidados formarán la retaguardia.... que lleguen los coches.

Cor. Ya es hora. Deteneos: vos no reflexîonais las mudanzas que ha producido un solo instante. No conoceis la diferencia que hay entre el Coronel amante y el Coronel vuestro marido. Antes podiais dictar leyes, mandar y disponer libremente, mientras yo obsequiaba á la hermosura. Ahora se os han minorado los derechos, y yo los he adquirido sobre vuestra persona: son derechos de un hombre, de un esposo: ¿Seria acaso tanta vuestra veleidad, que os arrastrase tercera vez al pie del altar, sin entender la fuerza de unos tan sagrados juramentos?

Condes. Qué lenguaje!...

Cor. Yo no he interrumpido á Vmd. jamás en todo el tiempo de su depotismo: tenga para mí la misma condescendencia, y escúcheme. ¿Con qué fin ha elegido Vmd. esposo? Para tener un compañero, un director, un amigo, ¿ó por hacer de él un súbdito; un esclavo ó

un infeliz? Yo amo á Vmd. y la amaré fino y constante siempre, pero no á costa de una vileza. Por derecho divino y de las leyes, soy árbitro: yo mando. Desde hoy debe Vmd. desechar el orgullo, resignándose á obedecer mis preceptos. ¿Qué se habia Vmd. imaginado subyugarme, dependiendo todo de sus órdenes? Dispone Vmd. comidas, vestidos, galas, joyas, coches y convidados; y no se digna de preguntarme si tengo casa ó desierto, si amigos ó parientes? Pues bien: esos designios ligeros y temerarios se han frustrado en este mismo instante. Los convidados disfrutarán del obsequio, pero sin Vmd. En este momento iremos á donde se modere ese desenfreno, y aprenda Vmd. deberes que le son desconocidos. Su casa de Vmd. es la mia. Sus criados serán los que me sirvan, y pues Vmd. se complacia destinando un coche de gala para Doña Eugenia, Don Aurelio y el Señor Don Placencio, sin demora me hará Vmd. el favor de entrar conmigo en el mio, que nos espera.

Condes. Que no voy.... qué osadía! ¿Quién

os ha enseñado á tratar á una dama?

Cor. Esos mismos caprichos. Los títulos de muger y dama, son débiles defensas para la falta de una esposa. No se confíe Vmd. en aquella extraña belleza que ha sepultado á dos infelices. Ella misma la hace esclava de los hombres; y solo la virtud puede hacerla su compañera. Creo haberme explicado. Jamás de mis labios volverá Vmd. á oir tan largo aviso: estoy acostumbrado, que á la menor voz, á la mas pequeña mirada, se me presentan quantas complacencias son imaginables. ¿Pues de qué valdria el derecho de hombre, si no humillara y confundiera el necio orgullo del femenil sexô? Favorézcame Vmd. con la mano, y sígame.

Condes. No lo espere Vmd. Es Vmd. un villano, grosero, mal nacido.

Cor. Espero sea esta la primera y última vez que pronuncie Vmd. tales injurias; fuera del instante presente, podian costarle muchas lágrimas y un largo arrepentimiento.

Condes. Apelo á estos Caballeros, é imploro su defensa.

Cor. Ninguno arriesgará la vida por defender á Vmd.
Condes. Ay infeliz ! Se me apodera un sudor frio, una rabia . . . un temblor. . .
Cor. El tiempo es precioso para perderle. Llegad.
Condes. Quién son estos ?
Cor. Si por sí misma condesciende, acompañadla.
Condes. Antes moriré.
Cor. Si se resiste, usad la fuerza, y conducidla á mi coche. Tú síguela, Dorina.
Dor. No me atrevo á replicar.
Condes. Ay Cielos ! Qué traicion ! me asesinan : Ay de mí ! yo muero. . . *Vase.*
Cor. A Dios, Señores : perdonad la molestia, y aplaudid tan santo remedio. *Vase.*
Marq. Ahora entiendo, que la afectada indiferencia del Coronel, era una tempestad que amenazaba : y al fin ha hecho su estrago. Me alegro de acabar de conocer, que el tiempo es para todos un verdadero desengaño. . *Vase.*
Plas. Ved aquí perdido un banquete grande, y muerta la mejor concurrencia cotidiana.
Eug. Cierto que he quedado lela !

Aur. No, pues yo tambien deseo manifestar en esta ocasion el dominio: Señora esposa, vamos.

Eug. A dónde?

Aur. A casa.

Eug. No tengo humor para comer: estoy melancólica.

Aur. A la menor voz, á la mas pequeña mirada se me deben presentar quantas complacencias son imaginables.

Eug. Qué humorada esta! estás loco?

Aur. Quiero ser obedecido.

Eug. Haced que os obedezcan.

Aur. Vamos á casa.

Eug. Acompañadme á la de mi hermana.

Plas. Es honor mio iros sirviendo.

Vanse los dos.

Aur. Maldita! así me burla y se va! He quedado lucido: ya, pero si tampoco soy para el paso. No, lo mejor y mas acertado es, que vaya yo tambien á comer con ella en casa de la hermana.

Fin del primer acto.

ACTO SEGUNDO.

El teatro representa un salon con tres puertas, una en medio y dos laterales, adornado sencillamente: penden de las paredes en lugar de espejos, quadros cet. fusiles, pistolas, sables, botas, y quanto pertenece à un Militar de à caballo.

Salen la Condesa y Dorina.

Condes. Ayúdame, Dorina .. me encuentro tan débil ... que apenas puedo sostenerme ... la respiracion me falta.

Dor. Asiéntese V. S. Señora, no así os abandoneis tan presto.

Cond. O Cielo! Este bárbaro destino me tenias guardado! he de ser víctima del hombre mas cruel! Ah! El rubor y el afan me oprimen ... Todo para mí se acaba, pues es inevitable mi muerte.

Dor. Desechad de vuestra imaginacion ideas tan melancólicas y reflexîones, que hoy dia tan presto se experimentan desgracias como placeres, con que debemos imaginarnos, que ... vamos, reanimad ese espíritu.

Condes. Ah mi Dorina! jamás me han asestado afanes, sí siempre complacencias; nadie era capaz de replicarme: delante de mí no osaban respirar los mas alentados.... pero hoy me veo oprimida de un tirano... dame una silla.

Dor. Aquí la teneis.

Condes. Estoy muy desfallecida; no puedo mas.

Dor. Pobre Señora, quánta lástima me causa!

Condes. Y este es el quarto, que aquel inhumano me tiene destinado?

Dor. Creo que sí.

Condes. Qué miseria! qué opresion! me falta el aliento. Son estos los adornos, los tapices! El hombre mas miserable (ay Dios!) el mas infeliz puede adornar sus paredes con tanta indecencia!

Dor. Chito, que llega vuestro esposo.

Condes. No le quiero ver.

Dor. Siempre será peor, si os alexais de su vista.

Condes. Yo le he oido, le detesto: no sé fingir, no sé mentir: no quiero verle.

Dor. Sí, es preciso.

Salen el Coronel y un Criado.

Cor. A ese Lacayo, que ha tenido la temeraria osadía de responderme, que le den veinte y quatro palos, y luego fuera de casa.

Criad. Señor, aquel caballo, que hace poco se ha viciado, y no hay diantres que le puedan montar. . .

Cor. Matadle luego: no tolero baxo de mi dominio nada de indócil ó soberbio. Hombre ó bruto que me pertenezca, debe obedecer, ó temer mis iras.

vase el Criado.

Dor. Habeis oido?

Condes. Cielo santo! Con quién he contraido lazo eterno! Es hombre ó furia infernal?

Dor. Es preciso conformarse.

Condes. Un terrible temor se me apodera.

Dor. A la verdad que á mí me sucede lo mismo; pero no hay mas remedio que obedecer.

Condes. Obedecer! Comprometerme á tal docilidad!

Dor. Si digo que teneis razon; pero vuestro marido no se ajusta á ella; y al fin quien manda, manda.

Condes. Vil.

Dor. Chito, que no nos oyga.

Condes. A dónde está mi Lucerito?

Dor. No sé.

Condes. Que lo busquen al instante, y se me entregue : él es el único amigo que me queda : el dulce compañero que ha de aliviar mis desgracias ; en fin mi último consuelo.

Sale el Coronel y un Criado.

Cor. Qué ruido , qué voces son estas ?

Dor. La Señora , que pide su perrito.

Cor. Ola : Búsquese al instante el perrito de mi muger. Presto volverá Vmd. á ver á su amigo.

Dor. Veis como lo ha escuchado ?

Condes. No me importa: el oido que le conservo quisiera que penetrase.

Dor. De esa manera fabrica V.S. su ruina.

Sale la Criada.

Criad. Aquí está el perrito.

Cor. Toma esa pistola : disparásela en la cabeza , y échalo por un balcon. Esta es otra ; si tardas en obedecerme , con ella te haré saltar la tapa de los sesos : presto ; no necesito promedie conmigo la amistad de mi muger , quando soy dueño de su vida ; pretendo ser solo. Señora , Vmd. ha perdido el dulce compañero ; y yo me

he desprendido de un rival. La risa apenas me dexa fingir; mas no hay remedio, no dándole gusto en nada, es el medio que abandone sus caprichos.

Vase con el Criado.

Condes. Que me suceda esto!

Dor. No os lo dixe? *Tiro dentro.*

Condes. Infeliz de mí! corre, vuela, salva á Lucerito. O Dios! El ha muerto! no puedo sobrevivir á tantas aflicciones; quiero morir.

Dor. Sosegaos.

Condes. Estoy desesperada, déxame; deseo la muerte; sí, la deseo.

Dor. Pero Señora, qué culpa han cometido vuestros brillantes ojos para que así los marchiteis? vaya, sosegaos.

Condes. Ah! mi querida amiga! brillantes? Se han apagado, no brillan, sus rayos han perdido la fuerza bastante seña de que es verdad, es ver que no han sido capaces de conmover á este tigre . . . ya es imposible que resista . . . no tengo valor.

Dor. Probad si la moderacion. . .

Condes. No puedo mas, yo me consumo.

Dor. vuestro esposo vuelve.

Condes. Ay ! yo muero.

Cae desmayada , y sale el Coronel.

Dor. Ay Señor ! que espira.

Cor. Qué ?

Dor. Reparad. . . . .

Cor. No será nada.

Dor. Mandad llamen á un Médico.

Cor. El Médico soy yo.

Dor. Al menos por compasion , dadle algun socorro.

Cor. Curará.

Dor. Yo misma. . . . .

Cor. Detente.

Dor. Pero si se muere.

Cor. Sanará ; estáte quieta ; el mal hace su efecto , y curará por sí misma. Déxala.

Dor. La dexo : Qué cara !

Cor. Arrímate una silla : tráeme un libro que encontrarás encima de la mesa.

Dor. Tomadle.

Cor. Vete.

Dor. Obedezco. Digo , el manso corderito , caramba ! Qué petardo se ha llevado mi pobre ama ! De estos que baxan la cabeza , y parecen moscas muertas , Dios nos libre. . . . *Vase.*

Cor. Ah Condesa ! tu hermosura y atractivos han cautivado mi corazon. Qué bella ! Calme un abrazo la inquietud, que parece. . . . pero qué debilidad me arrebata á perder por una momentánea complacencia, tal vez la eterna tranquilidad, quando es muy fácil sea fingido.

Condes.ap. Aun permanece en este sitio ? Se me figura que mi desmayo le ha enternecido ; no , pues si es cierto, yo le aseguro , que tendrá muchos desmayos todos los dias.

Cor. No me fio ; llevo adelante el fingimiento.(*ap.*) Una vez que dispuso el Cielo que fuese Vmd. mi esposa , es preciso moderar las ideas extravagantes de un necio caprichoso , y aminorando tanta soberbia , será nuestra felicidad envidiable.

Condes. No la envidiaré yo , horrible monstruo. (*ap.*) Ay de mí ! dónde estoy !

Cor. En mis brazos.

Condes. Pero quién ? . . Cómo ? . . Vos ? . .

Cor. Qué frenesí es ese ? No se altere Vmd. Yo soy su esposo.

Condes. Dorina , dónde estás ? todos me abandonan ?

Cor. Qué busca Vmd. ?

Condes. Nada : ¡ Qué horrible presencia !

Cor. Sosiéguese Vmd. y fie de un hombre que la adora.

Condes. Vmd. adorarme ?

Cor. Pues qué Vmd. duda ? Si tal hiciera, me haria una injuria : sea la gracia completa, no desdeñándose de volver á mi vista esos bellos ojos.

Condes. Quién pudiera atravesarle ! Yo no me atrevo á hablar.

Con. Vmd. es hermosa, en extremo hermosa ! El exterior es un portento, y es infinita desgracia no procure que el interior le corresponda. Llora Vmd. ?

Condes. Qué os parece, no tengo sobrada razon de exâlar lágrimas continuamente ?

Cor. Razon, llorar en dia de boda ? dia de tan plausible júbilo para nosotros ?

Condes. De júbilo ? oh ! . . . Que en la mejor ocasion me falte espíritu para responderle ?

Cor. Si no me engaño, Vmd. queria proseguir, y algun extraño accidente le ha turbado : hable Vmd. : para mí será un placer indecible el que me manifieste sus

sentimientos, y halle yo poderosos y suficientes medios que os satisfagan: Señora, créame Vmd., yo no soy un tirano.

Condes. Conoce Vmd. mi estado, y se complace en lacerarme con pesares.

Cor. El estado de Vmd. es igual al mio: yo me juzgo muy feliz, sin duda lo será Vmd. tambien. Qué le falta á Vmd.?

Condes. Ah! todo. Sí, de tòdo me ha despojado, Vmd.; hágalo tambien de la vida.

Cor. Condesa, exâminad mejor el engaño que le hace prorrumpir esas palabras tan sin órden. ¿Dígame Vmd. no he procurado apartarla de una compañía inútil, perniciosa á su estimacion, y que lejos de ilustrarla, su sociedad la confundia en un horroroso caos de perjuicio? ¿No nota Vmd. mi esmero, que solo trata de adornarla de bienes útiles, y que por lo mismo le son desconocidos!

Condes. Bienes! Y en fin, con qué precio pretendeis los consiga?

Cor. Con el mas sencillo, y mas apreciable, puede Vmd. adquirirlos. Espero no lo rehuse, mayormente quando se trata de la felicidad de entrambos. Solo esto

la suplico. Concedido, la prometo logre quanto apetezca.

Condes. Y qué es?

Cor. La obediencia al marido.

Condes. Vmd. quiere confundirme con el tratamiento de esclava?

Cor. Qué insensatez! El mérito de la dócil obediencia confunde Vmd. con el baxo nombre de una vil esclava? Señora, la obediencia es el mayor tesoro que trae una esposa, y es la mejor defensa del débil.

Condes. Y quién es Vmd. que pretende mi debilidad, y tenerme sujeta?

Cor. Eso lo debe á Vmd. enseñar la naturaleza y la educacion; es tarde pàra que yo supla por ellos. Vmd. escùcha en su corazon, aunque remotamente, sus voces. . . . . en fin concluyamos nuestra primera conversacion amistosa: soy responsable de Vmd. de sus palabras, miradas y procederes: pretendo que estos me traygan, honor para que llegue á éxîto, y no me agravie la vindicta pública. Dos son los modos que tengo para mandarlo, el uno agradable y humano, el otro pesado y duro: á Vmd. toca la

eleccion. Me basta, que el que elija produzca el efecto que me he propuesto. El que me es superior, de mi subordinacion recibe el justo tributo; y el que de mí depende, debe usarla conmigo, ó tema. A nadie perdono. Supongo, yo soy amigo de mi mano, de mi lengua; en este mismo instante la cortara, á creer fuese capaz de resistir á mis ideas. La cabeza, si vacila, se dividirá del cuerpo. Si á mí propio me castigara, sosteniendo leyes y derechos, ¿qué maravilla pues seria, Señora, que con Vmd. lo hiciera? Pero es inútil insinuar á Vmd. lo què sabiamente ha comprehendido. Repare Vmd. la casa, mírela Vmd., y diga qué le parece.

Condes. Me confundo; estoy aturdida; las fauces se me secan, y ni aun acierto á hablar.

Cor. Aquella es la habitacion de Vmd., esta la mia. Dos quartos tiene cada una, para dormir el uno, y el otro para visitas; los adornos son iguales, sencillos, pero útiles. ¿De qué sirven tallas, quadros, ni tapices? ¿contribuyen á la salud ni comodidad? No: la demasía es

superflua, y en parte perjudica. Esta es la sala de audiencia, antecámara, biblioteca .... A propósito; vea Vmd. mis libros.

Condes. O Dios! á qué estado me hallo reducida! Estoy despierta ó sueño?

Cor. Cómo se siente Vmd?

Condes. Mejor.

Cor. Si necesita algo, hable Vmd., que quedará servida.

Condes. No, no; infinitas gracias. He perdido todo el valor y espíritu.

Cor. Pero qué hacemos con estos vestidos de etiqueta, que nos incomodan y oprimen? La propia casa convida á la libertad. Ola? *Sale el Criado.*

Mi levita. *Vase.* Permítame Vmd. que la exâmine mejor: Jesus, quánto adorno! Es preciso cause mucha molestia; se conoce que padece Vmd. extrema incomodidad en llevarlo. No, no; esto no me gusta, es preciso enmendarlo, y que solo brille la sencillez.

Condes. Cómo? Qué pretende Vmd. desprenderme tambien de las galas y joyas?

Cor. Señora, Vmd. no me entiende: quiero aumentárselas; pero con naturaleza.

Apatezco alcanzar (y quiero lograrlo) que las alabanzas sean dirigidas á la hermosura; y luego á los adornos. La naturaleza vence á todas las cosas artificiales: quanto mas sencilla, mas grata y mas hermosa. Este vestido no está bien, es preciso mudarlo.

Condes. Aquí no tengo otro.

Cor. Tengo yo, querida mia: en todo estoy; entraremos en la habitacion de Vmd. donde hallará todo lo necesario.

Condes. Ay de mí, que sin duda me tiene preparado otro nuevo ultraje!

Sale el Criado con la levita.

Criad. Quiere V. S. que le ayude?

Cor. No, vete; no hay necesidad de criados en cosas que á nosotros es fácil de hacer. Ellos comunmente son nuestros enemigos domésticos, y si se hallan próxîmos á nosotros, notan los defectos, se rien, y luego los publican. Favorézcame Vmd.

Condes. Yo?

Cor. Me negará Vmd. este trato de amor y amistad.

Condes. Tambien esto? Con que me miro condenada al oprobrio de un vil sirviente?

Cor. Quién ha dicho que el servir á un marido es oprobrio ? No, no lo crea Vmd. es un adorno del afecto conyugal : Vaya, deseche Vmd. esas ideas, y persuádase á que no se envilece por eso.

Condes. Yo sueño, sí, porque despierta, es imposible me humillara á tanto. Ah Dios mio !

Cor. Así va bien : venga la bata : concluyamos. ¿ No es verdad, que es un acto muy placentero ? Ahora quiero hacer con Vmd. otro tanto : entre Vmd. á mudarse el vestido, que yo le ayudaré con la mayor complacencia.

Condes. Ah ! Por caridad no me despoje Vmd. de tan corto consuelo : Yo pretendo morir, sí, con este vestido, estos adornos.

Cor. Qué delirio ! morir ! Quiero disfrute Vmd. ufana de un regalo que le hace su esposo ; vamos. Hacedme la gracia de no desdeñaros ; dignaos verle : venid.

Condes. No será.

Cor. Vmd. es flaca de memoria : y sentiré infinito. . . . . vaya, hágame Vmd. el honor. . . . considerad, que es forzoso.

Condes. Digo que no, que no.

Cor. Ola?

Salen Soldados.

Elija Vmd.: de quién quiere ser servida, de estos, ó de mí? Si no merezco á Vmd. este favor, será preciso sufrir el vexámen de que ellos la desnuden y vistan.

Condes. Yo, sí.... qué afan!...

Cor. Resuelva Vmd.

Condes. No quiero, no quiero; ni de Vmd. ni de ellos.

Cor. Cumplid mi órden.

Condes. Ay de mí! esperad.

Cor. Deteneos. Vaya, delibere Vmd.

Condes. Qué temblor! Vamos á cumplir el bárbaro sacrificio: qué cruel martirio!..... *Vanse.*

Cor. A fe que me he puesto en un empeño terrible. Diez regimientos no me ocasionaran en la mente tanto trastorno como la bella Condesa; y ya no hay remedio, es necesario no desistir, sino doblar las fuerzas, para que llegue á éxito mi proyecto. El otro golpe que le tengo prevenido, es el mas fiero y riguroso que se le puede dar á una muger. Por algun tiempo viviré violentado: pero si al fin lograse su cura-

cion .... Un Militar hacer papel de inhumano con una hermosa Dama! Este sí que es el mayor esfuerzo del heroismo; pero si atiendo á la inclinacion y á la piedad, todo el mal recaerá sobre mí, y perderé la esperanza de hacerla una buena esposa y verdadera madre de sus hijos . . . . *Vase.*

Sale Dorina.

Dor. Buena señal! El Coronel ha entrado en el quarto de mi ama, sin duda han hecho las paces. Eh! ya lo sé, un momento de conversacion entre novios, compone todas las diferencias.

Sale la Criada.

Criad. Afuera hay un hombre que desea hablar con el Señor: luego que salga, avisadle . . . . *Vase.*

Dor. Haced que entre. Quién se habia de persuadir que el Coronel mudase de parecer! Si lo reflexiono con cordura, considero que es un exemplo que todos deben seguir.

Sale Vespín.

Vesp. A fuerza de preguntas dí con la casa.

Dor. Y pues, qué se ofrece?

Vesp. Hablar al Señor Conde: espero ten-

ga Vmd. la bondad de ir y hacer que salga.

Dor. Ahora no puede.

Vesp. Por qué?

Dor. Porque está en el quarto con su esposa.

Vesp. Tan pronto? Lo siento.

Dor. Lo sentís? esta sí que es buena!

Vesp. Diré: por mí no lo siento; mas sí por el que me envía.

Dor. Pues á qué os envía?

Vesp. A decir á vuestro amo, que tenga la bondad de dilatar . . . .

Dor. Qué cosa?

Vesp. Ah taymada! ya me habeis entendido.

Dor. No por cierto.

Vesp. Dilatar, dilatar: vaya, me entendeis?

Dor. Concluid el discurso pronto, que no es regular salgan los señores, y me encuentren hablando á solas con un hombre.

Vesp. Oyga, con un hombre! me agrada ese modo de pensar. Vaya, la chiquilla es honradita: pues os he de merecer el favor de que me digais tan solo quanto ocurre en esta casa.

Dor. Qué sois espía?

Vesp. Soy un criado como vos.

Dor. Y qué pretendeis?

Vesp. No lo he dicho?

Dor. Perdonad, soy criada fiel.

Vesp. Vaya, señora, haced lo que digo, pues si tardais, mi pretension no llegará á tiempo.

Dor. Os molestais en valde.

Salen el Coronel y la Condesa con vestidos ordinarios.

Cor. Quién es ese?

Dor. Un hombre que desea hablar con V. S.

Cor. No estoy para oirle.

Vesp. Pero el asunto es tan importante....

Cor. Hoy á nadie escucho, mañana.

Vesp. Es que se trata ....

Cor. Vete.

Vesp. De un embargo de matrimonio.

Cor. Obedece, ó te hago saltar la tapa de los sesos.

Vesp. Para qué? Si me voy al punto.... No es prudencia perder la vida por un amo; le diré que aguante por esta noche, que la esposa será la misma tambien mañana. Servidor de V. S.... *Vase.*

Cor. Dorina?

Dor. Señor.

Cor. Que traygan la comida.

Dor. Al instante.... *Vase.*

Cor. Que cierren las puertas, y á nadie den entrada. Con este vestido tan sencillo está Vmd. sumamente graciosa. Jamás ha tenido un ayre tan alegre y bizarro.

Condes. Me confunde el rubor y la vergüenza. Ay! quisiera esconderme de mí misma.

Cor. Comparece Vmd. mucho mas hermosa á mi vista, y esa docilidad la hace en extremo amable.

Condes. No basta haber conseguido el triunfo, que aun le tengo de servir de diversion! Este es mi mayor tormento.

Salen los Criados con la mesa, &c.

Qué nuevo mundo es éste? todo quanto veo y escucho, es para mí una extravagancia.

Cor. Este es mi ordinario, frugal, pero bueno. El desperdicio á los pobres, pues entre ellos la infructuosa demasía se puede y debe repartir, porque al fin son nuestros hermanos. Cosa moderada jamás llega á fastidiar: una sopa, quatro platos calientes y postres, me parece bastante mantenimiento para el que

no es vicioso. Por ser el primer dia serviré á Vmd. el plato, en adelante Vmd. misma lo hará.

Condes. Tengo el corazon tan lleno de amarguras, que aborrezco aun el tomar alimento.

Cor. Idos, que nosotros nos serviremos.

Vanse los Criados.

¿No es mas apacible sosiego estar solos y sin el ruido de tantos comilones y murmuradores?

Condes. Qué congojas! No hay remedio, llegó el fin á mis dias.

Cor. No come Vmd?

Condes. No tengo ganas.

Cor. No soy médico para decir si será bien ó mal hecho el que Vmd. se esfuerce á hacerlo. La dexo á Vmd. en libertad, que á mí me satisface solo el tenerla en mi compañía... „ Llora, sí, pero con lágrimas de orgullo, espero las de arrepentimiento." Brindo á la salud de mi esposa.

Condes. Si se volviera veneno!

Cor. Yo como poco y muy ligero: no me gusta envejecer en la mesa.

Ola!

Salen los Criados.

Quitad todo eso : despues cerrad sin ruido, y recogerse á fin de levantarse pronto mañana. Hoy se ha confundido la comida con la cena : faltó el tiempo : hablaremos un poco para dar lugar á que se siente bien, y luego nos iremos á acostar.

Condes. Acostarnos?

Cor. Sí; despues de cenar, fumo, y á la oracion suelo irme á la cama.

Condes. A la oracion?

Cor. De qué se admira Vmd? Vos no habeis experimentado los verdaderos placeres, yo quiero los disfruteis. Aquellos que empiezan la madrugada al medio dia, y concluyen en lo mas tarde de la noche, son unos insensatos, locos, rebeldes á la naturaleza y enemigos de ella. Yo los compadezco; esto es filosofía.

Condes. Esto es un sueño, un sueño; no puede ser otra cosa. *Hace ascos.*

Cor. Qué es eso?

Condes. Yo fallezco.... Ese humo pestilente.... La pipa....

Cor. Qué, le molesta á Vmd? No impor-

ta. Vaya, vaya, ya se irá acostumbrando. El humo del tabaco es excelente.

Condes. O exceso de violencia! y he de reprimirme, he de callar!

Cor. Tome Vmd. este libro gustoso é instructivo, con el qual puede divertirse un rato. Yo lo he leido varias veces. El trata de la felicidad del matrimonio. Lea Vmd. ese capítulo, ya que por una infeliz suerte nació muger.

Condes. Qué fatiga, qué ansia me molesta!

Cor. Acabaré la pipa en mi quarto: si Vmd. gusta, puede leer en el suyo. Tome Vmd. una luz y enciérrese, que yo hago lo propio.

Condes. Pues qué os vais solo? ni aun os dignais . . . .

Cor. Felices noches: hasta mañana. „ Este es el golpe y mas terrible cañonazo."

Condes. Tal desprecio! . . . tal insulto! Si permitis que yo . . . .

Cor. No permito nada, nada. Buenas noches. „ Rabia, desespérate. La píldora es amarga, pero es preciosa para el éxîto de la curacion: sufro yo tambien, y así suframos entrambos." *Vase*.

Condes. Ah! mas vale morir de una vez. Qué afan! qué agonía! qué incendio! La resistencia es imposible, y el corazon quiere salirse del pecho.

Fin del segundo acto.



ACTO TERCERO.

Salen la Condesa y Dorina.

Condes. Dios mio! qué noche! Dorina mia, qué noche ha sido esta para mí?

Dor. Ya me hago cargo, señora mia, y considero que se os habrá hecho muy pesada y larga.

Condes. Ni un momento he podido descansar. Tal vez fatigada del exceso de mi furor, un falso sueño engañaba mis ojos, pero mil espantosas fantasmas le interrumpian.

Dor. Crea V. S. que yo tambien la he pasado mala.

Condes. Por qué?

Dor. No me faltan, señora, mis quebraderos de cabeza, que me desvelan.

Condes. Ah! si el Conde á quien amé tiernamente, viviese! Ahora comprendo la gran diversidad, y lo costoso que me ha sido su pérdida!

Dor. Las mugeres, por mas que nos predican, no hacemos caso: jamás procuramos el bien hasta que tenemos experimentado el mal, y luego lo quisiéramos; pero solemos llegar tarde: lo que es conocimiento para penetrarlo, no nos falta; mas no lo aprovechámos. Si V. S. agradablemente hubiese correspondido á la bondad . . . . .

Condes. No aumentes mi pena, Dorina, ayúdame solo á librarme de este monstruo que pretende mi muerte.

Dor. Qué pretende V. S. hacer contra él, quando á nadie respeta, y es capaz de degollarnos á todos?

Condes. Por fin él no es ninguna persona que se ve impune del rigor de las leyes. Apelaré á un Magistrado. Mi padre no me abandonará. Yo lo conozco: él es padre: es sensible: para este fin acabo de escribirle esta carta.

Dor. A vuestro padre?
Condes. Sí.
Dor. Informándole?...
Condes. De todo, pero no sé á quién se la entregue: tú, querida Dorina, sí, tú puedes entregarla sin peligro: me fio de tu amor.
Dor. Yo? El cielo me libre de tal pensamiento. No es nada, si lo oliese el Señor Coronel! no habia remision: me despachaba al otro barrio.
Condes. Es imposible; ¿cómo quieres lo sepa, quedando el secreto en las dos? me abandonarás? te mostrarás inflexîble á mis ruegos? al dolor y congojas que exâlo?
Dor. Me causa tanta compasion vuestra infeliz suerte, que resuelvo obedeceros.
Condes. Me das la vida.
Dor. Dadme la carta.
Condes. Aquí está: te encargo no tardes. ¿Dices que el Coronel salió?
Dor. Sí señora, muy de mañana.
Condes. Vete luego, y vuelve si puedes antes que venga.
Dor. Haré lo posible.
Condes. Amada Dorina, en ti confío: quan-

do vuelvas entra en mi quarto, donde te espero con impaciencia.... *Vase.*

Dor. Pobrecita! está desesperada: llora; motivos que me obligan á que sin detencion procure entregar la carta á su padre. Lo mejor en el asunto es, que el Coronel ha salido: á decir verdad, es cierto que me expongo á gran peligro, porque si él me atrapa, concluyeron mis dias.... Ah infeliz Dorina! de pensarlo solo, me da congoja! El tiempo es precioso: si tardo, se me puede frustrar; no, resuélvome con valor y marcho. O Dios!

Sale el Coronel.

Cor. De qué te azoras?

Dor. Buenas noches. A Dios Dorina, al otro barrio.

Cor. Qué te asusta?

Dor. Nada.

Cor. Qué papel es ese que escondes?

Dor. Ninguno.

Cor. Lo que pretendes ocultar es una carta?

Dor. Es verdad; pero es mia.

Cor. Así lo creo: ¿á dónde va dirigida?

Dor. A mi.... madre... á mi.... madre.

Cor. Muy bien: déxame ver tu letra.

Dor. Si yo la hago muy mala.

Cor. No importa. Esto me da que sospechar. Por qué tiemblas?

Dor. Me avergüenzo.

Cor. Dame esa carta.

Dor. No señor; os lo suplico....

Cor. La tomaré yo.

Dor. Ved....

Cor. Obedece.

Dor. Esto es hecho: me mata ahora mismo.

Cor. Comprendo. De la Condesa es la letra sin duda. La letra es buena.

Dor. Mal está el que yo lo diga.... pero....

Cor. ¿No me has dicho escribias á tu madre?

Dor. Sí señor.

Cor. El sobre es para Don Alfonso.

Dor. Es que la carta va inclusa: la dirijo á Don Alfonso, para que llegue mas segura.

Cor. Una curiosidad me obliga á leerla. La oblea está fresca y puede abrirse sin riesgo: ya está abierta.

Dor. El secreto voló. *ap.*

Cor. Dentro no hay nada.

Dor. Oh! si me la habré olvidado!

Cor. Queridísimo padre... Bueno! Se ha

transformado una hembra en varon.

Dor. No tengo aliento para responderle.

Cor. Vuestra afligidísima hija, la infeliz... Esta es mi muger.

Dor. Válgame Dios! En lugar de mi carta, sin duda he tomado la de mi ama.

Cor. Eso me parece será: leamos á ver lo que escribe.

Dor. Con permiso de V. S.

Cor. Quédate.

Dor. Una terrible calentura se me ha apoderado; no, la muerte no está lejos.

Cor. Os escribo con la mano trémula y el corazon lleno de amargura. Yo he formado un nudo horrible, y me he precipitado en el último abismo de la miseria... Buen principio!... Yo no me he desposado con un hombre, sí con un monstruo, un demonio del infierno, ó por lo menos con un tirano. Estoy desnuda, envilecida y hecha una esclava. Desde ayer, mis nupciales joyas y delicias, han sido las amenazas, el afan y el horror; y por fin la soledad de una noche que me ha parecido eterna.... ,,Este término soledad, está señalado con puntitos. Esta ha sido la herida mas

cruel para su vanidad y amor propio." Por instantes espero se derrame mi sangre. . . . Dexándola en esta creencia, se oponen evidentes remedios á sus males.

Dor. Qué bella carta de recomendacion, y para quien la lee!

Cor. Si os conmueve la ternura paternal, si algo pueden las lágrimas de una hija que tanto habeis amado, arrancadla de las uñas de este monstruo. No la negueis un amparo en vuestra casa. Me hallareis siempre pronta y sumisa á vuestros mandatos. „Conoce pues la necesidad de someterse y obedecer. La medicina comienza á hacer su efecto. La buena disposicion que ahora la echa á los pies del padre, pronto la arrastrará á los del marido. Es tiempo el mas oportuno para apretar el mal y hacerla totalmente de su parecer." Empeñad vuestra autoridad; y si mis males y desdichas no os mueven, procurad al menos que mi marido me ponga para siempre en un retiro: concededme esta gracia, y permitid que os bese la mano vuestra hija. . . . Muy bien!

Dor. Señor, estoy á vuestros pies. Dexad

que haga testamento, y luego haced de mí lo que gustareis.

Cor. Yo no me ofendo de esto.

Dor. Qué decís? que no os habeis ofendido?

Cor. No.

Dor. Dios os bendiga! Pero os aseguro que jamás volveré á ser tan fácil.

Cor. Al contrario: debes cumplir con tu comision, y entregar esta carta á Don Alfonso.

Dor. No quisiera sin embargo, que con toda la apariencia que . . . .

Cor. Te doy palabra de no hacerte daño alguno. Aquí la tienes cerrada otra vez: anda y sirve á tu ama. Ola! ven á mi quarto . . . . *Vase.*

Dor. Es posible que muestre tal tranquilidad? he salido de una grande borrasca. Todavía dudo, lo veo y no lo creo; válgame Dios! No es Don Alfonso el que llega? Sí; él es: ahora que está aquí, me adelantaré para entregarle la carta que me ha causado tanto miedo.

Sale Don Alfonso.

Alf. Buenos dias, Dorina.

Dor. Humilde criada de V. E. ahora mismo iba á ver á V. E.

Alf. Por qué causa?

Dor. Para entregarle esta carta.

Alf. De quién es?

Dor. De mi ama.

Alf. Bien: dila que estoy aquí, que deseo verla y hablarla.

Dor. Al momento .... *Vase.*

Alf. Mi hija me escribe? Qué cosa tan extraña! Imagino la causa. Lo que me ha dicho el Coronel me sorprende: él mismo me tiene informado de todo, y no me disgusta. Leamos la carta.

Sale la Condesa.

Condes. Ah padre mio! *Se arrodilla, y Dorina.*

Alf. Levántate.

Condes. Necesito vuestro socorro. *Le besa la mano.*

Alf. Han pasado doce años sin que te hayas dignado besarme la mano: y lo peor es, que tampoco te has acordado de mí: y ahora tantos extremos! tal mudanza no comprendo.

Condes. Borre Vmd. de la memoria lo pasado, y duélase de mi deplorable situacion.

Alf: Te has desposado con un monstruo, he?

Condes. Lo que Vmd. lee, no es ni una

sombra de lo que paso.

Alf. Qué vestido es ese?

Condes. Un regalo, con el qual pretende humillarme al estado de las mugeres vulgares.

Alf. Sin embargo me gusta, y te sienta muy bien: pero como el uso y las opiniones forman la belleza.... Dexemos el vestido, y hablemos de las disposiciones del marido y de tu espíritu. Tú pues, clamas por un retiro en mi casa; pero dime, qué esperas en el silencio de mi casa, de la qual hace mucho tiempo he desterrado el luxo, los convites y las tertulias; y en su lugar he introducido la economía, el trabajo, y aquellas que son el objeto de risa y del desprecio á los reformadores del siglo? Qué te prometes, repito, implorando este asilo?

Condes. Librarme del despotismo de un bárbaro.

Alf. Tú has nacido para sufrir un despotismo (ó por decirlo mejor) la superioridad de un hombre.

Condes. Toleraré la de otro muy resignada; mas no de mi marido.

Alf. Por qué razon?

Condes. Porque es injusta: yo buscaba un amigo, un compañero, no un déspota.

Alf. No, tú no buscas á un amigo, sí solo un vil, un traydor: ¿ignoras todavía quáles son los derechos de un esposo sobre la muger? Sabe pues, que su autoridad es todavía mayor y mas legítima que la de un padre. Ahora te parece áspero, porque quiere cortar un mal arraygado por costumbre en ti; pero despues que corras el velo á tus ojos, y consideres el bien que te resultará; le besarás sus manos, y afable le querrás, y te reirás con indecible transporte, acariciando aquella mano que antes te pareció dura y bárbara, y no es sino muy piadosa y benéfica .... Tú lloras?

Condes. Ah padre mio! vuestra narracion me enternece .... Si mi esposo poseyese un corazon igual al vuestro ....

Alf. Sí, lo posee: lo tiene, no hay duda: te lo aseguro, te quiere y te desea feliz ... No hables jamás de separarte palabra. A Dios: yo te creo persuadida á mis razones. Volveré quanto antes á ver-

te, á aconsejarte, á fortalecerte: tú dispónte á obedecerme, á darme gracias y á consolarme. Tú serás el consuelo de un padre, de un esposo y de ti misma. Abrázame, querida hija, estréchate en mis brazos: cree á tu padre, á tu padre que como tal te quiere. A Dios.... *Vase.*

Dor. Qué decís, señora, de los consejos de vuestro padre? Yo he quedado inmóvil.

Condes. Yo confusa, pero no bien persuadida.

Dor. Por fin, es necesario una resolucion. No os pide mas que una sola virtud.

Condes. Pero la mas difícil, la mas penosa y la de mas humillacion. Es una virtud obscura y plebeya. Mi alma se resiste y tiembla en solo pensarlo.

Dor. Pero quando no hay otro remedio....

Condes. Ah Dorina! Si yo tuviese tan solo un Caballero que coadyuvase á mis intentos, poniendo de mi parte.... uno solo.... verías.... Mas ya advierto que los hombres no nos obsequian sino en las prosperidades; pero en los peligros se ausentan y nos abandonan.

Doña Eugenia. Se puede entrar?

Condes. Qué voz es esta?

Dor. Me parece Doña Eugenia con Don Placencio y Don Aurelio.

Condes. O Dios! Yo me avergüenzo de recibirlos.

Dor. Y por qué?

Condes. No ves este vestido? esta sala?

Dor. Qué importa? la vergüenza es de vuestro marido.

Sale Doña Eugenia, Don Placencio y Don Aurelio.

Eug. Al fin os hemos hallado. A Dios, querida amiga.

Plac. Os tributo mi obsequio.

Aur. A los pies de Vmd. señora Coronela.

Condes. Doy gracias á todos.

Eug. No se ha buscado el Perú tanto como esta casa.

Plac. Habeis venido á retiraros al ángulo mas remoto y desconocido de la ciudad.

Eug. Dios mio, qué vestido es ese!

Condes. Es una moda que el Cororel ha traido de su tierra.

Eug. Será bella, asombrosa, pero á mis

ojos se presenta muy basta y miserable.

Dor. Ya empieza la murmuracion. *ap.*

Plác. Pero qué casa es esta? Jesus! No la habia reparado, no hay duda que está bien adornada, Condesita: me gusta; vaya, que se porta el señor Coronel.

Eug. Quando la vi, creí que era quartel de soldados.

Plac. Teneis razon, parece un cuerpo de guardia.

Aur. Es preciso reflexîonar, que el dueño es un soldado.

Eug. Qué soldado? acaso la Condesita es tambien soldado? Puf! Huele á pipa que apesta.

Condes. Dorina, de solo oirlo me cubro de vergüenza.

Dor. Si no hay remedio.

Plac. Y Vmd. Condesita, puede sufrir semejante afrenta? Es una picardía.

Eug. Qué, si parece un quartel! habeis tomado marido, ó partido en las tropás? Qué es esto? suspirais? deteneis á fuerza las lágrimas?

Condes. Por caridad, no me sonrojeis mas.

Dor. Pobrecita, se desespera!

Eug. Oh! aquí hay un mal muy grande!

Plac. Hablad: estamos aquí todos en favor vuestro, y estad persuadida, que para todo yo basto solo.

Condes. Y con qué fuerzas? Todos me han abandonado. Ah! si tuviera uno, un solo caballero que me ayudase....

Eug. Dudais no hallarle? Don Placencio, qué haceis? Es una dama la que implora vuestro socorro. ¿Acaso despreciareis el mejor blason para un caballero? Negareis vuestro amparo y defensa al verla oprimida?

Plac. Yo? no ciertamente; ella disponga, y aquí estoy pronto á todo, á todo. Desafiaré al Coronel, y seré vuestro defensor.

Dor. Y con qué, si no llevais espada?

Plac. Le desafiaré á la pistola. Este duelo es mi delicia, por lo pronto; pues se compara con mi genio.

Dor. No me parece se adelante un paso de una gallina con este atolondrado.

Plac. Aquí es menester armarse de valor: le acometeré quando estemos acompañados, y de este modo estoy seguro de que no admitirá el duelo; y yo ten-

dré el mérito de haberlo intentado.

Eug. Aquí viene.

Plac. Quién?

Eug. El Coronel.

Plac. Ay de mí! es muy pronto.

Eug. Animo, valor.

Plac. No me falta.

Sale el Coronel.

Cor. A los pies de Vmd. Doña Eugenia; caballeros, os beso las manos.

Eug. Buenos dias, señor Coronel.

Cor. Don Placencio, me alegro infinito de saber que Vmd. es valiente. Desde mi quarto, sin querer, he oido que compadeceis á una Dama; y que me desafiais. Cabalmente ha tocado Vmd. una tecla, para mí la mas favorita: y pues que tengo una pasion inexplicable por las armas, acepto el desafío, y voy á experimentar vuestro valor.

Plac. Maldita sea mi lengua. Este me mata con el mayor gusto del mundo.

Cor. Sin mas rodeos, y sin baxar escaleras, vamos á probar vuestra intrepidez: aquí están mis pistolas: ellas serán mejores que las vuestras, á lo menos están mas á mano, y no necesitamos de

espera: escoja Vmd. Todo lo tenemos aquí: la presencia de la Dama protegida y los testigos. Vaya, apostaos allá y disparad, que yo seré el último.

Plac. Dicho y hecho: como una exâlacion ha pronunciado mi sentencia.

Aur. El Coronel no gasta burlas, y Don Placencio ya está fresco.

Condes. Temo yo misma haber empeorado mi suerte.

Cor. Tirad.

Plac. Ay de mí infeliz!

Condes. Deteneos: no os expongais: no permitiré . . . .

Cor. Retiraos y callad: vaya, á qué viene tanta lentitud!

Plac. Ah! no: yo dependo de las órdenes veneradas de la Dama. La habeis oido? ella no permite. . . . y á mas, yo respeto demasiado la hospitalidad, para no plantaros en vuestra misma casa dos balas en el pecho.

Cor. Caballero, ya conozco á Vmd.: escúcheme dos palabras, y luego le trataré como merece. Ola!

Salen los Criados,

Vmd. es un vil, un indigno, un

pérfido corruptor de las familias: vuestras adulaciones echan á perder los espíritus débiles, é introducen y fomentan las discordias. El toleraros es dañoso, el castigaros es una obligacion. Salid de esta casa, y contentaos que mi venganza no excede de los límites de una correccion. Acompañadle sin darle tiempo á responder.

Plac. No se me da nada: al precio de una brabata no es poco salvar la vida. A no mirar que desistís del desafío, yo haria ver . . . .

Cor. Qué?

Plac. Nada. Servidor vuestro . . . . *Vase, y los Criados.*

Eug. Señor Coronel, la injuria que haceis á Don Placencio, me comprende tambien á mí.

Cor. Si piensa Vmd. que en esto hay agravio á su persona, pida la satisfaccion que mas gustare.

Eug. Don Aurelio, os toca á vos.

Aur. A mí? soy acaso loco? Si estais agraviada, mataos con él, yo nada tengo que me duela.

Cor. Y Vmd. señorita, qué dice?

Condes. O Dios! Si una palabra ha pedido . . . .

Cor. Con Vmd. no tengo nada, antes pienso en favor vuestro, y ahora mismo voy á manifestaros que es cierto. He sabido que Vmd. desea la tranquilidad de un retiro, y así pretendo satisfacerla.

Condes. Ay de mí! quién le habrá informado!

Dor. Yo nada sé.

Cor. Está Vmd. resuelta á encerrarse en un retiro?

Condes. Precisamente quererlo, no: lo imploro tan solo, si no os disgustare.

Cor. Quedo advertido: todo está ya pronto. El coche y criados esperan la órden. Conviene sin embargo que informe á Vmd. de la calidad del retiro que le he destinado. Yo soy un soldado; con que de consiguiente, no puedo proporcionar á Vmd. mas que un retiro conforme á mi profesion. Vaya Vmd. y encontrará en la fortaleza un quarto; ya tengo prevenido á su Alcayde, y tendreis allá la misma pension que se pasa á los demás retirados.

Condes. Ah esposo mio ! Aquí me teneis á vuestros pies. Soy rea, lo confieso. Conozco la imprudencia, el exceso de mi furor, de mi vanidad : revocad la terrible sentencia ; os obedeceré, os amaré, disponed enteramente de mí.

Cor. Vmd. confiesa sus faltas, y yo se las perdono; y pues está resuelta á obedecerme, yo lo estoy mucho á amarla y hacerla feliz. Levante Vmd.: abráceme, retírese á su quarto, y viva tranquila.

Condes. Ah Dorina ! un raudal de lágrimas se exhala por mis ojos, y no sé si sea efecto del consuelo ó del arrepentimiento. . . . . *Vase.*

Dor. Será uno y otro. Ah ! Qué locas que somos las mugeres ! Pues no queremos hacer de grado lo que luego es preciso hacer de por fuerza . . . *Vase.*

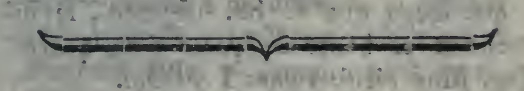
Eug. Una dama á los pies de su marido ? Ya no me queda que ver. . . . . *Vase.*

Aur. Permitidme (ó Coronel) que os dé un abrazo. Yo os alabo y admiro : enseñadme á imitaros : ayudadme. ¿ Qué remedio me será útil para sujetar la serpiente de mi muger, que de continuo me atormenta ? . . . .

Cor. El mal está ya inveterado, es preciso sufrir ó morir.

Aur. Lo conozco: ya me es imposible hacer valer mi superioridad. Ella me conoce, conoce mis fuerzas, y ha echado el fallo.

Fin del tercer acto.



ACTO QUARTO.

Salen Doña Eugenia y Don Aurelio.

Eug. Seguramente que no deberia poner mas los pies en esta casa, por el lance pasado: pero soy tàn buena, que facilmente olvido las injurias, y nò puedo mantener el odio.

Aur. Lo peor es, que tampoco puedes mantener el amor.

Eug. Vaya, qué piensas del extraño obsequio que hoy nos hace el Coronel en convidarnos á comer aquí?

Aur. Oh! bueno. Pienso que ha vuelto su

antiguo explendor á la Condesita, y de consiguiente, querrá que seamos testigos de sus satisfacciones, pues lo fuimos de sus pesares.

Eug. Yo estoy en lo mismo. Pero aquí viene Dorina, y nos dirá qué pasa.

Sale Dorina.

Dor. El Señor Coronel me ha advertido, que luego que V. SS. llegaren, le hiciesen el honor de pasar á su quarto.

Eug. Muy bien : vamos, Aurelio.

Vanse los dos.

Dor. Mas la Señora llega : Cómo va ama mia!

Sale la Condesa.

Condes. Qué sé yo; ignoro si estoy viva.

Dor. Me afligen vuestras penas. Bien sabe Dios, Señora, que me alegraria infinito, que os conciliarais, á ver si por este medio encontrabais la tranquilidad.

Sale Alfonso.

Alf. Con el corazon lleno de júbilo, vuelvo á verte, amada hija, y á restituirte toda su ternura y cariño. Abrázame: jamás te quise tanto como ahora. Hija mia, no cesaré yo nunca de aplaudirte y consolarte.

Condes. De qué ? Quál es el motivo de vuestro aplauso ?

Alf. He recibido poco ha en mi casa la suspirada noticia de que te has humillado á tu esposo ; este acto de la subordinacion conyugal , es el anuncio de la felicidad. No estoy en mí de contento, y voy en este mismo instante á dar la enhorabuena á tu marido. *Vase.*

Condes. Que sea un objeto de tanta alabanza y de tanto júbilo el renunciar á la propia voluntad , y hacerse vasalla del hombre !

Dor. Sea falso ó verdadero , todos lo dicen , y los hombres así lo quieren.

Condes. Qué mugeres son estas ?

Salen Flora y Rosaura.

Qué quieren ? á quién buscais ?

Flor. A V. S.

Condes. Con qué fin ?

Ros. Para depender enteramente de sus preceptos.

Condes. Yo no sabria en qué emplearos.

Ror. Nos emplea vuestro esposo el Coronel.

Condes. Y á quién se dirigen los obsequios ?

Ros. A V. S.

Condes. Y en dónde me esperabais ?

Flor. En esta misma casa.

Condes. Aquí ? Pues si no he visto . . . á no ser invisibles . . . . . no entiendo. Y ahora os presentais ?

Ros. Así lo dispone vuestro esposo.

Condes. En fin, qué quereis ?

Flor. Que se sirva V. S. seguirnos.

Condes. Y á dónde ?

Ros. A donde manda su querido esposo.

Condes. Estoy tan acostumbrada á las extravagancias, que resuelvo seguirlas, por ver en qué paran. Me tienen Vmds. pronta, vamos. *Vasen las tres.*

Dor. Cáspita. He quedado inmóvil. Y la dexo ir sola ? Qué embrollo es este ? Pero voy, volveré, preguntaré. Yo tengo el privilegio de entrar en todos los intereses de mi ama, y nadie me lo impedirá. . . . . *Vase.*

Salon magnífico con tocador y mesa, con vestido rico.

Salen la Condesa, Flora, y Rosaura.

Condes. Dios mio, creeré á mis ojos ? Qué delicioso expectáculo es este ? Jamás he visto cosa mejor. Pero á quién sirven, y para quién tan magníficos quartos ? y este explendido salon ? ...

Flor. Levantad los ojos, y leed aquella sobrepuerta.

Condes. Preparados al amor y á la obediencia; será posible?

Ros. Dígnese V. S. arrimarse á esta mesa.

Flor. Qué le parece á V. S. ese vestido?

Condes. La riqueza compite con el buen gusto.

Flor. Observad esas joyas.

Condes. Qué nuevo encanto!

Ros. Y ese tocador?

Condes. Quedo aturdida: aquí hay un papel que dice: tributo á la belleza y honestidad. Dios mio! Qué debo pensar de esto? Yo estoy en un mar de confusiones.

Flor. Aquí viene vuestro esposo.

Condes. Qué latidos siento en mi corazon al verle.

Salen el Coronel, Doña Eugenia, Don Aurelio, Don Alfonso, el Marqués Tivaldo, y Criadas.

Cor. Qué os parece, Condesa? Decid claramente vuestro parecer sobre lo que habeis visto.

Condes. Mi parecer! en qué! La confusion acaso me permite ni aun reflexîo-

nar ? ah ! dignaos de explicarme este enigma.

Cor. Lo haré con el mayor gusto, pues ya lo mereceis : escuchadme. Una sola palabra, un solo sentimiento produce esta mudanza digna de los esposos que desean amarse, y que saben respetar sus propios deberes. Yo te dixe, que la obediencia era el mayor tesoro que en el feliz lazo conyugal podia traer la verdadera esposa, y ya lo ves cumplido : pronunciaste la humilde palabra de obediencia, y en el instante te hallas obsequiada y satisfecha, y te serán pródigas las complacencias que solicites. Tú me creiste un hombre bárbaro, mal nacido, é indigno Caballero; pero ahora que me ves en mi estado natural, inclinado á la complacencia y á la paz, no dificulto que rechazando tu imaginacion semejantes ideas, repares en mí un hombre, un esposo, que llenando los sagrados deberes, te muestre la luz que ignorabas, y te aparté del caos horroroso en que estabas confundida. Yo experimento en el pecho un indecible gozo que me arrastra

á amarte con la mas fina ternura. El amable acento que has pronunciado, considero no será momentáneo, no, y de ello me atrevo á poner por garantes el amor y el honor; mi gloria y mi satisfaccion, amada Condesa; y se funda en que reconocida disfrutes de la envidiable tranquilidad. Yo espero contribuyas al éxito, procurando que sea eterno tu reconocimiento, guardándote de caer jamás en el exceso de orgullo que tanto nos han desazonado; que si consigues conciliarte, y reconciliarme la pública estimacion, será la mayor felicidad, el mayor placer que puedan disfrutar nuestros corazones.

Alf. Sus palabras se introducen suavemente en mi corazon: qué efecto producen en el tuyo, amada hija?

Condes. Me oprime la confusion, querido padre: ni aun me permite responder. Sin embargo, yo renuevo mi promesa con el mayor empeño de amarle y obedecerle.

Cor. Pues prepárate á ser mi compañera, y no mi esclava. Mandarás igualmente que yo sobre quanto tengo y po-

seo. La familia dependerá de ti, te la confío: serás su protectora, esperando en ti discrecion y sabia conducta.

Condes. Ah Conde! Querido esposo.

Eug. Yo estoy confusa!

Sale un Criado con el perro.

Cor. Y por último: Ola? conduce lo que sabes. Como imagino haber asestado á tu corazon un golpe, que no se puede olvidar tan fácilmente, pretendo aliviarlo, volviéndote sano un objeto sobre el que fue fingida mi crueldad. Admítele; pero no como un amigo, sino como un alivio, un pasatiempo.

Condes. Lucerito .... Él es .... Ah! tu acabas de vencerme, porque tan delicado trato me obliga y penetra con extremo. Sí, tú triunfas sin límites, y yo me glorío de ser la vencida, y aplaudo tu victoria; pues considero que ella es mi felicidad.

Cor. Amada esposa, yo tengo un convidado, que ofendido de ti, aguardaba este instante para presentarle. Con justo motivo se mostraba quejoso. Yo le he persuadido y convencido á mis poderosas

razones : conoce sus deberes. Avisadle que entre.

Condes. Quién puede ser ?

Cor. Aquí le tienes.

Salen Hipólito y un Criado.

Condes. Qué veo ! vos Conde ! Era pues falsa aquella voz. Viene Vmd. á que le cumpla la palabra que le contrage por escrito ?

Hip. No, vengo á restituiros la promesa que me hicisteis. Fuí loco : la culpa es mia : Vuelvo de mi ceguedad, y no apetezco otra cosa, que ser un buen amigo.

Alf. Basta : Pensemos ahora en festejar noblemente esta nueva é inesperada dicha. Coloquemos en el centro de la alegría á nuestro Coronel, elogiemos á un hombre tan fino, y á un marido tan único.

Condes. Mi amado esposo, perdóname todo lo pasado, y recíbeme con gusto mi arrepentimiento. Nada podrá distraerme de amarte, de obedecerte por eleccion y por gusto. Si te causé tantos afanes, procuraré compensarlos con mi cariño y condescendencia. Esta leccion

sirve á los casados, no porque necesiten medios tan violentos, si para unirse enteramente, evitando los escándalos, los quales corregidos desde sus principios, dan lugar á la concordia, al amor y

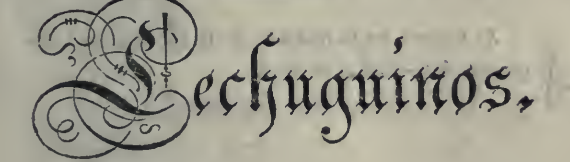
Todos. A la felicidad.

Fin de la Comedia.

Se hallará en la Librería de Miguel Domingo, plazuela de la Comunion de San Juan.

Aviso

á los



Se hallará en la librería de Brun, *frente á las gradas de S. Felipe el Real.*

Comedia Nueva,

de costumbres,

en prosa,

en dos actos, titulada:

Aviso á los Lechuguinos,

ó sea,

la juventud estraviada;

con varias advertencias sobre la misma, y un prospecto sobre los trages:

por

un Eclesiástico amante de su patria.

Madrid: Imprenta de Repullés.

1826.

ADVERTENCIAS Y PROSPECTO.

Lectorem delectando,
pariterque monendo.
Quint. Horat.

Quedaria para siempre en el olvido esta ligera produccion de mi amor á las bellas letras, y de la aversion que tengo á las estravagantes y afeminadas modas, si algunos amigos no me impelieran á darla á la imprenta, ya que otros deseos no han podido realizarse. Hay ciertos vicios, parece, que si no deben respetarse, no pueden ser altamente acriminados; y de esta máxima, no exacta en toda su estension, se ha partido sin duda para no verificar la representacion del *Aviso á los Lechuguinos* en los teatros de esta corte; máxima que destruye el dicho de un poe-

ta español, que el teatro debe ser una escuela práctica, donde los espectadores aprendan á reformar sus costumbres, porque el vicio presentado al público es su mismo freno, y la virtud y su triunfo su misma imitacion; y máxima que está en oposicion con lo que arrojan de sí muchos de los dramas de nuestros selectos poetas, donde vicios públicos y privados que estan en lucha con la mas sana moral, se reprenden, se critican y se invectivan á faz descubierta. Sin duda será demasiado fuerte la crítica del *Aviso á los Lechuguinos*, ú ofenderá demasiado á una concurrencia que por su categoría no admite censura; y pues la accion hubiera dado el alma á la comedia, y supliria cualquiera falta de espresion en la invencion y unidad poética, súplanla ciertas advertencias y este prospecto sobre los trages, y sean como la garantía de mis deseos y de una crítica que toda tiende á la reforma de las costumbres.

A primera vista indican los persona-

ges que maniobran en la comedia todo su característico, y tan bien aplicado, que cuando la escribia yo me gloriaba que harian muy apropiada la verosimilitud de las escenas y porte de unos payos, acomodados labradores, quienes por el amor á su hijo vienen á la corte, y condescienden hasta el estremo de ridiculizarse como él: tal suele ser muchas veces la sencillez aldeana, y á tanto inclina la desmesurada pasion paternal. El payo es el instrumento por donde se examinan la afectacion y el capricho, y tres jóvenes, malamente entretenidos, son el objeto de la sátira, porque asi lo exigen sus costumbres; que justamente marcados con los diatrabos nombres de lechuguinos, ó segun otros, de cebollinos, de entes, de invisibles, ó de increibles, segun dice un modista parisiense, han degenerado de ser hombres, y parece en toda su afectacion que á bien tuvieran cambiar los frenos de la naturaleza; cuya marcacion está mejor designada en el nombre de le-

chuguinos; y es la razon que ya se tuvo presente cuando asi se les apellidaba en Cádiz en otra época; porque la lechuga, planta hortense bien conocida, y en la que se distinguen tres especies principales, de que ha resultado un sinnúmero de variedades, echa unas hojas largas muy plegaditas y sin formar cogollo; y su tallo, que suele ser cilíndrico, sube dos ó tres pies del suelo, y arroja unos ramillos cargados de flores pajizas; de donde sin duda ha venido llamar lechuga á cierto género de cabezones y puños de camisa muy grandes bien almidonados y dispuestos por medio de moldes en figuras de hojas de lechuga; moda que ya se estiló mucho durante el reinado de Felipe II, y moda del dia, porque el lechuguino es el conjunto ó cualquiera de las lechuguillas pequeñas antes de ser trasplantadas. La señorita que hace su encrucijada por el teatro en la primera escena manifiesta la caprichosa moda de las señoritas del dia, que sin fijarse

en una uniforme y constante, forman moda de la variedad; y usando, como los antiguos celtiberos, de vestidos de varios colores, visten unas á lo tigre, otras á lo oso, aquellas á lo leopardo; estas á lo rinoceronte, y otras de color de macho cabrio, semejantes á aquellas fantasmas mugeriles que en el mercado de Bruselas andan envueltas en diferentes telas de seda, lanas y algodon, ya blancas, negras y azules, y ya encarnadas, amarillas y verdes; y ocupando su debido lugar unos majos ó manolos, satirizan á su manera unos trages nada conformes al suyo, mas españolizado, mas análogo al de nuestros progenitores, y el que ninguna nacion ha podido adortar ni adoptará; porque la vendrian como las plumas de un pabo real á un grajo. Todo es sátira en el primer acto á los trages ridiculos y modos de acicalarse; y el segundo, aun cuando presenta á una Doña Inesita loca, coqueta, con los resabios de la niñez, y á que inclinan

por brillar en el fango del mundo aquellas madres que no aman á sus hijas sino cuando figuran ridículamente, hace el desenlace del drama con las máximas mas religiosas. Un D. Salustiano, hombre formal y cristiano, ofrece el ejemplo de la educacion que los padres deben dar á sus hijos; y en el diálogo con D. Dieguito y con Doña Inesita desbarata el plan del atolondrado D. Paquito, las miras de D. Juanito y las subversivas máximas con que esta clase de jóvenes seducen, enamorando á otras tales como ellos; concluyendo la comedia D. Lázaro, otro hombre juicioso, por lo que ve y oye á D. Salustiano, con un rompimiento tan propio del amor paternal, no en amores ni en himeneos, sino separando estos jóvenes del vicio, y vertiendo uno y otro máximas y consejos que hijos y padres, señoritas y no señoritas, deben grabar en su corazon. Creo haber hecho las principales advertencias al *Aviso á los Lechuguinos*, que si

defectos tiene, como creo, en la combinacion de la idea y en las reglas cómicas, son compatibles con la proporcion que guarda la copia con el original, y por donde el lector sensato conocerá que la demasiada imitacion hace olvidar al poeta las reglas del arte.

Me resta, pues, decir algo acerca de los trages de uno y otro sexo, de su variedad y mutabilidad, y de la influencia que tienen en la ruina del Estado y de las costumbres. Por consiguiente no recae la crítica sobre aquel honesto vestir, que ademas de hacer elegancia al cuerpo, le desembaraza y pone mas espedito para todo negocio; ni la cuestion versa sobre un lujo moderado, que consumiendo nuestros paños, telas y manufacturas, sostiene una multitud de brazos, y contribuye al aumento de la poblacion; porque un lujo que no escede las facultades de cada uno, ni destruye la diferencia de las gerarquias ó clases que debe haber en la sociedad, no solo puede coho-

nestarse, sino que aun puede sostenerse con leyes. Recae solamente sobre aquel lujo que no solo consume y esporta á otras naciones nuestro metálico con mengua del carácter español, sino que consume las honestidades, prostituye el mejor corazon, segun dice Caton, y ha perdido mas almas que bajeles en los bancos de Flandes. Contra este, al qne no han podido contener ni las leycs del señor emperador Cárlos V y del rey D. Alonso el Sabio, ni las leyes opias y suntuarias, es contra el que declamo, y el que debe ser atacado en el teatro, en el confesonario, en el púlpito, en el foro y en las conversaciones mas familiares; porque si damos una ojeada, aunque rápida, sobre aquellas naciones que mas figuraron en el mundo, hallaremos que cuando triunfaban las virtudes religiosas y cívicas, y la moderacion en el vestir, en los muebles y en todo género de lujo, dieron la ley, y sus armas eran conquistadoras; pero se afeminan,

se entregan á los deleites; y el cuerpo, acostumbrado antes á los petos de acero, se engalana con los petos de algodon; las cabezas se habitúan á los blandos tocadores, y ya no se hallan bien con los yelmos; y cubriendo las manos con delicados guantes, con sortijas y sebillos, temen los callos que en otro tiempo habia hecho la empuñadura de la espada. Llegó el tiempo en que los romanos se entregaron al lujo hasta proveerles los germanos de la famosa aura cesaries ó dorada cabellera; y aquellos senadores ancianos, morenos, descarnados y valetudinarios, que en otro tiempo imponian respeto y severidad, manifiestan en sus cabezas el lujo prostitutor y la mejor sátira de la corrupcion romana. Roma en nada se parece á lo que era mil ochocientos años antes; el lujo de los principales habitantes de esta ciudad es muy grande; y las romanas, á pesar de su mal garbo, frialdad afectada y mal gusto en sus trages y adornos, adoptan todas

las modas de Francia, y acabaron sus armas, sus ciencias, sus artes y sus fábricas. Se sigue como por una ilacion legítima la corrupcion de sus costumbres; y propagándose en Roma, Nápoles, Génova y toda la Italia el chichisveo; que no era una etiqueta indispensable para las señoras de Milan, toman las damas su cabalier serviente que las hace el amor, sostiene su lujo y modas; y á vista y ciencia del marido se autoriza esta conducta tan poco delicada y tan opuesta al decoro del matrimonio. Colonia y Maguncia, florecientes antes por sus manufacturas de paños, jergas, panas y otras telas de lana, seda, hilos, y de oro y de plata; dejan de ser, porque la manía de afrancesarse les arrastraba á París, y sus trages se modelaban por los de esta capital. Lovaina contaba por los años de 1382 cuatro mil fábricas de lienzos, con cuyo producto se mantenian ciento cincuenta mil habitantes; y por las modas venidas de afuera to-

dos sus tejedores y manufactureros tienen necesidad de emigrar á Inglaterra. El lujo asiático enerva el vigor de la Holanda; y las modas francesas, ejerciendo aquel mismo imperio que entre nosotros, y dependiendo de ellas absolutamente su modo de vestir, adornos y género de telas, estienden sus estragos hasta la clase mas pequeña. Los europeos se acostumbran fácilmente á la magnificencia y al lujo, y consumen sus riquezas fuera de su pais; mientras que los paños de Inglaterra y de Francia, los lienzos de la Suiza y de la Silesia, y las telas de seda de Leon merecen toda la importancia; y á la par que unas naciones se afeminan y solo aprecian lo que es estrangero, otras agiotan con estravagancias, y comercian hasta con las tijeras para cortar las ricas lanas que despues de esportadas devuelven en sus decantados paños, y en triplicado valor.

La Francia ha tenido y tiene la habilidad de introducir sus modas en

toda la Europa: todos quieren imitar á Paris; y á escepcion de la Inglaterra, que consigue que los parisienses imiten por cierto tiempo sus modas, las mas de Europa adoptan las francesas; y se gasta, si es necesario, una talega por adquirir un cajon de zapatos de moda, unos lazos y peinetas, un pañuelo ó un corte de vestido. Estas dos naciones, á porfia cada una en su clase, venden á buen precio sus géneros y sus invenciones; y si lícito me fuera en este prospecto estenderme mas, aun recorreria naciones á quienes podria aplicar la sabia anécdota del famoso viajero Franchin. Hallándose este grande hombre en Inglaterra para visitar las fábricas de Norvich, el director de ellas le llevó á todos los talleres, donde Franchin observó que todos los trabajadores estaban cubiertos de andrajos. Hé aqui, le iba diciendo el director, donde se fabrican las telas para Alemania, alli para España, alli para América, alli. . . . Está bien, repli-

có Franchin, pero no veo dónde se fabrican telas para vestir á los tejedores de Norwich. Máxima que con bastante propiedad puede aplicarse á la España, quien feraz en su suelo, en sus lanas y ganados, y en otro tiempo en sus fábricas y producciones, hoy está desnuda, mientras que otras naciones disfrutan de sus riquezas. No se puede negar que aun cuando el talento y las costumbres no son privilegios esclusivos de ninguna nacion, y que la educacion constituye la mejor diferencia entre el hombre natural y artificial, los franceses tienen un gusto particular para hacer agradables todos los objetos de su lujo; y que los parisienses, apasionados de suyo á las diversiones, que se hallan multiplicadas y variadas al infinito por el genio inventor de los especuladores, han hecho á París el centro del mayor lujo; pero tambien es cierto que toda nacion que imita con bajeza las modas nacidas en un pais de diferente carácter, no pue-

de menos de hacerse ridícula. Las modas frívolas, que no desdicen del pueblo de París, ¿qué efecto producirán adoptadas por el pesado holandés, por el serio aleman y por el grave español? Una mascarada ridícula que solo podrá mirar sin risa el que no pase de la superficie de las cosas; y por mí, debo decir que no puedo contenerla al ver un tosco asturiano ó gallego, un pesado castellano ó estremeño con el trage de un increible de París. Díganlo nuestros lechuguinos, cuya violencia es bien conocida, y cuya afectacion es tan notoria como sus deseos de afrancesarse, sin reflexionar el ridículo contraste que presentan sus trages imitados con la fisonomía y carácter nacional.

Vemos desde el año de 1800 variarse y sucederse estos con tanta rapidez como las olas se suceden en la borrasca mas tempestuosa; y este, que es un mal para nuestras desgraciadas fábricas de Segovia, Guadalajara, Es-

caraiz y de Cataluña, se aumenta con la inconstancia, y es un bien para los invencioneros y modistas, que sacando nuevas formas, destierran los trages que el dia antes eran muy apreciados; y se verifica al pie de la letra el dicho de Tito Livio, que hemos llegado á tiempos en que ni podemos sufrir los gastos introducidos por la vanidad, ni queremos admitir su reforma. Se abandonaron aquellos trages, con los que se apellidaban petimetres, las capas, las casacas, los calzones cortos, las medias delgadas, los sombreros de tres picos y espada, y el adorno del pelo y peinado, que consumian un caudal en polvos, pelucas y pomadas. Vienen las levitas regularas, el frac de bastante gracia, los sombreros redondos y los diferentes cortes de chalecos y calzones; y al momento que un sastre de París inventa las levitas abiertas hasta el ombligo, los pantalones ajustados de diferentes colores, y de punto, atados hasta el pie, y otra clase de som-

breros de hule y de paja, se desprecian aquellos trages, y este es el favorito. Conviértense los petimetres en currutacos; se inventa la máquina calzonaria, el pico de lanceta en el calzado, y la ropa tan ajustada, que se sujetan estas víctimas de la moda á comprimir sus brazos, piernas y lo mas del cuerpo, aun con ofensa del pudor, que es una risa y compasion verles echar el paso, y que siquiera pueden hacer una cortesía á su idolillo, como no sea á compás ó á la darnier. Se suceden los pantalones algo mas anchos, las medias botas encima, los sombreros cómicos, anchos de ala y encogidos de copa, frac corto, los bordados camisolines y cuellos erguidos en la camisa, y al instante se adoptan con el mayor entusiasmo. Llega el tiempo de los citoyénes, tanto cerrados como abiertos de atrás; y con la ligereza que se abraza esta moda, con la misma se abandona: comienzan los dormanes; otra vez las capas con cuello de piel y

embozos de diferentes colores y sus correspondientes alamares; los sombreros en alternativa, ya de copa alta y enjuta ala, ya chambergados y ya pequeños, hasta que triunfa la moda de los abacinados ó cubiletes, que mas parecen nidos de golondrino que adorno de lo principal del hombre. Sale el ridículo trage de la levita corta y cerrada con las pecheras de algodon, lana ó estopa, el frac amuñecado, el pantalon ancho con su órden jónico de bolsillos y pliegues onduleantes, sostenidos de unas ballenas para la mejor elasticidad, y corriendo se hace el fuerte del capricho: los chalecos de iris, de la aurora y de pelo de cabra ó diferentes colores, toman otra forma; cerrados con su órden de botones dorados en línea hasta unirse con el pescuezo, van por grados disponiendo el debido lugar al gran cuello lechuguino del camisolin ó separado, cuyos remates son piramidales y guturales, segun su almidonamiento, corte y elevacion,

con la particularidad de cubrir cualquiera clase de granos, lamparones ó marquesotas, si por casualidad las hubiese; y para que todo el cuerpo vaya en regla y no haga arrugas, se gasta un corsé de hierro, ó peto; que con sus correspondientes ballenas á la estremidad equilibra el cuerpo, y hace dar los pasos al compás de los huesos y de la circulacion de la sangre. El pañuelo puesto al cuello es una cítara ó cuerda de vihuela, que tambien tiene su elasticidad en union con aquel, con la barba, y muchas veces con la estremidad de las narices, segun la necesidad de los movimientos. El pelo, que diferentes formas ha recibido, hace su fuerte en puntas á manera de puas de puerco-espin, engolfado en los sebillos, pomadas y aguas de olor; y con su lente, colgado de una esquisita cadena, que varia segun el gusto y acicalamiento de las filis y lechuguinas, con los guantes magnificados, el bastoncito con alguna figura ó busto, lle-

vado á compás con los meneos acicalados de los brazos, de los pies y de la cabeza, y con las gesticulaciones, bisbeos y tanlareras que hacen en la calle, en los paseos y en las tertulias, forman el contraste mas ridículo y mas imitador de los purichinelas. Estos son los lechuguinos, cuyos devaneos por desgracia cunden entre nuestras españolas, tienen un mismo orígen, y padecen los mismos síntomas.

Estas, como si fueran contemporáneas de Aspasia, llevaron en cierto tiempo unas túnicas ó camisas, cuyos pliegues imitaban los ropages que vemos en las estátuas griegas; los brazos desnudos, el pecho descubierto con la mayor indecencia, borceguíes por calzado, braceletes y cinturones mas arriba del talle; y si los peluqueros de París apuran el arte y todos los bustos antiguos para inventar los peinados á lo Cleopatra, á lo Faustina, á lo Diana, á lo Psiquis, á lo Venus, á lo Vestal y á lo Niobe, no sin porfia

francesas y españolas les adoptan, y cuales otras Niobes, Cleopatras y Otahitinas, lucen sus camisetas. Tanto estudio hacen estas greco-hispanas en no desfigurar los contornos de la naturaleza, que se desembarazan de todo accesorio incómodo: ninguna elegante lleva faltriqueras; mete el abanico entre el cinturon, ó en una bolsa plegada de tafilete: que tomó el nombre de ridículo, donde llevaban el dinero, aunque ya regularmente hacen uso de los bolsillos de los conocidos, hasta el estremo de llevar el pañuelo en el bolsillo de alguno de sus favoritos, á quien se acude cuando lo necesita. Se cansan de las modas griegas; entra la de vestirse á lo salvage, y aprecian las telas de color de carne, tan ligeras y trasparentes, que se dejaban patentes los contornos de lo poco que llevaban tapado. Entran en uso los diamantes en varias figuras y relieves, las sortijas, las perlas, los ricos corales, y galanean sus cuellos, sus orejas, brazos

y hasta el pelo y pechos con abandono del pudor. Viene otra especie de griego, que jamás ha existido sino en la cabeza de las modistas francesas, y se abandonan las modas de Otati. Toman nuestras elegantes el nombre de petimetras; visten á lo sacerdotisa, que decian, con un plumage en la cabeza, los pechos descubiertos, camisa larga y un género de red que llegaba á los muslos. Se suceden los flecos, los madrones, los trasparentes, las blondas, los lises, el vestir corto; en seguida los visos, las guarniciones, las basquiñas de tres flecos, y los adornos en la cabeza de flores, aromas, perfumes y arreboles, y se agotan los jardines de Idalia, los bosques de Tívoli y los campos floridos de los Eliseos. Se cansan de las flores, y entra el riguroso de los lazos de todos colores, y zorongos, que ciertamente á varias mugeres las hacia una gracia muy encantadora. Vienen de pos en pos las basquiñas de red y mantillas trasparentes á media

pierna con sus borlas á las puntas, las túnicas blancas, los chales en el hombro izquierdo, y los gorros de terciopelo negro: otras basquiñas con fleco, mantillas bordadas, los citoyenes guarnecidos de mortas, las medias alistadas y trasparentes, los alamares en las basquiñas, los gorros y sombreros de paja, los diferentes mantones, los chales de red, las palatinas de piel, las drulletas y dispensées: se toman y dejan estos trages, segun el antojo de las modistas; y despues de ser el fuerte las cachuchas, los alepines de seda encarnados, azules, verdes, morados y negros, llevan la atencion los diferentes percales é indianas llamadas inglesas y francesas, aunque estuviesen fabricadas en Carabanchel, hasta que abandonando el vestir corto, se inventa nuevo género de mantillas, de pañuelos, gorros y mantones, otro peinado mas engolfado con diverso adorno y peinetas; se aprecian las encarecidas telas de guinga, de gros y de prima-

vera en diversos cortes y colores, con el fuerte de los bluses, volantes y rulox, y se toma por rigurosa moda el vestir tan largo, que aunque no es por decencia ni por economía, sirve lo bastante para que las aceras y calles esten limpias, y se vean fuera de sus casas mas fantasmas y dueñas que mugeres y señoras.

Estas son las modas del dia, y que durarán hasta que los inventores y modistas de dentro ó de fuera nos vendan otras que existan solo en sus destornilladas cabezas, como que asi lo lucen en París, Burdeos y Bayona, ó en el Pequin ó Amsterdam, y tales son los vicios que ataca la comedia por medio de la sátira en uno y otro sexo, y los que no pueden mirarse con indiferencia no solo en política, sino tambien por la influencia que tienen con las costumbres. ¡ Ojalá permitiesen á mi pluma las reglas de la crítica y decencia desenrollar el prospecto bajo esta consideracion! Se verian cosas re-

pugnantes aun á la misma razon; pero el hombre de bien las sabe, y prevee sus consecuencias. Omítanse, pues, por ahora; repréndanse con firmeza, y me concreto á decir que si reflexionamos sobre la conducta de algunos jóvenes y señoritas, hallaremos á aquellos demasiado entregados á sí mismos, sin pensar en otra cosa que en seducir, en cafées, en fondas, en filarmonias, en bailes, en paseos y tertulias. Ellos gastan mas que lo que permiten sus facultades; cometen á veces bajezas con mengua de su nacimiento, y trampean y petardean á costa de los que fian, y de los pobres y honrados artesanos. Ellós todo lo critican; todo es fanatismo y preocupacion lo que se dirige á la reforma de las costumbres; y el que no piensa, no habla, no anda, no viste ni filarmonea como ellos, es un gazmoño, un anticuario, y que no puede hablar con las gentes. De su boca sí salen á menudo las palabras de humanidad, sensibilidad, benevolen-

cia, filantropía, educacion, gusto, moral; pero en la misma proporcion estan disminuidos sus efectos; y las niñas y señoritas, abundando en las mismas ideas, invierten el dia y la noche ya en el tocador ó con una modista, hablando de trages y murmurando de sus competidoras; ya en el piano, en el paseo, en el baile ó con algun librito de novelas y de amores, ó ya en visitas y sociedad con sus cupidillos y lechuguinillos.

No quisiera confundir los buenos con los malos: jóvenes hay, de uno y otro sexo, que tienen principios religiosos; pero no quieren prescindir de las modas, porque de lo contrario les parece no figuran; y padres y madres que haciéndolo un punto de la enseñanza y del amor á los hijos, aprueban esta conducta. Unos y otros son reprensibles, aun cuando de diferente manera; y bien indicado está en la última escena de la comedia cuando Meliton, criado principal de la casa, des-

cubre los embrollos y trampas de los tres lechuguinos: distincion justamente designada, y necesaria para evitar al genio díscolo toda maligna interpretacion; por cuyo principio me veo obligado á hacer otras dos advertencias, que en sentido opuesto podrian graduarme de un hombre antisocial y enemigo de una nacion á quien miro con respeto.

Cuando en la comedia se dirigen algunas otras espresiones contra los filarmónicos, no es el tiro á la Música, porque esta, ademas de ser una parte de aquella filosofia que sirve á la distraccion y al placer, embellece las artes y las ciencias, como la Pintura y la Poesía. Es bueno y laudable que un jóven se dedique á ella, porque ademas de dulcificar sus costumbres, les separa de otras distracciones peligrosas; pero dedicarse con tanta adhesion y con abandono de las ciencias y de sus primeros deberes; persuadirse que si no es filarmónico no puede brillar; y

adoptarla tambien porque es el fuerte de las damas, que ya no enamoran ni son enamoradas sino al borde de un piàno y al bisbeo de las tanlareras ó de una aria ó terceto, esto es reprensible, digno de la crítica, y contra lo que justamente declamo, no tampoco contra las óperas ni contra los conciertos. Las aprecio; y mas ennoblecen las costumbres que ese género de tragedias donde se imitan los mayores delitos, do la virtud es oprimida, donde triunfa la maldad, y que mejor son incentivos del llanto que desahogo de las aflicciones inseparables de nuestra triste condicion.

Repruebo, y es la otra advertencia, la dominante moda de aprender la lengua francesa con desprecio de la nuestra, tan fecunda en frases espresivas, y por la equivocada persuasion de que aprendida aquella ya está formado un erudito. Es verdad que este idioma se ha hecho general en todos los paises, sin escluir la Inglaterra; pero

tambien lo es que esta preferencia dada á la lengua francesa no es precisamente por su mérito intrínseco, pues aunque sus escritores la han dado una exactitud filosófica que no tiene ninguna de las vivas, es al mismo tiempo pobre y de una pronunciacion monotona y desagradable; es y contribuyen á su general estudio causas bastante poderosas, como son el influjo político que empezó á tener la Francia en el reinado de Luis XIV, la multitud de obras clásicas de todos géneros que desde aquella época se han escrito en francés, y las relaciones que ha habido con esta nacion desde el año de 1808. No se dirige por consiguiente la sátira contra el idioma francés; le aprecio, y estúdiese muy enhorabuena; pero impóngase á la juventud en el conocimiento de nuestros dialectos, apreciense nuestras ciencias y artes, destiérrense esos trages que tan poco decoro hacen á la nacion española, ese espíritu de moda y aire estravagante

que se ha adoptado hasta en el comer, y he conseguido el objeto de la comedia, ceñido únicamente al bien de mis compatriotas, y á que contribuyen lo bastante las advertencias y prospecto que si no ha sido tan reducido como yo quisiera, se debe á la complicacion de las materias y á su generalidad. ¡Ojalá pudiera yo resucitar el dichoso tiempo, segun el poeta, en que pasaban los hombres contentándose con lo que sus mismas tierras fielmente les producian, sin esperar que el estrangero mercader, surcando mares y de luengos paises, viniese á corromper las costumbres con estraordinarias y no vistas mercaderías; ó al menos pudiera hacer en España lo que los magistrados y magnates de Zaragoza de Sicilia hicieron en semejante ocasion, que para desterrar las telas de oro, los brocados, tabíes y el escesivo lujo que les aniquilaba, mandaron que se vistiesen de ellas las mugeres de mal vivir, con cuyo decreto las matronas ho-

nestas dejaron de usarlas; y reduciéndose á trages humildes y del pais, ni consumian malamente sus haciendas, ni aventuraban su decoro ni la reputacion de sus maridos! Entonces volverian las antiguas y templadas costumbres, el valor, la reputacion y la grandeza de una nacion que impuso á todo el mundo en otro tiempo, y á quien la he aplicado hace dias una máxima de Tertuliano, que mas daño la hácen las galas que las lanzas. Entonces los hombres no afearian el vigor varonil, apreciarian ellos y ellas mejor sus paños, telas y lienzos caseros que los estrangeros cambrais y percales, y volveria el feliz siglo en que morigeradas las pasiones se profesaba con obras dignas una religion, que hoy para nuestra felicidad derrama y prodiga sus gracias en la mayor abundancia, y enseña á dirigir al hombre en todo órden por las santas máximas del Evangelio.

COMEDIA NUEVA:

AVISO

Á LOS LECHUGUINOS.

ACTORES.

BASTIAN, *payo.*
COLASA, *paya, su muger.*
D. JUANITO, *lechuguino, hijo de estos.*
D. DIEGUITO, *lechuguino.*
D. PAQUITO, *idem.*
D. SALUSTIANO, *padre de*
DOÑA INESITA.
ROSA, *criada de esta.*
D. LÁZARO, *padre de D. Dieguito.*
MELITON, *criado principal de una casa posada, habitacion de huéspedes.*
UN MAJO Ó MANOLO.
UNA MAJA.
UNA SEÑORITA QUE NO HABLA.

La escena se finge en casa posada ó habitacion de huéspedes de las principales calles de Madrid, que tiene diferentes cuartos perfectamente amueblados, y de ellos uno habitan los lechuguinos, y otro D. Salustiano, Doña Inés y criada.

ACTO PRIMERO.

Decoracion de calle.

ESCENA PRIMERA.

Bastian y Colasa.

BASTIAN.

Vaya, Culasa.... ya estamos en Madril, y lograremos la dicha de abrazar á nuestro Juanito.... Mira qué puertas tan grandes, y estan dadas de color de porcelana....

COLASA.

Esas serán puertas de alguna iglesia, ó vivirá algun señor como el que va á nuestra aldea, que gasta coche y comia siempre con velas encendidas....

BASTIAN.

¡Cuánta gente anda!... ¡Jesus

qué Madril! (1) Oyes, muger, ¿es macho ó hembra ese bulto negro que atraviesa la calle?

COLASA.

Calla, tonto: si es una señorita como la del señol de nuestro lugar, solo que va á la moda y al estilo de las de acá. . . .

BASTIAN.

¿Pero qué lleva en aquella cabeza, tan largo y tan soplado? . . . y arrastrando los manteos. . . .

COLASA.

Bruto. . . . ese es el peinado que decia la criada de la señora, que se llama del Babel, y los vestidos á lo virgen muy anchos y largos de abajo, y de arriba enjutos.

BASTIAN.

Sí, á manera de escobas de retama. ¡Válgate Dios por vírgenes y por

(1) Atraviesa la calle de un lado á otro una señorita de todo tono de las del dia con vestido de color, ó mejor será negro.

babeles! Lo que no se ve en este Madril no pasa en Constantinopla.

COLASA.

Bastian, ¿y cuándo llegamos á la casa del chico? que estoy molida con las piedras de las calles, y luego tanto coche, tanto borrico como anda por este Madril. . . .

BASTIAN.

Por aqui dicen que ha de estar la calle de Majaderos ó Marranitos, que es donde vive (1); pero mira, mira qué dos chuscos ó gitanos. . . .

ESCENA II.

Los majos y los dichos.

MAJA.

Harta vengo de reir, Perico, con esos dechuguinos ú hombres convertidos en micos.

(1) Se dejan ver los majos al lado opuesto del que estan los payos, y vienen hablando entre sí.

MAJO.

Paquita, ¿reparaste bien en la levita, el cuello de la camisa y aquella carita de perrito dogo? Lo mesmito, ¿te acuerdas cuando estuvimos en Cádiz? que cierta clase de jóvenes muy escarolados y empinaditos. . . .

MAJA.

Déjalo por Dios, chusco mio, que peleles como esta gente no hemos manteado en Carnestolendas. Pues el hablar. . . . ja, ja, ja: hablan por música, y sus palabras van tan escasas como el paño del fraque.

MAJO.

Vaya, que bien les haceis el bisvco. . . :

MAJA.

¡Yo! para darles papera. Vale mas un cacho de la sandunga de nuestros barrios, y la sal de mi Perico, que todo el lujo y la estrangería de los lechuguinos.

BASTIAN (1).

Culasa, muy tempranas van en Madril las hortalizas, que estamos en Enero, y ya hay lechuguino.

COLASA.

Se criará en tiestos ó en parages calientes (2).

MAJA.

Perico, otro lechuguino. . . .

BASTIAN.

Culasa, los lechuguinos en Madril son unos animales que se menean. . . .

ESCENA III.

Los payos, los majos y D. Paquito.

D. PAQUITO.

A Dios, garbosa (3).

(1) Aparte á la paya, con quien está en conversacion el payo, pero como escuchando á los majos.

(2) Atraviesa la calle, saliendo del lado opuesto al de los majos D. Paquito, de lechuguino, tanlareando cualquiera cosa.

(3) A la maja.

MAJA.

A Dios, hermafrodita.

D. PAQUITO.

No hay educacion. Nada se sabe. Este pueblo es bárbaro; no conoce el mérito ni las virtudes, que solo se hallan en cierta clase de mis principios filantrópicos. Voy á buscar á mis amigos: filarmoniaremos un rato, y encantaremos al bello sexo con nuestra elegancia (1).

MAJO.

La del humo. Mientras en España haya estos figurines, no nos faltarán quebraderos de cabeza.

ESCENA IV.

Los majos y payos.

BASTIAN.

Sí, yo se lo pregunto (2). Dios nos

(1) Váse por el lado opuesto al que entró.

(2) Hablando con la paya se llega al majo.

guarde. ¿Me direis dónde está la calle donde tengo un hijo que se llama Juanito, y que estudia abogacía?

MAJA.

¡Graciosa pregunta! Perico, vámonos á las Delicias, que nos esperan el Curro y la Toña, y haremos una ensalada de los lechuguinos del dia.

BASTIAN.

Dale con los lechuguinos. . . . Pero hombre, ¿qué diablos de hortaliza ó casta de duendes son estos lechuguinos ó cebollinos?

MAJA.

Vamos: no hagas caso de pantasmas.

MAJO.

Espera, que mas vale la ignorancia de estos que el saber de muchos. Mira, labriego: los lechuguinos no es hortaliza (1) ni cosa que lo valga; es una nueva casta de medios hombres ó mugeres, que ni son hombres, ni mu-

(1) El majo con mucha sál y soflama.

geres, ni machos ni hembras, sino unos entes muy derechos y empinadicos como el lechuguino (1), con un sombrerito redondo muy chiquito, levita ó frac que no llega á las corvas; atacados de pescuezo; que esconden las narices en un pañuelo; con el cuello de la camisa como tentetieso de la cabeza; guantes en la mano, movidos por solfa; andan á pinitos; usan de corsé ó una cotilla de hierro para el equilibrio y doblez del cuerpo; pecheras como las pasiegas; hacen muchas cortesías, y galantean otras lechuguinas ó cebollinas como ellos, y qué sé yo qué mas. . . . ya, ya les vereis. . . . y sobre todo dicen que son muchos framasones.

BASTIAN.

Hombre. . . . esos son unos animales muy fieros, segun dice el cura de mi lugar.

(1) El payo manifestando en ademanes graciosos la sorpresa que le causa la narracion del majo.

MAJA.

Guardaos de ellos; y cuidado que el hijo que estudia abogacía no sea algun figurin de esos tonos.

BASTIAN.

Mejor quisiera verle en poder de Poncio Pilato: Voy, voy á verle: ¿y cuál es la calle de Majaderos?

MAJA.

Toma. . . . en Madrid hay muchas.

MAJO.

A la vuelta de esta esquina (1), á la mano derecha (2). A Dios, y viva ese paño y honradez, que valen mas que todos los lechuguinos é ingertos cebollinos.

MAJA.

Abur (3), y que os convirtais en

(1) Señala á la parte opuesta por donde entraron los payos.

(2) Da una palmada en el hombro al payo con gracia.

(3) Otra palmada en el otro hombro al payo con gracia.

cebollino, como muchos que vienen á la corte con el vello de la sierra, y luego arrastran coche (1).

ESCENA V.

Los payos.

BASTIAN.

Pero, Culasa, no ves qué cosas... en los lugares se vive con mas cristiandad.

COLASA.

Estoy impaciente por ver al chico: vamos, vamos aprisa.

BASTIAN.

¡Ay Madril, Madril! ¡cuántos y cuántas vendrán que no saldrán como entraron (2)!

(1) Vanse los majos por el lado contrario al que entraron.

(2) Vanse los payos por el lado contrario que entraron.

ESCENA VI.

Casa de posadas. Sala bien amueblada de D. Juanito y compañeros D. Dieguito y D. Paquito. Estos (1).

D. PAQUITO.

Queridos, dia hermoso y de lucirlo las buenas figuras en el Prado. ¿Cómo va de árias, Dieguito?... porque es necesario que hagamos un brillante papel en el concierto consabido. La Inesita encantará: gràcias como las suyas no se encuentran con facilidad.

D. JUANITO.

¡Qué cuerpo tan airoso! ¡qué talle tan fino! Perdido estoy por ella; y alivia mis pesares la grata memoria de que vive en esa habitacion (2); pero

(1) D. Dieguito se hallará á un lado de uua mesa con un violin y un papel de música.

(2) Señala á la habitacion de D. Salustiano y de Doña Inesita.

su papá es tan ergotizado, y de calzas tan atacadas, que no piensa mas que en rezar.

D. PAQUITO (1).

No has caido tú solo en el lazo, que el buen Dieguito tambien se ha mareado.

D. DIEGUITO (2).

Sábio Rossini. . . . no doy con el aria: chicos, creo que la Inesita nos tiene á todos tres trastornado el seso.

D. PAQUITO.

Adoptad un plan que de pronto se me ha prevenido.

D. JUANITO Y D. DIEGUITO.

¿Cuál es?

D. PAQUITO.

Echar suertes, y á quien le toque la jóven, Dios se la depare buena.

(1) Aparte.

(2) Deja D. Dieguito el violin y el papel de música con precipitacion, y viene donde estan los compañeros.

D. DIEGUITO.

Yo no cedo, porque mi amor es un cupido.

D. JUANITO.

Ni yo, que el amor no es criminal cuando le conducen buenos deseos.

D. PAQUITO.

Pues, amigos, cada loco con su tema, que yo no mas amor, porque las hembras son todas unas, y engañan, segun dice el insigne Cienfuegos; chicolearlas, pasar el rato, y entontecerlas, sí; pero dominarme una muger, y ser víctima de una pasion, nò cabe en mis ideas. Hago el amor á todas; no me comprometo con ninguna; y la que sea tonta, que se chupe el dedo. A otra cosa, niños: ¿sabeis que ha venido un maestro sastre de Paris, que compite con los mejores de Londres? ¡Qué telas! ¡qué vestidos! ¡qué corte! ¡qué gusto! Parece que los hombres estan cortados por sus tijeras.

D. JUANITO

Paquito, ¿le has visto tú? ..

D. DIEGUITO.

¿Los trae cúbicos?

D. PAQUITO.

De todas clases, y adaptados al cuerpo. Ellos mismos dan el compás para echar el paso.

D. DIEGUITO.

¡Bravo, bravo!

D. JUANITO.

Me alegro: tomaremos uno, dos ó tres; llevaremos la atencion del bello sexo, y sobre todo de la Inesita, que gusta de lo mejor, y es un voto en la materia.

D. PAQUITO.

Sí, llevémonos la preferencia. Estos estrangeros, estos franceses solo tienen gusto; y si no fuera por ellos, andariamos envueltos en esas levitonas ó sacos del siglo XI, siempre á lo godo y beato; no sabriamos mas que la beaba, y ningun papel hariamos en el globo terrestre. Puedo hablar por esperiencia: ocho años he estado en un colegio; pues, hijos mios, nada he sa-

bido hasta que aprendí el francés: sí, es la mejor lengua, y desde entonces discierno y raciocino; y los franceses son y serán siempre mis mentores.

D. JUANITO.

¿Pero ese maestro vende en regla?

D. PAQUITO.

El gusto no tiene precio. Carta mas ó menos al lugar; tres ó cuatro enredos, y se sale del paso.

D. JUANITO.

Al momento, que vaya Meliton á llamar á ese maestro; pida la mesada adelantada (1); pero esperad, que abren la habitacion de Inesita, y este es otro encanto, á que no puedo resistir.

(1) Se abre la puerta que va á dar á la habitacion de Inesita, y sale Rosa á la escena.

ESCENA VII.

Los dichos y Rosita.

D. DIEGUITO.

¡Ó Rosita! y la señorita ¿cómo está? alegre. . . . enfadada. . . . melancólica. . . . ¿qué hace? ¿toca el piano? ¿baila?

D. JUANITO (1).

Favorable ocasion para enviarla una cartita dictada por la mas noble pasion.

D. PAQUITO.

Estás elegante, Rosita. Lástima que tan precioso pimpollo se marchite.

ROSA.

No dándole á oler, se conservará. Vengo á huidas del viejo impertinente á deciros, de órden de mi señorita, que no puede ir al concierto porque debe acompañar á su papá á un mongio de una prima.

(1) Aparte.

D. JUANITO.

Mongío! . . . ¡Y una jóven de su clase se ha de privar por una patarata de asistir á una concurrencia de jóvenes!

D. DIEGUITO.

Si lo digo yo: estos antiguos no saben otra cosa que ir á las iglesias. Fanatismo y mas fanatismo. . . .

D. PAQUITO.

Suspender el concierto para otro dia. ¡Qué bien estoy con mi filosofia! Amor para tontos.

D. JUANITO.

Decid á la señorita nuestro sentimiento, y que la avisaremos. Rosita, dadla este papelito (1); decidla que la amo, y que me muero si no la veo.

ROSA.

¡Pobrecito! No se muera usted, señorito, que se morirá la señorita.

(1) Da un papel á Rosita con disimulo.

D. DIEGUITO (1).

Rosita, toma esta espresion, y proporcióname el hablar á la señorita.

ROSA.

Lo haré; y á Dios, no venga el amo. . . .

D. PAQUITO.

A Dios, luz de mis ojos (2).

ROSA.

A Dios, y quedad á oscuras (3).

ESCENA VIII.

Los dichos y Meliton.

MELITON.

Sr. D. Juanito, ahi estan dos payos, que segun dicen son sus señores padres.

(1) Aparte con la Rosa, y la da unas monedas.

(2) A Rosita con mucho mimo.

(3) Vase Rosa por la puerta por donde entró.

D. PAQUITO.

Oportuna ocasion para cobrar una letra, y vestirte de todo lujo.

D. JUANITO.

Mis papás.... No los esperaba tan pronto; pero puede serme útil su llegada. Acompáñales (1): que entren, y vé corriendo á llamar á ese maestro que ha venido de París.

MELITON (2).

Triunvirato mas loco no le he visto. ¡Pobres padres, y desgraciadas casas que deban regir (3)!

D. PAQUITO.

Voy yo, y traeré una remesa de vestidos: al paso haré el amor á la sin par Ramoncita, que tiene unos ojos... ¡Ay qué ojos, capaces de entontecer al viejo mas demócrito!

(1) A Meliton.

(2) Aparte.

(3) Vase por donde entró.

D. DIEGUITO (1).

Te acompaño: voy á hâcer una visita á la linda Luisita; la ensayaré un vals, y me tomaré medida de unas botas á la francesa que han venido de todo filíes. ¡Ay Incsita! Hasta luego (2).

D. PAQUITO.

Cuidado (3)... por el otro lado... no nos mancheis....

BASTIAN (4).

Culasa, estos son los lechuguinos ó golondrinos de esta mañana.

MELITON (5).

Entrad.

(1) Coge el sombrero y se acicala.

(2) Vanse D. Dieguito y D. Juanito por su propio cuarto, como el que va á la calle, y se encuentran con los payos.

(3) Con mucho remilgueo á los payos como soplándose.

(4) El payo con la paya, sin acabar de entrar en la escena.

(5) Meliton desde la puerta, y se va sin entrar.

ESCENA IX.

Los payos y D. Juanito.

BASTIAN.

¡Juanito mio (1)!

COLASA.

¡Hijo de mi alma! . . . ¡Hijo de todas mis potencias (2)!

D. JUANITO.

¡Papás! ¿Cómo os habeis atrevido á viajar en estacion tan furibunda?

BASTIAN.

Colasa (3), aqui en Madril apuesto que se acostumbra el llamar de tú los hijos á los padres.

COLASA.

Déjame, que estoy loca de regocijo. ¡Qué guapo estás, Juanito! . . . Ya estás casadero, y ya presto acabarás las letras. . . .

(1) Se abraza con estremo por delante.
(2) La paya le abraza por atrás.
(3) Aparte á la paya.

D. JUANITO.

Mamá, estoy en el último trozo de la literatura legisluya, y me dedico tambien á la enciclopedia (1).

BASTIAN.

Hombre, mas sabes ya que tu tio el capellan; y eso que aquel sabe de memoria todo el Flor santorum, los doce pares de Francia, Bertoldo y Bertoldino, y otro libro, que está en romance, del matrimonio y de la bula. Pero, Juanito (2), con ese surtú tan chico, segun dicen malas lenguas, pareces un lechuguino. . . .

COLASA.

Bruto, ¿qué sabes tú? Mejor se parece á uno de aquellos que salen en los autos que por noche güena hacia el tio Giraldo en nuestro lugar.

(1) El payo se entontece, y como que se eleva al oir á su hijo.

(2) Le toca la casaca al hijo como admirándose.

D. JUANITO.

Dicterios reprensibles, y que propala esa gente que vive de rutinas. Nuestras ideas estan en oposicion con sus costumbres (1); y porque tenemos arreglados á un oblicuo compás hasta los movimientos de nuestros pies, y nos captamos la atencion de los sensatos y literatos, nos murmuran. ¡Miserables! Si ellos supieran el francés, no murmurarian de unos jóvenes que son la esperanza de las naciones cultas.

BASTIAN (2).

¡Bendita seas, Culasa, que tal hijo pariste! y aunque venda hasta las esquilas de las mulas y los aperos de la labor, estudia, Juanito, toda la cornicopedia, para que te veamos con una droga al pescuezo.

(1) Arrima sillas á sus padres, y se sientan todos tres, poniéndose él en medio.

(2) Se levanta de repente lleno de un júbilo estremado, y abraza á la paya.

D. JUANITO.

Un sacrificio quiero exigiros en beneficio de todos. Estoy decidido á unirme con la virtuosa Inesita, jóven de mérito relevante, de gran casa, de supereminente habilidad, toca el piano, canta cual otra Todi (1), baila que es un primor, viste que pasma, y hace feliz al jóven que logre su blanca mano. ¡O Inesita! tú eres el ídolo de mi corazon; y si no te poseo, seré el mas desgraciado de los mortales (2). Es necesario que la veais, papá mio.

BASTIAN.

Pero esa Inesita ¿es muger?... tiene mucho dinero?...

COLASA.

¿Con que ya me quieres dar nuera, hijo de mi alma? Bastian, vé á verla, sí, sí, y haz todo lo que te diga el chico.

(1) Como que se engríen y entontecen los payos escuchando al hijo.

(2) Coge D. Juanito las manos al payo con entusiasmo.

BASTIAN (1).

¿Y para qué es, Juanito, ese espejo redondo colgado de ese surtur ó anguarina?

D. JUANITO.

¡Oh! Este es un lente que sirve á mi cansada vista de un adminículo auxiliar. Solo le gastan los literatos; y cuantos veais con él, y jóvenes del bello sexo que le llevan en la mano, son otros tantos sugetos que hacen pró en la sociedad. A mi Inesita, papá, venid á verla; pero antes dejad ese trage tan grosero; y poniéndoos uno del dia, parecereis otro, y dareis á entender que sois mi digno papá.

BASTIAN (2).

¿Pues qué con estas bragas y chupa no he sido yo tu padre? Culasá, ¿de

(1) Coge el payo el espejito, que colgará de la levita de D. Juanito.

(2) Se levanta como admirándose y dando voces, y en seguida se levantan Don Juanito y la paya.

quién es hijo Juanito? ¿Yo dejar un trage heredado, como dice el fiel de fechos del lugar, de Juan Cortés? Ni por pienso: cada loco con su tema, y cada oveja con su pareja.

COLASA (1).

Bastian, ¿será cosa que me descase ó te levante un falso testimonio? . . . Bien sabes tú vestirte de mogiganga en el carnabal, y hacias reir á la justicia; con que ahora hagas esto por el chico es mas aquel y mas del caso.

BASTIAN.

¡Culasa, Culasa! . . . Estaré yo bonito con semejante aparejo. ¿Cómo he de menear los brazos, los pies y el quejido del cuerpo con esos surtos ó anguarinas, ni ese demente ó simiente, ni otras cosas que se hacen en Madril (2)?

(1) La paya al payo como amenazándole, y detrás de él.

(2) Espresando el payo algunos movimientos que indican las palabras.

D. JUANITO.

No hay cuidado, papá: yo os impondré, y el asunto es concluido felizmente.

ESCENA X.

D. Paquito, Meliton, D. Juanito y los payos.

D. PAQUITO (1).

Aqui hay dos levitas á lo papá, dos fraques del gran tono, una cúbica, chalecos del arco iris; todo hecho en el gran París, y del mayor gusto. Varios amigos han tomado, y es necesario vayamos uniformes.

MELITON (2).

Loco me traen estos jóvenes: de todo compran; para todo tienen, y para cubrir sus primeras obligaciones

(1) Meliton traerá en un pañuelo lo que espresa D. Paquito, y pone sobre una mesa.

(2) Aparte.

siempre estan á últimos del mes.

D. JUANITO.

A feliz ocasion has llegado, Paquito. Papá, ¿quereis una levita, ó frac?

BASTIAN.

¿Con que ello ha de ser?

COLASA.

Sí, sí, que el chico lo quiere, y ya deseo verle á la puerta de la iglesia con la Inesita.

BASTIAN.

¿Pero cuándo comemos? que yo creo que en este Madril, estando con el corbatin bien apretado, no se piensa en comer.

D. JUANITO.

Despues que os vistais, antes de ver á Inesita.

D. PAQUITO (1).

¡Si vieras qué aire de taco llevaba la Antoñita! ¡qué dulce y amable! ¡con qué gracita me habló! Se rinde á

(1) A D. Juanito, todo á lo atolondrado, como lo es este papel.

mis insinuaciones; pero si nosotros tiramos unas flechas irresistibles. . . . Este cuerpo, este elegante vestir y este gusto son otras tantas sirenas, á que no pueden menos de ceder hasta las coquetas mas coquetitas, y las beatas que no alzan los ojos del suelo (1). ¿Con que, amigo, vais á entrar en el gran tono? . . . me alegró: sereis un hombre, y figurareis en el gran mundo. Esos trages deben desterrarse, porque ya hay mucha ilustracion, mucha despreocupacion; y asi es que ya sabemos comer, bailar, vestir, enamorar, cantar, estudiar, hablar, y sobre todo dirigir cualquiera empresa, por árdua que sea.

BASTIAN.

Pero pechar para todo, arar, cavar, sembrar, segar, trillar, vendimiar, desterronar, y rabiar comiendo un poco de cebolla y carne podrida, eso es para los labriegos, que ya no te-

(1) Al payo.

nemos quilo con tanto trabajar, y tan poco como nos luce; y pues aqui en Madril con esos trages ó filomonias se come, se bebe y se huelga á pierna suelta, voy á hacerme mas hombre que todos los de mi porsapia.

D. JUANITO (1).

Meliton, trae mis botas, un chaleco de iris, los pantalones mamelucos, el saca-botas, pañuelos blancos de figurin, unos guantes, el relojito, la cadenita de Cupido, los tirantes del amor, el corsé de acero. . . . el bote de olor: llama un peluquero.

BASTIAN.

Pero, hombre, ¿soy yo algun macho que le vais á cargar?

MELITON (2).

¡Qué lástima de Orates! Voy corriendo (3).

(1) Con la mayor precipitacion habla á Meliton.

(2) Aparte.

(3) Vase al cuarto por la ropa.

ESCENA XI.

Los payos, D. Paquito y D. Juanito.

COLASA.

Bastian, como que me entran á mí ganas de vestirme de señora. . . .

BASTIAN.

Culasa, es Pedro viejo para cabrero.

D. PAQUITO (1).

Meliton, trae una camisa, un camisolin y el alfiler de Vénus, que está al sombrío de mi catre, un peine de batir. . . .

BASTIAN.

Sobra la camisa. ¡Cuántos andarán en Madril sin ella, y con mas relumbrones que un picador de á caballo!

(1) Mirando hácia donde entró Meliton.

ESCENA XII.

Los mismos y Meliton.

MELITON (1).

Aqui hay parte de vuestros encargos: voy por lo restante (2).

ESCENA XIII.

D. Juanito, D. Paquito y los payos.

BASTIAN.

Pues si ello ha de ser, antes hoy que mañana (3). Estas mugeres son el demonio.

D. JUANITO.

Las botas primero (4): tirad de e-

(1) Pone la ropa que trae encima de una mesa ó silla.

(2) Vase por la ropa restante.

(3) El payo se quita la ropa, segun se va espresando.

(4) Se sienta el payo para ponerse las botas.

sos hierros línea perpendicular.

BASTIAN.

Esos hierros son los mismos que con los que se repican las campanas en mi lugar. Pero si de pronto hay que sacar estas aquellas, ¿por dónde se sacan?

D. JUANITO.

Ellas salen.

ESCENA XIV.

D. Paquito, D. Juanito, los payos y Meliton.

MELITON.

Ya está aqui todo (1).

D. JUANITO.

Los pantalones, Meliton (2).

BASTIAN.

Estós bien caben con mis bragas:

(1) Meliton pone la demas ropa con la otra alli á un lado.

(2) Meliton les alcanza, y á este tenor la demas ropa, segun la vayan pidiendo.

¿y entran por la cabeza ó por aqui (1)? Culasa, Culasa, estos si que son buenos calzones para las señoras mugeres, que las gusta atacárselos: ven, ven si quieres, que para los dos hay.

COLASA.

Déjate gobernar, majadero. . . .

BASTIAN.

Anda, que en poniéndome este trage no lo seré.

D. PAQUITO.

El corsé. . . . es escelente.

BASTIAN.

¿Bero quién se pone este peto ó cotilla?

D. JUANITO.

Vos, papá.

BASTIAN.

¿Y cómo tengo de andar, si me va á quitar la circulacion de la sangre? Y este hierro ¿no ves que me va á des-

(1) Hace que les mete por un brazo despues de insinuar á la cabeza, y Meliton les dirige donde debe.

quiciar la tela seguntina? ¡Ay, ay (1)!

MELITON.

No apretar tanto. . . .

D. PAQUITO.

¿Qué sabes tú, estúpido? ¿Cómo el cuerpo ha de ir en paralela, y el vientre en línea con la punta de la bota?

BASTIAN.

Pues maldita sea la parihuela, las líneas y las botas (2). Y este arrapiezo ¿qué es?

D. JUANITO.

Un camisolin de holanda.

BASTIAN.

¿Y este se quita en llegando á las casas?

MELITON.

No señor: suple á la camisa.

BASTIAN.

De esa manera habrá muchos ca-

(1) Le aprieta el corsé D. Paquito.

(2) Ve el camisolin.

misolines en Madril (1).

D. PAQUITO.

Los tirantes. . . .

BASTIAN.

¿Y para qué son estos cordeles pintados?

D. PAQUITO.

Para sostener en órden los pantalones.

BASTIAN.

Culasa, para uu lance de prisa, ¿cómo se verán estos madrileños?

MELITON.

El corbatin ó pañuelo.

BASTIAN.

Yo le llevaré en la faltriquera.

D. JUANITO.

Si es para el pescuezo (2).

BASTIAN.

Señor Meliton ó Melocoton, no aprietes. . . . Culasa, esto es insufrible, sin comer, tieso el garguero, la barri-

(1) Se le pone Melitou.

(2) Meliton le pone el corbatin.

ga prieta, los hombros en tortura, y los pies en tormento; otro Sancho Panza en la ínsula Canaria.

COLASA.

Mejor estás que estabas. Marido mio, ya estoy rabiando por darte un pellizco y un abrazo.

BASTIAN.

El mesmito estoy yo para ir á San Roque.

D. JUANITO.

El curasie ó chaleco (1).

BASTIAN.

¿Y qué abulta en esa casaca ó sortú?

D. PAQUITO.

Son las pecheras para la gracia y hermosura del talle.

BASTIAN (2).

No quiero casaca. . . . iré en man-

(1) D. Juauito le pone el chaleco.

(2) Se levanta el payo enfadado; y andando por el teatro en mangas de camisa, espresa su modo de sentir, pero con gracia.

gas de camisa. ¿Ahora me he de poner yo tetas ó pechera, como si fuera una hembra? Culasa, eso no, que soy macho y muy macho.

D. JUANITO.

Pero, papá, si es traido por los estrangeros, y es lo que al hombre hace hombre.

BASTIAN.

Al hombre le hace mico, muger, femenino, mona; y el hombre deja de ser hombre con semejantes judiadas. Eso es para las mugeres, á quienes la naturaleza dió su gracia y tal aquel para criar á los hijos; y asi, si los estrangeros son hembras y machos, ó del género femenino, que gasten tetas y pecheras, que yo soy español católico apostólico romano.

COLASA (1).

Bastian, no me dés que sentir. . . .

(1) La paya va tras del payo instándole á que se ponga la casaca.

ponte la casaca: yo voy á enfermar con este hombre. . . .

D. JUANITO (1).

Papá, concluid la obra, y hacednos felices.

BASTIAN (2).

Aparejarme, y despues echarme una albarda maragata (3). Tú me percipitas, Culasa.

D. PAQUITO.

El sombrerito. . . . Sr. D. Sebastianito, sois un lindito, un bellito y un hombre entonadito.

BASTIAN.

Soy un majaderito, un padrecito muy tontito, y que por querer á su hijo Juanito se ha convertido en un miquito (4). Y ahora ¿quién me trae

(1) D. Juanito insta lo mismo á su padre.

(2) Se para en medio del foro con mucha soflama.

(3) Se pone la casaca.

(4) Tira á andar el payo, y hace que no puede.

andar? . . . Culasa, si no puedo moverme. . . .

D. JUANITO.

La pomada para el pelo.

BASTIAN.

Despacio con la cabeza, que padece de reuma.

D. JUANITO.

Tomad este baston inglés, y moveros en compás. Los guantes (1). Asi no (2).

D. PAQUITO.

Moved asi el paso (3): primero el pie izquierdo á medio doblar. . . . despues como á dos esféricas el derecho todo de redoble; siempre el cuerpo recto, y la barba como inclinada á la

(1) Le dan el baston inglés y los guantes.

(2) Tira á ponerse los guantes al revés, y D. Juanito le dice cómo se han de poner.

(3) Segun se espresa va haciéndolo ver en la accion.

admósfera (1). El puño de la mano siniestra semicerrado en cóncavo; la derecha en ademan de hablar; el bastoncito se mueve en regla; y al hallarse con algun sugeto de alto coturno, se inclina un poco la cabeza, se mueven los hombros como en oleadas, se dan dos pasitos hácia atrás; pero si es algun idolillo, se dan seis, se hace una reverencia toda en plan, se toca el sombrero con dos deditos, y se dirigen alguna vez las manos á la espalda, haciendo alguna esclamacion gutural, y si puede ser, en francés ó en verso de aria ó terceto italiano, mas selecto y pintoresco. Giros en el cuerpo, hablar en énfasis, y siempre dar á entender que se sabe música, geometría y algo de caricaturas.

BASTIAN.

Ya, ya lo voy entendiendo. Este es

(1) El payo como que le quiere imitar, y á todo está atento con gracia.

el paso (1). . . el cuerpo se mueve asi. . . . los brazos. . . . los pies. . . . el sombrerito. . . . el baston. . . . las reverencias. . . el andar. . . el cantar. . . O meo Micholini (2) . . . Juanitini. . . . Bodini. . . Colasini. . . Borriquini. . . . Culasa, apréndelo tú tambien, para que se lo enseñes á nuestras hijas y vecinas.

D. PAQUITO.

Ea, Juanito, manos á la obra: vé con tu papá.

BASTIAN.

Sí, comeremos, que la danza sale de la panza.

D. PAQUITO (3).

No te olvides de decir á tu papá que te dé dinero: ya sabes cómo esta-

(1) Procura imitar lo de D. Paquito con la mayor ridiculez, espresando con la accion lo que dicen las palabras.

(2). Canta con la posible chocarrería y gracia.

(3) Aparte á D. Juanito.

mos, y las cosas que traemos entre manos. Voy á cantar unas árias en presencia de una jóven francesita que sabe apreciar el mérito. A Dios, caballerito (1), y que se concluya la empresa como es propio de un hombre de su talento (2).

ESCENA XV.

Los payos, D. Juanito y Meliton.

BASTÍAN.

Sí se concluirá; pero será con algun sofoco, ó echando las tripas por los riñones.

D. JUANITO.

Meliton, vé á la fonda, y traenos de almorzar. Papá, ¡cuánto tengo que agradeceros!

MELITON (3).

Tan loco es el hijo como tontos los padres. ¡O mundo miserable! ¡ó vida humana! Todo es apariencias, trampas y engaños (4).

(1) Al payo. (3) Aparte.
(2) Vase cantando. (4) Vase.

ESCENA XVI.

Los payos y D. Juanito.

COLASA.

Bastian, cuidado no hagas de las tuyas: la cosa es seria, y déjale al chico.

BASTIAN.

No hayas miedo, Culasa: en buenas manos está el pandero. No temas, que todos quedaremos airosos. La Inesita será nuestra; y en el lugar se dirá que Bastian Carrasco ha sido en Madril un héroe, un francés, un inglés, un italiano, un corsaco y un mistiforis de hembra y macho, que sabe andar, hablar, comer, beber, enamorar, vestir y todo lo demas que se sabe en Madril.

D. JUANITO.

Vamos, vamos. Inesita, ya llega el momento de nuestra felicidad. ¡O sexo encantador! Tú haces la suerte de los hombres, y vas á fijar la mia.

ACTO SEGUNDO.

Habitacion bien amueblada de Don Salustiano y Doña Inesita, con ropa encima de un sofá.

ESCENA PRIMERA.

Doña Inesita y Rosa.

DOÑA INESITA.

Ninguna modista da el aire á los vestidos como la francesa de casa (1). Guarda ese chuchumeco.... mirá qué rulox.... pues los volantes.... no quiero ese vestido (2). ¡Qué corte tan gótico!... á la española habia de es-

(1) Dice con los hechos lo que espresa. Coge un vestido del sofá.

(2) Le arroja.

tar él, para que no fuese ridículo. ¡Malhaya el mongío y las rarezas de mi papá!... Trae el tocador (1). ¡Jesus, qué rizos (2)!... No me vuelvas á llamar á ese peluquero, que piensa peina señoras del tontillo: llama á Monsiur Curtí, el francés (3). Quita el tocador (4).

ROSA (5).

Insufrible es esta señorita cuando se trata de modas: ¿y qué modas? Los vestidos y telas que gastaba mi abuela cuando asistia á un bateo.

DOÑA INESITA.

¡Si vieras, Rosa, qué gorro llevó la Teodora al Prado! ¡qué elegante! Estoy por los estrangeros.... Pero, Rosa, ¿habrá acaecido alguna nove-

(1) Doña Inesita se pone al tocador, que la habrá alcanzado Rosa.

(2) Se toca el pelo con ira.

(3) En ademan de una coqueta.

(4) Se levanta.

(5) Rosa quita el tocador y dice aparte.

dad? que no han venido ni D. Juanito ni D. Dieguito.

ROSA.

Mejor es que no vengan, si cada visita es una quimera con su señor papá.

DOÑA INESITA.

Genio muy singular: mira tú si mi edad y mis circunstancias no exigen alguna distraccion. ¿Qué te parece á tí D. Juanito?

ROSA.

Me parece veleidoso, y que no tiene la figura de D. Dieguito: los dos os aman en estremo: sus billetes y recados son muy espresivos; pero debíais decidiros por el que mas llene vuestro corazon. A mí me engañaba D. Dieguito....

DOÑA INESITA.

Deja que me enamoren los dos, que las niñas de mi clase no merecemos menos que muchas casadas, que

tienen para el amor media docena de bellos jóvenes (1).

ESCENA II.

Doña Inesita, Rosa y D. Dieguito.

D. DIEGUITO *al bastidor.*

¿Chis, chis? .... ¿Rosita.?

ROSA.

Señorita, llaman; y si no me engaño, es la voz de D. Dieguito.

DOÑA INESITA.

Corre, dile que entre, que papá ha salido (2).

ROSA.

Este es franco; y cuando hay dinero, todo se vence (3). Quedito: aqui

(1) D. Dieguito entre bastidores, desde donde llama.

(2) La Rosa va á llamar á D. Dieguito, diciendo aparte.

(3) Habla á D. Dieguito.

está la señorita, y muerta por veros (1).

D. DIEGUITO.

Señorita, á los pies de usted.... no puedo esplicaros el acerbo dolor que nos causó el tal mongío. ¡Oh! yo he padecido y padezco. Vos sabeis que os amo....

ROSA (2).

Es un encanto la facilidad con que se derriten estos jóvenes.

D. DIEGUITO.

Vuestro papá.... no quisiera entrar en discusiones.

DOÑA INESITA.

Nó: ha salido. Rosa, está á la vista. Trae sillas (3). El mongío... no puedo menos de obedecer, y deseo el momento de sacudir el yugo paternal.

(1) Viene D. Dieguito con la Rosa.

(2) Aparte.

(3) Se sientan, menos la Rosa, que está detrás y en observacion.

D. DIEGUITO.

En vuestra mano está. Hablad con franqueza á vuestro papá; pero, Inesita, ¿seré yo el feliz? .... ¿podré tener siquiera la ilusion de que me amais (1)?

DOÑA INESITA.

Yo aprecio el mérito. Un jóven de vuestras prendas me hará feliz; pero mi papá....

D. DIEGUITO.

Eso es que vuestro corazoncito está por Juanito: sí, sé algunas confianzas.... no abuso de la amistad; y solo me resta padecer.

ROSA (2).

Señorita, voy adentro á ver si el amo viene.

DOÑA INESITA.

Pero avisa, y no le pierdas de vista.

(1) Arrimando la silla á Doña Inesita.
(2) Se llega la Rosa á Doña Inesita.

D. DIEGUITO (1).

Rosita, soy hombre de honor; ya me entiendes.

ROSA.

Descuidad (2). Voy corriendo, que tengo una cita; y las doncellas de mi altura tambien enamoramos y nos enamoran (3).

ESCENA III.

Doña Inesita y D. Dieguito.

DOÑA INESITA.

Voy á estrenar un trage, que dará golpe en el Prado y en la mejor concurrencia.

D. DIEGUITO.

Sin él estais hermosa; pero, Inèsita, vuestros ojos me dicen que ese corazon ocupa otra atencion: si lo digo

(1) D. Dieguito á la Rosa.
(2) Aparte.
(3) Se va la Rosa.

yo, que Juanito (1)... Los celos son rabiosos, señorita; y no debeis estrañar el lenguage propio de una pasion (2).

ESCENA IV.

Doña Inesita, D. Dieguito y Don Salustiano.

D. SALUSTIANO *al bastidor.*

No puedo separarme de esta muchacha. ¡O juventud, qué abandonada vives! y á pesar de las reflexiones y consejos de los padres, te estravías. Este es uno de aquellos jóvenes que viven en el cuarto inmediato; loco, como sus compañeros, sin principios ningunos de religion, y que todo el

(1) Atolondrado y arrimándose á Doña Inesita.

(2) Al bastidor D. Salustiano, sin ser visto, ó por mejor decir, desde la puerta de su cuarto.

dia invierten en seducir jóvenes y en embaucar tontas. Oigamos; pero nó, no rezarán el rosario. . . .

DOÑA INESITA.

Ya os he insinuado bastante, Don Dieguito. Yo tengo un corazon sensible; sé amar; sé corresponder. Don Juanito me ama, es verdad: vos me amais; y espero que llegue pronto el dia en que, á pesar de la dureza é ideas opuestas de mi papá, elija un jóven que me haga feliz.

D. DIEGUITO.

Si lo digo yo. . . . que vuestro papá es un hotentote; rezar y mas rezar. . . . os esclaviza, y debeis decirle que la naturaleza no le ha formado padre para tiranizaros. Los padres mandan hasta cierto punto; pero en llegando al amor, todos somos dueños de nuestras acciones. Nada, nada (1): decidle que no habeis nacido para un convento. Firme con estos beatos y

(1) En un tono insultante y libre.

gazmoños, que solo viven de preocupaciones (1).

D. SALUSTIANO.

Y usted se alimenta de máximas destructoras de la mas sana moral.

DOÑA INESITA (2).

Papá. . . Rosa. . . ¡Esta Rosa! . . .

D. DIEGUITO.

No es mi ánimo ofenderos. . . hablo en general (3) . . . La Rosa. . . .

D. SALUSTIANO (4).

Retírese usted.

DOÑA INESITA (5).

Esta Rosa. . . . ¡Terrible lance! ¡Qué padres! mejor han nacido para monges que para padres de familias.

(1) D. Salustiano sale de repente al teatro, y les sorprende.

(2) Se levantan precipitadamente Don Dieguito y Doña Inesita.

(3) Aturdido.

(4) A Doña Inesita.

(5) Doña Inesita se retira diciendo.

D. SALUSTIANO (1).

Deteneos vos, caballero. ¿Juzgais acaso que un padre cria á sus hijos para que cuatro jóvenes atolondrados, sin religion y sin moral, les separen de la senda de la virtud? Hace dias que os conozco; sé vuestros estravíos, la corrupcion de vuestro corazon, las máximas que verteis, y las compañías con que os asociais, y os prohibo para siempre la entrada en este cuarto, y el que veais á mi hija. Los padres, decís, mandan hasta cierto punto; però en llegando al amor, cada uno es dueño de sus acciones; máxima ciertamente maquiavélica, y destructora de la sociedad doméstica y del pacto de las familias. Un padre vela sobre el bienestar de los hijos que le confió la Divina Providencia; sí, aquel Dios que premia la virtud, como castiga el vicio, y á quien no conoce ni teme el

(1) A D. Dieguito, que está en ademan de irse, y se para al hablarle D. Salustiano.

jóven pervertido. ¿Y cuándo (1) desempeñará mejor el padre tan alto encargo, que cuando los hijos tratan de una eleccion que ó puede hacer su felicidad, ú ocasionarles su ruina? ¿Oirán los hijos los consejos de un jóven que no piensa mas que en arruinar la casa de sus padres; que vive distraido con los bailes, con las modas, con el juego, con la lectura de los libros infernales; que murmura de todo lo que no halaga á su sensualidad y placeres; que jamás entra en un templo; que desprecia los santos ministros del Altar, y que siquiera da á entender en su conducta ni pública ni privada que ha nacido en el seno de una nacion católica: ú oirán á un padre que ama entrañablemente á sus hijos; que les ha criado á costa de sacrificios, y ha procurado darles una educacion religiosa,

(1) D. Dieguito manifiesta su impaciencia en oir á D. Salustiano como con desprecio.

moral y política en el verdadero sentido de la palabra? Yo seria un déspota, sí, lo será cualquier padre; y tiranizaré á mi hija si la violento á adoptar un estado opuesto á su inclinacion, á una inclinacion honesta; pero para que le elija es necesaria la reflexion, el conocimiento de los hombres y de los peligros á que conduce una juventud, que hoy en lo general está viciada; y esto sin que se la retraiga de darla una distraccion propia de su clase, no mogigata, ni como á muchas jóvenes por desgracia, que no conocen otra moral que la concurrencia de hombres corrompidos, y solo tratan de modas y tonterías. Mi hija podrá elegir por sí; pero antes pondré á su vista el bien y el mal, y no seré responsable ni para con Dios, ni para con los hombres, de sus estravíos y locuras; como otros padres lo son, por los demasiados mimos, condescendencias y su mal ejemplo, que suele ser el gérmen de los vicios de una familia, y el abandono de sus

hijos. . . . Decís que rezo, y que esta es una gazmoñería: así gradúa la impiedad las buenas obras, y la obligacion que tiene todo cristiano de implorar las misericordias de Dios, y de darle gracias por los inmensos beneficios que recibe de su adorable mano; mas no por esto ni omito mis obligaciones, ni soy un misantropo, ni dejo de dar á las cosas su justo precio. . . . porque (1) . . .

D. DIEGUITO.

Sr. D. Salustiano, he tenido demasiado sufrimiento en oiros el gran sermon que me habeis dirigido; guardadle para vuestra hija, y abundad en vuestras ideas. Si yo he venido á este cuarto, es por daros honor, como le da un jóven de mis circunstancias: observaré vuestros preceptos, y no volveré á parecer por aqui, aunque vues-

(1) D. Dieguito, incomodado, coge el sombrero y en ademan de irse con desprecio.

tra hija me adora (1).

D. SALUSTIANO.

Honor, honor. . . . dádsele á vuestras costumbres; y si os es duro este lenguage, algun dia querreis oirle, y hasta el cielo cerrará sus puertas.

D. DIEGUITO.

¡Qué tontería! Rezad por mí, y llevad vuestra hija á los mongíos para que aprenda. ¡O siglo, cuándo te acabarás de ilustrar! A Dios, y creed que me esperan en otra parte (2).

(1) Yéndose D. Dieguito; y al volver á hablarle D. Salustiano, pára un poco para contestar con el mismo desprecio.

(2) Al irse D. Dieguito se encuentra con Rosa é Inesita, que vienen á la voz de D. Salustiano. Se hacen unos y otros una cortesía seria.

ESCENA V.

D. Salustiano, Doña Inesita y Rosa.

D. SALUSTIANO.

La disolucion es la que te conduce (1). ¿Inés?

ROSA (2).

Si me sorprendió vuestro papá. . . . no le ví entrar.

DOÑA INESITA.

Gracias por tu cuidado (3).

D. SALUSTIANO.

Retírate tú (4). Estás empeñada en darme disgustos y atraerte tu desgracia.

(1) A la puerta de la habitacion, llamando á Inesita.

(2) Viene hablando Doña Inesita con Rosa.

(3) A la Rosa.

(4) A Rosá, que se va.

DOÑA INESITA.

Pero, papá, si es un jóven que. . .

D. SALUSTIANO.

Es un joven loco, inmoral, como otros de su clase; y en prueba de ello mira los consejos y máximas que te enseñaba el caballerito, á desgarrar el vínculo paternal, todo consagrado á tu felicidad.

DOÑA INESITA.

Pero, papá, ¿no he de hablar con hombres que tienen ilustracion?

D. SALUSTIANO.

No señora, nó; la perdicion de usted, y la corrupcion del mejor corazon es un jóven semejante; él y sus compañeros deben huirse, y os prohibo que les hableis. Varias veces os he insinuado lo mismo; y una hija que se precia de amar á su padre, en la obediencia manifiesta su cariño y su respeto (1). ¿A qué estan ahi esos vestidos?

(1) Reflexiona D. Salustiano sobre los vestidos que estan por alli como tirados.

Estas modas, este lujo arruina las naciones, cuanto mas una familia (1). Este libro.... la nueva Eloisa.... Niña, ¿quién te ha dado este libro? ¿quién te seduce; y quién trastorna las ideas cristianas que he procurado identificar con tu sangre (2)? Otro... Abelardo.... libros proscriptos, y el lazo con que se seducen las mejores índoles. Guárdate, pues, de este veneno, ni de que yo sepa que tomas en la mano tales libelos.

DOÑA INESITA.

Son de D. Juanito, el vecino, que me los dió para distraerme.

D. SALUSTIANO.

Para perderte dijeras mejor: es un lazo perverso con que se corrompe la mas sana educacion; y bajo el especio-

(1) Sobre el mismo sofá ve un libro, le abre al principio, y dice su nombre.

(2) Sobre otra silla inmediata estan las cartas de Abelardo, las que tambien abre, y dice su nombre.

so velo de distraccion, de reforma, de gusto, de belleza y de despreocupacion, se esparcen las máximas mas perniciosas y subversivas (1). Una esquela. . . . yo veo mi ruina, mi deshonor (2).

DOÑA INESITA (3).

Todos los males se agolpan sobre mí.

D. SALUSTIANO.

¿Y éste papel es tambien para distraerte? ¿se pinta con colores mas vivos la disolucion? ¿te desengañas lo que son estos jóvenes? El D. Juanito. . . . otro loco.

DOÑA INESITA.

El amor, papá, es digno de disimulo.

D. SALUSTIANO.

Yo tambien he amado; pero con

(1) Mira D. Salustiano, y ve sobre una silla una esquela; la coge y la abre.

(2) Lee para sí.

(3) Aparte.

un amor honesto, respetuoso, y sin perder de vista la cristiana moral (1). Hija, tu conducta llena mi corazon de amargura; y á pesar de mi ternura, esperimentarás mis rigores si no sofocas tales sentimientos. Retírate á tus labores, y hazte mas digna de mi cariño y confianza (2).

ESCENA VI.

D. Salustiano y Rosa.

ROSA (3).

Un caballero desea veros, señor.

D. SALUSTIANO.

¿Pero es algun D. Dieguito, Don Juanito, ó cosa que lo parezca?

(1) Con carácter demasiado serio, y rasga la esquela.

(2) Vase Doña Inesita con sumision al parecer.

(3) Rosa sale ligera al empezar la escena.

ROSA.

Es un hombre de edad, y al parecer de juicio.

D. SALUSTIANO.

Que entre (1). Hé aqui el resultado de los resabios que adquiere la juventud desde su niñez. Si ahora fuera, no me casaba. Hijos.... hijos.... voz dulce y amable; pero responsabilidades y pesadumbres rodean á los casados.

ESCENA VII.

D. Salustiano y D. Lázaro.

D. LÁZARO.

Tengo el honor de saludaros. Creo seais D. Salustiano del Rincon.

D. SALUSTIANO.

Servidor de usted: tomad asiento, y decidme en qué puedo complaceros (2).

(1) Vase Rosa.

(2) Arrima dos sillas D. Salustiano, y se sientan.

D. LÁZARO.

Un amigo vuestro y mio os escribe (1).

D. SALUSTIANO *lee.*

Querido Salustiano: D. Lázaro Perez, sugeto de toda mi confianza, y dador de esta, pasa á esa con el objeto de ver á su hijo, y evacuar varias diligencias; en que te interesarás cual por mí. Deseamos que concluyas tus negocios, y vengas á tu casa, para tener el gusto de darte un abrazo, y otro á Inesita; de quienes es todo = Simon de Leon. = Murcia, &c.

Representa.

¿Hijos teneis? No os faltarán desgracias.

D. LÁZARO.

Uno tengo aqui en Madrid hace cinco años, imponiéndose en el giro del comercio y conocimiento de lenguas, y por desgracia no tengo las

(1) Da D. Lázaro una carta á D. Salustiano.

mejores noticias de él.

D. SALUSTIANO.

No lo digo. . . . Está muy corrompida la juventud: vos lo vereis. Este cuarto es vuestro; hay una cama, un cubierto, y sobre todo franqueza y deseo de serviros. D. Simon es mi amigo; y sin tan poderosa recomendacion, vos lo mereceis. Contad conmigo en todo, porque los hijos. . . . estos hijos. . . . una hija tengo, y me da que hacer mas que un hospicio.

D. LÁZARO.

Pero, Sr. D. Salustiano, ¿tan estraviada está la juventud? ¿Es posible que en Madrid? . . .

D. SALUSTIANO.

En Madrid hay hombres virtuosos, hombres sabios; pero los hay viciosos, pedantes, y corruptores de las costumbres. La juventud está perdida, y no piensa mas que en modas y en distracciones peligrosas. Persuadida á que con aprender un poco los idiomas francés, inglés ó italiano, con acica-

larse y embutirse en unos trages que afeminan el carácter español, por su naturaleza tan serio é imponente, todo se sabe, y que es susceptible de gobernar un imperio, vive olvidada de sí misma, y atropella hasta por el vicio, para realizar sus quiméricos planes, que hacen su desgracia y la de sus casas.

D. LÁZARO.

Cosa á la verdad estraña en una corte que tanto presenta de utilidad é instruccion: tantos establecimientos literarios y academias particulares debian ser unos avisos á la juventud para retraerla del vicio.

D. SALUSTIANO.

¡O amigo! sabeis poco, y disimulad mi confianza. Hay establecimientos y academias, es cierto; pero si aun á estos se asiste por moda y espíritu de novedád, á que tanto nos hemos acostumbrado, ¿qué fondo de conocimientos quereis se adquieran? Es moda estudiar el francés cualquiera jóven; pe-

ro tambien lo es no conocer el alfabeto de nuestro enriquecido idioma. Apréndase muy enhorabuena aquel; es útil, y muchas veces necesario, pero despues de saberse nuestro español idioma. Es moda que una jóven sepa tocar el piano, bailar, ponerse á un tocador, engalanarse y seducir; pero hacerse muger para ser el dia de mañana una buena esposa y madre de familia, de eso no se hable; nada, nada; en eso es en lo que menos se piensa. Hoy, Sr. D. Lázaro, es moda todo lo que es novedad; y hasta la moda es vicio si el vicio es moda. Se viste por novedad, y es moda no vestir á lo español, no estudiar, no comer ni hacer las demas operaciones de la vida; de modo, amigo mio, que hasta las diversiones van á la moda: si se ha de ir al teatro, la comedia ha de ser una traduccion ó filarmonía, como si ya no existiesen las selectas piezas de los Caldcrones, Vegas, Comellas, Valladares, Cienfuegos y Moratines, ó los

españoles debieran convertirse en ruiseñores ó canarios. Si se ha de. . . reflexionad por todas las distracciones, y asi es á este tenor su gusto, á escepcion de la diversion de los toros, en la que no han podido entrar los estrangeros, y únicamente es seguida con entusiasmo en nuestro reino. Yo no repruebo lo bueno, Sr. D. Lázaro: esté donde quiera, y venga de donde venga, debe adoptarse; pero esta novedad, este desprecio de nuestros usos y costumbres, de nuestra literatura y de todo lo nuestro, me incomoda, y hace que la juventud se afemine, se distraiga, y sin saber discernir, adopte lo que no la conviene. Ya, ya vereis los jóvenes; ya tocareis sus vicios, y os darán materia para conocer lo que digo.

D. LÁZARO (1).

Pues aseguro á usted, señor D. Sa-

(1) Se levanta D. Lázaro, y despues D. Salustiano, que retira las sillas.

lustiano, que si mi hijo es uno de estos, tomaré sérias providencias.

D. SALUSTIANO.

¡Qué!... ¿os es ya molesta mi compañía?

D. LÁZARO.

Nó: debo practicar una diligencia de algun interés en este momento, y quisiera os dignáseis acompañarme. Al paso sabré de mi hijo.

D. SALUSTIANO.

Con mil amores, Sr. D. Lázaro. ¿Ines?... ¿Rosa?

ESCENA VIII.

D. Salustiano, D. Lázaro, Doña Inesita y Rosa.

DOÑA INESITA.

Papá.... Beso á usted la mano, caballero (1).

(1) A D. Lázaro hace Doña Inesita una cortesía.

ROSA.

Señor. . . .

D. SALUSTIANO.

Este caballero es un amigo de nuestro D. Simon.

D. LÁZARO.

Y servidor de usted, señorita.

D. SALUSTIANO.

Traeme el sombrero y el baston (1). Poned una cama, un cubierto mas á la mesa, y tratadle como á mí. Si alguno me busca, que me espere. Hija mia, no te olvides de mis lecciones (2). Soy tu padre, y la naturaleza y Dios me imponen una obligacion, de que no debo prescindir. Vamos, señor D. Lázaro.

(1) Rosa trae el sombrero y baston, y le toma D. Salustiano.

(2) D. Salustiano á Doña Inesita con la mayor efusion, y aparte.

D. LÁZARO.

Tengo el honor de conocerla, señorita (1).

DOÑA INESITA.

Y yo de complacerle (2).

ESCENA IX.

Doña Inesita y Rosa.

DOÑA INESITA.

¿Has visto, Rosa, un padre mas serio y regruñon? ¿Qué le contestaria D. Dieguito? Parece que iba enfadado. ¿Sabes como mi papá ha cogido los libros y la carta de D. Juanito? Déjalo, Rosa, que hoy el calendario da desgracias, y todas provienen de tu descuido.

ROSA.

Bien vengas mal, si vienes solo; y

(1) A Doña Inesita, marchando D. Lázaro y D. Salustiano.

(2) Doña Inesita les acompaña hasta la puerta.

usted, señorita, debe hacer lo que tantas veces la he repetido. Se coge un papel; leerle, y quemarle, que lo que no se ve no se lee (1).

DOÑA INESITA.

Rosa, llaman. ¿Si vendrán á avisarme para el concierto (2)?

ROSA.

Este es el fruto de los consejos de su papá (3).

ESCENA X.

Doña Inesita, Rosa, D. Juanito y el payo.

BASTIAN *entrando.*

Señora Inesita, yo y mi hijo Juanito venimos vestidos para hablar con-

(1) Llaman y tocan la campanilla.
(2) Rosa va á abrir diciendo.
(3) Rosa abre la puerta.

tigo (1). ¡Ay mis riñones!

ROSA (2).

Señorita, es D. Juanito, que viene con otro señor preguntando por vuestro papá.

D. JUANITO *entrando*.

Papá, que lo echais á perder. Hablad con finura (3).

DOÑA INESITA (4).

D. Juanito con otro.... Será algun músico.

D. JUANITO.

A los pies de usted, bella Inesita. ¡Qué deseos tenia de ver esa amable cara y esos ojos (5)!

(1) Segun abre Rosa la puerta, viene hablando el payo, y se queja.

(2) Rosa se adelanta á decir á su ama.

(3) D. Juanito viene hablando detrás de su papá.

(4) Admirándose.

(5) Pone sillas Rosa, y se sientan los tres, enmedio Doña Inesita.

BASTIAN.

Señora Inés, yo soy el padre de Juanito, y vengo á pediros para que seaïs su esposa (1). Me ahogo con esta corbata (2). Y tambien vos, señora Rosita, podeis casaros con otro hijo. Voy á llevarme la mitad de las mugeres de Madril á mi lugar.

D. JUANITO (3).

Disimulad. Mi papá no ha salido de la aldea: en lo demas tiene un corazon muy sentimental, y su venida podrá realizar brevemente nuestros deseos.

DOÑA INESITA.

Mi papá está inexorable contra vos y contra D. Dieguito. Creo que si viene se ha de incomodar.

BASTIAN.

Y vuestro padre ¿dónde está? De-

(1) Echa mano al pescuezo.

(2) Llama ó mira á la Rosa, á quien dirige la palabra.

(3) D. Juanito á Doña Inesita.

bemos concluir hoy la boda (1). Juanito, voy á quitarme la anguarina y estos cordeles, que me rompen el esternicon delantero.

D. JUANITO.

Tened paciencia, y acostumbraos.

BASTIAN (2).

Pero, hombre, si estoy violento... pues digo los hierros que tengo aqui en la tripa (3)... Oyes, amante, ¿gastais las mugeres en Madril estos apretaderos (4)?

ROSA (5).

¡Ay qué payo es el tal señor! Tambien, porque en Madrid somos anfibios.

(1) A D. Juanito en ademan de hacer lo que dice.

(2) A D. Juanito manifestando su inquietud.

(3) A la Rosa con gracia.

(4) Indica el corsé hácia el vientre.

(5) Aparte Rosa.

DOÑA INESITA (1).

Me persuado que vuestro papá con su demasiada naturalidad ha de retardar mas nuestros deseos, que avivarles.

D. JUANITO.

Vuestro papá se paga mucho de lo antiguo, y puede, puede que caiga en el lazo.

DOÑA INESITA.

Estoy tambien impaciente hasta poner la ley en el Prado ó en el concierto con el vestido que me va á hacer la francesa; y tomé un gorro como el de la Teodorita.

BASTIAN (2).

Juanito, tienes buen gusto: la Inesita es linda; pues no digo nada (3) la doncella de la criada. . . . y la picari-

(1) A D. Juanito.

(2) El payo á D. Juanito, mirando á Doña Inesita.

(3) Mira á Rosa con retrechería.

lla ¡cómo me mira (1)! . . . Malditas sean las andaderas. . . , voy á padecer un sofoco. . . . ¿cuándo viene vuestro padre (2)?

DOÑA INESITA.

Acaso será este. ¿Rosa (3)?

ROSA.

No gana una para zapatos.

D. JUANITO.

Papá, mirad cómo os esplicais (4).

BASTIAN.

Yo no ando con rodeos: á lo que vengo, vengo; si la cosa se ha de hacer, pronto, pronto, corriendo, que á bodas largas barajas nuevas.

(1) A D. Juanito, tentándose los hombros con gracia.

(2) A Doña Inesita. Llaman con la campanilla.

(3) Rosa va á abrir hablando.

(4) D. Juanito al payo.

ESCENA XI.

Doña Inesita, Rosa, el payo, Don Juanito y D. Dieguito.

D. DIEGUITO.

Señorita, á los pies de usted. A la órden, amigos. Vuelvo á veros (1) porque vuestro papá ha estado en mi cuarto con otro caballero, y ha dejado el recado de que venga luego luego á vuestra casa. A no ser asi, no volviera; y para ello he tenido que hacer un sacrificio. Gracias por vuestra exactitud, Rosita (2). Y vos (3), amigo mio, ¿cómo va con ese gran tono?

BASTIAN.

Rabiando; pero, hombre, ¿cómo se ponen de rodillas, si alguna vez van

(1) A Doña Inesita.

(2) A Rosita.

(3) Al payo.

á Misa, con estas andaderas ó equilibrios?

D. DIEGUITO.

Inesita, mis recelos no eran infundados (1). Juanito se lleva la preferencia. Juanito, si el papá de esta señorita os sorprende, oireis un sermon algo mas que de cuaresma (2). No sé por qué soy tan condescendiente, á vista del porte tan grosero que ha tenido conmigo.

D. JUANITO.

¿Pero os escedísteis?

D. DIEGUITO.

En nada. Me halló con la Inesita, dándola los mas sanos consejos, y mas conformes á las ideas del siglo. Solo, solo mi filosofia pudo tolerarle.

BASTIAN.

Juanito, á calabazas me huele nuestra pretension con tales noticias:

(1) Atolondrado D. Diaguito, detrás de la silla, al oido de Doña Inesita.

(2) A D. Juanito.

Dios quiera que despues de cornudo con nuestro señorismo, no salga apaleado.

DOÑA INESITA.

Os aseguro que llevé un mal rato, y que se sucedian las cosas unas á otras con tal correlacion, que á estar dispuestas, no vinieran tan á la mano. Rosita, ¿qué vestido te parece lleve al concierto? porque no quisiera competidoras. Tambien irá usted, caballero (1).

BASTIAN.

No iba mala figura, señora; la misma para ser el zarragon de una danza.

D. DIEGUITO.

Inesita, ¿no podremos indagar con qué fin, por qué, ó quién es el caballero que con papá ha ido á buscarme? porque es un enigma esta contraposicion de cosas.

ROSA.

Él, segun se esplicó conmigo al

(1) Al payo.

entrar en casa; hace poco ha llegado á la corte; y segun entendí, se llama D. Lázaro.

D. DIEGUITO (1).

¿D. Lázaro?... ¿D. Lázaro?...

DOÑA INESITA.

Sí, D. Lázaro, y debe ser un caballero de Murcia, recomendado á mi papá de D. Simon de Leon, compariente de casa.

D. DIEGUITO (2).

Mi tio y D. Lázaro.... sin duda mi papá.... Este es un embolismo, que va á componer la segunda parte de la mision. Juanito, ésto es hecho: mi papá sabe mis enredos, mis alcances, mis gastos, y viene á tomar un rompimiento; con que es menester buscar medio por donde alucinarle; y cuando asi no pegue, usaré de una sagacidad meditada por mi filosofia.

(1) Paseándose como admirado.
(2) Aturdido y como fuera de sí.

BASTIAN (1).

Buen hijo. Aprende, Bastian, que cuando la barba del vecino veas pelar, echa la tuya á remojar.

DOÑA INESITA.

Rosa, buena la hemos hecho: nuestro concierto y nuestras alegrías se aciagaron (2).

ROSA.

Señorita, es muy opuesto el carácter de papá á todas estas cosas; y usted lo que debe hacer es casarse, y á su casa, que allí se hace lo que se quiere.

BASTIAN (3).

¡Lindo consejo! La tal doncella anfibia es escelente para aya de niñas. Pero, Inesita ¿cuándo viene padre? que estas bodas me devoran. ¡Jesus qué bodas! Desde que se piensa uno en casar, empieza á sufrir.

(1) Aparte.

(2) A Rosa.

(3) Aparte el payo hasta donde conviene.

D. JUANITO.

Papá, paciencia; y vós, Dieguito, cordura y reflexion.

D. DIEGUITO.

Buen tiempo de reflexion. No gasto la flema que tú, ni tengo un padre que á todo se acomoda. Es duro, inexorable el tal D. Lázaro, y temo sus determinaciones. Inesita, no espero; voy á prevenirme; pero sin olvidaros y dejar de corresponder, cuando sepais evadir el brusco porte de vuestro papá. A Dios, á Dios. . . . Rosita, si preguntan por mí, decid que no me habeis visto. . . . . decid que vuelvo (1). . . decid, Juanito, que estoy fuera de Madrid. . . . decid, decid. . . que para un padre severo hay un hijo que sabe burlar sus intenciones (2).

(1) Como aturdido.

(2) Se va; y al abrir la puerta, le sorprenden D. Lázaro y D. Salustiano.

ESCENA XII.

Los dichos y D. Salustiano y Don Lázaro.

D. LÁZARO.

¿Adónde vais, hijo ingrato, jóven desmoralizado? ¿Asi recompensas mis sacrificios y desvelos?

D. DIEGUITO.

Papá. . . . ¿vos aqui? . . . ¿cómo es posible que sin saber? . . .

D. LÁZARO.

Tus vicios me han traido: sé tu vida; veo la ruina que causas á la casa, y debo separarte de la corte.

D. DIEGUITO.

Intrigas de alguno que tiene miras. . . .

BASTIAN (1).

A Dios, calzones: ya está un hombre perdido.

DOÑA INESITA.

Maldita sea la fortuna (2). Todo sale mal.

D. JUANITO.

Sr. D. Salustiano, tengo el honor de presentar á sus órdenes á mi señor papá.

BASTIAN (3).

Sí señor, yo soy el padre de Juanito. . . . se me ha roto una andadera (4). ¡Ay! no estrañe que me queje, porque tengo aqui (5) una especie de

(1) Al levantarse el payo, como todos, cuando vuelven al teatro D. Dieguito y los dos padres, el payo queda con los calzones en la mano, figurando haber saltado los botones.

(2) Aparte.

(3) Hácia D. Salustiano.

(4) Se queja.

(5) Señalando al corsé y tirantes.

braguero, que va á acabar conmigo. Venimos á pedir á vuestra hija el matrimonio.

D. SALUSTIANO.

Os han engañado: todo lo sé; y si seguís los consejos de vuestro hijo, sereis tan loco como él.

D. JUANITO.

Sr. D. Salustiano, eso es injuriarme á cara descubierta.

D. SALUSTIANO.

Sr. D. Juanito, vuestros vicios son los que os injurian.

BASTIAN.

La muchacha como que se inclina, Sr. D. Salustiano.

D. DIEGUITO (1).

¿Y me habeis citado á vuestro cuarto para oir otro sermon? ¿ú os delectais en indisponerme con mi papá?

D. LÁZARO.

¡Ojalá siguieras sus consejos! No tendria yo este sentimiento. Dispon tu

(1) A D. Salustiano con altanería.

ropa (1), y al momento vamos á salir de Madrid. No quiero que tus estravíos sean mayores, ni tu padre debe consentir que apodado con los satíricos nombres de cebollinos (2), figurines, lechuguinos, esquisitos, merengues y otros tan despreciables, seas el ludibrio de las gentes, y el objeto de la compasion de los hombres de bien.

D. DIEGUITO.

De los que no tienen gusto, y de cuatro ignorantes. Hay mucha dificultad para yo salir de Madrid (3).

D. LÁZARO.

Se vencerá; y cuando yo no pueda, la autoridad y la ley tienen recursos.

BASTIAN (4).

¿Con que de esa manera yo seré

(1) Con carácter serio é imponente.

(2) El payo como que se admira y hace cruces, conociendo que ha sido engañado.

(3) En tono poco decoroso.

(4) A D. Salustiano.

tambien lechuguino? bien decian aquellos majos (1). Juanito, dame un cordel ó cinta para estos padrones ó bragas, que. . . .

D. SALUSTIANO.

Vuelvo á deciros que si seguís los consejos de vuestro hijo, os atraereis la execracion pública. Volved á vuestro labriego trage, que tanto os honra, y no os dejeis seducir (2). Inés, dentro de dos dias debemos salir de la corte.

DOÑA INESITA.

Pero, papá, si hay tantas cosas que hacer. . .

D. SALUSTIANO.

Abandonarlas: primero es tu alma

(1) A D. Juanito, sosteniendo los pantalones con una mano; todo con gracia.

(2) Serio, como se habrá manifestado D. Salustiano desde que entró con D. Lázaro, contestando, cuando no habla, con un genio grave y magestuoso.

que cuanto el mundo puede presentar de halagüeño.

DOÑA INESITA (1).

Yo me atrevo. . . . Papá. . . . amo y no puedo. . . . D. Juanito. . . .

D. SALUSTIANO (2).

Podrá usted, ó recurriré á un estremo que la sea sensible. ¿Yo amo, decís? ¿y á quién? al que no conoce al amor sino bajo un aspecto criminal. Consultad al tiempo y á la honestidad de las cosas, y contad con un padre que no se opondrá á una inclinacion bien dirigida.

D. JUANITO (3).

Este hombre está inexorable, y rabió todo mi plan.

BASTIAN.

Ya veo yo que este Madril es una

(1) Aparte.

(2) Enfadado, y muda de tono, segun lo indica su lenguage.

(3) Aparte.

california (1). Juanito, venga mi chupa, mis calzas, mi montera; y toma el baston, el sombrero, la anguarina ó sortú, el chaleco de ira, la cotilla, las andaderas, el camisin, los pantaleones, y dáselo á ese francés tan sabiondo en cosas de ropería.

D. JUANITO.

Papá, no me aburrais mas. . . . esperad un poco.

ESCENA XIII.

D. Salustiano, D. Lázaro, Doña Inesita, D. Juanito, D. Dieguito, D. Paquito, la paya y la Rosa.

COLASA (2).

Bastian, ¿dónde está nuestra nue-

(1) Segun lo dice, se va quitando la ropa con gracia, y la va arrojando á un lado.

(2) La paya de todo riguroso de moda con D. Paquito, que la trae de bracero.

ra? que no puedo vivir sin conocerla.

ROSA (1).

Esperad: avisaré á mis amos. Todos son enredos en esta casa (2).

D. SALUSTIANO.

¿Qué es esto? Esta casa se ha convertido en una habitacion de locos.

D. JUANITO.

Mamá, ¿estais loca? . . .

DOÑA INESITA (3).

No lo digo, que todos son encantos. . . . Rosa, yo me muero si me sacan de Madrid (4).

ROSA (5).

Sentiré en el alma separarme de vos, señorita.

D. PAQUITO.

Amigos, ¿qué teneis? Sabeis que

(1) La Rosa sale al encuentro.
(2) Aparte.
(3) Aparte.
(4) A Rosa.
(5) A Doña Inesita aparte.

mañana (1) es el concierto? ¡Qué músicos! ¡qué ambigú! ¡qué jóvenes! ¡qué filis! ¡qué filomenas! Inesita, encantareis: elegante y mas elegante. Concurren la Teodorita, la Luisita y dos francesitas, que bailan de todo pasmo.

BASTIAN.

Culasa, te has vestido de lechuguina cuando ya lo dejamos todos. ¿Y te han puesto á tí cotillas y andaderas? Si de esta escapo y nó muero, nó mas boditas al cielo.

COLASA (2).

Vengo á estilo de Madril, aunque me mosquean las caderas. ¿Pero qué es esto, Bastian? ¿cómo estás asi? Si

(1) El payo, como que está distraido con su ropa, no atiende.

(2) Mientras los payos hablan, D. Salustiano como que está haciendo los cargos á su hija, D. Lázaro á D. Dieguito, y Don Paquito con Rosa como azucarándola.

lo digo yo, que tú nos has de perder. . . .

BASTIAN.

Esto va serio. Ya no hay nuera, ni boda ni diablos: tira esa ropa, y á tus sayas, hija, que bien está San Pedro en Roma, aunque no coma (1). Malditas sean las botas. . . . Sr. Salustiano, ¡con qué trabajo se vive en este Madril? Benhaya la aldea, que el pan pan, y el vino vino. Juanito, á casa; déjate de leyendas, que tu abuelo, tu bisabuelo, tu tatarabuelo y yo no supimos leer ni escribir, y por eso no nos ha faltado Dios, y hemos empuñado la vara.

COLASA.

Pero, hijo, ¿qué novedad hay? ¿con que mi gozo en un pozo?

D. PAQUITO.

Todo es broma. El Sr. D. Salustiano conoce el mérito de Juanito, y no despreciará una ocasion tan ventajosa

(1) Se quita las botas enfadado.

para esta señorita. Un jóven de sus prendas. . . . ¡Oh! Juanito sabe mucho: de las esperanzas que prometemos nosotros. . . . el amor, el amor, señor Don Salustiano: no todos los dias. . . . ¿no es verdad, Doña Incsita? . . . Don Sebastiancito (1), vestiros, que lo habeis de lucir en el gran concierto.

D. SALUSTIANO.

Esperábamos todos vuestros consejos para decidir (2). Este cuarto solo le habitan los hombres sensatos; con que ó desocupadle, ó aprended á serlo. Señora, vuestro esposo dice bien: no hay boda ni nuera; y lo que debe haber es mucho desengaño y reconocimiento.

COLASA (3).

Juanito, no llores, que no te fal-

(1) El payo como que desprecia á Don Paquito, y le vuelve la espalda.

(2) Serio imponente.

(3) D. Juanito se limpia los ojos con un pañuelo.

tará en el lugar una muchacha rolliza, rica, y encarnada como una naranja.

ESCENA XIV.

Los dichos y Meliton.

MELITON (1).

Señor D. Juanito y señoritos, el maestro sastre y zapatero estan en el cuarto con un ministro de justicia, pidiendo sus adelantos, y quieren embargar aun lo que es mio.

D. SALUSTIANO (2).

Señor D. Lázaro. . . . ¡Eh la juventud! . . . ¡las modas! . . .

MELITON.

Tambien han quedado en venir al anochecer el maestro de baile (3), el músico italiano, el fondista, un comerciante, una modista, pidiendo una

(1) Meliton como enfadado.

(2) A D. Lázaro.

(3) El payo admirándose con la paya.

considerable suma de dinero.

D. PAQUITO (1).

Esta escena se ha cambiado. Huyamos el bulto á otra parte. A Dios concierto, á Dios Inés, y á Dios enredos, que tiró el diablo de la manta, y se descubrió el pastel (2).

MELITON (3).

Tambien teneis en la casa una cuenta bien larga; la lavandera, el aplanchado, el barbero, el peluquero, de almuerzos. . . .

BASTIAN.

Echa, echa, que segun vas echando, vamos á quedar por las costas. Culasa, trae hijos á Madril. ¡Ay Madril! ¡ay modas! ¡ay mugeres! ¡qué fuego en todas (4)!.

(1) Aparte, y como huyendo de todos.

(2) Vase como huido.

(3) El payo le escucha con cuidado y enojo.

(4) Admirado cada vez mas.

MELITON (1).

¿Y D. Paquito? Si jóvenes de esta clase son capaces de perder un reino...

D. LÁZARO.

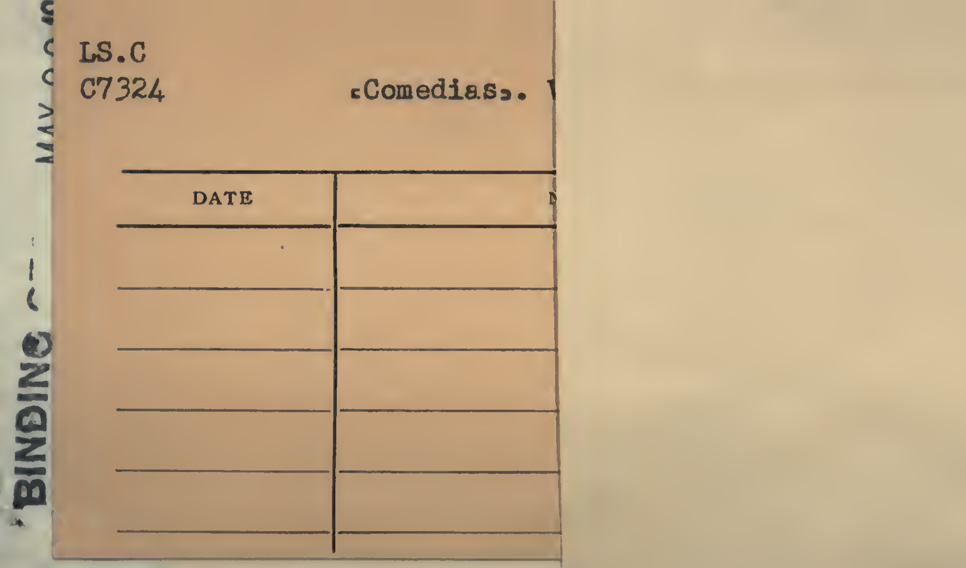
Sosegaos, que todo se arreglará, y á todos se dará satisfaccion.

D. SALUSTIANO.

Jóvenes de uno y otro sexo, he aqui una leccion que debeis tener siempre á la vista, para huir del vicio y apreciar la virtud. Las compañías os seducen y arrastran de incidente en incidente hasta perderos; pero la crítica, bien manejada, segun dice el poeta, es muchas veces un freno que contiene el impetuoso torrente de las pasiones mas exaltadas. ¡Ojalá sea el medio para que se reconozca la juventud estraviada; y el público sensato aprecie los deseos del que le ha ordenado en obsequio de sus semejantes!

(1) Mira á todos lados.

FIN.



LS.C
C7324
«Comedias».
DATE